BESTSELLER #1 DEL *NEW YORK TIMES*

TOM CLANCY

con PETER TELEP

EN UNA GUERRA QUE PODRÍA DESTRUIR LOS ESTADOS UNIDOS DESDE ADENTRO, UN HOMBRE LUCHA...

CONTRA TODO ENEMIGO



CONTRA TODO ENEMIGO

TOM CLANCY

con PETER TELEP

— oOo —

BERKLEY®
A Berkley Book / published by arrangement with Rubicon, Inc.
PUBLISHING HISTORY
Berkley Español trade paperback edition / January 2013
Copyright © 2011 by Rubicon, Inc.
Cover design by Richard Hasselberger.
ISBN: 978-0-451-41642-1
Berkley Books are published by The Berkley Publishing Group,
a division of Penguin Group (USA) Inc.,
375 Hudson Street, New York, New York 10014.
BERKLEY® is a registered trademark of Penguin Group (USA) Inc.
The "B" design is a trademark of Penguin Group (USA) Inc.

PRINTED IN THE UNITED STATES OF AMERICA

Pensamos que Al-Qaeda es malo, pero no tienen nada de los cárteles.

—Agente de alto rango del FBI no identificado, El Paso, Texas

Todos tienen un precio. Lo importante es averiguar cuál es.

—Pablo Escobar

En México estas muy cerca de la muerte. Eso es cierto para todos los seres humanos porque es parte de la vida, pero en México se puede encontrar la muerte en muchas cosas.

—Gael García Bernal

Prólogo

PUNTO DE ENCUENTRO FOXTROT

02:15 horas, Mar Arábigo
5 millas al sur del río Indo
Costa de Pakistán

Un barco oscuro es un barco cargado, pensó Moore parado afuera de la cabina del piloto del veloz buque de ataque OSA-1 *Quwwat*. Había sido construido en el Astillero y Taller de Ingeniería de Karachi sobre la base de un antiguo diseño soviético, con cuatro misiles superficie-superficie HY-2 y dos cañones antiaéreos de 25 milímetros. El bote patrullero de 130 pies de largo era propulsado a treinta nudos por tres motores diesel y tres ejes a través de las olas teñidas de plata por un cuarto de luna que brillaba bajo en el horizonte. Navegar en un «barco oscuro» significaba ir sin luces de alcance o de tope, de babor o de estribor. El Reglamento Internacional para Prevenir Abordajes en el mar (RIPA) dictaba que si se producía un incidente, el *Quwwat* tendría la culpa independientemente de las circunstancias.

Más temprano aquella noche, a la hora del crepúsculo, Moore había bajado por un muelle de Karachi con el subteniente Syed Mallaah, seguido por cuatro soldados rasos, un equipo de SPE-COPS[1] del Grupo de Servicios Especiales de la Armada de Pakistán (SSGN)[2], una organización similar a los SEAL de la Armada de los Estados Unidos, pero, *ejem*, sus operadores no eran ni remotamente tan capaces. Una vez a bordo del *Quwwat*, Moore insistió en hacer un recorrido rápido, al final del cual le presentaron superficialmente al oficial al mando, el teniente Maqsud Kayani, quien fue distraído mientras daba la orden de salir del puerto. El oficial no podía haber sido mucho mayor que Moore, que tenía treinta y cinco años, pero la comparación llegaba hasta ahí. Los anchos hombros de Moore creaban una fuerte yuxtaposición con el delgado físico del ciclista de Kayani que apenas llenaba su uniforme. El teniente tenía una nariz ganchuda y si se había afeitado en la última semana, no había ninguna evidencia clara de ello. A pesar de su aspecto desgarbado, tenía la máxima atención y el respeto de la tripulación de veintiocho hombres. Él hablaba. Ellos saltaban. Kayani finalmente le dio un firme apretón de manos a Moore y le dijo:

—Bienvenido a bordo, Sr. Fredrickson.

—Gracias, teniente. Le agradezco su ayuda.

—Por supuesto.

Hablaron en urdu, la lengua nacional de Pakistán, que a Moore le había parecido más fácil de aprender que el dari, el pashto o el árabe. Había sido presentado como «Greg Fredrickson», un estadounidense, a estos marinos paquistaníes, a pesar de que sus rasgos oscuros, espesa barba y pelo

negro largo ahora recogido en una cola de caballo le permitían pasar por afgano, paquistaní o árabe si así lo deseaba.

—No se preocupe, señor —continuó el teniente Kayani—. Tengo planeado llegar a nuestro destino a tiempo, si no más temprano. El nombre de esta embarcación significa *destreza* y cada pedazo de ella es exactamente eso.

—Fantástico.

El Punto Foxtrot, la zona de encuentro, estaba a tres millas de la costa de Pakistán, justo en las afueras del delta del río Indo. Allí se reuniría con el bote patrullero indio *Agray* para recibir un prisionero. El gobierno indio había acordado entregar un comandante talibán capturado recientemente, Akhter Adam, un hombre que decían era un objetivo de alto valor que poseía inteligencia operacional acerca de las fuerzas talibanes ubicadas a lo largo de la línea sur de la frontera entre Afganistán y Pakistán. Los indios creían que Adam aún no había alertado a sus propias fuerzas de su captura; simplemente había desaparecido por veinticuatro horas. Sin embargo, el tiempo era crucial. Los dos gobiernos querían asegurarse de que los talibanes no se enteraran de que Adam había caído en manos de los estadounidenses. Por lo tanto, no se estaba utilizando ningún activo o fuerza militar estadounidense en la operación de transferencia, excepto un tal oficial de operaciones paramilitares de la CIA llamado Maxwell Steven Moore.

Moore tenía sus dudas respecto a utilizar un equipo de seguridad de tipos del SSGN liderados por un joven subteniente sin experiencia; sin embargo, durante la sesión informativa le habían dicho que Mallaah, un chico local de Thatta, en la provincia de Sind, era ferozmente leal, confiable y muy respetado. Al modo de ver de Moore, la lealtad, la confianza y el respeto se ganaban, y ya se vería si el joven subteniente estaba a la altura del desafío. El trabajo de Mallaah era, después de todo, rudimentario: supervisar la transferencia y ayudar a proteger a Moore y al prisionero.

Suponiendo que Akhter Adam llegara sano y salvo a bordo, Moore comenzaría a interrogarlo durante el viaje de regreso al muelle de Karachi. Por su parte, Moore usaría ese tiempo para determinar si el comandante era de hecho un objetivo de alto valor digno de la seria atención de la CIA o alguien a quien había que dejar atrás para que los paquistaníes jugaran con él.

Más allá del través de babor, la oscuridad era perforada por tres rápidos destellos blancos del faro de Turshian Mouth que custodiaba la entrada al río Indo. La secuencia se repetía cada veinte segundos. Más hacia el este, cerca de la proa, Moore vio el destello de luz blanca del faro de Kajhar Creek y ese se repetía cada doce segundos. El haz de luz giratorio del frecuentemente disputado Kajhar Creek (también conocido como el faro de Sir Creek) estaba situado en la frontera entre Pakistán y la India. Moore había prestado especial atención al nombre, ubicación y secuencia de luz identificativa de los faros en las cartas de navegación desplegadas durante la sesión informativa. Los viejos hábitos de un SEAL no se desvanecen fácilmente.

Con la puesta de luna a las 02:20 horas y un cielo cubierto en un cincuenta por ciento de nubes, anticipaba condiciones muy oscuras para el encuentro a las 03:00 horas. Los indios también estaban navegando en un barco oscuro. Si se viera en apuros, los faros de Turshian Mouth y Kajhar Creek lo mantendría orientado.

• • •

El teniente Kayani se mantuvo fiel a su palabra. Llegaron al Punto Foxtrot a las 02:50 horas y Moore se trasladó alrededor de la cabina del piloto a la única mira telescópica de visión nocturna montada en el lado de babor. Kayani ya estaba allí, manejando la mira. Mientras tanto, Mallaah y su equipo esperaban en la cubierta principal, en medio del buque, para transportar al prisionero a bordo una vez que el barco indio llegara a su lado.

Kayani se apartó de la mira de visión nocturna y se la ofreció a Moore. A pesar de los nubarrones, las estrellas ofrecían fotones suficientes para bañar el bote patrullero indio clase Pauk en un extraño crepúsculo verde, lo suficientemente iluminado como para exponer el número 36 pintado en su casco. Acercándose por la proa, con el doble de peso que el *Quwwat*, el *Agray* de quinientas toneladas llevaba ocho misiles superficie-aire GRAIL y dos lanzacohetes antisubmarinos RBU-1200 sobre su proa. Cada sistema de diez tubos era capaz de desplegar señuelos y cohetes antisubmarinos para operaciones de guerra superficie-superficie y antisubmarinas. El *Quwwat* se sentía diminuto en su presencia.

Cuando el *Agray* comenzaba a deslizarse por el lado de babor y se preparaba para girar para hacer su acercamiento, Moore vio su nombre pintado en letras negras en la popa, por encima de la bruma agitada por la estela de la proa. Luego echó un vistazo por la puerta de la cabina del piloto hacia el alerón de estribor del puente y captó un destello de luz corto-largo, corto-largo. Trató de recordar qué faro utilizaba esa secuencia. El *Agray* completó su giro y Kayani ahora estaba inclinado sobre el lado de babor, ocupado dirigiendo la colocación de defensas para minimizar cualquier daño en el casco una vez que los dos barcos se juntaran.

Los destellos de luz se repitieron: corto-largo, corto-largo.

Qué faro, ni qué carajo, pensó Moore. ALFA-ALFA era el Código Morse Internacional para, en términos prácticos, decir «¿Quién diablos eres?».

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Moore.

—Teniente, estamos recibiendo un ALFA-ALFA desde el lado de estribor. !Estamos siendo desafiados!

Kayani corrió a través de la cabina hacia el alerón de estribor y Moore fue a toda prisa detrás de él. ¿Cuántas veces habían sido desafiados ya? Se encontraban en aguas territoriales de Pakistán, ¿cuáles eran las reglas de enfrentamiento de Pakistán?

Una bengala estalló sobre sus cabezas, iluminando la noche y dibujando profundas sombras a través de las cubiertas de ambos botes patrulleros. Moore miró a través del mar y lo vio, a mil metros de distancia, emergiendo de las olas, una pesadilla con una imponente vela negra y cubiertas negras opacas totalmente inundadas mientras se levantaba, con su proa apuntando hacia ellos. El comandante había traído el submarino a la superficie para desafiarlos y luego había disparado la bengala para confirmar visualmente su objetivo.

Kayani levantó los binoculares que colgaban de su cuello e hizo un acercamiento.

—¡Es el *Shushhuk*! Es uno de las nuestros. ¡Se supone que debería estar de vuelta en el muelle!

El pecho de Moore se contrajo. ¿Qué diablos hacia un submarino de la Armada de Pakistán en su zona de encuentro?

Estiró el cuello para mirar hacia el *Agray*, en cuya cubierta asumía que estaba el prisionero talibán en estos momentos. Según el plan, Adam llevaba un overol negro y un turbante, y sus muñecas

estaban atadas. Se suponía que sus escoltas eran dos MARCOS (comandos marinos) de la Armada de la India fuertemente armados. Moore se dio vuelta hacia el submarino...

Y entonces, de pronto, la vio: una línea de burbujas fosforescentes en el agua pasando como un rayo más allá de la popa, en dirección al *Agray*.

—¡Torpedo! —gritó apuntando.

En el siguiente respiro, Moore se abalanzó por detrás de Kayani, lo empujó a un lado y luego él mismo dio un salto al tiempo que el torpedo impactaba el *Agray* con una explosión horrible cuyo estruendo y destellos fueron tan surreales como sorprendentemente cercanos. Una onda expansiva de restos rebotó en el casco del *Quwwat* y cayó como lluvia al agua en docenas de violentas salpicaduras.

Los ojos de Moore se abrieron en tanto el humeante y silbante mar se levantaba hacia ellos, ahora caliente por los incandescentes fragmentos del casco, la cubierta y el torpedo que seguían estallando del *Agray*. Al caer el agua, casi estrellándose contra una pieza dentada de acero, una bola de fuego encendió los misiles GRAIL superficie-aire y los dos grupos de cohetes antisubmarinos en el castillo de proa del *Agray*.

Moore se hundió bajo las olas y sus zapatos chocaron con algo más abajo. Nadó de vuelta hacia la superficie y miró a su alrededor, buscando al teniente. Allí estaba, fuera de su alcance.

De pronto, tres de los cohetes antisubmarinos del *Agray* explotaron en el área de almacenamiento de los misiles Silkworm a bordo del *Quwwat*. Las detonaciones resultantes resonaron tan fuerte y fueron tan brillantes que Moore se metió instintivamente de nuevo bajo el agua para cubrirse. Nadó hacia el teniente, que estaba flotando boca arriba y parecía semiconsciente, con la cara ensangrentada por una profunda herida en el lado izquierdo de su cabeza. Debió de haber golpeado algunos restos cuando cayó en el agua. Moore volvió a salir a la superficie junto al hombro del hombre. Le echó agua salada en la herida mientras Kayani lo miraba vagamente.

—¡Teniente! ¡Vamos!

A treinta metros de distancia, la superficie del mar estaba en llamas con la quema de combustible diesel. El hedor hizo que Moore hiciera una mueca mientras sentía por primera vez el profundo retumbar de los motores diesel cercanos... el submarino. Tenía algo de tiempo. El submarino no se acercaría a los restos del barco hasta que las llamas disminuyeran.

Había otros hombres en el agua, apenas visibles, sus gritos interrumpidos por más explosiones. Un grito ahogado resonó cerca. Moore miró a su alrededor en busca de su prisionero talibán, pero el retumbante estruendo de otra explosión lo envió de nuevo bajo las olas. Cuando salió a la superficie y se volvió, el *Quwwat* ya estaba escorándose bruscamente a babor, a punto de hundirse. La proa del *Agray* estaba totalmente sumergida, los incendios y el humo negro aún ardiendo ferozmente, las municiones detonándose con fuertes estallidos y explosiones medio amortiguadas. El aire se llenó con una neblina que olía a goma quemada y plástico.

Obligándose a sí mismo a volver a un estado de calma mientras el calor de los incendios le quemaba el rostro, Moore se quitó los zapatos, ató los cordones y luego se los puso alrededor del cuello. *Tres millas hasta la playa...* pero ahora, tan bajo en el agua, no tenía idea de dónde estaba la playa. Con la excepción de las llamas, todo a su alrededor estaba negro como la tinta y cada vez que miraba hacia el incendio, su visión nocturna se arruinaba.

Flash-Flash-flash. Espera un minuto. Recordó. Empezó a contar... uno, dos... a los diecinueve fue recompensado con otros tres destellos rápidos. Había localizado el faro de Turshian Mouth.

Moore agarró a Kayani y lo dio vuelta. Aún yendo y viniendo entre la conciencia y la inconciencia, el teniente le echó una mirada a Moore, a los incendios a su alrededor y entró en pánico. Extendió la mano, agarrando a Moore por la cabeza. Obviamente el hombre no estaba pensando con claridad y este comportamiento no era raro entre las víctimas de accidentes. Pero si Moore no reaccionaba, el frenético teniente fácilmente podría ahogarlo.

Sin pensarlo dos veces, Moore puso las manos en la parte de adelante de las caderas de Kayani, con las palmas contra el cuerpo del hombre, los dedos extendidos, los pulgares agarrando los costados del teniente. Empujó a Kayani hacia la posición horizontal, usando este apalancamiento para soltarse del hombre. Moore liberó su cabeza y gritó:

—¡Relájese! ¡Lo tengo! Sólo dese vuelta y respire —Moore lo agarró por la parte posterior del cuello de su uniforme—. Ahora flote sobre su espalda.

Remolcando al hombre por el cuello, Moore comenzó a nadar en un estilo modificado del nado de costado de combate alrededor de los restos en llamas; las piscinas de diesel ardiendo empezaban a extenderse hacia ellos y las orejas le ardían por el continuo zumbido y estruendo de las chispeantes y flagelantes llamas.

Kayani se tranquilizó hasta que pasaron junto a media docena de cuerpos, miembros de su tripulación, más restos y desechos flotantes. Gritó sus nombres y Moore pataleó con más fuerza para alejarlos. Sin embargo, el mar se hizo cada vez más espeluznante, un brazo aquí, una pierna allá. Y entonces vio algo oscuro en el agua más adelante. Un turbante flotando. El turbante del prisionero. Moore hizo una pausa, estirando el cuello para mirar a la derecha y a la izquierda hasta que vio un cuerpo sin vida flotando sobre las olas. Nadó hacia él, giró el cuerpo hacia un costado lo suficiente como para ver el rostro con barba, el overol negro, el terrible tajo a través del cuello que había cortado su arteria carótida. Era su hombre. Moore apretó los dientes y agarró más fuerte el cuello del uniforme de Kayani. Antes de empezar a nadar, miró en dirección al submarino. Ya se había ido.

En sus tiempos de SEAL, Moore podía nadar dos millas de océano sin aletas en menos de setenta minutos. Remolcar a otro hombre por el cuello lo haría más lento, pero se negó a permitir que el desafío aplastara su espíritu.

Se concentró en el faro, siguió respirando y pataleando, sus movimientos suaves y elegantes, sin desperdiciar energía, cada brazada y aleteo de los pies impulsándolo en la dirección que tenía que ir. Giraba la cabeza hacia arriba, tomaba un respiro y continuaba, nadando con una precisión maquinal.

Un grito desde algún lugar detrás de él hizo que Moore desacelerara el ritmo. Nadó girando sobre sí, entornando los ojos hacia un pequeño grupo de hombres, diez, quince tal vez, nadando hacia él.

—¡Solo síganme! —les gritó—. Síganme.

Ahora no solo estaba tratando de salvar a Kayani, estaba motivando al resto de los sobrevivientes para que llegaran a la orilla. Estos eran hombres de la Armada, entrenados para nadar y nadar duro, pero tres millas era una distancia tremendamente larga, más aún con lesiones. No podían perderlo de vista.

El ácido láctico se estaba acumulando en su brazo y sus piernas, al principio como un ardor

constante, luego amenazando con empeorar. Redujo la velocidad, sacudió las piernas y el brazo que estaba usando, volvió a tomar un respiro y se dijo: *No me voy a rendir. Jamás.*

Se concentraría en eso. Llevaría la delantera e impulsaría al resto de los hombres para llegar a casa, incluso si eso lo mataba. Los guió a través del mar que subía y bajaba, pataleo tras agonizante pataleo, escuchando las voces del pasado, las voces de instructores y supervisores que habían dedicado sus vidas a ayudar a otros a liberar el espíritu del guerrero profundamente arraigado y latente en sus corazones.

Cerca de noventa minutos después escuchó las olas rompiendo en la orilla y con cada oleada vio linternas moviéndose a lo largo de la playa. Las linternas significaban gente. Habían venido a ver los incendios y explosiones en alta mar, y es posible incluso que pudieran verlo a él. La operación encubierta de Moore estaba a punto de estar en los titulares. Maldijo y miró hacia atrás. El grupo de sobrevivientes estaba mucho más atrás, a cincuenta metros o más, incapaces de seguir el acelerado ritmo de Moore. Apenas podía verlos.

Para cuando sus pies desnudos tocaron el fondo de arena, Moore estaba exhausto, dejando toda su energía en el Mar Arábigo. Kayani seguía recobrando y volviendo a perder la conciencia cuando Moore lo sacó del oleaje y lo arrastró a la playa donde cinco o seis habitantes del pueblo se reunieron alrededor de él.

—¡Pidan ayuda! —les gritó.

Afuera, en la distancia, las llamas y destellos continuaban, como relámpagos de calor que imprimían las nubes en negativo, pero las siluetas de los dos barcos habían desaparecido, dejando atrás el resto del combustible, que seguía quemándose.

Moore sacó su teléfono celular, pero estaba muerto. La próxima vez que planeara ser atacado por un submarino, se aseguraría de empacar una versión resistente al agua. Le pidió un teléfono a uno de los lugareños, un chico de edad universitaria con una delgada barba.

—Vi los buques explotar —dijo el chico sin aliento.

—Yo también —contestó Moore—. Gracias por el teléfono.

—Démelo —dijo Kayani desde la playa, con su voz quebrándose, pero parecía mucho más lúcido—. Mi tío es coronel en el Ejército. Él conseguirá que tengamos helicópteros aquí en una hora. Es la manera más rápida.

—Tome, entonces —dijo Moore. Había visto los mapas y sabía que había horas de distancia en automóvil hasta el hospital más cercano. El punto de encuentro había sido intencionalmente situado frente a una costa rural poco poblada.

Kayani contactó a su tío, quien a su vez prometió ayuda inmediata. En una segunda llamada a su comandante, Kayani pidió naves de rescate de la Guardia Costera para los que seguían en el mar, pero la Guardia Costera de Pakistán no tenía helicópteros de rescate aire-mar, solo corbetas y barcos patrulleros de fabricación china que no llegarían hasta media mañana. Moore volvió su atención al oleaje, estudiando cada ola, en busca de sobrevivientes.

Cinco minutos. Diez. Nada. Ni un alma. Entre la sangre y las partes de cuerpo esparcidas por el agua como un guiso impío, de seguro los tiburones ya habían llegado. Y rápidamente. Eso, junto con

las heridas de los otros sobrevivientes, podía haber sido demasiado para ellos.

Pasó otra media hora antes de que Moore viera el primer cuerpo levantándose sobre una ola, como un trozo de madera. Le seguirían muchos otros.

• • •

Pasó más de una hora antes de que el Mi-17 apareciera en el cielo del noroeste, sus dos turbinas rugiendo y el ruido de sus rotores haciendo eco en las laderas. El helicóptero había sido específicamente diseñado por los soviéticos para su guerra en Afganistán y se había convertido en un símbolo de ese conflicto: unos Goliat del cielo asesinados con hondas. El Ejército de Pakistán tenía casi un centenar de Mi-17 en su inventario, un detalle trivial que Moore conocía porque había sido pasajero a bordo de ellos unas cuantas veces y había oído a un piloto quejarse de estar clavado volando un montón de chatarra rusa que se descomponía vuelo por medio y que el ejército de Pakistán contaba con casi un centenar de pedazos de chatarra voladores.

Un poco nervioso, Moore abordó el Mi-17 y fue llevado junto con Kayani al Sindh Government Hospital en Liaquatabad Town, un suburbio de Karachi. Durante el vuelo, los médicos a bordo les administraron analgésicos y los ojos bien abiertos de Kayani adoptaron una mirada más tranquila. Estaba saliendo el sol cuando aterrizaron.

Moore salió del ascensor del hospital en el segundo piso y entró a la habitación de Kayani. Habían estado en el hospital aproximadamente una hora. El teniente quedaría con una bonita cicatriz de batalla que lo ayudaría a llevarse mujeres a la cama. Ambos habían llegado severamente deshidratados a la orilla y había un goteo intravenoso en el brazo izquierdo del teniente.

—¿Cómo se siente?

Kayani levantó la mano y tocó la venda en su cabeza

—Todavía tengo dolor de cabeza.

—Va a pasar.

—No podría haber nadado de vuelta.

Moore asintió con la cabeza.

—Se golpeó muy fuerte y perdió algo de sangre.

—No sé qué decir. «Gracias» no es suficiente.

Moore tomó un largo trago de agua de la botella que le había dado una de las enfermeras.

—Olvídelo.

Un movimiento en la puerta llamó la atención de Moore. Era Douglas Stone, un colega de la Agencia, acariciando su barba moteada gris y mirando a Moore por encima de la montura de sus anteojos.

—Me tengo que ir —dijo Moore.

—Señor Fredrickson, espere.

Moore frunció el ceño.

—¿Hay alguna manera de contactarlo?

—Claro, ¿por qué?

Kayani miró a Stone y frunció los labios.

—Oh, no hay problema. Es un buen amigo.

El teniente vaciló unos segundos más y luego dijo:

—Sólo quiero darle las gracias... de alguna manera.

Moore usó un bloc y un lápiz que estaban sobre la bandeja plegable para escribir una dirección de correo electrónico.

El teniente agarró el papel con fuerza en la palma de su mano.

—Estaré en contacto.

Moore se encogió de hombros.

—Ok.

Se dirigió hacia el pasillo, dobló, luego se alejó de Stone marchando energéticamente y hablando entre dientes.

—Entonces, Doug, dime, ¿qué diablos pasó?

—Lo sé, lo sé.

Stone estaba usando su habitual tono de voz tranquilizador, pero Moore no quería saber nada con eso, no ahora.

—Les aseguramos a los indios que el encuentro sería limpio. Tenían que cruzar a las aguas territoriales de Pakistán. Estaban muy preocupados por eso.

—Nos dijeron que los paquistaníes se habían encargado de todo.

—¿Quién lo arruinó?

—Nos están diciendo que el comandante del submarino nunca recibió la orden de permanecer en el muelle. Alguien se olvidó de emitirla. Él hizo su patrullaje habitual y pensó que se había encontrado con algún tipo de enfrentamiento. Según él, envió múltiples señales sin obtener respuesta.

Moore soltó una risa irónica.

—Bueno, no estábamos buscándolo precisamente y, cuando lo vimos, ya era demasiado tarde.

—El comandante también informó que vio a los indios tomando prisioneros en su cubierta.

—¿Así que estaba listo para disparar contra su propia gente también?

—Quién sabe.

Moore se detuvo en seco, giró y miró boquiabierto al hombre.

—El único prisionero que tenían era nuestro hombre.

—Mira, Max, sé lo que estás pensando.

—Vamos a nadar tres millas. Entonces lo sabrás.

Stone se quitó los anteojos y se frotó los ojos.

—Mira, podría ser peor. Podríamos ser Slater y O'Hara y tener que encontrar la forma de pedirle perdón a los indios mientras nos aseguramos de que no bombardeen Islamabad con armas nucleares.

—Eso estaría bien, porque me dirijo hacia allá ahora.

1

DECISIONES

Hotel Marriott
Islamabad, Pakistán
Tres semanas después

La manera en que el teniente Maqsud Kayani decidió pagarle a Moore por haberle salvado la vida llegó en forma de una invitación para una reunión introductoria entre Moore y el tío de Kayani, el coronel Ahmed Saadat Khodai del Ejército de Pakistán. Al llegar a Islamabad, Moore se encontró con el intrigante correo electrónico del teniente en su bandeja de entrada. El tío de Kayani, el mismo hombre que había orquestado el rescate en helicóptero, le había confiado a su sobrino su continua batalla con la depresión provocada por una crisis de ética personal. El correo electrónico no daba a conocer la naturaleza exacta de la crisis del coronel, pero Kayani hizo hincapié en que dicha reunión podría beneficiar a Moore y a su tío enormemente.

Durante varias semanas de reuniones y extensos enfrentamientos verbales, Moore llegó a sospechar que Khodai podría identificar a los principales simpatizantes de los talibanes en las filas del Ejército. Bebió litros de té con el coronel, tratando de convencerlo de revelar lo que sabía sobre la infiltración de los talibanes y la explotación de las tierras tribales al noroeste del país, muy especialmente de la región conocida como Waziristán. El coronel se mostraba reacio a comprometerse, a cruzar esa línea. Moore estaba frustrado. Era un gran obstáculo, el quid de su punto muerto.

El coronel no sólo estaba preocupado por las posibles ramificaciones que podría tener para su familia, sino que se vio enfrentado a sus propias profundas convicciones personales de nunca hablar negativamente o traicionar a sus compañeros y camaradas, aunque ellos hayan roto su juramento de lealtad a Pakistán y su ejército amado. Sus conversaciones con Moore, sin embargo, lo habían llevado en última instancia al abismo. Si no él, ¿quién?

Entonces, una tarde el coronel había llamado a Moore y le había dicho que estaba dispuesto a hablar. Moore lo había recogido en su casa y llevado hasta el hotel, donde se sentaría a hablar con Moore y dos de sus colegas. Entraron en el estacionamiento de invitados.

Khodai acababa de cumplir cincuenta años y su pelo grueso y muy corto estaba tejido con rayas de color gris. Sus ojos se veían gastados y estrechos, y su prominente mentón estaba salpicado por una barba de un cuarto de pulgada blanca como la nieve. Estaba vestido con ropas de civil, pantalones simples y una camisa de vestir, pero sus botas militares revelaban su oficio. Su BlackBerry estaba bien metida en su estuche de cuero y la hacía girar nerviosamente entre sus dedos pulgar y medio.

Moore tomó la manija de su puerta, pero Khodai levantó una mano.

—Espere. Le dije que estaba listo, pero tal vez necesito más tiempo.

El coronel había estudiado inglés en la escuela secundaria y luego había asistido a la Universidad de Punyab en Lahore, donde había obtenido una licenciatura en ingeniería. Tenía un fuerte acento, pero poseía un amplio vocabulario y su tono era siempre impresionante e imponente. Moore pudo ver por qué había ascendido tan rápidamente a través de las filas. Cuando hablaba, uno no podía dejar de gravitar hacia él y por eso Moore se relajó, retiró su mano de la puerta y dijo:

—Usted *está* listo para esto. Y llegará a perdonarse. Con el tiempo.

—¿De verdad cree eso?

Moore sacudió unos mechones errantes de pelo de sus ojos, suspiró y respondió:

—Quiero creerlo.

El hombre sonrió débilmente.

—La carga que lleva es al menos tan pesada como la mía.

—Asume mucho.

—Reconozco a un ex militar cuando lo veo. Y teniendo en cuenta su trabajo actual, usted mismo ha visto mucho.

—Tal vez. La pregunta para usted es, ¿qué carga es más pesada? ¿Hacer algo? ¿O no hacer nada?

—Usted todavía es muy joven, pero me atrevo a decir que es sabio más allá de sus años.

—Entiendo lo que dice.

—¿Tengo su promesa de que mi familia va a estar absolutamente protegida? —preguntó levantando las cejas.

—No tiene que volver a preguntarlo. Lo que va a hacer va a salvar vidas. Usted entiende eso.

—Sí, lo sé. Pero no estoy arriesgando sólo mi vida y mi carrera. Tanto los talibanes como mis colegas son despiadados. Implacables. Aún me preocupa que sus amigos no sean capaces de ayudarnos, a pesar de todas sus garantías.

—Entonces no le daré más garantías. Es su elección. Los dos sabemos lo que pasará si no viene. Ese es al menos un resultado que podemos predecir.

—Tiene razón. No puedo quedarme sentado más tiempo. Ellos *no* van a dictar la forma en que operamos. No pueden quitarnos nuestro honor. Nunca.

—Bueno, permítame recordarle que la oferta de llevar a su familia a los Estados Unidos aún está vigente. Los podemos proteger mejor allá.

Él negó con la cabeza y se frotó las esquinas de sus ojos.

—No puedo interrumpir sus vidas. Mis hijos están en la escuela secundaria. Mi esposa acaba de ser promovida. Ella trabaja ahí mismo, en el centro tecnológico de ahí al lado. Pakistán es nuestro hogar. Nunca vamos a irnos.

—Entonces ayúdenos a hacerlo mejor. Más seguro.

Khodai levantó la mirada, le dio la cara a Moore y abrió más los ojos.

—¿Qué haría usted si fuera yo?

—No me gustaría que los terroristas ganaran por no hacer nada. Esta es la decisión más difícil de su vida. Lo sé. No me lo tomo a la ligera. No tiene idea de lo mucho que respeto lo que está a punto de hacer... el valor que se necesita. Usted es un hombre que quiere justicia. Así que, sí, si yo fuera usted, abriría la puerta del auto e iría a conocer a mis amigos... y restauremos el honor del Ejército

de Pakistán.

Khodai cerró los ojos y su respiración se hizo más profunda.

—Habla como un político, Sr. Moore.

—Tal vez, pero la diferencia está en que realmente creo en lo que acabo de decir.

Khodai esbozó una débil sonrisa.

—Hubiera pensado que usted vivió una vida de privilegios antes de entrar al ejército.

—No.

Moore pensó por un momento.

—¿Está listo, coronel?

El coronel cerró los ojos.

—Sí, lo estoy.

Salieron del automóvil y cruzaron el estacionamiento, subiendo por la rampa, por debajo de los grandes toldos, hacia la entrada principal del hotel. Moore examinó con la mirada el camino, el estacionamiento, incluso a lo largo de los techos de los edificios al otro lado de la calle, pero todo parecía tranquilo. Pasaron por delante de los taxistas, apoyados en el capó de sus vehículos, fumando en silencio. Les hicieron un gesto de saludo con la cabeza a los jóvenes que estacionaban los autos y que estaban merodeando cerca de un pequeño atril y una caja montada en la pared, dentro de la cual colgaban decenas de llaves. Entraron al edificio, pasando la pared a prueba de bombas recién construida y más allá del puesto de seguridad, donde tuvieron que someterse a rayos X para revisar que no llevaran bombas o armas. Luego se desplazaron a través de las baldosas de mármol color marfil que brillaban y se extendían hasta los ornamentados mostradores de la recepción, detrás de los cuales estaban los conserjes vestidos con trajes oscuros. Un hombre barbudo que vestía un traje de algodón blanco tocaba una suave melodía en un piano de cola situado a un lado, a la izquierda. Había un par de personas en la recepción, empresarios, creyó Moore. Aparte de eso el hotel era silencioso, tranquilo y acogedor. Le hizo una seca inclinación con la cabeza a Khodai y siguieron hacia los ascensores.

—¿Tiene hijos? —le preguntó Khodai mientras esperaban el ascensor.

—No.

—¿No le gustaría tenerlos?

—Esa parece otra vida. Viajo mucho. No sería justo. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque todo lo que hacemos es para hacer del mundo un lugar mejor para ellos.

—Tiene razón. Tal vez algún día.

Khodai extendió una mano y la puso sobre el hombro de Moore.

—No les dé todo. Esa es una decisión de la que se arrepentirá. Conviértase en padre y el mundo será un lugar diferente.

Moore asintió con la cabeza. Le hubiera gustado poder contarle a Khodai acerca de las muchas mujeres con las que había estado en todos estos años, las relaciones que habían sido víctimas de sus carreras en la Armada y en la CIA. Las tasas de divorcio varían, pero algunos decían que para los SEAL llegaban a ser tan altas como del noventa por ciento. Después de todo, ¿cuántas mujeres se casarían con un hombre que apenas verían? El matrimonio se convirtió más en una aventura amorosa y una de las ex novias de Moore sugirió que eso era exactamente lo que harían. Ella quería casarse

con un hombre mientras continuaba su relación con él, solo porque le proporcionaba el humor y la pasión física que no le proporcionaba el otro hombre, que sí le proporciona apoyo financiero y un colchón emocional. Con un marido estable y un SEAL de la Armada de amante, tendría lo mejor de ambos mundos. No, Moore no estaba dispuesto a jugar a ese juego. Y, desafortunadamente, se había acostado con demasiadas prostitutas, *strippers* y mujeres borrachas como para contarlas, aunque en los últimos años su vida se había convertido en una cama de hotel con una sola almohada usada. Su madre todavía le rogaba que encontrara una buena chica y sentara cabeza. Él se reía y le decía que la parte de sentar cabeza era imposible, lo que a su vez hacía imposible encontrar a la chica. Ella le había preguntado: «¿No crees que estás siendo egoísta?». Él le había dicho que sí, que entendía que ella quería nietos, pero que su trabajo exigía demasiado de él y temía que ser un padre ausente sería peor que no ser padre.

Ella le había dicho que renunciara a su trabajo. Él le había dicho que finalmente había encontrado un lugar para sí mismo en este mundo, después de todo el dolor que le había causado a ella. No iba a renunciar ahora. Ni nunca.

Quería compartir todos esos pensamientos con Khodai (eran espíritus afines), pero sonó la campanilla y llegó el ascensor. Entraron y el coronel parecía ponerse cada vez más pálido mientras las puertas se cerraban.

Viajaron en silencio hasta el quinto piso, las puertas se abrieron y Moore rápidamente detectó la silueta de un hombre en el marco de la puerta del hueco de la escalera en el extremo opuesto del corredor: era un agente paquistaní de la ISI[3] (Dirección de Inteligencia Inter-Servicios). El teléfono celular pegado a la oreja del agente le recordó a Moore sacar su propio teléfono inteligente de su bolsillo para poder llamar a los otros y decirles que se estaban acercando a la puerta, pero se dio cuenta de que lo había dejado en el auto. *Maldición.*

Llegaron a la puerta. Moore llamó y dijo:

—Soy yo, muchachos.

La puerta se abrió y uno de sus colegas, Regina Harris, invitó a Khodai a entrar a la habitación. Douglas Stone estaba ahí con ella.

—Dejé mi teléfono en el auto —dijo Moore—. Vuelvo enseguida.

Moore comenzó a caminar por el pasillo y entonces vio a un segundo agente junto a los ascensores. Buena movida, la ISI ahora controlaba todo el tráfico peatonal del quinto piso. El hombre del ascensor era un tipo bajo, de cara desaliñada, grandes ojos marrones y estaba hablando nerviosamente en su teléfono. Llevaba una camisa azul, pantalones marrones y zapatillas negras, y sus rasgos parecían más de roedor que de humano.

Cuando el hombre vio a Moore, bajó su teléfono y se echó a andar por el pasillo hacia el hueco de la escalera, y por un segundo esto confundió a Moore. Caminó unos pasos más, luego paró en seco y se volvió hacia la habitación.

La explosión destrozó el pasillo, lanzando un mar de llamas y una montaña de escombros que separaron a Moore del ascensor y lo tiraron al suelo sobre su trasero. Luego vino el humo que salía de la habitación en espesas nubes hacia el pasillo. Moore rodó sobre sus manos y rodillas, jadeando maldiciones mientras sus ojos ardían y el aire se espesaba con el olor de la bomba. Sus pensamientos se aceleraron, transportándolo a todas las reservas que el coronel le había expresado, como si todas

esas dudas se hubieran manifestado en la explosión. Moore imaginó a Khodai y a sus colegas siendo destrozados, y esa imagen lo llevó a ponerse de pie e ir hacia el ahora vacío hueco de la escalera...

Detrás del hijo de puta que había escapado.

• • •

La persecución no dejó tiempo para sentirse culpable y Moore estaba agradecido por eso. Si se detenía, incluso por un segundo, para reflexionar sobre el hecho de que había convencido a Khodai de «hacer lo correcto» sólo para conseguir que el hombre fuera asesinado a causa de una falla de seguridad de su equipo, colapsaría. Y esa era, quizás, la mayor debilidad de Moore. En una ocasión había sido descrito en un Informe Post-Acción como «un hombre inmensamente apasionado que se preocupaba profundamente por sus colegas», lo que por supuesto explicaba por qué un rostro en particular de su pasado de SEAL de la Armada nunca paró de perseguirlo, y la repentina pérdida de Khodai le recordó esa noche.

Moore irrumpió en la escalera y vio al hombre bajando por ella a toda velocidad. Apretando los dientes, Moore corrió tras él, utilizando la barandilla para saltar tres o cuatro escalones a la vez y maldiciendo el hecho de que su pistola estaba en el auto. Habían sido autorizados para usar el hotel como lugar de encuentro, pero tanto el equipo de seguridad del hotel como la policía local habían sido inflexibles con respecto a sus armas: no se permitirían en el interior del edificio. No había habido espacio para negociación en este punto, y si bien Moore y sus colegas tenían acceso a un número de armas que podían eludir la seguridad, habían optado por respetar la solicitud para no poner en riesgo una relación que ya era muy delicada. Moore tuvo que asumir que si el hombre había pasado por el puesto de control de seguridad de la ISI, entonces no estaba armado. Pero Moore también había asumido que su habitación del hotel era un lugar seguro para reunirse. Habían elegido una de las cuatro habitaciones libres en el quinto piso que daba a la calle para poder observar el ir y venir de invitados y los patrones de tráfico. Cualquier cambio brusco sería el primer indicador de que algo estaba por suceder y les gustaba llamar a esto un sistema de alerta para astutos. Si bien no habían tenido acceso a un perro detector de bombas, habían revisado cuidadosamente la habitación buscando cualquier aparato electrónico y la habían estado usando durante un par de semanas sin incidentes. El que estos matones hubieran conseguido meter explosivos lo enfurecía y era a la vez desgarrador. Khodai había pasado a través del detector de metales sin problemas, por lo que Moore tuvo que asumir que el hombre no traía nada consigo... al menos, por supuesto, que el control de seguridad en sí mismo fuera una farsa y el hombre ahí trabajara para los talibanes.

El tipo pequeño iba a un ritmo vertiginoso, llegó al primer piso y salió corriendo por la puerta de la escalera, con Moore unos seis segundos detrás de él.

Un par de respiros más tarde y Moore salió por la puerta, girando la cabeza a la izquierda hacia la entrada principal, luego a la derecha hacia un largo pasillo que conducía al spa, el gimnasio y un estacionamiento trasero situado en la esquina de una zona boscosa de gran tamaño.

Mientras tanto, el resto del hotel estaba dominado por caos, con las alarmas sonando, el personal de seguridad gritando y los empleados del hotel corriendo por todas partes en tanto el humo de la explosión comenzaba a filtrarse en el sistema de aire acondicionado con el olor acre de los explosivos.

Echando una rápida mirada sobre su hombro, el hombre corrió hacia la puerta mientras Moore giraba y corría a toda velocidad detrás de él, llamando la atención de dos mucamas, quienes los apuntaban y le gritaban al personal de seguridad. *Bien.*

Moore acortó la distancia en tanto el hombre levantaba las dos manos y se estrellaba contra la puerta de atrás, abriéndola, antes de desaparecer hacia el exterior. Y tres, dos, uno, Moore golpeó la puerta con un grito ahogado y la noche fría lo envolvió mientras veía al hombre corriendo a toda velocidad hacia la misma zona de estacionamientos donde Moore había dejado su auto. Esta era la mejor salida para él, con el bosque más allá, pero también los haría pasar el automóvil de Moore y su pistola estaba guardada ahí adentro.

La ira de Moore finalmente encontró sus músculos. Este tipo no se escaparía. Ya no se trataba de una decisión o incluso una meta sino de un hecho concreto. Moore ya preveía su captura; era simplemente cuestión de tiempo para que sucediera. Como era de esperar, su presa no tenía la resistencia física que él tenía y el hombre comenzó a desacelerar en tanto alcanzaba su umbral de lactato, pero Moore tenía un largo camino por recorrer antes de llegar al suyo... y por eso se abalanzó detrás del hombre como un lobo y se lanzó con una patada baja a la pierna izquierda del tipo, lo que lo envió gritando a estrellarse contra el pasto, justo antes de que los dos alcanzaran el asfalto.

Había un viejo y muy conocido dicho acerca de las técnicas de combate Muay Thai: «Patada pierde contra golpe, golpe pierde contra rodilla, rodilla pierde contra codo, codo pierde contra patada».

Bueno, este imbécil acababa de perderlo todo con la patada de Moore y ahora Moore estaba agarrando las muñecas del hombre y moviéndose para sentarse sobre él e inmovilizarlo.

—No te muevas. ¡Estás acabado! —dijo Moore en urdu, el idioma más utilizado en la ciudad.

El hombre levantó la cabeza, luchando para tratar de soltarse de Moore, pero luego sus ojos se entrecerraron y su boca se abrió con una expresión de... ¿qué? ¿Horror? *¿Shock?*

El sonido de un trueno retumbó en algún lugar detrás de ellos. El sonido de un trueno familiar. Terriblemente familiar...

Casi al mismo tiempo la cabeza del hombre explotó, bañando a Moore en sangre y esto lo hizo reaccionar por instinto; fue pura memoria muscular, sin ninguna previsión, solo supervivencia lo que lo hizo alejarse del hombre y girar sobre su costado.

Se quedó sin aliento, siguió rodando, todavía en pleno control de su cuerpo, las evoluciones del entrenamiento SEAL nunca olvidadas, el cuerpo recordando, respondiendo, reaccionando.

El arma disparó dos veces más, las balas se clavaron en la tierra a menos de seis pulgadas del torso de Moore mientras se incorporaba sobre sus manos y rodillas y salía disparado hacia su auto, que estaba justo ahí, a solo diez metros de distancia. El arma era un rifle francotirador Dragunov de fabricación rusa. Moore estaba seguro de eso. Los había disparado, había visto cómo los disparaban y le habían disparado con ellos. El arma tenía un alcance de ochocientos metros y hasta mil trescientos si el tirador era muy hábil y sacaba buen provecho de la mira. El cartucho desmontable de diez balas podría mantener a este tipo ocupado por un rato.

Otro disparo perforó un agujero en la puerta del lado del conductor, mientras Moore buscaba en su bolsillo, apretaba el botón en su llavero para abrir la puerta y el coche emitía un pitido. Dio la

vuelta al vehículo, colocándose fuera de la línea de fuego del francotirador, y abrió la puerta del lado del acompañante.

El parabrisas se rompió en pedazos cuando lo atravesó otra bala. Moore sacó de la guantera su Glock 30, que tenía la palabra AUSTRIA grabada en relieve en el lado de la pistola calibre 45. Se movió al otro lado de la puerta, examinó la línea de árboles y el hotel más allá, y allí estaba, inclinándose hacia adelante en el techo del centro tecnológico de dos pisos que estaba justo al lado.

El francotirador llevaba un gorro de lana negro, pero su rostro era claramente visible. Barba oscura. Ojos muy abiertos. Nariz ancha. Y Moore asintió para sus adentros al ver el rifle de francotirador Dragunov con mira y gran cargador que el francotirador estaba levantando, equilibrándolo con un codo apoyado en la cornisa.

Cuando Moore lo vio, el francotirador vio a Moore y le disparó tres tiros en rápida sucesión que golpearon la puerta mientras Moore se apresuraba a moverse alrededor del auto de vuelta hacia el lado del conductor.

Pero entonces, mientras el tercer disparo terminaba de resonar, Moore se puso de pie rápidamente y, apoyando la mano que sostenía la pistola sobre su palma izquierda, disparó de vuelta, perforando con sus balas el hormigón a sólo pulgadas de donde estaba el francotirador, a unos cuarenta metros de distancia. Eso estaba más allá del posible alcance certero de su pistola, pero Moore supuso que el francotirador no estaba haciendo ninguna tarea de balística en ese momento, sino sólo esquivando las balas.

Cuatro guardias de seguridad del hotel ya estaban corriendo hacia el área de estacionamientos y Moore les señaló y les gritó:

—¡Está allá arriba! ¡Al suelo!

Un hombre corrió a donde estaba Moore, mientras que los demás se lanzaron detrás de varios otros automóviles estacionados.

—¡No te muevas! —le ordenó el guardia, y luego el francotirador le voló la cabeza.

Otro guardia se puso a gritar en su radio.

Cuando Moore volvió su mirada al edificio vio al francotirador en el extremo este usando una escalera de mantenimiento para bajar al estacionamiento debajo, deslizándose rápidamente, como un arácnido saliendo de su nido.

Moore salió corriendo y el camino se fue haciendo desigual, del pasto pasó a la grava y luego de vuelta al pavimento. Un estrecho callejón entre el centro tecnológico y una hilera de pequeñas oficinas de un piso detrás del centro conducía al noroeste, hacia la calle Aga Khan, la calle principal frente al hotel. El olor a carne de cerdo dulce llenaba el callejón, ya que los extractores de la cocina del hotel filtraban en esa dirección, y el estómago de Moore gruñó a pesar de que la comida era lo último en su mente.

Sin disminuir la velocidad, giró a la izquierda, con su Glock al frente, y allí, a menos de veinte metros, había una furgoneta Toyota HiAce con dos hombres armados asomándose por las ventanas de la parte trasera del lado del conductor y del acompañante.

El francotirador corrió hacia la camioneta en marcha y saltó al asiento del acompañante, mientras los hombres armados en la parte trasera levantaban sus rifles en dirección a Moore, que tuvo casi dos segundos para lanzarse al suelo hacia un pequeño hueco en tanto los ladrillos por encima de él se

hacían pedazos con el fuego automático de las armas. Dos veces trató de levantar la cabeza para conseguir ver el número de matrícula, pero los disparos no cesaban y para cuando se extinguieron, la furgoneta ya estaba doblando en la calle principal. Se había ido.

Moore se apresuró a regresar a su auto, tomó su teléfono celular y, con la mano temblorosa, trató de hacer una llamada. Luego, simplemente se detuvo y se recostó en su auto a medida que más personal de seguridad lo rodeaba, con el jefe de personal exigiendo respuestas.

Necesitaba dar aviso de la furgoneta, poner ojos en el cielo para seguir al vehículo.

Necesitaba decirles lo que había sucedido.

Todo el mundo estaba muerto.

Pero lo único que podía hacer era respirar.

Aldea de Saidpur
Islamabad, Pakistán
Tres horas más tarde

Bien metida en las colinas de Margalla mirando hacia Islamabad, la aldea de Saidpur ofrecía una vista pintoresca de la ciudad y atraía un flujo constante de turistas en busca de lo que algunos guías llamaban el «alma» de Pakistán. Los guías decían que se podía encontrar en Saidpur.

Sin embargo, si la ciudad tenía un alma, acababa de hacerse más oscura. Las columnas de humo aún flotaban en el aire desde el Hotel Marriott, atravesando el cielo lleno de estrellas, y Moore se quedó ahí, en el balcón de la casa de seguridad, maldiciendo una vez más. La explosión no solo había destruido su habitación, sino también otras dos adyacentes a la derecha y a la izquierda, y antes de que otros pudieran acercarse a la zona, el techo en esa sección del edificio se había derrumbado.

Con el apoyo de otros tres agentes que habían sido llamados para ayudar a asegurar el área, junto con un equipo forense especial y dos especialistas en escena del crimen, Moore había sido capaz de trabajar con el personal de seguridad privada del hotel, la policía local y un equipo de cinco hombres de la ISI, mientras le entregaba un flujo constante de información errónea a los periodistas de *Associated Press*. Para cuando la historia apareció en medios como CNN, se decía que una bomba puesta por los talibanes había explotado en el hotel y que los terroristas se habían atribuido la responsabilidad porque estaban buscando venganza por los asesinatos cometidos por chiítas de miembros de una aliado extremista sunita del grupo conocido como Sipah-e-Sahaba. Un coronel del Ejército de Pakistán se había visto inadvertidamente atrapado en la explosión. Entre los nombres difíciles de recordar de los grupos y las vagas circunstancias, Moore estaba seguro de que la historia seguiría haciéndose cada vez más complicada. Sus colegas en la habitación no llevaban nada consigo que los identificara como estadounidenses o miembros de la CIA.

Se alejó del balcón y hacia una voz adentro de su cabeza: *«No puedo interrumpir sus vidas. Mis hijos están en la escuela secundaria. Mi esposa acaba de ser promovida. Ella trabaja ahí mismo, en el centro tecnológico de ahí al lado. Pakistán es nuestro hogar. Nunca vamos a irnos».*

Moore se agarró con fuerza de la barandilla de piedra, se inclinó, perdió el aliento y empezó a vomitar. Se quedó ahí, con la frente apoyada sobre el brazo, esperando a que pasara, tratando de botarlo todo, a pesar de que el bombardeo había, de hecho, traído todo de vuelta. Había pasado años tratando de reprimir los recuerdos, luchando contra ellos durante incontables noches en vela,

luchando contra el impulso de tomar el camino más fácil y acabar con el dolor bebiendo... y durante los últimos años, había querido creer que había ganado.

Y ahora esto. Había conocido a sus colegas agentes tan solo unas semanas antes y no había tenido más que una conexión profesional con ellos. Sí, se sentía muy mal por su muerte, pero era Khodai, el devastado coronel, el que le dolía más. Moore había aprendido mucho sobre él y sintió que la pérdida era *significativa*. ¿Cómo reaccionaría el sobrino de Khodai ante la muerte de su tío? El teniente había pensado que estaba ayudando a los dos hombres y, si bien debe haber sabido que Khodai se estaría poniendo en peligro al hablar con Moore, es probable que no hubiera pensado jamás que su tío pudiera ser asesinado.

Moore había prometido proteger a Khodai y su familia. Había fracasado en todos los niveles. Cuando la policía había llegado a la casa de Khodai hacía apenas una hora, se habían encontrado a la esposa y a los hijos del hombre apuñalados, y el agente asignado para protegerlos estaba desaparecido. Los talibanes estaban tan bien conectados, tan profundamente insertos en el pulso de la ciudad, que a Moore y su gente les parecía prácticamente imposible lograr hacer su trabajo. Esto lo pensaba por su estado de depresión, por supuesto, pero los talibanes tenían observadores en todas partes y no importaba cuánto había tratado de mezclarse, dejándose crecer la barba, vistiendo el atuendo local, hablando el idioma, ellos habían adivinado quién era y lo que buscaba..

Se limpió la boca y se puso de pie, mirando hacia la ciudad, hacia el persistente humo, hacia las luces brillando en el horizonte. Tragó saliva, reunió el coraje y susurró:

—Lo siento.

Unas cuantas horas más tarde, Moore, mantenía una videoconferencia con Greg O'Hara, subdirector del Servicio Nacional Clandestino (NCS)[4] de la CIA. O'Hara era un hombre en forma, de cincuenta y tantos años, pelo rojo grisáceo y una mirada dura de ojos azules exagerados por sus anteojos. Tenía una predilección por las corbatas doradas y debe haber tenido un centenar de ellas. Moore le dio un resumen de lo que había sucedido y decidieron que hablarían de nuevo en la mañana, una vez que los demás equipos hubieran completado sus investigaciones y registrado los resultados. El jefe inmediato de Moore, el jefe de la División de Actividades Especiales, también iba a participar en la llamada.

Uno de los contactos locales de Moore, Israr Rana, un agente que él mismo había reclutado después de haber pasado los últimos dos años en Afganistán y Pakistán, llegó a la casa de seguridad. Rana era un estudiante universitario de veintitantos años, con un agudo ingenio, características físicas similares a las de un ave y una pasión por el cricket. Su sentido del humor y encanto juvenil le permitían obtener cantidades notables de inteligencia para la Agencia. Eso, unido a sus ancestros (su familia se había hecho bastante conocida en el siglo pasado por ser grandes soldados y astutos hombres de negocios), hacía de él un agente casi perfecto.

Moore se dejó caer en una silla, con Rana de pie junto al sofá.

—Gracias por venir.

—No hay problema, Money[5].

Ese era el apodo que Rana tenía para Moore, y tenía sentido. A Rana se le pagaba generosamente

por sus servicios.

—Necesito saber dónde está la fuga. ¿Lo echamos a perder desde el primer momento? ¿Fue el Ejército, los talibanes o ambos?

Rana sacudió la cabeza e hizo una mueca.

—Voy a hacer todo lo posible para averiguar algo. Pero por ahora, déjame hacerte un trago. Algo para ayudarte a dormir.

Moore le hizo caso omiso.

—Nada me ayudará a dormir.

Rana asintió con la cabeza.

—Voy a hacer algunas llamadas. ¿Puedo usar la computadora?

—Ahí está.

Moore se fue al dormitorio y en el transcurso de una hora se dio cuenta de que estaba equivocado. Se sumió en un sueño profundo, agotado, flotando sin descanso sobre olas negras, hasta que el latido de su corazón, como el golpeteo de los rotores de un helicóptero, lo envió de un salto a sentarse en posición vertical bañado en un sudor frío. Echó un vistazo alrededor de la habitación, suspiró y se desplomó de nuevo sobre la almohada.

Media hora más tarde estaba en su auto, conduciendo de regreso a la escena. Miró la edificación en ruinas, luego el centro tecnológico junto a ella. Encontró un guardia de seguridad del centro tecnológico y, junto con dos policías locales, logró entrar al edificio. Subieron a la azotea, donde Moore ya había estado antes y donde habían recogido los casquillos de las balas del francotirador para buscar huellas en ellos.

Había sido una revelación, una suerte de epifanía, que le había llegado mientras su mente iba y venía entre el consciente y el inconsciente, porque el problema de cómo sus adversarios habían conseguido meter los explosivos en la habitación había continuado ardiendo en su cabeza hasta que se presentó una solución de muy baja tecnología. Todo lo que tenía que hacer era encontrar alguna prueba de ello.

Caminó por el borde de la azotea, dejando que la luz de su linterna alumbrara lentamente el hormigón y el acero cubierto de polvo... hasta que la encontró.

• • •

La División de Actividades Especiales (SAD)[6], que opera dentro del Servicio Nacional Clandestino, estaba integrada por oficiales de operaciones paramilitares reclutados en las fuerzas armadas que llevaban a cabo operaciones encubiertas de negabilidad plausible en suelo extranjero. La división estaba compuesta de ramas terrestre, marítima y aérea. Moore había sido originalmente reclutado para la rama marítima, al igual que la mayoría de los SEAL de la Armada, pero había sido trasladado a la rama terrestre y había trabajado varios años en Irak y Afganistán, donde había llevado a cabo excelentes operaciones de inteligencia que involucraban el uso de aviones no tripulados Predator para dejar caer misiles Hellfire sobre numerosos objetivos talibanes. Moore no había puesto resistencia a ser trasladado a la rama terrestre y sabía que si lo necesitaban para una operación marítima en particular, lo enviarían de todos modos. Las líneas operativas habían sido trazadas por el personal administrativo, no por los agentes de campo.

La SAD estaba compuesta por menos de doscientos agentes, pilotos y otros especialistas desplegados en equipos de seis personas o menos, muchas veces con un solo agente de la SAD realizando operaciones encubiertas con la ayuda de un controlador u oficial de caso, que a menudo se mantenía fuera de peligro. Los agentes de la SAD estaban muy bien entrenados en sabotaje, contraterrorismo, rescate de rehenes, evaluación de daño de bombas, secuestro y recuperación de personal y material.

La SAD debía su existencia a la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS)[7], una agencia que había sido organizada durante la Segunda Guerra Mundial por el Estado Mayor Conjunto de los Estados Unidos y tenía acceso directo al presidente Franklin D. Roosevelt. En su mayor parte, la OSS funcionaba independientemente del control militar, algo que levantó cejas y provocó un profundo escepticismo en su momento. Se dice que MacArthur fue muy reacio a que cualquier miembro de la OSS trabajara dentro de su campo de operaciones. En consecuencia, cuando la OSS fue disuelta después de la guerra, fue creada la CIA bajo la Ley de Seguridad Nacional de 1947. Las misiones que no podían ser asociadas con los Estados Unidos iban al grupo paramilitar de la CIA, la División de Actividades Especiales, un descendiente directo de la OSS.

El jefe de la SAD, David Slater, un hombre negro de mandíbula de acero y ex Force Recon[8] con veinte años en el ejército, se incorporó a la video conferencia de la mañana con el subdirector O'Hara. Los dos hombres miraban a Moore desde su tableta electrónica mientras se sentaba en la cocina de la casa de seguridad en la aldea de Saidpur.

—Siento que no hayamos podido conectarnos ayer. Estaba en el aire en ruta al territorio continental de los Estados Unidos —dijo Slater.

—Está bien, señor. Gracias por estar con nosotros.

O'Hara le deseó a Moore un buen día.

—Con el debido respeto, no hay absolutamente nada de bueno en él.

—Entendemos cómo se siente —dijo O'Hara—. Hemos perdido a grandes personas y años de inteligencia.

Moore hizo una mueca y se mordió la lengua.

—¿Qué saben hasta ahora?

—Los cuerpos de Harris y Stone han sido recuperados de entre los escombros. Por lo menos lo que quedaba de ellos. Gallagher, que estaba en la casa de Khodai, sigue desaparecido. Deben tenerlo en un sótano o una cueva profunda, porque no hay señal del dispositivo GPS en su hombro. El tipo que persiguió estaba, obviamente, bien entrenado, pero aún así era un tipo de bajo nivel.

Moore sacudió la cabeza con disgusto.

—¿Creen que Khodai llevaba algo?

—Es posible —dijo Slater.

—Yo también pensé eso. Pensé que tal vez el puesto de control en el vestíbulo era falso y controlado por ellos. Los rayos X no recogerían nada, aunque llevara algo. Por eso Khodai pasó sin activar el sistema. Tal vez lo amenazaron, le dijeron que si no nos volaba en pedazos matarían a su familia, lo cual hicieron de todos modos.

—Esa es una muy buena teoría —dijo O'Hara.

Moore lanzó un bufido.

—Pero eso *no* es lo que pasó.

—¿Qué tiene? —le preguntó Slater.

—La seguridad del hotel es, en general, bastante buena. Creo que utilizaron mucamas para lograr meter las bombas en las habitaciones contiguas a la nuestra.

—Más despacio —dijo Slater—. ¿Cómo consiguieron meter las bombas en el hotel en primer lugar? No las pasaron por la entrada principal.

Moore sacudió la cabeza.

—Se metieron en el edificio de al lado, el centro tecnológico, donde estaba el francotirador. Ahí hay menos guardias de seguridad y tal vez más fáciles de sobornar. Las bombas fueron pasadas a través de una cuerda y una polea de un tejado al otro.

—Tiene que estar bromeando —dijo O'Hara.

—No lo estoy. Subí a la azotea del centro tecnológico y vi dónde colgaron las cuerdas. Luego fui al hotel Marriott y encontré los mismos signos en el borde de su azotea. En unos minutos cargaré algunas fotos que tomé.

La voz de O'Hara se hizo grave, llena de frustración.

—Eso es ridículamente simple.

—Y tal vez ese fue nuestro problema: tenemos nuestros ojos puestos en lo complicado cuando estos tipos están usando palos y piedras. Si fueran realmente audaces, habrían intentado tirar las bombas de un edificio al otro... —Moore sacudió la cabeza otra vez.

—Así que esas habitaciones junto a la suya estaban registradas para huéspedes que nunca estuvieron ahí —concluyó O'Hara.

—Exactamente. Alguien en el interior se aseguró de que aparecieran ocupadas en el sistema de registro, cuando en verdad estaban vacantes. Los policías locales deberían ser capaces de atrapar al hijo de puta en la recepción que los conectó. Tengo a Rana tanteando el terreno por mí.

—Eso suena bien —respondió O'Hara—. Pero a estas alturas, nos gustaría salir de ahí.

Moore inspiró y cerró los ojos.

—Miren, sé que piensan que dejé que todo esto se fuera al infierno... una falla en la seguridad, pero todo este asunto estaba limpio. Había revisado todo. Me refiero a *todo*. Ahora... sólo déjenme terminar esto. Por favor.

Él quería decirles que necesitaba hacer esto por las personas que habían muerto y que necesitaba hacerlo por sí mismo, pero las palabras no salían de su boca.

—Lo necesitamos de vuelta en casa.

Sus ojos se abrieron de golpe.

—¿En casa? ¿En los Estados Unidos?

Slater interrumpió:

—Ayer por la tarde varios oficiales en el batallón de Khodai fueron fotografiados con un hombre que hemos identificado como Tito Llamas, un conocido teniente del cártel de Juárez. Con ellos había dos hombres no identificados, posiblemente talibanes. Vas a tener esas fotos en un momento.

—Así que tenemos oficiales corruptos del Ejército de Pakistán reuniéndose con un tipo del cártel de droga de México y los talibanes —dijo Moore—. Esa sí que es una trinidad maldita.

Slater asintió con la cabeza.

—Max, usted conoce a muchos de los actores en Medio Oriente. Tiene la experiencia que necesitamos. Queremos que sea el supervisor de campo de una nueva fuerza especial conjunta que estamos formando.

Moore frunció el ceño confundido.

—¿Es esta una promoción, después de lo que acaba de suceder? Quiero decir, voy cero-dos en dos semanas...

—Hemos estado hablando de esto durante mucho tiempo y su nombre siempre ha estado entre los primeros de la lista. Eso no ha cambiado —respondió Slater.

Sin embargo, Moore siguió sacudiendo la cabeza.

—Los dos tipos en el pasillo... pensé que eran un par de agentes de la ISI que estaban controlando el acceso al quinto piso. Solo estaban asegurándose de que las bombas estallaran...

—Eso es correcto —dijo O'Hara.

O'Hara se inclinó hacia la cámara.

—Necesitamos saber hasta qué nivel los cárteles de la droga mexicanos están metidos en la cama con estos traficantes afganos y paquistaníes. Si le sirve de consuelo, seguirá trabajando en el mismo caso, pero desde otro ángulo.

Moore necesitaba un momento para procesar todo.

—Entonces, ¿cómo encajan los mexicanos, más allá de ser intermediarios y clientes?

O'Hara se inclinó de nuevo hacia atrás en su silla.

—Esa es la verdadera pregunta, ¿no?

Slater aclaró su garganta y consultó algunas notas.

—Su tarea principal será descubrir si esta conexión entre los talibanes y los mexicanos es solo para ampliar el mercado del opio o si está destinada a fomentar algo más problemático, como el que los talibanes estén reclutando en México para desarrollar una nueva base de operaciones y un acceso más fácil a los Estados Unidos.

—Usted dijo que es una fuerza especial conjunta. ¿Qué otros organismos están involucrados?

Slater sonrió.

—El alfabeto completo: CIA, FBI, ATF, CBP y otra media docena de agencias más pequeñas y locales para ayudar.

Moore se estremeció al considerar la magnitud de lo que estaban pidiendo.

—Señores, agradezco la oferta.

—No es una oferta —puntualizó O'Hara.

—Ya veo. Miren, solo denme un par de días para hacer seguimiento de los asesinos de Khodai y ver si puedo conseguir algo de inteligencia sobre Gallagher. Eso es todo lo que pido.

—Ya tenemos otro equipo en camino —dijo Slater.

—Está bien. Pero déjenme intentarlo una vez más.

O'Hara hizo una mueca.

—Todos fracasamos. No sólo usted.

—Mataron al coronel y asesinaron a su familia. Él era un buen hombre. Estaba haciendo lo correcto. Se lo debemos a él y a su sobrino. No puedo irme así.

O'Hara reflexionó un momento y luego levantó las cejas.

—Dos días.

2

MOVIMIENTO

En algún lugar de la selva
Noroeste de Bogotá, Colombia

Juan Ramón Ballester maldijo entre dientes y estiró la mano más allá de su hinchada panza cervecera para agarrar el teléfono celular que estaba en el bolsillo de sus pantalones cargo cortos. Su camiseta blanca sin mangas ya estaba empapada en sudor y el Cohiba Behike apagado entre sus labios estaba mojado. Había sido un verano brutal e implacable, y el aire era tan húmedo que sentía como si estuviera caminando a través de panes calientes.

Ballesteros tenía apenas cuarenta años, pero la pesada carga de su posición había dibujado profundas líneas alrededor de sus ojos, había hecho que su barba y rizos se pusieran grises y lo había dejado encorvado con un dolor de espalda crónico que se sentía como los golpes de un machete.

Sin embargo, sus molestias físicas eran la menor de sus preocupaciones: los cuatro jóvenes con heridas de bala en sus cabezas tenían toda su atención.

Habían estado tendidos en el suelo de la selva durante la mayor parte de la noche y el rocío de la madrugada había dejado un brillo en sus pálidos cuerpos. Las moscas zumbaban y se posaban en sus mejillas y párpados y volaban dentro de sus bocas abiertas. El rigor mortis ya había aparecido y sus entrañas se habían desocupado. El hedor era tremendo y Ballesteros tenía que mirar hacia otro lado para respirar y volver a tragar bilis.

El equipo había venido aquí a establecer otro laboratorio móvil de cocaína, que era cualquier cosa menos higiénico y de alta tecnología: sólo unas pocas tiendas de campaña caseras cubriendo montañas de hojas de coca secándose en el suelo de tierra. Una tienda era utilizada para la producción y el almacenamiento de gasolina y ácido sulfúrico, entre otros productos químicos necesarios para producir al menos mil kilos de pasta a la semana. En los últimos años, Ballesteros le había dado a sus compradores más poderosos un recorrido por los campamentos, mostrándoles el exigente proceso de varias etapas mediante el cual se fabricaba el producto.

Si bien todos los cultivadores de coca seguían recetas ligeramente diferentes, los hombres de Ballesteros necesitaban mil kilos de hojas de coca para obtener un kilo de pasta, alrededor de 2,2 libras. En los recorridos mostraba cómo se hacía una décima parte de esa cantidad. Sus hombres encendían desmalezadoras para aplastar cien kilos de hojas y añadían dieciséis kilos de sal de mar y ocho kilos de piedra caliza. Mezclaban los ingredientes pisoteándolos vigorosamente hasta crear una mezcla de color negro con aspecto de tierra que se vertía en un gran tambor. Se añadían veinte litros de gasolina y luego se dejaban reposar los ingredientes durante unas cuatro horas.

Los hombres entonces iban a otro tambor que ya había estado reposando y este líquido se vertía en una cubeta para poder deshacerse de la pulpa y las hojas. El valioso producto en esta etapa era la

droga lixiviada a partir de las hojas de coca y ahora suspendida en la gasolina.

A continuación se agregaban ocho litros de agua y ocho cucharaditas de ácido sulfúrico, y esta mezcla nueva se restregaba con un émbolo por un par de minutos, luego se decantaba, dejando el sedimento en el fondo. Se agregaba permanganato de sodio al sedimento, junto con soda cáustica en cantidades no específicas, lo suficiente para ahogar el sedimento. El líquido ahora era blanco lechoso y la pasta estaba cuajada en la parte inferior. El líquido restante se filtraba a través de un trapo y la pasta se dejaba secar al sol hasta que se volvía de un color marrón claro.

El precio de Ballesteros para producir un kilo era alrededor de mil dólares estadounidenses. Cuando ese kilo era procesado en cocaína en polvo y era transportado a México, el precio subía a 10.000 dólares por kilo. Una vez que ese mismo kilo llegaba a los Estados Unidos, se vendía por 30.000 dólares o más a las pandillas callejeras, que luego lo mezclaban con aditivos para reducir la pureza y obtener más provecho de cada alijo. Las pandillas vendían su producto por gramo y un solo kilo podía generar un valor en la calle de 175.000 dólares o más.

Irónicamente, un comprador una vez le había preguntado: «¿Por qué haces esto?». ¿No sabía que un adolescente en Los Ángeles acababa de morir por una sobredosis de la misma sustancia que él producía? ¿No se daba cuenta de que estaba destruyendo familias y arruinando la vida de todo el mundo?

Él nunca pensó en ello y se consideraba un agricultor completando el círculo de los días en que su propia familia trabajaban en las plantaciones de café. Se había criado en Bogotá, había ido a la universidad en los Estados Unidos, en Florida, y había regresado a Colombia con un título en Negocios para tratar de iniciar su propia plantación de plátanos orgánicos, que había fracasado estrepitosamente. Algunos de sus amigos en el negocio de los plátanos le habían presentado a varios narcotraficantes y, como dicen, el resto es historia. Para él, era una cuestión de supervivencia. Después de veinte largos años como productor y traficante de drogas, Ballesteros estaba cosechando los frutos de su ocupación de alto riesgo. Su familia vivía entre europeos blancos en un rico suburbio al norte de la ciudad, a sus dos hijos les estaban yendo bien en la escuela secundaria y a su esposa no le faltaba nada, salvo más tiempo con él. Estaba ausente la mayor parte de la semana por «negocios», pero regresaba a su casa los fines de semana para las reuniones familiares, para ir a la iglesia y para asistir a partidos de fútbol con sus hijos. En realidad, él vivía en su casa de la selva a un cuarto de kilómetro de distancia de su laboratorio y tenía, hasta ahora, una excelente relación con las FARC, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, un grupo guerrillero que lo ayudaba a distribuir y exportar su producto. Esperaba que sus hombres no hubieran sido asesinados por miembros de las FARC; había habido cierta tensión entre él y un coronel de las FARC llamado Dios, un simple desacuerdo sobre precios. Ahora los trabajadores de Ballesteros habían sido ejecutados mientras dormían con lo que tenía que haber sido un arma con silenciador.

Llamó a Dante Corrales, su contacto en México, y esperó a que el joven respondiera.

—Sólo me llamas cuando hay un problema —dijo Corrales—. Pero mejor que no haya ningún problema.

—Dios —fue todo lo que dijo Ballesteros.

—Está bien. Ahora intenta no molestarme de nuevo.

—Espera, no estoy seguro de que haya sido Dios, pero tal vez...

El chico ya había cortado la llamada.

Ballesteros se había reunido con Corrales sólo una vez, hacía dos años, cuando miembros del cártel de Juárez habían venido a inspeccionar su operación y a ofrecer fuerzas de seguridad y trabajadores para ayudarlo a aumentar la producción. Corrales era un hombre joven arrogante, de la nueva generación de narcotraficantes sin ningún sentido de la historia o respeto por los que habían venido antes que él. Estos jóvenes sicarios estaban más preocupados por el poder, la imagen y la intimidación que por ganar dinero. Tenían la fantasía de estar en películas de Hollywood, pensaban que eran Al Pacino. Ballesteros no les veía mucho uso, pero se había visto obligado a aceptar la ayuda del cártel cuando el gobierno había reforzado el control sobre su operación y actualmente eran sus principales compradores.

Después dé otra breve llamada telefónica con Corrales la semana pasada, Ballesteros se había enterado de que el jefe del cártel estaría en el país muy pronto y que no debía retrasar el próximo envío. Maldijo y se fue corriendo a su casa, donde envió a dos de sus hombres de vuelta al laboratorio para recoger los cadáveres.

Cuatro camiones viejos cuyas partes traseras estaban cubiertas con pesadas lonas se habían detenido frente a la casa y otro grupo de hombres estaba cargando las cajas de plátanos llenas de plátanos y de cocaína en los camiones.

Ballesteros trató de ocultar su furia y disgusto por el asesinato de los hombres y le gritó a su equipo que se diera prisa. El barco ya había llegado al muelle en Buenaventura.

Condujeron por los caminos llenos de baches y fueron arrojados con fuerza contra sus asientos en las calurosas cabinas. Ninguno de los camiones tenía aire acondicionado y daba igual. Ballesteros no quería que ninguno de sus hombres estuviera demasiado cómodo. Tenían que permanecer vigilantes y el mismo Ballesteros examinó cada auto y peatón que pasaba a lo largo de la ruta.

Debido a que este envío en particular era de gran tamaño (siete toneladas, para ser precisos) y a que su operación había sufrido un duro golpe con los asesinatos, a Ballesteros le preocupaba que hubiera otro ataque y optó por seguir este envío al menos hasta el segundo o tercer punto de transferencia.

La tripulación de un barco camaronero de Houston de noventa y cinco pies se asomó a empujones en el muelle cuando llegaron Ballesteros y sus hombres. Los equipos de hombres comenzaron la rápida transferencia de carga, usando una carretilla elevadora a gas junto con la grúa de la embarcación para mover las paletas de cajas de plátanos desde el muelle a la bodega del barco camaronero.

No muy lejos, cerca del final del muelle, había dos soldados de las FARC observando toda la operación. Uno le hizo un gesto de aprobación con la cabeza a Ballesteros, quien subió a toda prisa por la pasarela, ante la sorpresa de la tripulación. Sí, les dijo. Él también vendría. ¿Hasta dónde iba? Lo suficientemente lejos.

• • •

Se dirigieron hacia el oeste por cerca de doscientas cincuenta millas náuticas, acercándose a la Isla de Malpelo, una pequeña isla con fantásticos acantilados y espectaculares formaciones rocosas que brillaban en el sol. Se quedarían en la zona hasta el anochecer, realizando operaciones de «pesca de camarones» de rutina, mientras eran seguidos por un grupo de sedosos tiburones. Ballesteros permaneció en silencio durante la mayor parte del día, aún atormentado por las imágenes de sus hombres.

Finalmente, una sombra oscura se hinchó como una ballena o un gran tiburón blanco por la amura de babor. A medida que la sombra se acercaba, los hombres en la cubierta se gritaban unos a otros y se ponían a trabajar preparando las cuerdas. La sombra salió del agua, asumiendo un patrón moteado de azul, gris y negro, y luego, en tanto el agua de mar corría por sus costados, rompió totalmente la superficie... Un submarino.

El buque se deslizó junto a ellos y Ballesteros le gritó al capitán, que se estaba levantando por la escotilla:

—¡Esta vez me voy a unir al paseo!

El submarino era diesel-eléctrico, de treinta y un metros de largo, y casi tres metros de alto desde las placas de cubierta hasta el techo. Estaba construido con fibra de vidrio y podía cortar el agua con sus dos hélices a más de veinte kilómetros por hora, incluso cuando transportaba hasta diez toneladas de cocaína. La nave tenía una torre de mando de tres metros de altura con periscopio y la capacidad de sumergirse a casi veinte metros de profundidad. Era una notable obra de ingeniería y un testimonio a la creatividad y la tenacidad de los líderes de su operación. El submarino pertenecía al cártel de Juárez, por supuesto, y su construcción dentro de un dique seco cuidadosamente oculto bajo el triple dosel arbóreo de la selva colombiana había costado más de cuatro millones de dólares.

Aunque otros dos submarinos habían sido descubiertos y confiscados por las fuerzas militares antes de ser desplegados, el cártel tenía mucho dinero para seguir construyendo estos buques y este era uno de los cuatro que tenían en operación continua.

Ballesteros recordó los días en que usaban lentos barcos de pesca, veleros y, si se sentían audaces, un par de barcos de cigarros aquí y allá. Pero se habían hecho grandes progresos en capacidad de carga útil y sigilo. Los viejos semisumergibles en ocasiones podían ser detectados desde el aire, pero no este submarino.

Lo ayudaron a subir a la cubierta; cambiaría lugares con uno de los miembros de la tripulación del submarino. Se encontrarían con otro buque pesquero a unas cien millas náuticas de la costa de México, descargarían la carga y luego regresarían a Colombia. Ballesteros no dormiría hasta saber que el cargamento había llegado. Descendió al interior del submarino y se encontró en un compartimiento estrecho, pero con aire acondicionado, mientras los hombres afuera comenzaban la transferencia.

Frontera de México
Condado de Brewster,Texas
Dos días más tarde

La agente de la Patrulla Fronteriza de los Estados Unidos Susan Salinas había estacionado su camioneta a lo largo de una pequeña zanja, protegiéndola de la vista a través del desierto abierto que

se extendía hacia el horizonte curvo de las montañas. El sol se había puesto hacía unas dos horas y ella y su compañero, Richard Austin, se habían arrastrado sobre sus vientres para inspeccionar la frontera con sus gafas de visión nocturna; el desierto era ahora un campo fluctuante de color verde brillante. Habían recibido un dato de uno de los agricultores locales, quien había visto un camión atravesando el valle en dirección a su tierra y el camión había activado uno de los sensores electrónicos remotos puestos por la CBP[9] (Oficina de Aduanas y Protección Fronteriza).

—Podrían ser esos chicos en los todoterreno de nuevo —dijo Austin, soltando un profundo suspiro mientras escaneaba hacia la derecha en tanto ella inspeccionaba el lado sureste.

—No, creo que vamos a anotar en grande esta noche —dijo ella lentamente.

—¿Qué te hace decir eso?

—Porque estoy viendo a los hijos de puta en este momento.

Una ligera estela de polvo se arremolinaba detrás de un maltratada camioneta F-150, cuya plataforma trasera estaba repleta de cajas de plátanos atadas con cuerdas elásticas y parcialmente cubiertas con lona rota. No, esos tipos no estaban transportando productos a través del terreno irregular y montañoso del condado de Brewster, y sí, habían hecho un pésimo trabajo en ocultar su carga. Eso, o eran demasiado descarados. Ella hizo un acercamiento, vio a tres hombres apretados en el asiento delantero con movimiento detrás de ellos en la cabina. Podía haber hasta seis.

Se calmó. Salinas había estado en la CBP casi tres años ya y había capturado a cientos de personas que intentaban cruzar ilegalmente la frontera. La verdad era que nunca se había imaginado que estaría aquí afuera vigilando la frontera y con una pistola. En la escuela secundaria, se había considerado a sí misma una «chica muy femenina», siendo capitana del equipo de porristas, y había pasado despreocupadamente por los pasillos forrados de hileras de casilleros con unas simples B. Luego había pasado por la universidad comunitaria, donde no había podido entusiasmarse con ninguna licenciatura en particular. Cuando el hermano de un amigo se unió a la Patrulla Fronteriza, había hecho algo de investigación al respecto. Ahora tenía veintisiete años, todavía estaba soltera, pero amaba la adrenalina de su trabajo.

No había conseguido la posición fácilmente. Había pasado cincuenta y cinco días en Artesia, Nuevo México, tomando cursos en leyes de inmigración y nacionalidad, derecho penal y derecho civil, español, operaciones de Patrulla Fronteriza, cuidado y uso de armas de fuego, entrenamiento físico, funcionamiento de vehículos de motor y antiterrorismo. Y no, no le habían permitido disparar un arma en la universidad comunitaria. Esta era lejos la cosa más excitante que había hecho en su corta vida. Y ahora, mientras su pulso se aceleraba, lo confirmó aún más.

—¿Qué pensabas? ¿Qué éramos la patrulla de rescate de cachorros? —le preguntó a un sicario que había arrestado la semana pasada—. ¿Simplemente me entregaron una pistola y me dijeron que le disparara a los malos?

Irónicamente, su madre aprobaba de todo corazón su trabajo y expresaba lo orgullosa que estaba de que su hija se hubiera convertido en un agente de la ley, sobre todo porque, en palabras de su madre, «siempre ha habido tanto alboroto por la protección de la frontera».

Su padre, por el contrario, estaba casi tan entusiasmado como un aficionado al fútbol americano sin cerveza. Él siempre había sido un hombre tranquilo que había vivido una vida tranquila como abogado de impuestos en una tranquila oficina en las afueras de Phoenix. Disfrutaba los fines de

semana tranquilos y era la antítesis del macho alfa. No podía ver a su hija manejar un arma cuando él nunca lo haría. En un momento incluso "había citado a Gandhi y hasta le había dicho que los hombres ya no la verían como femenina, que tendría problemas para tener citas y que algunos incluso cuestionarían su sexualidad. Y luego, por supuesto, engordaría. Todos los policías lo hacían. Incluidos los oficiales de la Patrulla Fronteriza. Ella nunca se había olvidado de esas palabras.

Austin se parecía mucho a ella: soltero, más o menos un solitario y tenía una relación tensa con sus padres. Era adicto al trabajo y un tipo que seguía las reglas, excepto cuando se trataba de la relación entre ellos. Ya se le había insinuado, pero ella no estaba interesada. Sus rasgos faciales eran duros, su cuerpo un poco demasiado blando para su gusto. Ella gentilmente lo había rechazado.

—Muy bien —dijo él—. Voy a pedir una segunda unidad. Tienes razón. Esto podría ser grande.

—Entendido —dijo ella—. Involucra a Omaha y los vehículos todo terreno. Envíales coordenadas GPS.

Omaha era el indicativo de llamada del helicóptero Black Hawk que apoyaba su unidad y de los tres tipos que conducían los pequeños y robustos vehículos todo terreno que los impulsaban a altas velocidades a través del desierto lleno de agujeros.

Se dio la vuelta, a punto de pulsar su auricular, cuando de repente se levantó y comenzó a correr.

—¡Oye, tú! ¡Alto! ¡Patrulla Fronteriza!

Ella se volvió y le gritó...

Cuando un disparo envió un rayo de pánico a través de su pecho.

Rodó lejos de la loma, sacando su arma y encontró a dos hombres de pie cerca de su camioneta, ambos mexicanos vestidos con chaquetas de mezclilla. Uno con el pelo canoso sostenía una pistola que era probablemente una FN 5.7 de fabricación belga, un arma que tenía el sobrenombre de *mata policía* en México, ya que disparaba una bala que podía penetrar los chalecos antibalas de la policía. El otro tipo tenía un largo cuchillo curvo para filetear. El portador del cuchillo sonrió, mostrando un diente de oro.

El primer hombre le gritó en español que no se moviera.

Ella jadeaba.

Austin estaba en el suelo con una herida de bala en el pecho. Su chaleco antibalas había fallado, de hecho, en protegerlo contra esa pistola. Todavía respiraba, estaba agarrándose la herida y quejándose en voz baja.

El hombre con el cuchillo se dirigió hacia ella. Ella lo miró y luego al hombre con la pistola, y repentinamente disparó contra él, dándole en el hombro, mientras la camioneta pickup rugía a menos de cien yardas.

Ella se puso de pie en tanto el hombre con el cuchillo iba por el arma de su compañero, que había caído a la tierra. Estaba a punto de dispararle mientras la camioneta se acercaba y estallaban disparos desde el lado del acompañante, con balas rebotando cerca de sus botas.

Se echó a correr hacia una zanja que había por delante, prácticamente tirándose de un piquero hacia ella, sin mirar atrás, solo corriendo, el sonido de su propia respiración rugiendo en sus oídos, su pulso golpeando duro, sus pisadas rítmicas a través de las rocas y la tierra. El plan era llegar lo suficientemente lejos y luego hacer una pausa para llamar por su radio.

Pero no se atrevía a parar ahora.

Un grito resonó en el valle y ella no pudo sino detenerse, dar media vuelta y allí estaba él, el hombre del cuchillo, sosteniendo la cabeza decapitada de Richard para que los hombres saliendo de la camioneta pickup pudieran verla. Todos aullaron mientras ella daba media vuelta, se dejaba caer en el zanja y escuchaba cómo los tipos se subían de nuevo a su camioneta.

Se echó al suelo, se acurrucó profundamente detrás de un arbusto y apretó la pistola caliente contra su pecho. Trató de controlar su respiración y escuchó la voz de su padre en su cabeza: «Vas a morir como un perro por ahí y nadie se acordará de ti».

Pero luego escuchó el sonido de la esperanza, el motor de la camioneta haciéndose no cada vez más fuerte, sino más débil. ¿Un milagro? ¿No vendrían tras ella? ¿Se les había agotado el tiempo? Cogió el auricular a su radio y, aguzando el oído una vez más, pulsó el micrófono.

—Correcaminos, aquí Coyote Cinco, cambio.

—Susan, ¿qué demonios está pasando allá afuera? ¿No hay contacto?

—Richard está muerto —susurró.

—No te oigo.

—Dije, ¡Richard está muerto!

Apretó un botón en su GPS montado en su muñeca.

—¡Los necesito a todos aquí!

Su voz se quebró cuando les dio las coordenadas GPS, y luego apagó la radio y escuchó una vez más el motor de la camioneta desvaneciéndose en el viento.

3

TIERRA FÉRTIL

Nogales, México
Cerca de la frontera con Arizona

Dante Corrales odiaba estar lejos de su casa en Juárez, sobre todo porque extrañaba a su mujer, María. Una y otra vez volvía atrás en su memoria al fin de semana pasado, a la manera en que ella había levantado las piernas en el aire y apuntado las uñas de los pies pintadas, al ronroneo que ella había hecho, a las garras que le había clavado en la espalda, a la manera en que le había hablado y a las expresiones en su cara. Habían hecho el amor como animales hambrientos, violentos, y Corrales se sintió mareado al revivir ese momento una vez más, parado ahí, dentro de la gasolinera Pemex quemada, observando cómo los hombres descargaban las cajas de plátanos, sacaban los bloques de cocaína y los colocaban dentro de sus mochilas. Había veintidós cargadores bajo la supervisión de Corrales y otros cinco sicarios. Su grupo era conocido como Los Caballeros, porque tenían la reputación de andar extremadamente bien vestidos y hablar bien, incluso cuando cortaban cabezas y enviaban cadáveres como mensajes a sus enemigos. Eran más inteligentes, más valientes y ciertamente mucho más peligrosos y astutos que las demás pandillas ligadas al resto de los cárteles de la droga de México. Y, como a Corrales le gustaba decir en broma, ¡simplemente estaban reluciendo su machismo!

Corrales sabía que parte del envío se había ido a Texas, pasando por el condado de Brewster, y acababa de recibir una llamada de su hombre principal, Juan, quien le había dicho que habían tenido problemas. Su equipo se había encontrado con una unidad de la Patrulla Fronteriza. Uno de los tipos que Juan había contratado para la carrera le había cortado la cabeza a un agente de frontera.

¿Qué mierda es eso?

Más epítetos escaparon de la boca de Corrales antes de que por fin se calmara y le recordara a Juan que no debía contratar a tipos externos. Juan dijo que no había tenido opción, que había necesitado más ayuda porque dos de los tipos que habitualmente usaba no se habían presentado y probablemente estaban borrachos o drogados.

—El próximo funeral al que asistas será el tuyo.

Corrales apagó el teléfono, maldijo de nuevo, luego tiró del cuello de su gabardina de cuero y retiró algunas pelusas de sus pantalones Armani.

No podía permitirse estar tan molesto. Después de todo, la vida le sonreía. Tenía veinticuatro años, era un alto lugarteniente de un cártel de droga y ya había ganado 14 millones de pesos (más de un millón de dólares estadounidenses). Eso era impresionante para un muchacho que había crecido en la pobreza en Juárez y había sido criado por una ama de llaves y un hombre de mantenimiento que habían trabajado en un motel barato.

La estación quemada y el hedor persistente del hollín hacían que Corrales quisiera irse pronto de ahí. El lugar estaba empezando a oler como otra noche, la peor noche de su vida.

Tenía diecisiete años, era hijo único y se había unido a una pandilla que se hacía llamar Juárez 8. Su grupo de chicos de escuela secundaria estaba haciéndole frente a los sicarios del cártel de Juárez, luchando contra sus amenazas y el reclutamiento forzado de sus amigos. Demasiados amigos de Corrales habían terminado muertos a causa de su participación en el cártel, y él y sus compañeros habían decidido que ya era suficiente.

Una tarde, dos muchachos habían acorralado a Corrales detrás de un contenedor de basura y le había advertido que si no dejaba la pandilla y se unía a Los Caballeros, sus padres serían asesinados. Se lo habían dicho muy claramente.

Corrales todavía podía recordar los ojos del pandillero, brillando como brasas en un pozo de fuego, desde las sombras del callejón. Y aún podía escuchar la voz del pandillero, como un eco a través del tiempo: *Vamos a matar a tus padres*.

Como era de esperar, Corrales los había mandado a la mierda. Y dos noches más tarde, al regresar a casa de una noche de copas, había encontrado el motel envuelto en llamas. Los cuerpos de sus padres fueron recuperados entre los escombros. Ambos habían sido atados con cinta adhesiva y dejados ahí para que se quemaran.

Se había vuelto loco esa noche, había robado el arma de un amigo y conducido a máxima velocidad por toda la ciudad en busca de los desgraciados que le había arruinado la vida. Había estrellado su vehículo contra una valla, lo había abandonado ahí y había corrido hasta un pequeño bar, donde se había desmayado en el baño. La policía se lo había llevado y entregado a unos familiares.

Después de irse a vivir con su madrina, y después de trabajar él mismo como portero tratando de terminar la escuela secundaria, decidió que no podía matarse trabajando como sus padres lo habían echo. Simplemente no podía.

No había otra opción. Se uniría al mismo grupo que había asesinado a sus padres. Esa decisión no había sido fácil o rápida, pero trabajar para Los Caballeros era su único boleto fuera de los barrios bajos. Y porque era mucho más inteligente que el matón promedio, y tal vez más vengativo, había ascendido rápidamente en las filas y aprendido mucho más sobre el negocio de lo que sus jefes sabían. Había descubierto muy temprano que el conocimiento es poder, por lo que estudió todo lo que pudo acerca de los negocios del cártel y sus enemigos.

El destino quiso que los dos muchachos que habían matado a sus padres fueran ellos mismos asesinados, solo unas pocas semanas antes de que Corrales se uniera a sus filas. Habían sido asesinados por un cártel rival a causa de sus actos audaces y tontos. Los otros Caballeros estaban contentos de verlos partir.

Corrales se estremeció y miró a su equipo de cargadores vestidos con sudaderas con capucha oscuras y pantalones de mezclilla y agobiados por sus abultadas mochilas. Los llevó a un rincón en la parte trasera de la tienda. Levantó un gran pedazo de madera terciada del piso y debajo estaba la entrada al túnel, un estrecho hueco accesible a través de una escalera de aluminio. Un aire frío y húmedo subió por los aires desde el agujero.

—Cuando lleguen al interior de la otra casa —comenzó a decir Corrales—, no salgan hasta que

vean los autos y solo entonces salgan de a tres a la vez. No más. El resto se queda en el dormitorio. Si hay problemas, vuelven acá a través del túnel, ¿entendido?

Ellos asintieron con murmullos.

Y partieron hacia abajo, uno por uno, unos pocos llevando linternas. Este era uno de los túneles más pequeños pero más largos del cártel, de casi cien metros de largo, un metro de ancho y poco menos de dos metros de altura, con su techo reforzado por gruesas vigas transversales. Debido a que había tantos albañiles e ingenieros de la construcción sin trabajo en México, encontrar trabajadores para construir estos túneles era ridículamente fácil; de hecho, muchos estaban simplemente a la espera, listos para saltar al próximo proyecto.

Los hombres de Corrales se mantendrían muy juntos y encorvados mientras se apresuraban a bajar por el hueco. El túnel pasaba justo por debajo de uno de los puestos de control en Nogales, Arizona, y siempre estaba la preocupación de que un vehículo grande, como un autobús, pudiera provocar un derrumbe. Ya había sucedido antes. De hecho, Corrales se había enterado de que varios cárteles habían estado cavando túneles en Nogales desde hacía más de veinte años y de que, literalmente, cientos habían sido descubiertos por las autoridades. Sin embargo, la excavación de nuevos pasadizos continuaba, haciendo de Nogales la capital de los túneles para transportar drogas del mundo. Sin embargo, en los últimos años el cártel de Juárez había comenzado a ampliar sus operaciones y ahora controlaba casi la totalidad de los túneles más importantes que pasaban a los Estados Unidos. Tenían hombres que eran pagados generosamente para protegerlos y evitar que los cárteles rivales los usaran. Más aún, los mismos pasadizos habían sido excavados más profundos para que los radares de penetración terrestre no los pudieran detectar y/o los agentes los confundieran con uno de los tantos tubos de desagüe que corrían entre Nogales, México, y Nogales, Arizona.

Unos gritos desde la puerta detrás de él lo hicieron agarrar la *mata policía* metida en su funda sobaquera. Sacó la pistola y caminó hacia la puerta, donde dos de sus hombres, Pablo y Raúl, estaban arrastrando a otro tipo sangrando por la nariz y la boca. El ensangrentado luchaba contra los hombres que lo sujetaban y luego escupió sangre, cayendo a unas pocos pulgadas de los mocasines Berluti de Corrales. Corrales estaba seguro de que el tonto no tenía idea de cuánto costaban los zapatos.

Corrales frunció el ceño.

—¿Quién mierda es este?

—Creo que hemos encontrado un espía —dijo Raúl, el más alto de los dos—. Creo que es uno de los chicos de Zúñiga.

Corrales suspiró profundamente, se pasó los dedos por el pelo largo y oscuro, y de repente puso su pistola en la frente del hombre.

—¿Nos estabas siguiendo? ¿Trabajas para Zúñiga?

El hombre se pasó la lengua por los labios ensangrentados. Corrales presionó la pistola con más fuerza contra la frente del hombre y le gritó para que respondiera.

—Vete a la mierda —escupió el hombre.

La voz de Corrales cayó a profundidades fúnebres y se acercó más al hombre.

—¿Trabajas para los Sinaloa? Si me dices la verdad, vivirás.

La mirada del hombre se volvió inexpresiva; luego levantó la cabeza un poco más alto y dijo:

—Sí, trabajo para Zúñiga.

—¿Estás solo?

—No. Mi amigo está en el hotel.

—¿En la esquina?

—Sí.

—Está bien. Gracias.

Con ello, Corrales, bruscamente y sin vacilar un segundo, puso una bala en la cabeza del hombre. Lo hizo tan rápido, sin esfuerzo, que sus propios hombres lanzaron un grito ahogado y se estremecieron. El espía cayó hacia adelante y los hombres de Corrales lo dejaron caer al suelo.

Corrales lanzó un gruñido.

—Metan a este hijo de puta en una bolsa. Vamos a dejar esta basura en la puerta de nuestro viejo amigo. Manden a dos chicos al hotel y agarren a ese otro cabrón con vida.

Pablo miraba fijamente al hombre muerto y sacudía la cabeza.

—Pensé que lo dejarías vivir.

Corrales resopló, miró hacia abajo y vio una mancha de sangre en uno de sus zapatos. Maldijo y emprendió el regreso hacia el túnel, tomando su teléfono celular para llamar a su hombre dentro de la casa al otro lado de la frontera.

Zona de la cueva Crystal
Parque Nacional de las Secuoyas
California
Cuatro días más tarde

Un camión U-Haul se había detenido afuera de la gran tienda de campaña y el agente especial del FBI Michael Ansara vio como dos hombres salían de la cabina y se les unían dos más, que habían salido de la tienda. Un tipo, el más alto, abrió la parte trasera del camión y enrolló la puerta hacia arriba, y los hombres comenzaron a pasarse cajas unos a otros, formando una fila hacia la entrada de la tienda. Esta área era un centro de distribución de suministros a los grupos de más al norte. El que los cárteles mexicanos de droga estuvieran contrabandeando cocaína a través de la frontera hacia los Estados Unidos no era ni remotamente tan audaz como la operación que Ansara había estado observando la pasada semana.

Los cárteles habían establecido extensivas plantaciones de marihuana dentro de las escarpadas colinas y los terrenos aislados del Parque Nacional de las Secuoyas. Si bien había muchos senderos, grandes extensiones de tierra todavía estaban fuera de los límites a los excursionistas y campistas. Los patrulleros a pie eran pocos y distantes entre sí, lo que significaba que los cárteles tenían para sí enormes áreas de tierras remotas y bien camufladas, protegidas de la vigilancia aérea. Ellos estaban cultivando su producto en este lado de la frontera con impunidad y distribuyéndolo rápidamente a sus clientes, mientras el dinero se enviaba de vuelta a casa, a México. Ansara más de alguna vez había sacudido la cabeza con incredulidad frente a estos hechos, pero los cárteles habían estado haciendo esto durante años.

¿Audaz? Claro que sí. Y más aún cuando se ha pasado tanto tiempo en la zona como Ansara. Ya

había tomado nota de las amplias medidas de seguridad que empleaban, las capas de defensa empezando por las áreas que corren paralelas a los caminos principales. Cualquier aventurero que se alejara lo suficiente de la ruta podía encontrar trampas para osos de varios tamaños por todo el camino, junto con fosas excavadas a seis pies de profundidad y cubiertas con ramas, hojas y agujas de pino. En el fondo de estas trampas había tablas de dos-por-cuatro con clavos. La idea era herir al curioso para que diera media vuelta y buscara ayuda médica. Más allá, Ansara había encontrado cables trampa que, de nuevo, hacían que los caminantes incautos cayeran hacia delante sobre camas de clavos ocultos. Si bien eran crudos, estos medios de desaliento eran solo parte de una red más sofisticada de defensa.

Llegar al punto de observación donde se encontraba Ansara había requerido una buena dosis de habilidad en senderismo. Había caminado con una mochila liviana, escalando colinas con gradiente de más de dieciocho por ciento para abrirse camino a lo largo de varios acantilados rocosos, resbalando por lo menos media docena de veces con el fin de encontrar un camino lo suficientemente ancho y no ser detectado. Piedras sueltas, ramas bajas colgantes y la pendiente lo dejaron sin aliento.

Alrededor de una hora al norte de la gran tienda que estaba observando, y a una caminata de dos horas del camino más cercano, estaba lo que Ansara había apodado «el jardín». A la sombra de los altos pinos de azúcar había más de cincuenta mil plantas de marihuana, algunas de más de cinco pies de altura y plantadas en ordenadas hileras a seis pies de distancia unas de otras. Estas hileras se extendían por el terreno escarpado y estaban plantadas en suelo rico. Muchas de las plantas estaban en medio de espesa maleza y cerca de arroyos que los cárteles utilizaban para el riego. Habían enterrado tubos a lo largo de la ladera, los arroyos habían sido represados y se había instalado un elaborado sistema de línea de goteo completado con mangueras de alimentación por gravedad para que las plantas no se regaran más de lo necesario. Esta era una operación profesional, sin reparar en gastos.

A lo largo del perímetro de la zona de cultivo se habían establecido pequeñas tiendas de campaña donde vivían los agricultores y el personal de seguridad; la mayoría de los alimentos eran almacenados en grandes sacos y colgados de las ramas de los árboles para protegerlos de los osos negros deambulando por la zona. Los campos eran vigilados las veinticuatro horas del día por hasta treinta hombres armados a la vez. Los suministros eran traídos por individuos a los que presumiblemente no se les contaba de la operación, solo que se necesitaban comida, agua, ropa, fertilizantes y otros artículos de primera necesidad. Las plantas cosechadas eran sacadas de contrabando durante la noche por grupos de agricultores protegidos por guardias. Los equipos que trabajaban durante el día andaban montados en costosas bicicletas de montaña y se movían rápida y silenciosamente a través de los implacables valles. Ansara supuso que muchos de los trabajadores eran familiares y amigos de los cárteles, personas en las que podían confiar. Cada entrada y salida principal del parque estaba protegida por guarda-parques, y la vigilancia hecha por Ansara había revelado que al menos un guardia nocturno había sido sobornado para permitir la entrada o salida de un vehículo entre la medianoche y las cinco de la mañana más o menos cada diez días.

Ansara no era ajeno al cultivo de marihuana. Había crecido en Los Ángeles Este, en un lado de un dúplex en Boyle Heights. El hermano mayor de su madre, Alejandro de la Cruz, vivía en el otro lado. Durante la semana, su tío era «jardinero de las estrellas» en el lujoso barrio de Bel Air. En las

noches y fines de semana De la Cruz cultivaba y vendía marihuana a los mismos clientes ricos. Ansara había sido su asistente de confianza.

A los diez años, Ansara podía deletrear, así como pronunciar, delta-9-tetrahidrocannabinol (THC), el ingrediente químico activo en la marihuana que le permitía al consumidor drogarse. Se pasaba horas pidiendo vasos de poliestireno expandido por ahí y luego preparándolos. Empezaba por hacer agujeros de drenaje en el fondo, añadía tierra, luego insertaba, con el extremo puntiagudo hacia arriba, una semilla de color marrón moteado con manchas oscuras. Ponía treinta o cuarenta vasos en una fila sobre una bandeja, similar a la bandeja de galletas de su madre, y luego encendía los serpentines para calefacción que recubrían la parte inferior de los largos bancos para obtener calor desde el fondo.

Aprendió a trasplantar las plántulas germinadas, dejando suficiente tierra en el cepellón, y sobre la importancia de tener un ventilador oscilante funcionando las veinticuatro horas del día. Ojeaba los periódicos, especialmente los insertos y volantes, en busca de ofertas de luces para crecimiento de vapor de sodio de alta presión de 600 vatios.

El periodo nocturno, u oscuro, de una planta de marihuana era igualmente crítico para su crecimiento. Hacer que los temporizadores funcionaran las veinticuatro horas era un reto. Las luces para crecimiento fácilmente quemaban los temporizadores regulares, por lo que su tío le había enseñado que eran necesarios unos interruptores caros de alta potencia conocidos como contactores, o relevadores.

La demanda de cantidades específicas de luz de día y oscuridad creaba dos problemas de seguridad. El cubrir las ventanas para lograr la oscuridad despertaba sospechas desde la calle. Los oficiales de policía y de narcóticos andaban pendientes de eso. Un consumo de energía crónico por encima del promedio residencial podría hacer que Southern California Edison enviara un informe de alerta a esos mismos oficiales de policía y de droga. Además, un espacio de cultivo podía llegar a ser bastante húmedo. Abrir las ventanas a horas extrañas, independientemente de la temperatura o las precipitaciones en el exterior, era riesgoso.

A los doce años, Ansara era capaz de recitar las doce principales variedades de marihuana más potente, en orden decreciente de su contenido de THC, desde las semillas White Widow a las semillas Lowryder. Y durante todo ese tiempo Ansara nunca fumó marihuana, y tampoco lo hizo su tío, quien decía que eran hombres de negocios proporcionando un producto importante. Si vendes galletas, le había dicho a Ansara, no te sientas a comerte todas las galletas.

Todo llegó a un alto cuando su madre descubrió por qué pasaba tanto tiempo con el tío Alejandro. Ella no le habló a su hermano durante meses.

El que Ansara hubiera terminado uniéndose al FBI y apresado a individuos que cultivaban marihuana era una de las verdaderas ironías de la vida, y sin embargo otra ironía estaba, en este momento, ante sus ojos. Había solo un puñado de agentes antidrogas asignados a vigilar los veinte millones de acres de bosques federales de California, y por desgracia Ansara no era uno de ellos. Él estaba allí porque había estado buscando a un contrabandista en particular, un tal Pablo Gutiérrez, que había asesinado a un compañero agente del FBI en Calexico y que él creía tenía vínculos directos con el cártel de Juárez. Durante su búsqueda de este hombre, Ansara había encontrado el Oz de las plantaciones de marihuana en California. Sin embargo, él y sus colegas se mostraban renuentes

a desbaratar esta operación porque tenían la esperanza de usarla para reunir más inteligencia sobre los cárteles. Todos tenían claro que necesitaban eliminar a los tenientes y jefes. Si daban un golpe demasiado pronto, los cárteles simplemente terminarían plantando otro campo a un par de millas de distancia.

A medida que se reforzaba la seguridad en la frontera entre México y los Estados Unidos, los cárteles expandían sus operaciones de cultivo en los Estados Unidos. Ansara había hablado con un agente especial de la Agencia Federal de Administración de Tierras, quien le había dicho que tan solo ocho meses atrás los guardaparques habían confiscado once toneladas de marihuana en una sola semana. El agente especuló sobre la cantidad de marihuana que no había sido confiscada, cuánto en realidad había logrado salir de los campos y sido vendida. Los señores de la droga mexicanos estaban operando en suelo estadounidense y no había suficientes agentes de policía para detenerlos. Al igual que los soldados solían decir en Vietnam, *ahí está*...

Ansara bajó los binoculares y se metió más adentro entre los arbustos. Pensó haber visto a uno de los cargadores mirando en dirección a donde se encontraba él. Su pulso comenzó a acelerarse. Esperó un momento más, luego levantó los binoculares. Los hombres estaban de nuevo trabajando y habían dejado de lado algunas cajas cuyas tapas habían sido removidas. Ansara hizo un acercamiento y vio paquetes de cepillos de dientes y pasta dental, jabón, cuchillas de afeitar desechables y frascos de aspirina, Pepto-Bismol, y jarabe para la tos. Otras cajas más grandes contenían pequeños tanques de propano y paquetes de tortillas, así como productos enlatados, incluyendo tomates y tripas.

Un pájaro revoloteaba por el dosel arbóreo sobre su cabeza. Ansara se sacudió, y contuvo el aliento. Una vez más, bajó los binoculares, se frotó los ojos cansados y escuchó a Lisa en su cabeza: «Sí, yo sabía en lo que me estaba metiendo, pero es demasiado tiempo separados. Pensé que podía hacerlo. Pensé que esto era lo que quería. Pero no lo es».

Y así, otra rubia de piernas largas con voz ronca y manos suaves se había escapado de las garras de Ansara. Pero esta había sido diferente. Ella había jurado que podía aguantar que él estuviera lejos y había hecho un valiente esfuerzo durante el primer año. Era escritora y profesora de Ciencias Políticas en la Universidad Estatal de Arizona (ASU) y le había dicho que era bueno cuando él estaba lejos, que necesitaba tiempo para ella de todos modos. De hecho, en la noche de su primer aniversario como pareja, ella había parecido estar completamente enamorada de él. En una fiesta lo había comparado con actores de cine y televisión como Jimmy Smits y Benjamín Bratt, y una vez lo había descrito en su página de Facebook como «un hombre hispano alto, delgado y bien afeitado con una sonrisa radiante y ojos brillantes, sin pretensiones». A él le había parecido genial. Él no habría sido capaz de usar palabras como esas. Pero la ausencia no hizo que el corazón se encariñara más; no cuando se tienen menos de treinta años. Él entendió. La dejó ir. Sin embargo, durante el último mes no había podido dejar de pensar en ella. Recordó su primera cita. Él la había llevado a un pequeño restaurante familiar mexicano en Wickenburg, Arizona, donde él le había contado acerca de sus propios días en ASU y sobre su trabajo como agente de las Fuerzas Especiales del Ejército en Afganistán. Le había hablado acerca de haber dejado el ejército y haber sido contratado por el FBI. Ella le había preguntado:

—¿Te está permitido contarme todo esto?

—No lo sé. ¿Escuchar cosas de alto secreto te excita?

Ella había puesto los ojos en blanco y reído.

Y la conversación se había puesto seria cuando ella le había preguntado acerca de la guerra, de sus compañeros caídos, de haber tenido que decirle adiós a demasiados amigos. Después del postre, ella le había dicho que tenía que irse a casa y la implicación había sido que no estaba realmente interesada en él, pero que él debía agradecer a su hermana por haberlos presentado.

Por supuesto, él la había perseguido como lo haría cualquier buen agente de Fuerzas Especiales/FBI, y finalmente la había conquistado con flores y mala poesía escrita en tarjetas caseras y más cenas nocturnas. Pero todo se había ido al infierno debido a su carrera y estaba empezando a resentir eso. Se imaginó a sí mismo en un trabajo de 9 a 5 con los fines de semana libres. Pero luego la idea de trabajar en un cubículo o tener un jefe respirándole en la nuca le dio náuseas.

Era mejor estar arriba en las montañas con un par de binoculares en la mano vigilando a unos malos tipos. Demonios, se sentía como un niño otra vez.

Los hombres terminaron su descarga, se subieron de vuelta al camión U-Haul y se fueron. Ansara los vio irse, luego unos cuantos hombres más aparecieron afuera y comenzaron a llenar mochilas con los materiales que levantaban de las cajas. Terminaron en unos diez minutos y se dirigieron hacia el jardín.

Ansara esperó a que se hubieran ido, luego se dio vuelta para irse.

Si no hubiera mirado hacia abajo de manera casual estaría muerto.

Allí mismo, a su derecha, había un pequeño dispositivo con un cono láser que sobresalía de la parte superior. Ansara reconoció inmediatamente que la unidad era un cable trampa láser, con su unidad par situada al otro lado del claro. Si atravesaba el láser, una alarma silenciosa se encendería. Ansara aguzó su mirada, levantó los binoculares y vio varias unidades láser más en las bases de los árboles. Eran visibles solo si sabías qué buscar y los mexicanos de hecho habían puesto hojas y pequeñas ramas a sus lados para camuflarlas más. Alrededor de todo el jardín habían sido instalados cables trampa convencionales y minas antipersonales Claymore, pero esta era una nueva sección del parque para Ansara y no había visto estos dispositivos de detección antes. Maldición, si venía aquí, tendría que ser aún más cuidadoso.

Oyó gritos desde abajo. Español. Las palabras: *Arriba en la montaña, El lado este*. ¿Lo habían visto?

Mierda. Tal vez se había tropezado con uno de los láseres. Se echó a correr mientras los hombres más abajo salían corriendo de la tienda de campaña.

4

LOS BUENOS HIJOS

Miran Shah
Waziristán del Norte
Cerca de la frontera afgana

Moore y su contacto local, Israr Rana, habían conducido unos doscientos noventa kilómetros al suroeste hacia Waziristán del Norte, uno de los siete distritos dentro de las FATA [10] de Pakistán, o las Áreas Tribales bajo Administración Federal, las que solo eran nominalmente controladas por el gobierno central y federal de Pakistán. Durante siglos, mayormente las tribus pastunes habían vivido en las zonas remotas. En el siglo XIX las tierras habían sido anexadas por los británicos, tiempo durante el cual el imperio británico había tratado de controlar a la gente con el Reglamento sobre Crímenes Fronterizos (FCR)[11], que fue conocido como las «leyes negras», ya que daban un poder sin control a los nobles locales siempre y cuando hicieran lo que a los británicos se les antojara. La gente continuó con la misma administración hasta la formación de la República Islámica de Pakistán en 1956. Durante la década de 1980 la región se hizo mucho más militante con la entrada de combatientes muyahidines de Afganistán durante la invasión soviética. Después del 11 de septiembre de 2001, Waziristán del Norte y del Sur ganaron notoriedad por ser campos de entrenamiento y refugio para terroristas en tanto los talibanes y Al Qaeda empezaron a entrar en la región. Los habitantes de hecho les dieron la bienvenida ya que los talibanes apelaban a sus valores y costumbres tribales, recordándoles que debían permanecer completamente independientes y desconfiar del gobierno.

Todo lo cual le recordaba a Moore que se dirigía a un lugar muy peligroso y volátil, pero Rana le había dicho que el viaje valía el riesgo. Iban a encontrarse con un hombre que Rana decía podría ser capaz de identificar a los talibanes en las fotografías de Moore. Este hombre vivía en la aldea de Miran Shah, que durante la invasión soviética había albergado un gran campo de refugiados afganos que habían huido a través de la frontera desde Jost, el pueblo más cercano en lo que era una región remota del país. De hecho, muchos de los caminos que conducían a Miran Shah con frecuencia eran intransitables durante los meses de invierno y la única electricidad disponible para sus habitantes procedía de unos generadores diesel. Decir que estaban entrando en un pueblo atrapado en la Edad Media era quedarse corto. Sin embargo, la anacrónica evidencia de las influencias occidentales desconcertó a Moore mientras observaba unas vallas publicitarias hechas jirones de 7Up y Coca-Cola ensartadas entre un par de edificios de ladrillos de barro. Había autos cubiertos de polvo alineados en las calles y los niños se perseguían unos a otros a lo largo de callejones llenos de basura. Un hombre vestido con una túnica manchada de grasa y llevando un mono con una correa como mascota pasó por delante de ellos, junto con otra media docena de hombres con largas camisas

de algodón cubriendo sus pantalones y sujetas a la cintura mediante largas cintas. Algunos de ellos llevaban rifles AK-47 y se separaron para examinar un edificio bombardeado en el área del mercado principal, donde un grupo de hombres y mujeres seguía hurgando entre los escombros. En algún lugar cercano, una cabra estaba siendo asada en un hoyo abierto; Moore conocía el olor muy bien.

—Otro terrorista suicida —dijo Rana, que estaba detrás del volante e inclinando la cabeza hacia el edificio—. Estaban tratando de matar a uno de los líderes tribales, pero fracasaron.

—Sin embargo, hicieron un buen trabajo con el edificio, ¿no? —dijo Moore.

Al final del camino fueron abordados por dos hombres armados más, miembros del Ejército de Pakistán que habían estado proporcionando seguridad adicional, ya que Miran Shah estaba sufriendo ataques más frecuentes de militantes pro talibanes acampados en las colinas de los alrededores, sin duda el hogar de ese terrorista suicida. El gobierno había estado tomando medidas contra la «talibanización» de estas regiones tribales, proveyendo personal y equipamiento adicional, pero sus esfuerzos habían tenido un éxito limitado. Moore había estudiado bien la región y había demasiadas oportunidades para que las tropas del gobierno fueran sobornadas por los señores de la droga respaldados por los talibanes y Khodai, si hubiera vivido, le habría dado algunos nombres.

Rana le dijo a los guardias en el puesto de control que iban a ver a Nek Wazir, quien presidía el *shura*, o Consejo Ejecutivo, de Waziristán del Norte y era conocido por hablar fuertemente en contra de los jefes talibanes en la zona. El guardia regresó a donde estaba su compañero y revisó un tablero sujetapapeles, luego volvió y les pidió sus documentos de identidad. Moore, por supuesto, había traído documentos falsificados expertamente que lo describían como un fabricante de armas de Darra Adam Khel, un pequeño pueblo dedicado por entero a la fabricación de artillería. Se les estaba prohibido a los extranjeros viajar a Darra, pero los comerciantes del pueblo regularmente se movían a lo largo de las regiones tribales haciendo entregas. El guardia estuvo satisfecho rápidamente con los papeles de Moore, pero después de que su auto fuera registrado, levantó una mano.

—¿Por qué no hay entrega?

Moore hizo una mueca.

—No estoy aquí por negocios.

El guardia se encogió de hombros y los dejó pasar a través del punto de control.

—¿Cómo conoces a Wazir? —preguntó Moore.

—Mi abuelo luchó con él contra los soviéticos. Ambos llegaron aquí. Lo he conocido toda mi vida.

—Eran muyahidines.

—Sí, los grandes combatientes por la libertad.

—Excelente.

—Te dije cuando me contrataste que tengo muy buenos contactos.

Rana le guiñó un ojo.

—Este es un largo viaje en auto y yo te dije que mis jefes sólo me dieron dos días.

—Si alguien sabe quiénes son esos hombres, es Wazir. Él es el hombre mejor conectado en esta región. Tiene cientos de observadores, incluso algunos en Islamabad. Su red es increíble.

—Pero vive en este basural.

—No todo el año. Pero sí, este «basural», como lo llamas, ofrece una amplia cobertura y un

control limitado por parte del gobierno.

El camino de tierra giró levemente hacia la derecha y subieron por algunas colinas para llegar a un par de casas de ladrillo de tamaño modesto, con varias tiendas de campaña detrás de ellas. Había un par de antenas parabólicas montadas en el techo de la estructura más grande y unos generadores zumbaban debajo de las tiendas de campaña. Más atrás había corrales para las cabras y las vacas, y a la izquierda, en el valle que estaba más abajo, yacían hectáreas de campos cultivados donde los agricultores locales cultivaban trigo, cebada y un trébol persa llamado *shaftal*.

Dos guardias aparecieron en el techo, apuntando sus AK-47. *Genial*. Wazir se había construido un cuartel bien protegido aquí en las colinas, pensó Moore.

Fueron recibidos en la puerta de entrada por un anciano cuya barba caía en grandes olas blancas sobre su pecho. Llevaba una túnica marrón y un turbante blanco con chaleco haciendo juego, y sujetaba una botella de agua en su mano derecha. No quedaba mucho de su mano izquierda, sus dedos no estaban, y tenía unas cicatrices profundas e irregulares bordadas a través del dorso de su mano y su brazo hacia la manga. Moore lo examinó de nuevo y se dio cuenta de que parte de la oreja izquierda del viejo había desaparecido. Probablemente se había visto atrapado en una explosión, tal vez fuego de mortero. Tenía suerte de estar vivo.

Las presentaciones fueron breves. El nombre encubierto de Moore era Khattak, un nombre tribal pastún, y con su pelo y tez oscura (ambas cosas heredadas de la ascendencia italiana/española de su madre), casi podía pasar por pakistaní. Casi.

Wazir se rió cuando escuchó el nombre.

—Ese no es usted, por supuesto —dijo en inglés con acento—. Usted es americano, y está bien. Me da la oportunidad de practicar mi inglés.

—Eso no es necesario —le dijo Moore en pashto.

—Déjeme divertirme.

Moore frunció los labios y asintió con la cabeza, luego sonrió. Había que respetar al anciano. Sus desgastados ojos azules sin duda habían contemplado las profundidades del infierno. Wazir los llevó al interior de la casa.

La oración musulmana del mediodía, *dhuhr*, acababa de terminar, Moore lo sabía, y Wazir sin duda serviría té. Se trasladaron a la fresca sombra de una amplia sala de estar con cojines de colores acomodados alrededor de una alfombra persa intrincadamente detallada. Se habían dispuesto tres lugares. Los cojines, conocidos como *toshaks*, y la delgada colchoneta en el centro, una *dastarkhan*, formaban parte de la ceremonia diaria que era el té. Algo se estaba cocinando en una de las habitaciones traseras y el dulce aroma de cebollas y algo más flotaba en el ambiente.

Un joven apareció de un pasillo trasero y fue presentado como el bisnieto de Wazir. Debe haber tenido siete u ocho años y llevaba un recipiente y una jarra especial llamada *haftawa-wa-lagan*. Se lavaron las manos cuidadosamente. Entonces el muchacho regresó con el té y Moore tomó un largo sorbo del suyo, suspirando por el sabor, que siempre le recordaba a los pistachos.

—¿Cómo estuvo el viaje? —preguntó Wazir.

—Sin incidentes —respondió Moore.

—Muy bien.

—¿Tiene las fotografías?

Moore metió la mano en el pequeño bolso que había tenido colgando de su hombro y sacó su tableta electrónica. La encendió y se la entregó a Wazir.

El viejo hábilmente ojeó las fotos, como si hubiera utilizado un dispositivo como ese antes. Y Moore le preguntó acerca de eso.

—Déjeme enseñarle algo —dijo, y llamó al muchacho, quien lo ayudó a levantarse.

Los condujo por el pasillo a una habitación en la parte de atrás, una oficina, que dejó a Moore con la boca abierta. Wazir tenía bancos de computadoras, dos televisores de pantalla ancha y al menos media docena de computadoras portátiles funcionando a la vez. Su puesto de mando electrónico parecía el puente de mando de una nave espacial. Se veían sitios web de noticias y programas de televisión, junto con pantallas que mostraban tableros de anuncios y sitios de redes sociales. El hombre estaba conectado, eso estaba claro.

Y ahí, en una mesa cercana, había varias tabletas electrónicas como la de Moore.

—Como puede ver —dijo Wazir, agitando su mano sana a través de la habitación—, me gustan mis juguetes.

Moore sacudió la cabeza sorprendido.

—He estado aquí, no sé, ¿dos, tres años? ¿Por qué no he oído hablar de usted hasta ahora?

—Esa fue mi elección.

—¿Entonces por qué ahora?

La sonrisa del anciano se evaporó.

—Vamos, terminemos el té. Luego almorzaremos. Y luego hablaremos.

Después de volver a la sala de estar y tomar sus asientos, el niño trajo un *quorma*, o guiso, a base de cebollas, junto con *chutneys*, pepinillos y *naan*, un pan sin levadura cocido en un horno de barro. La comida estaba deliciosa y Moore se sintió más que lleno cuando hubieron terminado.

Wazir atravesó el silencio con una pregunta:

—¿Cuál es la cosa más difícil que ha hecho en su vida? Moore miró a Rana, cuyo lenguaje corporal dijo: *esto es importante.*

Con un suspiro de resignación, Moore miró a Wazir y le preguntó:

—¿Es importante?

—No.

—Entonces, ¿por qué lo pregunta?

—Porque soy un hombre viejo y voy a morir pronto, y creo que las hermandades se forman en los sacrificios de la vida. Soy coleccionista de pesadillas, si se quiere. Es el recuento, en el fresco del día, lo que permite que el coraje y la verdad florezcan. Así que, en nombre de la hermandad... ¿cuál es la cosa más difícil que ha hecho en su vida?

—No creo haberme enfrentado a esta pregunta antes.

—¿Tiene miedo de decirme?

—No tengo miedo, sólo estoy...

—No quiere verlo. Lo ha escondido.

Moore tomó aire y no estuvo seguro de poder mantener su mirada en Wazir.

—Todos hemos hecho muchas cosas difíciles.

—Necesito la más difícil. ¿Quiere que yo le diga primero?

Moore asintió con la cabeza.

—Yo anhelaba que mi padre se sintiera orgulloso de mí. Quería ser un buen hijo.

—¿Y por qué fue difícil eso?

Wazir levantó su muñón.

—Me lastimé a principios de la guerra y con eso el brillo del orgullo paterno, cada vez que entraba en la habitación, se apagaba en la mirada de mi padre. Su hijo era un lisiado, no un guerrero. Nunca fue lo mismo con él después de eso. Y no había nada más difícil que hacerlo sentirse orgulloso de mí.

—Estoy seguro de que lo logró.

El anciano sonrió.

—Tendría que preguntarle a mi padre.

—¿Todavía está vivo?

Wazir asintió con la cabeza.

—Vive a una hora en auto de aquí. Debe ser el hombre más viejo allí en el pueblo.

—Bueno, estoy seguro de que está orgulloso de usted. Yo no fui un hijo muy bueno. Y para cuando me di cuenta de lo tonto que había sido, ya era demasiado tarde. Mi padre murió de cáncer.

—Lamento escuchar eso. Todo lo que queríamos ser era buenos hijos, ¿no?

—Nunca es así de simple.

Los ojos de Moore comenzaron a arder, porque sabía que el anciano lo iba a presionar de nuevo. Y lo hizo.

—¿Lo más difícil?

Moore desvió la mirada.

—Lo siento. No puedo hablar de eso.

El viejo se quedó sentado en silencio, sorbiendo su té, dejando que el silencio volviera a dominar el ambiente, mientras que Moore empujaba sus pensamientos hacia las ondas oscuras y profundas de la nada. Y luego levantó la mirada.

—Supongo que sino le digo no me va a ayudar.

—Si me lo hubiera dicho muy rápido, no le habría creído.

Entiendo que el dolor es tan grande que no puede hablar. Conozco ese dolor. Y lo ayudaré. Tengo que ayudarlo.

—Yo sólo... una vez tomé una decisión que hasta la fecha no estoy seguro de si fue la correcta. Cada vez que pienso en ello, siento como que voy a vomitar.

Los ojos de Wazir se abrieron.

—¡Entonces no lo recuerde! ¡Ese que se comió fue uno de mis mejores guisos!

Moore sonrió con la broma.

—Ahora, los dos hombres en la fotografía. Voy a averiguar quiénes son, pero creo que no son importantes. Son los hombres para los que trabajan a los que usted tiene que detener.

—¿Tiene usted los nombres?

—Ha visto mi oficina. Tengo más que eso.

Wazir lo llevó de vuelta a sus computadoras, donde le mostró a Moore fotografías de dos hombres a los que identificó como el *mulá* Abdul Samad y el *mulá* Omar Rahmani. Samad era el más

joven de los dos, de unos cuarenta y tantos años, mientras que Rahmani tenía casi sesenta años.

—¿Estos individuos son líderes talibanes? Yo... no puedo creer que no haya oído hablar de ellos.

Wazir sonrió.

—Ellos no quieren que usted sepa quiénes son. La mejor forma de explicarlo es que hay talibanes dentro de los talibanes, las figuras más públicas con las que usted está familiarizado y un grupo especial que funciona tan sigilosamente como sea posible. Rahmani es el líder de ese grupo aquí. Y Samad es quien hace el trabajo sucio. Ellos son los responsables de la muerte de sus amigos, de la muerte del coronel que quería ayudarlo.

Moore le lanzó una mirada cautelosa a Rana, quien le había dicho al anciano mucho más de lo que debía. Rana se encogió de hombros.

—Necesitaba decirle lo que estaba sucediendo con el fin de obtener su ayuda.

Moore hizo una mueca.

—Está bien.

Miró a Wazir.

—Ahora, este hombre está desaparecido.

Le entregó a Wazir una foto del agente Gallagher, con su largo pelo gris metálico y su barba mal arreglada. Los padres de Gallagher habían emigrado desde Siria a los Estados Unidos, donde él había nacido. Su verdadero nombre era Bashir Wassouf, pero se hacía llamar Bobby Gallagher y había cambiado legalmente su nombre cuando era un adolescente. Le había contado a Moore sobre toda la discriminación que había sufrido cuando era niño en el norte de California.

—Déjeme una copia de esto —dijo Wazir.

—Gracias. ¿Sabe usted algo del otro hombre? ¿El hombre hispano?

—Es mexicano y ellos están comprando mucho más opio que antes. Nunca fueron muy buenos clientes, pero su negocio se ha multiplicado por diez en los últimos años y, como usted descubrió, el Ejército los ha estado ayudando a trasladar su producto a través de Pakistán y fuera del país, a México, a los Estados Unidos...

—¿Sabes dónde están esos hombres? Quiero decir, en estos momentos.

—Creo que sí.

—Wazir, quiero darle las gracias por el té, por el guiso... por todo. Lo digo en serio.

—Lo sé. Y cuando esté listo para hablar, vuelva a verme. Quiero escuchar su historia. Soy un hombre viejo. Soy un buen oyente.

Mientras conducían de regreso, Moore pensó mucho acerca de «su historia» y las oscuras aguas en las que podría haber entrado... Fairview High School, en Boulder, Colorado (hogar de los Knights), fue donde Moore conoció a un chico llamado Walter Schmidt durante su primer año de secundaria. Schmidt era un año mayor que todos los demás porque había reprobado en su primera vuelta. Él había estado orgulloso de ello. Se jactaba de saltarse clases, enfrentarse a los profesores y fumar marihuana en los terrenos de la escuela. En repetidas ocasiones trató de que Moore se involucrara y aunque la tentación era grande y la idea de escapar del caos del divorcio de sus padres era muy atractiva, Moore se había mantenido firme. Aun así, Moore no era muy estudioso, apenas pasaba sus

clases y miraba con cierta envidia cómo Walter se hacía cada vez más popular, atraía a chicas que de hecho tenían relaciones sexuales con él y parecía hacerle un gesto con las cejas a Moore, como diciendo *tú también podrías tener esta vida, hermano.*

Finalmente, para el término del año escolar, las defensas de Moore se habían debilitado. Decidió asistir a una fiesta organizada por Schmidt. Probaría la marihuana por primera vez porque una chica que le gustaba estaría allí y él sabía que ella fumaba. Mientras pedaleaba en su bicicleta por la calle hacia la casa de Schmidt, las luces intermitentes de las patrullas de la policía le hicieron acelerar el paso y cuando estuvo más cerca alcanzó a ver Schmidt siendo empujado fuera de la casa como un perro rabioso por dos oficiales. Schmidt luchaba contra las esposas, maldecía e incluso le escupió en la cara a un policía.

Moore se quedó ahí parado, sin aliento, viendo cómo el resto de los asistentes a la fiesta eran detenidos, incluida la chica que le gustaba.

Él negó con la cabeza. Había estado tan cerca de él mismo ser arrestado. No, esa no era vida. No era su vida. No la iba a desperdiciar como esos idiotas. La cambiaría. Su padre, un nerd que trabajaba para IBM, siempre lo estaba reprochando porque su vida no tenía curso, por no tener futuro.

Pero esa noche, Moore tomó una decisión. Finalmente escucharía a otra persona que había estado tratando de inspirarlo y animarlo: su profesor de gimnasia de la escuela, el Sr. Loengard, un hombre que reconocía en él algo que nadie había visto o descubierto, un hombre que le hizo darse cuenta de que su vida valía algo y que podía hacer contribuciones inconmensurables a este mundo. Podía escuchar el llamado y convertirse en una raza muy especial de guerreros: un SEAL de la Armada de los Estados Unidos.

El padre de Moore le había dicho que la Armada era para borrachos e idiotas. Bueno, él le iba a demostrar al viejo que estaba equivocado. Mantuvo un buen comportamiento, se graduó de la escuela secundaria y para fines de ese verano estaba en Great Lakes, Illinois, en el Comando de Entrenamiento para Reclutamiento Naval para someterse a un entrenamiento básico de ocho semanas. Moore tuvo que pasar por el «curso de confianza en uno mismo» dos veces, entrenamiento en barcos, entrenamiento con armas, control de daños a bordo y la memorable «cámara de confianza en uno mismo», donde había tenido que recitar su nombre completo y número de Seguro Social mientras una tableta de gas lacrimógeno silbaba a sus pies.

Después de graduarse, Moore se puso su gorra de la Armada de los Estados Unidos y fue enviado a la Academia de Policía de la Armada de San Antonio para completar el curso de seis semanas de LE/MA[12]. Lo había encontrado interesante y emocionante porque había llegado a jugar con armas. Mientras estaba allí, sus instructores notaron su puntería y finalmente, después de muchos ruegos, recibió esa recomendación tan codiciada. Después de su graduación, Moore fue ascendido a Marinero (E-3) y enviado a Coronado, California, hogar de los SEAL de la Armada de los Estados Unidos.

Le esperaban sangre, sudor y lágrimas.

5

FIGURA PATERNA

Casa de Rojas
Punta de Mita, México

Más de doscientas personas se habían reunido en la propiedad frente al mar en la comunidad cerrada del resort y campo de golf Four Seasons. De más de veinte mil pies cuadrados, incluyendo cuatro master suites, dos habitaciones con literas para niños y una villa aparte, la casa se había convertido fácilmente en la residencia más famosa de toda la comunidad. Desde las enormes puertas principales talladas a mano hasta la cantería y el extensivo trabajo en mármol que hacían que el vestíbulo se pareciera más al de una catedral europea que al de una residencia privada, la Casa de Rojas lo dejaba a uno sin aliento desde el momento en que se ingresaba a ella. Como era de esperar, la novia de Miguel, Sonia Batista, quedó boquiabierta mientras él la llevaba a través de las grandes columnas de piedra que sostenían arcos de rico granito hacia la piscina y la extensa terraza de piedra más adelante.

—Todo el mundo tiene secretos —dijo ella, haciendo una pausa para apoyarse en una de las columnas y mirar hacia los grandes tragaluces en el techo—. Pero esto... esto es un poco abrumador.

Luego bajó la mirada hacia el suelo de piedra, cuyos intrincados patrones les había tomado meses y años a los artistas y arquitectos de renombre mundial concebir y completar. Miguel le hablaría sobre eso más tarde, una vez que le hubiera dado un recorrido completo. Por ahora, necesitaban llegar a sus asientos antes de que su padre comenzara la presentación.

Sin embargo, no pudo resistir tomarse un último momento para maravillarse con su cabello rizado a la altura del hombro que captaba el sol de la tarde de manera precisa, brillando como la negra arena volcánica. Se quedó parado ahí, con sus veintidós años de edad, con una libido feroz, imaginando lo que harían más tarde. Ella era tan esbelta como cualquier modelo de pasarela, pero también muy atlética y, durante el último mes, él había explorado cada curva de su joven cuerpo y pasado muchos largos momentos mirando sus ojos color marrón oscuro, salpicados con media docena de tonos dorados. Se movió hacia ella y rápidamente le robó un beso. Ella se rió. Entonces él la agarró por la muñeca.

—Vamos. Mi padre me va a matar si llegamos tarde.

Ella casi se tropezó y cayó mientras avanzaban rápidamente, porque no estaba mirando hacia adelante sino hacia una de las tres amplias cocinas, con barras que podían acomodar hasta doce personas, y la sala de banquetes junto a ellas, con capacidad para cerca de cien personas. A su derecha e izquierda brillaba más de la cantería que se elevaba hasta los techos de más de veinte pies de altura. Él le contaría todo sobre los muebles que su padre había importado de todas partes del mundo y las historias detrás de muchas de las piezas. El recorrido tomaría varias horas, lo sabía, y

esperaba que tuvieran tiempo para visitar la biblioteca, el gimnasio, la sala de entretenimiento y el campo de tiro bajo techo antes de que dieran por terminada la noche. Ella no tenía la menor idea del largo y ancho de la casa y, sin embargo, mientras él se la mostraba ella no solo aprendía más acerca de él, sino mucho sobre su padre, Jorge Rojas.

—Estoy más que un poco nerviosa —dijo ella, apretándole la mano cuando llegaban al final del largo pasillo y estaban a punto de salir a los adoquines moteados de la terraza de la piscina.

Castillo estaba allí de pie, como siempre, una estatua de seis pies vestido con un traje oscuro, con auriculares y anteojos oscuros. Miguel se volvió y dijo:

—Sonia, este es Fernando Castillo. Él es el jefe de seguridad de mi padre, pero aun así es muy malo jugando a Call of Duty...

—Eso es porque eres un tramposo —dijo Castillo con una leve sonrisa—. *Hackeas* todos los juegos, lo sé.

—Solo tienes que aprender a disparar.

Castillo negó con la cabeza y luego se quitó los anteojos de sol, revelando que solo tenía un ojo; el otro estaba cerrado con suturas. Ella se estremeció, pero le dio la mano.

—Un placer conocerla —dijo él.

—A usted también.

—No quise ser grosero con una mujer tan bonita —dijo, poniéndose de nuevo los anteojos de sol —. Pero a veces es mejor mantener estos puestos, ¿no?

—Está bien —dijo ella—. Gracias.

Se alejaron y comenzaron a filtrarse a través de los nudos de gente de pie alrededor de las mesas que rodeaban la piscina. Miguel le susurró:

—No dejes que te engañe. Él ve más con ese solo ojo de lo que la mayoría de la gente ve con dos.

—¿Cómo lo perdió?

—Cuando era niño. Es una historia triste. Tal vez te la cuente en algún momento, pero esta noche, ¡vamos a beber vino caro y divertirnos!

Miguel levantó las cejas y le apretó la mano.

Había cuatro bares diferentes junto a la piscina y los barman en cada uno mantenían el vino y el champán fluyendo. Se había colocado una pancarta entre dos de los bares, con las tranquilas aguas del Pacífico norte y un cielo anaranjado como perfecto telón de fondo. La pancarta decía: BIENVENIDOS A LA RECAUDACIÓN DE FONDOS DEL PROYECTO DE MEJORA DE LA ESCUELA JORGE ROJAS. Esta era una cena de mil dólares por plato y era la manera en que el padre de Miguel persuadía, dos veces al año, a sus amigos ricos a que se desprendieran de parte de su dinero para una gran causa. El trabajo que había llevado a cabo la fundación de su padre era notable. El gobierno de México no podía hacer lo que Jorge Rojas ya había hecho y seguiría haciendo para mejorar el sistema educacional.

—Miguel, Miguel —se escuchó una voz familiar detrás de ellos. Un grupo de invitados que estaban bien agrupados se separaron para permitir pasar a Mariana y Arturo González, la tía y el tío de Miguel, ambos de cuarenta y tantos años, impecablemente vestidos y arreglados, como si estuvieran listos para un evento de alfombra roja en Hollywood. Mariana era la única hermana de su

padre tras la muerte de su hermano.

—Mírate —dijo su tía, tirando de la manga de su traje gris oscuro.

—¿Te gusta? Mi padre y yo encontramos un nuevo diseñador en Nueva York. Voló hasta acá para reunirse con nosotros.

Miguel nunca le diría a Sonia que el traje le había costado más de diez mil dólares estadounidenses. De hecho, a veces se sentía avergonzado por la riqueza de su familia y la desestimaba cuando podía. El padre de Sonia era un exitoso hombre de negocios de Madrid, un castellano dueño de una empresa de bicicletas personalizadas (Castile), que proveía de bicicletas de carrera a los equipos profesionales del Tour de Francia. Sin embargo, su familia nunca podría competir con el tipo de riqueza que su padre había acumulado. Jorge Rojas no solo era uno de los hombres más ricos de México, era uno de los hombres más ricos del mundo entero, lo que hacía que ser su hijo fuera a la vez complicado y surrealista.

—¿Así que esta es la famosa Sonia? —le preguntó su tía.

—Sí —dijo Miguel, sonriendo con orgullo y luego, tal como lo esperaba su tía, su tono se volvió mucho más formal—. Sonia, esta es mi tía Mariana y mi tío, el señor Arturo González, el gobernador de Chihuahua.

Sonia era una perfecta señorita y los saludó con un tono igualmente formal. Su sonrisa radiante y el collar de diamantes que caía suavemente sobre su cuello no pasaron desapercibidos por su tío. Mientras Miguel la observaba hablar, ya no escuchaba nada y solo veía sus acciones y reacciones, la alegría que se extendía por su cara y la mantenía sonriendo, la luz tan embriagadora en sus ojos.

El padre de Miguel los había presentado después de haber trabajado en algunas inversiones con unos amigos en común. Que ella fuera castellana era muy impresionante para su padre. Que tuviera un culo increíble y un amplio escote era más impresionante para Miguel, al menos durante las etapas iniciales de su relación. Había descubierto que ella había asistido a la Universidad Complutense, una de las universidades más grandes de Europa, y rápidamente se dio cuenta de que había, de hecho, un cerebro detrás de toda esa belleza.

—No me juzgues —le había dicho ella—. No fui a una costosa escuela privada, pero sí me gradué magna cum laude.

El verano después de graduarse se dedicó a viajar por Nueva York, Miami y Los Ángeles, ciudades que nunca había visitado antes. Estaba obsesionada con la moda y la industria del cine. Su título era en gestión empresarial y pensaba que le gustaría trabajar en California para un gran estudio o tal vez en Nueva York para un famoso diseñador. Lamentablemente, su padre no quería saber nada de eso. Le había dado un año para encontrarse a sí misma, pero este otoño debía volver a trabajar para su empresa. Miguel, por supuesto, tenía planes mucho más grandes para ella.

—Así que finalmente estás de vuelta de España —le dijo su tía—. ¿Cuánto tiempo estuviste allí?

Él le sonrió a Sonia.

—Alrededor de un mes.

—Tu padre me dijo que fue un regalo de graduación —dijo su tía, abriendo más los ojos.

—Lo fue —dijo Miguel con orgullo.

Luego se volvió hacia su tío.

—¿Cómo está todo por casa?

Arturo se pasó una mano por la cabeza calva y luego asintió.

—Todavía tenemos mucho trabajo que hacer. La violencia está empeorando.

Mariana hizo un gesto con la mano.

—Pero no vamos a hablar de eso ahora, ¿verdad? No en una noche como esta, ¡cuando hay tanto que celebrar!

Arturo asintió resignado y le sonrió a Sonia.

—Ha sido un placer conocerla. Ahora la llevaremos a nuestra mesa. Está justo ahí.

—Ah, qué bien, estamos sentados con ustedes —dijo Sonia.

Antes de que pudieran cruzar la longitud de la piscina para llegar al área donde estaba su mesa, Miguel fue abordado por al menos otros cuatro amigos, socios de negocios de su padre, muchachos de uno de sus antiguos equipos de fútbol americano en la USC y al menos una ex novia que hizo que treinta segundos parecieran treinta horas de incomodidad, ya que hablaban en francés y Sonia se quedó ahí parada, con la mirada perdida.

—No sabía que hablabas francés —le dijo a él, después de que finalmente escapara de la insistente sirena.

—Inglés, francés, español, alemán y holandés —dijo—. Y a veces, *gangsta, ¿you know what I'm sayin'*, G?

Ella se rió y se sentaron alrededor de la mesa suntuosamente decorada con algunas de las mejores lozas de porcelanas y cubiertos disponibles en el mundo. El padre de Miguel le había enseñado a nunca dar nada por sentado y si bien había vivido una vida de privilegios, apreciaba hasta los detalles más pequeños, como el material del que estaba hecha su servilleta o el tipo de cuero utilizado para hacer su cinturón. Cuando tantos tenían tan poco, debía estar agradecido y apreciar todos los lujos de su vida.

Había un atril equipado con un micrófono y con una computadora portátil cerca de una gran pantalla de proyección portátil. Como era el deseo de su padre, daría su presentación *antes* de que los invitados comieran, porque «las barrigas llenas no tienen oídos», le gustaba decir.

Arturo se levantó y se dirigió al atril.

—Señoras y señores, si son tan amables de tomar asiento, empezaremos en un momento. Para aquellos de ustedes que no me conocen, soy Arturo González, gobernador de Chihuahua. Me gustaría presentarles a mi cuñado, un hombre que no necesita presentación, pero pensé que en esta ocasión especial me gustaría contarles un poco sobre cuando Jorge era niño, porque fuimos a la misma escuela y nos hemos conocido de toda la vida.

Arturo tomó un respiro rápido y añadió de pronto:

—Jorge era un llorón. No estoy bromeando.

La multitud se echó a reír.

—Cada vez que teníamos tarea, se pasaba horas llorando al respecto. Luego venía a mi casa y yo hacía la tarea, y él me daba una Coca-Cola o goma de mascar. ¿Lo ven? ¡Incluso entonces comprendía lo que es un buen negocio!

Más risas.

—Pero en serio, señoras y señores, Jorge y yo realmente apreciábamos nuestra educación y a nuestros profesores, y no estaríamos aquí si no fuera por ellos, por eso es que ambos sentimos que es

tan profundamente necesario devolver algo a nuestros niños. Jorge les explicará más sobre el trabajo de la fundación, así que sin más preámbulos, ¡los dejo con el señor Jorge Rojas!

Arturo miró hacia uno de los bares y detrás de él apareció el hombre, vestido con un traje que hacía juego con el de Miguel, con excepción de la corbata, que era de un rojo fuerte y brillante con costuras doradas a lo largo de los bordes. Llevaba el pelo recién cortado bien pegado a la cabeza con gel y por primera vez Miguel notó las canas que brotaban de sus sienes y sus largas patillas. Miguel nunca antes había pensado en su padre como alguien viejo. Jorge era un hombre atlético que había jugado en el equipo de fútbol americano de la USC cuando había sido estudiante ahí. Incluso había sido triatleta durante unos años antes de lastimarse la rodilla. Aún se mantenía en excelente forma y medía unos imponentes seis pies y dos pulgadas, a diferencia de Miguel, que no tenía más de cinco pies y diez pulgadas de alto, y no parecía seguir creciendo.

Si bien Jorge a menudo lucía una barba de un par de días en el mentón, la que él explicaba diciendo que había estado demasiado ocupado como para afeitarse (algo que siempre dejaba a la gente frunciendo el ceño, porque ¿uno de los hombres más ricos del mundo no podía encontrar el tiempo para afeitarse?), esta noche estaba muy bien afeitado, con la mandíbula afilada de una estrella de cine. Le sonrió y saludó a la multitud mientras, literalmente, corría del bar hacia el atril para darle un gran abrazo a Arturo.

Pero luego se echó hacia atrás y empezó a retorcerle el cuello a su cuñado, provocando más risas de la multitud. Luego soltó a Arturo y se dirigió al micrófono.

—Le pedí que jamás dijera una palabra acerca de mí llorando por la tarea, pero es verdad, señoras y señores, es verdad. Supongo que siempre he sido un apasionado por la escuela... *¡de* una manera u otra!

Miguel miró a Sonia, quien estaba sentada ahí, absorta. Jorge tenía ese efecto en todo el mundo y aunque a veces eso lo hacía sentirse celoso, no podía haber estado más orgulloso de su padre, y sabía que Sonia, al igual que la mayoría de la gente, lo encontraría absolutamente increíble.

Durante los siguientes quince minutos estuvieron sentados, escuchando y observando un recorrido por el trabajo que la fundación había hecho para construir nuevas escuelas, para dotar las aulas con tecnología de punta, para contratar a los mejores profesores disponibles en México y los países vecinos. Jorge incluso proporcionó estadísticas y resultados de pruebas para validar el trabajo que estaban haciendo. Pero el argumento más convincente vino de los propios estudiantes.

Jorge se hizo a un lado y permitió que toda una clase de cuarto grado se parara en una fila detrás del atril y tres de los estudiantes, dos niños y una niña, hablaron articuladamente sobre las mejoras en su escuela. Eran los niños más adorables que Miguel hubiera visto y sin duda habían tirado fuertemente de las cuerdas del corazón de todos los presentes.

Cuando terminaron, Jorge concluyó la presentación instando a todos a que hicieran más donaciones antes de irse. Hizo un gesto hacia los niños.

—Debemos invertir en nuestro futuro —les dijo, alzando la voz—. Y eso continúa esta noche. ¡Disfrute de su cena, todo el mundo! ¡Y gracias!

Al alejarse del atril, Jorge se reunió con su novia, Alexsi, una rubia impresionante que había estado de pie junto a la barra del bar con él. La había conocido durante un viaje de negocios en Uzbekistán y era evidente para todos por qué se había sentido tan atraído hacia ella. Tenía los ojos

tan brillantes y verdes como Gula, la niña afgana que se hizo famosa tras haber aparecido en la portada de la revista *National Geographic*. Su padre era un juez de la Corte Suprema que había sido designado por el presidente del país y ella misma era abogado y no aparentaba ni un día más de treinta años. Miguel sabía que su padre no podía soportar a una mujer con quien no pudiera tener una conversación inteligente. Ella hablaba inglés, español y ruso con bastante soltura, y era estudiante de asuntos globales. Lo más sorprendente es que había durado más que todas las demás amigas de su padre. Llevaban saliendo casi un año.

Miguel se había estado preguntando acerca de un grupo de asientos que estaban en el lado izquierdo del patio y cuando volvió a mirar, los asientos habían sido ocupados por una orquesta en vivo, que comenzó a tocar una sutil melodía bossa nova de Jobim.

Alexsi caminó hasta su silla, la cual fue apartada de la mesa por Jorge, tomó asiento y le sonrió a todos.

—Bueno, veo que los viajeros están finalmente de vuelta de España —dijo Rojas, sonriéndole a Soma—. Y es un placer verla de nuevo, señorita Batista.

—También me alegro de verlo, señor. Gracias por la presentación. Estuvo increíble.

—No podemos hacer suficiente por esos niños, ¿no?

Se sumió en un pensamiento.

—Oh, perdone mis terribles modales —añadió rápidamente, dirigiéndose a Alexsi—. Esta es mi amiga Alexsi Gorbotova. Alexsi, te presento a Sonia Batista, amiga de mi hijo.

Luego de intercambiar algunos comentarios corteses y graciosos, Miguel retrocedió un poco mientras los meseros se acercaban y llenaban sus copas de vino. Le echó un vistazo a la etiqueta: Château Mouton Rothschild Pauillac, embotellado en 1986. Miguel amaba el vino y sabía que cada botella valía más de quinientos dólares. Una vez más, no compartiría el precio con Sonia, pero ella se llevó la copa a la nariz y sus ojos se abrieron impresionados.

Jorge levantó la copa.

—Un brindis por el futuro de nuestro gran país, México! *¡Viva* México!

Más tarde, Miguel y Sonia se retiraron de la mesa antes de que fuera servido el postre. Su padre estaba en una intensa conversación con su tío y varios otros políticos locales de la zona. Habían encendido sus cigarros y Sonia había encontrado que el olor era demasiado fuerte, el humo le quemaba los ojos. Se fueron a una mesa vacía, no lejos de la orquesta y escucharon una interpretación sorprendentemente buena de «Samba de Urna Nota Só». Ella estaba impresionada de que él supiera el título de la canción. Las clases de educación musical de Miguel no habían sido solo electivas; habían sido intensas. Ella puso su mano sobre la de él y le dijo:

—Gracias por traerme aquí.

Él se echó a reír.

—¿Quieres el gran recorrido?

—Ahora no, si eso está bien. Simplemente me gustaría sentarme aquí y hablar.

A lo lejos sonaba una sirena, seguida por más sirenas. Un accidente de auto, tal vez, pero no la violencia que su tío había mencionado, la violencia que se había asentado en ciudad Juárez como una

niebla nublando la visión de los hombres y llevándolos a matarse unos a otros. No, era solo un accidente de auto...

Sonia levantó la barbilla y se quedó mirando a través de la terraza.

—Alexsi parece agradable.

—Está bien para mi padre, pero él nunca se casará con ella.

—¿Por qué no?

—Porque nunca ha dejado de amar a mi madre. Estas chicas no pueden competir con ella.

—Está bien si no quieres responder, pero aún no me has contado cómo murió.

Él frunció el ceño.

—Pensé que lo había hecho.

—Esa fue a otra novia.

Él sonrió y fingió golpearle el brazo; luego su expresión se volvió seria.

—Murió de cáncer de mama. Todo el dinero del mundo no pudo salvarla.

—Lo siento mucho. ¿Cuántos años tenías?

—Once.

Ella se acercó más a él y envolvió su brazo por encima de su hombro.

—Estoy segura de que debe haber sido muy difícil, sobre todo a esa edad.

—Sí. Solo quisiera que mi padre hubiera... no sé... aprendido a lidiar mejor con ello. Asumió que yo no podría soportarlo. Pensó que si me quedaba no sería capaz de lidiar con el dolor. Así que me mandó rápidamente a Le Rosey.

—Pero me dijiste que te había gustado estar ahí.

—Sí. Pero él no estaba allí.

Ella asintió con la cabeza.

—Tengo que ser honesta. Después de que me contaste que habías estudiado ahí, lo busqué en internet. Es uno de los internados más caros... digo, del mundo. Y fuiste a la escuela en Suiza. Eso es fantástico.

—Supongo que sí. Yo solo... extrañé mucho a mi padre y nunca fuimos los mismos después de eso. Él no supo cómo lidiar con la pérdida de mi madre o con cómo criarme, así que me mandó lejos. Lo vi sólo tres o cuatro veces al año y no fue como reunirse con un padre, más bien como reunirse con un jefe. No lo resiento por ello. Él sólo quería lo mejor para mí. Pero a veces deseo que, no sé lo que estoy diciendo... a veces pienso que él está tratando de ayudar a todos estos niños porque se siente culpable por lo que pasó conmigo.

—Tal vez necesitas hablar con él. Quiero decir, realmente hablar. Tú sigues viajando por todas partes. Tal vez necesitas quedarte en casa para que lleguen a conocerse de nuevo.

—Tienes razón. Pero no sé si él querría que yo hiciera eso. Además, siempre anda por todos lados. Cuando eres dueño de la mayor parte de México, necesitas tener un ojo puesto en las cosas, supongo.

—Tu padre parece un hombre honesto. Creo que sería honesto contigo. Solo tienes que hablar con él.

—Eso me preocupa un poco. Él ya tiene mi vida planeada y si nos ponemos a conversar, me va a entregar un mapa de lo que tengo que hacer. En serio, yo espero viajar, al menos por el resto de este

verano, antes de que me ponga a trabajar. Luego, en el otoño, tengo que ir a la escuela de postgrado.

—Eso no me lo dijiste.

—No te he dicho muchas cosas. ¿Recuerdas que dijiste que querías mudarte a California?

—Sí.

—Bueno, en el otoño podemos mudarnos ahí juntos. Voy a ir a la escuela y tú puedes estar conmigo, tal vez encontrar un trabajo en uno de los estudios, como habías dicho.

Ella quedó con la boca abierta.

—¡Eso sería increíble! Oh, guau, realmente podría encontrar algo que...

Se interrumpió de repente y su expresión se agrió.

—¿Qué pasa?

—Tú sabes que mi padre nunca me dejará hacer nada de esto.

—Voy a hablar con él.

—Eso no va a funcionar.

Bajó la voz para imitar a su padre:

—Su «obstinada dedicación a la calidad» es lo que lo hizo exitoso... al menos así es como él lo dice. Y su obstinada dedicación a su hija es igual.

—Entonces voy a tener que hacer que mi padre hable con él.

—¿Qué estás diciendo, Miguel? —dijo alzando sus cejas perfectamente arregladas.

—Estoy diciendo que tu padre quiere hacerte feliz. Y créeme, yo puedo hacer que eso suceda. Puedo hacerte muy feliz. Bueno, al menos voy a tratar lo mejor posible.

—Ya lo has hecho...

Ella se inclinó hacia él y se besaron profunda y apasionadamente, acelerando el pulso de Miguel.

Cuando terminaron, él se volvió y encontró a su padre mirándolos desde el otro lado de la terraza. Jorge les hizo señas para que fueran donde estaba.

—Aquí vamos —dijo Miguel con un suspiro—. Va a pedir mi opinión sobre cada crisis mundial... y Dios me ayude si no tengo una.

—No te preocupes —dijo Sonia—. Ofreceré la mía si no la tienes.

Él sonrió y tomó la mano de Sonia.

—Excelente.

6

EL VERSO DE LA ESPADA

Área de Shawal
Afganistán

El jefe de las tribus Shawal había llamado a una importante reunión que se realizaría en su fortaleza de adobe en el valle de Mana, pero el *mulá* Abdul Samad no tenía intención de asistir. En vez, mientras los *misharans* del jefe empezaban a reunirse afuera de la fortaleza, se mantuvo en la cima de la colina, agachado junto a un grupo de árboles, junto a sus dos lugartenientes de mayor confianza, Atif Talwar y Wajid Niazi.

Samad había detectado movimiento en la ladera opuesta y tras una inspección de más cerca con sus binoculares, vio a dos hombres, uno moreno y con barba, el otro mucho más joven y más delgado, con una barba fina y corta. Estaban vestidos como miembros tribales, pero uno estaba consultando un teléfono satelital y lo que Samad supuso era un GPS portátil.

Talwar y Niazi también estudiaron a los hombres y si bien ambos tenían veintitantos años, casi la mitad de la edad de Samad, él se había pasado los últimos dos años entrenándolos y ambos ofrecieron la misma evaluación de sus visitantes: eran exploradores de avanzada inteligencia estadounidense, del Ejército de Pakistán o incluso de una unidad de fuerzas especiales estadounidense. Los hombres necios y mal entrenados del jefe tribal no los habían visto, por lo que sus fuerzas pagarían el precio de su ineptitud.

Al jefe le gustaba tirar el código tribal de conducta en las caras de los funcionarios del gobierno. Le gustaba amenazar al Ejército y señalar sus pérdidas en Waziristán del Sur como un ejemplo de lo que pasaría si lo atacaban. Decía que el gobierno debía saber que su pueblo utilizaría los códigos y consejos tribales como las *jirgas* para encontrar respuestas a sus problemas y necesitaban ayuda del gobierno solo para las necesidades básicas de la vida, no para que le dijeran cómo gobernar a su pueblo. Les aseguró que su pueblo nunca albergaría a delincuentes, que no había «extranjeros» en Shawal, y que hacerle daño a su pueblo y su tierra era lo último que se le pasaba por la cabeza. Pero el jefe no era un buen mentiroso y Samad se aseguraría de que muriera por eso... tal vez no hoy... o mañana... pero pronto.

Los exploradores no se movían mientras revisaban los valles de los alrededores con sus propios binoculares. Parecían particularmente interesados en las largas filas de manzanos que se extendían hacia abajo por la colina, hacia más filas de damascos. Se habían labrado campos en algunas de las cuestas más empinadas que miraban al pueblo y los árboles daban una buena cobertura. Estos hombres habían visto de hecho a algunos de los guardias del jefe apostados en el perímetro. Pero difícilmente estaban prestando atención a los espías detrás de ellos y, una vez más, Samad no pudo más que sacudir la cabeza con desprecio.

Los gobiernos estadounidense y paquistaní tenían buenas razones para creer que las tribus de aquí estaban refugiando a combatientes talibanes y de Al Qaeda; los miembros tribales de Datta Khail y Zakka Khail habían sido conocidos durante cientos de años por sus profundos lazos de lealtad con los rebeldes y sus tierras eran un santuario natural para ellos. El actual jefe no era la excepción, salvo que había estado recibiendo mucha presión de los estadounidenses y Samad pensaba que era solo cuestión de tiempo antes de que sucumbiera a su fuerza y lo traicionara a él y a los cuarenta hombres que estaban entrenando aquí en el lado paquistaní de Shawal y a unos diez kilómetros de distancia, en el lado afgano de la zona.

Después del 11 de septiembre de 2001, el Ejército de Pakistán había entrado en el área con la misión de asegurar la frontera contra los soldados de la Alianza del Norte que avanzaban hacia el este desde Afganistán. Si bien podría haber habido (y en la opinión de Samad, debería haber habido) un enfrentamiento, las tribus locales les habían dado la bienvenida y se habían establecido puestos de control. En los años siguientes, los líderes tribales se arrepentirían de ese error, ya que muchas personas cercanas y queridas por ellos fueron asesinadas por aviones no tripulados y bombas cortamargaritas estadounidenses porque los americanos sospechaban que había terroristas en la zona. Los estadounidenses ofrecerían una disculpa y una indemnización patética, mientras asesinaban civiles en nombre de la justicia.

En los últimos meses, sin embargo, los miembros tribales habían entrado en razón y habían estado denegando las solicitudes tanto del gobierno estadounidense como del paquistaní. Había habido, durante algunos años, un *lashkar* tribal cuya misión era arrestar a todos los fugitivos y combatientes de la resistencia dentro del área de Shawal. Sólo unos días antes, el jefe había recibido noticias de Islamabad de que los funcionarios no estaban contentos con el desempeño del *lashkar* y que el Ejército podría tener que volver con un gran número de soldados a la zona para eliminar a los fugitivos. Samad y su gente, junto con su líder, el mulá Omar Rahmani, quien estaba actualmente en la zona de Afganistán, habían llegado a un acuerdo: si el Ejército regresaba, los talibanes y las fuerzas de Al Qaeda equiparían y reforzarían a los miembros tribales contra cualquier ataque. Más aún, Rahmani le había asegurado al jefe que le pagaría generosamente por su ayuda. Rahmani no tenía escasez de fondos, siempre y cuando las amapolas siguieran creciendo y los ladrillos de opio continuaran siendo enviados al extranjero. Su acuerdo más reciente con el cártel de Juárez de México los convertiría en el principal proveedor de opio en ese país si el cártel era capaz de aplastar a sus enemigos. Si bien México nunca había sido uno de los principales compradores de opio producido en Afganistán, Rahmani planeaba cambiar eso y hacer que su producto compitiera mejor con las industrias de cocaína y metanfetamina de América del Sur, que proporcionaban enormes cantidades de esas drogas a los cárteles, que a su vez las pasaban a manos de los estadounidenses. Samad bajó los binoculares.

—Van a venir por nosotros esta noche —les dijo a sus lugartenientes.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Talwar.

—Escucha lo que te digo. Los exploradores siempre están adelantados un par de horas. Nunca más que eso. Rahmani nos llamará para advertirnos.

—¿Qué debemos hacer? ¿Podemos sacar a todos los demás a tiempo? ¿Podemos arrancar? —preguntó Niazi.

Samad negó con la cabeza y levantó el dedo índice al cielo.

—Nos están mirando, como siempre.

Acarició su larga barba pensativo y en un minuto había ideado un plan. Hizo un gesto para que se movieran hacia atrás y se alejaran, manteniéndose cerca de los árboles frutales y usando la cima de la colina para protegerse de los espías.

Al otro lado de la colina había una casa pequeña y grandes corrales cercados para cabras, ovejas y media docena de vacas. El granjero que vivía ahí le había echado una mirada de odio a Samad cuando había traído sus tropas al valle cercano para hacer prácticas de tiro. Este era un campo de entrenamiento de los talibanes y el granjero estaba muy consciente de ello. El jefe de la tribu le había ordenado ayudar a Samad en lo que pudiera; él había aceptado a regañadientes. Samad nunca había hablado con el hombre, pero Rahmani sí lo había hecho y le había advertido a Samad que no era de fiar.

En tiempos de guerra debe haber sacrificios. El padre de Samad, un combatiente muyahidín que había luchado contra los rusos, le había dicho eso la última noche que Samad lo había visto con vida. Su padre se había ido a la guerra llevando un rifle AK-47 y una pequeña mochila hecha jirones. Sus sandalias se estaban cayendo a pedazos. Se había vuelto para mirar a Samad y le había sonreído. Había un brillo en sus ojos. Samad era hijo único. Y pronto quedarían sólo él y su madre en el mundo.

Debe haber sacrificios. Samad aún llevaba una foto de su padre, protegida por una lámina de plástico amarillenta y cuando las noches se hacían más solitarias, se quedaba mirando la foto y le hablaba al hombre, preguntándole si estaba orgulloso de todo lo que Samad había logrado.

Con la ayuda de varias organizaciones de ayuda mundial, Samad había logrado terminar la escuela en Afganistán y había sido elegido por otro grupo de ayuda para matricularse en la Universidad de Middlesex en el Reino Unido con una beca completa. Había asistido a su sede regional en Dubai, donde había conseguido un título universitario en Tecnologías de la Información y además afinado sus intereses políticos. Fue ahí, en Middlesex, donde había conocido a jóvenes miembros de los talibanes, Al Qaeda y Hezbolá. Esos espíritus rebeldes ayudaron a encender su alma ingenua.

Después de graduarse, había viajado con unos amigos a Zahedán, una ciudad en el sureste de Irán estratégicamente ubicada en la región de la triple frontera de Pakistán, Irán y Afganistán. Con recursos financieros del narcotráfico y la audaz contratación de expertos en demoliciones de la Guardia Revolucionaria de Irán, crearon un centro de fabricación de bombas. Samad había sido puesto a cargo de la construcción y el mantenimiento del sistema de redes informáticas. Fabricaban bombas en ladrillos de concreto y éstas eran contrabandeadas a través de las fronteras hacia Afganistán y Pakistán, con todas las entregas programadas, marcadas y monitoreadas electrónicamente con el software que Samad había creado. Esa fue la primera incursión de Samad en el mundo del terrorismo.

La yihad era un deber fundamental de todos los musulmanes, pero la definición de esa palabra había sido ampliamente mal interpretada, e incluso Samad no estaba seguro de ella hasta que le habían enseñado su verdadero significado mientras trabajaba en la fábrica de bombas. Algunos teólogos se refieren a la yihad como la lucha interna en el alma o la defensa de la fe ante los críticos,

o incluso emigrar a tierras no musulmanas con el propósito de difundir el Islam. Te esforzabas en el camino de Alá. Pero, ¿había realmente otra forma de yihad que no fuera violenta? Los infieles debían ser purgados de las tierras santas. Debían ser destruidos. Ellos eran los líderes de la injusticia y la opresión. Rechazaban la verdad, incluso después de haber sido puesta claramente frente a ellos. Se estaban destruyendo a sí mismos y destruirían al resto del mundo con ellos si no se los detenía.

Un verso del Corán quedó para siempre en la punta de la lengua de Samad: *Preparad contra ellos toda la fuerza, toda la caballería que podáis para amedrentar al enemigo de Alá...*

Y ningún grupo de personas representaba con mayor precisión a los enemigos de Alá como los estadounidenses, esos consentidos, débiles consumidores de basura sin Dios. Tierra de fornicadores y hogar de la obesidad. Eran una amenaza para todos los pueblos del mundo.

Samad condujo a sus hombres cerca de la granja, luego llamó al granjero para que saliera. El hombre, que vivía solo después de que muriera su esposa y de que sus dos hijos se trasladaran a Islamabad, finalmente se tambaleó a través de la puerta de entrada, balanceándose con un bastón y mirando a Samad con los ojos entrecerrados.

—No te quiero aquí —dijo.

—Lo sé —respondió Samad, moviéndose hacia el hombre. Asintió con la cabeza una vez más y metió un cuchillo largo y curvo directamente en el corazón del hombre. El granjero cayó hacia atrás, Samad lo agarró, mientras Talwar y Niazi le ayudaban a asirlo y llevarlo al interior de la casa. Lo tendieron en el suelo de tierra y él sólo los miraba mientras seguía desangrándose.

—Después de que muera tenemos que ocultar su cuerpo —dijo Niazi.

—Por supuesto —respondió Samad.

—Lo echarán de menos —señaló Talwar.

—Vamos a decir que se fue a visitar a sus hijos a la ciudad. Pero solo si los miembros de la tribu preguntan. Si los estadounidenses o el Ejército vienen aquí, entonces esta es nuestra granja. ¿Entendido? Huir ahora solo atraerá más sospechas.

Ellos asintieron.

Afuera, cerca de uno de los corrales de cabras, encontraron un agujero que el granjero había estado utilizando para acumular estiércol. Lo tiraron ahí y lo sepultaron con más estiércol. Samad sonrió. Ningún soldado querría ponerse a cavar a través del estiércol para encontrar el cuerpo de un granjero sin ningún valor. Samad se puso algunas de las ropas del anciano, luego se sentaron en unas sillas que crujían, prepararon té y esperaron a que cayera la noche.

Moore y su joven recluta Rana habían observado a tres hombres cerca de un grupo de árboles en la cima de la colina, pero estos hombres estaban demasiado abajo y alejados para poder ver sus rostros, incluso con binoculares. Rana supuso que eran combatientes talibanes, centinelas en el perímetro, y Moore estuvo de acuerdo. Él y Rana caminaron de vuelta a través de las colinas, hacia abajo a una quebrada y luego hacia tierras altas desde donde Moore hizo una llamada con su teléfono satelital Iridium. El terreno montañoso interfería con la recepción si se insertaba demasiado entre los cortes y quebradas pero, por lo general, tenía una buena señal en las cimas de las montañas, donde, por supuesto, había mayor riesgo de ser descubierto. Se conectó con el comandante de destacamento

de un equipo ODA[13] (Destacamento Operacional Alfa), uno de los selectos grupos de las Fuerzas Especiales del Ejército. Cuando era SEAL, Moore había trabajado junto a estos muchachos en Afganistán y les tenía un profundo respeto, a pesar de que habían intercambiado dardos con respecto a qué grupo tenía los guerreros más eficaces y letales. Era una rivalidad saludable y divertida.

—Ozzy, aquí Barbanegra —dijo Moore, usando su indicativo de llamada de la CIA.

—¿Qué pasa, hermano? —preguntó Ozzy.

La voz al otro lado de la línea pertenecía al capitán Dale Osbourne, un agente increíblemente joven pero extremadamente brillante que había trabajado con Moore en varias redadas nocturnas que habían dado como resultado la captura de dos objetivos de alto valor en Afganistán.

—Voy por un «triplete» esta noche.

Ozzy resopló.

—¿Tienes información de inteligencia procesable o simplemente la mierda habitual?

—La mierda habitual.

—Entonces no los viste.

—Están aquí. Ya tenemos tres.

—¿Por qué siempre me hacen esto, pendejos?

Moore se echó a reír.

—Porque a ustedes les gusta jugar en la tierra, cabrones. Subí los nombres y las fotos. Quiero atrapar a estos tipos.

—Cuéntame algo nuevo.

—Mira, si te sirve de algo, hemos recogido casquillos de bala por todo el lugar. Sin duda hubo un campo de entrenamiento recientemente aquí. Los descuidados hijos de puta no limpiaron lo que ensuciaron. Te necesito aquí esta noche para la fiesta sorpresa.

—¿Estás seguro de que Obi-Wan no está mintiendo?

—Apostaría mi vida a que no.

—Bueno, maldita sea, entonces tenemos un trato. Búscanos a las cero treinta. Nos vemos entonces.

—Entendido. Y no olvides tus guantes. No quieres arruinar tu manicura.

—Sí, claro.

Moore sonrió y apagó el teléfono.

—¿Y ahora qué pasará? —preguntó Rana.

—Encontraremos una pequeña cueva, instalaremos un campamento y luego escucharás un helicóptero acercándose.

—¿Y eso no los asustará?

Moore sacudió la cabeza.

—Ellos saben que tenemos satélites y Predators allí afuera. Solo se atrincherarán. Ya lo verás.

—Estoy un poco asustado —confesó Rana.

—¿Estás bromeando? Relájate. Vamos a estar bien.

Moore señaló el AK-47 colgando de su hombro y acarició la vieja Makarov de fabricación soviética enfundada en su costado. Rana también llevaba una Makarov y Moore le había enseñado cómo disparar y recargar el arma.

• • •

Encontraron una cueva poco profunda en una de las laderas y taparon una buena parte de la entrada con unas grandes rocas y arbustos. Permanecieron ahí en tanto caía la noche y Moore empezó a quedarse dormido lentamente. Se sorprendió a sí mismo quedándose dormido dos veces y le pidió a Rana que permaneciera despierto y alerta. El chico estaba tenso de todos modos y estaba feliz de hacer la vigilancia.

La barra energética que se había comido antes no le cayó bien e hizo que tuviera unos vividos sueños. Estaba flotando en un mar negro como la tinta, crucificado contra una interminable extensión de oscuridad y de pronto extendió una mano y gritó: *«¡NO* ME DEJES! *¡NO* ME DEJES!».

Se despertó con un escalofrío en tanto algo le tapaba la boca. ¿Dónde diablos estaba? No se sentía mojado. Jadeaba, no podía recobrar el aliento y se dio cuenta de que eso era porque una mano le estaba cubriendo la boca.

A través de la granulosa oscuridad aparecieron los ojos muy abiertos de Rana, quien le susurró:

—¿Por qué gritas? No me estoy yendo a ninguna parte. No me voy a ir. Pero no puedes gritar.

Moore asintió vigorosamente y Rana retiró lentamente su mano. Moore se mordió los labios y trató de recuperar su respiración.

—Lo siento, tuve una pesadilla.

—Pensaste que te iba a dejar.

—No lo sé. Espera. ¿Qué hora es?

—Es más de medianoche. Casi las cero treinta.

Moore se incorporó y encendió su teléfono satelital. Tenía un correo de voz: «Oye, Barbanegra, maldito inútil. Nos estamos alistando para salir. ETA[14] en tu patio trasero, veinte minutos».

Apagó el teléfono.

—Escucha. ¿Oyes eso?

Samad fue despertado por una mano en su hombro y por un segundo o dos estuvo desorientado, luego se acordó de que estaban dentro de la casa del granjero. Se sentó en la pequeña cama de madera.

—Hay un helicóptero acercándose —dijo Talwar.

—Vuelve a dormir.

—¿Estás seguro?

—Vuelve a dormir. Cuando vengan, nos vamos a mostrar molestos de que nos hayan despertado.

Samad se acercó a una pequeña mesa y ató un trapo a través de su cara, sugiriendo que había perdido un ojo, un espectáculo común en esta parte del país devastada por la guerra. Era un disfraz simple y había aprendido durante sus días como fabricante de bombas que, mientras más simple era la bomba, la idea, el plan, mayor probabilidad de éxito tenía. Había comprobado esa teoría una y otra vez. Un trapo. Una herida de guerra. Un granjero amargado que había sido despertado por los estúpidos estadounidenses. Eso es todo lo que era.

¡Allahu Akbar!

¡Dios era grande!

• • •

El equipo ODA de doce hombres se deslizó rápidamente por las sogas hacia abajo desde el helicóptero mientras un traductor abordaba a algunos de los miembros de una tribu que habían salido medio dormidos a tropezones de sus casas para mirar hacia el cielo, protegiendo sus ojos de la estela del rotor. El traductor habló alto a través del sistema de megafonía del Black Hawk: «Estamos aquí para encontrar a dos hombres, eso es todo. Nadie saldrá herido. No habrá disparos. Por favor ayúdenos a encontrar a estos dos hombres».

El traductor repitió el mensaje al menos tres veces mientras el equipo de Ozzy se tiraba al suelo, uno tras otro, y luego se dispersaban en parejas, con sus rifles en ristre.

La zona de descenso era un área despejada cerca de una hilera de casas a unos 200 metros de los muros de la fortaleza del jefe, y Moore se reunió con el joven capitán de las Fuerzas Especiales y su principal suboficial en un callejón entre las casas. Esperaron unos segundos hasta que el Black Hawk se ladeó bruscamente y voló lejos hacia la oscuridad, con las luces de navegación brillando intermitentes mientras su piloto se dirigía de vuelta a la zona de aterrizaje segura a pocos kilómetros de distancia, donde esperaría la llamada de Ozzy para extraerlos. Aterrizar el helicóptero en el pueblo y mantenerlo allí mientras el equipo hacía su trabajo era demasiado peligroso.

—¿Te acuerdas de mi compañero, Robín? —preguntó Moore, dirigiendo la luz de su linterna a Rana.

Ozzy sonrió.

—¿Cómo estás, amigo?

Rana frunció el ceño.

—Mi nombre es Rana, no Robin.

—Era una broma —dijo Moore.

Se volvió hacia el oficial técnico, un tipo llamado Bobby Olsen, también conocido como Bob-O, que le echó un vistazo a Moore y fingió fruncir el ceño.

—¿Tú eres la escoria de la CIA?

Bob-O hacía el mismo gesto y la misma pregunta cada vez que se reunían. Por alguna razón se deleitaba tomándole el pelo a Moore cada vez que podía. Moore levantó el dedo índice y lo apuntó a la cara de Bob-O, a punto de lanzar su réplica.

—Está bien, payasos, guardemos las bromas —dijo Ozzy. Miró a Moore alzando las cejas—. Es tu fiesta, Barbanegra. Espero que estés en lo cierto.

El equipo de Ozzy había sido bien entrenado en el arte y la ciencia de la negociación con los miembros tribales, y su trabajo de campo les había permitido poner la teoría y los escenarios simulados en práctica. Habían aprendido el idioma, habían estudiado las costumbres, e incluso tenían pequeños apuntes sobre el clima plegados y escondidos en sus bolsillo en el pecho en caso de que fueran sorprendidos en una situación social. Ellos eran, en su humilde opinión, embajadores de la democracia y si bien algunos podrían considerar esa noción tonta o cursi, ellos eran el único contacto con el mundo occidental que muchos de los miembros tribales tendrían jamás.

Moore, Rana, Ozzy y Bob-O estaban a punto de cruzar un camino de tierra lleno de baches paralelo a las casas de adobe cuando dos salvas de armas automáticas resonaron a través de las montañas. Los disparos dejaron a Moore sin aliento. Bob-O maldijo.

—Raceman, ¿quién disparó esos tiros? —gritó Ozzy por el micrófono en sus labios en tanto Moore y Rana se agachaban junto a una casa.

Bob-O estaba en su radio al mismo tiempo, ladrándole a los otros equipos, exigiendo información.

Resonaron más disparos, con una cadencia y tono notablemente diferentes. Sí, ese fuego pertenecía a la gente de Ozzy, a sus rifles de asalto de combate de las Fuerzas Especiales (SCARs) disparando balas de 5,56 o 7,63 milímetros en respuesta a la emboscada del enemigo. Hubo dos descargas más. Luego una tercera. Luego cinco, seis, quizás siete rifles AK-47 respondieron; el tiroteo estaba sucediendo a una media docena de casas de distancia.

Moore aguzó el oído. Para disparar un AK-47 ponías el cargador, sacabas la palanca selectora del seguro, jalabas hacia atrás y liberabas el mango del cerrojo, apuntabas y disparabas; un buen número de movimientos para disparar un solo tiro. Pero si movías el selector a la posición central, tenías función automática completa y podías jalar el gatillo hasta vaciar el cargador. Información básica sobre funcionamiento de armas, pero el punto era el siguiente: durante cualquier tiroteo, Moore primero escuchaba para establecer la ubicación del enemigo y luego trataba de determinar si el enemigo estaba tratando de conservar municiones. Lo oía cada vez, fuera que el arma estaba en función automática completa, que a menudo significaba que cada combatiente tenía múltiples cargadores a su disposición, o un solo tiro, lo que sugería que el enemigo estaba tratando de aprovechar cada bala. Por supuesto, esta evaluación no era infalible, pero en la gran mayoría de los casos sus supuestos habían sido correctos.

Cuando un grupo de talibanes desata fuego totalmente automático, era mejor asumir lo peor: estaban bien abastecidos de municiones.

Moore se volvió hacia Rana y dijo:

—No hagas nada. Solo quédate aquí.

Los ojos de Rana iluminaron el callejón.

—Oh, no te preocupes. No pretendo ir a ninguna parte.

—Neo y Big Dan, suban a las colinas en el lado sur. Raceman está recibiendo fuego allá arriba —dijo Ozzy mientras miraba alrededor de la esquina; luego les hizo un gesto a Moore y Rana para que lo siguieran. Moore se movió hasta quedar al lado del capitán.

—¿Cómo se ve? —dijo.

—Tenemos unos ocho, tal vez diez enemigos hasta el momento. Voy a llamar un Apache para darles una pausa a estos desgraciados.

Ozzy se refería al AH-64D Apache Longbow, el principal helicóptero de ataque del Ejército, armado con cañón de cadena M230, cohetes aire-tierra Hydra 70 y misiles AGM −114 Hellfire o FIM-92 Stinger. La mera silueta de ese helicóptero evocaba una muerte horrible en la imaginación de los talibanes que habían visto a sus compañeros combatientes destrozados bajo su fuego incesante.

Ozzy volvió a su radio y le habló al piloto del helicóptero, pidiéndole que viniera a la aldea de inmediato y pusiera a trabajar su cañón de cadena contra los insurgentes.

—Los llevaremos de vuelta a la zona de aterrizaje en seguida —dijo Ozzy.

—¿Oíste eso? —le preguntó Moore a Rana—. Vamos a regresar. Estaremos bien.

Rana agarró la Makarov contra su pecho.

—No me gusta esto.

—Estoy contigo Rana —dijo Moore—. Vas a estar bien.

Mientras las palabras salían de la boca de Moore, su mirada se desvió hacia el extremo opuesto de la casa, donde una figura había recién doblado por la esquina y cuyo rifle había aparecido en la luz de la luna.

Moore levantó, su AK-47, lo puso en función automática y disparó una ráfaga de cuatro disparos que atravesaron el pecho del hombre, enviándolo de un golpe a la arena.

Mientras el hombre caía, Ozzy y Bob-O se vieron bajo una lluvia de disparos desde el otro lado de la casa; había por lo menos tres combatientes talibanes abriendo fuego hacia ellos y haciendo que retrocedieran lejos de la esquina. Bob-O se puso delante de Rana para proteger al chico, mientras Moore echaba una mirada más hacia atrás y luego daba la vuelta y avanzaba hacia Ozzy.

Había dos casas al otro lado de la calle y Moore notó los fogonazos antes de tirarse al suelo. Había un tipo sobre el techo plano, aprovechando el parapeto de menos de medio metro de altura que corría a lo largo de tres lados. Disparó y se metió de vuelta detrás de la piedra. Había otro hombre en la parte trasera de la casa, donde un muro de medio metro de altura le brindaba una buena cobertura.

Y el último estaba dentro de la casa a la izquierda, asomándose por la ventana abierta para disparar y luego volver a esconderse. Los tres sabían que los ladrillos de barro los protegerían de las balas del enemigo.

—Rana, quédate con ellos —le dijo Moore al chico. Luego se arrastró dos metros más para acercarse a Ozzy—. Mantenlos ocupados. Voy a dar la vuelta. Empezaré con el tipo en el techo.

—¿Estás loco? —preguntó Ozzy—. Déjame hacerlos pedazos.

Moore negó con la cabeza vigorosamente.

—Quiero uno con vida. Dame un par de esposas.

Ozzy sonrió con incredulidad, pero le entregó las esposas. Moore le hizo un guiño.

—Vuelvo enseguida.

—Oye, Money —lo llamó Rana nerviosamente.

Pero Moore ya estaba corriendo fuera del callejón. Vestido como un miembro de la tribu y armado con sus armas, si era visto, podría haber un momento de pausa que él aprovecharía plenamente. Corrió alrededor a dos casas más, cruzó el camino de tierra y luego llegó a la parte de atrás de la casa encima de la cual se había colocado cuidadosamente uno de los combatientes talibanes. El hombre había utilizado una destartalada escalera de madera y fue durante la próxima ronda de disparos que Moore subió rápidamente por ella, dejando que la bulla ocultara su avance.

Se acercó al borde y vio al tipo, agachándose y levantándose como un blanco en un turbante negro, disparando y luego escondiéndose detrás del parapeto. Bob-O y Ozzy estaban disparando fuego de supresión contra la piedra, haciendo que los escombros y el polvo se levantaran en pequeñas nubes a lo largo del parapeto.

El talibán tenía toda su atención puesta hacia adelante y no vio ni oyó a Moore acercarse. Moore

tomó la Makarov en su mano, agarrándola por el cañón de manera que la empuñadura salía desde la parte inferior de su puño, formando una L.

Entonces, después de tomar un respiro profundo, Moore corrió y dio un salto, volando en un arco por encima de su oponente, moviéndose en una combinación poco convencional de Krav Maga y su propia improvisación. Cuando el hombre giró la cabeza, captando un destello por la esquina de su ojo, Moore cayó sobre él como un depredador con garras, clavando su rodilla en la espalda del hombre y golpeando la empuñadura de la pistola en su cuello, por debajo y ligeramente delante de la oreja. Un golpe seco en la parte lateral del cuello podría causar pérdida del conocimiento al impactar la arteria carótida, la vena yugular y el nervio vago.

El tipo cayó hacia atrás en el techo y Moore sacó las esposas de plástico de su bolsillo trasero y ató las manos del hombre detrás de su espalda. Luego le amarró los pies y lo dejó allí. Cuando despertara, tomarían un poco de té y tendrían una agradable conversación. Por ahora, sin embargo, Moore descendió la escalera, mientras Ozzy y Bob-O una vez más disparaban fuego de supresión a los otros dos talibanes.

Moore rozó su hombro a lo largo de la pared mientras daba la vuelta alrededor de la siguiente casa, llegando a la esquina donde, a su izquierda y cerca de diez metros más adelante, el segundo combatiente talibán estaba agachado junto a la pared de medio metro. Estaba armado con un rifle, pero también tenía una pistola enfundada a su lado y llevaba una pesada mochila que Moore supuso estaba llena con más cargadores. Moore se estremeció ante la decisión: el tipo parecía estar demasiado lejos para atraparlo en silencio por detrás. Y si Moore se movía en el ángulo equivocado, podría verse atrapado entre los disparos de Ozzy o Bob-O. Morir haciendo algo audaz era una cosa, pero hacer algo imprudente y recibir un disparo de tu propia gente era llegar a un nivel de estupidez generalmente reservado para los políticos adúlteros.

Como Moore llevaba un AK-47, si disparaba, el tercer talibán podría suponer que su amigo era el responsable de esos disparos.

Pero entonces apareció una distracción aún mejor: el Apache Longbow y sus estruendosos rotores descendió en picada, se ladeó fuertemente hacia la derecha y luego comenzó a girar sobre ellos. El viento y el rugido le robaron la atención al combatiente talibán, al igual que la poderosa luz haciendo un barrido a través del callejón.

Moore levantó el rifle, disparó tres tiros, dándole en la espalda al tipo y la sangre salpicó por todas partes. Luego dio media vuelta y se fue a lo largo de la pared de la siguiente casa, en el que se encontraba el último hombre. Moore se puso en sus manos y rodillas y se arrastró por debajo de la ventana lateral, y luego dio la vuelta al frente de la casa. Bob-O y Ozzy pararon de disparar y Moore fue capaz de situarse por debajo de la ventana abierta a través de la cual el último tipo estaba disparando.

A estas alturas, sí, podrían lanzar una granada y acabar con el tipo, pero Moore ya estaba a un brazo de distancia del insurgente. Rodó sobre su costado y estiró el cuello para mirar hacia arriba hasta que allí estaba, el cañón del rifle del tipo colgando por encima del alféizar de la ventana, a su alcance. Moore agarró el rifle por el guardamanos superior y lo usó para levantarse sobre sus rodillas, al tiempo que el hombre, gritando impactado, soltaba el arma y sacaba su pistola enfundada.

Para cuando liberó su arma, Moore ya había arrojado el AK al suelo y le apuntaba con su

Makarov. Tres balas lanzaron al matón al piso de un golpe. Moore había utilizado su propia pistola, porque una de las más antiguas reglas de combate de la vieja escuela decía que solo como último recurso uno debería poner su vida en manos del arma de un enemigo.

El Apache ya se alejaba, por orden de Ozzy.

Solo se oía el zumbido de los rotores desvaneciéndose a través del valle de Mana. Finalmente, un perro ladró y entonces alguien gritó en la distancia. Inglés.

Moore corrió al otro lado de la calle y hasta el final del callejón, donde se encontró con Ozzy y Bob-O. El hedor de la pólvora estaba en todas partes y Moore se vio temblando con la adrenalina mientras se ponía en cuclillas.

—Buen trabajo, escoria —dijo Bob-O.

—Sí —dijo Moore tomando un respiro—. Cogí a uno con vida en el techo. Voy a interrogarlo.

—Matamos a cuatro más, pero el resto retrocedió hacia las montañas —dijo Ozzy, poniendo una mano sobre su oreja para escuchar los informes de sus hombres—. Los perdimos.

—Quiero hablar con el Viejo Shah, dejen que me mienta en la cara acerca de esto —dijo bruscamente Moore, refiriéndose al jefe de la aldea.

—Yo también —dijo Ozzy, mostrando sus dientes.

Moore se movió hacia Rana, que seguía sentado en el callejón, con las rodillas dobladas contra el pecho.

—Ey. ¿Estás bien?

—No.

—Ya terminó.

Moore le ofreció su mano y el joven la tomó.

Mientras el equipo de Ozzy revisaba los cuerpos de los talibanes que habían sido asesinados (y recogía al prisionero que Moore había atado en el techo}, Moore, Ozzy, Bob-O y Rana llegaban a la fortaleza de adobe. Los edificios rectangulares estaban rodeados de muros de ladrillo de unos dos metros de altura y una gran puerta de madera ante la cual ahora había una docena y media de guardias. Ozzy le dijo a uno de los guardias que el jefe de las tribus Shawal necesitaba hablar con ellos de inmediato. El guardia volvió a la casa, mientras Moore y los otros esperaban.

El jefe Habib Shah y uno de sus clérigos de mayor confianza, Aiman Salahuddin, salieron furiosos por la puerta. Shah era un hombre imponente de seis pies y cinco pulgadas más o menos, con un gran turbante negro y una barba que parecía más bien un atado de cables negros que cabello. Sus ojos verdes brillaban en la luz de la linterna de Ozzy. El clérigo era mucho mayor, tendría unos setenta años, una barba de color blanco marfil, la espalda encorvada y apenas cinco pies de altura. Seguía moviendo la cabeza ante Moore y los otros, como si pudiera hacerlos desaparecer con solo desearlo.

—Déjame hablar a mí —le dijo Moore a Ozzy.

—Sí, porque estoy a punto de echarle la bronca.

—Hola, jefe —dijo Moore.

—¿Qué están haciendo aquí? —preguntó el jefe.

Moore trató de moderar su ira. Lo intentó, de todos modos. Y fracasó.

—Antes de ser atacados por los talibanes, vinimos en son de paz, en busca de estos dos hombres.

Moore puso de un golpe las fotos en la mano del jefe.

El hombre le echó un vistazo superficial a las fotos y se encogió de hombros.

—Nunca los he visto antes. Si alguien en este pueblo está ayudando a los talibanes, sufrirá mi ira.

Ozzy resopló.

—Jefe, ¿sabía usted que los talibanes estaban aquí?

—Por supuesto que no. ¿Cuántas veces le he dicho eso, capitán?

—Creo que esta podría ser la cuarta. Usted nos sigue diciendo que no ayuda a los terroristas y nosotros los seguimos encontrando aquí. Simplemente no puedo entender eso. ¿Se dejan caer accidentalmente desde el cielo?

Ozzy claramente había mandado al infierno «el arte y la ciencia» de la negociación.

—Jefe, nos gustaría continuar nuestra búsqueda, con su ayuda —dijo Moore—. Solo unos pocos hombres.

—Lo siento, pero mis hombres están muy ocupados protegiendo esta aldea.

—Vamos —dijo Ozzy, dándole la espalda y marchándose con Bob-O detrás de él.

El clérigo se acercó a Moore y le habló en inglés:

—Vete a tu casa con tus amigos. ,

—Usted está ayudando a las personas equivocadas —dijo Rana repentinamente.

Moore miró al joven y se llevó un dedo a los labios.

El clérigo miró a Rana entrecerrando los ojos.

—Joven, es usted quien está muy equivocado.

Le tomó otras dos horas al equipo de Fuerzas Especiales de Ozzy registrar la aldea y los caseríos circundantes, siempre cuidadosos ante la posibilidad de otro ataque.

Mientras tanto, Moore interrogaba al hombre al que habían capturado.

—Lo diré otra vez, ¿cuál es tu nombre?

—Mátame.

—¿Cuál es tu nombre? ¿De dónde eres? ¿Has visto a estos tipos?

Puso las fotos frente al rostro del hombre.

—Mátame.

Y siguieron así, una y otra vez, hasta que Moore estuvo tan frustrado que se dio por vencido antes de decir algo que no debía. Los colegas de Moore de la CIA se harían cargo del interrogatorio de todos modos. Podría tomar una semana o más hacer que este tipo hablara.

Cuando el equipo de Ozzy finalmente regresó al helicóptero, Moore los informó antes de que despegaran.

—Esta granja aquí —dijo Moore, apuntando a la casa en una fotografía de satélite—. Está bastante más atrás. ¿Alguien la revisó?

—Sí, lo hicimos —dijo Bob-O—. Había un viejo granjero con un solo ojo allí. Tiene un par de hijos. No estaban contentos de vernos. No se ajustaban a la descripción de los tipos que buscas.

—Ahí lo tienes —dijo Ozzy.

Moore sacudió la cabeza.

—Los tipos que busco están aquí. Probablemente están observándonos en estos momentos.

—Y ¿qué vamos a hacer al respecto? —preguntó Ozzy, levantando las manos—. Estamos entre la espada y, bueno, la roca: Y algunas montañas. Y algunos miembros tribales furiosos. Y algunos talibanes muertos. Mejor dile a tus chicos en casa que le envíen unas tarjetas de regalo de Walmart a esta gente por sus molestias.

La visita sorpresa no había sido un fracaso total. Los jefes de Moore no estaban seguros de hacia qué lado se inclinaba la lealtad del jefe en estos días y ahora lo sabían. Creer que ni una sola persona en esta parte de Shawal había visto a los objetivos de Moore era ridículo. Los habían visto, habían hablado con ellos, tal vez entrenado y hasta comido con ellos. Moore ya había experimentado esto una y otra vez, y por ahora no había nada más que pudiera hacer, más que dejar atrás las fotografías y pedir la ayuda del jefe.

—¿La misión fue un fracaso? —preguntó Rana.

—No fue un fracaso —respondió Moore—. Simplemente hemos sufrido un retraso por un poco de mal tiempo.

—¿Mal tiempo?

Moore lanzó un bufido.

—Sí. Una maldita tormenta de silencio.

Rana negó con la cabeza.

—No sé por qué eligen ayudar a los talibanes.

—Deberías saberlo. Reciben más de los talibanes que de nadie —le dijo Moore al joven—. Son oportunistas. Tienen que serlo. Mira donde viven.

—¿Crees que alguna vez atraparemos a esos tipos?

—Lo haremos. Solo hace falta tiempo. Y ese es mi problema, ¿no?

—Tal vez Wazir tendrá noticias sobre tu amigo desaparecido.

Moore lanzó un suspiro lleno de frustración.

—Eso serviría. De cualquier modo, mañana por la noche me habré ido de aquí y me hubiera gustado tener algo de venganza por lo que le hicieron al coronel y su familia. Si esos tipos logran escapar, eso nunca dejará de perseguirme.

Se subieron a bordo del helicóptero y en diez minutos estaban en el aire.

• • •

Antes de que aterrizaran en Kabul, Moore vio que había recibido una llamada telefónica de Slater. El tipo mexicano en la fotografía, Tito Llamas, un lugarteniente del cártel de Juárez, había aparecido en el maletero de un auto con una bala en la cabeza. Del mismo modo, todos los colegas de Khodai que habían sido fotografiados con Llamas habían sido asesinados. Los únicos tipos en esa foto que no habían aparecido muertos hasta el momento eran los talibanes. Moore tenía que regresar a Islamabad lo antes posible. Quería hablar con la policía local acerca de Llamas y ver si podía conseguir más pistas. Pensó que podría ganar un poco más de tiempo perdiendo «accidentalmente» su vuelo de regreso.

No llegó a la ciudad hasta la mañana y le dijo Rana que se fuera a su casa y durmiera un poco. Él fue a la comisaría de policía, se reunió con los detectives ahí e identificó positivamente el cadáver de Tito Llamas. El miembro del cártel llevaba documentación falsificada, incluyendo un pasaporte falso, y Moore pudo compartir con la policía local la información que la Agencia tenía de él. De más está decir que los detectives estaban agradecidos.

Un sorpresivo correo electrónico del viejo Wazir fue muy bienvenido... hasta que Moore leyó su contenido.

Los otros dos talibanes en la fotografía que Wazir había mencionado no eran importantes y en realidad eran talibanes punyabi, llamados así por sus raíces en el sur de Punyab. Se distinguían porque no hablaban pashto y tradicionalmente tenían vínculos con grupos tales como el Jaish-e-Mohammed. Los talibanes punyabi ahora operaban fuera de Waziristán del Norte y luchaban junto a los talibanes paquistaníes y Al Qaeda.

Pero esa lección de historia no era la parte importante del correo electrónico. Wazir había encontrado a los hombres, pero ambos habían sido asesinados. Decía que los talibanes habían descubierto la filtración en su seguridad y habían matado a todos los asociados con ella... excepto a Moore, por supuesto, que sin duda ahora encabezaba su lista de objetivos.

Tal vez era hora de irse a casa.

7

PLANES DE VIAJE

Área de Shawal
Afganistán

Samad y sus dos lugartenientes habían huido de la granja antes del amanecer y habían hecho la laboriosa caminata de diez kilómetros a través de la frontera hacia Afganistán. Habían elegido un camino bien transitado y se habían unido a un pequeño grupo de cinco comerciantes con el fin de no llamar la atención. Como Samad les había recordado a sus hombres, los estadounidenses los estaban vigilando desde el cielo y si tomaban lo que parecía ser una ruta mejor cubierta con árboles, sus vibraciones podrían ser detectadas por uno de los muchos sensores de tierra REM-BASS-II que el Ejército estadounidense había ocultado cuidadosamente a lo largo de la frontera. Ese movimiento posteriormente activaría uno de los muchos satélites de reconocimiento estadounidenses Kennan «clase Keyhole» (KH), que empezaría a tomarles fotos. Sus imágenes aparecerían de forma casi instantánea en las pantallas en Langley, donde los analistas se sentaban las veinticuatro horas del día a esperar que combatientes talibanes como él cometieran esos errores. La respuesta sería rápida y fatal: un avión no tripulado Predator piloteado por un teniente coronel de la Fuerza Aérea sentado en un tráiler en Las Vegas lanzaría misiles Hellfire sobre su objetivo.

Una vez en el valle, se encontraron con el mulá Omar Rahmani sentado sobre una pila de mantas en el interior de una de las más de una docena de tiendas de campaña instaladas en un semicírculo debajo de varios nogales y robles, y ocultas desde el este por áreas de enredaderas de limón. Las oraciones de la mañana habían terminado y Rahmani estaba tomando té y a punto de comer un dulce pan plano redondo al que los afganos llamaban *roht*, junto con unos damascos, pistachos y yogur natural espeso, un verdadero lujo en las montañas.

Rahmani los saludó con un gesto seco, luego se acarició la barba, que se extendía hasta su clavícula, terminando en una aguda punta. Sus ojos, ligeramente aumentados por un par de gruesos anteojos de delgado marco metálico, parecían estar permanentemente entrecerrados, lo que hacía difícil determinar su estado de ánimo. Había empujado su turbante blanco hacia atrás para exponer las profundas líneas que atravesaban su frente y una marca de nacimiento en forma de frijol en su sien izquierda. Su larga camisa de lino y pantalones holgados ocultaban su considerable grosor y, si se hubiera quitado la chaqueta de camuflaje que apretaba sus hombros, habría parecido apenas algo menos intimidante. Esa chaqueta vieja, hecha jirones en los codos, era la que había usado durante sus batallas con los rusos.

Samad tuvo que asumir que Rahmani no estaba contento con toda la atención que recientemente había atraído la zona, a pesar de que podría felicitar a Samad por su rapidez de pensamiento y capacidad para engañar una vez más a los estadounidenses.

Rahmani levantó la barbilla hacia ellos.

—Paz a vosotros, hermanos, y demos gracias a Alá por estar aquí esta mañana para disfrutar de este alimento y para vivir otro día... porque estos días se hacen cada vez más difíciles para nosotros.

Samad y sus hombres se sentaron alrededor de Rahmani y les fue servido té por varios hombres jóvenes que lo asistían a él. Un escalofrío recorrió los hombros de Samad mientras sorbía su té y trataba de calmar su respiración.

Era, sin duda, difícil cada vez que Samad estaba en la presencia del hombre. Si uno se le cruzaba, si uno se atrevía a fallarle, él lo haría ejecutar en el acto. Este no era un rumor. Samad había visto las decapitaciones con sus propios ojos. A veces las cabezas eran cercenadas. Otras veces eran cortadas con un serrucho, lentamente, muy lentamente, mientras la víctima gritaba y luego se ahogaba en su propia sangre.

Rahmani volvió a respirar hondo, dejó su taza de té y luego cruzó los brazos sobre el pecho, haciendo que su camisa y bufandas negras se apretaran más en su cuello. Los observó por un momento más, provocando una punzada gélida en el intestino de Samad, luego aclaró la garganta y finalmente volvió a hablar:

—El Ejército se ha vuelto demasiado inestable para nosotros. Eso está claro. Khodai podría haber causado aún más daño y, si bien estoy muy agradecido por el trabajo que sus hombres hicieron en Islamabad, actualmente hay demasiados cabos sueltos, especialmente el agente en el hotel del que habló nuestro francotirador. Todavía estamos buscándolo. Y ahora nuestra nueva relación con el cártel de Juárez en México se ha visto amenazada debido a que nos vimos obligados a matar a su hombre. Todo esto significa que debemos movernos más rápidamente.

—Entiendo —dijo Samad—. La CIA ha reclutado a varios agentes en la zona. Pagan bien. Es difícil para los hombres jóvenes resistirse. Tengo a dos hombres siguiendo a uno en este momento, un chico llamado Israr Rana. Creemos que él es responsable de ayudar a exponer el vínculo.

Rahmani asintió con la cabeza.

—Algunos de nosotros sostenemos que la paciencia triunfará. Los estadounidenses no pueden ni se quedarán aquí para siempre y, cuando se vayan, vamos a seguir entrenando aquí, y vamos a traer la voluntad de Alá a la gente de Pakistán y Afganistán. Pero no estoy de acuerdo con sentarse y esperar a que pase la tormenta. El problema debe ser tratado en su origen. He estado trabajando durante los últimos cinco años en un proyecto que pronto llegará a buen término. La infraestructura está en su lugar. Todo lo que necesito ahora son los guerreros para ejecutar este plan.

—Sería un honor para nosotros.

—Samad, tú los liderarás. Tú llevarás la yihad de vuelta a los Estados Unidos... y debes utilizar los contactos que has hecho con los mexicanos para hacer eso. ¿Entiendes?

A pesar de que asintió con la cabeza, Samad se puso tenso porque sabía que pedir cualquier favor de los mexicanos podría parecerles un insulto y enfurecerlos. Sin embargo, si de alguna manera lograba conseguir su apoyo, su misión tendría una probabilidad de éxito mucho mayor.

Pero, ¿cómo?

Tendría que recurrir a *hudaibiya* (mentir), como el Corán lo exhortaba a hacer cuando se trataba con infieles.

—Debo advertirte a ti y a todos tus hombres, Samad —continuó Rahmani—. Casi un centenar de

nuestros combatientes ya han dedicado sus vidas a este plan. Algunos de ellos ya han dado sus vidas. Hay mucho en juego aquí y las consecuencias del fracaso son grandes, muy grandes.

Samad ya podía sentir el cuchillo en el cuello.

—Lo entendemos.

La voz de Rahmani se elevó cuando citó el Corán: *«A quien, combatiendo por Alá, sea muerto o salga victorioso, le daremos una magnífica recompensa».*

—El paraíso nos espera —agregó Samad con un gesto enérgico"—. Y aun si morimos y somos martirizados, solo para ser resucitados y ser mártires de nuevo, lo haremos. Es por eso que amamos la muerte.

Rahmani entrecerró los ojos aún más.

—Es por eso... ahora, entonces, comamos y discutiremos todos los detalles. La complejidad y la audacia de esta misión les impresionará, estoy seguro. En unos pocos días, estarán en camino. Y cuando llegue el momento, llevarán un mensaje de Alá, como ninguno que los estadounidenses hayan visto jamás.

—No le fallaremos —dijo Samad.

Rahmani asintió lentamente.

—No le falles a Alá.

Samad bajó la cabeza.

—Nosotros somos sus siervos.

Aeropuerto Internacional Gandhara
Islamabad, Pakistán

Moore se encontraba en ruta a San Diego para reunirse con su nueva fuerza especial conjunta y no quería ni pensar en las más de diecisiete horas de viaje que se tardaría en llegar allí. Mientras estaba sentado en la sala de embarque, esperando el primer vuelo de su viaje, mantenía un ojo vigilante sobre los viajeros que lo rodeaban, en su mayoría empresarios, periodistas internacionales (asumió) y unas pocas familias con niños pequeños, una de ellas decididamente británica. De vez en cuando consultaba su tableta electrónica, donde todos sus datos estaban seguros con una contraseña de doble codificación. Cualquier intento de acceder a su computadora sin su huella digital rápidamente borraría el disco duro. Acababa de abrir algunos de los informes desclasificados más recientes de la Agencia sobre la actividad de los cárteles a lo largo de la frontera (leería los clasificados en un lugar más privado). Estaba de lo más interesado en encontrar información de inteligencia sobre vínculos de Medio Oriente o árabes con esa actividad, pero en su mayoría los casos que revisó se limitaban a la guerra entre los cárteles rivales, sobre todo el de Sinaloa y el de Juárez.

Las fosas comunes habían estado apareciendo con más frecuencia, algunas conteniendo decenas de cuerpos. Las decapitaciones y los cuerpos colgados de los puentes apuntaban a un aumento de los espantosos ataques por parte de las bandas de sicarios lideradas por ex tropas de las Fuerzas Especiales Aerotransportadas mexicanas. Los funcionarios del gobierno argumentaban que las guerras entre los cárteles ilustraban el éxito de las políticas del gobierno, que estaban causando que los narcotraficantes se volvieran unos contra otros. Sin embargo, Moore ya había concluido que los cárteles se habían vuelto tan poderosos que, en efecto, literalmente controlaban algunas partes del

país y la violencia era simplemente evidencia de su ley de pandillas. Moore leyó un informe escrito por un periodista que había pasado más de un año documentando la actividad de los cárteles. En algunos de los pueblos más rurales en las porciones del sureste del país, el cártel era el único grupo con el que los ciudadanos podían contar para obtener empleo y protección. Este periodista había publicado media docena de artículos antes de ser asesinado con diecisiete tiros mientras esperaba a su madre afuera de un centro comercial. Obviamente a los cárteles no les gustaba lo que tenía que decir.

En otro informe hacía una comparación entre las pequeñas ciudades de México y las de Afganistán. Moore había visto a los talibanes practicar las mismas tácticas y comportamientos que los cárteles. Tanto los talibanes como los cárteles de la droga se hicieron mucho más confiables que el gobierno y, ciertamente, más confiables que los invasores extranjeros. Tanto los talibanes como los cárteles entendían el poder que el narcotráfico les daba y usaban ese poder para conseguir la ayuda de civiles inocentes que simplemente no eran apoyados o incluso eran ignorados por su gobierno. Para Moore, era difícil mantenerse apolítico cuando veía de primera mano un gobierno que era más corrupto que sus enemigos a los que le habían encargado matar.

Sin embargo, las atrocidades humanas cometidas por los dos grupos lo ayudaban a Moore a mantener todo en perspectiva.

Miró rápidamente algunas de las fotos de las escenas de crímenes de policías federales mexicanos que yacían en charcos de sangre, algunos brutalmente asesinados a balazos, otros con las gargantas cortadas. Hizo una pausa para mirar a dos docenas de inmigrantes a quienes les habían cortado las cabezas, sus cuerpos decapitados apilados en el interior de un viejo cobertizo, y sus cabezas ahora desaparecidas sin poder ser encontradas. Un sicario había sido crucificado afuera de su casa y le habían prendido fuego a la cruz para que su padre y otros miembros de la familia lo vieran arder.

La brutalidad de los cárteles no conocía límites y Moore tenía la sospecha de que sus jefes tenían para él planes más grandes de lo que originalmente habían sugerido." La peor pesadilla de todo el mundo era que esta violencia cruzara la frontera. Era solo una cuestión de tiempo.

Le echó un vistazo a su teléfono y miró los tres correos electrónicos de Leslie Hollander. En el primero le pedía que le dijera cuándo estaría de vuelta en Kabul. En el segundo le preguntaba si había recibido o no su correo electrónico anterior.

En el tercero le preguntaba por qué la estaba ignorando y le decía que si le respondía, organizaría una nueva sesión en la que ella, como delicadamente lo puso, se lo follaría hasta que él caminara con las piernas arqueadas como un vaquero.

Leslie trabajaba en la oficina de prensa del departamento de asuntos públicos de la Embajada de los Estados Unidos; primero había sido asignada a la embajada en Islamabad y luego a la de Kabul. Tenía veintisiete años, era muy delgada, con el pelo oscuro y usaba anteojos. A primera vista, Moore la había descartado como una *geek* mojigata cuya virginidad se mantendría intacta hasta que un contador de cara pálida y con sobrepeso (la versión masculina de ella) llegara y se la arrancara después de una discusión de dos horas en la que el proceso de tener relaciones sexuales hubiera sido analizado y discutido, la posición hubiera sido acordada, el acto en sí siendo cínico y molesto para ambos.

Pero, Dios mío, una vez que se hubo sacado los anteojos y la blusa, la señorita Hollander había puesto de manifiesto la notable contradicción entre su apariencia y lo que realmente escondía en su corazón. Moore se sentía abrumado por sus escapadas sexuales cuando podía huir a la ciudad por un fin de semana y quedarse con ella. Sin embargo, él ya sabía el final de esta película y el guionista se había quedado sin ideas: el tipo le dice a la chica que su trabajo es demasiado importante y tiene que romper su relación. El tipo tiene que viajar por trabajo, no sabe cuándo regresará. Esto nunca funcionará.

Curiosamente, él le había explicado todo eso a ella durante su primera cena juntos, que la necesitaba como fuente de información y que si algo salía de eso, entonces podrían explorar las posibilidades, pero que por el momento su carrera le impedía cualquier relación seria o de largo plazo.

—Está bien —había dicho ella.

Moore casi se había atragantado con su cerveza.

—¿Crees que soy una puta?

—No.

—Bueno, lo soy.

Él había hecho una mueca.

—No, tú simplemente sabes cómo manipular a los hombres.

—¿Cómo lo estoy haciendo?

—Muy bien, pero no tienes que esforzarte tanto.

—Ey, hombre, mira dónde estamos. No es uno de los diez mejores lugares para divertirse, ¿verdad? No es el lugar más feliz sobre la tierra. Por lo tanto, depende de nosotros. Nosotros traemos la diversión.

Fue esa actitud positiva ante la vida, junto con su sentido del humor, lo que la hizo parecer mucho más madura y totalmente atractiva para Moore. Sin embargo, los créditos estaban rodando. La bolsa de palomitas estaba vacía. Las luces se estaban encendiendo y lo que tenían había terminado. ¿Debía simplemente decirle eso en un correo electrónico, de la misma forma que lo había hecho con al menos dos mujeres antes que ella? No estaba seguro. Sentía que le debía más que eso. Algunas de ellas habían sido aventuras amorosas cortas. Y una breve nota había sido suficiente. Él siempre se echaba la culpa. Siempre decía que no era justo para ellas. Se pasaba un año sin tener una relación, incluso recurriendo a pagar por sexo porque su eficiencia y comodidad eran exactamente lo que un hombre como él necesitaba. Y entonces, de vez en cuando, una Leslie se le cruzaba en el camino y lo hacía replantearse todo.

La llamó al trabajo y contuvo la respiración mientras sonaba el teléfono.

—Hola, guapo —dijo—. ¿No hay servicio de satélite? Ves, estoy tratando de liberarte. Dándote una excusa...

—Recibí tu correo electrónico. Perdona no haber respondido.

—¿Dónde estás?

—Estoy en el aeropuerto, a punto de subir a un avión.

—¿A dónde? ¿El lugar del que no me puedes hablar?

—Leslie, me están sacando de aquí. Realmente no sé cuándo estaré de vuelta.

—No es gracioso.

—No estoy bromeando.

Silencio.

—¿Estás ahí?

—Sí —dijo ella—. Y, eh, ¿fue algo repentino? ¿sabías algo al respecto? Podríamos habernos reunidos. No me dejaste despedirme.

—Sabes que he estado fuera de la ciudad. No habría habido tiempo. Lo siento.

—Bueno, esto apesta.

—Lo sé.

—Tal vez deje mi trabajo y te siga.

Él casi sonrió.

—No eres una acosadora.

—¿En serio? Supongo que tienes razón. Entonces, ¿qué se supone que debo hacer ahora?

—Estaremos en contacto.

Hubo un momento de incómodo silencio, solo se escuchaba el zumbido de la conexión. Los hombros de Moore se juntaron... y entonces le fue más difícil respirar.

Cerró los ojos y oyó el grito de ella en su cabeza: *¡No me dejes! ¡No me dejes!*

—Creo que me estaba empezando a enamorar de ti —dijo ella abruptamente, con la voz quebrada.

—No, no lo estabas. Mira, estábamos juntos solo para divertirnos. Tú lo quisiste así. Y yo te dije que este día llegaría. Pero tienes razón. Apesta. Mucho.

Él suavizó su tono de voz.

—Quiero que estemos en contacto. Pero depende de ti. Si es demasiado doloroso, entonces está bien, lo respeto. Te puedes conseguir a alguien mejor que yo, de todos modos. Consíguete a alguien más joven, con menos obligaciones.

—Sí, como sea. Jugamos con fuego y nos quemamos. Pero se sintió tan bien mientras duró.

—Sabes, no estoy seguro de poder hacer esto de nuevo.

—¿Qué quieres decir?

—Decir adiós, supongo.

—¿No más relaciones para ti?

—No sé.

—Oye, ¿te acuerdas cuando me dijiste que te estaba ayudando con las pesadillas, cuando te contaba las historias de cuando estaba en la universidad mientras tú estabas tratando de dormir?

—Sí.

—No te olvides de eso, ¿de acuerdo?

—Por supuesto que no.

—Espero que logres dormir —dijo ella.

—Yo también lo espero.

—Me hubiera gustado que me hubieras dicho lo que te estaba molestando. Tal vez podría haberte ayudado aún más.

—Está bien. Me siento mucho mejor ahora. Gracias por eso.

—Gracias por el sexo.

Él se rió entre dientes.

—Haces que suene tan sucio.

Ella jadeó en el teléfono y le dijo:

—Lo fue.

—Eres una perra loca.

—Tú también.

Él vaciló.

—Hablamos pronto. Cuídate.

Cerró los ojos y cortó la conexión. *Hablamos pronto*. No lo haría. Ella lo sabía.

Moore apretó los dientes. Debería alejarse de esta sala de embarque y volver a ella y sacarla de ese trabajo y renunciar al suyo, y podrían comenzar una vida juntos.

Y en seis meses estaría absolutamente aburrido.

Y en ocho meses estarían divorciados y él la estaría culpando a ella y odiándose a sí mismo de nuevo.

Entonces sonó el anuncio para abordar. Moore se puso de pie con los otros pasajeros y comenzó a avanzar a medias hacia el agente que estaba recibiendo los pases de abordar.

8

LA SOMBRA DE JORGE

Casa de Rojas
Punta de Mita, México

La mañana después del evento para recaudar fondos, Miguel llevó a Sonia a la biblioteca antes del desayuno. Él no tenía intención de mostrarle la habitación hasta después de que hubieran comido, pero en el camino a la cocina principal habían pasado por ahí y ella había visto varias fotografías enmarcadas en la pared y le había preguntado si podían pasar unos momentos en el interior.

La chimenea de piedra con un gran arco y una repisa hecha de madera de nudos de fresno negro, junto con las estanterías de suelo a cielo construidas con más maderas exóticas, la dejaron sin el aliento. Había escaleras rodantes y rieles a cada lado de la habitación y Sonia se montó en una para admirar los mil pies cuadrados.

—¡A tu padre le gusta leer! —exclamó ella, su mirada recorriendo los miles de textos de tapa dura. No había libros de bolsillo. Su padre había insistido en que todos los libros en la biblioteca fueran de tapa dura, muchos de ellos con tapas de cuero.

—El conocimiento es poder, ¿no? —respondió él con una sonrisa.

Había un pequeño bar cerca de la entrada, donde Jorge a menudo servía coñac producido por casas como Courvoisier, Delamain, Hardy y Hennessy. Unos sofás de cuero y alfombras de piel de tigre importadas de la India formaban una zona para sentarse en forma de L en el centro de la biblioteca, con pequeñas islas de gruesos sillones reclinables de cuero colocados a su alrededor. Sobre varias amplias mesas de centro había lentes de aumento para la lectura y pilas de viejas revistas *Forbes*, con páginas marcadas por su padre. Junto a ellas, los posavasos apilados en sus cajas tenían incrustaciones de oro de dieciocho quilates.

Sonia se bajó de la escalera y fue hasta donde estaba una de las fotografías que habían llamado su atención.

—¿Cómo se llamaba?

—Sofía.

—Era hermosa.

—Lo era —dijo él con un ligero temblor, imaginando lo que debía haber sido su funeral, al que no lo habían dejado asistir debido a que habría sido «demasiado traumático para él». Deseaba que su padre estuviera consciente de la culpa que había sentido porque él estaba en un avión, mientras otros estaban presentando sus últimos respetos a su madre. Había llorado durante todo el viaje a Suiza.

La fotografía de su madre había sido tomada en la playa en Punta de Mita y con una extensión de agua azul turquesa detrás de ella, se la veía ahí en su bikini negro y posando con una amplia sonrisa para la cámara, parecía una glamorosa estrella de cine de otra época.

—Mi padre amaba esta foto.

—¿Y qué hay de ésta? —dijo Sonia, moviéndose hacia una fotografía más pequeña del padre, la madre y el bebé envuelto en lino y seda. Estaban parados frente a un mar de velas y vitrales e iconos adornando las paredes.

—Esa es de mi bautismo. Y la de más allá es de mi primera comunión. Luego la de mi confirmación.

Sonia miró detenidamente las fotos de la madre de Miguel.

—Parece... no sé... se ve fuerte.

—Nadie podía decirle a mi padre qué hacer. Nadie más que ella. Ella era el jefe. No creo haberte contado esto, pero una vez estábamos en Cozumel de vacaciones y ella estaba haciendo buceo de superficie. Estábamos mirando un avión hundido y ella pensó que algo la había picado, y luego la perdimos y casi se ahoga. Pensamos que se podría haber golpeado la cabeza en algún coral. Mi padre fue tras ella y la sacó y le dio respiración boca a boca, y ella volvió en sí y escupió agua, tal y como se ve en la televisión.

—Guau, eso es increíble. Él le salvó la vida.

—Cuando ella le dijo eso mismo a él, él sólo dijo: «No, tú salvaste la mía».

—Tú padre es un romántico.

—Eso es verdad. Él me dijo esa noche que si ella hubiera muerto, no habría sabido qué hacer. Me dijo que estaría perdido. Unos meses más tarde le encontraron el cáncer. Fue como si el viaje hubiera sido una premonición o algo así, como si Dios nos estuviera tratando de preparar para lo que iba a suceder. Pero no funcionó.

—Eso es simplemente... no sé qué decir...

Él esbozó una débil sonrisa.

—Vamos a comer.

Lo hicieron y sus tortillas de huevo con salsa, queso blanco, comino y ajo en polvo fueron preparadas por el chef privado de su padre, Juan Carlos (también conocido como J.C.), quien les dijo que Jorge había ido a la playa a correr y nadar. Alexsi estaba en la piscina y ya iba por su tercera mimosa, según J.C.

Cuando terminaron de comer, Miguel le mostró a Sonia las instalaciones para entrenamiento deportivo, las cuales descubrió mejor equipadas que la mayoría de los hoteles cinco estrellas. Él dijo que su padre estaba muy dedicado al mantenimiento físico y hacía dos horas de entrenamiento al día, cinco días a la semana, con un entrenador personal.

—¿Sólo fútbol americano para ti? —preguntó ella.

—Sí. Estas pesas de metal son muy pesadas.

Ella sonrió y se aventuraron a la sala de entretenimiento, con un televisor de proyección gigante y asientos para acomodar veinticinco personas.

—Parece más bien una sala de cine —comentó ella.

Él asintió con la cabeza.

—Ahora te voy a llevar a mi lugar favorito de toda la casa.

La llevó hasta una puerta, luego bajaron dos tramos de escaleras y llegaron al sótano. Pasaron por un pasillo cuyas paredes contenían material de insonorización y Miguel tuvo que ingresar una

serie de códigos de seguridad en la cerradura electrónica montada en la siguiente puerta. La puerta se abrió y las luces parpadearon de forma automática proyectando reflejos en un suelo de mármol blanco brillante que se extendía por veinte metros. Una rica alfombra negra dividía la habitación por la mitad y a cada lado había unas imponentes cajas metálicas y tablas de visualización cuyas luces también se encendieron.

—¿Qué es esto? ¿Una especie de museo? —preguntó ella, mientras entraba, taconeando en el suelo de mármol.

—Esta es la colección de armas de mi padre. Armas de fuego, espadas, cuchillos, le gustan todas. ¿Ves esa puerta de ahí? Justo adentro hay un campo de tiro. Es genial.

—Guau, mira esto. Tiene algunos arcos y flechas. ¿Es esa una ballesta? —dijo señalando un arma que colgaba de una percha.

—Sí, tiene como cientos de años o algo así. Ven aquí.

La condujo hacia una mesa donde había más revólveres y otras armas variadas en exhibición. Había rifles AR-15, metralletas MP-5, rifles AK-47 que su padre llamaba «cuernos de cabra», junto con docenas de otras armas de fuego, algunas con incrustaciones de diamantes, chapadas en oro y plata, y grabadas con el nombre de la familia, artículos de colección que su padre dijo que nunca deberían ser disparadas.

—Estas son las que nos gusta disparar —dijo, señalando una fila de pistolas Beretta, Glock y Sig Sauer—. Elige una.

—¿Qué?

Él levantó las cejas.

—Te dije que eligieras una.

—¿En serio?

—¿Alguna vez has disparado un arma?

—Por supuesto que no. ¿Estás loco? Si mi padre se enterara...

—No se lo diremos.

Ella hizo una mueca, se mordió el labio. *Tan sexy*.

—Miguel, no estoy segura de esto. ¿Tu padre no se molestará?

—De ninguna manera. Venimos aquí todo el tiempo —mintió. Habían pasado unos cuantos años desde que había participado en prácticas de tiro, pero ella no tenía por qué saberlo.

—¿Podemos disparar balas falsas, como en las películas?

—¿Tienes miedo?

—Más o menos.

Él la estrechó contra su pecho.

—No te preocupes. Una vez que sientas ese sentimiento de poder en la mano, serás adicta. Es como una droga.

—Puedo pensar en otra cosa que me gustaría tener en mi mano —dijo moviendo las cejas.

Él negó con la cabeza.

—Vamos a portarnos mal y disparar algunas armas.

Ella suspiró y eligió una de las Beretta. Él tomó una pistola similar, luego se acercó a un armario, abrió el candado y sacó algunas balas. La condujo hasta la puerta de atrás, ingresó el código de

seguridad y entraron en el campo de tiro, donde de nuevo las luces se encendieron de forma automática. La llevó a una de las cabinas de tiro, donde cargó ambas pistolas, y luego le entregó unos auriculares y unos anteojos protectores.

—¿Tengo que usar esto? —le preguntó ella sobre la protección para los oídos—. Van a estropear mi cabello.

Él se echó a reír.

—¿Qué es más importante? ¿Tu pelo o tu audición?

—Está bien...

Se estremeció y lentamente se puso los auriculares.

Una vez que estuvieron listos para disparar, él le hizo señas a ella de que iba primero y debía prestar mucha atención. Le mostró cómo sostener el arma, el mecanismo de seguridad y luego disparó dos balas en el blanco, los tiros un poco desviados. Estaba más fuera de práctica de lo que pensaba.

Luego se trasladó a la cabina donde estaba ella. Se puso detrás de ella, respirando profundamente en su cabello y le enseñó cómo sostener la pistola. Luego, muy suavemente, la soltó, le dio un golpecito en el hombro y le señaló que debía disparar.

Ella disparó dos tiros. Sus objetivos eran siluetas de hombres, del tipo utilizado por oficiales de las fuerzas militares y la policía. Fueron dos tiros perfectos en la cabeza.

—¿Guau! —gritó él—. ¿Mira eso!

Ella lo miró, estupefacta.

—¿Suerte de principiante, supongo! Déjame intentarlo otra vez.

Lo hizo, se estremeció, y ni siquiera dio en el blanco con su tercer disparo.

—Inténtalo de nuevo —le instó él.

Ella le hizo caso, pero esta vez cerró los ojos y el tiro de hecho dio en el blanco.

Con un gemido, puso la pistola en la pequeña mesa frente a ella y luego se retorció las manos.

—¿El arma se está poniendo caliente! ¿Y eso duele!

Él se quitó los auriculares y los anteojos, el hedor de la pólvora flotaba pesado en el aire.

—Déjame ver tu mano.

Tomó la mano de ella entre las suyas y la masajeó con sus pulgares sobre su piel suave. Luego ella se acercó, le pasó un brazo alrededor de los hombros y se apretó con fuerza contra él, frotando su muslo contra su entrepierna.

Eso fue suficiente. Y en cuestión de tres minutos estaban en el suelo. Los gemidos de ella hicieron eco por todo el campo de tiro y él no dejaba de poner un dedo sobre sus labios, temiendo que su padre hubiera regresado de correr y los estuviera buscando. Castillo sabría que estaban ahí. Él lo sabía todo y le informaría a Jorge; sin embargo, Castillo sería discreto respecto a la naturaleza exacta de su visita al campo de tiro.

De repente, él se separó de ella.

Ella se sentó e hizo un puchero.

—¿Hice algo mal?

—No, soy yo.

—¿Entonces tenemos que hablar?

—No lo sé... es simplemente... la recaudación de fondos, todas estas personas... todo el mundo

que mi padre contrata tiene miedo de ser despedido y por eso nos besan el culo. Pero, ¿realmente les caemos bien? Tal vez piensan que somos solo un par de tontos. Simulan respetarnos, simulan honrarnos, cuando a nuestras espaldas nos maldicen.

—Eso no es cierto. Piensa en lo que tu padre dijo ayer por la noche. Es un buen hombre.

—Pero aún así la mayoría de los hombres le temen.

—Tal vez estás mezclando el miedo con el respeto.

—Tal vez, pero la clase de poder que tiene mi padre asusta, incluso a mí. Quiero decir, nunca podemos estar realmente solos.

—Tu padre está usando su posición para hacer el bien en el mundo. Y ¿por qué siquiera estás pensando en esto ahora?

Respiró hondo y finalmente asintió con la cabeza. Se sentía culpable mientras se vestía. No le había dicho acerca de las cámaras de seguridad ocultas. Toda su aventura había sido grabada, ya que el apagar las cámaras hubiera alertado inmediatamente a Castillo. No había privacidad en la Casa de Rojas, porque su precio era demasiado alto.

Pasaron el día en la playa, nadando, tomando fotografías y bebiendo. A pesar de que Sonia llevaba un bikini azul, algunas de las fotos le recordaban mucho a su madre, ya que la foto en la biblioteca había sido tomada en la misma playa. Incluso sus nombres eran similares (Sofía/Sonia) y empezó a ponerse en el contexto de las tragedias griegas.

A pesar de que trataron de permanecer discretos, dos de los hombres de seguridad de su padre estaban ahí con ellos, sentados en sillas a unos diez metros de distancia y Castillo sin alejarse demasiado del borde de la piscina para espiarlos a través de un par de binoculares.

—Esos tipos trabajan para tu padre también —dijo Sonia, mirándolos por encima del borde de sus anteojos de sol.

—¿Cómo adivinaste? —le preguntó él con sarcasmo.

—Supongo que estás acostumbrado a esto, ¿no?

—Fue agradable cuando estuvimos en España. Creo que mi padre tenía algunas personas allí, pero yo no sabía quiénes eran, por lo que nunca me di cuenta de que estaban.

Ella se encogió de hombros.

—Cuando tienes dinero, algunas personas te odian.

—Por supuesto. El secuestro nunca está lejos de la mente de mi padre. Tiene amigos que sufrieron experiencias terriblemente traumáticas cuando sus seres queridos fueron secuestrados. La policía no sirve para nada. El dinero del rescate es ridículamente alto. O pagas o no ves a tu familia nunca más.

—Las pandillas de los cárteles hacen eso todo el tiempo.

—Estoy seguro de que nada les gustaría más que secuestrar a mi padre y obtener una enorme recompensa.

—No sé, está tan bien protegido. Dudo que alguna vez suceda. Además, viaja tanto. Es difícil predecir dónde estará. Dijo algo acerca de tener que hacer las maletas.

—Sí, tiene que viajar de nuevo.

—¿A dónde? ¿La Estación Espacial Internacional?

Él se echó a reír.

—Colombia, probablemente. Le oí hablar de que tenía que ver al presidente y tal vez a algunos amigos allá. Somos dueños de algunos negocios en Bogotá. Tiene un amigo que le hace trajes especiales.

—Mi padre se reunió con el presidente francés una vez, en el Tour de Francia, pero no es como que sea amigo con los presidentes alrededor del mundo como lo es tu padre.

—¿Sabes qué? —dijo él, su cara iluminándose a la luz de un pensamiento—. Tal vez nosotros mismos viajemos un poco...

La cena se sirvió puntualmente a las seis de la tarde, y Miguel y Sonia se habían duchado y vestido para la ocasión. Miguel le había advertido a Sonia que su padre ponía un gran énfasis en las comidas en familia, ya que eran tan escasas y distantes entre sí. Las cenas en casa eran experiencias preciadas y que debían ser tratadas con el máximo respeto.

Puesto que serían solo cuatro, cenaron en una de las mesas más pequeñas junto a la cocina principal y J.C. preparó una comida de cuatro platos de carne de res y pollo que se había convertido en una de las experiencias características de todos los Sofía's alrededor del mundo. La familia poseía dieciséis de los exclusivos restaurantes, todos nombrados en honor a su madre, y servían tanto platos de la cocina mexicana tradicional como de fusión, abarcando las seis regiones del país. Sus platos mundialmente reconocidos eran servidos en una atmósfera que Jorge había dicho debía evocar las grandes antiguas civilizaciones de México, desde los olmecas a los aztecas. Colosales esculturas de cabezas, barcos de pesca y máscaras antiguas eran solo algunas de las piezas de arte que colgaban en cada comedor. Una cena para dos en el Sofía's en Dallas, Texas, le costaba a la mayoría de los clientes casi doscientos dólares... antes de ordenar el vino.

—Sonia, ¿estás disfrutando tu estancia aquí? —preguntó Jorge, después de tomar un largo sorbo de agua mineral.

—Bueno, la verdad ha sido simplemente horrible. Siento que estoy siendo maltratada y estoy lista para irme a casa. Ustedes son terribles anfitriones, insoportables, y la comida es asquerosa.

Miguel casi dejó caer el tenedor. Se volvió hacia ella. Ella se echó a reír y añadió:

—No, estoy bromeando. Por supuesto que ha estado increíble.

Jorge finalmente sonrió y se volvió hacia Alexsi.

—¿Lo ves? Eso es sentido del humor. Eso es de lo que estoy hablando. Eres demasiado hermosa y demasiado seria.

Alexsi sonrió y tomó su vino.

—Ser hermosa requiere de un trabajo serio.

—Ah, y lista —agregó Jorge, luego se acercó a ella y le dio un beso.

Miguel suspiró y miró hacia otro lado.

La conversación durante la cena se centró en Sonia, sus experiencias en la escuela, lo que pensaba sobre el gobierno en España y sus opiniones sobre la economía europea en general. Ella se defendió mientras el padre de él continuaba con su interrogatorio. Cuando terminó la cena y se

echaron hacia atrás en sus sillas tratando de respirar más allá de sus hinchadas cinturas, Jorge se inclinó hacia la mesa y endureció su mirada sobre Miguel.

—Hijo, tengo una gran noticia para ti. He estado esperando para anunciar esto, pero creo que este momento es tan bueno como cualquier otro. Fuiste aceptado para una práctica de verano en Banorte.

Miguel estaba a punto de fruncir el ceño pero contuvo la reacción. Su padre estaba radiante, los ojos llenos de una maravilla que Miguel no había visto en años.

¿Un programa de práctica en Banorte? ¿Qué le harían hacer? ¿Llenar registros financieros? ¿Estaría trabajando en una sucursal o en una oficina corporativa? ¿Qué es lo que su padre estaba tratando de hacer? ¿Arruinar su verano entero?

—Miguel... ¿qué pasa?

Tragó saliva.

—No estás contento. Será una experiencia valiosa. Puedes tomar lo que has aprendido como estudiante y ponerlo en práctica. La teoría solo te puede llevar hasta cierto punto. Tienes que trabajar para ver cómo funcionan estas cosas. Y luego volverás a la escuela para tu MBA, sabiendo muy bien lo que está sucediendo en el banco. Este tipo de experiencia no la puedes obtener de otra manera.

—Sí, señor.

—¿No estás de acuerdo?

—Eh, yo sólo...

—¿Si me disculpan? —preguntó Sonia, levantándose de la silla. Miguel se levantó de inmediato y la ayudó a salir—. Necesito ir al baño.

—Yo también —dijo Alexsi, mirando enfáticamente a Miguel.

Jorge esperó a que las mujeres su hubieran marchado y que los sirvientes hubieran terminado de recoger los platos. Luego hizo un gesto para que se fueran a la terraza para admirar el océano iluminado por la luna.

Estuvieron ahí parados junto a una barandilla, su padre todavía con una copa en la mano, Miguel tratando de reunir el coraje para rechazar el ofrecimiento de su padre.

—Miguel, ¿pensaste que ibas a saltar de un lado para otro todo el verano y no hacer nada?

—No, no lo hice.

—Esta es una gran oportunidad.

—Entiendo.

—Pero no la quieres.

Suspiró y, finalmente, se enfrentó a su padre.

—Quería llevar a Sonia de vacaciones.

—Pero si acaban de regresar de España.

—Lo sé, pero quiero mostrarle *nuestro* país. Estaba pensando en San Cristóbal de las Casas.

La expresión en la cara de Jorge comenzó a suavizarse y su mirada se desvió más allá de Miguel, hacia el océano. San Cristóbal era un lugar que sus padres habían visitado a menudo, una de las ciudades favoritas de su madre en todo México. Ella amaba las tierras altas de Chiapas y solía hablar acerca de las sinuosas calles, las casas de colores brillantes, con sus techos de tejas rojas y las verdes montañas en todo alrededor. El lugar era rico en cultura e historia maya.

—Recuerdo la primera vez que llevé a tu madre allí... —respiró hondo otra vez y no pudo

continuar. —Creo que a Sonia le encantaría también. Él asintió con la cabeza.

—Voy a llamar al banco. Ustedes tomen el helicóptero y pasen una semana allí. Luego, después de eso, irás a trabajar. Si deseas que Sonia permanezca aquí, eso está bien, pero tú estarás trabajando.

Miguel echó hacia atrás la cabeza sorprendido.

—Gracias.

—Vas a tener una escolta mientras estés allí —le recordó su padre.

—Entiendo. Pero, ¿pueden permanecer discretos, como lo hicieron en España?

—Veré que así sea. Entonces, ¿qué te parece esta chica?

—Ella es... genial.

—Yo también lo creo.

—Por supuesto. Tú la encontraste para mí.

—No, no es solo eso. Ella es muy elegante. Sería una magnífica adición a nuestra familia.

—Sí, pero no quiero apresurar nada.

—Por supuesto que no.

—Bueno, pasamos a comer el postre —dijo la tía de Miguel desde la puerta, con Arturo junto a ella—. ¿Llegamos demasiado tarde?

—Nunca es demasiado tarde —dijo Jorge, dándole un beso y luego estrechando la mano de Arturo.

Mientras conversaban, Castillo estaba detrás de él, haciéndole un gesto con la barbilla a Miguel, quien se desplazó hacia donde estaba el hombre.

—¿Necesitas algo, Fernando?

—Sí, he estado tratando de ver los monitores con mi ojo malo... si sabes a lo que me refiero.

—Muchas gracias.

—Sin embargo, yo no haría eso otra vez —dijo—. A tu padre no le gustaría. Diría que no la tratas como una dama.

—Entendido. Gracias, Fernando. Fue una tontería.

—Yo también fui joven. Hice cosas por el estilo.

Miguel puso una mano sobre el hombro del hombre.

—Eres un buen amigo.

Luego volvió a la terraza, donde encontró a su padre diciéndole a Arturo que él realmente podía hacer una diferencia y que debían trabajar juntos para detener la violencia en Juárez.

—Yo sólo soy el gobernador, Jorge. No es mucho lo que puedo hacer. Las políticas del Presidente no están funcionando. Solo están provocando más violencia. Acabo de recibir otro informe hoy sobre más asesinatos en la ciudad y ayer recibí otra amenaza de muerte.

—Tú eres el mejor y el más brillante que tenemos. Sabes lo que debes hacer. Pero, sobre todo, no te desanimes. Esta violencia va a llegar a su fin. Voy a hacer todo lo que pueda para ayudar.

—Jorge, puedes haber oído esto antes, pero aún no de mí. Debo añadir mi voz a la de los demás.

—¿De qué estás hablando?

—Tú debes ser el próximo presidente de México.

Jorge retrocedió.

—¿Yo?

—Tienes las conexiones y las finanzas. Podrías realizar una campaña extraordinaria. Jorge se echó a reír.

—No, no, no. Yo soy un hombre de negocios, nada más.

Miguel estudió a su padre, la mirada de incredulidad en el rostro del hombre con una pizca de culpa en los ojos, como si fuera a decepcionar a todo el mundo si no se presentaba.

—¿Me extrañaste? —preguntó Sonia, enganchando su brazo alrededor del de Miguel.

Él se volvió hacia ella y le susurró:

—Sí, claro. Y tengo una sorpresa para ti.

9

CONFIANZA

Hotel Bonita Real
Ciudad Juárez, México

Quería estrangularla mientras estaban teniendo relaciones sexuales porque había leído acerca de la asfixia erótica y ella le había dicho que la excitaba ser dominada por él.

Sin embargo, cuando Dante Corrales envolvió ambas manos alrededor del cuello de María, mientras ella tenía sus tacones bien plantados sobre sus hombros, se le pasó un poco la mano y para cuando llegó al orgasmo, María ya no se movía.

—¡María! ¡María!

Hizo a un lado sus piernas y se agachó sobre ella, poniendo la oreja junto a su boca, escuchando su propia respiración irregular, su pulso aún corriendo, cada vez más rápido, mientras las imágenes del funeral de María pasaban por su mente.

El pánico apareció en la forma de un escalofrío a través de sus hombros.

—Oh, Dios mío. Oh, Dios mío.

De repente, los ojos de ella se abrieron de golpe.

—¡Hijo de puta! ¡Podrías haberme matado!

—¿Qué carajo? ¡Estabas fingiendo!

—¿Qué pensabas? ¿Crees que soy tan estúpida como para dejar que me mates? Dante, ¡tienes que tener cuidado!

Él la golpeó en la cara.

—¡Puta estúpida! ¡Casi me matas de susto!

Ella lo golpeó en la cara de vuelta y los ojos de Dante se abrieron como platos, su mano se hizo un puño y apretó los dientes.

Pero entonces ella lo miró. Y se echó a reír. Él la agarró y la puso encima de su regazo, con su culo apretado y brillante hacia a él. La golpeó hasta que sus nalgas brillaban.

—¡Nunca hagas eso otra vez! ¡Nunca!

—Sí, papi. Sí...

Quince minutos más tarde, había salido del hotel, asegurándose antes de que Ignacio, en la recepción, tuviera las cosas bajo control. Varios pequeños traficantes vendrían a recoger producto, así que revisó con él los detalles de la venta.

Corrales acababa de comprar el hotel unos meses antes y estaba en el proceso de renovarlo completamente: pintura, alfombras, muebles, todo. Deseaba que sus padres pudieran verlo ahora.

«No trabajo aquí», les habría dicho. *«Soy el propietario del lugar».*

El edificio tenía solo cuatro pisos y tan solo unas cuarenta habitaciones. Tenía la intención de convertir al menos diez de ellas en suites de lujo, en las que pretendía entretener a los clientes más importantes. Había tenido problemas para encontrar ingenieros, ya que la mayoría de los mejores de ellos estaban siendo empleados en las operaciones de construcción de túneles en la frontera. Le pareció irónico. Los plomeros y los encargados de instalar los tableros de yeso ya estaban trabajando. Había contratado a un diseñador de interiores de San Diego y María lo había convencido para traer a un amigo y agente de bienes raíces que practicaba el feng shui para que pudieran alinear la «energía» en cada habitación. Eso hacía feliz a María, así que él había aceptado sin protestar.

Condujo a lo largo de Manuel Gómez Morín, siguiendo el ancho camino a lo largo de la frontera hasta llegar a un pequeño barrio de casas cuyos caminos de entrada estaban detrás de altas rejas de hierro forjado y cuyas ventanas estaban protegidas por barras similares. Estas eran casas más nuevas, con techos de tejas y sedanes de alta categoría a prueba de balas estacionados en las entradas. La mayoría de los residentes eran miembros del cártel o familiares de los miembros. Corrales llegó a una calle sin salida, dio la vuelta y esperó. Finalmente, Raúl y Pablo aparecieron en una de las entradas y se metieron en la Escalade, ambos vistiendo pantalones de vestir a medida, camisas y chaquetas de cuero.

—Hagámonos notar esta noche —dijo Corrales—. ¿Están listos los otros cuatro pendejos?

—Sí —respondió Pablo—. No hay problema.

—Eso es lo que dijiste la última vez —le recordó Corrales. Se refería al hotel en Nogales, donde habían ido tras el segundo de los espías de Zúñiga, pero el hombre había escapado. Habían arrojado el cuerpo del primero en la puerta de una casa que sabían que era propiedad de Zúñiga en Nogales, pero no habían oído nada del hombre desde entonces. Ernesto Zúñiga, alias «El Matador», tenía casas en muchas ciudades a lo largo de México y recientemente se había construido un rancho al pie de las colinas al suroeste de Juárez. Era una residencia de cuatro mil pies cuadrados, con un camino de entrada de adoquines de ladrillo, y puertas y cámaras de seguridad, así como también tenía hombres apostados afuera y a lo largo de las colinas.

No había forma de acercarse al lugar, pero a Corrales no le preocupaba. El punto era que su rival supiera que estaban ahí... y enviarle un mensaje inolvidable.

Corrales había pasado los últimos años estudiando a Zúñiga, sus hombres, sus operaciones y su historia. Hay que mantener a los enemigos más cerca que a los amigos, por supuesto, y Corrales con frecuencia sermoneaba a los nuevos sicarios acerca de lo ingenioso y letal que era, y seguiría siendo, el cártel de Sinaloa.

Zúñiga mismo, de cincuenta y dos años, era hijo de un ranchero de ganado y había nacido en La Tuna cerca de Badiraguato, México. Había vendido cítricos cuando era niño y se rumoreaba que, para cuando tuvo dieciocho años, ya estaba cultivando opio en el rancho de su padre. El padre de Zúñiga y su tío lo ayudaron a conseguir un empleo trabajando para el cártel de Sinaloa como conductor de camiones, y había pasado la mayor parte de su etapa veinteañera ayudando a transportar marihuana y cocaína a sus destinos dentro de México.

Para cuando cumplió treinta años, había impresionado a sus jefes lo suficiente como para que lo pusieran a cargo de todos los envíos que iban de la Sierra a las ciudades y fronteras. Había sido uno

de los primeros hombres en usar aviones para transportar cocaína directamente a los Estados Unidos y coordinaba todas las llegadas de coca en barco. Comenzó a establecer centros de mando y control en todo el país y con frecuencia realizaba operaciones para robar los envíos en ruta de otros cárteles. El cártel de Juárez había sido robado por sus hombres en no menos de doce ocasiones.

Una masiva operación encubierta en la década de 1990, encabezada por la Policía Federal, dejó al cártel de Sinaloa sin un líder y Zúñiga llenó fácilmente esos zapatos. Se casó con una joven estrella de telenovelas de diecinueve años y tuvo dos hijos con ella, pero los chicos y su esposa habían sido ejecutados después de que le robara un cargamento de cocaína por un valor de dos millones de dólares al cártel de Juárez. Zúñiga envió un millar de rosas rojas al funeral, pero no asistió... y esa había sido una decisión inteligente. Hubiera sido ejecutado rápidamente por los miembros de Juárez que lo esperaban cerca de la funeraria y de la iglesia.

Corrales tenía el sueño de lanzar un ataque estilo militar a la casa de Zúñiga con granadas propulsadas por cohetes, ametralladoras y un misil Javelin que se elevaría a toda velocidad hacia el cielo, como una llamarada, haría un arco, y luego giraría la punta hacia abajo y caería en picada en el techo del hombre, haciéndolo desaparecer a él y a su pequeño palacio de un estallido, como una estrella en explosión. Había visto esas armas siendo usadas en el Discovery Channel.

Sin embargo, como lo habían señalado sus superiores, los ataques de Corrales debían mantenerse muy pequeños en escala, lo suficiente para darle pausa a Zúñiga hasta que recibieran permiso para hacer un movimiento audaz y atacar al hombre de frente. También era cierto que si agarraban a Zúñiga vivo sería más fácil confiscar sus activos y hacerse cargo de su operación de contrabando torturándolo para que confesara los detalles. Cuando Corrales había preguntado por qué no podían atacar aún, todo lo que obtuvo fueron respuestas vagas sobre el tiempo y la política, por lo que decidió llevar a cabo algunos pequeños planes propios.

Corrales condujo con sus hombres hasta el sitio de un viejo edificio de apartamentos en demolición, que ahora yacía en un montón de bloques de hormigón y estuco, con puntales de madera que sobresalían en la noche como colmillos. Se estacionaron, se aventuraron hacia las dos primeras pilas y encontraron a sus cuatro nuevos reclutas sosteniendo a otros dos hombres a punta de pistola. Ninguno de los reclutas tenía más de veinte años, todos vestían pantalones holgados y camisetas, y dos de ellos estaban llenos de tatuajes. Los dos hombres a los que les estaban apuntando estaban vestidos de manera similar y ambos tenían gruesos penachos debajo de los labios.

—Buen trabajo —les dijo Corrales a los hombres—. Realmente pensé que arruinarían esto.

Un chico flaco con cuello de jirafa le lanzó a Corrales una mirada de odio.

—Estas perras fueron fáciles de atrapar. Tiene que darnos más crédito, sabe.

—¿Te parece?

—Sí —espetó el joven—. Me parece.

Corrales se acercó al joven, lo estudió con la mirada y luego preguntó:

—Déjame ver tu pistola.

El muchacho frunció el ceño, pero se la entregó a Corrales, que abruptamente dio un paso atrás y le disparó al pendejo en el pie. Él lanzó un grito espeluznante y los otros tres vándalos se estremecieron visiblemente. Uno se orinó en los pantalones.

Los dos tipos que habían capturado empezaron a llorar en tanto Corrales se volvía hacia ellos y

se quejaba:

—¡Cállense!

Luego le disparó a cada hombre en la cabeza.

El impacto los lanzó hacia atrás y cayeron sin vida en el suelo de polvo.

Corrales suspiró.

—Muy bien, pongámonos a trabajar.

Se volvió hacia el chico al que le había disparado en el pie.

—Es una lástima que tengas esa actitud. Te podríamos haber utilizado.

Corrales levantó la pistola, a lo que el chico respondió levantando la mano y gritando. El disparo silenció ese ruido terrible y Corrales volvió a respirar hondo y le alzó las cejas a los otros.

—Cinco minutos.

Se dirigieron inmediatamente a la casa de Zúñiga, llegaron a las rejas de la entrada y estaban a punto de ser abordados por dos hombres de seguridad que se acercaban. Los demás reclutas de Corrales arrastraron los cuerpos de los hombres capturados y los tiraron cerca de la puerta. Luego Corrales pisó el acelerador y condujo de vuelta por el camino de tierra, sólo para disminuir la velocidad un momento cuando los guardias llamaban refuerzos y cuatro hombres abrieron las puertas y salieron para examinar los cuerpos.

Corrales los miraba desde el espejo retrovisor y una vez que estuvieron lo suficientemente cerca, levantó el detonador remoto y pulsó el botón.

Sus hombres comenzaron a gritar en tanto la explosión hizo temblar el suelo, hizo volar las rejas y se tragó a los guardias de seguridad en una bola de fuego que se elevaba como un hongo nuclear.

—Le dijimos que mantuvieran a sus hombres lejos de la frontera o las cosas empeorarían —dijo Corrales, para el beneficio de su grupo—. ¿Ven lo que pasa? Él no presta atención. Tal vez ahora despertará...

Al pie de la colina, se acercaba un sedán oscuro. Corrales desaceleró y luego se detuvo junto al auto, bajando la oscura ventana polarizada. El otro conductor hizo lo mismo y Corrales le sonrió al hombre leonino de pelo gris y espeso bigote que estaba bajando un *walkie-talkie*.

—Dante, pensé que teníamos un acuerdo.

—Lo siento, Alberto, pero tú rompiste tu promesa también.

Corrales inclinó su cabeza hacia el humo que se eleva sobre la ladera de la montaña.

—Atrapamos a dos más tratando de hacer explotar uno de nuestros túneles y tuvimos que hacernos cargo de ellos. Tú me prometiste que me ayudarías a mantenerlos lejos.

—Esto yo no lo sabía.

—Bueno, eso es un problema. ¿Tus hombres están demasiado asustados para ayudar ahora? ¿Lo están?

—No. Voy a averiguar qué pasa.

—Espero que sí.

Alberto suspiró con frustración.

—Mira, cuando haces esto, me dificultas mucho las cosas.

—Lo sé, pero esto es algo que va a pasar.

—Siempre dices eso.

—Siempre es cierto.

—Está bien. Vete ahora, antes de que lleguen las otras unidades. ¿Cuántos fueron esta vez?

—Solo dos.

—Ok...

Corrales asintió con la cabeza y pisó el acelerador, levantando polvo a su paso.

Alberto Gómez era inspector de la Policía Federal de México con más de veinticinco años de servicio. Cerca de veinte de esos años había estado en la nómina de un cártel u otro, y a medida que se acercaba a la jubilación, Corrales lo había visto hacerse más irritable y molestamente cauteloso. La utilidad del inspector estaba llegando a su fin, pero por ahora Corrales utilizaba al hombre porque continuaba reclutando a otros dentro de sus filas. La Policía Federal los ayudaría a aplastar al fin al cártel de Sinaloa. Eran buenas relaciones públicas para ellos y un buen negocio para el cártel.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Pablo.

Corrales lo miró.

—Nos tomaremos un trago para celebrar.

—¿Te puedo preguntar algo? —Raúl habló desde el asiento trasero acariciándose con nerviosismo la delgada barba.

—¿Qué pasa? —respondió Corrales con un gruñido.

—Le disparaste a ese tipo. Él podría haber sido un buen hombre. Tenía ciertos aires. Pero todos los tuvimos, sobre todo al principio. ¿Hay algo que te está molestando?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que tú, no lo sé... ¿estás enfadado por algo?

—¿Crees que me estoy desquitando de algún tipo de rabia con estos vándalos?

—Tal vez.

—Déjame decirte algo, Raúl. Solo tengo veinticuatro años, pero aún así puedo verlo. Estos vándalos hoy en día carecen del respeto que nuestros padres tenían, el respeto que nosotros todavía deberíamos tener.

—Pero nos dijiste que no había más límites, que todo el mundo valía: madres, niños, todo el mundo. Nos dijiste que teníamos que golpearlos tan duro como ellos nos golpearan.

—Eso es correcto.

—Bueno, entonces supongo que estoy confundido.

—¡Cállate, Raúl! —le dijo Pablo—. Eres un idiota. Él está diciendo que tenemos que respetar a nuestros mayores y respetarnos entre nosotros, pero no a nuestros enemigos, ¿cierto, Dante?

—Tenemos que respetar lo mortales que pueden ser nuestros enemigos.

—Y eso significa que tenemos que sacarles el corazón y metérselo por la garganta —dijo Pablo —. ¿Ves?

—Ese tipo podría haber sido útil —dijo Raúl—. Eso es todo lo que estoy diciendo. Podríamos haber utilizado un vándalo con una bocota muy suelta.

—¿Un tipo como tú? —Corrales le preguntó a Raúl.

—No, señor.

Corrales estudió a Raúl por el espejo retrovisor. Sus ojos se habían puesto vidriosos y giraba constantemente la mirada hacia la ventana, como si quisiera escapar.

Entonces Corrales levantó la voz.

—Raúl, te diré algo... un tipo como ese no es de fiar. Si le levanta la voz a su jefe, sabes que siempre está pensando en sí mismo primero.

Raúl asintió con la cabeza.

Y Corrales dejó su declaración hasta ahí. El joven al que le había disparado de hecho se parecía mucho a él...

Porque él tampoco era de fiar. Nunca olvidaría que a pesar de trabajar para este cártel, ellos todavía tenían la sangre de sus padres en sus manos.

10

INDOC Y BUD/S

Centro de Guerra Naval Especial
Coronado, California

En una noche fría en octubre de 1994, Maxwell Steven Moore estaba acostado en su litera en el cuartel de guerra especial, a unos segundos de convertirse en un desertor en un lugar donde los hombres nunca «desertaban». De hecho, si la palabra echaba raíces en tu psique, entonces nunca habías sido realmente un SEAL de la Armada. Pasar el entrenamiento BUD/S (Basic Underwater Demolition[15]/SEAL) cambiaría para siempre la vida del muchacho de dieciocho años. Había significado todo para él. Pero no podía continuar.

El viaje había comenzado casi dos meses antes cuando había llegado al Centro de Guerra Naval Especial para comenzar el curso INDOC[16]. El supervisor de la clase, el curtido Jack Killian, cuyos ojos estaban siempre demasiado entrecerrados como para leerlos y cuyos hombros parecía haber sido moldeados en una sola pieza de músculo, se había dirigido a la clase de Moore con una pregunta que se oía con frecuencia en Coronado:

—¿Así que ustedes muchachos quieren ser hombres rana?

—¡*Hooyah*! —respondieron todos al unísono.

—Bueno, tendrán que pasar por mí primero. ¡Al suelo!

Moore y el resto de la clase 198, unos 123 candidatos en total, fueron a la playa y comenzaron sus flexiones. Dado que aún eran sólo candidatos, no se les permitía ejercitar en el sagrado cuadrado de asfalto del «triturador» BUD/S donde solo aquellos que habían pasado el INDOC podían realizar sus ejercicios de calistenia y otras formas diversas de tortura física que eran parte de la Primera Fase del entrenamiento BUD/S: siete semanas diseñadas para poner a prueba la condición física, competencia en el agua, compromiso con el trabajo en equipo y tenacidad mental de un hombre. Ningún hombre comenzaría la Primera Fase sin pasar antes por el curso INDOC de dos semanas de duración. La prueba de resistencia inicial incluía lo siguiente:

Un nado de quinientas yardas en estilo pecho y/o de costado en menos de doce minutos y treinta segundos

Un mínimo de cuarenta y dos flexiones de brazos en dos minutos

Un mínimo de cincuenta abdominales en dos minutos

Un mínimo de seis flexiones colgando en la barra horizontal (sin límite de tiempo)

Una carrera de 1,5 millas usando pantalones largos y botas en menos de once minutos

Si bien la parte superior del cuerpo de Moore aún necesitaba algo de trabajo, se destacaba tanto en la natación como en la carrera, superando rutinariamente a sus compañeros de clase por amplios

márgenes. Fue durante este tiempo que Moore fue introducido al concepto de «compañero de nado» y al principio de que nunca dejas a tu compañero de nado solo y que ningún hombre, vivo o muerto, es dejado atrás.

—Ustedes nunca estarán solos. Jamás —les había dicho Killian—. Si alguna vez dejan atrás a su compañero de nado, el castigo será severo. ¡Severo!.

El compañero de nado de Moore era Frank Carmichael, un muchacho de cabello rubio y ojos azules que podría haber sido confundido fácilmente con un surfista. Tenía una sonrisa fácil y hablaba con una cadencia relajada que hacía a Moore dudar si el tipo llegaría a ser un SEAL. Carmichael se había criado en San Diego y había recorrido un camino similar al de Moore para llegar al INDOC, yendo al campo de entrenamiento militar y luego siendo recomendado para el programa SEAL. Le había dicho que deseaba haber ido a Annapolis y convertirse en un miembro del Club de Piragüismo, el apodo dado a la Academia Naval, pero había perdido demasiado el tiempo en Morse High School y sus calificaciones no eran lo suficientemente competitivas como para ser admitido. No se había molestado en entrar en el JROTC[17]. Había una serie de otros candidatos que eran oficiales: graduados de Annapolis, tipos que habían salido de la Escuela de Aspirantes a Oficiales como alférez O-l, e incluso aquellos que habían servido en la flota por un tiempo. Sin embargo, el BUD/S nivelaba el campo de juego; todos los candidatos tenían que pasar las mismas pruebas, no había ningún tratamiento especial para los oficiales.

Moore y Carmichael se cayeron bien inmediatamente, ambos jóvenes de clase media tratando de hacer algo extraordinario con sus vidas. Sufrieron juntos a través de las carreras de seis kilómetros por la playa que tenían que completar en menos de treinta y dos minutos. Killian parecía marcar todas sus órdenes con la frase «mójense y llénense de arena». La clase entera se apresuraba a meterse en el oleaje congelado, salir, rodar en la arena, luego, ahí de pie como momias, como muertos vivientes, eran enviados a su próxima evolución. Aprendieron de inmediato que se corría a todas partes, incluyendo una milla de ida y de vuelta al comedor.

Esto fue en 1994, año en que la revista *Time* describió la Internet como un «mundo nuevo y extraño». Moore se quejaba de que los candidatos de hoy podían meterse a la red y aprender diez veces más sobre su próximo entrenamiento de lo que Moore había podido en aquellos tiempos. Los novatos de hoy podían revisar los sitios web dedicados al BUD/S, ver videos y especiales hábilmente producidos por el Discovery Channel. Todo lo que Moore y sus amigos habían tenido eran los exagerados relatos de las clases anteriores, los rumores y advertencias acerca de los indecibles horrores por venir publicados en unos pocos grupos de noticias. ¿Hipérbole? En algunos casos, sí, pero Moore y Carmichael se habían enfrentado a los desafíos con una preparación difícilmente comparable a la del grupo actual.

De todas las evoluciones de entrenamiento por las que pasaron en el INDOC, Moore disfrutó la natación más que ninguna otra. Le enseñaron a patalear, bracear y a deslizarse y, sobre todo, a hacer del agua su hogar. Aquí era donde los SEAL se destacaban por sobre otras ramas del servicio. La inteligencia que reunían por ser sigilosos en el agua ayudaba a los infantes de marina y muchos otros combatientes. Aprendió a atar complejos nudos navales estando sumergido y no entró en pánico cuando sus manos estaban atadas atrás de su espalda durante la prueba de ahogamiento. Se relajó, nadó hasta la superficie, tomó aliento, volvió a bajar y repitió el proceso, mientras varios miembros

del Club de Piragüismo cerca de él entraban en pánico y anunciaban su retiro allí mismo. La reacción de Moore hacia eso fue demostrar todo lo contrario a sus instructores, que flotaban a su alrededor en sus equipos de buceo, esperando a que entrara en pánico. Se hundió hasta el fondo de la piscina y contuvo la respiración... Durante casi cinco minutos.

Un instructor se le acercó con los ojos agrandados por su máscara y le indicó a Moore que volviera a la superficie. Sonrió, esperó unos segundos más y luego nadó hacia arriba y tomó aliento. Había aprendido a aumentar su tolerancia anaeróbica corriendo y haciendo carreras de natación, y estaba seguro de que podía contener la respiración más tiempo que eso.

Cuando Killian se enteró de la maniobra, le advirtió a Moore que no lo intentara de nuevo. Pero le había guiñado un ojo cuando lo había dicho.

Los nados bajo el agua de cincuenta metros resultaron interesantes para muchos muchachos. Killian concluyó su descripción de la prueba con lo siguiente: «Y no se preocupen... cuando se desmayen, los reviviremos». Sin embargo, Moore hizo los cincuenta metros y algo más, deslizándose por el agua como si siempre hubiera pertenecido allí, un hombre rana de la cabeza a los pies. Carmichael le dijo que incluso algunos de los instructores habían lanzado maldiciones, sintiéndose intimidados.

Los dones naturales de Moore habían sido descubierto por el Sr. Loengard cuando Moore tenía solo dieciséis años. Loengard no era solo un profesor de escuela secundaria, sino también un ávido ciclista. Le pidió a Moore que se sometiera a una prueba en cicloergómetro y descubrió que Moore tenía un V02 max de 88,0, que era comparable al de muchos atletas de clase mundial. La frecuencia cardiaca en reposo de Moore era de apenas 40 lpm. Su cuerpo podía transportar y utilizar el oxígeno de manera mucho más eficiente que el promedio de las personas y esto, dijo Loengard, era un regalo genético que lo hacía una persona muy afortunada. Y fue entonces cuando Loengard le empezó a hablar a Moore acerca del ejército, específicamente de los SEAL. Irónicamente, ni el hombre ni ninguno de sus familiares habían estado nunca en la Armada. Simplemente admiraba y respetaba al personal militar y su compromiso con el país.

Cuando Moore y sus compañeros del INDOC no estaban en la piscina, estaban de regreso en la playa, con el oleaje y la arena en todos los orificios de su cuerpo. Ni siquiera las congeladas duchas de alta presión en el cuartel podían limpiarles toda la arena. La Armada quería que él y los demás se hicieran parte, literalmente, de la playa y el Pacífico.

Con Carmichael siempre a su lado, se acostaban mirando para arriba, con las piernas estiradas, los dedos de los pies en punta y hacían docenas de pataleos sin que sus pies tocaran la playa. El objetivo era mover las piernas hacia arriba y abajo alrededor de ocho a doce pulgadas. Todo lo que hicieran como SEAL requería fuertes músculos abdominales y Killian, junto con sus compañeros instructores, tenía una fascinación obsesiva-compulsiva con ejercicios como el pataleo estilo crol que convirtió los abdominales de Moore en músculos de acero. Siguió trabajando la parte superior de su cuerpo también, porque Killian les advertía una y otra vez sobre la semana número dos, pero no quería decir a lo que se enfrentarían.

Para el final de la primera semana, dieciséis muchachos habían abandonado la clase. Parecía como si hubieran hecho las maletas en medio de la noche y se hubieran ido. Moore y Carmichael no los habían visto y apenas habían discutido acerca de los que se habían retirado para mantenerse

fuertes y positivos.

Eran las 05:00 horas el primer día de la segunda semana cuando la clase 198 saludó resignada el curso-O, o curso de obstáculos, en el que tendrían que someterse a un infierno diseñado por hombres de mente malvada para dar la bienvenida a otros a su más privado y selecto club.

Veinte obstáculos marcados con signos habían sido erigidos en la playa y en tanto Moore les echaba una mirada, cada artefacto parecía más complicado y difícil que el anterior. Killian se acercó a Moore y Carmichael.

—Ustedes, caballeros, tienen doce minutos para pasar mi curso-O.

—¡*Hooyah*!—exclamaron. Moore tomó la delantera, corriendo hacia el primer obstáculo, las barras paralelas. Se levantó sobre las barras y utilizó sus manos para caminar a través del acero; sus hombros y tríceps le ardían para cuando cayó sobre la arena al otro lado. Ya sin aliento, hizo un rápido giro a la derecha, levantó los brazos sobre su cabeza y saltó sobre las llantas de camiones (de alrededor de cinco puestas a lo ancho y diez a lo largo) y hacia la pared baja. Había dos escalones que utilizó (uno con el pie derecho, otro con el pie izquierdo), luego con un gemido se lanzó hacia la parte superior de la pared de madera y se balanceó hacia el otro lado, golpeando la arena mucho más fuerte de lo que pensaba. Con un dolor punzante en el tobillo, corrió hacia la pared alta, de unos doce pies, pero a esas alturas podrían haber sido cincuenta. Tomó una de las sogas y comenzó a subir por ella, con la soga enterrándosele en las palmas.

En la partida del curso, Killian estaba ladrando órdenes y correcciones, pero era difícil oírlo. La respiración y el golpeteo del corazón de Moore lo llevó hacia el alambre concertina que se extendía a través de una serie de troncos, bajo los cuales había dos largos surcos. Se metió en la primera zanja a su izquierda y se arrastró sobre sus manos y rodillas debajo de la concertina. Por un segundo pensó que su camisa se había enganchado en una de las púas, pero solo se había colgado de la madera. Con un suspiro de alivio, terminó de pasar el obstáculo, se puso de pie y murmuró un *oh, mierda.*

La red de carga estaba sujeta entre dos postes que se elevaban por lo menos cuarenta pies. Moore inmediatamente determinó que la red sería más estable cerca del poste, a diferencia del medio, por lo que la empezó a trepar cerca del poste y comenzó su rápido ascenso.

—Ya lo tienes, amigo —dijo Carmichael, llegando detrás de él.

Mirar hacia abajo fue un error, ya que se dio cuenta de que no había medidas de seguridad y cuando estaba llegando a la parte superior, comenzó a sentirse mareado. No podía esperar a llegar abajo y comenzó a bajar corriendo por la red. Y fue entonces cuando piso mal, resbaló y cayó unos seis pies, hasta que milagrosamente se agarró y detuvo el descenso. La clase entera había lanzado un grito ahogado cuando sucedió eso y luego todos gritaron *hooyah* cuando se recuperó y llegó al suelo.

Él y Carmichael avanzaron obstinadamente hacia la siguiente prueba, la de equilibrio sobre troncos. El nombre lo decía todo. Si se caían, Killian los haría enmendar el error en flexiones de brazos. Moore se puso tenso y se deslizó a través del primer tronco, hizo un pequeño giro a la izquierda, luego retrocedió y fue directo al siguiente, asombrado de no haberse caído. Carmichael le estaba pisando los talones cuando llegaron a los troncos *hooyah*, un obstáculo compuesto por seis troncos apilados y atados en forma de pirámide. Con las manos entrelazadas detrás de la cabeza, corrieron hacia arriba y por encima de la pirámide, y luego cruzaron a la soga de transferencia. Hasta

este punto, la resistencia cardiovascular de Moore aún era fuerte, pero Carmichael estaba casi sin aliento y su ritmo cardíaco claramente en la zona roja.

—Ya lo tenemos, vamos —instó a su amigo, luego tomó la primera cuerda, trepó unos seis pies y luego se columpió, cogió un anillo de metal con una mano, soltando la primera cuerda, y luego se columpió de nuevo para pasar a la segunda cuerda. Y siguió. Carmichael tuvo que columpiarse dos veces para alcanzar el anillo, pero lo logró.

El siguiente desafío había sido identificado como Nombre Sucio y con un solo vistazo Moore supo por qué: estaba compuesto de tres estructuras de troncos en forma de n, dos n más bajas paradas una junta a la otra de modo que dos candidatos pudieran hacer frente al obstáculo al mismo tiempo. La barrera en forma de n más alta y larga estaba más atrás. Moore corrió hacia el tronco que estaba frente a la n, saltó sobre el primer tronco y se levantó. Luego se paró en ese y saltó hacia el más alto para repetir el proceso, balanceándose para pasar sus piernas sobre el tronco. El impacto en el segundo tronco le hizo proferir el infame nombre sucio, al igual que el impacto al golpear la tierra.

Otra pirámide de troncos *hooyah* lo esperaba, esta construida con diez troncos en lugar de seis, más alta y empinada. Cuando llegó a la cima, su bota resbaló y se estrelló de cara contra el suelo. Antes de entender lo que estaba pasando, alguien lo estaba levantando de vuelta a sus pies.

Carmichael, con los ojos desorbitados, le gritó en la cara:

—¡Vamos!

Luego dio media vuelta y se echó a correr. Moore partió detrás de él.

Lo que parecía un par de escaleras gigantes puestas en un ángulo de cuarenta y cinco grados se interpuso en su camino. Killian estaba gritándoles:

—¡Este es el Tejedor! ¡Deben tejerse dentro y fuera de los postes!

Moore se aferró al primer poste, giró alrededor de él, se balanceó hacia al siguiente y continuó con el proceso, como una aguja e hilo, cosiéndose a sí mismo hacia arriba y hacia abajo a través de los postes, cada vez más mareado mientras lo hacía. Carmichael trabajaba el obstáculo a su lado y bajó por la parte trasera de cuarenta y cinco grados unos segundos antes que él.

El puente de cuerda, más conocido como el Puente de Birmania, era una sola pieza de soga gruesa en la parte inferior unida a unas cuerdas de soporte de tal manera que formaban una V. Carmichael ya había subido a la parte superior del puente y estaba en la cuerda. Moore dio su primer paso en la pieza de cuerda trenzada y se dio cuenta de que el mejor lugar para pisar era en las secciones donde estaban atadas las cuerdas de soporte. Se movió de un nudo a otro, con el puente balanceándose mientras Carmichael terminaba su travesía y Moore venía detrás de él. Para cuando llegó al final, había sentido una sensación de ritmo que prometió no olvidar para la próxima vez que se enfrentara al obstáculo.

El y Carmichael subieron otra pirámide de diez troncos *hooyah* más y luego se acercaron a la altísima plataforma del Tobogán de la Vida, una estructura de cuatro pisos que los tuvo impulsando sus cuerpos hacia arriba por cada plataforma (no había cuerdas o escaleras) hasta que llegaron a la parte superior. Había dos maneras de pasar el obstáculo: ir a la parte superior y luego bajar por una de las dos cuerdas colgadas desde ahí hasta al suelo en un ángulo de aproximadamente cuarenta y cinco grados, o simplemente ir a la primera plataforma y deslizarse por las cuerdas bajas, lo que Killian decía que les quemaría los antebrazos, pero que era menos peligroso. Para la primera vez, sin

embargo, él quería que fueran a la parte superior. Una vez ahí, Carmichael agarró la cuerda que estaba a la izquierda y Moore la de la derecha. Se inclinó hacia delante, enganchó su pierna derecha sobre la cuerda y luego, con la cuerda entre las piernas, se deslizó con la cara hacia arriba, usando ambas manos para moverse a través de la soga. Ni siquiera estaba a medio camino cuando todos los puntos de su cuerpo en contacto con la cuerda empezaron a arder. Le ganó a Carmichael en llegar abajo, tocar el suelo, sacando una ventaja de cerca de dos segundos sobre su compañero, y luego se lanzó hacia una cuerda en la que se tenía que columpiar para llegar a una cruz de troncos, una serie de barras de mono y luego a otra barra más. Tomó la cuerda, se impulsó hacia adelante y no alcanzó el tronco. Carmichael, por otro lado, corrió más allá de la cuerda, la agarró y luego se columpió fácilmente hacia el tronco. Moore hizo lo mismo en su segundo intento, pero ahora Carmichael estaba a la delantera.

Después de pasar por una segunda cama de neumáticos, llegaron a un muro inclinado de cinco pies de altura al que se subieron desde la parte posterior y luego se deslizaron por la parte delantera. Eso los llevó a la Pared Araña, que tenía unos dieciocho pies de altura, con piezas de madera atornilladas en su lado en un patrón de dos escalones para formar una escalera muy estrecha. Había que usar los dedos de las manos y los pies para moverse a lo largo de la escalera para llegar a la cima; luego Moore tuvo que moverse hacia abajo de lado, aferrándose firmemente a la pared como una araña. Con las manos todavía ardiendo del deslizamiento por la soga; Moore perdió el equilibrio en el último escalón, pero saltó de la pared antes de caer.

Mientras tanto, Carmichael pisó en un mal ángulo uno de los escalones de madera. Cayó y tuvo que empezar de nuevo, perdiendo preciado tiempo.

Quedándole solo un obstáculo y una carrera más, Moore se lanzó en dirección a una serie de cinco troncos acostados de lado y suspendidos a la altura de la cadera. Los troncos estaban puestos a unos seis pies de distancia unos de otros y el artefacto completo se llamaba la Bóveda.

—¡No dejen que sus piernas los toquen! —les advirtió Killian—. ¡Solo las manos!

Bueno, eso lo hizo a Moore maldecir internamente, mientras golpeaba las palmas de sus manos en el primer tronco y levantaba sus piernas por encima. Una y otra vez. Carmichael estaba justo detrás de él. Moore se resbaló en el último tronco y se golpeó fuerte en la rodilla. Cayó, gimiendo de dolor. Carmichael llegó hasta donde estaba, lo ayudó a ponerse de pie, agarró el brazo de Moore y lo tiró por encima de su hombro. Juntos, terminaron la carrera (que era más un cojeo) hasta el final.

—Usted, Carmichael, hizo lo correcto —dijo Killian—. Los vi compitiendo, pero usted no dejó a su compañero de nado atrás. No fue una mala primera vez.

Se acercó a Moore con el ceño fruncido.

—¿Cómo está la pierna?

La pierna estaba empezando a hincharse como un pomelo. Moore ignoró el dolor y gritó:

—¡La pierna está bien, Instructor Killian!

—Bueno, ¡vayan a la playa y mójense!

El curso-O era una de muchas evoluciones más a las que se enfrentaron, e incluso cuando no estaban entrenando y simplemente tratando de ordenar sus cuarteles para la inspección, los instructores entraban y hacían un desastre de sus habitaciones, solo para ponerlos a prueba y ver cómo manejaban los reveses. Moore lo soportó todo, pasando la parte final del INDOC, donde

entrenaron con sus IBS[18] (bote inflable, pequeño). Los botes eran de trece pies de largo y pesaban alrededor de 180 libras. Trabajando en grupos de siete hombres por bote, los equipos aprendieron a remar, la forma de «verter» el bote dándolo vuelta, y cómo llevar la pesada embarcación sobre sus cabezas. Se les dijo que una vez que estuvieran en el BUD/S, irían a todas partes con su bote. Participaron en una serie de carreras e incluso hicieron flexiones con sus botas apoyadas en la borda de goma. Carmichael, a pesar de ser un tanto desgarbado, era un remero notable, y con su ayuda, su equipo a menudo ganaba las carreras. Los ganadores podían descansar. Los perdedores tenían que ir a la playa a hacer flexiones de brazos. A todos ellos se les enseñó a leer las olas y a saber cuándo era el momento de hacer una carrera a toda velocidad hacia ellas para poder meter el bote más allá de las grandes olas antes de que lo dieran vuelta.

Al final de la segunda semana, veintisiete hombres de la clase de Moore se habían retirado. Eran buenos hombres que había elegido otra cosa. Eso es lo que les decía Killian en un tono de advertencia que dejaba claro que los que se habían retirado no debían ser objeto de burla.

Pero lo cierto era que no recibirían su clasificación Código de Clasificación de Guerra Naval Especial (NEC), un gran honor y prueba positiva de que un operador había sobrevivido a la máxima prueba de motivación física y mental. Un letrero en el centro les recordaba a todos el lema de los SEAL: «El único día fácil fue ayer».

En su última sesión informativa del INDOC, Killian le dio un firme apretón de manos a Moore y le dijo:

—Tiene mucho talento. Quiero que llegue lejos. Y no se olvide: es uno de *mis* reclutas. Haga que me sienta orgulloso.

—*¡Hooyah*!

Moore y Carmichael cantaban por lo bajo mientras trasladaban su equipo al cuartel de Guerra Naval Especial. Ya no eran visitantes. Eran verdaderos candidatos.

El júbilo no duró mucho tiempo.

Treinta y un hombres dejaron el curso en la primera hora del BUD/S. Tocaron el timbre de la oficina del oficial al mando y luego colocaron sus cascos verdes con el número de clase blanco en una fila ordenada afuera de su puerta.

En aquella hora inicial, los instructores había hecho un caos enorme en el grupo con las reiteradas evoluciones de agua y arena, seguidas por tremendos entrenamientos en la trituradora, seguidos por hombres lanzándose dentro de botes de goma llenos de agua congelada. Los muchachos estaban temblando, llorando, sufriendo hipotermia, perdiendo el conocimiento.

Para los instructores, este era solo el principio.

Las carreras de cuatro millas en la playa eran frecuentes y brutales. Equipos de siete hombres fueron introducidos a la nueva evolución de entrenamiento físico con .troncos. El tronco de ocho pies de largo pesaba unas 160 libras, pero algunos troncos eran un poco más ligeros y otros mucho más pesados. Los equipos se quedaban con el que pudieran agarrar primero. Arrastraban el tronco hacia el oleaje, lo mojaban y lo revolcaban en arena, lo llevaban a todas partes, marchaban millas con él, y todo el tiempo estaban siendo observados, regañados y acosados por sus instructores, especialmente

los muchachos más bajos, que fácilmente podían volcar su carga en los más altos. Moore y Carmichael aguantaron e incluso fueron capaces de evitar que su tronco se cayera cuando, durante una evolución, el hombre en la parte posterior de su equipo había perdido el equilibrio y caído en las olas.

Nueve hombres más se habían ido para el final de la primera semana. Quedaban 56 en la clase 198. La línea de cascos afuera de la oficina del oficial al mando había crecido a un ritmo alarmante y Moore la miraba todos los días con partes iguales de determinación y aprehensión.

Fue durante el desayuno al final de la primera semana que Carmichael dijo algo que resonó profundamente dentro de Moore:

—¿Esos muchachos que se retiraron? Creo que sé lo que los acabó.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, en un minuto están ahí dándole duro, con todo, y al siguiente están fuera. Como McAllen, por ejemplo. Buen tipo. De ninguna manera iba a retirarse. No tenía ninguna intención de darse por vencido y al minuto siguiente está corriendo por la playa para tocar la campana.

—¿Así que sabes por qué se retiraron? —preguntó Moore, con una mirada dudosa.

Carmichael asintió con la cabeza.

—Sé por qué todos se retiraron: porque no lo tomaron de una hora, una evolución a la vez. Empezaron a pensar demasiado en el futuro y cuántos días más tendrían que sufrir, y eso los acabó.

Moore lanzó un suspiro.

—Puede ser que tengas razón.

Durante la tercera semana, la clase fue introducida al transporte sobre rocas, una evolución que les hacía acuatizar sus botes inflables en un afloramiento de rocas. El oleaje golpeaba con fuerza las piedras como un baterista de heavy-metal y el agua salpicaba sus ojos mientras Carmichael salía con el cabo de proa atado a la cintura. Se levantó sobre las rocas, encontró un buen agarre con sus botas, luego se inclinó hacia adelante para asegurarse de que el bote no volviera a caer al océano. La tarea de Moore era tomar los remos del equipo, saltar, nadar hacia las rocas, salir de la resaca y guardar los remos en terreno seco. Después de que él saltó, los demás lo siguieron, cada uno tratando de arrastrarse fuera del agua que subía y bajaba, con las olas golpeándoles la cara.

Luego Carmichael gritó que se movería hacia arriba y Moore corrió hacia él para ayudarlo a guiar el barco hacia arriba y sobre las rocas mientras los demás finalmente salían de las olas para ayudar.

Cuando terminaron, todos se quedaron ahí parados sobre las rocas, tratando de recobrar el aliento y con el viento salpicando el agua de mar en sus rostros, mientras su instructor meneaba la cabeza y gritaba:

—¡Demasiado lento!

• • •

La cuarta semana de evaluación fue un momento doloroso tanto para los hombres como para los

instructores. Chicos que habían aguantado, que habían hecho todo lo posible, que no habrían desertado, jamás, tuvieron que ser expulsados de la clase ya que simplemente carecían de algunos de los requisitos físicos necesarios: la resistencia, el aguante, los tiempos en el curso-O, etcétera. Estos eran hombres que verdaderamente tenían el corazón y el alma de los SEAL, pero sus cuerpos no podían aguantar las cargas de la posición.

Moore y su compañero de nado, Carmichael, sobrevivieron las pruebas de esa cuarta semana y se estaban preparando para la tristemente célebre, la legendaria, la temida Semana del Infierno, cinco días y medio de evoluciones en entrenamiento continuas, durante las cuales se les permitía un total de sólo cuatro horas de sueño. No cuatro horas de sueño por día, sino cuatro horas de sueño durante los cinco días. Moore no estaba siquiera seguro de que el cuerpo humano pudiera permanecer despierto durante tanto tiempo, pero su supervisor y los instructores le habían asegurado que «la mayoría» de ellos aguantaría.

Moore fue elegido líder de equipo por su destreza constante y ejemplar en el agua y durante las carreras. Ya había demostrado que podía aguantar la respiración más tiempo que nadie en su clase, podía nadar más y correr más rápido. En la tarde del domingo antes de que comenzara la Semana del Infierno, todos esperaban en el interior de una de las aulas, encerrados. Fueron alimentados con pizza y pasta, hamburguesas y *hot dogs*, y Coca-Cola. Vieron algunas viejas películas de Steven Seagal en video y trataron de relajarse.

A las 23:00 horas alguien golpeó la puerta del aula, las luces se apagaron y se desató una lluvia de disparos que golpearon por todas partes. El «rompimiento» había comenzado: el caos de combate simulado. Moore se echó al suelo, tratando de convencerse a sí mismo de que a pesar del ruido, esos hombres estaban disparando cartuchos de fogueo. Un instructor tenía una ametralladora calibre 50 y el arma estaba causando tal estruendo que Moore apenas pudo oír a un segundo instructor gritando, «¿Oyen el silbato? ¿Oyen el silbato? ¡Arrástrense hacia el silbato!». Él y Carmichael lo hicieron, saliendo fuera de la clase y hacia la trituradora, donde fueron golpeados con chorros de mangueras de bomberos durante quince minutos sin recibir ninguna orden. Todo lo que podían hacer era levantar las manos para protegerse los ojos y tratar de salir corriendo del chorro. Finalmente se les ordenó bajar al oleaje. Los instructores continuaron disparando armas y Moore se dio cuenta de que debía haber habido más de dos docenas de instructores contratados para ayudar a desafiarlos durante la Semana del Infierno.

Debes tener una actitud de nunca rendirte, se dijo. *Nunca rendirte.*

Las evoluciones llegaron rápidas y furiosas: entrenamientos en las olas seguidos de preparación física con troncos, e incluso se les encomendó llevar su bote juntos como equipo a través del curso-O. Se enfrentaron a repetidos ejercicios de acuatizaje en rocas, para luego cargar sus botes a la comida, después de casi diez horas de trabajo duro en el primer día.

Debido a que estaban demasiado excitados para dormir el día anterior, y a que habían entrenado durante toda la noche, en la mañana del primer día la privación del sueño ya les estaba pasando factura. El cerebro de Moore estaba confundido. Llamaba al instructor Killian, y Carmichael le recordaba que ya no estaban en el INDOC, que estaban en el verdadero entrenamiento, la Semana del Infierno. A todos se les cerraban los ojos, decían cosas que no tenían sentido y tenían conversaciones muy extrañas con los fantasmas en sus cabezas.

Este era un problema no menor, especialmente para los líderes de equipo que tenían que prestar mucha atención a sus instructores, porque los instructores deliberadamente omitirían instrucciones para una tarea para ver si los líderes de equipo estaban todavía atentos. Si los líderes de equipo se daban cuenta del error y se lo hacían saber a sus instructores, la tarea de su equipo podía llegar a ser mucho más fácil, o incluso podían ser autorizados para omitir la tarea.

Sin embargo, Moore estaba demasiado cansado, a punto de desmayarse, y, ciertamente, no estaba listo para llevar un pesado tronco con el resto de su equipo.

—¡Agarren sus troncos y prepárense! —fue la orden.

La mayoría de los hombres se apresuró a ir a buscar sus troncos, pero varios líderes de equipo se quedaron atrás. Moore no fue uno de ellos. Sobre su hombro, oyó a uno de los líderes del equipo decir:

—Instructor, ¿no querrá decir que quiere que agarremos nuestros troncos y los mojemos y llenemos de arena?

—¡Sí, así es! Su equipo se salta ésta.

Los hombros de Moore se hundieron. Se había equivocado y todo el equipo pagaría por su error.

Esa noche, durante una rara hora y cuarenta y cinco minutos de descanso, Moore se puso un brazo sobre los ojos. Carmichael había estado en lo cierto. Moore no podía dejar de pensar en todo el dolor y sufrimiento que estaban por venir, y la presión de ser responsable de los demás. Le habían dado una posición de liderazgo y él había fallado.

—Oye, hermano —dijo una voz desde la oscuridad.

Se quitó el brazo y vio a Carmichael inclinándose sobre él.

—La cagaste, y ¿qué?

—Tenías razón. Estoy listo para renunciar.

—No, no lo estás.

—Fallé. Déjame renunciar ahora, así no arrastraré al resto del equipo conmigo. Lo estoy haciendo más difícil para todos.

—Tal vez necesitamos llevar el tronco.

—Sí, claro.

Los ojos de Carmichael se abrieron.

—El asunto es el siguiente. Nuestro entrenamiento será aún más duro que el de todos los demás. Cuando lo hayamos pasado, tendremos derecho a presumir de que afrontamos todos los retos y los hicimos de la manera más dura posible. No estábamos buscando el camino fácil. Somos el mejor equipo.

—No lo han dicho, pero sé que los otros muchachos me están culpando por esto.

—Hablé con ellos. No lo están. Están tan hasta la madre como tú. Todos estamos como zombis, hombre, supéralo.

Moore se quedó ahí tendido, sólo respirando un momento, y luego dijo:

—No lo sé.

—Escúchame. Sigue prestando atención, pero incluso si el instructor deja fuera una orden, no

digas nada.

Moore se estremeció.

—Estás loco, hombre. No vamos a sobrevivir. Y Moore no estaba bromeando. Era el final del primer día de entrenamiento y más de la mitad de los muchachos se había ido.

La voz de Carmichael se hizo más severa.

—Vamos a mandar un mensaje contundente. Hace unas semanas nos pidieron comprometernos con la vida del guerrero. ¿Te acuerdas de eso?

—Sí.

—Vinimos a luchar. Y vamos a mostrarles lo duro que podemos luchar. ¿Estás conmigo? Moore se mordió el labio.

—¿No te acuerdas de la cita que nos dijeron? Solo podemos ser derrotados de dos formas: o morimos o nos damos por vencidos. Y no vamos a darnos por vencidos.

—Está bien.

—¡Entonces hagamos esto!

Moore cerró los puños y se sentó en su cama. Miró a Carmichael, cuyos ojos inyectados en sangre, su cara golpeada y quemada por el sol, las ampollas en las manos y su cabeza cubierta de costras eran un reflejo de sí mismo. Sin embargo, Carmichael todavía tenía fuego en los ojos y Moore decidió allí mismo que su compañero de nado estaba en lo cierto, siempre lo había estado. Una evolución a la vez. No hay una manera más fácil. No hay un día fácil.

Moore tomó un largo suspiro.

—Cometí un error. No importa. No vamos a tomar los descansos. Vamos a darles duro. ¡Vamos a darle!

Y por Dios que lo hicieron, arrastrándose por debajo de alambres de púa en el curso-O, entre disparos simulados y humo saliendo de todas partes.

Cubierto de barro, con el corazón lleno de terror, Moore se convenció a sí mismo para seguir. Él no se rendiría.

Luego llegó el momento en que el instructor omitió una orden antes de una de sus carreras de cuatro millas. Los otros líderes de equipo se dieron cuenta.

—¿Se le pasó otra vez más, Moore? —exclamó el instructor.

—¡No!

—¿Entonces por qué no me dijo nada?

—¡Porque este equipo no está en busca de un pase gratis! ¡Este equipo vino aquí a luchar con más fuerza que cualquier otro equipo! ¡Este equipo tiene el corazón para hacerlo!

—Por Dios, hijo, eso es impresionante. Para eso se necesita coraje. Usted acaba de condenar a todo su equipo.

—¡No, Jefe Maestro, no lo he hecho!

—Entonces, ¡vaya y demuéstrelo!

Se echó a correr con su equipo. Era el quinto día de la Semana del Infierno, el último, y estaban corriendo con cuatro horas de sueño, corriendo a partir de un sentido de fuerza de voluntad que ninguno de ellos sabía que poseía hasta ahora.

De hecho, la fortaleza intestinal que demostraron Moore y su equipo fue impresionante, oyó

después. Lograron impulsarse a través de más carreras, acuatizaje en rocas en la noche y piragüismo «alrededor del mundo», cubriendo el extremo norte de la isla y luego regresando a San Diego Bay y la base anfibia. Se lanzaron al asqueroso estiércol de los pozos de demostración y salieron de ahí a arañazos, luciendo como maniquíes de color marrón con ojos brillantes.

—En el improbable caso de que logren sobrevivir los próximos dos días, habrá una deliciosa comida esperándolos —gritó uno de los instructores.

—¡Nos queda un día! —exclamó Moore.

—No, les quedan dos.

Los instructores les estaban mintiendo, jugando con sus mentes, pero a Moore no le importaba.

Los mantuvieron en las heladas olas hasta que estuvieron a solo unos minutos de la hipotermia. Fueron sacados, se les dio sopa tibia, y luego los lanzaron de vuelta al mar. Algunos muchachos se desmayaron, los revivieron y fueron puestos de nuevo en el agua. Moore y Carmichael no flaquearon.

Cuando llegó la hora final, cuando Moore y Carmichael y sus compañeros de clase se sintieron tan cerca de la muerte como nunca, se les ordenó salir del Pacífico y rodar en la arena. Entonces se oyó un grito de su supervisor para que se reunieran a su alrededor. Y una vez que estuvieron todos reunidos, asintió lentamente.

—Todo el mundo, ¡miren alrededor de la playa! Miren a su izquierda. Miren a su derecha. Ustedes son la clase 198. Ustedes son los guerreros que han sobrevivido debido a su trabajo en equipo. Para la clase 198, ¡la Semana del Infierno ha acabado!

Moore y Carmichael cayeron de rodillas, ambos con los ojos llorosos, y Moore nunca se había sentido más cansado, más emocionalmente abrumado, en su vida. Los graznido, gritos y *hooyah* provenientes de tan solo veintiséis hombres sonaban como cien mil romanos listos para atacar.

—Frank, amigo, te debo en grande.

Carmichael se atragantó.

—No me debes nada.

Se echaron a reír, y la alegría, la alegría pura y sin adulterar de saber que lo habían logrado, creció en el corazón de Moore y sintió un escalofrío corriendo su espalda. Pensó que iba a colapsar en tanto el mundo se inclinaba sobre su eje, pero solo era Carmichael que lo estaba ayudando a ponerse de pie.

Más tarde, Moore se convirtió en el Hombre de Honor de la clase 198 por su habilidad para inspirar a sus compañeros para seguir adelante cuando estaban listos para renunciar. Carmichael le había enseñado cómo hacerlo y cuando le dijo a su compañero de nado que era *él* quien debería haber sido nombrado Hombre de Honor, Carmichael sonrió.

—Tú eres el tipo más duro aquí. Verte me ayudó a salir adelante.

11

FUERZA ESPECIAL CONJUNTA JUÁREZ

Oficina de Control de Desvíos de la DEA
San Diego, California
Tiempo presente

Para cuando Moore salió de la interestatal 15, bajó por Balboa y llegó a la oficina de la DEA[19] en la Avenida Viewridge, ya estaba veinte minutos tarde para la reunión. El cabello le caía sobre los ojos y su barba todavía le llegaba hasta la clavícula; dos años de crecimiento que no tardarían en desaparecer y por suerte así sería, ya que habían aparecido algunas canas cerca de su barbilla. Mientras caminaba por el largo pasillo hacia la sala de conferencias, le echó un rápido vistazo a sus pantalones, la tela ahora era un mapa en relieve de arrugas. El que hubiera derramado café sobre su camisa no ayudaba. De eso le echaba la culpa a la mujer con los tres niños que no había notado que el enorme camión de cemento frente a ella había desacelerado rápidamente. Había frenado en seco, lo mismo había tenido que hacer Moore, y su café había obedecido las leyes de la física. Aunque su apariencia lo molestaba, no era la principal preocupación en su mente.

Un nuevo correo electrónico de Leslie Hollander contenía una foto de teléfono móvil de su increíble sonrisa y Moore tuvo dificultades para purgar esa imagen mientras abría la puerta y entraba en la habitación.

Las cabezas se volvieron hacia él.

Suspiró.

—Siento llegar tarde. He estado viajando de un tour a otro en el quinto infierno. Se me había olvidado cómo era el tráfico por aquí.

Un pequeño grupo estaba sentado a ambos lados de una mesa de conferencias de la longitud de un portaaviones. La mesa se veía lo suficientemente larga como para sostener un picnic de cubierta, maniobras de toma y despegue y tal vez un par de aviones Harrier. Cinco individuos habían agrupado sillas cerca de la cabecera y un hombre con el pelo cortado al estilo militar, que brillaba como virutas de acero bajo las luces fluorescentes, se apartó de la pizarra blanca donde había estado escribiendo su nombre: Henry Towers.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó Towers, utilizando su marcador para señalar una silla vacía —. ¿Es usted hombre? ¿O bestia?

Moore esbozó una sonrisa. El pelo y la barba sugerían que había pasado la noche en un frigorífico. Acicalándose un poco, sin embargo, Moore volvería a ser el de antes, y no estaría mal sentir sus mejillas de nuevo. Echó hacia atrás la cabeza.

—¿Dónde está Polk? Me dijeron que el NCS estaría liderando esta fuerza especial.

—Polk está fuera, yo estoy aquí —lanzó Towers—. Supongo que tuvieron suerte, muchachos.

—¿Y usted quién es? —preguntó Moore, pasando alrededor de la mesa, con una carpeta en una mano y el café en la otra.

Towers lo miró con una sonrisa torcida.

—No es un gran lector, ¿verdad?

Un delgado hombre hispano que tenía que ser Ansara (basado en la imagen y el perfil que Moore había examinado) se volvió hacia Moore y se echó a reír.

—Tranquilo, hermano, nos ha hecho esto a todos. Es un buen tipo. Sólo está tratando de alivianar el ambiente un poco.

—Así es, soy un buen tipo —dijo Towers—. Tenemos que aflojar los ánimos por aquí, porque lo que estamos a punto de hacer va a ser tenso. Muy tenso.

—¿De qué agencia es? —preguntó Moore.

—BORTAC. ¿Sabe lo que es eso?

Moore asintió con la cabeza. La Unidad Táctica de Patrulla Fronteriza de los Estados Unidos (BORTAC)[20] era el equipo global de respuesta especial del Departamento de Seguridad Nacional (DHS)[21], la Oficina de Aduanas y Protección Fronteriza (CBP)[22]. Los agentes de la BORTAC estaban desplegados en más de veintiocho países de todo el mundo para responder a amenazas terroristas de todo tipo. Sus armas y equipo eran comparables con los de los SEAL, las Fuerzas Especiales del Ejército, la Fuerza de Reconocimiento de la Infantería de Marina y otras unidades de operaciones especiales. Los equipos de la BORTAC trabajaban junto a las unidades militares en Irak y Afganistán para ayudar a encontrar, confiscar y destruir opio y otras drogas que se contrabandeaban a través de la frontera. Se habían ganado una excelente reputación en la comunidad de operaciones especiales y Moore en varias ocasiones había compartido información de inteligencia con los operadores de la BORTAC, quienes habían exhibido el más alto nivel de profesionalismo.

La unidad había sido fundada en 1984 y a los tres años ya estaba involucrada en operaciones antinarcóticos en América del Sur durante la Operación Snowcap entre 1987 y 1994. Los agentes de la BORTAC se encargaron de ayudar a interrumpir el crecimiento, procesamiento y contrabando de cocaína en una larga lista de países, entre ellos Guatemala, Panamá, Colombia, Ecuador y Perú. Los agentes trabajaron junto con la DEA y el Equipo de Intercepción de la Guardia Costera de los Estados Unidos.

En los últimos años, los equipos de la BORTAC habían adquirido una gama más amplia de responsabilidades que incluían Operaciones Tácticas de Socorro (TRO)[23] durante huracanes, inundaciones, terremotos y otros desastres naturales. Brindaban apoyo en términos de personal, asistencia material y entrenamiento a las agencias locales del orden público.

Moore supo más tarde que Towers llevaba más de veinticinco años con la BORTAC. Había estado desplegado en Los Ángeles durante los disturbios que habían estallado a raíz del juicio de Rodney King. También había participado en la Operación Reunión, en el que la BORTAC allanó una casa en Miami, Florida, con el fin de regresar a salvo al refugiado Elián González a su padre en Cuba. Tras el ataque al World Trade Center, Towers había sido enviado al extranjero para ayudar a personal de las Fuerzas Especiales del Ejército durante algunos de los primeros ataques en Afganistán. En 2002, trabajó con el Servicio Secreto de los Estados Unidos para proteger las instalaciones deportivas en Salt Lake City durante los Juegos Olímpicos de Invierno.

—Lidero el sector de San Diego —continuó Towers—. Sin embargo, el comisionado adjunto quería que trabajara con ustedes, gorilas, en esta operación. En mi humilde opinión, soy especialmente adecuado para este trabajo porque nuestra misión implica tanto la exposición y el desmantelamiento del cártel de Juárez como exponer su relación con terroristas del Medio Oriente, lo que les recuerdo, es el área de experiencia del Sr. Moore.

—Reportándome a servicio como me fue ordenado, *señor* —dijo Moore con un simulado ceño fruncido.

—Ahora está siguiendo la corriente —dijo Towers con una sonrisa sincera—. Bienvenido a la Fuerza Especial Conjunta Juárez. Y de hecho, me han pedido hacerlo nuestro líder del equipo en campo.

Moore se echó a reír entre dientes.

—¿Qué borracho loco sugirió eso?

—Su jefe.

Eso provocó algunas risas alrededor de la mesa.

—Ok, equipo, con toda seriedad, tenemos mucha información que revisar. He oído que ustedes aman las presentaciones en PowerPoint, así que tengo unas cuantas de ellas. Solo denme un minuto para cargarlas.

Ansara gruñó y se volvió hacia Moore.

—Encantado de conocerte. No pusieron mucho en tu expediente.

—Nunca lo hacen. Sólo soy tu espía fantasma amigo, eso es todo.

—Y eras un SEAL de la Armada.

—Con un poco de ayuda de mis amigos.

—Has estado haciendo un buen trabajo en Afganistán y Pakistán. Yo no estoy seguro de si duraría cinco minutos ahí.

Moore sonrió.

—Tal vez diez.

Ansara era un excelente agente del FBI con numerosas operaciones exitosas en su haber. Más recientemente, había estado llevando a cabo operaciones de reconocimiento en el Parque Nacional de las Secuoyas, donde los cárteles estaban cultivando marihuana y donde él había estado siguiendo al sicario que había asesinado a uno de sus colegas. Él era, en la opinión de Moore, un poco demasiado guapo, pero su acogedora sonrisa y tono sugirieron que se habían convertido en amigos.

Sentado junto a él estaba Gloria Vega, una agente de la CIA como Moore de treinta y dos años, que se insertaría en la Policía Federal mexicana. Era una seria mujer hispana de hombros anchos, con el pelo negro recogido firmemente en un moño. Según algunos de los colegas de Moore, era muy apreciada y temida por su naturaleza exigente y dedicación absoluta al trabajo. Era soltera e hija única, y sus padres ya habían muerto. La Agencia era su vida. Punto. La forma en que lo había examinado con la mirada cuando Moore había entrado en la habitación era probablemente solo el comienzo del interrogatorio que tenía para él. El que la Policía Federal era cómplice de los cárteles en México no era nada nuevo; el que un agente de la CIA estuviera trabajando junto a ellos sería tan peligroso como podía ser esclarecedor. El NCS había estado trabajando directamente con las autoridades de la Policía Federal para establecer una relación que le otorgaría a Vega acceso

completo y a la vez protegería su identidad. Eso sonaba bien en teoría; sin embargo, la señorita Vega estaba siendo lanzada a un pozo de serpientes de cascabel y Moore se alegraba de no tener su trabajo.

El hombre sentado frente a ella era David Whittaker, un agente especial de la Oficina de Alcohol, Tabaco, Armas de Fuego y Explosivos (ATF) [24]. Tenía delgado cabello gris peinado hacia atrás, una canosa barba de chivo y anteojos de montura metálica. Llevaba una camiseta de polo azul con el parche de su agencia en el pecho y una placa colgaba de una cadena alrededor de su cuello. Se levantó de su silla para pasarle a Towers una memoria USB, la que probablemente contenía su propia presentación. De acuerdo con su expediente, Whittaker había estado trabajando durante varios años en las operaciones de contrabando de armas de los cárteles y, más recientemente, había ayudado a organizar equipos de diez miembros apostados en siete ciudades de la frontera para abordar el problema. Los cárteles estaban reclutando a «compradores de paja» en los Estados Unidos, que compraban armas de fuego en su nombre y luego le pagaban a alguien para que pasara las armas a través de la frontera. En uno de sus informes, Whittaker señalaba que el cártel de Juárez había creado una elaborada red con base en (de todos los lugares posibles) Minnesota para contrabandear armas hacia México. Debido a que los esfuerzos de seguridad se habían doblado y redoblado en estados como California, Texas y Arizona, los cárteles habían recurrido a medidas más extremas y lugares más remotos como centros de transporte. Los contactos de Whittaker también tendían a indicar que se estaban contrabandeando armas de grado militar de Rusia a través de América del Sur. Ir tras las operaciones de contrabando de armas de los cárteles era tan difícil, peligroso y frustrante como tratar de acabar con sus operaciones de narcotráfico, y el informe de Whittaker terminaba con una ominosa nota: no estaba seguro de que los cárteles pudieran ser detenidos jamás, solo retrasados, reducidos, desmantelados de manera temporal...

Moore captó la mirada del hombre cerca de la cabecera de la mesa, Thomas Fitzpatrick, quien, a pesar de su apellido, podría pasar perfectamente por un sicario mexicano. Su padre era mitad irlandés, mitad guatemalteco, y su madre era mexicana. Había nacido y crecido en los Estados Unidos y había sido reclutado de la universidad comunitaria para unirse a la DEA. Dieciocho meses atrás había sido enviado a México para infiltrar el cártel de Juárez, pero la casualidad quiso que infiltrara con mayor facilidad y se convirtiera en un miembro de confianza de los Sinaloa. Trabajaba para un hombre llamado Luis Torres, quien era la mano derecha de Zúñiga y jefe de su pandilla.

Fitzpatrick, cuyos fibrosos brazos estaban cubiertos de tatuajes de imágenes católicas y cuya cabeza estaba afeitada, entrecerró los ojos y habló rápidamente en español:

—¿Qué tal, Moore? Espero que tu español sea bueno, porque estos tipos te van a liquidar en un segundo si no suenas auténtico. Y para ser honesto, mi misión encubierta en este momento es más importante que tú, así que será mejor que repases tu español y te olvides de todos esos idiomas terroristas que has estado hablando. Ahora estás en las grande ligas.

El español de Moore era excelente, aunque su conocimiento de la jerga de las pandillas y los cárteles sin duda era insuficiente. En efecto, tendría que repasarlos.

Respondió en español:

—No te preocupes, *voto,* Sé lo que tengo que hacer.

Fitzpatrick, que —se hacía llamar Flexxx, se inclinó sobre la mesa e hizo un puño, llevaban

anillos de oro en tres de sus gruesos dedos. Golpeó su puño con el de Moore y luego se acomodó en su asiento.

Gloria Vega le echó un vistazo a Moore y le preguntó en español:

—¿Te has dado una ducha últimamente?

—Sí, pero... sí... aún estoy con *jet lag*.

Ella giró los ojos con expresión de fastidio y luego miró hacia la pantalla del proyector que Towers estaba bajando.

Moore miró la fotografía de inteligencia de los dos hombres jóvenes hispanos.

—¿Supongo que todos han visto esto? —preguntó Towers.

—Sí —empezó a decir Moore, con la esperanza de demostrarles a los demás que no era un absoluto vago—. El hombre de la izquierda es Dante Corrales. Él es el líder de la pandilla del cártel. Se hacen llamar Los Caballeros, si mal no recuerdo. El tipo de la derecha es Pablo Gutiérrez. Mató a un agente del FBI en Calexico. Al Sr. Ansara le gustaría poner sus manos sobre él.

—No tienes ni idea —dijo Ansara, con un silbido de rabia.

Towers asintió con la cabeza.

—Nuestro chico Corrales es un joven muy inteligente, pero no deja de golpear a los Sinaloa de frente. No creemos que sus superiores estén de acuerdo con eso.

—¿Por qué? —preguntó Moore.

Towers miró a Fitzpatrick, que se aclaró la garganta y dijo:

—A causa del Escuadrón de la Muerte, los escuadrones asesinos guatemaltecos. Están de nuevo en acción después de una pausa de dos años. Se han reorganizado y están matando a miembros de los laboratorios de metanfetamina de Ciudad de Guatemala y operaciones marítimas de exportación de Puerto Barrios y Santo Tomás de Castilla en el Caribe. También han asesinado a miembros del cártel en el Puerto de San José y el Puerto de Champerico, en el lado del Pacífico.

—Y déjeme adivinar, sólo están atacando a los otros cárteles. No han tocado al cártel de Juárez.

—Exactamente —dijo Towers—. Así que si quieren aterrorizar a los Sinaloa, ¿por qué no usar a Los Buitres Justicieros? Así se hace llamar su equipo asesino más prolífico... Los Buitres Justicieros.

—Y pensamos que al menos una docena de sus miembros se encuentran ahora en Juárez —dijo Fitzpatrick—. Si piensan que los sicarios regulares son peso pesado, estos tipos son unos dementes.

—Suena como un barril de pólvora —dijo Moore.

—Torres y Zúñiga saben que estos tipos están en la ciudad y están preocupados —dijo Fitzpatrick—. Se habla de golpear a los tipos de Juárez de nuevo, pero Zúñiga está más preocupado por asegurarse un túnel y no está dispuesto a pagarle al cártel de Juárez los derechos para usar uno de los suyos.

—¿Por qué no excava uno propio? —preguntó Vega.

Fitzpatrick lanzó un bufido.

—Ha tratado. Y cada vez que lo hace, Corrales y sus muchachos van y los matan a todos. Tienen mucho más dinero que nosotros. Tienen vigilantes por todas partes. Una enorme red. Corrales también ha sobornado a la mayor parte de los ingenieros de la ciudad, por lo que nunca van a trabajar para Zúñiga. Ese pequeño bastardo tiene todo el lugar bajo llave.

Towers señaló la fotografía.

—Muy bien, nuestro problema es el siguiente. Corrales es, en este momento, el miembro de más alto rango del cártel que hemos identificado, y en este caso la sabiduría convencional de la vieja escuela es cierta: si somos capaces de identificar y eliminar al líder, en la mayoría de los casos el cártel caerá. Estas son operaciones complejas y sofisticadas, y no están manejadas por tontos. Me atrevo a decir que se necesita de un maldito genio para lograr algunas de las cosas que hacen. Quien sea que es nuestro hombre, se ha ocultado muy bien y su organización se ha convertido en el cártel más agresivo de México.

—¿Personas de interés? —preguntó Moore.

—No muchas —dijo Towers—. Hemos investigado al alcalde, al jefe de la policía, incluso al gobernador. Ustedes saben que tipos con menor nivel educativo como Zúñiga mantienen un perfil más alto, lo que satisface sus egos, pero este tipo está extremadamente bien aislado.

Towers puso un diagrama de flujo con código de colores que representaba las diversas facetas de las operaciones del cártel de Juárez. Y añadió:

—La conclusión es esta: tenemos que identificar los vínculos que el cártel de Juárez pueda tener con los terroristas en Afganistán y Pakistán, con los laboratorios de metanfetamina y cocaína en Colombia y Guatemala, y tenemos que vincularlos positivamente a sus operaciones de contrabando de armas en los Estados Unidos. También necesitamos identificar y tratar de exponer los contactos del cártel dentro de las fuerzas policiales locales y federales. Esa es la primera fase. La segunda fase es simple: los eliminamos.

Ansara comenzó a sacudir la cabeza.

—Tenemos mucha tarea. Y yo odio la tarea.

—Pregunta —empezó a decir Moore:—. ¿Zúñiga ha sido abordado alguna vez abiertamente acerca de ayudar a eliminar a los tipos de Juárez? Tal vez él sabe quién está a cargo de su operación.

—Ey, espere un minuto, amigo —dijo Towers, levantando una mano—. Está sugiriendo que el gobierno de los Estados Unidos trabaje en conjunto con un cártel de drogas mexicano.

Moore sonrió.

—Absolutamente.

—No suena nada fuera de lo normal —dijo Vega—. Nos metemos en la cama con un demonio para acabar con otro.

—¿Estás siendo sarcástica? —le preguntó Moore.

—Tienes un buen ojo para lo obvio. Tienes razón. No me fascina la idea.

—Bueno, no es bonito, pero funciona.

—Tengo que asumir que no obtendríamos la autorización para hacer eso —dijo Towers—. Podrán reclutar informantes de ambos cárteles, pero les advierto, esas personas no suelen vivir mucho tiempo.

Moore asintió con la cabeza.

—Tengo algunas ideas. Fitzpatrick, necesito que mantengas tu oído en el campo. Cualquier signo de actividad con Medio Oriente, los árabes, lo que sea, necesito saberlo.

—Nada hasta el momento, pero lo haré. Y si leíste mi informe, sabrás que no he conocido a Zúñiga aún, por lo que no sé si él sabe quién está manejando el cártel. Le he preguntado a Luis, pero

él no lo sabe.

—Ok —respondió Moore.

Ya que Fitzpatrick había hecho un excelente trabajo infiltrando y haciendo un reconocimiento en campo del cártel de Sinaloa, tomó la palabra durante unos minutos, describiendo la operación del cártel, sus activos y su deseo de usurpar el cártel de Juárez y su dominio absoluto sobre las áreas de cruce de la frontera más deseables. Pero era información que ya figuraba dentro de su informe y él la adornaba cada vez más mientras continuaba.

—Señor Moore, no sabemos mucho acerca de sus operaciones en Pakistán —dijo Towers cuando Fitzpatrick hubo tomado asiento—. Nos han entregado el expediente sobre Tito Llamas, el hombre que apareció en un maletero en Pakistán.

—Así vi —respondió Moore—. Es nuestro primer vínculo. El cártel está comprando más opio de Afganistán, pero no estamos seguros de por qué Llamas fue enviado allí. Su muerte podría haber dañado su relación.

—Esperemos que así sea.

—No puedo imaginar un cártel dispuesto a dejar que los terroristas crucen la frontera hacia los Estados Unidos —dijo Vega—. ¿Por qué dejar que maten a tus mejores clientes y exponerte a masivas represalias por parte de los Estados Unidos?

—¿Qué hay de Zúñiga? —preguntó Moore, dirigiéndose a Fitzpatrick—. ¿Crees que desee ayudar a los talibanes a pasar, solo para lastimar al cártel de Juárez?

—De ninguna manera. Por lo que Luis me ha dicho, esto se ha discutido largo y tendido. No creo que ningún miembro de ningún cártel ayude a terroristas conocidos. Tendría que ser un grupo independiente de coyotes, tipos que simplemente estén en eso por una ganancia rápida. Algo por el estilo. Pero los cárteles tienen un buen manejo de esos guías. Por lo general no dan un paso sin que el cártel lo sepa.

—Bueno, entonces, me puedo ir a casa —dijo Moore, con una leve sonrisa—. Ya que los cárteles están protegiendo nuestras fronteras frente a las amenazas terroristas para que podamos seguir comprando sus drogas.

—Ey, baje la velocidad, amigo —dijo Towers, sonriendo frente a la ironía del comentario—. Es posible que los cárteles no quieran ayudar por voluntad propia, pero los talibanes o Al Qaeda podrían entrar por la fuerza.

Fitzpatrick suspiró, frustrado.

—Todo lo que puedo decir es que es mejor que traigan grandes armas, porque cada vez que los Sinaloa se meten con los tipos de Juárez, siempre perdemos.

—No nos engañemos. Los terroristas ya están aquí. Están en todas partes a nuestro alrededor. Las células de agentes durmientes están a la espera para atacar —dijo Vega.

—Tienes razón —dijo Fitzpatrick.

—¡Ah, la vida es bella! —dijo Moore, con un gruñido.

—Ok, vamos un paso a la vez. Tengo algunos grandes activos a los que puedo llamar en caso de que los necesitemos; de lo contrario, nuestro limitado tamaño y alcance es lo que nos da ventaja. Ansara, empezarás en Calexico. Ve si te puedes ganar unas mulas para nuestro equipo. Los agentes en el puesto de control allí confiscaron casi un millón de dólares en cocaína y marihuana la semana

pasada. El cártel escondió las drogas en un compartimento secreto construido en el tablero, probablemente la cosa más sofisticada que hemos visto. Se necesitaba un control remoto y un código de acceso para abrir el panel. Algo muy sorprendente. Incluso envolvieron las drogas en una capa de salsa picante para tratar de despistar a los perros. Ese es el nivel de sofisticación con el que estamos tratando aquí. Vega, tú vas a meterte al fondo. Ya sabes qué hacer. Flexxx, tú simplemente vuelve a donde Zúñiga. Whittaker, tú vuelve a casa, a Minnesota. Y sólo nos queda usted, Sr. Moore.

Sonrió.

—Vamos a empacar. Próxima parada: México.

12

ALIADOS Y ENEMIGOS

Aeropuerto de París-Charles de Gaulle
Terminal 1

Ahmad Leghari era miembro los talibanes punyabi y tenía previsto reunirse con el mulá Abdul Samad en Colombia. Leghari tenía veintiséis años e iba vestido con pantalones conservadores, camisa de seda y una chaqueta ligera. Llevaba una mochila como equipaje de mano y ya había despachado otra maleta. No llevaba nada sospechoso en su equipaje. Sus credenciales estaban en orden y nadie lo había confrontado hasta ahora. La mujer en el mostrador de facturación de hecho había sido amable y había tolerado su rudimentario francés, a pesar de que le habían advertido acerca de la reputación del aeropuerto de tener empleados groseros y con exceso de trabajo. Por otra parte, no había ninguna razón para creer que él estaba en la lista de los Estados Unidos de personas a las que no se les está permitido volar. Su confianza en este aspecto se justificaba. La lista de aproximadamente nueve mil nombres había sido públicamente criticada como costosa, llena de falsos positivos y fácil de sortear. Numerosos niños, muchos menores de cinco años y otros de ni siquiera uno, aparecían en la lista. En cambio, la lista no había podido detectar en el momento oportuno al terrorista Umar Faruk Abdulmutallab, el bombardero del vuelo NWA 253, ni a Faisal Shahzad, el terrorista del auto-bomba en Times Square. El falso positivo más notable había sido el del fallecido senador Edward «Ted» Kennedy. El nombre «T. Kennedy» le dio al político considerables inconvenientes y molestias cada vez que volaba. El hecho de que «Ted» era un apodo, no el nombre real del senador, parecía no importar. Kennedy finalmente solucionó el problema yendo directamente donde el director de Seguridad Nacional, una opción no disponible para el ciudadano promedio y un hecho públicamente señalado por el propio senador.

Cómo la gente llegaba a estar en la lista se suponía que era un secreto celosamente guardado y solo se revelaban pedazos de información durante las audiencias del Congreso estadounidense. Sin embargo, los talibanes habían construido un análisis práctico de cómo alguna de su gente terminaba en esa lista. Un primer paso podía ser que un agente de la policía o de inteligencia recopilara información y la presentara al Centro Nacional Antiterrorista en Virginia, conocido como Liberty Crossing, donde se ingresaba en una base de datos clasificada conocida como *Terrorist Identities Datamart Environment24* (TIDE). Dicha información era luego procesada para atar cabos y buscar nombres e identidades. Si ese proceso producía más resultados, entonces la información de inteligencia se trasladaba al Centro de Detección de Terroristas, también en Virginia, para más análisis. Cada día, más de trescientos nombres eran enviados al centro. Si en ese punto la información de un sospechoso era causa de una «sospecha razonable», podría terminar en la lista de vigilancia de terroristas del FBI utilizada por el personal de seguridad de los aeropuertos para

someter a algunos viajeros a revisiones adicionales, pero sí, aún podían volar. Los talibanes habían descubierto que para que alguien estuviera en la lista de prohibición de vuelo, las autoridades tenían que tener sus nombres completos, sus edades e información de que eran una amenaza para la aviación o la seguridad nacional. Si bien los talibanes no podían confirmarlo, habían oído que la decisión final para agregar un nombre a la lista correspondía a seis administradores de la Administración de Seguridad en el Transporte (TSA)[25]. Incluso si estaban en la lista de prohibición de vuelo, a algunos de los sospechosos aún se les permitía viajar con escoltas y, a menos que fueran buscados por un delito específico, muchos en la lista que intentaban volar simplemente eran detenidos en la puerta, puestos en cuarentena, cuestionados y finalmente puestos en libertad.

Los sospechosos también podían ser colocados en la «lista de seleccionados», que automáticamente los hacía pasar a través de medidas de revisión adicionales si cumplían con ciertos criterios que podían incluir la reserva de un vuelo de ida solamente, el pago en efectivo de los boletos, hacer reservas el mismo día del vuelo y volar sin identificación.

Leghari se había estado preparando para este viaje durante casi nueve meses, memorizando el trazado de la terminal, teniendo en cuenta lo que la gente le diría y cómo iba a reaccionar. Había pasado la mayor parte de su vida en Dera Ghazi Khan, una ciudad fronteriza azotada por la pobreza en la provincia de Punyab con una falange cada vez mayor de escuelas religiosas de línea dura.

Sus padres eran veteranos de la insurgencia patrocinada por el Estado de Pakistán contra las fuerzas indias en Cachemira hasta que la presión de los Estados Unidos obligó al entonces presidente Pervez Musharraf a retirar el apoyo al grupo punyabi. Sus padres se habían visto obligados a huir a las zonas tribales, donde habían profundizado sus lazos con los talibanes y Al Qaeda. Leghari fue dejado al cuidado de familiares.

Esto, más que ninguna otra cosa, condujo al resentido muchacho a la madraza local dirigida por Muhammad Ismail Gul, un centro de reclutamiento para el prohibido grupo de talibanes punyabi Lashkar-i-Jhangvi.

Leghari respiró hondo y entró en el escáner de ondas milimétricas hexagonal de cuerpo entero. El aeropuerto había estado probando la polémica tecnología durante meses a todos los pasajeros de vuelos con destino a los Estados Unidos, pero más recientemente había ampliado su ámbito de uso. Se le indicó a Leghari levantar los brazos y luego unas placas moviéndose en forma simultánea emitieron ondas de radio de alta frecuencia extrema (EHF) en la parte delantera y trasera de su cuerpo. La energía reflejada produjo una imagen interpretada por el personal de seguridad. Por supuesto, no llevaba líquidos, objetos cortantes o cualquier cosa que activara una alarma.

Sin embargo, cuando se desplazaba por un corredor de acero pulido y cristal, siguiendo grandes carteles de color amarillo, fue abordado por dos hombres en uniformes azul oscuro, junto con una amistosa agente del mostrador de facturación.

—¿Ese es él? —le preguntaron en inglés a la agente.

—*Oui*.

El hombre más alto le dijo algo que Ahmad no entendió por completo, pero unas pocas palabras lo dejaron helado: Asesor de Inmigración de la Oficina de Aduanas y Protección Fronteriza de los Estados Unidos. Una de las insignias en el uniforme del hombre mostraba la bandera estadounidense.

Dio un paso atrás y tragó saliva. ¿Seguridad estadounidense aquí? Sus entrenadores no habían

previsto esto.

De repente, no pudo respirar.

Le hablaron de nuevo, más lentamente, y la mujer le dijo en francés que iba a tener que ir con los hombres.

Ahmad se quedó sin aliento. Y entonces, sin pensarlo, sin preparación alguna en absoluto, se puso a correr. En línea recta. Por el pasillo. Los hombres le gritaban. Él no miró hacia atrás.

Mientras se abría camino a través de los viajeros arrastrando maletas con ruedas o equilibrando cuidadosamente sus tazas de café, se desprendió de su propia mochila, que le estaba pesando demasiado. Dejó el bolso a su paso y corrió a toda velocidad.

Los hombres le gritaron de nuevo.

No se detuvo. No lo haría. Llegó a un cruce, se metió por la esquina derecha y empezó a sonar una alarma a todo volumen dentro de la terminal y se oyeron voces por los altavoces.

Una voz masculina francesa finalmente les ordenó a todos los pasajeros permanecer en sus salas de embarque.

Por delante había una barrera de puertas de vidrio, pero más allá había un área de mantenimiento con camiones de equipaje alineados en ordenadas filas. El letrero decía algo sobre acceso restringido. No le importaba.

Afuera. Tenía que salir afuera.

Pero luego casi se estrelló contra un oficial de seguridad del aeropuerto. Trató de esquivar al hombre corpulento, pero éste lo tacleó y Ahmad cayó al suelo, con sus manos buscando a tientas y encontrando la pistola del hombre. La tomó, se apartó del hombre y le disparó dos tiros en el pecho. Se puso de pie de un salto, la gente a su alrededor gritaba y se hacía a un lado, los disparos aún resonaban, los estadounidenses detrás de él gritaban... y luego oyó un crujido, como fuegos artificiales.

Sintió un dolor agudo y punzante en su espalda que lo llevó de vuelta al piso de baldosas. De repente, se estaba ahogando, con su propia sangre, lo sabía. Se dejó caer, rodó sobre su espalda y se imaginó a sí mismo cayendo en los brazos abiertos de miles de vírgenes. *¡Allahu Akbar*!

Lo alcanzaron y siguieron gritando, las caras de los estadounidenses se retorcían como feas máscaras y lo apuntaban con sus armas mientras las siluetas del mundo se oscurecían.

Casa en la selva
Al noroeste de Bogotá, Colombia

Samad se secó el sudor de la frente y se alejó de la pantalla de la computadora portátil, donde recién había visto un reporte noticioso de Al Jazeera del tiroteo en París-Charles de Gaulle.

De los quince talibanes que vendrían a Colombia, cada uno por una ruta diferente, sólo uno había sido atrapado; por supuesto, el más joven y con menos experiencia. Ahmad Leghari no se había dado cuenta de que los estadounidenses no tenían autoridad para detenerlo en París. Ellos estaban allí solo en calidad de asesores. Su documentación y pasaporte eran intachables. Lo habrían detenido, interrogado y probablemente puesto en libertad. En cambio, había entrado en pánico. Sin embargo, quedaba la pregunta de cómo lo habían identificado. Pero bueno, los estadounidenses pagaban muy bien a los miembros de las tribus para espiar las operaciones de los talibanes y Samad tuvo que

asumir que eso era lo que había sucedido. No pudo más que suspirar profundamente y sacudir la cabeza mirando a Niazi y Talwar, ambos sentados frente a él y bebiendo pequeñas botellas de Pepsi, ya que su bárbaro anfitrión no tenía té.

Mientras tomaba un trago de su propia bebida, Samad oyó una vez más las palabras del mulá Omar Rahmani en su cabeza: *«Tú los liderarás. Tú llevarás la yihad de vuelta a los Estados Unidos... y debes utilizar los contactos que has hecho con los mexicanos para hacer eso. ¿Entiendes?»*.

Samad sólo podía mirar enfurecido al enorme cerdo que entró en la casa con un cigarro sin encender colgando de sus labios. Si Juan Ramón Ballesteros se había bañado en la última semana, necesitaría un abogado para demostrarlo. Se quitó el cigarro de la boca, se acarició la barba plateada y dijo en español:

—Voy a ayudarlos a llegar a México, pero el submarino no estará disponible.

—¿Qué? —exclamó Samad, practicando su propio español—. Se nos prometió y usted ha sido bien pagado por ello.

—Lo siento, pero vamos a tener que hacer otros arreglos. El submarino estará sobrecargado con mi producto, y el suyo, y a los otros dos se les está haciendo mantenimiento en este momento. Cuando hicimos este acuerdo, fui muy cuidadoso en decirle a Rahmani que una vez que el opio llegara a Colombia, yo me haría cargo del cargamento. Tienen una mejor posibilidad de éxito de esta manera. ¿Entiende?

Samad apretó los dientes. Su colaboración era sin precedente, pero la obra de un genio, según miembros del cártel de Juárez. En lugar de que Ballesteros y su cocaína compitieran con el opio en el contrabando, ¿por qué no se asociaban para simplificar y acelerar el proceso de transporte? El cártel de Juárez pagaría bonos a ambas organizaciones por comportarse y llevarse bien. Era una relación única y esperaban que los estadounidenses no la tuvieran prevista. Ballesteros ya había establecido una docena de rutas de contrabando por tierra, mar y aire, y Rahmani había visto la sabiduría en eso y había estado dispuesto a pagar por el acceso a las rutas y los cargadores.

—El resto de mi grupo estará aquí pronto —le dijo Samad a Ballesteros—. ¿Cómo espera que lleguemos a México? ¿Caminando?

—Estoy viendo un avión que los llevará hasta Costa Rica. Pero no se preocupe por eso ahora. Tendremos que ir a Bogotá pronto. Tal vez mañana. Mire, acordemos que no nos caemos bien, pero nuestro empleador ha pagado muy bien por esto así que vamos a ser tolerantes.

—De acuerdo.

—También debe prometer que nunca le dirá a nadie acerca de cómo lo he ayudado con, digamos, sus planes de viaje. Ni a nuestro empleador. Ni a nadie.

—No tengo razón para hablar de esto con nadie más que usted —mintió Samad.

Sabía que el jefe del cártel de Juárez podía ayudarlos a él y a sus hombres a conseguir un paso seguro a los Estados Unidos y tenía toda la intención de buscar la ayuda de ese hombre. Claro, Ballesteros, el cerdo podía ayudarlo a llegar a México, pero una vez allí, sería difícil cruzar la frontera sin ayuda.

Ballesteros se volvió hacia la puerta y maldijo el calor.

Fue entonces cuando de repente estallaron disparos a través de las paredes y ventanas, los

vidrios se rompieron en pedazos, los hombres afuera gritaban, y más disparos resonaron como eco de la primera ola.

Samad se echó al suelo junto con sus lugartenientes y Ballesteros estaba allí también, ileso, pero haciendo una mueca mientras otra andanada de disparos estallaba contra las paredes, convirtiendo la madera en estillas y lanzando motas de polvo hacia el techo.

—¿Qué es esto? —exclamó Samad.

—Todos tenemos enemigos —dijo Ballesteros con un gruñido.

Hotel Serena Islamabad
Islamabad, Pakistán

Israr Rana no había sido muy receptivo a ser reclutado por la CIA. Le había tomado a Moore casi tres meses para convencer a Rana que el trabajo no solo podía ser emocionante y lucrativo, sino que Rana podría estar haciendo algo por el bien común y ayudando a mantener segura su propia nación. Ir a la universidad se suponía que debía ser su prioridad, pero en la medida en que Rana era entrenado por Moore y enviado a reunir información, encontró el trabajo muy emocionante. Había visto todas las películas de James Bond e incluso se había aprendido de memoria algunos de los diálogos, los que había usado durante las conversaciones con Moore, para disgusto del hombre. De hecho, Rana había perfeccionado su inglés a través del cine estadounidense. Por desgracia, sus acaudalados padres jamás aprobarían que hiciera este tipo de trabajo, por lo que pensó en divertirse haciéndolo, al menos por un rato, hasta que se aburriera. Es cierto que Moore podría haber recurrido a otros medios para reclutarlo, medios menos éticos, como el chantaje (y Moore incluso había descrito cómo funcionaba), pero le había dicho que quería crear un aprendizaje real fundado en la confianza y Rana respetaba tanto eso que lo impulsaba a trabajar aún más duro en la recopilación de información para su amigo y mentor.

En este momento estaba bien acurrucado en una zanja a lo largo de las colinas con vista al hotel y su pulso aumentó mientras le escribía un mensaje de texto a Moore:

GALLAGHER UBICADO. HOTEL SERENA. ISLAMABAD.

Rana estaba a punto de decirle a Moore que su querido colega era de los más sucios que había. Gallagher ahora estaba trabajando con conocidos lugartenientes talibanes y se había reunido con varios de ellos en el hotel. Rana pensó que él bien podría haber matado a la familia de Khodai, cuando en realidad le habían encargado protegerla. Cada hombre tenía un precio y los talibanes habían pagado el de Gallagher.

Rana no los oyó venir por detrás suyo. Una mano de repente le arrancó el teléfono de las manos y mientras se daba vuelta, un garrote cayó sobre él haciendo eco con un golpe que lo dejó inconsciente.

La cabeza de Rana colgaba sobre su pecho y un fuerte dolor punzante emanaba de la parte de atrás de su cuello y por el lado de su cara.

Abrió los ojos sólo para encontrar unas cortinas de color azul y verde granuloso, y luego una luz

brillante en sus ojos.

—Tú eres el traidor que está trabajando para los americanos, ¿no?

El hombre que le había hecho esa pregunta estaba cerca, aunque Rana todavía no podía verlo. La visión borrosa persistía y sentía como si no tuviera control de su cabeza.

A juzgar por el sonido de su voz, el hombre era joven, de no más de treinta años, y probablemente uno de los lugartenientes que Rana había estado observando.

—Lo siento, muchacho —dijo otra voz, y ésta sí la conocía. Gallagher. Su acento era inconfundible.

Y entonces Rana no pudo dejar de tratar de hablar, sintiendo una extraña sensación de entumecimiento en sus labios.

—¿Qué estás haciendo con ellos?

—Moore te envió tras de mí, ¿eh? No podía dejar las cosas como estaban. Eres un buen chico.

—Por favor, déjame ir.

Una mano cayó sobre su mejilla y finalmente reunió las fuerzas para levantar la cabeza y mirar hacia arriba. El rostro marchito de Gallagher entraba y salía de foco, y Rana se dio cuenta de que no estaban en una habitación de hotel, sino en una cueva en algún lugar, quizás en la zona tribal de Bajaur al noroeste del hotel, y el azul y verde que había visto antes eran parte de la túnica y los pantalones de Gallagher.

—Está bien, te dejaremos ir, pero primero vamos a hacerte algunas preguntas sobre lo que has estado haciendo y sobre lo que tú y Moore han averiguado aquí en Pakistán. ¿Lo entiendes? Si cooperas, te dejaremos libre. No te haremos daño.

Con cada parte de su ser Rana quería creer que eso era verdad, pero Moore le había dicho que eso era exactamente lo que le dirían si era capturado. Le prometerían la libertad, lo harían hablar y luego lo matarían una vez que hubieran averiguado lo que necesitaban saber.

Rana se dio cuenta con un escalofrío de que ya estaba muerto.

Y era tan joven. Ni siquiera había salido de la universidad. Nunca se había casado. No tenía hijos. Había tanto de la vida esperando por él... pero él nunca llegaría a esa parada.

A sus padres se les partiría el corazón.

En ese momento, apretó los dientes y comenzó a jadear de ira.

—Rana, hagámoslo fácil —dijo Gallagher.

Respiró hondo y habló en inglés, utilizando palabras que Moore le había enseñado:

—Vete a la mierda, Gallagher, maldito traidor. Me vas a matar de todas formas, así que manos a la obra, desgraciado.

—Ahora te haces el valiente, pero la tortura será larga y terrible. Y tu amigo, tu héroe Moore, te ha dejado aquí para pudrirte. ¿Vas a permanecer leal a alguien que te ha abandonado? Quiero que pienses en eso, Rana. Piensa muy cuidadosamente acerca de eso.

Rana sabía que Moore no se había ido de Pakistán intencionalmente. Lo habían mandado a llamar y esa era la naturaleza de su trabajo como agente. Él había mencionado eso varias veces y le había explicado que otros agentes podrían comunicarse con él y que su relación con la Agencia era muy importante para ellos.

Pero Rana no estaba seguro de poder hacer frente a la tortura. Se imaginó que le cortaban los

dedos de las manos y los pies, que colocaban cables de batería en sus genitales y que le sacaban los dientes. Se los imaginó cortándolo, quemándolo, sacándole uno de sus ojos y permitiendo que lo mordieran serpientes. Se vio a sí mismo tendido en el suelo, descuartizado como un cordero y sangrado hasta que el frío lo consumiera.

Tiró de las amarras alrededor de sus muñecas y tobillos.

Su visión finalmente se aclaró. Gallagher estaba ahí parado con los dos lugartenientes talibanes detrás. Uno de los hombres tenía agarrado un cuchillo grande, mientras que el otro estaba apoyado en un tubo de metal, usándolo como una especie de bastón.

—Mírame, Rana —dijo Gallagher—. Te prometo, si nos dices lo que necesitamos saber, te dejaré ir.

—¿Crees que soy tan estúpido?

Gallagher retrocedió.

—¿Crees que soy tan cruel?

—Vete a la mierda.

—Muy bien, entonces. Lo siento —miró a los hombres—, vas a llorar como un bebé y nos vas a decir todo lo que queremos saber.

Gallagher le hizo una seña al hombre con el cuchillo.

—Corta sus amarras. Y luego vamos a empezar con sus pies.

Rana temblaba. Contuvo la respiración. Y sí, lloró como un niño.

El pánico se apoderó de él en la forma de temblores a través de su pecho y estómago. Tal vez si hablaba, si les decía todo, lo liberarían. No, no lo harían. ¿Pero tal vez sí lo harían? No quedaba nada en qué creer. Y ahora se sacudía tan violentamente que estaba a punto de vomitar.

—¡Está bien, está bien, te ayudaré! —gritó.

Gallagher se acercó y le sonrió de manera siniestra.

—Sabíamos que lo harías...

13

LUGAR DE PERTENENCIA

Hotel Bonita Real
Ciudad Juárez, México

Todos los dispositivos de alta tecnología del mundo no podrían sustituir un par de botas sobre el campo recolectando inteligencia humana (HUMINT), y eso, reflexionaba Moore a menudo, lo había mantenido en un trabajo bien remunerado durante todos estos años. Cuando los ingenieros inventaran un androide que pudiera hacer todo lo que él hacía, entonces podría verse obligado a colgar su pasamontañas y entregar su tarjeta de espionaje, porque, en su humilde opinión, el mundo pronto estaría llegando a su fin en tanto las máquinas tomaban el control. Un viejo tema de ciencia ficción se convertiría en realidad y Moore lo vería desarrollarse desde las tribunas, con, esperaba, un *hot dog* en una mano y una cerveza en la otra.

Sin embargo, aún se maravillaba por toda la información altamente codificada que podía ver en su teléfono inteligente. En ese momento, estaba viendo la transmisión en tiempo real de imágenes satelitales del hotel para poder observar las idas y venidas de todos afuera, incluso mientras estaba bien metido en su cama, con los pies en alto y las noticias de la mañana en la televisión de fondo. Los satélites espías utilizados para darle esas imágenes de inteligencia eran manejados por la Oficina Nacional de Reconocimiento (integrada por personal del Departamento de Defensa y de la CIA) y colgados en órbitas terrestres bajas para optimizar la resolución durante varios minutos antes de que cada uno le pasara el trabajo al siguiente satélite en línea en un sofisticado relevo de transferencia de datos.

También estaba recibiendo alertas de texto de los analistas en casa, en los Estados Unidos, que estaban viendo las mismas imágenes y podían llamar su atención sobre cualquier cosa que notaran. Otras ventanas le mostraban la ubicación GPS de todos los demás miembros de la Fuerza Especial Conjunta (JTF)[26] y otra ventana mostraba aún más fotografías de otros objetivos en la ciudad, como la casa del rancho del líder del cártel, Zúñiga. Era, de hecho, una campaña de vigilancia compleja y agresiva ideada por *geeks* bebiendo *lattes* a medio mundo de distancia.

Moore se había registrado en el hotel propiedad de Dante Corrales (señalado por Towers como el miembro de más alto rango del cártel que las autoridades habían identificado hasta el momento). Como todos los buenos vendedores de drogas, Corrales estaba empezando a rodearse de negocios legítimos, pero aún así, se cometerían errores, se lavaría dinero y la pobre gente honesta que empleara o bien se vería implicada en sus crímenes o simplemente perdería su trabajo cuando sus operaciones fueran cerradas y él fuera arrestado.

Sin embargo, no sería detenido en el futuro cercano. Necesitaban que estuviera libre para ayudarlos a identificar al dueño y señor de la operación, y Corrales parecía ser justo el tipo de

peligro ambulante que podía hacer eso.

La biografía que tenían sobre él era fragmentaria, obtenida de informantes de la calle y documentos personales que habían sido capaces de conseguir. El que sus padres hubieran muerto en un incendio en un hotel y él se hubiera comprado uno era interesante. Su arrogancia era muy apreciada por la Agencia y podría ser explotada. Su afición por los autos llamativos y la ropa lo hacían ridículamente fácil de detectar en la ciudad. El tipo probablemente tenía un cartel de *Caracortada* colgando encima de su cama, y en cierto modo, se parecía a Moore cuando tenía diecisiete años: combativo, lleno de valentía, con poco sentido de cómo las elecciones que hiciera hoy afectarían su futuro.

Moore se levantó, dejó el teléfono y se puso una camisa polo y pantalones caros. Se había cortado un poco el cabello y lo llevaba recogido en una cola de caballo, y su barba rapada estaba muy lejos del babero de langosta que había lucido en Afganistán y Pakistán. Se había puesto un pendiente de diamantes falso para darle un toque. Cogió un maletín de cuero y se dirigió hacia la puerta. Su cronómetro Breitling leía las 9:21 a.m.

Tomó el ascensor para bajar desde su habitación en el cuarto piso a la primera planta y el hombre en la recepción, cuya insignia decía IGNACIO, le hizo un gesto cortés.

Detrás de él estaba una joven impresionantemente hermosa de pelo largo, oscuro y ojos de vampiro. Llevaba un vestido plateado y marrón, y un crucifijo de oro colgaba sobre su escote. Sus firmes pechos resaltaban, pero no eran unos ridículos globos de agua de estrella porno tampoco.

Moore sacó su teléfono inteligente, se detuvo, fingió ver un correo electrónico y tomó una foto silenciosa algo azarosa de la mujer.

Frunció el ceño una vez más, pulsó otra página en el teléfono y luego miró hacia arriba. La mujer le dio una sonrisa superficial y él le devolvió la sonrisa y se dirigió afuera hacia su auto alquilado. Una vez en el auto, le envió la foto de la mujer a los muchachos de Langley.

Quince minutos más tarde, se reunió con la agente de bienes raíces al otro lado de la ciudad, pero no antes de pasar conduciendo junto a una pequeña taberna donde varias patrullas de la policía local estaban estacionadas en fila y los oficiales estaban sacando a varios hombres con las manos esposadas. Vaya, una redada matutina en un bar en Juárez.

La agente de bienes raíces era una mujer obesa con sombra de ojos azul brillante y bigotes. Apenas había salido de un Kia coupé oxidado y cubierto de polvo, y le estrechó la mano vigorosamente.

—Tengo que ser honesta con usted, señor Howard. Estas propiedades han estado en el mercado desde hace más de dos años y no he recibido ni una llamada sobre ellas.

Moore, conocido como el Sr. Scott Howard, dio un paso atrás para mirar las dos viejas plantas de manufactura, una junto a la otra, en veinte acres de tierra estéril y polvo, los edificios en sí se veían como si hubieran resistido varios tornados, con sus muros llenos de *graffiti* aún en pie, pero no mucho más. Entre los tramos de vidrios rotos y la bruma gris que se había establecido de forma permanente en torno a los lotes y se derramaba más allá de la cerca de alambre rota, Moore no pudo evitar hacer una mueca. Sacó su teléfono y tomó algunas fotos. Y luego forzó una amplia sonrisa y

dijo:

—Señora García, le agradezco que me los mostrara. Como le dije por teléfono, estamos buscando propiedades en todo México para construir plantas de ensamblaje de nuestros paneles solares. Nuestras plantas de ensamblaje estarán aquí, mientras que nuestras actividades administrativas, de ingeniería y de almacenaje permanecerán en San Diego y El Paso. Estoy buscando terrenos como este, con excelente acceso a las carreteras.

Moore se estaba refiriendo a una operación conocida como una maquiladora, el nombre de un programa entre los Estados Unidos y México que establecía bajos impuestos para productos ensamblados en México. Literalmente, miles de maquiladoras operaban en ambos lados de la frontera.

De hecho, Moore había cenado con un viejo compañero SEAL que se había ido a trabajar a GI (General Instruments), una compañía de telecomunicaciones. Su amigo se había convertido en el gerente general de las maquiladoras de GI y cuando había llegado el momento de pasar las materias primas procedentes de los Estados Unidos a México, se había encontrado con un obstáculo. Todos los productos para manufactura tenían que provenir de México y no podían ser propiedad de GI. El amigo de Moore había ideado una solución inteligente: habían vendido la mercancía a una empresa de camiones mexicana que la ingresó a México, y una vez allí, la había vuelto a comprar al costo más una *mordida* (un soborno), como mercancías originarias de México. En palabras de su amigo, «México funciona a base de *mordida*». El recuerdo de aquella cena le había ayudado a Moore a idear su historia para su misión encubierta mientras estaba en Ciudad Juárez.

Mientras la agente de bienes raíces sonreía, Moore miró más allá de ella a dos tipos estacionados al otro lado de la calle. Lo estaban siguiendo y estaba bien. No esperaba nada menos. Sólo se preguntó si eran del cártel de Juárez o del de Sinaloa.

O peor aún... podrían ser guatemaltecos. Buitres Vengadores...

Moore levantó las cejas.

—Creo que estos terrenos funcionarán a la perfección y me gustaría reunirme con el dueño para hablar de su precio.

La mujer hizo una mueca.

—Me temo que eso no es posible.

—Oh, perdón, ¿por qué? —Moore atemperó su curiosidad, porque ya sabía por qué: los terrenos eran propiedad de Zúñiga, el líder del cártel de Sinaloa.

—El propietario es un hombre muy privado y viaja mucho también. Todo esto será manejado a través de sus abogados.

Moore hizo una mueca.

—Esa no es la manera en que me gusta hacer negocios.

—Entiendo —dijo ella—. Pero él es un hombre muy ocupado. Es muy raro que yo pueda siquiera hablar por teléfono con él.

—Bueno, espero que trate. Y espero que él haga una excepción en mi caso. Dígale que valdrá su tiempo y su dinero. Ahora aquí tengo...

Moore tomó su maletín y sacó una carpeta llena de material de marketing de su empresa ficticia. Un finísimo dispositivo GPS estaba incrustado en la carpeta. Moore esperaba que ella le diera el

material a Zúñiga y que él de hecho le hiciera un seguimiento y le echara un vistazo a su compañía, sólo para darse cuenta de que era falsa.

Uno no se presentaba simplemente en la puerta de la casa del líder de un cártel de drogas, tocaba el timbre y preguntaba si podían hacer negocios. Nunca conseguiría esa reunión. En primer lugar, había que inspirar su curiosidad, hacerlo tan curioso, de hecho, que demandara verte. Este era un juego que Moore había jugado muchas veces con los señores de la guerra en Afganistán.

—Tome, por favor comparta esto con el propietario.

—Señor Howard, voy a hacer mi mejor esfuerzo, pero no puedo prometerle nada. Espero que pase lo que pase, usted considere seriamente esta propiedad. Como dijo, es perfecta para su nueva operación.

Apenas había terminado su argumento de venta, cuando el fuego de armas automáticas resonó en la distancia. Otra descarga dividió el silencio de la mañana, seguida de la sirena de una patrulla de policía.

La agente de bienes raíces sonrió con aire de culpa.

—Esta es, eh, bueno, esta es, usted sabe, tal vez la parte más peligrosa de la ciudad.

—Sí, no hay problema —dijo Moore, desestimando los disparos con un gesto de su mano—. Mi nueva operación requerirá de mucha seguridad, ya lo sé. También necesitaré una gran cantidad de ayuda y buena información, por eso me gustaría hablar con el propietario. Por favor, hágaselo saber.

—Lo haré. Gracias por ver las propiedades, Sr. Howard. Estaré en contacto.

Moore le dio la mano, luego se dirigió hacia su auto, cuidando no mirar en la dirección de los hombres que lo observaban. Tomó asiento, bajó la ventanilla y se quedó esperando allí, revisando las fotos más recientes del exterior del hotel y los vehículos estacionados allí. Los hombres permanecieron ahí. Miró hacia atrás y vio que no podría conseguir un número de matrícula, así que encendió su auto y se alejó, dirigiéndose directamente a su hotel. Una valla publicitaria en español promocionaba las carreras de galgos en una pista en la ciudad, con apuestas legales en las carreras.

Hacía muchos años, Moore y sus padres habían hecho un viaje a Las Vegas que su padre había soñado. El viaje le había parecido interminable a Moore, de diez años, y se había pasado la mayor parte del tiempo jugando en el asiento trasero con sus muñecos G.I. Joe y sus tarjetas de béisbol. Su madre se había quejado sin descanso de que el viaje era demasiado largo y costoso, mientras que su padre respondía con argumentos acerca de cómo valía la pena el viaje y que tenía un sistema para ganar y que los números eran lo suyo. Si ella por una vez creía en él, podía que tuvieran un poco de suerte.

No habían tenido suerte. Su padre había perdido en grande y no había habido dinero para el almuerzo ya que lo necesitaban para llenar el tanque de gasolina para poder conducir de vuelta a casa. Moore nunca había sentido tanta hambre en su vida y fue entonces, pensó, sentado durante horas en el calor infernal del auto, cuyo aire acondicionado no funcionaba, que había comenzado a desarrollar un profundo odio por los números, los juegos de azar, por cualquier cosa que a su padre le gustaba. Los números, por supuesto, habían sido muy útiles en sus cursos de matemáticas más adelante en su vida, pero en aquel entonces, el dinero y la contabilidad representaban obsesiones perversas que hacían llorar a su madre y le hacían doler el estómago a él.

Y cada vez que el adolescente Moore veía las versiones cinematográficas de la novela de

Dickens, *Un cuento de Navidad*, siempre se imaginaba a su padre en el papel de Scrooge, contando sus centavos. Su rebelión adolescente, ahora lo sabía, había sido su manera de vengarse de su padre por no ser el superhéroe que Moore quería que fuera. Había sido un hombre tan imponente y obstinado antes de que el cáncer lo redujera a una cascara frágil, y luego a una víctima hinchada y llena de drogas que había fallecido el día de Nochebuena, en una última carcajada contra una familia que lo había ridiculizado.

Moore deseaba haber tenido un padre que le hubiera enseñado a ser un hombre, que se hubiera deleitado en los placeres de la caza, la pesca y el deporte, no un gerente de medio mando con el poco pelo que tenía engominado a un lado y una barriga flácida. Quería amar a su padre, pero primero tenía que respetar al hombre y cuanto más reflexionaba sobre la vida del hombre, más difícil se le hacía.

Y así, Moore no había encontrado una figura paterna, sino un sentido de hermandad en el ejército. Se había convertido en parte de una organización cuyo solo nombre inspiraba asombro y miedo en todos los que lo oían.

—Oh, ¿qué hacías en el ejército?

—Era SEAL de la Armada.

—Qué diablos, ¿en serio?

Después del BUD/S, Moore, junto con Frank Carmichael, había sido seleccionado para el equipo SEAL Ocho y enviado a Little Creek, Virginia, para comenzar el entrenamiento de pelotón, lo que los agentes llamaban «el verdadero entrenamiento», el entrenamiento para la guerra. Le había tomado veinticuatro meses pasar de la fase de entrenamiento a ser desplegado y luego a la fase de retiro. Había sido promovido a contramaestre segundo E-5 y para 1996 ya había recibido tres menciones de honor, lo suficiente como para que su oficial al mando lo recomendara para un lugar en la Escuela de Aspirantes a Oficial. Pasó doce largas semanas ahí y se graduó como alférez O-l. Para 1998 se había convertido en un teniente (nivel inicial) O-2, con otra mención de honor y una Medalla de Honor del Secretario de la Armada. Debido a su excepcional rendimiento, fue seleccionado para una promoción temprana y en marzo de 2000 fue nombrado teniente 0-3.

Luego, en septiembre de 2001, se desató el infierno. El equipo SEAL de Moore fue enviado a Afganistán, donde fueron desplegados en numerosas misiones de reconocimiento especial y obtuvieron una Mención Presidencial y el Encomio de la Unidad de la Armada por sus operaciones contra los insurgentes talibanes. En marzo de 2002, participó en la Operación Anaconda, una operación exitosa para eliminar fuerzas de Al Qaeda y de los talibanes en el valle de Shahi-Kot y las montañas de Arma en Afganistán.

Incluso al propio Moore le costó creer lo mucho que había madurado desde sus días de vándalo de la escuela secundaria.

Había, por supuesto, muchos vándalos aquí en Ciudad Juárez, pensó Moore. Se detuvo en el estacionamiento del hotel y sacó algunas fotos de las matrículas de uno de cada dos autos que estaban en el estacionamiento. Las remitió a Langley, luego entró al hotel y se preparó una taza de café en el vestíbulo, mientras Ignacio lo miraba. El ruido de martillos, sierras y los gritos de los trabajadores de la construcción resonaban desde el exterior.

—¿Qué tal le fue en sus negocios, señor? —preguntó el hombre en inglés.

Moore respondió en español.

—Bien, excelente. Estoy viendo algunas propiedades muy bonitas aquí en Juárez para expandir mi negocio.

—Señor, esa es una gran cosa. Puede traer a sus clientes aquí. Vamos a cuidar muy bien de ellos. Demasiadas personas tienen miedo de venir a Juárez, pero somos un nuevo lugar ahora. No hay más violencia.

—Muy bien.

Moore se dirigió a su habitación, que Ignacio le había dicho que sería «barata, barata» porque el hotel aún estaba en renovación. Moore no se había dado cuenta de lo fuerte que sería el ruido ya que había salido antes de que los trabajadores empezaran a martillar y a serruchar.

De vuelta en su habitación, recibió toda la información que la Agencia había podido encontrar sobre la mujer de pelo oscuro, María Puentes-Hierra, de veintidós años, nacida en Ciudad de México y novia de Dante Corrales. No tenían mucho más sobre ella, excepto que había pasado casi un año trabajando como *stripper* en el Club Monarch, uno de los pocos bares para adultos que quedaban en la ciudad. La mayoría de los otros habían sido clausurados por la Policía Federal o quemados por el cártel de Sinaloa. Monarch era manejado por el cártel de Juárez y estaba bien protegido por la policía, que, según el informe, era cliente frecuente allí. Moore asumió que Corrales había conocido a la joven belleza, mientras ella se aferraba a un poste de metal ordinario y nadaba bajo un mar de luces de discoteca. El amor había florecido entre bebidas aguadas y humo de cigarrillo.

Después de terminar de leer ese informe, Moore revisó el estado de sus compañeros de la fuerza especial.

Fitzpatrick había regresado al rancho de los Sinaloa después de sus «vacaciones» en los Estados Unidos. Él y su «jefe», Luis Torres, estaban planeando un ataque contra el cártel de Juárez en represalia por la explosión en la casa del rancho que había matado a varios de los hombres de Zúñiga y además causado daños a su puerta principal y su sistema de seguridad electrónica y de vigilancia por un monto de más de diez mil dólares.

Gloria Vega empezaría su primer día en el trabajo como inspectora de la Policía Federal en Ciudad Juárez. Moore asumió que vería y oiría bastante.

Ansara se reportó para decir que ya estaba en Calexico, California, que limitaba con Mexicali, en México, y estaba trabajando con agentes en los principales controles para identificar mulas y reclutar una para su equipo.

El agente de la ATF, Whittaker, estaba de vuelta en Minnesota y en el trabajo, haciendo reconocimiento de varias instalaciones de renta de espacios de almacenamiento utilizadas por el cártel para guardar armas.

La señora de bienes raíces se encontraba en su oficina y estaba haciendo llamadas telefónicas, que los analistas de Langley estaban escuchando e interpretando.

Y Moore estaba listo para tumbarse en la cama, beber un poco de café y tomar un pequeño descanso hasta que vinieran por él...

Mientras hacía una mueca sobre los granos de café en el fondo de su vaso de poliestireno expandido, recibió un mensaje de texto de una fuente inesperada: Nek Wazir, el anciano e informante de Waziristán del Norte. El mensaje hizo que Moore se pusiera nervioso. Simplemente decía: POR

FAVOR LLÁMEME.

Moore tenía el número del teléfono satelital del hombre y de inmediato lo marcó, sin pensar un segundo en la diferencia horaria, la cual estimó en más de diez horas, por lo que Wazir le estaba enviando mensajes de texto alrededor de las once de la noche en su hora local.

—¿Hola, Moore? —preguntó Wazir.

No muchas personas conocían el verdadero nombre de Moore, pero teniendo en cuenta las considerables habilidades y contactos de Wazir, Moore le había confiado el pedazo más sagrado de información, en parte como una manera de sellar su confianza y en parte para decirle al hombre que él quería, realmente quería, ser su amigo.

—Wazir, soy yo. He recibido su texto. ¿Tiene algo para mí? El anciano vaciló y Moore contuvo la respiración.

Moore pasó la siguiente hora al teléfono con Slater y O'Hara, y no fue sino hasta después de que hubiera descargado su ira y frustración con sus jefes y llevara un buen rato mirando por la ventana de su habitación que sus ojos por fin se llenaron de lágrimas.

Los hijos de puta habían matado al pobre de Rana. Él era sólo... sólo un muchacho inteligente que había hecho una estupidez: había accedido a trabajar con Moore. Y no por el dinero. Los padres del chico ya eran ricos. Era un aventurero que había querido más de la vida y, de alguna manera, había un poco de Moore en él, y ahora estaban cargando su cuerpo desde la zona tribal de Bajaur, envuelto en viejas mantas. Hasta donde sabía, lo habían cortado y quemado. Wazir dijo que había durado probablemente diez, quince horas como máximo antes de morir. Los rumores de la tortura habían llegado a los hombres de Wazir, quienes habían subido a las cuevas y encontrado el cuerpo. Los talibanes habían dejado a Rana como un mensaje a los otros paquistaníes que optaran por el «mal» camino de la justicia.

Moore se sentó en la cama y dejó que fluyeran las lágrimas. Maldijo una y otra vez. Luego se levantó, dio media vuelta, sacó su Glock de su funda sobaquera y apuntó a la ventana, imaginando las cabezas de los talibanes que habían capturado a Rana.

Luego enfundó la pistola, recobró el aliento y volvió a la cama. Qué diablos, si era el momento de sentir lástima por sí mismo, mejor que lo hiciera ahora, antes de que los tipos que lo estaban siguiendo llamaran a su puerta.

Le envió a Leslie un mensaje de texto, le dijo que la extrañaba, le pidió que le enviara otra imagen de sí misma, le dijo que las cosas no iban muy bien y que no le vendría mal algo para animarse. Esperó unos minutos, pero ya era tarde por allá y ella no contestó. Se recostó en la cama y se sintió abrumado por la misma sensación que había sentido durante el BUD/S, ese deseo sofocante de rendirse y aceptar la derrota. Deseó que Frank Carmichael estuviera con él ahora para convencerlo de que la muerte de Khodai y la muerte del chico significaban algo y que alejarse era mucho peor que cualquier otra cosa que pudiera hacer. Sin embargo, otra voz interior, una voz que parecía mucho más razonable, le decía que no se estaba poniendo más joven, que había maneras mucho menos peligrosas y más lucrativas de ganar dinero como, por ejemplo, ser consultor para una empresa de seguridad privada o representante de ventas de uno de los grandes fabricantes de equipo

militar y policial, y que si permanecía en su cargo actual, nunca tendría una esposa y una familia. El trabajo siempre era divertido y emocionante hasta que alguien que conocías, alguien con quien habías desarrollado una profunda relación, una relación basada en un profundo respeto y confianza, era torturado y asesinado. Cada vez que Moore bajaba la guardia y se permitía realmente sentir algo por alguien, esa relación era destruida. ¿Así era como quería vivir el resto de su vida?

A fines de 1994, Moore y Carmichael se encontraban en un bar en Little Creek, Virginia, celebrando el hecho de que estaban a punto de convertirse en especialistas en contraterrorismo con el nuevo equipo SEAL. Estaban hablando con otro SEAL, conocido como el capitán Nemo, un ayudante de artillero segundo, quien había sido asignado a la Unidad Operacional BRAVO como el piloto del vehículo de entrega SEAL (SDV) y jefe del Departamento de Ingeniería de Artillería. Durante un ensayo de una misión completa de prueba de concepto en el que Nemo era el piloto del SDV, uno de sus compañeros se había ahogado accidentalmente. Él se había negado a entrar en los detalles del incidente, pero Moore y Carmichael habían oído hablar del accidente antes de conocer al hombre, quien según se enteraron estaba listo para dejar los SEAL. Se sentía responsable de lo que había sucedido, a pesar de que la investigación lo había absuelto de toda culpa.

Allí estaban, Moore y Carmichael, a punto de embarcarse en sus carreras como operadores de los SEAL, y Nemo les estaba aguando la fiesta.

Una vez más, el bueno de Carmichael había intervenido con sus palabras de sabiduría:

—No hay manera de que renuncies —le había dicho a Nemo.

—Oh, sí, ¿por qué?

—Porque, ¿quién más va a hacerlo?

Nemo sonrió.

—Ustedes. Los muchachos nuevos, los que son demasiado ingenuos para darse cuenta de que no vale la pena.

—Escúchame, hermano. Que estemos aquí es un regalo. Hemos respondido al llamado porque en el fondo, y quiero que pienses acerca de esto, en el fondo sabíamos sin ni una duda que no nacimos para vivir una vida común y corriente. Lo sabíamos cuando éramos niños. Y lo sabemos ahora. No puedes escapar de esa sensación. La vas a tener por el resto de tu vida, ya sea que renuncies ahora o no. Y si renuncias, te arrepentirás. Vas a mirar a tu alrededor y pensar: *yo no pertenezco aquí, Yo pertenezco allí.*

Moore se levantó de la cama en su habitación de hotel, se dio la vuelta y murmuró en voz alta: «yo pertenezco aquí, maldita sea».

Su teléfono sonó con un mensaje de texto. Lo revisó. Leslie. Suspiró.

14

A SANGRE FRIA

Estación de Policía de Delicias
Ciudad Juárez, México

Gloria Vega se metió en el lado del acompañante de una camioneta F-150 4 × 4 con las palabras *Policía Federal* estampadas en las puertas. Llevaba el completo equipo táctico, incluyendo un chaleco antibalas de Kevlar, un pasamontañas sobre su cara y un casco bien ajustado a su mentón. Llevaba dos Glock enfundadas en sus caderas y una metralleta Heckler & Koch MP5 de 9 milímetros, cuyo cañón mantenía hacia arriba cerca de su hombro. Que un inspector de la policía tuviera que llevar este tipo de equipo y armas sería verdaderamente sorprendente para algunos de los detectives allá en casa, pensó. Esos vagos podían llegar a la escena del crimen vestidos de civil con solo un arma, sin chalecos y con polvo de rosquilla manchando sus labios.

El hombre canoso al volante, Alberto Gómez, estaba vestido de manera similar a Vega y le había advertido que visitar las escenas del crimen «después del hecho» podría ser tan peligroso como los incidentes iniciales. Los cuerpos a menudo eran utilizados como carnada para atraer a la policía para que luego los sicarios pudieran volarlos en pedazos, eliminando a la policía con ellos. A veces, cuando los cuerpos no habían sido convertidos en una trampa explosiva, había francotiradores apostados a lo largo de los tejados y, de nuevo, la policía era atraída para un asesinato en masa.

Y así habían terminado los días en ropa de civil para los inspectores, Gómez le había dicho con un encogimiento de hombros. La había examinado con ojos tan cansados que ella se preguntó por qué no se había retirado ya.

Bueno, sabía por qué. No la habían puesto trabajar con él por accidente. Si bien la Policía Federal no tenía ninguna prueba definitiva, Gómez era de los primeros en su lista de inspectores con vínculos con los cárteles. Por desgracia, llevaba tantos años en el trabajo y había tenido tantas «detenciones exitosas» que nadie quería implicar al hombre mayor. Había un entendimiento implícito de que iba a terminar los pocos años que le quedaban y se iba a jubilar, y que nadie debía interferir con eso. Era un verdadero hombre de familia, con cuatro hijos y once nietos, y era voluntario en las escuelas locales para enseñar a los niños acerca de la delincuencia y la seguridad. Era acomodador en la iglesia católica local y un conocido miembro de los Caballeros de Colón, que había ascendido hasta el papel de diputado de distrito. Era voluntario en el hospital local y, si pudiera, pasaría los fines de semana ayudando a ancianas a cruzar la calle.

Todo lo cual Vega sospechaba era una elaborada pantalla, una vida falsa que lo hacía sentirse mejor acerca de estar en la nómina del cártel.

Los miembros de mayor rango de la Policía Federal, en particular los administradores y las contrataciones más nuevas, tenían una política mucho más agresiva y de tolerancia cero para la

corrupción, mientras que los distritos locales a menudo hacían la vista gorda, por respeto, antigüedad, y, más que nada, miedo. Y así era que Vega estaba sentada al lado de un hombre que podría ser uno de los más corruptos de Juárez.

—Tenemos tres cuerpos. Cuando lleguemos allí, no diga nada —le dijo Gómez.

—¿Por qué no?

—Porque ellos no necesitan saber nada de usted.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que no me importa cuántos años pasó en Ciudad de México. No importa su largo e impresionante currículo. No me importa su promoción o todas las amables palabras que sus colegas han dicho sobre usted en su expediente. Lo único que me importa ahora es ayudarla a permanecer con vida. ¿Me entiende, señorita?

—Lo comprendo. Pero no entiendo por qué no se me está permitido hablar. No estoy segura de si se ha dado cuenta, pero a las mujeres en México se les permite votar y postularse para un cargo público. Tal vez no ha leído un periódico hace tiempo.

—¿Lo ve? *Ese* es su problema. Esa actitud. Le sugiero que ponga eso en su bolso y nunca más lo saque mientras esté aquí, en Ciudad Juárez.

—Oh, déjeme ver si puedo encontrar mi bolso. Oh, todo lo que tengo son estas grandes armas y municiones adicionales.

Él sonrió.

Ella sacudió la cabeza y apretó los dientes. Ocho años en Inteligencia del Ejército y cuatro años como experimentada oficial de campo de la CIA la habían llevado a esto: estar sentada en un auto y soportando mierda machista de un desgastado y corrupto inspector de la Policía Federal. El aborto espontáneo, el divorcio, la alienación de sus hermanos y hermanas... ¿y para qué? ¿Para esto? Se volvió hacia Gómez y lo fulminó con la mirada.

Escucharon a las otras unidades en la radio y a los diez minutos estaban avanzando por una calle llena de edificios de apartamentos de color rosa, blanco y púrpura, con los callejones entre ellos adornados con ropa tendida. Unos cuantos muchachos desgarbados de diez o doce años estaban parados en las puertas, observándolos y haciendo llamadas en sus teléfonos celulares. Eran los observadores del cártel y Gómez también tomó nota de ellos.

Al final de la calle, cerca de la siguiente intersección, tres cuerpos bloqueaban el camino. Vega tomó un par de binoculares desde la consola central y enfocó.

Todos eran hombres jóvenes, dos estaban boca abajo en medio de charcos de sangre, el tercero estaba boca arriba con una mano agarrando su corazón. Iban vestidos con pantalones de mezclilla oscuros y camisetas, y si hubieran estado usando cualquier tipo de joyas, ya se las habrían robado. Dos patrullas de la policía estaban estacionadas a unos veinte metros de distancia y los oficiales estaban en cuclillas detrás de las puertas. Gómez se estacionó detrás de una patrulla y abrió más los ojos.

—No diga nada.

Salieron y la mirada de Vega recorrió los tejados, donde había al menos media docena de hombres sentados, mirando, algunos hablando por teléfonos celulares. Agarró su rifle un poco más fuerte y la boca se le secó.

Una furgoneta llegó detrás de ellos y de ella salieron dos oficiales más con un par de perros detectores de bombas. Mientras se desplazaban junto a ellos, sonó el teléfono de Gómez y se fue hacia la parte trasera de la camioneta para tomar la llamada. Lo que Vega notó, sin embargo, era que el hombre llevaba dos teléfonos; este no era el teléfono que había usado para llamar a su celular, y así dándole su número. Este era un segundo teléfono. *Interesante.*

No podía oír lo que decía por sobre los gritos de los oficiales que estaban más delante. El equipo canino se movió lentamente y una vez que hubieron recorrido el área y los cuerpos, un hombre hizo un gesto y lanzó un grito. Todo despejado.

Lo alcanzó una bala de un francotirador que estaba en la azotea a su izquierda y la mayor parte de la cabeza se desprendió.

Así de simple. Sin previo aviso. A plena luz del día. Los civiles mirando desde los balcones de los apartamentos.

Y mientras los otros gritaban para que se echaran al suelo, el segundo oficial canino recibió un disparo en el cuello, golpeándolo desde la espalda y explotando por debajo de su barbilla.

Una nueva ola de fuego de armas automáticas AK-47 arrasó con los cuerpos en la calle y atravesó a los perros, los cuales cayeron mientras Vega se arrastraba sobre su pecho, manteniéndose junto a la rueda delantera de la camioneta. Levantó su rifle y devolvió el fuego hacia los tejados, sus balas repartiéndose a lo largo de la cornisa y haciendo pedazos el estuco.

—¡Alto el fuego! —exclamó Gómez—. ¡Alto el fuego!

Y luego... nada. Unos cuantos gritos, el hedor de la pólvora en todas partes y el calor del asfalto levantándose en olas hacia la cara de Vega.

Unos frenos chirriaron y le robaron su atención. En el siguiente cruce de calles había una camioneta pickup blanca a la que le faltaba la compuerta de la caja y de uno de los callejones aparecieron tres hombres armados con rifles AR-15 y un AK-47. Corrieron hacia la camioneta y saltaron sobre la parte trasera. Varios de los oficiales que estaban más adelante abrieron fuego, pero la camioneta ya había salido volando. De hecho, las balas de los oficiales parecían superficiales en el mejor de los casos, ni una sola le había dado a la camioneta.

Vega se puso de pie y corrió hacia el lado del acompañante, donde Gómez estaba agachado y sacudiendo la cabeza.

—¡Vamos! —lo instó—. ¡Vamos!

—Voy a llamar a los refuerzos. Otras unidades los perseguirán.

—¡Vamos ahora! —le gritó ella.

Sus ojos se abrieron y su voz se alzó bruscamente:

—¿Qué le dije?

Ella tomó aire, contuvo una maldición, luego se levantó y se volvió hacia uno de los tejados, donde el francotirador que había matado a los dos policías caninos la tenía justo en su mira.

—Oh, Dios mío —exclamó ella, un segundo antes de que el asesino desapareciera detrás del parapeto de la azotea.

Ella parpadeó. Respiró.

Y volvió al momento.

—Está ahí —gritó—. ¡Allá arriba!

Los otros oficiales se mantuvieron detrás de las puertas de sus vehículos, meneando la cabeza y haciéndole un gesto para que se agachara y se cubriera.

Volvió donde Gómez y se agachó a su lado.

—Estamos dejando que se escape.

—Las otras unidades lo encontrarán. Solo espere. No vinimos aquí para luchar contra ellos. Vinimos aquí para investigar la escena del crimen. Ahora *cállese*.

Vega cerró los ojos y cayó en cuenta, allí y entonces. Estaba haciendo todo mal. Necesitaba acercarse a este tipo, ganar su confianza, no convertirlo en el enemigo que ya presumía que era. Necesitaba convertirse en su hija, permitirle que le enseñara acerca de la ciudad y cuando él llegara a tomarle aprecio, tal vez incluso a respetarla, bajaría la guardia lo suficiente como para que ella atacara.

Pero su ego se había interpuesto en su camino, su naturaleza exigente, y ciertamente había metido la pata.

Permanecieron allí durante otros dos, quizá tres minutos, y luego, finalmente, los oficiales que estaban al frente empezaron a moverse lentamente hacia los cuerpos, así como los residentes en los apartamentos volvían a salir a sus balcones para ver el espectáculo.

—¿Ella es su nueva compañera? —le preguntó uno de los oficiales a Gómez.

—Sí —respondió secamente.

—Va a estar muerta antes de que se termine la semana.

Gómez miró a Vega.

—Esperemos que no.

Ella tragó saliva.

—Lo siento. No me di cuenta de que iba a ser así...

Gómez levantó una ceja.

—Tal vez debería leer el periódico.

Club Monarch
Ciudad Juárez, México

Dante Corrales tenía ganas de matar a alguien. Tres de sus sicarios habían sido asesinados a balazos en Delicias y el inspector Gómez había llamado para decir que estaba preocupado. La Policía Federal lo estaba observando más de cerca y le habían asignado una inspectora mujer de compañera que probablemente estaba trabajando con la oficina del presidente. Ella no era de fiar y tenía que ser mucho más cuidadoso ahora que estaba siendo vigilado.

Por otra parte, un estadounidense se había registrado en el hotel, un tal Sr. Scott Howard, e Ignacio se había enterado de que el tipo estaba buscando propiedades para sus negocios. Corrales no acababa de creer eso y había mandado a seguir al hombre, pero hasta ahora su historia parecía ser cierta.

Mientras Raúl y Pablo estaban haciendo una entrega de grandes cantidades de efectivo a un contacto al que simplemente llamaban «el banquero», Corrales se dirigía al Monarch para almorzar y tomar unas cervezas. Camino hacia allá, sonó el teléfono: Ballesteros llamando de Bogotá. ¿Qué diablos quería ese gordo hijo de puta ahora?

—Dante, ¿sabes que los tipos de las FARC me atacaron de nuevo? Voy a necesitar un poco más de ayuda.

—Ok, ok. Puedes hablar con ellos cuando lleguen allí.

—¿Cuándo?

—Pronto.

—¿Oíste lo que pasó en Puerto Rico?

—¿Y ahora qué?

—¿No has estado viendo las noticias?

—He estado muy ocupado.

—El FBI llevó a cabo otra operación interna. Más de un centenar de policías arrestados. ¿Sabes cómo me va a afectar eso? Contábamos con ellos. He perdido toda una ruta de navegación en un solo día. ¿Sabes lo que esto significa?

—¡Cierra la maldita boca y deja de llorar, viejo gordo de mierda! El jefe estará allí pronto. ¡Deja de llorar cabrón!

Con eso, Corrales colgó el teléfono, maldijo y se detuvo en el estacionamiento del club.

Había solo dos *strippers* en el escenario, trabajadoras de día que habían tenido hijos y no eran tímidas a la hora de revelar sus cicatrices de cesárea. Otros dos clientes estaban sentados en la barra principal, hombres de edad que vestían sombreros de ala ancha, gruesos cinturones de cuero y botas de vaquero.

Corrales se fue a una mesa del fondo, donde se encontró con su amigo Johnny Sánchez, un guionista y periodista hispanoamericano, alto, de pelo largo, que llevaba anteojos pequeños y un anillo de la Universidad de Berkeley. Johnny era el hijo de la madrina de Corrales y se había educado en los Estados Unidos, solo para volver para ponerse en contacto con Corrales, ya que quería escribir algunos artículos sobre los cárteles de la droga en México. Nunca había acusado a Corrales de trabajar para los cárteles. Sólo le había dicho que suponía que Corrales sabía mucho acerca de ellos. Y lo habían dejado ahí.

Durante los últimos meses, Corrales había estado hablando con el hombre, ayudándolo a desarrollar un guión que contaría la vida de Corrales. Sus almuerzos juntos a menudo eran la mejor parte de su día, cuando no estaba teniendo relaciones sexuales con María, por supuesto.

Con el permiso de Corrales, Johnny acababa de publicar un artículo en el *Los Angeles Times* sobre la violencia de los cárteles a lo largo de la frontera. El artículo se centraba principalmente en que la corrupción en la policía estaba tan extendida que las autoridades ya no podían decir quiénes eran los buenos y quiénes eran los malos. Así era exactamente como el cártel de Juárez lo quería.

—El artículo fue muy bien recibido —dijo Johnny, y luego tomó un largo trago de su cerveza.

—Pues de nada.

—*It's a pretty exciting time for me* —dijo.

Hablaban en español, por supuesto, pero de vez en cuando a Johnny inconscientemente se le salía el inglés (como lo acababa de hacer) y perdía a Corrales. A veces eso le molestaba tanto a Corrales que golpeaba su puño sobre la mesa y Johnny parpadeaba y le pedía disculpas.

—¿Qué dijiste? —preguntó Corrales.

—Oh, lo siento. He recibido más de un centenar de correos electrónicos sobre el artículo y al

editor le gustaría convertirlo en una serie.

Corrales negó con la cabeza.

—Creo que deberías concentrarte en nuestro guión.

—Lo haré. No te preocupes.

—Estoy hablando contigo porque eres el hijo de mi madrina y porque quiero que cuentes la historia de mi vida, la que haría una película muy buena. No quiero que escribas más artículos acerca de los cárteles. La gente se molestaría mucho. Y yo temería por ti. ¿Ok?

Johnny trató de reprimir su ceño fruncido.

—Está bien.

Corrales sonrió.

—Bien.

—¿Pasa algo?

Corrales pasó un dedo por el sudor que cubría su botella de cerveza y luego miró hacia arriba y dijo:

—Perdí un par de buenos hombres hoy.

—No lo sabía. No había nada en las noticias.

—Odio las noticias.

Le echó un vistazo a la mesa. El cártel de Juárez tenía las manos bien firmes sobre los hombros de los medios de comunicación locales, que a veces los desafiaban, pero los recientes asesinatos de dos conocidos reporteros que habían sido decapitados afuera de sus canales de televisión de noticias habían resultado en significativos «retrasos» y omisiones de historias enteras. Muchos periodistas se mantenían desafiantes, mientras que otros temían informar acerca de cualquier cosa que estuviera relacionada con los cárteles y la violencia de los cárteles.

—Quiero hablar sobre el día en que los sicarios te amenazaron —dijo Johnny, tratando de aligerar el ambiente—. Esa sería una escena muy buena en la película. Y luego te mostraremos cayendo de rodillas afuera del hotel, con el fuego ardiendo en el fondo, y tú... ahí... llorando, sabiendo que tus padres están muertos en el interior, sus cuerpos quemándose porque tú le hiciste frente al cártel y te negaste a ceder. ¿Puedes ver esa escena? ¡Oh, Dios mío! ¡Qué escena! ¡El público llorará contigo! Ahí estás, un pobre muchacho joven sin futuro que sólo quiere mantenerse lejos del mundo del crimen y ¡es castigado por ello! ¡Te castigan! Y te quedas sin nada. Absolutamente nada. Y tienes que reconstruirte desde las cenizas. Necesitas levantarte de nuevo y ¡te estamos apoyando a lo largo de todo el camino! Y entonces realmente no hay elección. Estás atrapado en una ciudad sin nada que ofrecer, con un solo verdadero negocio, así que haces lo que tienes que hacer porque necesitas sobrevivir.

Johnny siempre caía en un ataque de pasión cuando discutía la película y Corrales no pudo evitar sentirse contagiado por el entusiasmo del escritor. Estaba a punto de comentar algo sobre la sugerencia de Johnny de que él estaba, de hecho, en un cártel, pero Johnny volvió la cabeza, centrándose en algo cerca de la barra principal.

—¡Agáchate! —gritó, mientras se lanzaba sobre la mesa y echaba a Corrales al suelo, al tiempo que un arma de fuego era disparada desde esa dirección, seguida de por lo menos media docena de disparos más que se clavaron en la mesa y en la pared detrás de ellos. Las *strippers* empezaron a

gritar y los barman gritaban para que no dispararan.

Entonces, mientras Corrales rodaba por el suelo, fue Johnny quien lo sorprendió devolviendo los disparos con una pistola Beretta apretada firmemente en su mano derecha.

—¿Es esto lo que quieres? —gritó Johnny—. ¿Es esto lo que quieres de mí?

Y el hombre armado cerca de la barra se dio media vuelta y echó a correr fuera del club mientras Johnny vaciaba su cargador en la estela del tipo.

Se quedaron sentados allí, respirando, mirándose el uno al otro.

Entonces Johnny dijo:

—Hijo de puta...

—¿De dónde sacaste ese arma? —preguntó Corrales.

Le tomó un momento a Johnny responder.

—De mi primo en Nogales.

—¿Dónde aprendiste a disparar?

Johnny se echó a reír.

—Solo la había disparado una vez antes.

—Bueno, fue suficiente. Me salvaste.

—Solo los vi primero.

—Y si no lo hubieras hecho, estaría muerto.

—Ambos estaríamos muertos.

—Sí —dijo Corrales.

—¿Por qué quieren matarte?

—Porque no estoy en el cártel.

Johnny suspiró.

—Corrales, eres como mi sangre. Y no te creo.

Él asintió lentamente.

—¿Me puedes decir la verdad?

—Creo que tal vez ahora te debo eso. Muy bien. Soy el jefe del cártel de Juárez —mintió—. Controlo toda la operación. Y esos tipos eran del cártel de Sinaloa. Estamos en guerra con ellos por los túneles en la frontera y su interferencia con nuestros envíos.

—Pensé que quizás eras un sicario. Pero, ¿eres el líder?

Él asintió con la cabeza.

—Entonces, no deberías andar en un lugar público así. Es una tontería.

—No me voy a ocultar como un cobarde. No como los otros líderes. Voy a estar aquí en la calle, para que la gente me pueda ver. Para que sepan quién es su verdadero amigo, no es la policía o el gobierno, sino nosotros...

—Pero eso es muy peligroso —dijo Johnny.

Corrales se echó a reír.

—¿Tal vez esto también pueda incluirse en la película?

La expresión de Johnny pasó de un profundo ceño fruncido a su mirada con los ojos bien abiertos, como si ya estuviera mirando a través del lente de una cámara.

—Sí —dijo finalmente—. Sí.

15

EL CONSTRUCTOR Y LA MULA

Sitio de construcción del túnel fronterizo
Mexicali, México

Pedro Romero estimaba que dentro de una semana terminarían su excavación. La casa que habían elegido en Calexico, California, estaba en una zona residencial densamente poblada de familias de clase media-baja cuyo sostén trabajaba en los locales comerciales y parques industriales cercanos. El cártel de Juárez ya había comprado la casa a sugerencia de Romero y él había revisado con cuidado sus planes para la construcción del túnel con el joven «representante» del cártel, el señor Dante Corrales, que había reclutado a Romero desde otro proyecto de ingeniería que había estado haciendo en el área de Silicon Border, donde recientemente algunos de sus colegas habían sido despedidos de sus trabajos. A medida que la economía se contraía, también lo hacía la expansión empresarial y los empleos generados por esos proyectos.

Romero se adentró en el túnel con dos de sus excavadores detrás de él. El hueco era de casi seis pies de altura, tres pies de ancho y cuando estuviera completo sería de casi mil novecientos pies de largo. Había sido excavado a una profundidad de solo diez pies, porque el nivel freático era frustrantemente poco profundo en esta área y de hecho dos veces habían tenido que bombear el agua desde el túnel cuando, accidentalmente, habían excavado demasiado profundo.

Las paredes y el techo estaban reforzados con pesadas vigas de hormigón y Romero había instalado rieles temporales para que los carros cargados de tierra fueran sacados por los trabajadores. La tierra era cargada en pesados camiones y llevada a un sitio secundario a unas diez millas al sur y sería utilizada en otro proyecto.

Con el fin de permanecer en silencio, la excavación se había iniciado con palas y había continuado de esa manera durante toda la operación. Romero tenía equipos de quince hombres trabajando día y noche para sacarla adelante. Si bien siempre eran cautelosos ante la posibilidad de derrumbes, habían perdido cuatro hombres de una manera inesperada. Habrían sido alrededor de las 2:30 de la mañana y Romero había sido despertado por una llamada telefónica de su capataz: una enorme trampa de casi dos metros de ancho se había abierto en el suelo del túnel, se había tragado a cuatro hombres y luego sus lados se habían derrumbado. El hoyo era de casi diez pies de profundidad y su fondo estaba lleno de agua. Al colapsar, la arena había empujado a los hombres bajo el agua y se habían ahogado o asfixiado en el pesado lodo antes de que pudieran ser rescatados. Aunque todo el equipo había quedado muy nervioso con el accidente, el trabajo, por supuesto, había continuado.

El lado mexicano del túnel empezaba en un pequeño depósito dentro de un enorme sitio de construcción de una planta de manufactura de Z-Cells. Se estaban construyendo cinco edificios para el fabricante de células fotovoltaicas y los camiones de basura que iban y venían ayudaban a

disimular los que salían del túnel. Esta brillante idea no había sido de Romero. Corrales había revelado que había venido del mismo líder del cártel, un hombre cuya identidad era un misterio por razones de seguridad. Los trabajadores «regulares» de la construcción en el sitio de Z-Cells nunca cuestionaron la operación del túnel, lo que le hizo creer a Pedro que todo el mundo estaba en la nómina del cártel, incluso el director ejecutivo de Z-Cells. Todo el mundo sabía lo que estaba sucediendo, pero siempre y cuando se les pagara, el muro de silencio no se derrumbaría.

De acuerdo a los planos de Romero, el túnel sería la excavación más audaz y compleja jamás realizada por el cártel y por eso a Romero se le estaba pagando el equivalente a cien mil dólares estadounidenses por sus servicios. Él había sido escéptico acerca de trabajar para el cártel, pero esa cantidad de dinero, pagada por adelantado y en efectivo, había sido demasiado difícil de resistir; más aún cuando Romero se acercaba a los cuarenta años y la mayor de sus dos hijas, Blanca, que acababa de cumplir dieciséis años, sufría de una enfermedad renal crónica al punto que ahora necesitaba un trasplante. Ella ya había sido tratada por anemia y una enfermedad de los huesos, y se estaba sometiendo a una diálisis muy costosa. El dinero que Romero ganara con esta operación sin duda ayudaría a pagar sus crecientes gastos médicos. Si bien él había compartido esta información con solo unos pocos de sus trabajadores, la voz había corrido rápidamente y Romero se había enterado por uno de sus capataces que todos los hombres iban a trabajar lo más duro que pudieran con el fin de ayudar a salvar a su hija. De pronto, Romero ya no era un matón aceptando sobornos del cártel; ahora era un hombre de familia tratando de salvar a su pequeña niña. Los hombres incluso habían hecho una colecta para él y le habían presentado el dinero, junto con una tarjeta de agradecimiento, al final de la semana laboral anterior. Romero se había conmovido, les había dado las gracias y había rezado con ellos para que pudieran terminar su trabajo y no fueran atrapados.

En realidad, disfrazar toda la tierra que estaban sacando del túnel no era su único problema; había otro motivo de preocupación muy serio: los gobiernos de México y los Estados Unidos empleaban radares de penetración terrestre (GPR)[27] para detectar las cavidades asociadas con una operación de excavación. Una vez más, el sitio de construcción de al lado ayudaría a enmascarar la mayor parte del ruido de la excavación inicial, el que también era detectado por sensores remotos REMBASS-II adaptados de operaciones militares y supervisados por la Patrulla Fronteriza. Además, el túnel había sido construido en una serie de ángulos de cuarenta y cinco grados en vez de simplemente una línea recta hacia el norte. Su forma ayudaría a enmascararlo como una sección fragmentaria de tuberías de drenaje. Romero sabía que todos los datos sísmicos estaban siendo grabados al mismo tiempo, incluso si los equipos que estaban siendo utilizados buscaban en un solo lugar. Los agentes de la Patrulla Fronteriza podrían examinar un conjunto de mapas de densidad de eventos sísmicos en un intento de discernir los patrones de tráfico y otras actividades dentro y alrededor del sitio. El túnel en sí afectaría el campo sísmico, ya que absorbía los sonidos que pasan por él y a veces retrasaba el paso de esa información, creando un eco o reverberación que aparecería como un «fantasma» en el equipo de detección de los agentes. Para abordar esta problemática, Romero había encargado y recibido miles de paneles acústicos que se alineaban en las paredes del túnel, no solo para ayudar a absorber gran parte del ruido de la excavación, sino también para tratar de imitar el entorno natural lo mejor que pudieran. Incluso había traído un ingeniero sísmico que conocía de Ciudad de México, quien le había ayudado a idear y poner en práctica el plan. Pero

pronto todo habría acabado, el trabajo sería terminado, Romero había emitido su último pago completo. Con la ayuda de Dios, su hija tendría su trasplante.

Romero consultó con uno de sus electricistas, que estaba en proceso de extender los cables de electricidad hacia la nueva sección del túnel, mientras otros dos hombres trabajaban colgando algunos conductos de aire acondicionado. Sus excavadores le habían preguntado si podían hacer un pequeño santuario en caso de un accidente, así por lo menos tendrían un lugar para rezar, y Romero les había permitido hacer un pequeño túnel lateral donde habían puesto velas y fotos de sus familias, y a donde los hombres, de hecho, iban a rezar antes de cada turno. Eran tiempos difíciles y estaban involucrados en una ardua labor que en última instancia podría hacer que fueran arrestados. Romero sabía que rezar les daba la fuerza para seguir adelante.

Romero dio una palmada en el hombro del electricista.

—¿Cómo está usted hoy, Eduardo?

—¡Muy bien, muy bien! Las nuevas líneas estarán terminadas esta noche.

—Usted es un experto.

—Gracias, señor. Gracias.

Romero sonrió y siguió adentrándose más en el túnel, con cuidado de no tropezar con los rieles. Encendió su linterna y empezó a oler la tierra húmeda y fresca que era removida por sus hombres solo con palas, picos y toda la fuerza que pudieran reunir en sus espaldas y hombros.

Trató de negar el uso del túnel, los millones de dólares en efectivo, las drogas y las armas que se trasladarían a través de él gracias a su trabajo y el de su equipo, las vidas que se verían afectadas de maneras increíbles y trágicas. Se dijo a sí mismo que era simplemente un hombre con un trabajo y eso era todo. Su hija lo necesitaba. Pero la culpa lo torturaba, le robaba horas de su sueño y lo hacía estremecerse ante la idea de ser arrestado y enviado a prisión por el resto de su vida.

—¿Qué hará cuando esto termine? —le preguntó uno de los excavadores que lo seguían.

—Encontrar más trabajo.

—¿Con ellos?

Romero se puso tenso.

—Sinceramente, espero que no.

—Yo también.

—Dios nos protegerá.

—Lo sé. Ya lo ha hecho al hacerlo a usted nuestro jefe.

—Ya, basta de eso —dijo Romero con una sonrisa—. ¡Vayan allá y vuelvan al trabajo!

Cruce fronterizo Calexico-Mexicali
Estación Este—Dirección Norte

Cuando la principal estación fronteriza entre Calexico y Mexicali estaba demasiado llena de gente y habría más de una hora de demora para pasar por el puesto de control para entrar a los Estados Unidos, el estudiante de secundaria estadounidense de diecisiete años de edad, Rueben Everson, tenía instrucciones de conducir seis millas al este del cruce principal con el fin de utilizar el puerto de entrada alternativo, el que manejaba el excedente de gente durante la época de alto tráfico y era conocido sobre todo por los lugareños, no los turistas.

Rueben había sido mula para el cártel de Juárez desde hacía casi un año. Había hecho más de veinte carreras y había recaudado más de ochenta mil dólares en efectivo, suficiente para pagar los cuatro años de estudios universitarios en la universidad estatal. Sólo había gastado cerca de mil quinientos dólares hasta el momento y había depositado el resto del dinero en el banco. Sus padres no tenían idea de lo que estaba haciendo y sin duda no sabían nada de su cuenta bancaria. Su hermana Georgina, que acababa de cumplir veinte años, sospechaba que algo pasaba y le había advertido en repetidas ocasiones, pero él la había ignorado.

Rueben se había enterado del trabajo de mula por un amigo en una fiesta que había respondido a un anuncio en un periódico mexicano que prometía empleos bien remunerados y con beneficios. Rueben se había reunido con un hombre llamado Pablo, que lo había «entrevistado» y le había entregado marihuana por un valor de dos mil dólares para cruzarlo a pie por la frontera. Después de que ese trabajo saliera bien, le habían entregado una camioneta Ford, cuyo tablero y tanque de gasolina habían sido modificados para contener enormes alijos de cocaína y marihuana. El tablero tenía un código secreto que se digitaba remotamente y la consola central donde estaban los controles de la radio y el A/C se abría de golpe y se levantaba con motores para permitir el acceso a un compartimento secreto que se extendía hasta la barrera cortafuegos. Rueben no podía creer lo sofisticada que era la operación y por eso había reunido el coraje para hacerse cargo de envíos más grandes. El tanque de gasolina del automóvil se había cortado por la mitad para que el lado que miraba hacia el vehículo pudiera llevar bloques de drogas, mientras que el fondo ocultaba el olor de las drogas con la gasolina. El tanque había sido rociado con barro para esconderlo de los agentes fronterizos, que utilizaban espejos para verificar trabajos recientes en la parte inferior de cualquier vehículo. Rueben había sido detenido dos veces, sacado de la fila y su auto había sido inspeccionado, pero ambas veces no llevaba droga. Eso era parte de la operación también: establecer un patrón de tráfico frecuente con el que algunos agentes se familiarizaran, con una sólida coartada, como un trabajo en México mientras vivías en California. El cártel se había encargado de eso y muchos de los agentes de la Patrulla Fronteriza los recordaban a él y a su auto la mayoría de las veces, y pasaba sin problemas, como otro chico de secundaria más que había encontrado un trabajo de medio tiempo en Mexicali.

Pero hoy era diferente. Lo habían sacado de la fila y se dirigía a la zona de inspección secundaria. Allí vio a un hombre hispano alto y delgado que se parecía a una estrella de cine y que no le sacaba los ojos de encima ni por un segundo. Rueben estacionó el auto y se bajó para hablar con uno de los agentes de la Patrulla Fronteriza, quien revisó su licencia y le dijo:

—Rueben, este es el señor Ansara del FBI. Le gustaría hablar contigo unos minutos mientras le echamos un vistazo a tu automóvil. Por ahora no te preocupes, ¿de acuerdo?

Rueben hizo lo de siempre: tuvo pensamientos felices con su novia, saliendo a comer, besándola, comprando ropa con el dinero extra que ganaba. Se relajó.

—Claro, no hay problema.

Ansara frunció el ceño y simplemente dijo:

—Sígueme.

Entraron en la estación llena de gente, donde había por lo menos quince personas en ropas polvorientas sentadas en sillas, con caras largas. Rueben de inmediato llegó a la conclusión de que

todas ellas habían estado tratando de colarse a través del puesto de control y probablemente habían sido atrapadas al mismo tiempo. Tal vez habían estado escondidas dentro de la carga de un camión con remolque u otro cargamento grande por el estilo. Había una madre y dos niñas pequeñas allí sentadas y la mujer sollozaba. Seis o siete personas de la Patrulla Fronteriza estaban apostadas detrás de un largo mostrador y un agente estaba tratando de explicarle a un anciano que cualquier persona que llevara tanto dinero como él tenía que ser registrado y detenido, y el dinero debía ser declarado.

Rueben se desvinculó de la escena y apuró el paso tras Ansara por un largo pasillo de aspecto estéril. Rueben nunca había estado dentro de la estación y su pulso comenzó a acelerarse en tanto Ansara abría la puerta de una pequeña sala de interrogatorios, donde había otro joven de la edad de Rueben sentado a la mesa, cavilando. Era un chico blanco con el pelo castaño y pecas. Tenía los brazos cubiertos de tatuajes y llevaba un pendiente de oro con forma de calavera.

Ansara cerró la puerta.

—Toma asiento.

Rueben obedeció y el otro chico simplemente siguió mirando por sobre la mesa.

—Rueben, este es Billy.

—¿Qué tal? —preguntó Rueben.

—Amigo, no tienes ni puta idea —gruñó el chico, sin tomarse la molestia de levantar la mirada.

Rueben dirigió su pregunta a Ansara.

—¿Qué está pasando? ¿Estoy en problemas o algo así? ¿Qué hice?

—Voy a ir al grano. A ustedes chicos los reclutan en las escuelas secundarias, por lo que siempre empezamos por ahí. Un par de amigos tuyos nos pasaron el dato porque temen por ti. También le hice una promesa a tu hermana, pero no te preocupes... no le dirá nada a tus padres. Ahora, he traído a Billy aquí para enseñarte algo. Muéstrale, Billy.

El chico de repente empujó su silla hacia atrás y apoyó sus dos pies descalzos sobre la mesa.

No tenía dedos.

Cada uno de ellos había sido cercenado, las cicatrices todavía estaban frescas y de color rosa y eran tan grotescas que Rueben sintió el sabor de la bilis en la parte posterior de la garganta.

—Perdí un cargamento con un valor de cincuenta mil dólares. Solo tengo diecisiete años, por lo tanto lograron que me dieran libertad condicional. Sin embargo, no importa. Ellos cruzaron la frontera para venir por mí. Me sorprendieron un día después de clases. Me tiraron dentro de una furgoneta y mira lo que me hicieron esos cabrones.

—¿Quién?

—Tu amigo Pablo y su jefe, Corrales. Me cortaron los dedos de los pies... y harán lo mismo contigo también, en el momento en que la cagues. ¡Sal ahora, hermano!. ¡Sal ahora mismo!

Llamaron a la puerta. Ansara abrió y salió para hablar con un agente.

—¿Realmente te hicieron eso?

—¿Qué piensas tú? Qué mierda, cabrón ¿crees que voy a volver a acostarme con alguien así? ¿Crees que alguna mujer se va a sentir atraída por un tipo con estos pies de mierda?

Echó la cabeza hacia atrás y empezó a llorar, y entonces comenzó a gritar:

—¡Ansara! ¡Me quiero ir! ¡Sácame de aquí! ¡Estoy harto!

La puerta se abrió y apareció Ansara, quien le hizo un gesto a Billy para que saliera. El chico se levantó y cojeó hacia la puerta, cargando un par de botas de aspecto extraño bajo el brazo.

La puerta se cerró de nuevo.

Y Rueben se quedó sentado allí solo por cinco, diez, quince minutos, con su imaginación a rienda suelta. Se vio a sí mismo en prisión, atrapado en la ducha por catorce miembros panzones de pandillas queriéndolo como su pequeña perra, todo porque quería ir a la universidad y ganar algo de dinero extra. No era un científico nuclear. Las becas no lo ayudaría mucho. Necesitaba el dinero.

De pronto, Ansara regresó y dijo:

—Tu auto tiene un tablero y un tanque de gasolina únicos.

—Mierda —dijo Rueben y dio un grito ahogado.

—¿Crees que porque no tienes dieciocho serás liberado o puesto en libertad condicional?

Rueben no pudo evitarlo. Se echó a llorar.

—Escúchame, muchacho. Sabemos que los observadores del cártel están ahí afuera, viendo todo esto. Lo hicimos ver como que no hubiéramos encontrado nada. Vas a terminar tu carrera de hoy. Vas a entregar la droga. Pero ahora trabajas para mí. Y tenemos mucho que discutir...

16

ÓRDENES DESDE EL ASIENTO TRASERO

Hotel Bonita Real
Ciudad Juárez, México

La única manera de que Moore dejara de pensar en el asesinato de Rana era concentrarse en el día a día, en los dos hombres que lo habían estado siguiendo. Ahora estaban estacionados al otro lado de la calle del hotel. *Deben estar tremendamente aburridos*, pensó. Habían estado sentados allí durante dos horas, jugando con sus teléfonos celulares y observando la puerta de entrada y el estacionamiento. Si bien algunos aspectos del cártel eran muy sofisticados, otros, como la vigilancia humana, eran burdos y rudimentarios. Un par de veces incluso se habían bajado de su Corolla (con un guardabarros de color rojo, aunque el resto del auto era blanco) y se habían apoyado en el maletero para fumar cigarrillos y mirar varias veces en dirección al hotel. Estos jóvenes sementales eran genios, estaba claro, y Moore podía ver por qué les habían dado el trabajo de seguirlo. Cualquier sicario que se precie de tal nunca les habría confiado dinero, armas o drogas a un par de títeres como estos. Cuando había regresado, Moore había notado a dos observadores en la azotea del hotel, vestidos como trabajadores de la construcción, pero eran de seguridad, para alertar a Corrales y sus secuaces de cualquier ataque contra el hotel. Si estaban o no en contacto con los hombres que lo seguían, Moore no estaba seguro.

Moore había fotografiado a los dos tipos junto al auto varias veces y había enviado las fotos a casa, donde los analistas los habían identificado y registrado los archivos de la policía mexicana para conseguir más información. Ambos hombres tenían antecedentes, en su mayoría cosas pequeñas (robo y posesión de drogas), por lo que ninguno de los dos había cumplido una condena muy larga. Habían sido marcados en sus expedientes de la policía como «presuntos miembros del cártel». En algún lugar por ahí había un detective de la policía mexicana con un buen ojo para lo obvio.

Moore le envió un mensaje de texto a Fitzpatrick, quien respondió y dijo que no eran miembros del cártel de Sinaloa y que seguramente trabajaban para Corrales.

Esa fue una decepción, y un problema, porque estaba tratando de conseguir una reunión con los Sinaloa a través de su agente de bienes raíces, pero Fitzpatrick le dijo que ni él ni Luis Torres habían recibido la orden de recoger al estadounidense en el hotel.

Moore ponderó eso antes de contestar una llamada de Gloria Vega.

—Voy a ser rápida —dijo—. Nos enfrentamos a algunos miembros del cártel. Fitzpatrick confirmó que eran hombres de Zúñiga. Murieron tres tipos de Juárez. La policía está asustada y Gómez está metido hasta el fondo. Él podría ser un jugador clave y el mejor vínculo con el cártel.

Lleva dos teléfonos con él y lo que logro leer de los demás en la estación es que es un dios allí. Creo que lo mejor que puedo hacer es reunir suficientes pruebas contra él y luego forzarlo a cooperar y ver a cuántos más nos entrega. En lo que a mí respecta, no hay forma de evitarlo. Vamos a tener que hacer un trato con él.

—No te sientas mal por eso.

—No lo hago. Me siento mal porque no nos va a entregar a todo el mundo y esto simplemente los va a demorar. Eso es todo.

—Cualquier cosa que podamos hacer, la hacemos. Sin excepción.

—Sí, lo entiendo. O por lo menos estoy tratando de entenderlo.

Su cinismo era comprensible, pero agotador, por lo que Moore cambió el tema.

—Oye, ¿te enteraste de la gran redada en Puerto Rico?

—Sí, otro gran éxito para el FBI.

—Ya llegará nuestro momento, confía en mí. Aguanta.

—No es fácil. Gómez es un cerdo machista. Mi lengua está adolorida de tanto mordérmela.

Moore suavizó su tono.

—Bueno, si alguien puede lograr esto, eres tú.

Ella soltó un bufido.

—¿Cómo demonios lo sabes?

—Confía en mí, tu reputación te precede.

—Está bien, hablamos pronto —colgó el teléfono.

Su llamado, por supuesto, había sido codificado y no aparecería ni en su teléfono, ni en la cuenta o ni en ningún otro lugar. Si la Agencia quería que el registro de una comunicación desapareciera, lo hacía. Punto.

Moore recibió un alerta de Towers sobre un tiroteo en el Club Monarch, donde a su gran amigo Dante Corrales le gustaba pasar el rato. La policía local había llegado. No había habido heridos, sólo disparos y los hombres armados habían huido. Reflexionó que en ciudad Juárez las estaciones de televisión necesitaban empezar a informar sobre los tiroteos del día como si fueran los niveles de temperatura y humedad.

Después de mirar por la ventana una vez más para comprobar que sus dos súper matones estaban todavía ahí, Moore se puso una holgada sudadera con capucha para ocultar su Glock y su funda sobaquera, y luego salió de su habitación. Pensó atravesar la ciudad para ir al bar V. Fitzpatrick había dicho que los sicarios de Sinaloa a menudo iban ahí.

Mientras Moore caminaba hacia el estacionamiento, sus pensamientos lo llevaron de vuelta a Rana y a la broma sobre Batman. Había presentado a Rana a los tipos de las Fuerzas Especiales como su compañero, «Robin», y el ceño fruncido del chico merecía una explicación, pero Moore se había olvidado de eso.

En tanto se puso rígido y apretó los puños, de nuevo imaginando el asesinato de su joven amigo, no notó la presencia del hombre detrás de él hasta que sintió algo contundente y sólido (el cañón de una pistola, presumiblemente) en la parte posterior de su cabeza.

—Tranquilo —dijo el hombre en inglés, su voz profunda y rasposa, como si llevara una vida fumando—. Levanta los brazos.

Moore rara vez se desconectaba de su entorno inmediato; un lapso como ese podría costarle su trabajo en la División de Actividades Especiales y posiblemente en la Agencia. Pero la pérdida de Rana había sido como perder a un hermano menor, y el haberse entregado a la frustración y la ira, así de rápido, lo había echo perder concentración.

El hombre revisó las caderas de Moore y luego subió por su cuerpo y casi de inmediato sintió la funda sobaquera. Bajó el cierre de la sudadera, echó hacia atrás la correa de velero de la funda y le quitó la Glock.

—Ahora súbete y enciende el auto.

Moore apretó los dientes, maldiciéndose a sí mismo por el error y sintiendo que su pulso se aceleraba ante lo desconocido. No estaba seguro de lo que el tipo había hecho con su arma, pero todavía podía sentir la otra sobre su cabeza. Demasiado cerca. Demasiado arriesgado para hacer un movimiento. Podía deshacerse de un golpe de una de las armas, solo para encontrar la otra apuntando su pecho. *Bum*. Asesinado con su propia Glock.

—Tú mandas —le dijo. Se metió en el auto lentamente y el hombre rápidamente abrió la puerta trasera y se metió en el asiento detrás de él, presionando la pistola una vez más contra la parte posterior de la cabeza de Moore.

—¿Quieres el auto? —preguntó Moore—. ¿Mi dinero?

—No *ese*. Simplemente haz lo que te digo.

Moore salió del estacionamiento y por el espejo retrovisor vio a los dos muchachos en el Corolla saltando dentro de su auto para seguirlo.

También alcanzó a ver al hombre en el asiento trasero, su barba algo canosa, su pelo rizado gris. Llevaba una sudadera azul y pantalón de mezclilla, y tenía un arete de oro en la oreja izquierda. Sus ojos se mantuvieron entrecerrados todo el tiempo. No tenía nada que ver con los tipos en el auto detrás de ellos y su inglés era sorprendentemente bueno. Esos tontos ya los seguían, aunque Moore no estaba seguro de si podían ver que estaba siendo secuestrado y tampoco estaba seguro de si su secuestrador estaba consciente de ellos.

Siguió conduciendo por un minuto, giró a la derecha según lo ordenado y luego dijo:

—Hay un auto detrás de nosotros, el Toyota con el guardabarros rojo. Dos hombres siguiéndonos. ¿Están contigo?

El hombre en el asiento trasero se volvió, vio el auto y maldijo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Moore.

—Sigue conduciendo.

—¿Asumo que no son amigos tuyos?

—¡Cállate!

—Mira, si no quieres el auto o mi dinero, entonces ¿qué está pasando aquí?

—Tú conduce.

El teléfono celular de Moore empezó a sonar. *Mierda,* Lo tenía en el bolsillo delantero del pantalón y el tipo no lo había encontrado.

—Ni siquiera lo pienses —le advirtió el hombre.

El tono de llamada indicó que Fitzpatrick le había enviado un mensaje de texto y si ese mensaje tenía algo que ver con el pasajero en el asiento trasero, entonces la advertencia de Fitzpatrick había

llegado demasiado tarde.

—Tira ese puto teléfono por la ventana.

Moore metió la mano en el bolsillo, puso el teléfono en modo vibrador pulsando el botón lateral y luego lanzó el estuche de cuero del teléfono por la ventana antes de que el hombre pudiera echarle un buen vistazo.

—¿A dónde vamos? —preguntó, deslizando el teléfono de vuelta en su bolsillo.

—No más preguntas.

Moore echó un vistazo por el retrovisor, una vez más, mientras que su secuestrador miraba hacia atrás a los tipos que los seguían.

El auto que los seguía comenzó a acelerar y la brecha entre ambos se redujo a una distancia de dos vehículos. El hombre en el asiento trasero se puso aún más nervioso, moviéndose hacia delante y mirando repetidas veces por la ventana trasera. Jadeaba y seguía manteniendo la pistola apuntando al cuello de Moore. Se había metido la Glock de Moore en la cintura. Moore desaceleró cuando la luz del semáforo por delante se puso roja. Miró a su alrededor: Wendy's, Denny's, McDonald's, Popeyes y Starbucks. Los cinco grupos de alimentos. Por un momento, pensó que estaba de vuelta en San Diego, con el smog, el mal olor de la gasolina y los gases de escape metiéndose al interior del auto a través del aire acondicionado. El lado malo de la ciudad. Un tipo malo en el asiento trasero. Nada nuevo bajo el sol.

—¿Por qué te detienes? —gritó el tipo.

Moore hizo un gesto con la mano.

—¡La luz roja!

—¡Anda, anda, anda!

Pero ya era demasiado tarde. El auto se precipitó detrás de ellos y los dos muchachos saltaron y comenzaron a disparar.

—¡No, no, no! —gritó Moore pisando el acelerador y alejándose a toda velocidad del cruce, quemando llantas y esquivando por muy poco una camioneta cuya compuerta de la caja casi se arrastraba por el suelo.

Los dos payasos detrás de ellos tenían la intención de vaciar sus cargadores y sus disparos golpeaban el maletero del auto de Moore mientras la ventana trasera se rompía en mil pedazos, junto con la parte trasera del lado del conductor, y el pasajero de Moore lanzó un grito ahogado.

Moore miró hacia atrás y deseó no haberlo hecho. El hombre estaba ahí con heridas de bala en la cabeza y el hombro.

El hombre no se movía. Había un charco de sangre en el asiento. Moore maldijo.

Con un rápido vistazo por el espejo retrovisor vio que los hombres corrían de vuelta a su auto, se metían a él de un salto y empezaban a seguirlo. Habían pasado el cruce y se abrían camino entre dos sedanes pequeños.

Había otro cruce de calles por delante y, más allá, la «mejor» parte del barrio, con techos de hojalata sostenidos con clavos en vez de viejos neumáticos de camiones. Moore no estaba seguro de dónde estaba y había planeado utilizar el GPS de su teléfono inteligente para llegar al bar. Pero no

había tiempo para programar esa información en el teléfono ahora...

Pero sacó el dispositivo de todos modos y marcó un número de marcación directa a Langley. La familiar voz de hombre respondió por altavoz:

—Tres-dos-siete aquí. ¿Qué necesitas?

—Dime cómo llegar al bar V. Pon al día a Fitzpatrick.

—Ok. Un momento...

Moore miró por su espejo retrovisor una vez más, mientras que los dos tontos que lo perseguían viraban bruscamente por delante de una furgoneta de techo alto y el conductor aceleraba hacia la siguiente intersección.

Justo cuando el vehículo de Moore pasaba a través de la intersección, el semáforo se puso rojo detrás de él.

Un anciano se metió en la calle en una bicicleta equipada con cestas atrás y adelante. Las canastas estaban cargadas de pilas de mantas y botellas de plástico y varias mochilas. Él estaba en el cruce de peatones, junto con varios transeúntes moviéndose a pocos metros detrás de él.

Los idiotas siguiendo a Moore no pudieron frenar a tiempo.

El hombre y la bicicleta se elevaron en un arco y sobre el auto como si fueran juguetes volando por los aires, y el capó del vehículo se dobló como un taco, pero ellos siguieron; haciendo un ruido estrepitoso, el hombre y la bicicleta quedaron fuera de la vista detrás de ellos, mientras los otros peatones gritaban y corrían hacia él.

Una voz sonó desde el altavoz del teléfono:

—La próxima a la izquierda. Dobla. Luego, en el tercer semáforo, gira a la derecha. Voy a llamar a la policía local y veré si puedo provocar alguna interferencia. Tengo ojos en el cielo sobre tu posición ahora. Veo a los que te siguen.

—Gracias. —Moore metió el pie en el acelerador mientras la luz del siguiente semáforo por delante se ponía amarilla. Ya se había dado cuenta de que en Juárez los semáforos en rojo, amarillo y verde eran simples sugerencias para los conductores. Muchos solo reducían la velocidad en las luces rojas y luego aceleraban para pasarlas a toda velocidad, incluso cuando no estaban involucrados en una persecución. Giró a la izquierda como le habían indicado.

El letrero de la calle decía PASEO TRIUNFO DE LA REPÚBLICA y las paradas de autobuses, las vallas publicitarias y las aceras limpias de esta zona comercial hicieron que Moore se sintiera un poco más a gusto. Había bastante tráfico de peatones y pensó que los científicos nucleares detrás de él lo pensarían dos veces antes de hacer cualquier truco en esta área. i

Le echó un vistazo a las calles laterales mientras pasaba a toda velocidad, notando que había autos estacionados a ambos lados de ellas. Se podía conducir en una sola dirección, pero no había señales que indicaran que las calles eran de un solo sentido.

Los cabezas huecas detrás de él se estaban acercando y el acompañante se deslizó hacia fuera sobre el marco de la ventana y apuntó con su pistola.

Ya estaba. Tercera luz.

—¿Tres, dos, siete? No te necesitaré más, gracias.

—¿Estás seguro?

—Sí. Voy a reportarme más tarde.

Conteniendo la respiración, Moore dobló bruscamente a la derecha por la siguiente calle lateral y pisó fuerte el acelerador. Se quedó sin aliento mientras avanzaba vertiginosamente por el callejón, dobló bruscamente de nuevo a la izquierda, pasando a toda velocidad junto a un contenedor de basura y siguió moviéndose. Estaba llegando a la parte trasera del bar V, el que estaría sobre la izquierda.

Miró detrás de él; estaba despejado por el momento.

Un auto apareció de la intersección que estaba por delante, dobló para quedar frente a él y se dio cuenta de que eran los tipos que lo estaban siguiendo. Habían previsto su movimiento. Se suponía que eran unos tontos. ¿Qué pasaba con ellos? ¿Por qué se habían puesto inteligentes de pronto? Ahora estaban jugando al juego de la gallina y Moore no tenía adonde ir.

Metió la mano en el asiento trasero y trató de agarrar una de las armas, la del hombre en el suelo o la Glock metida en la cintura del muerto, pero ambas estaban todavía fuera de su alcance.

Luego desaceleró y estaba a punto de poner reversa, cuando otro auto avanzó rápidamente detrás de él, un Range Rover más viejo con un hombre hispano enorme al volante, grande como un luchador de sumo o un guerrero de Samoa, y su colega y compañero de la Fuerza Especial Conjunta, Fitzpatrick, en el asiento del acompañante. ¿Eran la caballería o el pelotón de fusilamiento? De cualquier manera, Moore estaba atrapado entre miembros de cárteles rivales con un cuerpo en su asiento trasero.

En consecuencia, hizo lo que su formación dictaba. Se dispuso a abandonar el barco. Puso el auto en posición de estacionamiento, giró hacia la parte trasera y agarró su Glock, luego se lanzó fuera por la puerta, rodando por el pavimento hasta dos autos estacionados para cubrirse entre ellos. La puerta del conductor se convirtió en un alfiletero para disparos de armas pequeñas.

Dios ayuda a aquellos que se ayudan a sí mismos. Era hora de que Moore ayudara a Moore.

Se arrastró a la parte trasera del auto, le echó otro vistazo a la calle y vio que los dos hombres que lo seguían estaban muertos, con las espalda salpicadas de heridas de bala.

Como Fitzpatrick estaba con el resto de los Sinaloa, Moore decidió que si se rendía, su colega podría ser capaz de controlar mejor la situación... por lo menos lograría que ellos se pusieran a hablar en vez de disparar. Si Moore intentaba salir corriendo, no solo podría atraer sus disparos, sino que estaría de vuelta donde había arrancado: aún tratando de conseguir una reunión con el jefe. Por supuesto, atraer la atención del cártel de esta manera no era lo que había tenido en mente.

Su nombre era Scott Howard. ¿Qué haría un hombre en el negocio de los paneles solares, un hombre cuyos momentos más peligrosos eran en el campo de golf y no las calles de Juárez?

Pensó un momento más y luego les gritó a los hombres de la Range Rover.

—Soy americano. ¡Estoy aquí por negocios! ¡Fui secuestrado!

—Sí, fue secuestrado por nosotros —respondió un hombre que definitivamente no era Fitzpatrick. Moore se asomó por el lado del auto.

Un pandillero vestido de cuero con un aro en la nariz se mantuvo bien pegado a la puerta trasera de la Range Rover y tiró un cargador vacío de su pistola.

—Esos tipos nos dispararon. Mataron al tipo en mi asiento trasero —explicó Moore.

Entonces habló otra voz:

—Ya lo sabemos. ¡Venga aquí!

Mientras Moore se levantaba lentamente con las manos en el aire, con la pistola en su mano derecha bien visible, dos hombres con la cabeza rapada se separaron del grupo cerca de la Range Rover. Llevaron los cuerpos de los dos tipos de vuelta al interior del Toyota con el guardabarros rojo, luego un tipo saltó detrás del volante y se marchó. Moore vio esto en tanto otros tres hombres lo rodeaban, incluido el hombre tatuado con el aro en la nariz. Fitzpatrick estaba con ellos y evitaba su mirada. *Bien*. Otro tipo se metió en el auto de Moore, puso marcha atrás y desapareció.

El gordo conductor de la camioneta pesaba unas cuatrocientas libras, estimó Moore, y tenía una panza que se movía en grandes olas, incluso cuando respiraba. Aquí estaba el tristemente célebre Luis Torres, líder de la pandilla del cártel de Sinaloa y el «jefe» de Fitzpatrick. Llevaba una gorra de béisbol negra hacia atrás y un espléndido patrón de tatuajes en forma de relámpago que parecían tronar de arriba a abajo por sus enormes brazos. En un bíceps lucía la intrincada imagen de un esqueleto vestido con túnicas religiosas. Era la Santa Muerte, el santo de la muerte adorado por los narcotraficantes. En una nota extraña, sus párpados habían sido tatuados con imágenes de otro par de ojos, así que cuando parpadeaba, todavía parecía que estaba mirándote. La imagen era casi tan desconcertante como la cara del hombre, tan gruesa, tan redonda, tan angelical, que tenía que hacer un esfuerzo para ver más allá de los pliegues de grasa encuadrando sus ojos. Y los dientes... los dientes podridos y amarillentos, destruidos por una dieta de comida chatarra, sin duda, eran suficiente para que Moore hiciera una mueca.

Pero no la hizo. Suspiró... por lo menos habían dejado de disparar. Por ahora.

Muy bien. Había sido capturado por el cártel de Sinaloa. *Misión cumplida.*

No dejes que te maten, pensó. *Y no dejes que te vean temblar.*

Torres frunció los labios y el ceño ante la pistola de Moore, y los largos pelos en su barbilla se movieron hacia adelante como una escoba.

—¿Qué estás haciendo con eso? —sus fosas nasales se abrían mientras hablaba en inglés.

—Se lo dije, soy americano, en viaje de negocios.

—Yo también.

—¿En serio?

Torres soltó un bufido.

—Nací en el área Sur-Central de Los Ángeles.

—Yo soy de Colorado —dijo Moore.

—¿Así que estás aquí por negocios? ¿Qué tipo de negocios?

—Paneles solares.

—¿Y llevas un arma?

—La tomé del hombre en el asiento trasero.

La mirada de Torres se hizo más dura y se burló de él.

—¿Y siempre usas una funda sobaquera en caso de que encuentres un arma?

Moore se dio cuenta sólo entonces de que su sudadera estaba todavía abierta.

—Eres hombre muerto. ¿Lo sabes? Eres hombre muerto.

—Mira, no sé quiénes son ustedes, pero me salvaron la vida. Les voy a pagar por ello.

Torres negó con la cabeza.

—Estás mintiendo descaradamente.

A un par de cuadras de distancia resonó la sirena de una patrulla de policía, *¡Ah,* los tipos locales que el amigo de Moore en Langley había llamado, pero ni Torres ni sus compinches reaccionaron ante el sonido.

—Siento que no me crean. ¿Tal vez pueda hablar con alguien más?

Torres maldijo entre dientes.

—Lleven a este imbécil adentro.

Moore fue llevado a una oficina en el segundo piso sobre la pista de baile del club y allí se quedó sentado en una silla plegable de metal, frunciendo el ceño frente al revestimiento de color marrón de la década del setenta en las paredes y un pesado escritorio de acero situado cerca de la ventana. Había un estante detrás del escritorio torcido por el peso de decenas de carpetas y las luces fluorescentes zumbaban sobre su cabeza. La única cosa moderna en la habitación era el iPad que brillaba sobre el escritorio. Fitzpatrick, otros dos matones y Torres estaban en la habitación, y Torres se sentó en la silla del escritorio como una vieja morsa probando el agua antes de deslizarse en las olas. En su caso, el gordo se estaba asegurando de que la silla no se desplomara bajo su imponente grosor.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Moore, sacándole una sonrisa a todos los hombre en la habitación.

—Escucha, cabrón, empieza a hablar, de lo contrario, te damos *el guiso*. ¿Entiendes?

Moore tragó saliva y asintió con la cabeza.

El guiso era un método de ejecución muy conocido empleado por los cárteles. Te ponen en un tambor de cincuenta y cinco galones, vierten gasolina o diesel encima tuyo y luego te prenden fuego vivo, haciendo un guisado humano. El tambor hacía que deshacerse del cuerpo fuera un proceso limpio y ordenado.

Torres cruzó los brazos sobre su pecho.

—¿Estás trabajando con la Policía Federal?

—No.

—¿Local?

—No.

—¿Entonces por qué diablos te andas metiendo en esas antiguas propiedades?

—Tenía la esperanza de conocer al propietario. ¿Así que tú enviaste a ese tipo a secuestrarme?

—Sí, lo hice —dijo Torres—. Hablando de un trabajo mal hecho.

—En realidad no. Terminé aquí de todos modos —dijo Moore.

—¿Quién eres?

—Está bien. Esta es la cuestión. Soy alguien que puede ayudar a tu jefe. Tengo que sentarme y hablar con él, mano a mano.

Torres se echó a reír entre dientes.

—Ni lo sueñes.

—Luis, escúchame con mucho cuidado.

Su mirada se endureció.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Sabemos mucho más que eso, pero voy a ir al grano. Trabajo para un grupo de inversionistas internacionales. Nuestra sede está en Pakistán y estábamos haciendo un negocio de opio muy lucrativo con el cártel de Juárez hasta que nos jodieron. Mis empleadores quieren al cártel de Juárez fuera del negocio. Punto.

—Y, ¿por qué tendría que importarnos?

—Porque he sido enviado aquí para asesinar a los líderes de ese cártel. Y tú me vas a ayudar.

Torres esbozó una enorme sonrisa y se dirigió a los otros:

—¿Oyen lo que este gringo está diciendo? ¿Lo pueden creer?

—Deben creerlo. Dame mi teléfono. Te mostraré algunas fotos.

Torres se volvió hacia Fitzpatrick, quien había sido el encargado de confiscar el teléfono inteligente de Moore. Se lo lanzó a Moore y Torres se inclinó hacia él.

—Si haces una llamada o envías algún tipo de aviso —advirtió Torres—, te disparamos ahora mismo.

—No me quieres matar. Voy a ser tu nuevo mejor amigo.

Moore pasó con el dedo a través de varias pantallas en el teléfono y llegó a su galería de fotos. Llegó hasta una foto de Dante Corrales.

—¿Es este uno de los hijos de puta que quieres muerto?

—Corrales... —exhaló Torres.

—Tengo que hablar con tu jefe. Pagaré cincuenta mil dólares por la oportunidad de hacerlo.

—¿Cincuenta de los grandes? —Torres dijo sorprendido—. No estás solo aquí, ¿verdad?

Moore casi miró en dirección de Fitzpatrick. Casi.

—Ustedes no nos importan, muchachos. Incluso podríamos hacer una nuevo trato con ustedes. Pero primero, *el guiso* para Corrales y todos sus amigos...

Torres se echó hacia atrás y la silla del escritorio crujió fuertemente. Y luego, después de un tremendo respiro, comenzó a asentir con la cabeza.

—¿Dónde tienes el dinero? ¿En el hotel?

—Transferencia electrónica.

—Lo siento, gringo. Solo efectivo.

—Entiendo. Te conseguiré el dinero. Tú consígueme la reunión con tu jefe. Y tienes razón. No estoy aquí solo.

17

ALGUNOS TIENEN DINERO Y ARMAS

Boeing 777 de Rojas
En ruta a Bogotá, Colombia

Jorge Rojas miró distraídamente por la ventana con forma oval y suspiró. Estaban a cuarenta y un mil pies de altura y el ruido de los motores Rolls-Royce Trent 800 de su Boeing 777 se había reducido a un ronroneo en la bien aislada cabina. Eso era algo muy notable, ya que el 777 tenía los motores tipo turbofán de mayor diámetro que cualquier otro avión... y debía de tener motores grandes, se dijo, teniendo en cuenta su costo. Había gastado casi $300 millones en este exclusivo avión, el más grande del mundo en la categoría bimotor y al que a menudo se lo llamaba el «triple siete». Podía volar casi media vuelta alrededor del mundo antes de tener que aterrizar para reabastecerse de gasolina. Si tenía prisa, su piloto y copiloto, ambos oficiales veteranos y distinguidos de la Fuerza Aérea Mexicana, podían llevarlo a su destino a Mach 0,89. El avión, al igual que sus muchas casas, era un testimonio de su éxito y un magnífico refugio. Había recibido el avión y había hecho que lo volaran desde la planta de Boeing en Seattle a la base de Lufthansa en Hamburgo, donde fue equipado con una cabina completamente personalizada siguiendo sus muy concretas y ambiciosas peticiones. Si bien podía llevar hasta cincuenta pasajeros en una zona de asientos de primera clase, la mayor parte del avión había sido convertida en su casa y oficina en el aire, con un dormitorio principal adornado con madera de lupia de color negro ceniza cálido y nudoso. El cuarto de baño de travertino tenía una ducha de seis cabezas y un sauna para hasta cuatro personas, junto con una bañera de chorros. La oficina que estaba al lado había sido decorada con antiguas piezas francesas fijas al suelo. Incluso sus libreros tenían pequeños bordes que evitaban que los volúmenes se deslizaran hacia adelante. Pero si bien el mobiliario era viejo, la tecnología era de última generación: impresoras, escáneres, computadoras, redes Wi-Fi, cámaras web y cualquier otra cosa que su experto en informática haya creído necesaria a bordo. Frente a su escritorio había una mesa de conferencias con una televisión de pantalla plana y proyector computacional, junto con asientos acolchados de cuero muy elegantes, en los que sus huéspedes varias veces se sentaban con un suspiro y admiraban. Fuera de la oficina había una sala de entretenimiento con otro televisor de pantalla ancha, grandes sofás y sillones reclinables, junto con un bar completo manejado por Hans DeVaughn, un barman ganador de la competencia internacional World Class que Rojas había reclutado mientras estaba en España. La competencia World Class era reconocida como el Oscar de los barman, y Hans, con su conocimiento, habilidad y talento creativo, había derrotado a más de seis mil barmans de más de veinticuatro países diferentes. De hecho, Rojas había encontrado a sus siete auxiliares de vuelo durante sus viajes de negocios a Europa y tenían sus propias habitaciones de modesto tamaño, pero funcionales, que incluían una ducha y literas como las de los trenes para viajes

más largos. Por último, la cocina privada con horno de convección y cocina era algo espectacular que su chef de mucho tiempo, J.C., le había ayudado a diseñar. El hombre había insistido en tener todos sus utensilios, sin importar adonde viajaran. A algunos de los invitados muy especiales de Rojas les gustaba comentar que cuando estaban a bordo del Air Force One de los Estados Unidos era como estar «en los barrios bajos» en comparación con el palacio aéreo de Rojas. El rey de Jordania en tono de broma había dicho que estaba decepcionado de que el avión no tuviera una piscina privada.

—No se ría —había dicho Rojas—. Los rusos tenían piscinas de agua salada en sus submarinos de la clase Typhoon. Pero tenga la seguridad de que el próximo avión que compre será más grande *¡y* usted tendrá su piscina!

—No hay necesidad. Lo que usted ya tiene es sencillamente espectacular.

Rojas estaba de hecho envuelto en un nido de costoso cuero y detalles en madera pulidos a un brillo notable. J.C. estaba preparando una deliciosa cena temprana y la verdad es que tenía más dinero del que jamás podría gastar en mil vidas. Qué diablos, los índices de América del Norte y del Sur incluso llevaban cinco meses de máximos históricos. La vida era espectacular. No debería estar tan malhumorado.

¡Ay!, Miguel estaba creciendo demasiado rápido y aunque Rojas lo había ayudado a encontrar una novia adorable, parte de él se lamentaba por haberlo hecho debido a que esta chica (que le recordaba mucho a su preciosa Sofía) se convertiría ahora en el centro de la vida del chico. Rojas sonrió para sus adentros. Simplemente estaba sintiendo el dolor de un padre tratando de asumir la independencia de su hijo. Eso era todo. La lógica debía triunfar sobre las emociones. Pero era más fácil decirlo que hacerlo. Cuando los veía juntos, tan jóvenes, vibrantes y hermosos, no podía dejar de verse a sí mismo y a Sofía. Estaba celoso, por supuesto, celoso de la juventud de su hijo y el hecho de que había encontrado a alguien a quien amar cuando Rojas había perdido al amor de su vida. ¿Era correcto que se sintiera de esa manera? ¿Que sintiera envidia de su propio hijo?

Sentado al otro lado de la cabina estaba Jeffrey Campbell, un viejo amigo de la USC que había fundado Betatest, una empresa involucrada en las primeras etapas de las aplicaciones para varias plataformas de telefonía móvil. Campbell había hecho millones y estaba expandiendo su negocio en América del Sur con la ayuda de Rojas. Ambos habían jugado en el equipo de fútbol americano y una vez habían salido con hermanas gemelas, lo que se convirtió en toda una sensación en el campus, ya que las dos jóvenes zorras eran perseguidas por legiones de estudiantes.

—Te ves como si estuvieras a un millón de millas de distancia —dijo Campbell.

Rojas sonrió débilmente.

—No tanto como un millón. ¿Cómo te sientes?

—Estoy bien. Siempre pensé que me iría antes que él. No es fácil enterrar a tu hermano menor.

Esa última frase tocó a Rojas profundamente.

—Por supuesto que no.

El hermano de Campbell, también un atleta universitario que nunca había fumado un solo cigarrillo en su vida, había padecido cáncer de pulmón y fallecido repentinamente. Tenía treinta y ocho años. Los médicos sospechaban que había estado expuesto a uranio empobrecido cuando su tanque Abrams MI A1 había chocado con un IED[28] mientras estaba en Irak, pero tratar de

demostrarlo y conseguir una indemnización de las fuerzas armadas sería muy difícil.

El hermano mayor de Rojas había muerto cuando tenía solo diecisiete años y Rojas tenía quince. Habían crecido en Apatzingán, entonces una ciudad mucho más pequeña en el estado de Michoacán, en el suroeste de México. Su padre había sido un agricultor y ganadero que los fines de semana reparaba equipos de labranza y los taxis para una compañía que operaba en algunas de las ciudades. Era un hombre de anchas espaldas con un grueso bigote y un sombrero de fieltro marrón sobre el que algunas personas bromeaban que no se sacaba ni para dormir. Su madre, cuyos grandes ojos marrones y gruesas cejas podrían formar una expresión que le helaba hasta los huesos a Rojas, trabajaba sin cesar en el rancho y mantenía su casa impecablemente limpia. Sus padres le habían inculcado una ética de trabajo que no toleraba distracciones y que también le había dado muy poca paciencia con aquellos que optaban por arrastrar los pies tranquilamente a través de sus vidas.

La noche había sido fresca, el viento corría desde las montañas y movía la puerta del cerco de aquí para allá, ya que el pestillo se había oxidado. Los tres pandilleros estaban ahí parados, iluminados por una luna menguante, a la espera de que el hermano de Rojas, Esteban, saliera y los enfrentara. Iban vestidos con ropas oscuras y dos usaban capuchas como caballeros de la muerte. El más alto estaba parado más atrás, como un centinela encargado de grabar el incidente para ojos más poderosos que los suyos.

Rojas salió al porche y le agarró la muñeca a su hermano.

—Solo devuélveselos.

—No puedo —dijo Esteban—. Ya lo gasté.

—¿En qué?

—En arreglar el tractor y las cañerías de agua.

—¿Así es como obtuviste el dinero?

—Sí.

—¿Por qué hiciste esto? —la voz de Rojas comenzaba a quebrarse.

—¡Porque míranos! ¡Somos campesinos! Trabajamos todo el día y ¿para qué? ¡Casi nada! ¡Ellos trabajan para el cártel y en cinco minutos hacen lo que nosotros hacemos en un mes! No es justo.

—¡Lo sé, pero no deberías haberlo hecho!

—Está bien, tienes razón. No debería haberles robado su dinero, pero lo hice. Y ahora es demasiado tarde. Ahora tengo que hablar con ellos. Tal vez me dejen trabajar para pagarles.

—No vayas.

—Tengo que terminar con esto. No puedo dormir. Tengo que hacer un trato con ellos.

Esteban tiró de su brazo para soltarse de la mano de su hermano y bajó desde el porche, caminando a través del camino de tierra en dirección al cerco.

Rojas lo vería hacer esa caminata una y otra vez en sus pesadillas. Marcó cada pisada, cada sombra moviéndose a través de la chaqueta de pana de su hermano. Esteban tiraba nerviosamente de las mangas de la chaqueta, apretando la tela cada vez más fuertemente dentro de sus manos. Rojas siempre había admirado a su hermano mayor y nunca lo había visto asustado.

Pero esas manos tirando de las mangas... y su modo de andar, cuidadosamente medido, pero arrastrando las botas más de lo que solía hacerlo... le dijo que su héroe, su protector, el muchacho que le había enseñado a pescar, saltar rocas y conducir un tractor, tenía mucho miedo.

—¡Esteban! —exclamó Rojas.

Su hermano se dio vuelta y levantó un dedo.

—¡Quédate en el porche!

Rojas no quería más que acompañar a su hermano o correr de vuelta adentro de la casa y alertar a sus padres, pero ellos habían ido a la ciudad para celebrar su aniversario de boda y el padre de Rojas se había jactado de que había ahorrado el dinero suficiente para invitar a su esposa a una costosa comida.

Uno de los pandilleros le dijo algo a Esteban, que respondió alzando la voz. Esteban se acercaba al portón y, por extraño que parezca, los pandilleros se negaban a pasarlo, como si hubiera alguna fuerza manteniéndolos atrás.

No fue hasta que Esteban pasó el portón y dio un paso en el camino de tierra que lo rodearon. Rojas pensó en la escopeta que su padre guardaba debajo de su cama. Pensó en correr hacia allá y volarle la cara a cada uno de esos malvados. No podía seguir viendo a su hermano ser acosado por estos cabrones.

Recordó el chocolate que Esteban había traído a casa la semana pasada, un verdadero lujo para ellos, y se dio cuenta de que incluso eso lo había comprado con el dinero robado.

—Toma —le había dicho Esteban—. Sé lo mucho que te gusta el chocolate.

—¡Gracias! ¡No puedo creer que hayas conseguido chocolate!

—Lo sé. ¡Ni yo me lo creo!

Y después de que se hubieron comido todo el chocolate, estaban acostados en sus literas mirando el techo y Esteban le había dicho:

—Nunca le debes tener miedo a nadie, Jorge. La gente va a tratar de intimidarte, pero nadie es mejor que nadie. Algunos tienen dinero y armas. Esa es la única diferencia. No tengas miedo. ¡Tienes que ser un luchador en esta vida!

—No sé si el padre estaría de acuerdo con eso —había dicho él—. Él nos dijo que le tuviéramos miedo a las pandillas.

—¡No! Nunca tengas miedo.

Sin embargo, Rojas tenía miedo, ahora más que nunca, mientras veía cómo los pandilleros comenzaban a gritarle a su hermano.

El más bajo empujó a Esteban, quien le devolvió el empujón y gritó:

—¡Voy a devolver el dinero!

Y entonces el más alto, el centinela que había permanecido unos pasos más atrás y no había dicho una palabra, metió la mano en su chaqueta y sacó una pistola.

Rojas quedó sin aliento, se puso tenso, extendió la mano...

El disparo lo hizo estremecerse y parpadear mientras la cabeza de Esteban saltaba hacia un lado y él caía al suelo.

Sin decir una palabra, Rojas entró corriendo a la casa, al dormitorio de su padre, y agarró la escopeta. Corrió hacia fuera. Los tres delincuentes ya estaban corriendo por el campo, hacia la luna colgando baja en el horizonte. Rojas pasó el portón del cerco de un golpe y les gritó. Disparó la escopeta dos veces y el sonido hizo eco a través de la casa y las colinas. Los pandilleros ya estaban muy fuera de su alcance. Maldijo, se detuvo y trató de recobrar el aliento.

Luego volvió hacia donde estaba su hermano, que yacía inmóvil en el suelo. Corrió a su lado y la escopeta cayó de sus manos. El agujero en la cabeza de Esteban le dio escalofríos. Su hermano le devolvía la mirada con un extraño reflejo en sus ojos y más tarde, en sus sueños y pesadillas, Rojas volvería a ver la luna en esos ojos, y contra esa luna, la silueta del centinela levantando su pistola. Rojas trataba de ver la cara del chico, pero nunca pudo.

Puso la cabeza sobre el pecho de su hermano y empezó a llorar. Los vecinos lo encontraron allí unos minutos más tarde y, finalmente, llegaron sus padres. El llanto de su madre continuó durante toda la noche.

Eso fue en otra vida, pensó Rojas, pasando un dedo por el brazo de lupia de su asiento. La historia del pobre que se hace rico era un cliché, le habían dicho, pero él desafiaba a cualquiera a clasificar su actual vida como un cliché. Por mucho que aún amaba y admiraba a su hermano, Rojas entendía ahora que Esteban había cometido un grave y tonto error. Rojas se había pasado casi la mitad de su vida buscando al chico que había matado a Esteban, pero nadie lo había ayudado.

—Bueno, Jorge, no puedo agradecerte lo suficiente por esto. Por todo. Quiero decir, nunca me he reunido con el presidente de un país antes.

—He conocido a muchos de ellos —dijo Rojas—. ¿Y sabes qué? Son solo hombres. La gente va a tratar de intimidarte, pero nadie es mejor que nadie. Algunos tienen dinero y armas. Esa es la única diferencia.

—Algunos tienen aviones privados también —agregó Campbell con una sonrisa.

Él asintió con la cabeza.

—Me gusta viajar.

—Estoy seguro de que ya te han preguntado esto antes, pero siempre me ha intrigado la gente como tú. ¿Qué crees que es lo que más ha contribuido a tu éxito? ¿Fue la disciplina o puro cerebro? ¿Suerte? ¿Un poco de todo? Digo, me has contado la historia de la pequeña ciudad donde te criaste. Y ahora eres, literalmente, una de las personas más ricas del planeta. El artículo en la revista *Newsweek* decía que tu valor estimado es de al menos ocho por ciento del producto interno bruto de México. Es simplemente... asombroso. ¿Quién hubiera pensado esto en la universidad, ¿no?

—A ti no te ha ido nada mal. No te subestimes.

Él asintió con la cabeza.

—Pero nada como esto. Así que, mientras miro alrededor de tu precioso avión, te pregunto, ¿cómo llegaste aquí?

—Comprando empresas, haciendo inversiones sabias... no lo sé, la verdad. Los amigos fueron los que más ayudaron.

—No seas tímido.

—Lo digo en serio. Las amistades que he hecho se han convertido en lo más importante y lo verás cuando lleguemos a Colombia.

Campbell consideró eso y luego asintió con la cabeza, y, finalmente, parecía que Rojas había tenido éxito en eludir la pregunta. Pero entonces, Campbell dijo:

—¿Crees que fue la escuela? ¿El que te haya ido bien en la escuela?

—Claro, es eso. Los amigos y la escuela.

—Pero eso no responde el *verdadero* misterio.

Rojas frunció el ceño.

—Oh, ¿cuál es ese?

—¿Cómo es que muchas de tus empresas han sido capaces de capear esta recesión económica? Si la memoria no me falla, ni una sola de tus empresas ha tenido que declararse en quiebra. Teniendo en cuenta este mercado tan inestable, eso es increíble.

Rojas se permitió una leve sonrisa.

—Tengo buena gente trabajando para mí y un ejército de abogados para protegerme a mí y a mis inversiones.

—Los Subways que tienes en México están ganando más dinero que los de los Estados Unidos. Sin embargo, las personas en México tienen menos ingresos disponibles. ¿Cómo lo haces?

Él se echó a reír.

—Vendemos una gran cantidad de sandwiches.

Y luego se acordó de una reunión de directorio que había tenido el mes anterior, en la que su equipo había presentado las ganancias del año para la cadena de concesionarios de automóviles que poseía, con locales en todo México. Muchas personas no sabían que el país a menudo tenía la producción y venta de automóviles más grande en el mundo. Los números, sin embargo, habían sido decepcionantes, pero Rojas había sido capaz de asegurarle a su gente que los incentivos para los concesionarios no solo se mantendrían sino que se multiplicarían diez veces.

—Pero, ¿cómo pueden hacer eso con esta tremenda caída en las ventas? —le había preguntado su director ejecutivo. Era una buena pregunta, y la docena de personas o más sentadas en la larga mesa de conferencias centraron su atención en Rojas, quien estaba a la cabeza y dijo:

—He estado en conversaciones directas con los fabricantes y les prometo que sus incentivos aumentarán.

Se encogieron de hombros con incredulidad. Pero Rojas hizo que sucediera. Y las llamadas y correos electrónicos llegaron a montones:

—¡Gracias! ¡Gracias!

Un gerente incluso comentó que el señor Rojas «tiene una bóveda mágica llena de dinero mágico que salva vidas y protege a las familias y las escuelas».

En toda broma hay algo de verdad, y la bóveda dentro de la mansión en Cuernavaca, a las afueras de Ciudad de México, estaba, de hecho, llena de suelo a cielo con dólares y pesos. Muros y muros de dinero en efectivo. Millones y millones, dinero que se blanquearía a través de las redes y las empresas fantasma, y luego sería depositada en cuentas en el extranjero, además de reforzar los negocios legítimos de Rojas, sus concesionarios y restaurantes y fabricantes de cigarrillos y empresas de telecomunicaciones.

Porque el único negocio que no solo resistía en tiempos económicos difíciles, sino que incluso florecía, era el tráfico de drogas. A veces, Rojas deseaba poder desprenderse del negocio que había ayudado a construir su imperio. Había sido un reto laborioso mantener en secreto su identidad y su participación en el cártel. Ni su esposa ni su hijo sabían nada sobre el cártel de Juárez y cómo Rojas, entonces estudiante de último año en la universidad, se había involucrado en el negocio.

Rojas había conocido a un estudiante de posgrado llamado Enrique Juárez, que sus colegas y profesores decían era un genio de la tecnología de ADN recombinante y el proceso de fabricación de

insulina. Juárez quería establecer una empresa farmacéutica en México para aprovechar la mano de obra barata. Rojas quedó tan impresionado con la propuesta de negocio que invirtió una enorme porción de sus ahorros (casi veinte mil dólares) para asociarse en la empresa. GA Lab (Genética Acuña) se estableció en Ciudad Acuña (209.000 habitantes) a lo largo de las orillas del Río Grande, al sur de Del Rio, Texas. Juárez le había explicado el proceso de su operación: el primer contrato era producir la cadena A con veintiún aminoácidos y la cadena B con treinta aminoácidos como precursor de la síntesis de la insulina humana.

Una vez que las cadenas de aminoácidos A y B crecieran, GA enviaría el material de vuelta a los Estados Unidos, donde se insertaría en moléculas circulares de ADN llamadas plásmidos, utilizando enzimas especiales para realizar la cirugía molecular, el siguiente paso en el proceso de fabricación de insulina.

Llegaron los contratos, el negocio despegó y durante los próximos cinco años, tanto Rojas como Juárez, obtuvieron salarios de seis cifras. Rojas vio claramente la ventaja de ser dueño de una compañía farmacéutica legítima y comenzó a contratar a gente a espaldas de Juárez para producir versiones de mercado negro de fármacos tales como Dilaudid, Vicodin, Percocet y Oxycontin, todos los cuales producían más dinero que el negocio de insulina de la empresa.

Un viernes por la noche, después de una larga cena y un debate aún más acalorado, Juárez se quedó mirando a Rojas a través de sus grueso anteojos y dijo:

—Jorge, no me gusta la dirección que le estás dando a nuestra empresa. Hay demasiado en juego ahora. Mucho que perder. No me importa todo el dinero que hacemos con las drogas de mercado negro. Si nos pillan, lo perdemos todo.

—Lo entiendo. Es por eso que estoy dispuesto a comprar tu parte de la empresa. Puedes tomar el dinero y armar una nueva empresa. Te voy a hacer una oferta muy generosa. No quiero verte infeliz. Empezamos esto con algunas grandes ideas y muchos rezos. Permíteme liberarte para que puedas hacer otra cosa.

—Yo creé este negocio. Fue mi invento desde el principio. Lo sabes. No te lo voy a entregar a ti. Éramos socios, pero nunca consultaste conmigo nada de esto. Lo hiciste a mis espaldas. No puedo confiar en ti.

Rojas se puso tenso.

—No serías nada sin mi dinero.

—No te voy a vender este negocio. Te pido que dejes de poner todo en riesgo.

—Tienes que aceptar mi oferta.

—No, no lo haré.

Juárez se paró, se limpió la boca y se alejó de la mesa.

A la mañana siguiente trató de despedir a todos los científicos y personal de laboratorio que Rojas había contratado.

Rojas le dijo que se fuera lejos, que se tomara una semana de descanso, que se fuera a esquiar a Suiza. No estaba pensando con claridad. Juárez finalmente cedió a la presión y se tomó las vacaciones. Desafortunadamente, mientras estaba de vacaciones murió en un terrible «accidente» de esquí, dejándole todo su dinero y propiedades a su anciana madre, quien de inmediato hizo un trato más que agradable con Rojas.

El cártel de Juárez había sido extraoficialmente nombrado en honor a la ciudad en la que la operación hacía la mayor parte de su negocio, pero la ironía sorprendente era que el hombre responsable de su nacimiento había llevado el mismo nombre. Rojas había empezado con una pequeña compañía farmacéutica, la que expandió a muchas más empresas, las que a su vez le ayudaron a crear empresas que ayudaban a lavar dinero al comprar grandes franjas de propiedades inmobiliarias a lo largo de algunas de las ciudades más pobladas de México.

Reconoció que la forma más rápida de lograr experiencia en nuevas empresas era evitar las curvas de aprendizaje que consumían mucho tiempo y comprar empresas exitosas ya existentes en ese mercado. Su entendimiento de las finanzas y la forma de mover y vender productos condujo a un rápido, incluso extremo, crecimiento de su imperio. Sin embargo, su organización no estaba exenta de problemas. Tres de los miembros de más alto rango del cártel habían empezado a manejar las operaciones de contrabando de drogas sobre la base de su ego y arrogancia, hundiéndolas, por lo que se había visto obligado a «retirarlos» del poder. Esa decisión, al igual que la relativa a Juárez, todavía lo perseguía, pero sabía que si no actuaba con rapidez, la operación se podía hundir y él con ella.

En los últimos años había adquirido tierras en Nueva York y ganado millones comprando y vendiendo esas propiedades. Rescató económicamente editoriales de libros y revistas y compró acciones en ellas. A menudo coqueteó con la idea de simplemente entregarle el cártel completo y sus empresas a Fernando Castillo, que proporcionaría un liderazgo estable y visionario. Rojas había estado a punto de hacer borrón y cuenta nueva, pero luego la economía mundial había caído en picada y se había visto obligado a reforzar sus compañías y a recuperar sus ganancias permaneciendo como el líder clandestino de lo que ahora era el cártel de droga más rentable y de gran alcance de México.

¿Cómo lo había hecho?

Pensó en inclinarse hacia Campbell y decirle la verdad. *«Jeffrey, este mundo es injusto. Este mundo me quitó a mi querida esposa. Y por eso, no puedo jugar por las reglas. Tengo que correr riesgos, como lo hizo mi hermano. Así que estoy haciendo lo que tengo que hacer. Haciendo el bien en el mundo en la medida que puedo, pero sé que otras vidas están siendo arruinadas, que personas buenas están muriendo, pero muchas más se están salvando. Esta es la triste verdad sobre mí. El terrible secreto. Por lo menos tú no tienes que vivir con él... sólo yo debo hacerlo».*

J.C. llegó con la cena, fajitas recién hechas que llenaron la cabina con un aroma que hizo que Rojas se sintiera mareado. Pensó en Miguel, que pronto se tomaría unas vacaciones cortas con su joven novia.

¿Cómo sería ese día? ¿El día en que su único hijo se enterara de la verdad?

18

EL PERRO DORMIDO

Casa de Nariño
Bogotá, Colombia

El palacio presidencial de Colombia había sido nombrado en honor a Antonio Nariño, nacido en 1765, que fue uno de los líderes políticos y militares del movimiento de independencia en Colombia y que había construido su propia casa en el mismo sitio. Cuatro pares de columnas redondas se levantaban hasta un impresionante pasaje a la entrada del palacio y mientras Rojas ingresaba a las sombras de esa magnífica obra de arte, pensó que sí, sería lindo vivir en una casa con tanta historia y tradición como esta. Jeff Campbell venía detrás de él y el presidente Tomás Rodríguez ya estaba allí, sonriéndoles. Tenía una mata de espeso pelo castaño oscuro corto y llevaba un traje negro, camisa de vestir blanca y corbata de seda dorada que llamó la atención de Rojas. Nunca había visto un material, tan liso y brillante, e hizo una nota mental para preguntarle al presidente al respecto. Las presentaciones fueron breves, el presidente los saludó haciendo contacto visual directo y dándoles firmes apretones de manos tanto a Rojas como a Campbell, para luego darle un abrazo a Rojas y una palmadita en el hombro.

—Ha pasado demasiado tiempo, amigo mío.

—Mis disculpas por nuestro retraso —dijo Rojas—. Pero después de esa locura en París, pasar por la aduana fue una odisea de casi tres horas.

—Entiendo la demora —dijo Rodríguez—. Nos he instalado en la biblioteca. No tengo que aparecer hasta las diez de la noche, así que tenemos tiempo de sobra. También podemos ir al observatorio, si no está demasiado frío. Estoy seguro de que me va a dejar sordo con los informes sobre sus holdings, mucho más de lo que querría saber sobre el petróleo, el café y el carbón... quiero decirle que estamos mucho mejor que la última vez que hablamos.

—Sí, lo estamos —dijo Rojas, con un tono más animado.

El presidente empezó a hablar.

Campbell se volvió hacia Rojas y sonrió.

—Esto es increíble.

—Por supuesto —dijo Rojas.

Luego añadió en un susurro:

—Y cuando hayamos terminado, tendremos un contrato con el gobierno, confía en mí.

—Excelente —dijo Campbell con un grito ahogado.

Doblaron más allá del vestíbulo, cuyas paredes mostraban finas piezas de arte enmarcadas, incluyendo varias pinturas del mismo Antonio Nariño, junto con muebles adornados de varios cientos de años de antigüedad. Este tipo de historia y opulencia ya no provocaba en Rojas una reacción

externa, pero disfrutaba viendo los ojos de Campbell abrirse más y más cuanto más se adentraban en el palacio.

Su teléfono vibró. Miró el mensaje de texto de Fernando Castillo: Estoy aquí con Ballesteros.

Rojas asintió para sus adentros. Ballesteros había estado pasando un tiempo difícil y Rojas se alegraba de que estuvieran aquí ahora, en el país, para ayudar a su leal proveedor. Los enemigos de Ballesteros estaban a punto de sufrir toda la ira del cártel de Juárez.

Campamento base de las FARC
En algún lugar de la selva
Cerca de Bogotá, Colombia

El coronel Julio Dios de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, el grupo insurgente más grande y antiguo de las Américas, se tendió sobre su catre dentro de la tienda de campaña. Era su quincuagésimo cumpleaños y había pasado el día bebiendo y festejando con sus hombres. Bueno, hablar de *hombres* era ser demasiado generoso. La mayor parte de sus fuerzas estaban compuestas por muchachos, que con suerte habían cumplido dieciocho años, algunos tenían solo catorce o quince años, pero los había entrenado bien y eran ferozmente leales a él y a su misión de estrujar aún más a los productores de cocaína para que le dieran más dinero para poder ampliar y equipar mejor a sus fuerzas. No estaban listos para dar un golpe militar contra el gobierno de Colombia, pero Dios especulaba que en unos años las FARC podrían levantarse y lograr una victoria decisiva. Finalmente derrocarían al corrupto presidente y su régimen intolerable. Por ahora, sin embargo, aumentarían su financiamiento gravando aún más a los productores de droga. La relación que tenía con un productor en particular, Juan Ramón Ballesteros, había sido una alianza de conveniencia ad hoc, en la que Ballesteros a menudo intercambiaba cocaína por armas. Las FARC se aseguraban de mantenerse alejadas de cualquier participación en la producción y el transporte de las drogas, y él proveía a Ballesteros con la seguridad adicional que necesitaba para mantener alejadas a las autoridades locales y federales.

Pero mientras Ballesteros estaba expandiendo su negocio, Dios y sus compañeros eran perseguidos agresivamente, su número de miembros empezaba a disminuir y su destino estaba aparentemente ligado a la generosidad de Ballesteros y otros narcotraficantes como él. Dios había decidido que eso tenía que cambiar, por lo que había estado poniendo más que un poco de presión sobre el narcotraficante, cuya terquedad pronto lo iba a matar.

Dios acomodó la cabeza en sus manos. Estaba listo para disfrutar de una noche larga y tranquila.

No escuchó ni vio al hombre entrar en su tienda, solo sintió la mano sobre su boca y la ola de dolor candente en el pecho. Cuando por fin levantó la mirada en la granulosa oscuridad, solo vio una figura vestida de negro, la cara cubierta por un pasamontañas con un solo ojo cortado, ¿o era ese un parche en el agujero del otro ojo?

—Ballesteros envía sus saludos. Nadie se mete con nosotros. Jamás. Tus chicos ahora lo sabrán... anda a encontrarte con Dios...

El hombre lo golpeó en el pecho de nuevo, más dolor candente, y de repente Dios no tuvo control sobre sus brazos y piernas. Quería toser. No pudo. Trató de tomar un respiro. No pudo. Y luego...

Mientras salía de la tienda de campaña con los guantes cubiertos de sangre, Fernando Castillo pensó en los otros hombres que estaban siendo asesinados en ese mismo momento, otros seis altos jefes de las FARC, quienes serían asesinados con notas prendidas en el pecho «pidiendo» su renovada cooperación y «paciencia». El cártel de Juárez había hablado.

Mansión privada
Bogotá, Colombia

«Tú los liderarás, Tú llevarás la yihad de vuelta a los Estados Unidos... y *debes utilizar los contactos que has hecho con los mexicanos para hacer eso, ¿Entiendes?».*

Esas eran las órdenes que había recibido el *mulá* Abdul Samad y cada decisión que tomaba estaba dirigida hacia el cumplimiento de esa misión. No importa lo mucho que odiaba lo que estaba a punto de hacer, no olvidaría las palabras del *mulá* Omar Rahmani.

Samad había viajado solo en la limusina Mercedes negra. Niazi y Talwar se habían quedado viendo telenovelas españolas en el Hotel Charleston, donde Ballesteros los había instalado en suites... a los diecisiete. Catorce de los quince combatientes de Samad habían llegado a la ciudad y era la voluntad de Alá que él, Niazi y Talwar hubieran escapado de la casa en la selva después del ataque de las tropas de las FARC. Hasta el momento solo se había producido un retroceso: la muerte de Ahmad Leghari en París. El que Ballesteros no pudiera usar el submarino para entrarlos a México era un tema que podía abordarse, pero más importante era el cruce de la frontera hacia los Estados Unidos. Si Samad podía llegar a un acuerdo con el cártel de Juárez, entonces el tramo más difícil de su viaje estaría solucionado. Si no, se pondrían en marcha otros planes y Rahmani había dicho que ya estaba en contacto con al menos un cártel más. Había temido que ponerse en contacto con varios cárteles a la vez podría alertar a Rojas, por lo que avanzarían lentamente, de manera sutil.

El conductor de la limusina, un joven de no más de veintiún años, lo llevó por un amplio camino empedrado y hacia la entrada de una espectacular mansión de estilo colonial ubicada en las laderas y con vista a toda la ciudad. Esta, Ballesteros le había dicho, era otra de las casas de vacaciones de su jefe, valía millones en un buen mercado de bienes raíces y Samad, siendo un hombre de simples medios y recursos, no pudo dejar de despreciar la ostentación de todo, desde la docena de tragaluces hasta las seis diferentes fuentes instaladas a través del camino de entrada hasta las estatuas de mármol que sugerían que había llegado a un museo en lugar de una residencia privada. Se detuvieron frente a un par de puertas de madera talladas a mano con motivos de hojas de acentos dorados y terminaciones color nuez intenso. El conductor se bajó y le abrió la puerta a Samad, quien se deslizó fuera. Sería irreconocible incluso para sus lugartenientes de confianza, si lo hubieran visto desde lejos. Se había cortado severamente la barba y el pelo, y se había comprado un traje de negocios muy occidental, junto con un maletín de cuero. Para cualquier colombiano, se veía como un exitoso empresario extranjero que los fines de semana disfrutaba de la naturaleza, como lo sugerían su barba y delgada figura.

Un hombre algo encorvado, con bigote gris y vestido con un uniforme de mayordomo lo recibió en la puerta y lo llevó a una terraza trasera, donde el hombre que Samad había venido a ver estaba solo delante de una mesa de hierro forjado, leyendo la edición diaria de *La República de Bogotá*,

con un vaso de jugo de naranja a un lado.

—¿Señor Rojas? Su huésped ha llegado —dijo el mayordomo.

El diario bajó para revelar a un hombre sorprendentemente joven para su posición. Samad trató de ocultar su sorpresa mientras el hombre se levantaba y se pasaba los dedos por su grueso pelo negro, con unos mínimos toques de gris, y luego le extendía la mano a Samad para darle un firme apretón de manos.

—Buenos días. Por favor, tome asiento.

—Gracias —dijo Samad—. Es un gran honor poder conocerlo en persona. El *mulá* Rahmani me ha compartido muchas cosas buenas de usted.

—Bueno, se lo agradezco. Su desayuno estará aquí dentro de poco.

—Excelente.

—El señor Ballesteros me dice que usted tiene un grupo bastante grande acompañándolo.

—Eso es verdad.

Rojas hizo una mueca.

—Eso me preocupa. Y ya le he expresado mi preocupación al *mulá* Rahmani.

—Entonces entiende nuestro dilema —dijo Samad.

—Me temo que no. Él no me dijo el motivo de su visita, solo que usted vendría aquí y que era muy importante que habláramos.

—Bueno, antes de que discutamos eso, me gustaría asegurarle que los errores cometidos en Pakistán no volverán a ocurrir. La CIA ha puesto mucha presión sobre nosotros, pero hemos contratado a un operario interno. Él nos ha dado unos cuantos nombres. Con su ayuda, los envíos se reanudarán de manera normal.

Rojas alzó una de sus cejas.

—Estoy seguro de que lo harán, de lo contrario me veré obligado a buscar otro proveedor. Muchos señores de guerra en el Norte han estado llamando a mi puerta. Y como le he dejado muy claro a Rahmani, somos el único cártel con el que ustedes harán negocios.

—Por supuesto.

—Marque mis palabras. Si me entero de que usted no está feliz con nosotros y vende su producto al cártel de Sinaloa u otro de mis competidores, habrá graves consecuencias.

Si bien Samad no pudo ocultar su desdén por haber sido amenazado, siguió estando muy consciente de que no iba a salir de la propiedad vivo si contrariaba a este hombre.

—Entendemos muy claramente que nuestro acuerdo es exclusivo. Y estamos muy contentos de estar trabajando con usted y de que usted esté tratando con tanto cuidado de ampliar el alcance de nuestro producto, que, en el pasado, ha sido ignorado en gran medida por los cárteles. De hecho, estamos tan agradecidos por su ayuda que le he traído algunos regalos.

Samad sorprendió a Rojas mirando su maletín.

—Oh, no —agregó Samad con una sonrisa—. No están aquí. Son mucho más grandes, por así decirlo.

—Creo que sé lo que tiene en mente.

—Sí. Algo para sus enemigos.

En la casa en la selva de Ballesteros había dos camiones cargados de sofisticados artefactos

explosivos improvisados hechos en la fábrica de Samad en Zahedán. Junto con los cientos de bombas había veintidós cajas de pistolas FN 5.7 de fabricación belga, las que Samad sabía eran de las favoritas entre los cárteles de la droga mexicanos, que utilizaban las *mata policía* contra los policías que llevaban chalecos antibalas. Las balas de la pistola a menudo penetraban los chalecos y Samad supuso que un regalo como este sería con toda seguridad bien apreciado por Rojas y sus sicarios.

Samad sacó de su maletín una hoja de inventario y se la mostró a Rojas, cuyos ojos se abrieron.

—Excelente.

—Voy a hacer que se las entreguen esta tarde.

—No aquí. Haré que Fernando lo llame para hacer los arreglos. Bueno, voy a asumir que usted no ha venido hasta aquí para entregar armas o pedir disculpas por lo ocurrido en Pakistán.

—No.

—Necesita un favor.

Samad suspiró profundamente.

—Uno de nuestros queridos amigos, un venerado imán, ha sido afectado con cáncer de pulmón y tiene que entrar a los Estados Unidos para recibir tratamiento médico avanzado. Está viajando con nosotros, junto con sus dos hijos, dos sobrinos y un grupo de acólitos. Le aseguro que no es ningún terrorista, solo un pobre moribundo que necesita la mejor atención médica que podamos encontrar para él. La universidad de Houston tiene el centro oncológico número uno. Queremos llevar al imán allí. Pero necesitamos su ayuda. Ya ve, a causa de sus creencias religiosas y dudoso financiamiento por parte de los estados árabes, su nombre está en la lista terrorista de los Estados Unidos y también en la lista internacional de prohibición de vuelo. Si nos ayudara a llevarlo a él y a su gente a Houston, estaríamos eternamente agradecidos.

Apareció una sirvienta junto a la mesa y puso una bandeja con unas tostadas, mermelada, cereales para el desayuno y café delante de Samad. La interrupción fue incomoda, ya que estaba tratando de leer la reacción en el rostro de Rojas.

Samad agradeció a la mujer y luego miró a Rojas, quien estaba mirando fijamente su vaso de jugo de naranja. Se inclinó hacia la mesa y dijo:

—No puedo ayudarlo.

—Pero señor, esta es una cuestión de vida o muerte.

—De hecho, lo es.

Rojas empujó su silla hacia atrás, se puso de pie, se alejó de la mesa y luego regresó, rascándose la barbilla pensativamente. Cuando por fin volvió a hablar, su tono se había vuelto mucho más sombrío:

—¿Puede usted imaginar lo que sucedería si su gente fuera atrapada? ¿Puede usted imaginar eso?

—Pero no serían atrapados, ya que contaríamos con su experiencia para llegar allá.

Rojas negó con la cabeza.

—Estados Unidos es un perro dormido. Y como se suele decir, debemos dejar que los perros duerman. Si despertamos a ese perro, tanto usted como yo sufriríamos su ira. Podríamos ser arrestados y nuestros negocios se arruinarían. Se lo he hecho muy claro a Rahmani. No pueden utilizarnos para combatir su yihad. Nunca podrán utilizarnos para conseguir un paso seguro a los Estados Unidos. Yo nunca voy a hacer nada para amenazar la demanda de nuestro producto y tanto

usted como yo entendemos que los estadounidenses son los consumidores número uno de nuestro producto.

—El imán seguramente morirá sin su ayuda.

—Hay demasiado en riesgo. Los Estados Unidos ya han asignado millones de dólares más para proteger su frontera. ¿Los aviones no tripulados que causan tantos problemas en Waziristán? Bueno, los están usando a lo largo de la frontera también. No tiene idea de lo difícil que están las cosas para nosotros en este momento, el largo y ancho de nuestra operación para evadirlos... y todo esto mientras el perro aún está dormido.

La expresión de Rojas era casi implacable. No cambiaría de opinión. Samad sabía que no debía insistir en el tema ahora.

—Entiendo sus preocupaciones. Estoy decepcionado por su decisión y voy a tener que decirle al imán que debemos buscar tratamiento en otra parte.

—En eso lo puedo ayudar. Voy a hacer que mi oficina haga algunas llamadas y vamos a encontrar un centro oncológico que satisfaga todas las necesidades del imán.

—Muchas gracias, señor.

Rojas se excusó para tomar una llamada telefónica y Samad probó su desayuno. Cuando el hombre volvió a la mesa, tomó un largo trago de su jugo de naranja y luego dijo:

—Samad, todavía estoy muy intranquilo por esta visita. Me preocupa que usted y su grupo puedan hacer algo imprudente. Voy a llamar al *mulá* Rahmani y le diré lo mismo que estoy a punto de decirle: si usted trata de entrar a los Estados Unidos, se acaba nuestro trato. Nadie en México comprará su opio. Nadie. Acabaré con su negocio. De hecho, cuando haya terminado, nadie en el mundo les comprará a ustedes. Quiero que piense muy cuidadosamente acerca de eso. Lo que tenemos en este momento es algo especial. Arruinar eso para salvarle la vida a un hombre es tonto. No quiero sonar insensible. Estos son los hechos.

—La confianza se debe ganar —dijo Samad—. Y no me he ganado la suya aún. Pero lo haré. Ya lo verá. Así que, por favor, no se preocupe por esto.

—Bueno. Ahora bien, ¿tiene usted esposa? ¿Hijos?

—No.

—Lamento escuchar eso, porque esa llamada que acabo de recibir era de mi hijo. Se está yendo de vacaciones con su novia y últimamente me ha estado haciendo sentir muy viejo.

Rojas sonrió y luego tomó otro trago de su jugo.

• • •

De vuelta en el Hotel Charleston, Samad se reunió con Talwar y Niazi y les dio un resumen de la reunión. Tenían la misma expresión en la cara cuando hubo terminado.

—Ballesteros es leal a Rojas. No creo que se pueda comprar. Así que vamos a cancelar nuestros planes de viajar a México con su ayuda.

—Pero, el *mulá* Rahmani nos ha ordenado...

—Lo sé —dijo Samad, cortando en seco a Talwar—. Vamos a ir a México, pero tenemos que llegar ahí sin Ballesteros o cualquier otra persona asociada con el cártel que sepa lo que estamos haciendo. Realmente pensé que podríamos obtener ayuda de Rojas, pero estaba equivocado.

—Dijiste que amenazó con poner fin a nuestro acuerdo.

—Lo hizo, pero hablé con Rahmani en el camino de regreso aquí y me dijo que ya no le importa Rojas o los mexicanos. Siempre habrá nuevos compradores. Si los mexicanos no nos pueden ayudar con la yihad, entonces ellos también deben ser considerados prescindibles.

Sus lugartenientes asintieron con la cabeza y luego Niazi dijo:

—Tenemos un amigo, creo, que nos puede volar a Costa Rica. ¿Te acuerdas de él?

Samad sonrió.

—Muy bien. Sí, lo recuerdo. Llámalo ahora.

Irían a los Estados Unidos.

Y Rojas tenía razón, debían dejar que el perro siguiera dormido...

Para que le pudieran clavar un cuchillo en el corazón.

19

NUEVAS ALIANZAS

Iglesia Católica del Sagrado Corazón
Ciudad Juárez, México

Moore se sentó en el último banco en el lado derecho, mirando hacia arriba a los vitrales con imágenes de Jesús y la Virgen María. Los rayos de luz centelleando con motas de polvo brillaba a través de la cruz de bronce de seis pies de altura que se alzaba sobre un pedestal de mármol. La iglesia del Sagrado Corazón era de tamaño modesto y estaba en un barrio humilde en las afueras de la ciudad; se emplazaba como un oasis de esperanza en un auténtico chiquero de autos oxidados y *graffiti*. La alfombra roja que se desplegaba hacia el altar iluminado con velas tenía algunas manchas oscuras aquí y allá, y Moore imaginó que eran manchas de sangre y que los encargados de la limpieza había sido incapaces de eliminarlas. No había un solo lugar sagrado, ni una línea que no se podía cruzar. Y no era ningún secreto que los cárteles habían estado chantajeando a las iglesias locales, extorsionándolas por dinero y usando a los sacerdotes y pastores como portadores de mensajes a sus congregaciones: «Este domingo por la noche se insta a todos los residentes a permanecer en sus casas. No salgan a la calle». Iba a haber un golpe. Solo dos semanas antes, una abuela que vivía a solo tres cuadras de la iglesia le había organizado una fiesta de cumpleaños a su nieto de dieciséis años. Había elegido hacer la fiesta en su casa y no en la iglesia o el centro comunitario por razones de seguridad. Lo que ella no sabía era que su nieto tenía vínculos con el cártel de Sinaloa y que lo andaban buscando para matarlo. Cuatro hombres armados del cártel de Juárez habían llegado a la fiesta y comenzado a disparar. Murieron trece personas, incluyendo un niño de ocho años.

En tanto la inquietud de Moore crecía, los iconos que adornaban la pared trasera de la iglesia comenzaron a transformarse en imágenes de demonios y se imaginó dos hombres de pie en el altar: un hombre con barba y un turbante negro, empuñando un rifle AK-47, y un mexicano más bajo a punto de tirar del seguro de una granada. Cerró los ojos, trató de tranquilizarse a sí mismo diciéndose que la Agencia sabía exactamente dónde estaba, que Fitzpatrick le estaba cubriendo las espaldas y que estos matones de Sinaloa todavía desconfiaban tanto de él como él de ellos. Sintió un nudo retorciéndose en su estómago.

Más temprano ese día, el gordo Luis Torres lo había acompañado al banco, donde había retirado cincuenta mil dólares en efectivo y se los había entregado a él ahí mismo. El matón había estado muy impresionado y había sido increíble cómo su actitud había cambiado frente al fajo de dinero. La reunión con el líder del cártel de Sinaloa, Zúñiga, ya había sido organizada y Moore había sido conducido hasta la iglesia y le habían dicho que esperara al hombre ahí adentro.

¿A cuántas reuniones como esta había asistido Moore? Estaba esa noche en Arabia Saudita en la

que había pasado trece horas esperando a un informante. Había vivido en una zanja en la provincia de Helmand durante más de una semana con el fin de pasar cinco minutos hablando con un líder militar afgano. Había pasado nueve días en la selva somalí esperando que un militante islámico regresara a su escondite. Demasiada espera. Demasiado para reflexionar. Empezó a pensar en Dios y en la vida después de la muerte y en el coronel Khodai y en su joven agente, Rana, y en todos los otros amigos que había perdido. Pensó en rezar por su perdón. La alfombra manchada se volvió baldosa a los ojos de su mente y la luz de las velas se disolvió en el severo resplandor de la vieja sala de reuniones a bordo del portaaviones *Cari Vinson*. Banderas de los Estados Unidos y sellos de la Armada de los Estados Unidos se elevaban detrás de su comandante.

—Vamos a participar en un reconocimiento hidrográfico de la terminal petrolera de Basora. La información que recopilemos será de vital importancia en la planificación del ataque de mañana.

Moore se había convertido en el Oficial a Cargo (OIC)[29] de un pelotón SEAL, con Carmichael como su OIC asistente, a pesar de que Carmichael tenía el mismo rango 0-3, mayor conocimiento y tenacidad. La ventaja que Moore tenía en capacidad física Carmichael la compensaba en habilidades tácticas. Era capaz de memorizar mapas, planos de misión, cualquier cosa que viera o leyera. Era capaz de llevarte y sacarte de cualquier lado rápidamente, con seguridad, sin tener que consultar un GPS. Se habían convertido en un par formidable, con una reputación que los precedía.

—No habrá gloria en esta —había dicho Carmichael—. Vamos y tomamos fotos de una plataforma petrolera iraquí. *Wu-huu.*

—Frank, cuento contigo para lo habitual.

Él había fruncido el ceño.

—Amigo, ¿tienes que preguntarlo? Te he cubierto la espalda desde el BUD/S. ¿Qué pasa?

El nudo se retorció más en el estómago de Moore.

—Nada.

—¿Señor Howard?

Moore abrió los ojos y se volvió hacia el pasillo central de la iglesia.

Ernesto Zúñiga era mucho más bajo y ligero de lo que hacían pensar las fotografías. Su delgado cabello estaba peinado hacia atrás con gel y las patillas tenían las raíces blancas. Tenía un cutis lamentable, muy marcado por el acné, y una profunda cicatriz de una vieja herida corría desde su mejilla izquierda hacia abajo a través de su mandíbula. Le faltaba una oreja. Su expediente decía que tenía cincuenta y dos años, pero Moore le habría echado cerca de sesenta. O bien se había vestido de manera muy casual para no ser reconocido o simplemente llevaba camiseta polo y pantalón de mezclilla de manera regular, pero Moore sonrió para sus adentros sobre el agudo contraste entre él y un narcisista como Dante Corrales del cártel de Juárez. Se podría confundir a Zúñiga con un tipo vendiendo bolsas de naranjas en la esquina de una calle... y tal vez así lo prefería.

—Señor Zúñiga, le agradezco que haya venido.

—No se levante.

Zúñiga se persignó, hizo una genuflexión y se sentó en el banco junto a Moore.

—Las personas rezan todos los domingos para poner fin a toda la violencia.

Moore asintió con la cabeza.

—Es por eso que estoy aquí.

—¿*Usted* puede responder a sus oraciones?

—Ambos podemos.

Se rió entre dientes.

—Algunos dicen que soy la causa del problema.

—Usted solamente no.

Se encogió de hombros.

—Entiendo que desea llegar a un acuerdo.

—Tenemos el mismo objetivo.

—Usted pagó mucho dinero por esta reunión, así que supongo que lo escucharé... durante unos pocos minutos.

Moore asintió con la cabeza.

—El cártel de Juárez está aplastando su negocio. Sé lo que les han hecho.

—Usted no sabe nada.

—Asesinaron a su esposa e hijos. Sé que nunca se ha vengado por eso.

Agarró la muñeca de Moore y la apretó.

—No hable de venganza en la casa de Dios.

—Entonces voy a hablar de justicia.

—¿Qué sabe usted? ¿Alguna vez ha perdido a alguien cercano, un hombre joven como usted? ¿Sabe lo que es sentir verdadero dolor?

Moore se preparó y finalmente dijo:

—No soy tan joven. Y me tiene que creer cuando le digo que *sé* cómo se siente.

Zúñiga hizo una mueca y luego soltó un bufido.

—Usted viene aquí con su mierda de historia sobre querer comprar mi propiedad para su empresa de paneles solares y luego le dice a Luis que usted es un asesino, pero no es más que otra escoria de hombre de la DEA de California o Texas, tratando de volverme un traidor. He estado haciendo esto toda mi vida ¿y usted me toma por un tonto? Vamos a enviarles su cabeza por correo y luego habremos terminado con esto.

—Se equivoca respecto a mí. Si trabajamos juntos, le prometo que no le pondrán una mano encima ni a usted ni a nadie en su operación. Mi grupo es mucho más poderoso que cualquiera de sus enemigos.

—No hay nada que pueda decir, Sr. DEA, que me vaya a hacer ayudarlo. Y salir de esta iglesia vivo le va a costar otros cincuenta mil.

Moore sonrió.

—Yo no trabajo para la DEA, pero tiene razón. No estoy interesado en sus propiedades, solo en sus enemigos, y le puedo prometer que el grupo para el que trabajo no solo le pagará bien, sino que además podemos establecer una nueva empresa conjunta para el transporte de opio, al igual que lo está haciendo ahora el cártel de Juárez. Seamos honestos. La gente no está haciendo fila en esta iglesia, extendiéndole la mano para ayudarlo... y a nosotros nos queda claro que usted necesita ayuda.

—Usted me tienta con sus mentiras, realmente, pero me temo que está perdiendo el tiempo, porque ni su grupo ni yo jamás acabaremos con el cártel de Juárez.

Moore frunció el ceño profundamente.

—¿Por qué dice eso?

—Pensé que su gente lo sabía todo.

—Si lo supiéramos, no estaría aquí.

—Muy bien.

Zúñiga tomó aliento y lo que dijo después sonó algo ensayado, como si le hubiera dado este discurso a sus hombres para poner sus acciones en perspectiva.

—Le voy a contar una historia sobre un hombre que creció muy pobre, un hombre que vio a su hermano morir ante sus ojos, un hombre que ahorró suficiente dinero y se fue a los Estados Unidos para educarse, y luego regresó a México para iniciar muchas empresas. Se trata de un hombre que utilizó el tráfico de drogas para ayudar a apoyar y financiar esas empresas, un hombre que a lo largo de los años se convirtió en uno de los más ricos del mundo. Este es el hombre que usted quiere destruir, el César al que quiere derrocar, pero sus recursos son infinitos, y todo lo que podemos hacer ahora es luchar pequeñas batallas en una guerra que perdemos.

—¿Cuál es su nombre?

Zúñiga se echó a reír.

—¿En serio? Si su grupo es tan poderoso, ya debe saberlo.

—Lo siento, no lo sabemos.

Zúñiga hizo una mueca.

—Jorge Rojas.

Moore casi se cae del banco. Conocía bien el nombre.

—¿Rojas es el líder del cártel de Juárez? Siempre ha sido una persona de interés para nosotros, pero nunca hemos tenido ninguna evidencia real que lo vincule. ¿Cómo puede estar seguro?

—Oh, estoy seguro. Me ha amenazado personalmente. Y se ha enterrado a sí mismo detrás de una pared de hermosas mentiras para que nadie pueda tocarlo. Tiene la audacia de Pablo Escobar y los recursos de Bill Gates. Es el narcotraficante más inteligente y más poderoso en la historia del mundo.

—¿Sus hombres saben esto? ¿Están conscientes de lo poderoso que es su enemigo?

Zúñiga negó con la cabeza.

—No tienen que saberlo. Es muy deprimente para discutirlo con ellos, por lo que no se habla al respecto...

Moore asintió lentamente. Eso explicaba por qué Fitzpatrick no había llegado antes a la fuerza especial conjunta con la información de que Rojas era el líder del cártel.

—Si él tiene tanto dinero, ¿por qué sigue manejando un cártel de droga?

Los ojos de Zúñiga se abrieron como platos.

—¿Por qué no? La gente se pregunta por qué en estos difíciles tiempos económicos sus negocios nunca fallan. Es porque tienen la ayuda del dinero del narcotráfico, siempre. Eso es todo lo que Rojas conoce, pero ahora está muy alejado de la operación diaria y sus lugartenientes hacen todo el trabajo. Realmente creo que él ahora se engaña. Realmente viviendo en una negación. Pone su nombre en escuelas y se llama a sí mismo santo, mientras que emplea a demonios para hacer todo el trabajo sucio.

—Dante Corrales.

Zúñiga retrocedió al oír el nombre.

—Sí. ¿Cómo conoce ese nombre?

—Le dije que sabemos mucho, pero no todo.

—¿Qué más saben?

—Sabemos que controlan los túneles en la frontera y que les roban a sus muchachos. Hemos oído que desbaratan y roban sus envíos, y usan a la Policía Federal para matar a sus hombres, mientras que a los hombres de ellos no los tocan. Sabemos que los guatemaltecos están tras de usted. Yo puedo conseguirle acceso a los túneles y sacar a la policía y a los guatemaltecos de su espalda. Podemos trabajar juntos y vamos a encontrar una manera de destruir a Rojas.

Los labios de Zúñiga se curvaron en una sonrisa dudosa.

—Un sueño ridículo. Lo siento, señor Howard. Luis lo va a llevar al banco. Y usted le va a dar otros cincuenta mil dólares. Luego, vamos a decidir si usted debe vivir o morir.

La voz de Moore se volvió más suave, más enfática.

—Ernesto, no vine aquí solo. Usted no necesita más enemigos. Ya tiene suficientes. Déjeme ir y me voy a ganar su confianza. Se lo prometo. Déme un número que usted y yo podamos utilizar para hablar directamente.

—No.

—No tiene nada que perder. De hecho, usted tendrá más que perder si no hace algo pronto. Incluso si usted no cree que soy quien digo ser, y todavía cree que soy de la DEA, ¿cuál es la diferencia? Se lo digo, no lo vamos a tocar. Queremos al cártel de Juárez. Queremos a Rojas.

—Usted es un hombre muy persuasivo, señor Howard. Se ve casi demasiado cómodo, como si hubiera hecho esto muchas veces antes.

Zúñiga había sido muy observador y sin duda estaba en lo cierto, aunque la última vez que Moore había estado en una casa de culto había sido una capilla y había despachado al capellán de la Armada con un gesto de su mano.

«No puedes abandonar tu fe», le había dicho el capellán. *«No en un momento como este, cuando tu fe es lo que te va a hacer seguir adelante. Lo vas a superar».*

«Quiero creerle, padre. Realmente quiero...».

Moore concentró su mirada en Zúñiga.

—Le voy a dar el dinero. Usted me deja ir y mientras considera mi oferta, voy a ver qué puedo hacer para ayudar a su negocio. Creo que podría verse muy sorprendido.

—Van a decir que estoy loco por confiar en usted.

—No necesita confiar en mí todavía. Le dije que me ganaría su confianza. ¿Me da esa oportunidad?

Zúñiga frunció el ceño.

—No llegué a donde estoy tomando el camino fácil o el camino seguro. Le dije a mi querida esposa que me diera una oportunidad y lo hizo. Y ahora sé cómo se sintió ella.

—Gracias, señor.

Moore le extendió la mano y después de vacilar un momento, Zúñiga la tomó...

Y luego la apretó con firmeza y tiró de Moore hacia él.

—Haga lo correcto.

La voz de Moore no vaciló.

—Lo haré.

Consulado Inn
Juárez, México

Eran casi las diez de la noche y Johnny Sánchez estaba solo en su habitación de hotel, escribiendo furiosamente en su computadora portátil después de haberse tragado dos hamburguesas con queso y una orden grande de papas fritas; las envolturas y cajas manchadas de grasa estaban sobre el escritorio cerca de su *mouse*. Las luces de la ciudad brillaban y el Consulado de los Estados Unidos estaba a solo quinientas yardas de distancia y era claramente visible a través de su ventana. Se echó hacia atrás en su silla y releyó lo que acababa de escribir:

EXT. HOTEL EN LLAMAS—NOCHE
Mientras Corrales cae de rodillas en la calle, las llamas arden furiosamente hacia el cielo: el infierno de una vida anterior convirtiéndose en cenizas. El niño mira hacia el cielo, las llamas se reflejan en sus ojos llenos de lágrimas y grita enfurecido contra los cielos. Lloramos con él...

—Esto es encabronadamente hermoso —gritó Johnny mirando la pantalla de la computadora—. ¡Encabronadamente hermoso! ¡Eres un genio, Johnny! ¡Este puto guión se va a vender de una vez!

Se escuchó un leve clic en el pasillo y mientras Johnny levantaba la mirada, la puerta de entrada se abrió. Johnny saltó de su silla y se quedó sin aliento al ver a un hombre vestido con pantalones oscuros, una camisa negra y una chaqueta de cuero. El hombre medía más de seis pies, tenía una barba muy corta, un pendiente, y el pelo largo recogido en una cola de caballo. Parecía árabe o hispano, Johnny no estaba seguro, pero sí lo estaba respecto a la marca de la pistola en la mano del hombre. Era una Glock, sin duda cargada y estaba apuntando a la cabeza de Johnny. Tenía puesto un silenciador. La pistola de Johnny estaba en el cajón de la mesita de noche, fuera del alcance, maldita sea.

—¿Qué mierda es esto? —preguntó Johnny.

El hombre respondió.

—Esto soy yo diciendo: «Hola, Johnny. He leído tu artículo. Está muy bien. Eres un buen escritor».

—¿Quién mierda eres tú?

El hombre hizo una mueca.

—¿No te enseñó tu madre a respetar a un hombre que tiene una pistola en tu cabeza? Es una de esas pequeñas lecciones de vida que te debería haber enseñado.

—¿Has terminado con tu mierda machista? ¿Qué diablos estás haciendo aquí?

—¿Cuánto tiempo pensaste que tomaría? ¿Crees que puedes venir aquí a México y pasar el rato con un cártel de droga y no llamar la atención de nadie?

—No sé de lo que estás hablando. Soy periodista investigativo. Reporteo sobre actividad criminal. Leíste mi maldito artículo. ¿Crees que estoy metido con ellos? Estás completamente loco. Y voy a llamar a la policía.

El hombre se acercó hacia él, levantando la pistola aún más. Su tono juguetón se desvaneció.

—Siéntate, hijo de puta.

Johnny volvió a su silla.

—Ay Dios...

—Las ruedas están girando ahora, ¿eh? Estás pensando: *Mierda, ¿en qué me metí?* Bueno, deberías haber pensado en eso antes de ponerte a trabajar con Corrales. La sangre puede ser más espesa que el agua, pero como me gusta decir a mí, el plomo siempre te matará.

—Mira, cabrón, lo único que hago es escribir. No le hago daño a nadie. No estoy tomando nada de nadie.

—Pero no estás ayudando a nadie tampoco.

—Por supuesto que sí. Estoy llevando la opinión pública estadounidense a las trincheras de la guerra del narcotráfico. Este es un recorrido tras bambalinas por el infierno, por lo jodida que se ha convertido esta comunidad.

—Eso suena jodidamente dramático y creo que lo es, ya que tienes una pistola apuntándote a la cabeza ahora mismo. ¿Me vas a incluir en un artículo?

—¿Quién mierda eres?

El hombre abrió más los ojos.

—Soy tu último amigo en el mundo entero. Ahora muéstrame tu mano.

—¿Qué?

—Muéstrame tu mano.

Johnny extendió una palma y el hombre utilizó su mano libre para agarrar la mano de Johnny y voltearla para que quedara con el dorso hacia arriba.

—Toma, ten esto —dijo el hombre, ofreciéndole a Johnny la pistola.

—¿Qué mierda? —exclamó Johnny.

—Oh, no te preocupes. No está cargada.

El hombre puso la pistola en la mano libre de Johnny y luego metió la mano en un bolsillo interior de su chaqueta y sacó una jeringa grande que clavó en el tejido blando entre el pulgar y el índice de Johnny. El dolor fue agudo por un segundo, y Johnny gritó y exigió saber qué estaba pasando. El hombre lo soltó y le dijo:

—¿La pistola?

—¿Estás bromeando?

El hombre hizo una mueca.

—¿La pistola?

—¿Qué hiciste? ¿Me envenenaste?

—Tranquilo, Shakespeare. Es simplemente un implante. GPS. Así nosotros podremos mantenerte a salvo.

—¿Quién es «nosotros»?

—Hay un montón de letras en el alfabeto, Johnny, y apuesto que como escritor puedes adivinarlo.

—¿La DEA? —preguntó Johnny—. Oh, Dios mío.

—Lo siento —dijo el hombre—. Me temo que acabas de meterte a la cama con el gobierno de los Estados Unidos.

Johnny se encogió de hombros.

—Esto no puede estar sucediendo.

—Mira, no puedes hablar. Ya es demasiado tarde para eso. Si vas donde Corrales y le cuentas que estamos aquí, morirás. No te vamos a matar nosotros, él lo hará. Como te dije, soy tu último amigo. No saldrás vivo de México sin mí.

Los ojos de Johnny empezaron a arder y se estaba quedando sin aliento.

—¿Qué quieres? ¿Qué debo hacer?

—El cártel de Juárez está siendo liderado por Jorge Rojas.

Johnny se echó a reír.

—¿Es eso lo que ustedes idiotas federales piensan? Oh, Dios mío...¿eso es una estupidez fuera de control!

—Me lo dijo Zúñiga.

—¿Estás bromeando?

—Entonces sabes quién es y estoy seguro de que Corrales puede confirmarte que Rojas es su jefe. Necesito que le saques a Corrales todo lo que puedas conseguir sobre Rojas.

—¿Tengo que llevar un micrófono?

—Por el momento no. Pero ya veremos.

Johnny se puso tenso.

—No voy a hacerlo. Me voy esta noche de México; ustedes malditos federales se pueden ir al carajo.

—Sí, y en el momento que pongas un pie fuera del avión en California te vamos a arrestar.

—¿Por qué?

El hombre miró los envoltorios de comida chatarra sobre el escritorio.

—Por no comer una dieta balanceada.

—Amigo, es mejor que te vayas.

—Tú eres el hijo de la madrina de Corrales. Él confía en ti como si fueras su propia sangre. Y alimentas su ego. Eso es muy importante para nosotros y tú puedes hacer lo correcto. Puede que tengas miedo ahora, pero necesito que pienses en cuántas personas van a ser salvadas gracias a tu ayuda. Puedo tenerte aquí sentado y pasarme una semana mostrándote cuántas familias han sido arruinadas por las drogas.

—Ahórrame la mierda sensiblera. Las personas optan por comprar y usar drogas. Corrales y el cártel son sólo los proveedores. Quieres hablar de política, entonces hablemos de la economía mexicana.

Él hombre le hizo un ademan de despedida a Johnny, sacó una tarjeta de visita de su bolsillo y se la entregó. El nombre del hombre era Scott Howard y era presidente de una compañía de energía solar.

—¿Así que eres el señor Howard? Sí, seguro.

—Mi número está ahí. Avísame la próxima vez que vayas a hacer contacto con Corrales.

Howard, o como sea que se llamara, enfundó su arma vacía y se movió rápidamente hacia la puerta.

Johnny se quedó sentado mientras un escalofrío recorría sus hombros. ¿Qué haría?

20

DISTRACCIONES

Sitio de construcción del túnel fronterizo
Mexicali, México

Eran las siete de la mañana y Dante Corrales no estaba de humor para esperar a un hombre que se suponía que debía estar trabajando para él, un hombre que le respondía a él, un hombre que sabía que no le podía faltar el respeto a él de esta manera. Corrales aún no había tomada su café de la mañana y quería terminar con esta reunión en un plazo de cinco minutos, pero los trabajadores en el túnel le habían dicho que Romero aún no había llegado y que por lo general no se presentaba hasta las ocho de la mañana. ¿Qué clase de mierda era esa? Se le estaba pagando un buen dinero al hombre para que hiciera el trabajo. ¿Pensaba que podía presentarse todas las mañanas a las ocho? ¿Pensaba que era banquero? Pagaría por esto, con intereses, y que no respondiera su teléfono celular era sal en la herida.

Y así, Corrales lo esperó en el interior del depósito, escuchando los golpetazos y ruidos producidos por el pesado equipo de construcción que estaban utilizando al lado. Podía sentir las vibraciones en sus piernas y en su espalda. Esos tipos se ponían a trabajar al amanecer y terminaban al atardecer. No entraban recién a las ocho. Tenían un sentido de urgencia que Romero tenía que aprender.

—Ve y tráeme un poco de maldito café —le gritó finalmente Corrales a Raúl, que estaba con Pablo merodeando cerca de la puerta de metal enrollable.

Raúl meneó la cabeza, murmuró algo entre dientes, y luego salió afuera, donde el cielo estaba teñido de color rosa por el sol naciente. Pablo fue donde Corrales y le preguntó:

—¿Estás bien?

—Este tipo no va a estar aquí hasta las ocho, ¿puedes creerlo? ¿Y por qué no contesta su teléfono?

—Algo más te está molestando —dijo Pablo—. ¿Quieres hablar de ello?

—¿Qué eres, mi psiquiatra?

—¿Todavía estás molesto por los dos chicos que perdimos en el bar V? No lo estés. Esos pendejos jodieron el trabajo en grande. Te dije desde el primer momento que eran unos cabrones.

—Me importan un carajo esos dos. Es el estadounidense el que me preocupa. Ahora no lo puedo encontrar. Podría estar trabajando con la Policía Federal, quién sabe...

—Ah, ese pendejo probablemente solo se asustó. No parecía ser un federal. Sólo un maldito empresario que pensaba que podía venir aquí y conseguir algunos esclavos mexicanos para su empresa, el muy hijo de puta...

—No, algo está sucediendo y si no mantenemos nuestros ojos abiertos, esto... todo esto... va a venirse abajo y el jefe se asegurará de que nos entierren aquí mismo.

Corrales suspiró y esperó cinco minutos más por su café. Pablo siguió con la conversación trivial, la mayoría de la cual Corrales ignoró. Raúl finalmente regresó y Corrales prácticamente le arrancó el vaso de la mano y bebió un largo trago. Su nariz se arrugó. Este café no era tan bueno como el de Starbucks que podía conseguir al otro lado de la frontera, pero se lo tomó de todos modos, y cuando llegó al fondo del vaso, exactamente a las 7:39 de la mañana, Pedro Romero entró en el depósito. Empujó sus anteojos más arriba sobre su nariz y tiró de sus pantalones, que se le estaban cayendo por debajo de la barriga. Frunció el ceño al ver a Corrales y los otros, y alzó la voz.

—Buenos días.

—¿Dónde carajo has estado? —preguntó Corrales, avanzando hacia el hombre, cuyos ojos se abrieron más.

—Estaba en casa, luego vine aquí.

—¿No sabes cómo contestar tu teléfono celular?

—Mi batería estaba muerta. La estaba recargando en el auto. ¿Me estaba tratando de llamar?

—Eh, sí. Me han dicho que llegas a las ocho de la mañana ¿verdad?

—Sí.

Corrales golpeó al hombre duro en la cara. Romero retrocedió y puso una palma en su mejilla.

—¿Sabes por qué hice eso, viejo? ¿Lo sabes? ¡Porque eres un excavador! *¡No eres* un maldito banquero! Llegas aquí cuando sale el sol y te vas cuando el sol se pone. ¿Me entiendes, maldita sea?

—Sí, señor. .

—¿Quieres salvar a tu hija?

—Sí, señor.

—¿Quieres cobrar tu dinero?

—Sí, señor.

—¿Entonces llega aquí cuando yo digo! Ahora, dime, aquí y ahora, que hemos llegado al otro lado y que estaremos listos para empezar a transportar el cargamento esta noche.

—Necesito unos días más.

—¿Qué? ¿Unos días más? ¿Qué chingados?

—Le mostraré cuán lejos estamos, pero hemos tenido algunos problemas. Como le dije al principio, el nivel freático es muy superficial aquí y hemos tenido que bombear el agua fuera del túnel unas cuantas veces. Es una operación complicada.

—Tal vez si llegaras a trabajar más temprano, eso no sería un problema.

—Señor Corrales, le puedo asegurar que el que yo llegue aquí una hora antes no haría gran diferencia. Tarda toda la noche bombear el agua y no podemos excavar mientras se hace eso.

—No me desafíes, viejo. Será mejor que me convenzas. Vamos.

—Está bien, pero debe saber que estos hombres están trabajando tan duro como les es posible. Tengo dos turnos, como lo pidió, pero no puedo permanecer aquí todo el día. Tengo una familia que cuidar y mi esposa necesita ayuda.

—Entonces es mejor que le encuentres ayuda, porque quiero que este túnel esté abierto y listo esta noche.

—¿Esta noche? Hay que remover demasiada tierra y rocas. Es físicamente imposible.
—No, no lo es. Vas a hacer que suceda. Confía en mí.
Sonó el teléfono inteligente de Corrales. Fernando Castillo estaba llamando.
—¿Hola?
—Dante, el jefe tiene otro trabajo para ti. Te necesitamos de vuelta de inmediato.

Helicóptero Bell 430
En ruta a San Cristóbal de las Casas
Chiapas, México

Miguel Rojas y Sonia Batista estaban sentados en dos de los tres asientos traseros de un helicóptero corporativo bimotor cuya cabina ostentaba una capacidad para hasta siete pasajeros, además del piloto y el copiloto. El helicóptero era uno de varios utilizados por Jorge para viajes de negocios cortos, y si bien no era más que un transporte corporativo y no estaba armado como una nave militar, sus pilotos siempre llevaban pistolas. Al igual que con todos los otros medios de transporte de Jorge, no se había escatimado en gastos en lo referente a afinamientos y adornos: fino cuero italiano y maderas exóticas, junto con pequeñas pantallas planas y auriculares para ver presentaciones corporativas y/o películas. Miguel y Sonia habían desechado la idea de ver una película a favor de admirar la vista. Se habían puesto sus auriculares y micrófonos para poder oírse y hablar entre sí sobre el zumbido de los poderosos motores Rolls-Royce de la aeronave.

Frente a ellos estaban los guardaespaldas/acompañantes con cara adusta que se habían visto obligados a traer con ellos: Corrales, Raúl y Pablo. *Bueno, podría ser peor*, pensó Miguel. Jorge le había dicho que enviaría un equipo de doce hombres con ellos y algunos miembros de ese equipo llegarían antes al destino. Alquilarían cuatro camionetas que se moverían en una caravana donde quiera que fueran. Miguel había suplicado en contra de esto. Quería tener unas vacaciones agradables e íntimas con Sonia, no un espectáculo/desfile de seguridad donde quiera que fueran. Además, por insistencia de su padre, había mantenido un perfil bajo durante la mayor parte de su vida y el ciudadano promedio en México no podría identificarlo como podrían identificar a Jorge. No había ninguna razón para creer que necesitaban un equipo tan grande, que llamaría, de hecho, mucho la atención e incluso invitaría a la actividad delictiva en tanto los ciudadanos locales los apuntaran con el dedo y dijeran: «Ahí va, el hombre rico con todos sus guardaespaldas». Jorge finalmente había accedido a mandar solo tres hombres y Miguel le había agradecido efusivamente a su padre el haber transado. Con lo que Miguel no había contado era con la actitud de Corrales. Miguel le había dejado bien claro al hombre (el más arrogante del grupo) que tenía que mantener su distancia y dejar de comerse con los ojos a Sonia. Incluso los simples «Sí, señor» de Corrales sonaban sarcásticos. Miguel estaba seguro de que el hombre resentía el hecho de que él no había trabajado por nada, de que todo se le había dado en bandeja de plata, mientras que Corrales probablemente había sido un vándalo de la calle que había tenido la suerte de conseguir un trabajo con Jorge Rojas.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar ahí? —preguntó Sonia, mirando por la ventana.

—Unas tres horas más o menos —respondió Miguel—. Pero tenemos que hacer una parada para reabastecernos de gasolina. ¿Has estado en un helicóptero antes?

—Un par de veces con mi padre. Había un famoso ciclista... ni siquiera puedo recordar su

nombre, porque yo solo tenía diez u once años en ese momento, pero era como una leyenda viviente... tenía su propio helicóptero y nos llevó de vacaciones.

—Te voy a contar algo gracioso. Hay una tuerca grande en la parte superior del rotor, ¿sabes cómo la llama el piloto?

Ella negó la cabeza.

—La llama la tuerca de Jesús, porque si la tuerca se cae, entonces es mejor comenzar a rezarle a Jesús...

—Vaya, eso me hace sentir mejor —dijo, poniendo los ojos en blanco.

—¿Tienes miedo?

Ella sacudió la cabeza, su pelo brillaba con la luz que se filtraba por la ventana.

—Vale la pena el vuelo, confía en mí —le dijo—. Y llegaremos allí durante un carnaval especial que se hace para los turistas. Vas a amar este lugar.

Ella le agarró la mano y la apretó.

—Sé que lo haré.

Consulado Inn
Ciudad Juárez, México

Era bastante obvio que Moore, también conocido como Scott Howard, no podía regresar al hotel de Dante Corrales, ya que tendría que dar algunas explicaciones acerca de por qué los hombres que lo seguían habían sido asesinados. Sonrió para sus adentros ante la idea de ir allí de todos modos, pasar caminando despreocupadamente junto a Ignacio, que podría preguntar, «¿Cómo estuvo su día, señor?».

«Estuvo genial. Me secuestró un sicario del cártel de Sinaloa, pero gracias a Dios los dos muchachos de Corrales nos estaban siguiendo, porque mataron a mi secuestrador, pero luego ellos fueron asesinados por más tipos, así que tal vez no fue tan genial... porque yo realmente estaba esperando ser secuestrado por los Sinaloa. Para hacerla corta/todo salió bien. ¿He recibido alguna llamada o paquete? Y también me gustaría que la mucama me deje algunas toallas extra».

En vez, Moore eligió la ruta más segura y mucho menos audaz de encontrar otro hotel; pero ¿para qué recorrer las calles buscando uno agradable cuando Johnny Sánchez se había encontrado un pequeño pedazo de cielo cerca del Consulado de los Estados Unidos? Así que Moore consiguió una habitación a tres puertas de la de Johnny y alquiló un auto nuevo. Johnny no estaba contento con el arreglo y amenazó con irse del hotel. Moore le advirtió que no lo hiciera.

El líder de la Fuerza Especial Conjunta, Towers, le envió un mensaje de texto: el hijo de Rojas, Miguel, acababa de salir con su novia en un helicóptero rumbo al oeste. Dante Corrales y otros dos tipos estaban con ellos.

El que el hijo de Rojas estuviera confraternizando con un conocido miembro del cártel «parecía» vincular a Rojas con el cártel, pero la evidencia era, por el momento, puramente circunstancial.

Sin embargo, algo respecto a eso le molestaba a Moore. Mucho. Su fuerza especial conjunta ya había recibido información de inteligencia que identificaba a Dante Corrales como miembro del cártel. Esta información había sido recopilada antes de que se formara la fuerza especial conjunta. Era razonable suponer que la Agencia había mantenido sus ojos electrónicos y humanos puestos en

Corrales desde la primera vez que lo identificaron como miembro. Moore tendría que revisar el expediente para ver hacía cuánto tiempo había ocurrido eso, porque si Rojas estaba involucrado, entonces era razonable suponer que esta no era la primera vez que Corrales había estado alrededor de la familia, en cuyo caso la Agencia tendría que haber identificado con mayor claridad a Rojas como algo más que una «persona de interés».

¿O tal vez esta era la primera vez que Corrales era visto con la familia? A Moore le resultaba difícil creer eso. Entonces, ¿qué es lo que estaba pasando ahora? ¿Adónde iban? Moore se apoyó en Sánchez y el escritor llamó a Corrales, quien le dijo que no podría trabajar en el guión durante una semana debido a que estaría en San Cristóbal de las Casas en un trabajo de niñera.

Bingo.

Moore llamó a Towers con un plan. Rojas aparecía en público en raras ocasiones y de otro modo no era visto nunca. Moore tenía un plan para sacarlo a la luz y cuando terminó de repasarlo con Towers, él le dio su bendición.

Una hora más tarde, Moore estaba sentado en el asiento trasero del Range Rover de Luis Torres. El hombre gordo estaba al volante, con el agente de la DEA Fitzpatrick sentado a su lado.

—Tienen que volar hasta allá y secuestrar al hijo y su novia. Van a tener una gran garantía si logran hacer eso. Vamos a sacar a Rojas de su escondite y yo me encargaré del resto. Llévenle este plan a Zúñiga y vean lo que dice. Y díganle que tiene que empezar a devolver mis llamadas.

—Él no confía en usted, señor Howard. Y dudo que vaya a empezar a confiar en usted muy pronto.

—Tengo fotos de inteligencia de ellos yéndose en el helicóptero. Tengo un informante que habló personalmente con Corrales y confirmó que estarán ahí por una semana. Van allí, matan a Corrales y a los otros guardaespaldas, secuestran al chico y van a tener a Rojas por los huevos. ¿Qué parte no entiende? Voy a ayudarlo a eliminar a su principal rival. Su enemigo es mi enemigo. ¿De cuántas formas distintas tengo que decírselo?

—Usted podría estar mandándonos a una trampa, llevándonos allí para que luego usted y su grupo en el extranjero nos puedan eliminar. Tal vez usted trabaja para Rojas.

—Amigo, si lo quisiera muerto, ya habría hierba sobre su tumba. No sean tontos. *Tienen* que hacer esto. Díganle a Zúñiga que este es el plan.

—Creo que tiene razón —dijo Fitzpatrick, tratando de no hacer demasiado evidente su apoyo—. Veamos lo que tiene y luego el señor Zúñiga puede tomar una decisión.

—No pierdan demasiado tiempo —Moore abrió la puerta de atrás y salió del auto—. Tienen que subirse a un avión hoy.

Moore caminó por el callejón hacia su auto alquilado, se subió y se marchó.

Las pequeñas vacaciones de Miguel Rojas con su novia eran una ventaja y una oportunidad excelente, y Moore ya había compartido la noticia con el agente del FBI Ansara, quien estaba trabajando con su nueva mula/informante para penetrar una de las principales rutas de contrabando del cártel de Juárez.

La agente de la CIA, Vega, continuaba vigilando de cerca al inspector Alberto Gómez, el legendario veterano de la Policía Federal que era corrupto desde su año de novato. Sin embargo, Vega había compartido una noticia preocupante. Gómez, junto con varios otros inspectores, estaban

tratando de «exponer la corrupción» tendiéndole una trampa a otro inspector para que asumiera la culpa y así dirigir la atención hacia otra parte. Vega sospechaba que él sabía que estaba siendo vigilado y había respondido con esta maniobra.

El agente de la ATF, Whittaker, informó que un gran cargamento de armas podría llegar desde Minnesota muy pronto. Los miembros del cártel estaban acumulando allí lo que él sostenía era su mayor cargamento hasta la fecha.

Fitzpatrick llamó más tarde en el día para confirmar que Zúñiga seguía dándole vueltas a las fotos y al plan, pero también dijo que el cártel de Sinaloa acababa de recibir información de un observador sobre un envío considerable viniendo desde el sur, y su observador creía que este grupo de mulas utilizaría uno de los túneles más pequeños del cártel, que corría a unos 130 pies bajo una sección revestida de hormigón del Río Grande cerca de Juárez y el Puente de las Américas.

Moore le envió un mensaje a Fitzpatrick: dile a los tipos de Sinaloa que se mantengan alejados del túnel y vayan tras Miguel Rojas. Moore, personalmente, interceptaría el envío y se lo entregaría a Zúñiga como un claro signo de su voluntad de ayudar. El que Moore fuera a eliminar un grupo de traficantes de drogas para ayudar a otro era el precio que tenían que pagar para atrapar al pez más grande de todos. Él había hecho lo mismo en al menos cuatro países diferentes y ya no se cuestionaba las implicaciones éticas o morales de sus acciones. Era la única manera de luchar contra un enemigo asimétrico sin reglas. Se puso en contacto con Ansara y le dijo que tuviera una fuerza de la Patrulla Fronteriza esperando en el colector de aguas pluviales previamente designado en El Paso. Ansara estaba trabajando en ello y estaría listo con la red.

Moore estaba un poco sorprendido de que el líder de la JTF, Towers, se reuniera en persona con él en un estacionamiento a unas tres cuadras de la zanja de drenaje. El reloj de Moore decía que era la 1:08 a.m. y, de acuerdo con Towers, las mulas llegarían en unos quince minutos en una furgoneta de carga blanca.

—No solo están transportando drogas —dijo Torres—, sino también mujeres y niños. Coyotes contratados por el cártel. Estos tipos podrían tener un trato con un grupo de cabezas de serpiente en China, debido a que las jóvenes que vimos eran todas asiáticas. Las traen aquí como esclavas sexuales.

—Maldita sea, cada vez se pone más feo. Drogas, tráfico de personas...

—Siga adelante con el plan.

—Lo haré. Entonces, ¿qué lo trae a esta hermosa parte de la ciudad?

Moore decidió plantear la pregunta, ya que se suponía que Towers se quedaría en San Diego.

—Soy un oficial de campo. Ellos sabían eso cuando me contrataron. ¿Pensaban que podía quedarme sentado detrás de un escritorio todo el tiempo? Diablos, no...

—Lo entiendo.

—Muy bien, entonces, amigo, vamos a prepararlo.

Moore sonrió y empezó a ponerse un uniforme negro sin ningún distintivo, un chaleco antibalas de Kevlar y un pasamontañas. Llevaba casi la misma ropa que los dos guardias del cártel de Juárez apostados en la entrada del túnel.

Su inventario incluía dos Glock 21 calibre 45 con silenciadores húmedo/seco, cuyas recámaras interiores habían sido engrasadas para conseguir la máxima atenuación del sonido. También tomó un par de granadas de humo y de aturdimiento, en caso de que el grupo no fuera tan «cooperador». Se puso un auricular con micrófono suspendido y salió corriendo por el estacionamiento, con la voz de Towers en el oído:

—La próxima a la izquierda y la zanja estará justo por delante. Hay buena cobertura a lo largo de la pared del lado sur. Una vez que haya pasado la reja grande, sus dos amigos estarán justo en el interior.

El cerco de alambre de un depósito de chatarra automotriz se extendía por el lado izquierdo de la calle, con una hilera de edificios en ruinas derrumbándose a la derecha, todos ellos desocupados; tiendas de maquinaria y herramienta abandonadas, a juzgar por los desteñidos cárteles encima de sus puertas. Incluso los *graffiti* que atravesaban algunos de los desmoronados muros parecían desteñidos. Era difícil ver muchos más detalles, ya que los faroles que se alzaban por encima estaban todos oscuros; sus ampolletas habían sido rotas a disparos o estaban quemadas. Una luz parpadeaba en la cuadra de al lado y Moore no estaba seguro de su fuente.

Llegó a la pared de hormigón de un metro de altura a lo largo del lado sur de la zanja y se mantuvo bien pegado a ella, encorvándose hasta que encontró a las dos rejillas situadas en el lado opuesto de la zanja, a unos diez metros de distancia: la entrada principal al colector de aguas pluviales y al túnel más pequeño en el interior. Había sido una temporada bastante seca y solo había unos pocos charcos de agua salpicados en el suelo y una alfombra de maleza que se extendía hasta la reja. Hizo una mueca ante un leve olor a aguas residuales, el que esperaba que no se hiciera más fuerte una vez que cruzara la zanja.

—ETA del camión: cinco minutos —dijo Towers.

Eso no era mucho tiempo. Moore sacó de su bolsillo un monóculo de visión nocturna portátil. Levantó el dispositivo hacia su ojo derecho e hizo un acercamiento a la reja. A través del patrón cuadriculado vio a uno de los dos guardias sentados al lado de un agujero circular excavado en la pared lateral, las sombras más allá de él fluctuando como olas de calor verde pálido. El guardia medía unos cinco pies de altura, no llevaba máscara, solo un cabeza rapada con tatuajes que formaban una garra a través de su cuello. Moore imaginó la bala de un francotirador perfectamente bien dirigida volando a través de uno de los orificios de la rejilla y dándole al hombre que estaba sentado. Moore era un buen tirador, pero diablos, no era tan bueno...

Después de un profundo y tranquilizador respiro, volvió a poner el monocular en el bolsillo y se echó a correr a través de la zanja. Llegó a la rejilla y sabía que si levantaba la puerta podría causar una conmoción. No había forma de acercarse sigilosamente a estos tipos. Una sección de la rejilla había sido cortada para formar una escotilla de un metro por un metro. Moore le dio un tirón. Estaba cerrada con llave. *Mierda*. Le dijo esto a Towers, quien dijo:

—Bueno, a la mierda, amigo, haga que la abran.

—Oye —gritó uno de los guardias desde el interior—. ¿Ya estás aquí? Llegas temprano.

—¿Date prisa! —respondió Moore en español—. ¿Tenemos un gran cargamento aquí!

Moore levantó una de sus Glock y esperó a que el hombre abriera la reja. A pesar del silenciador, su disparo no sería silencioso. Aunque la bala saldría del cañón a una velocidad

subsónica (lo que ayudaría en la supresión del sonido), la corredera de la Glock haría un clic lo suficientemente fuerte como para alertar a cualquier persona dentro de la zona inmediata, sobre todo al otro guardia. La palabra *silenciador* implicaba un ruido sordo similar al de una cerbatana, pero ese era un nombre poco apropiado. Es más, cuando se ve a tipos haciendo lo que se llama *limp-wristing*, o sosteniendo una pistola con un silenciador con una sola mano y disparándola, la energía cinética de la corredera se transfiere a su muñeca y no solo hace que el tiro salga desviado, sino que posiblemente les podría hacer daño, por lo que siempre se sostiene la pistola firmemente con ambas manos, como Moore lo hacía.

Algunos podrían argumentar que la manera más silenciosa para mata al guardia habría sido con un cuchillo, pero matar a alguien con un solo cuchillazo era muy difícil. Después del primer cuchillazo, la mayoría de las veces quedabas con una lucha en mano y tenías que dar varios cuchillazos más al mismo tiempo que tratabas de amordazar al tipo. Todo el asunto era más desprolijo y mucho más peligroso, y Moore sabía esto de primera fuente por su entrenamiento SEAL y por haber liquidado de esa manera a varios piratas en Somalia, cada uno de los cuales había requerido de una media docena de cuchillazos antes de morir. Moore prefería asumir el riesgo con el clac de la corredera y tener la seguridad de que una bala haría el trabajo sin que él tuviera que ponerle una mano encima al hombre.

Una cerradura hizo clic desde el interior, seguida por el ruido de una cadena. La rejilla se abrió con un chirrido hacia arriba y el hombre asomó su cabeza y se enfrentó a Moore.

Sus ojos se abrieron primero ante Moore y luego frente el silenciador en la Glock de Moore. Abrió la boca para gritar.

Moore disparó, la bala le dio al guardia justo por encima del ojo izquierdo y lo tiró hacia atrás más allá de la rejilla.

Antes de que el casquillo de bronce de la bala de Moore cayera en la tierra, él ya estaba en movimiento, agachándose más allá de la rejilla y yendo hacia el conducto más ancho del drenaje de aguas pluviales, un hueco rectangular de hormigón de unos siete pies de alto por casi quince pies de ancho. Tuvo que pasar por encima del cuerpo del primer guardia y esforzarse por ver en la oscuridad, buscando al segundo guardia.

¿Dónde estaba el hijo de puta? Sin duda había oído el disparo y, maldita sea, no había tiempo para perder buscándolo.

—¡Tuve que matar a una de las mulas! —gritó Moore, su voz haciendo eco en el interior del conducto, mientras levantaba el monocular de visión nocturna a su ojo—. Trató de robarnos.

Hubo movimiento por delante.

Moore se lanzó hacia adelante a un charco en el suelo. Se escuchó un disparo, golpeando el agua a su lado. Se apartó, rodando sobre su espalda, y se dio cuenta de que si no se levantaba y devolvía el fuego dentro de los próximos dos latidos de su corazón, estaba muerto.

21

A PRUEBA DE BALAS

Terminal petrolera de Basora
Golfo Pérsico, Irak
19 de marzo de 2003

Por un segundo, mientras estaba tirado en ese charco de agua, mirando hacia la oscuridad, Moore se trasladó de vuelta a 2003, cuando también estaba acostado sobre su espalda, pero sumergido veinte pies y observando las siluetas de dos inmensas columnas de hormigón que se hacían más gruesas, como las piernas musculosas de un gigante parado con el agua hasta las rodillas. Las luces de seguridad de la plataforma petrolera transformaban la superficie en un espejo ondulante con destellos de bordes amarillos que se desvanecían en un azul intenso en la periferia. Dentro de esas extensiones oscuras se cernían cuatro sombras más, como una manada de ballenas flotando lentamente a través de la corriente. Una extraña calma se apoderó de él mientras flotaba ahí; su equipo de buceo de circuito cerrado LAR V Dräger no emitía una sola burbuja, su respiración era controlada y rítmica, y permitía borrar todos los pensamientos de su mente para concentrarse en la tarea que tenía por delante. La cámara digital trabajaba sin esfuerzo, capturando imágenes para que pudieran marcar la posición de las cámaras de seguridad submarinas de la plataforma, que él y el resto de su equipo habían eludido cuidadosamente.

Moore, Carmichael y los otros SEAL organizados en dos equipos de cuatro hombres habían utilizado varios vehículos SEAL Mark 8 mod 1, pequeños sumergibles tripulados, para llegar a la plataforma sur de la terminal petrolera. Todo el asunto parecía un trampolín suspendido en lo alto por encima del agua por docenas de piernas como de cangrejo. Antenas de barrido y grandes antenas parabólicas habían sido montadas encima de la súper-estructura, junto con un domo geodésico y puestos de observación. Había guardias patrullando las rejas por los cuatro costados de la torre.

«No habrá gloria en ésta. Vamos y tomamos fotos de una plataforma petrolera iraquí. Wu-huu».

De hecho, se trataba de sacar fotos en una operación de reconocimiento muy básica que terminaría en unos pocos minutos y estarían abriendo cervezas para el desayuno. Mientras Moore sacaba las fotos bajo el agua, los otros tres hombres a su cargo estaban fotografiando lo que pudieran cerca y sobre la superficie, marcando las posiciones y recorrido de los botes patrulleros iraquíes y los emplazamientos de artillería en la plataforma.

En ese momento, había cuatro buques petroleros atracados simultáneamente en la plataforma, bombeando petróleo hacia sus bodegas. Durante la reunión informativa Moore se había enterado de que el ochenta por ciento del producto interno bruto de Irak pasaba por la terminal, cerca de 1,5 millones de barriles por día, lo que por supuesto hacía de Basora una parte vital de la economía del

país y había garantizado una inusual presencia allí, como señaló Carmichael por la radio:

—Equipo Dos, aquí Mako Dos, escuchen. La guarnición regular se ha ido. Tienen a la Guardia Revolucionaria en los puestos de observación. Han traído las armas grandes y están armados hasta los dientes ahora.

—Entendido —respondió Moore—. Todos busquen signos.

—Estamos en eso, Mako Uno —respondió Carmichael.

Moore le había ordenado al equipo de Carmichael y al suyo propio que buscaran signos de demoliciones submarinas y pruebas de cargas instaladas en la parte superior, a lo largo del exterior de la plataforma. Los iraquíes preferirían destruir su terminal de petróleo a que cayera en manos enemigas, y conociéndolos, Moore supuso que usarían C-4, pero probablemente no serían lo suficientemente astutos como para disponerla de manera que explotara hacia el interior, ni tampoco estaban al tanto de productos expansivos tales como Dexpan que les permitiría romper los pilotes de la plataforma de una forma mucho más segura y controlada. Si tenían cargas de C-4 instaladas por debajo de la superficie, había una buena posibilidad de que presionaran el botón de pánico y no solo destruyeran la estructura, sino que mataran a todos los SEAL que estaban en el agua debido a que esas explosiones estallarían hacia el exterior.

—Equipo Dos, aquí Mako Dos, de nuevo. ¡Tengo signos arriba! ¡Repito! ¡Tengo signos! Cargas aparejadas por debajo de la reja en los lados sur y este...

Pero ahora que no era la voz de Carmichael en el oído de Moore, era Towers, el líder del JTF.

—¡La furgoneta se está deteniendo afuera! Moore, ¿escuchó eso? ¡La furgoneta está ahí!

Colector de Aguas Pluviales
Cerca del Puente de las Américas
Ciudad Juárez, México
Tiempo presente

Moore todavía estaba tendido sobre su espalda, mirando hacia el techo. Towers le gritó de nuevo y volvió a la realidad con un duro escalofrío a través de sus hombros. Se sentó y giró hacia su derecha, justo cuando un rayo de luz le golpeó los ojos y un disparo rebotó en la pared detrás de él, lanzando fragmentos de concreto sobre su cuello, donde el pasamontañas no alcanzaba a cubrir. Levantó el monocular y vio al segundo guardia agachado a unos tres metros de distancia del agujero circular en la pared y sin vacilar devolvió el fuego, disparando cuatro balas hasta que escuchó un débil grito por adelante y una linterna encendida rodó por el suelo. Una mirada a través del monocular mostró al segundo tipo acostado sobre su estómago con sangre goteando de su boca.

Maldiciendo, Moore se dio la vuelta y salió corriendo hacia la entrada. Tomó el cuerpo del primer guardia y lo arrastró tan rápido como pudo, jadeando y, finalmente, llegó a la posición del segundo guardia. Miró a su alrededor.

No, esto no era bueno: el conducto se extendía por unos treinta pies más y luego terminaba en una pared de piedra sólida. Incluso si arrastraba a los dos guardias hasta el final, el simple movimiento rápido de una linterna los expondría.

Toda buena emboscada siempre incluía un plan para ocultar los cuerpos de los guardias que mataras... y Moore decidió en ese momento que este no era un muy buen plan.

Corrió de vuelta hacia la reja, mientras se escuchaban voces desde el exterior. Habían conducido la furgoneta hasta la zanja y se habían estacionado afuera de la rejilla. Estos tipos eran genios de incluso mayor rango que los que lo habían estado siguiendo afuera del hotel de Corrales. O tal vez se sentían lo suficientemente seguros como para hacer un movimiento tan audaz. ¿Conducir hasta la rejilla? Después de todo, ¿quién los detendría? ¿La policía local? ¿Los federales? El hecho de que operaran de manera tan audaz era inquietante, pero para sentirse mejor Moore decidió que eran idiotas, y a pesar de que su plan no era muy bueno, sería suficiente para acabar con estos tontos.

Salió más allá de la rejilla y levantó su Glock silenciada hacia el grupo. Contó seis mujeres jóvenes, todas asiáticas, como Towers le había indicado, junto con cuatro chicos de no más de dieciséis o diecisiete años, cada uno llevando una pesada mochila, presumiblemente repletas de ladrillos de marihuana y cocaína.

Dos hombres de veintitantos años y vistiendo chaquetas de los Yankees de Nueva York llevaban rifles AK-47 colgando del hombro y sostenían pistolas hacia el grupo, mientras todos permanecían ahí de pie, balanceándose en la rampa cubierta de hierba. Los hombres eran los sicarios, por supuesto, con las cejas gruesas y múltiples *piercings* y el ceño fruncido constantemente en sus caras marcadas por la viruela. Empleaban a los niños más flacos que pudieron encontrar para deslizarse a través del estrecho túnel mientras empujaban sus mochilas de drogas por delante de ellos. No podían llevar puestas las mochilas y pasar al mismo tiempo; habían escapado de un pasaje difícil por la intervención de Moore. Había leído los expedientes de otras operaciones en túneles que incluían pequeños carros sobre rieles (como los carros de minería) con cuerdas atadas que eran utilizadas para transportar las drogas a través de los túneles sin tener que enviar mulas a través de los pasajes.

—¿Quién chingados eres tú? —preguntó el más alto de los dos sicarios.

—Soy un fan de los Red Sox de Boston —respondió Moore, y luego le disparó al hombre en la cara. No hubo culpa, indecisión, nada más que acción y reacción. Si Moore sintió algo, fue absoluta repulsión por estos cabrones que se habían rebajado a este nivel. Ayudar y ser cómplice de una organización involucrada en la esclavitud de otros seres humanos era reservarse una habitación de hotel especial en el abismo más profundo del infierno. El sicario más alto ya había deslizado la llave por la terminal electrónica y ahora estaba inhalando fuego.

En tanto las mujeres gritaban y los chicos corrían de vuelta a la furgoneta, Moore apuntó la Glock hacia el segundo hombre, que tenía una habitación reservada junto a su amigo.

El tipo levantó su arma.

Moore jaló del gatillo.

Y el sicario disparó medio segundo después.

Pero Moore ya se estaba echando hacia atrás en tanto el segundo hombre giraba hacia un lado y se derrumbaba, solo para rodar por la zanja de vuelta hacia la furgoneta. Había recibido una bala en la cabeza.

Towers, quien supuestamente estaba viendo todo desde el otro lado de la zanja, habló rápidamente por la radio:

—Haga que las mujeres pasen por el túnel. No podemos hacer nada para ayudarlas hasta que no lleguen al otro lado. Voy a bajar hasta allí y me encargaré de los cuerpos.

—Está bien —gruñó Moore.

—Metan esas mochilas cargadas en la furgoneta —le ordenó a los muchachos—. ¡Ahora mismo! ¡Luego quiero que todos ustedes vuelvan aquí! Soy un buen tipo. ¡Los voy a mandar a través del túnel! Soy un buen tipo. ¡Muévanse!

Mientras los chicos se apresuraban a regresar a la furgoneta, Moore comenzó a recoger las armas de los dos sicarios, no fuera que uno de sus cautivos decidiera hacer lo mismo. Las chicas se apresuraron, pasaron la rejilla y empezaron a bajar por el colector de aguas pluviales. Todas llevaban el mismo estilo de zapatillas blancas baratas que se podían comprar en Walmart y que probablemente les habían dado los sicarios.

Con las mochilas ya de vuelta en la furgoneta, Moore les gritó a los chicos para que siguieran a las chicas y los dirigió desde atrás, sintiendo el peso de los dos AK, las pistolas adicionales y sus propias armas. Una vez que todos estuvieron adentro, Moore recogió una de las linternas de los sicarios y alumbró hacia el agujero.

Volvió a mirar al grupo y les dijo una palabra en inglés: *«America»*.

Las chicas, algunas de las cuales estaban llorando, sacudían la cabeza con miedo, pero una, la más alta y tal vez la mayor, se abrió camino desde la parte de atrás y se metió en el túnel. Ella le gritó a las otras chicas, su chino sonando como el *martilleo* de una ametralladora. Al ver su coraje y escuchar sus reprimendas, las demás avanzaron, una por una, y se fueron metiendo en el estrecho agujero.

—Al llegar al otro lado, tendrán ayuda. No quiero que trabajen para los cárteles nunca más —le dijo Moore a los chicos—. No importa lo que digan. No importa lo que hagan. Nunca trabajen para ellos de nuevo, ¿vale?

—Está bien, señor —dijo un chico—. Está bien.

En un minuto todos se encontraban dentro del túnel y Moore estaba hablando por teléfono con Ansara.

—Están yendo hacia ti, hermano. Son todos tuyos.

—Entendido. Vamos a tomarlos tranquilamente para que no traten de volver atrás.

Las chicas serían procesadas y deportadas de vuelta a China, a menos que alguna organización humanitaria pudiera intervenir en su defensa. Los chicos, sin duda, serían procesados y si no había ninguna orden de arresto contra ellos, también serían deportados de regreso a México, razón por la cual Moore les había implorado que no volvieran a trabajar para los cárteles. Lo triste era que la mayoría de ellos lo ignorarían, especialmente una vez que entendieran cómo funcionaba el proceso. Correrían el riesgo de nuevo.

Moore entonces llamó a Luis Torres.

—Tengo un regalo de cumpleaños adelantado para tu jefe

—¿Cuánto?

—Una muy buena carga.

Lo que Torres, Zúñiga y el resto del cártel de Sinaloa no sabían era que Moore y Towers inyectarían cada ladrillo con un dispositivo GPS de manera que una vez que los ladrillos fueran contrabandeados a través de la frontera, serían inmediatamente localizados y confiscados por las autoridades. Los jefes de Moore no le permitirían jamás ingresar a sabiendas las drogas a los Estados Unidos sin alguna forma de recuperarlas, y era sin duda comprensible. Sin embargo, por muy

pequeños que fueran los orificios de la inyección, Moore estaba seguro de que Zúñiga y sus hombres examinarían cuidadosamente cada ladrillo para detectar cualquier signo de alteración. Moore y Towers tendrían que elegir muy cuidadosamente sus puntos de inyección a lo largo de las junturas de la cinta adhesiva usada para sellar los ladrillos.

—Está bien, estamos listos para irnos por aquí —dijo Towers.

El teléfono de Moore volvió a sonar: Ansara.

—Llegaron las primeras chicas a través del túnel. Las tomamos tranquila y amablemente. Excelente trabajo, jefe. Un punto para el equipo.

—Amigo —dijo Moore con un suspiro de agotamiento—, estamos recién empezando. Va a ser una noche muy larga.

—¿Y cuándo han sido cortas en este negocio? —señaló Ansara. Moore sonrió y salió a toda prisa hacia la furgoneta.

Somoza Designs International
Bogotá, Colombia

Antes de salir de Bogotá, Jorge Rojas había programado una última visita a su viejo amigo Felipe Somoza, quien había llamado para decir que tenía un regalo muy especial para Rojas. A las diez de la mañana, Rojas y su antiguo compañero de universidad Jeff Campbell, quien había logrado un lucrativo negocio de telefonía móvil con el gobierno colombiano, llegaron a la tienda de una cuadra de largo, dos pisos de alto y depósito anexo. Allí fueron recibidos por Lucille, una mujer de cabello oscuro de unos cincuenta años que había trabajado como recepcionista de Somoza durante los últimos diez años y era, al igual que todos los empleados del hombre, muy leal, tratando a Somoza más como a un familiar que un jefe, hasta el punto de hacerse cargo de llevar su ropa sucia a la lavandería, de los cambios de aceite en sus vehículos e incluso de manejar su agenda personal para asistir a los partidos de fútbol americano universitarios de sus tres hijos.

Rojas y Campbell fueron conducidos a través de la tienda y el área de corte y confección, donde docenas de mujeres de dieciocho a casi ochenta años usaban uniformes de color azul y estaban sentadas con diligencia detrás de las máquinas de coser, confeccionando ropa casual, formal, para el frío, para el calor y para la lluvia para hombres y mujeres.

Sin embargo, no estaban haciendo ropa «normal».

Somoza era conocido como el «Armani Armado» y su ropa a prueba de balas era de renombre mundial. Su negocio había prosperado desde el 11 de septiembre, tras lo cual había centrado su atención en la seguridad privada y las empresas de guardaespaldas. Amplió su negocio para proveer ropa a diplomáticos, embajadores, príncipes y presidentes en más de cuarenta países y ahora era popular entre individuos y más de doscientas empresas de seguridad privada, así como con la policía local en todo el continente americano. Lo que lo distinguía de otros fabricantes de ropa a prueba de balas era su atención a la comodidad y el diseño. Él no estaba fabricando feos chalecos tipo militar; su ropa abarcaba desde trajes a prueba de balas a vestidos y hasta calcetines y corbatas. Incluso tenía una boutique en Ciudad de México en la misma calle que tiendas como Hugo Boss, Ferrari, BMW y Calvin Klein. Tenía la intención de abrir una nueva tienda en Rodeo Drive en Beverly Hills, California, para poder abastecer a las celebridades y sus guardaespaldas con algunas de las prendas

más elegantes y «seguras» del mundo.

Los paneles a prueba de balas en sí eran escondidos cuidadosamente en las prendas. Cada panel estaba diseñado a partir de láminas de polímeros de plástico compuestas de muchas capas. Kevlar, Spectra Shield o a veces Twaron (casi idéntico al Kevlar) y Dyneema (similar al Spectra) eran parte del proceso, dependiendo del peso deseado de la prenda y los materiales disponibles. El hilo de Kevlar se utilizaba para coser capas de tejido Kevlar, mientras que el Spectra Shield era revestido y unido con resinas tales como Kraton, antes de ser sellado entre láminas de película de polietileno.

—Ahora, Jeff—le susurró Rojas cuando se acercaron a la oficina de Somoza cerca de la parte de atrás de la tienda—, él va a divertirse un poco con nosotros y tienes que seguirle la corriente.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, no insultarlo. Sólo haz lo que dice. ¿Vale?

—Tú eres el jefe, Jorge.

Campbell no tenía idea de lo que estaba a punto de suceder y Rojas se rió para sus adentros.

Somoza ya estaba en la puerta cuando llegaron. De apenas cincuenta años, con una espesa mata de pelo negro salpicado con algunas manchas de color gris, era una figura imponente de seis pies y dos pulgadas de altura, hombros anchos y una panza que revelaba su adicción a los dulces. De hecho, había cuatro frascos de vidrio del tamaño de latas de café de una libra llenos de caramelos alineados en su amplio escritorio de caoba, en fuerte yuxtaposición con un gran cartel colgado en la pared del fondo. Era el logo de la empresa, un par de espadas cruzadas detrás de un escudo negro con una bala de plata superpuesta, lo que sugería una combinación de armadura medieval y tecnología moderna.

Somoza avanzó lentamente vistiendo un ajustado pantalón de mezclilla de diseñador y una camisa de manga larga que ofrecía un ligero nivel de protección contra fuego de largo alcance. Él siempre usaba sus propios productos: nada que no fueran sus productos...

—Buenos días, Felipe —exclamó Rojas mientras abrazaba al hombre—. Este es mi amigo, Jeff Campbell.

—Hola, Jeff. Un placer conocerlo.

Jeff se dio la mano con Somoza.

—Es un honor conocer al famoso sastre de ropa a prueba de balas.

—¿Famoso? No —dijo Somoza—. ¿Ocupado? ¡Sí, sí! Entren, señores. Entren.

Rojas y Campbell se hundieron en sillas de lujoso cuero al otro lado del escritorio de Somoza, mientras él salía afuera por un segundo, llamando a Lucille para que le trajera el regalo. A su izquierda colgaban docenas de fotos de Somoza con estrellas de cine y dignatarios, todos usando su ropa. Rojas señaló las fotos y Campbell quedó con la boca abierta.

—Esta es toda una operación la que tiene aquí. Mira todas las estrellas de cine.

Rojas asintió con la cabeza.

—Te enseñaré el depósito antes de irnos. Es un negocio muy ambicioso. Estoy muy orgulloso de él. Recuerdo cuando estaba recién empezando.

—Bueno, el mundo está mucho más peligroso.

—Sí, el que le dejaremos a nuestros hijos —suspiró profundamente Rojas, luego volvió la cabeza en tanto Somoza entraba en la oficina con un abrigo largo de cuero negro en las manos.

—¡Para ti, Jorge!

Rojas se levantó y tomó el abrigo.

—¿Estás bromeando? Esto no es a prueba de balas.

Pasó sus dedos sobre el material y las placas flexibles detrás de él.

—Es demasiado ligero y delgado.

—Lo sé, ¿verdad que sí? —dijo de Somoza—. Es nuestro diseño más reciente y quiero que lo tengas. Es tu talla, por supuesto.

—Muchas gracias.

—Acabamos de mostrarlo en nuestro desfile de moda anual en Nueva York.

—¡Guau! ¿Un desfile de modas en Nueva York para ropa a prueba de balas? —preguntó Campbell.

—Es muy popular —dijo Somoza.

Jorge miró a Campbell, luego a Somoza y le guiñó un ojo.

—¿Está seguro de que va a parar una bala?

Somoza metió la mano en un cajón del escritorio y sacó un revólver calibre 45, el que colocó sobre el escritorio.

—¡Guau! —exclamó Campbell—. ¿Qué vamos hacer ahora?

—Tenemos que probarlo —dijo Somoza, con los ojos cada vez más endiabladamente abiertos—. Jeff, quiero que sepa que le hago la prueba a todos mis empleados. Nadie puede trabajar aquí a menos que esté dispuesto a ponerse el producto y recibir una bala. Necesitan saber cómo se siente y tienen que confiar en el producto y en su trabajo. Por esa razón mi control de calidad es tan bueno: les disparo a todos mis empleados.

Somoza dijo eso con tanta seriedad, con tanta frialdad, que Rojas no pudo evitar una carcajada. Rojas luego le entregó el abrigo a Campbell.

—Póntelo.

—¿Estás hablando en serio?

—No es ningún problema —dijo Somoza—. Por favor...

Los ojos de Campbell se pusieron vidriosos y se quedó sentado allí, en una encrucijada entre ofender a Somoza y obedecer la advertencia de Rojas acerca de seguirle el juego. Rojas conocía al hombre desde hacía mucho tiempo, sabía que le gustaba tomar riesgos, por lo que se sorprendió cuando Campbell dijo:

—Lo siento, es que, eh, no me esperaba esto.

—¿Lucille? —llamó Somoza.

La mujer llegó a la puerta unos segundos después.

—¿Le he disparado a usted? —preguntó a Somoza.

—Sí, señor. Dos veces.

Somoza miró a Campbell.

—¿Lo ve? La mujer ha recibido un disparo. ¿Está demasiado asustado?

—Muy bien —dijo Campbell, luchando por ponerse de pie y tomando el abrigo de las manos de Rojas—. No puedo creer que esté diciendo esto, pero me puede disparar.

—¡Excelente! —exclamó Somoza, dándose vuelta en su silla y metiendo la mano en un armario para sacar tres pares de protectores auditivos.

Una vez que Campbell se hubo puesto el abrigo, Somoza cuidadosamente lo abotonó y puso una calcomanía redonda en el lado izquierdo de la chaqueta, cerca del abdomen.

—Así que ese es su objetivo —dijo Campbell.

—Sí, necesito esto porque no soy un muy buen tirador —dijo Somoza con cara de póquer.

Rojas volvió a reír.

—Anda y ríete —dijo Campbell—. *¡A* ti no te están pegando un tiro!

—A él le disparo todo el tiempo —dijo Somoza—. ¿Jorge? ¿Cuántas veces te he disparado?

—Cinco, creo.

—Mire eso. Cinco veces —dijo Somoza—. Sin duda usted puede recibir un disparo.

Campbell asintió con la cabeza.

—Mis manos están temblando. Mire —las levantó y sí, estaba temblando involuntariamente.

—Está bien, se va a sentir bien —dijo Somoza, deslizando un par de protectores sobre la cabeza de Campbell.

Rojas se puso su propio par de auriculares protectores, al igual que Somoza, que luego sacó una bala del cajón y cargó el arma. Movió a Campbell a un lugar alejado del escritorio y levantó la pistola apuntando a quemarropa en el pecho de Campbell.

—¿Tan cerca? ¿Está loco? —preguntó Campbell.

—Mire, escuche, así es como se hace. Respire hondo y mantenga el aire. Cuente uno, dos, tres, y disparo. De nuevo. Uno, dos, tres, ¡bum! ¿Vale?

Somoza había levantado la voz para que pudieran escucharlo a pesar de los protectores.

Campbell tragó saliva y miró a Rojas con una mirada suplicante.

—Míreme —dijo Somoza—. Tome aire. ¿Listo? Uno, dos...

¡BUM!

Somoza disparó a la cuenta de dos y así era como siempre lo hacía con gente nueva que se ponía demasiado tensa en el momento en que esperaban oír el bum. Disparaba antes de tiempo, cuando el participante aún estaba relajado.

Campbell se encorvó ligeramente y se quitó los protectores, al igual que los demás.

—Guau —dijo y contuvo el aliento—. ¡Me engañó! Pero está bien. No sentí nada, tal vez un poco de presión.

Somoza desabotonó el abrigo y jaló la camisa de Campbell para demostrar que no había sido herido. Entonces escarbó en el abrigo y sacó la pieza plana de plomo.

—Aquí tiene. ¡Un recuerdo!

Campbell tomó el pedazo de plomo y sonrió.

—Esto es increíble.

Y entonces se llevó la mano a la boca, corrió hacia el basurero y vomitó.

Con eso, Somoza echó la cabeza hacia atrás y se rió hasta que las costillas probablemente le dolieron.

Más tarde, mientras tomaban café, Rojas habló a solas con su viejo amigo, mientras Lucille le daba a Campbell un recorrido más detallado por las instalaciones. Rojas compartió sus sentimientos acerca de su hijo. Somoza habló de sus propios hijos, quienes estaban creciendo demasiado rápido también y estaban destinados a trabajar en el negocio con él.

—Nuestros muchachos son muy parecidos —dijo Rojas—. Niños privilegiados. ¿Cómo podemos mantenerlos... no sé... normales?

—Eso es difícil en un mundo tan loco. Queremos protegerlos, pero no hay nada que tú y yo podamos hacer, salvo enseñarles a tomar las decisiones correctas. Quiero que mis hijos usen trajes a prueba de balas. Sí, puedo protegerlos de las balas, pero no de toda la mierda que la vida les va a dar.

Rojas asintió con la cabeza.

—Eres un hombre sabio, amigo mío.

—¡Y guapo también!

Se echaron a reír.

Pero entonces Rojas se puso serio.

—Ahora, Ballesteros ha estado teniendo algunos problemas de nuevo y quiero que cuides de él y de su gente. Me mandas la cuenta. Lo que sea que ellos necesiten.

—Por supuesto. Un placer hacer negocios, como siempre. Y quiero conseguir las medidas de tu amigo, el señor Campbell. Vamos a hacerle un abrigo como el tuyo, por su espíritu deportivo.

—Estoy seguro de que lo apreciará mucho.

—Y una cosa más, Jorge —ahora fue Somoza el que se puso serio y su voz tensa—. He estado pensando en esto durante mucho tiempo. Los dos estamos en una etapa en nuestra vida donde ya no tenemos que asociarnos con el comercio. Mi negocio es legítimo y está en pleno auge. Por supuesto que voy a ayudar a nuestro amigo Ballesteros, pero para mí, este tiene que ser el último negocio, la última conexión. Estoy muy preocupado. El desorden en Puerto Rico nos tiene a todos preocupados. Quiero que sepas que sigo trabajando para ti, pero tengo que cortar las conexiones aquí, y honestamente, Jorge, creo que tú deberías retirarte también. Pásale el negocio a otra persona. Ha llegado el momento. Como has dicho, tu hijo está creciendo, está siguiendo adelante. Tú también deberías hacerlo.

Rojas pensó por un momento. Somoza de hecho estaba hablando con él como un amigo muy querido y lo que decía tenía sentido, pero sus palabras venían del miedo y Rojas podía ver el miedo grabado en los ojos del hombre.

—Amigo mío, tú nunca debes tenerle miedo a nadie. La gente va a tratar de intimidarte, pero nadie es mejor que nadie. ¡Tienes que ser un luchador en esta vida!

—Sí, Jorge, sí. Pero un hombre debe ser lo suficientemente sabio para elegir sus batallas. No somos jóvenes. Deja que los chicos luchen esta batalla, no nosotros. Tenemos demasiado que perder.

Rojas se puso de pie.

—Voy a pensar en ello. Eres un buen amigo y entiendo lo que estás diciendo.

22

ASUMIENDO LA CULPA

Casa del rancho de Zúñiga
Ciudad Juárez, México

Alrededor de las 11 a.m. de la mañana siguiente, Moore, Zúñiga y otros seis miembros del cártel se reunieron en la cochera para cuatro autos de Zúñiga con las puertas medio abiertas. Moore les entregó el cargamento de droga que había incautado y vio cómo los hombres de Zúñiga inspeccionaban los ladrillos y no encontraban nada sospechoso... sobre todo, los minúsculos agujeros de la inyección que Moore y Towers habían hecho al plantar los dispositivos GPS. El cártel de Sinaloa era poderoso, pero no era tan sofisticado como el de Juárez, que Moore pensaba que hubiera pasado los ladrillos por rayos-x y posiblemente habría encontrado los dispositivos rastreadores.

Como Moore esperaba, Zúñiga parecía muy contento con el «regalo» y seguramente ya tenía planes en marcha para mover las drogas antes del anochecer. Asintió con la cabeza observando los ladrillos y luego miró Moore.

—Su enemigo es mi enemigo, por lo visto.

—Cuando un cártel es demasiado poderoso, es el enemigo de todos.

—Estoy de acuerdo.

—Está bien. Me gustaría seguir ayudando. Permítame llevar conmigo a algunos de sus hombres. Iremos a secuestrar al hijo de Rojas. Como le dije, estamos juntos en esto —dijo Moore.

—Señor Howard, tal vez ahora estoy tan loco como para creerle. Tal vez le diga que sí.

—Nos va a tomar la mayor parte del día volar hasta allá en uno de sus aviones, por lo que ¿tal vez deberíamos irnos ahora?

—Tal vez aún no he tomado mi decisión.

Con eso Moore explotó, y probablemente no debería haberlo hecho, pero no había dormido mucho. Alzó la voz, casi gritando.

—Señor Zúñiga, ¿qué más quiere? Cien mil dólares en efectivo, un gran cargamento de droga que le robamos a Rojas. ¿Qué más? Mis jefes están cada vez más impacientes.

Torres, que había estado de pie cerca, avanzó contoneándose y levantó su propia voz.

—¡No le hable al señor Zúñiga de esa manera! ¡Le voy a romper el cuello!

Moore miró al hombre, luego a Zúñiga.

—Estoy cansado de este tire y afloje. He hecho una buena oferta. Hagamos esto.

Zúñiga le echó una última mirada evaluativa a Moore, luego le tendió la mano.

—Quiero que mate a Rojas.

• • •

Dos horas más tarde, Moore, Torres y Fitzpatrick, junto con un piloto y un copiloto, estaban metidos en un avión bimotor Piper PA-31 Navajo volando al sureste, en dirección a San Cristóbal de las Casas. El tiempo estaba despejado, las vistas eran espectaculares, la compañía, miserable, porque Torres se había mareado y vomitado dos veces en su pequeña bolsa blanca. Si había sido una larga noche, iba a ser un día aún más largo y Moore miró a Fitzpatrick, al otro lado de la cabina, quien puso los ojos en blanco ante la incapacidad del hombre gordo para soportar un viaje aéreo. Torres, al parecer, tenía un estómago enorme pero delicado y Fitzpatrick lo había reprendido antes de que abordaran el avión sobre la posibilidad de que no pudieran despegar debido a la «carga extra». La venganza de Torres por ese comentario fue potente y en la forma de una maloliente bolsa de vomito entre sus piernas.

Moore cerró los ojos y trató de conciliar una o dos horas de sueño, permitiendo que el zumbido de los motores lo sumergieran en un profundo estado de inconsciencia...

Las luces de la plataforma petrolera se apagaron y de repente Carmichael gritó:

—¡*Nos* vieron!

Moore se sacudió violentamente y se inclinó hacia delante en el asiento del avión.

Torres lo miró.

—¿Una pesadilla?

—Sí, y tú estabas en ella.

El gordo estaba a punto de decir algo, pero luego puso la mano sobre su boca.

Sitio de construcción del túnel fronterizo
Mexicali, México

El estudiante de secundaria Rueben Everson había pensado al principio que trabajar para el cártel de Juárez y contrabandear drogas por la frontera era una propuesta bastante tenebrosa. Pero entonces le habían mostrado todo el dinero que podría ganar y, con el tiempo, se había acostumbrado a toda la operación, incluso a llevar grandes cargamentos con una máscara de absoluta calma. Había sido listo, está bien, y no había cometido los errores estúpidos que le habían costado la libertad a algunas de las otras mulas. Siempre había estado muy tranquilo al hablar con los oficiales y nunca llevaba estatuas o imágenes de todos los santos a los que esos tontos les rezaban para que los mantuvieran a salvo durante una carrera. La Santa Muerte era la más popular entre algunos matones, que incluso le construían santuarios. Tratar de hacer que la imagen del esqueleto de la Virgen de Guadalupe pareciera un salvador cuando tenía el aspecto de la maldad en su estado más puro le parecía un poco estúpido. Luego estaba San Judas Tadeo, el santo patrono de las causas perdidas, y un tonto incluso había intentado meter treinta libras de marihuana en el interior de una estatua de San Judas y cruzar la frontera con ella. Qué imbécil. Un santo menos conocido era Ramón Nonato. La leyenda decía que tenía la boca cerrada con candado para evitar que reclutara a nuevos seguidores. A los matones les gustaba esta idea y le rezaban para que otros guardaran silencio sobre sus crímenes.

Algunos de los colegas de Rueben se apoyaban fuertemente en otros tipos de amuletos de buena suerte: joyas sentimentales, relojes, colgantes, patas de conejo y otro tipo de talismanes, así como los

carteles de la película *Cara cortada*. Un amuleto de la suerte que hacía reír a Rueben era el pájaro amarillo Piolín de los dibujos animados *Looney Tunes*. Al principio no entendía por qué el pajarito era tan popular entre las mulas y otros narcotraficantes, pero luego se había dado cuenta de que Piolín nunca era atrapado por el gato Silvestre, por lo que el pajarito se había convertido en un héroe entre los matones. La ironía, por supuesto, era que se llamaban a sí mismos mulas cuando tenían un pájaro de mascota.

En este momento, sin embargo, no había forma de magia o religión que pudiera salvar a Rueben. Había sido capturado por el FBI, había conocido a un chico al que le habían cortado los dedos de los pies por una mala carrera, y ahora se veía obligado a trabajar para el gobierno si quería evitar ir a la cárcel. Las carreras que le daban dinero fácil para poder ir a la universidad se habían acabado para siempre. El agente Ansara había sido muy claro al respecto. Le habían inyectado un rastreador de GPS y habían convertido su teléfono celular en un dispositivo de escucha a través de un auricular Bluetooth. Era un perro con correa.

Más temprano en el día lo había llamado su contacto en el cártel y le había dicho que se reportara en Mexicali, donde un auto estaba siendo cargado para él, y mientras estaba allí parado, en el interior del depósito, un hombre de mediana edad con anteojos y el pelo cubierto de polvo se le acercó y le preguntó:

—¿Eres el nuevo?

—Supongo que sí. Pero no soy nuevo. Simplemente no he trabajado aquí antes. Por lo general, me hacen recoger la carga en otro lugar. ¿Qué están haciendo aquí? ¿Excavando otro túnel?

—Eso no es asunto tuyo, jovencito.

Rueben se metió las manos en los bolsillos.

—Qué me importa.

—¿Cuántos años tienes?

—¿Qué le importa?

—¿Todavía estás en la escuela secundaria, ¿no?

—¿Usted es mi nuevo jefe?

—Eso no importa.

Rueben frunció el ceño.

—¿Qué le importa?

—¿Qué tal son tus calificaciones?

Rueben soltó un bufido.

—¿En serio?

—Responde a la pregunta.

—Son bastante buenas. Tengo As y Bs más que nada.

—Entonces tienes que dejar de hacer esto. No más. Vas a morir o ser arrestado, y tu vida habrá terminado. ¿Me entiendes?

A Rueben le ardían los ojos. *Entiendo más de lo que piensas, viejo. Pero es demasiado tarde para mí.*

—Voy a ir a la universidad y así es como voy a pagar mi colegiatura. Tan pronto como tenga el dinero suficiente, voy a dejar de hacer esto.

—Todos dicen lo mismo. Necesito dinero para esto y para esto otro, pero la semana que viene voy a dejar de hacerlo.

—Solo quiero irme y terminar con esto.

—¿Cuál es tu nombre?

—Rueben.

El hombre le ofreció su mano y Rueben la tomó de mala gana.

—Yo soy Pedro Romero. Espero no verte por aquí de nuevo, ¿ok?

—Me gustaría poder ayudarlo, pero *me verá* de nuevo. Así es como son las cosas y punto.

—Piensa en lo que te dije.

Rueben se encogió de hombros y se volvió al momento que uno de los cargadores caminaba hacia a él y le decía:

—Listo para irnos.

—Piensa en ello —le pidió Romero, sonando mucho como el padre de Rueben.

Me hubiera gustado haberlo hecho, viejo. Me hubiera gustado.

Rueben condujo el auto a través de la frontera y se lo entregó a un equipo de hombres de Ansara sin incidentes. Lo dejaron en una oficina de alquiler de autos y el hombre ahí lo llevó de vuelta a su casa en el autobús del aeropuerto. Había una camioneta Escalade negra estacionada frente a su casa y Rueben se metió en el asiento trasero una vez que el autobús hubo desaparecido de su calle. El agente del FBI Ansara estaba al volante.

—Buen trabajo el de hoy, Rueben.

—Sí, qué me importa.

—El viejo tenía razón, ¿no?

—Sí, está bien, la tenía. Debí dejar esto antes de que ustedes me atraparan, pero ahora estoy jodido.

—No, lo hiciste muy bien. Me conseguiste algunas buenas fotos y audio de aquel hombre. Ahora podemos identificarlo y ver lo que está pasando en ese depósito.

Rueben cerró los ojos. Tenía ganas de llorar. Apenas podía dormir. Soñaba que vendrían por él durante la noche, vestidos de esqueletos armados con cuchillos para arrancarle el corazón. Veía a sus padres asistiendo a su funeral y mientras se iban, un auto lleno de sicarios pasaba junto a ellos y empezaban a disparar con ametralladoras contra la multitud, matando a sus padres, ambos heridos de tiros en la cabeza y mirando hacia el cielo para susurrar:

—Eras un buen chico. ¿Qué te pasó?

Estación de Policía de Delicias
Ciudad Juárez, México

Gloria Vega había trabajado en más de veintiséis países como agente de la CIA, desempeñándose en misiones muy breves, de ocho horas, y hasta algunas de dieciséis meses. Había visto su cuota de derramamiento de sangre y corrupción, y estaba preparada para presenciar más de lo mismo cuando se unió a Fuerza Especial Conjunta Juárez y se dio cuenta de que estaba siendo enviada a una ciudad conocida como la capital mundial de los asesinatos. Sin embargo, lo que no esperaba era que el derramamiento de sangre se produjera entre los miembros de su propio equipo.

Los gritos habían llegado hasta su escritorio solo cinco minutos atrás y todos se habían apresurado a ponerse sus chalecos antibalas, agarrar sus rifles y salir a la calle. El inspector Alberto Gómez se había puesto un pasamontañas para ocultar su identidad y estaba a su lado. Cada extremo de la calle había sido acordonado por los vehículos de la Policía Federal y Vega estimaba que por lo menos doscientos agentes en uniformes negros y pasamontañas se habían reunido ahí y estaban gritando: «¡Traigan al cerdo!».

Y luego, antes de que Vega, Gómez o cualquier otra persona pudiera detenerlos, una docena y media de oficiales se precipitó adentro de la estación, y la multitud rugió de nuevo. Esta vez, Vega escuchó un nombre: ¡López, López, López!

Ella conocía ese nombre y sintió que se le helaba la sangre. López era uno de los colegas de Gómez, un inspector que llevaba casi tantos años como él en la policía. La propia investigación de Vega llegó a la conclusión de que López estaba limpio y tratando de hacer lo correcto; él era el hombre que Alberto Gómez debería haber sido. Por otro lado, los teléfonos de Gómez habían sido intervenidos, había sido seguido por otros dos observadores que el líder de la JTF, Towers, le había dado a Vega, y ella había reunido suficientes pruebas para presentar a las autoridades de la Policía Federal para arrestar a Gómez por corrupción y sus lazos indiscutibles con el cártel de Juárez. Towers, sin embargo, no estaba listo para apretar el gatillo en la operación debido a que la detención de Gómez pondría sobre aviso al cártel. Todas las fichas de dominó debían caer al mismo tiempo.

Y así, con tiempo de sobra, Gómez había dado vuelta la situación antes de que Vega pudiera reaccionar. Mientras se dirigía rápidamente hacia la puerta de entrada, seis hombres arrastraron a López fuera del edificio, uno de ellos agarrando al anciano por su mata de pelo gris. Una vez que el rostro afeitado de López estuvo frente a la multitud, los gritos se hicieron más fuertes, y algunos gritaban:

—¡Maten al cerdo!

Los oficiales rodearon a López y al menos dos se echaron hacia atrás y comenzaron a golpearlo.

—Le están enseñando una lección antes de arrestarlo —le gritó Gómez en el oído—. Ha estado recibiendo dinero de los cárteles y trabajando como informante para ellos. Han muerto niños por su culpa. Y ahora tiene que pagar.

Maldito hipócrita es lo que Vega quería decir.

—No pueden hacer esto. ¡No pueden darle una paliza!

El grupo comenzó a cantar:

—¡López es el diablo y hay que eliminarlo! ¡López es el diablo...!

El canto continuó y Vega hizo una mueca cuando otro oficial con bíceps del tamaño de sus caderas le dio un duro golpe a López en la mejilla.

Eso fue todo. Gloria Vega, ex oficial de Inteligencia del Ejército y agente de la CIA, ahora infiltrada en la Policía Federal de México, había visto suficiente.

Levantó la pistola en el aire y disparó una salva, el martilleo de los disparos silenció a la multitud. Antes de que supiera lo que estaba sucediendo, una mano se envolvió alrededor de su cuello, otras manos le arrancaron el arma y aún más manos la arrastraron de espaldas de vuelta a la estación de policía. Ella gritó y trató de soltarse, pero no sirvió de nada. La arrastraron hacia adentro y allí fue puesta en libertad inmediatamente, en tanto Gómez pasaba por delante de ella y se quitaba

el pasamontañas.

—¿Qué diablos está haciendo?

—No es justo. ¿Qué pruebas tienen? *¡No* pueden golpear al viejo de esa manera!

—Se metió a la cama con basura. *¡Así* que él es basura!

Se mordió la lengua. *¡Oh,* Dios, cómo se mordió la lengua!

—Le dije que me gustaría tratar de mantenerla viva —añadió Gómez—. ¡Pero es muy difícil cuando va y hace algo como esto! Ahora, escúcheme. López no es el único. Los otros comandantes están sucios también. Hoy vamos a limpiar esta casa y va a ayudar o la voy a poner en una celda para mantenerla a salvo.

Ella se sacó su propio pasamontañas mientras afuera los gritos parecían llegar a un punto máximo.

—Será mejor que me encierre por ahora. No puedo ver esto.

Vega se frotó las comisuras de los ojos, la frustración quemándola por dentro de tal manera que pensó que iba vomitar. ¿Cuánto más podría aguantar? ¿Cuánto tiempo tendría que esperar antes de poder esposar a Gómez y terminar con todo esto? Él era el proverbial lobo envuelto en la piel de oveja que necesitaba tragarse una bala. Se imaginó a sí misma disparándole allí mismo, cortando una vena de corrupción, pero se dio cuenta de que la red era tan compleja que su muerte no haría ninguna diferencia. No haría diferencia en absoluto. Su corazón comenzó a hundirse.

—Gloria, venga conmigo —le ordenó él.

Ella lo siguió a su pequeña oficina, donde él cerró la puerta, por lo que estaban fuera del alcance del oído de los otros inspectores y oficiales.

—Sé cómo se siente —dijo.

—¿En serio?

—Yo tuve su edad una vez. Yo quería salvar al mundo, pero hay demasiada tentación a nuestro alrededor.

—¡No me diga! No nos pagan nada. Es por eso que no podemos hacer nada. Es solo un juego loco y estamos perdiendo el tiempo aquí. Perdiendo el tiempo. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

—Lo correcto —respondió él—. Siempre lo correcto. Eso es lo que Dios quiere.

—¿Dios?

—Sí. Ruego a Dios todos los días para que salve a nuestro país y a nuestra Policía Federal. Él lo hará. Debemos tener fe en Él.

—Tiene que haber una mejor manera. Tengo que ganar más dinero que esto. Y tengo que trabajar con gente en la que pueda confiar. ¿Me puede ayudar con eso?

Él la miró con malicia.

—Puede confiar en mí...

Restaurante y Bar Montana
Ciudad Juárez, México

Johnny Sánchez había estacionado su auto alquilado en la Avenida Abraham Lincoln, que estaba a tan solo cinco minutos del Puente de Córdoba, con el fin de llevar a su novia, Juanita, a su restaurante favorito en Ciudad Juárez. El estilo *southwest* del interior del Montana incluía comedores

en dos niveles y toques de madera en todas partes. Los manteles de lino blanco y las velas perfumadas no pasaron desapercibidas por su chica, y Johnny se aseguró de que les dieran una mesa cerca de la chimenea a gas. El capitán de meseros era un hombre joven llamado Billy y Johnny se había hecho buen amigo de él y le daba propinas bastante generosas al grupo de meseros de Billy. A cambio, Billy le regalaba tragos y le daba porciones de gran tamaño cuando ordenaba. Johnny pidió lo de siempre, un bistec de filete estilo Nueva York, mientras que Juanita, quien recientemente se había teñido el pelo de rubio y se había hecho un implante mamario más bien agresivo, pidió una ensalada de taco.

Mientras esperaban sus platos, Juanita tiró nerviosamente de los tirantes de su vestido rojo y le preguntó:

—¿Qué pasa?

—¿A qué te refieres?

—No estás aquí. Estás en otra parte —levantó la barbilla hacia la ventana y el puente a lo lejos.

—Lo siento.

No le diría que el ahijado de su madre era un sicario ni que él ahora trabajaba para la CIA. Eso probablemente arruinaría su cena.

Ella frunció el ceño y exclamó:

—Creo que deberíamos salir de México.

—¿Por qué?

—Porque ya no me gusta estar aquí.

—Acabas de llegar.

—Lo sé... he venido *por ti*. Siempre se trata de ti y de tu escritura. Pero, ¿qué hay de mí?

—Dijiste que ibas a bailar.

—¿Quieres que le muestre mi cuerpo a otros hombres?

—Pagaste buen dinero por él.

—Esa no es razón.

—No, pero si te hace feliz...

Ella se inclinó hacia delante y le agarró la mano.

—¿No lo entiendes? Quiero que me digas que no. Quiero que estés celoso. ¿Qué te pasa?

—Ya no puedo pensar con claridad. Y tienes razón. Tenemos que salir de México —su voz se quebró—. Pero no podemos.

—¿Por qué no?

—¿Señor Sánchez?

Johnny se volvió hacia dos hombres vestidos con costosas camisas y pantalones de seda que se acercaban. Ambos de veintitantos años, ninguno tenía más de cinco pies de altura y si Johnny hubiera tenido que adivinar su nacionalidad, habría dicho que eran colombianos o guatemaltecos.

—¿Y ustedes quiénes son? —preguntó Johnny.

Uno de los hombres bajó la voz y miró sin pestañear a Johnny.

—Señor, necesitamos que venga con nosotros. Es una cuestión de vida o muerte.

Ese no era un acento mexicano. Estos tipos eran definitivamente de algún lugar de América del Sur...

—Les hice una pregunta —repitió Johnny.

—Señor, por favor venga ahora y nadie va a salir lastimado. Ni usted. Ni ella. Por favor.

—Johnny, ¿qué diablos es esto? —preguntó Juanita, levantando la voz y sacando su pecho hacia fuera, lo que atrajo la atención de los dos hombres.

—¿Para quién trabajan? —preguntó Johnny, y su pulso comenzaba a acelerarse.

El hombre lo miró.

—Vamos, señor.

Oh, no, pensó Johnny. *Dante ya debe haberse enterado de que me agarró la CIA. Han venido a matarme.*

El arma de Johnny estaba en la habitación de su hotel. Miró a Juanita y luego se inclinó y le dio un beso profundo y apasionado.

Ella lo empujó hacia atrás.

—¿Qué está pasando?

—Vamos, nena. Tenemos que ir con ellos —se puso de pie, temblando, mientras el mesero se acercaba a la mesa con su carne—. Voy a necesitar eso para llevar.

Los dos hombres lo miraron y asintieron con la cabeza.

Y fue entonces cuando Johnny tomó la mano de Juanita y se echó a correr como loco hacia la puerta.

Esperaba oír gritos y/o el sonido de disparos en tanto los hombres que habían querido secuestrarlos decidían que en vez tendrían que morir.

Pero él y Juanita lograron salir del restaurante y llegar al estacionamiento, y cuando se dio la vuelta, *no* los estaban siguiendo.

—¡Johnny! —exclamó Juanita—. ¿Qué es lo que quieren?

Antes de que pudiera abrir la boca, dos sedanes pequeños rugieron y los encerraron. Más hombres, al menos seis, salieron de los autos, todos vestidos de manera similar, todos de la misma altura y edad.

Johnny levantó las manos. Todo había terminado. *Lo siento, Dante.*

Se llevaron a Juanita por el cuello y la empujaron dentro de un auto, y a él lo agarraron y lo tiraron dentro de otro. La cabeza de Johnny golpeó el asiento de atrás cuando el conductor aceleró y en algún momento después de salir del estacionamiento, tal vez uno o dos minutos más tarde, se puso tan nervioso que simplemente se desmayó.

Johnny se despertó un poco más tarde, sus brazos y piernas estaban atados a una especie de poste que luego se dio cuenta era parte de un elevador de autos. Estaba dentro de una tienda de reparación de automóviles, rodeado de varios vehículos en distintas fases de montaje y reparación. Una luz tenue se filtraba a través de un conjunto de ventanas a su derecha, con dos grandes puertas de acero justo delante.

Los dos hombres del restaurante estaban delante de él y el que era un poco más delgado sostenía firmemente una cámara de video de alta definición. Johnny suspiró. Solo lo habían secuestrado y lo tenían ahí para pedir un rescate. Haría el video. Corrales tendría que pagar. Todo iba a estar bien.

—Ok, ok, ok —dijo a través de otro suspiro.—Diré lo que quieran. ¿Dónde está Juanita? ¿Dónde está mi novia?

El tipo con la cámara apartó la mirada de la pequeña pantalla que había estado estudiando y gritó a través del cuarto.

—¿Terminaste?

—¡Si! —respondió una voz.

Y luego Johnny los vio: dos hombres más vestidos con trajes de protección negros, del tipo que se usan para pintar' autos, aunque no llevaban protección en la cara. Los trajes tenían manchas oscuras en los brazos y las caderas. Un hombre llevaba una herramienta eléctrica de color amarillo que tenía una estrecha cuchilla en la parte delantera, una sierra recíproca. Johnny había estado en muchas escenas de accidentes como reportero de un periódico local un par años atrás y estaba familiarizado con la herramienta utilizada por los rescatistas para sacar a personas atrapadas en sus autos.

El hombre con la sierra echó a andar el motor de la herramienta y en tanto se acercaba, Johnny se dio cuenta de que la sierra estaba manchada con... sangre.

—Mira, no hay necesidad de amenazas. Haré lo que me digan.

Con un bufido, el tipo de la sierra puso los ojos en blanco y avanzó.

—¡Espera! —exclamó Johnny—. ¿Qué quieren de mí? ¡Por favor!

—Señor —dijo el hombre con la cámara—. Solo queremos que se muera.

23

BUITRES JUSTICIEROS

Villas Casa Morada
San Cristóbal de las Casas
Chiapas, México

Miguel Rojas se despertó a las 6:41 de la mañana con un deseo desgarrador. Se dio la vuelta y dejó que su mano se moviera lentamente por la pierna de Sonia. Ella se movió y le susurró:

—Siempre es en la mañana contigo. ¿Anoche no fue suficiente?

—Es la naturaleza —dijo.

—No, eres tú.

—No puedo evitarlo. La culpa es tuya, en serio. No puedo dejar de pensar, ya sabes...

—Bueno, hay más cosas en la vida.

—Lo sé, lo sé.

—Bien. Entiendo cómo son los hombres, y está bien, pero me preocupa que me pierdas el respeto.

—Nunca.

—Eso dices ahora —puso un brazo sobre su cabeza—. A veces quisiera...

Él frunció el ceño.

—¿Qué?

—Quisiera que todo en mi vida hubiera sido diferente.

—Eso no puede ser verdad.

—Puede que tú seas el hombre perfecto para mí. Pero la vida es complicada y me preocupo por nosotros. Me gustaría que todo hubiera sido diferente antes de que nos conociéramos.

—¿Qué estaba mal con tu vida antes de eso? Tienes unos padres grandiosos que te adoran. Te ha ido muy bien.

—No sé lo que estoy diciendo, en serio.

—¿Es el dinero? Porque...

—No, no tiene nada que ver con eso.

Se puso tenso.

—¿Entonces de qué se trata? ¿Tienes otro chico en casa? Es eso. Todavía estás enamorada de otro tipo.

Ella se echó a reír.

—No.

—¿Me amas? —le preguntó tomándola con suavidad de la barbilla.

—Demasiado.

—¿Qué significa eso?

Ella cerró los ojos.

—Significa que a veces duele.

—Bueno, no debería. ¿Qué puedo hacer?

—Solo bésame.

Él lo hizo, y una cosa llevó a la otra. Se preguntó si Corrales y los demás en la habitación de al lado podían oírlos. Ella gimió en voz baja, pero ambos se esforzaron por seguir siendo discretos.

No habían hecho mucho durante su primer día en la vieja ciudad, habían pasado la mayor parte de su tiempo alrededor de la villa y acostumbrándose a la zona. Miguel había decidido quedarse en un lugar nuevo y vivir como turista, en lugar de explotar las conexiones de su padre y quedarse en las mismas viejas y aburridas mansiones. Había encontrado un pintoresco hotel boutique manejado por europeos y su villa del primer piso tenía una cocina, una mesa de comedor, una zona de estar y un dormitorio con baño. Murales y textiles mayas adornaban las paredes y había una chimenea de leña frente a su cama. Aunque la habitación no tenía aire acondicionado, no lo necesitaban. Afuera había una terraza con sillas, para que pudieran sentarse y observar a la gente en el patio de exuberante vegetación, donde había una hamaca bajo las largas extremidades de un árbol de sombra. Una joven pareja estaba acostada en la hamaca y se besaba apasionadamente. Esa imagen sola había sido suficiente para hacer que él y Sonia volvieran a su dormitorio para una ronda rápida de sexo solo horas después de haber llegado.

Mientras Miguel se apartaba de Sonia, los gallos comenzaron sus anuncios de la mañana: de hecho, el sol estaba saliendo. Se sentía como si estuvieran en una granja, pero Miguel disfrutaba de su cacareo. Este era México semirural y solo estaban él y Sonia y esta pequeña, hermosa ciudad para explorar. El conserje les había dicho que muchos escritores, artistas, académicos y arqueólogos se alojaban en el hotel y se pasaban los días explorando la ciudad y conduciendo treinta minutos hasta la antigua ciudad maya conocida como Palenque, donde los templos y palacios, con sus amplias escaleras y paredes parcialmente derrumbadas, atraían a miles de visitantes cada año. Miguel había estado en las ruinas sólo una vez, cuando era niño, así que pensó que le gustaría explorarlas de nuevo.

Primero, sin embargo, irían de compras, lo que sabía haría muy feliz a Sonia. Estaban a solo diez minutos caminando colina abajo de las calles centrales más bulliciosas. Miguel se levantó y se acercó a la ventana, mirando más allá del patio hacia la sierra envuelta en sombras, las montañas verdes todavía oscuras y formando un paisaje lunar en el horizonte.

Más lejos, las calles parecían retorcerse a lo largo de las laderas y las casas de vivos colores verde, morado y amarillo, y todas con techos de tejas rojas, estaban amontonadas en grupos a lo largo de esos estrechos senderos. Más allá de ellas, sobre una enorme sección rocosa, había una adornada catedral pintada de dorado y varias mansiones, cuyas imponentes rejas de hierro forjado se elevaban hasta unos cuatro metros. Sonia había comentado que la ciudad parecía más un parque temático que un lugar real, porque era de colores tan brillantes y estaba impecablemente limpia. Miguel le había dicho que la gente de aquí estaba muy orgullosa de su herencia maya y se podían encontrar influencias mayas a lo largo de toda la ciudad: desde la arquitectura hasta la comida y el diseño de interiores. El padre de Miguel decía a menudo que San Cristóbal le recordaba más a

Guatemala que a México.

—¿Cuándo es el carnaval? —preguntó Sonia, sentándose en la cama.

Él le sonrió.

—Van a empezar esta noche. Pero tenemos que ir al pueblo de San Juan Chamula primero. Quiero que veas la iglesia que hay ahí. Y mañana, a las ruinas.

Llamaron a la puerta.

Sonia frunció el ceño y Miguel cruzó la habitación y se inclinó hacia la puerta antes de abrirla.

—¿Quién anda ahí?

—Soy yo, señor, Corrales. ¿Todo bien?

Dio media vuelta, miró a Sonia y casi se echó a reír a carcajadas, como lo hizo ella.

—Sí, Corrales, estamos bien. Vuelve a la cama. Vamos a tomar el desayuno a las ocho de la mañana, gracias.

—Está bien, señor. Solo estaba revisando que todo estuviera en orden.

Miguel corrió hacia la cama y se tiró de un salto sobre ella, casi botando a Sonia hacia el otro lado. Ella comenzó a reírse mientras él rodaba sobre ella y la besaba apasionadamente.

Desde el balcón de una habitación de un hotel en la esquina, Moore observaba al hijo de Rojas besar a su novia. El chico había abierto las cortinas y le había dado una vista clara de sus formas desnudas extendidas sobre la cama.

Moore bajó los binoculares y se volvió hacia Fitzpatrick y Torres. El hombre gordo estaba acostado en su cama, profundamente dormido. Fitzpatrick estaba escribiendo ferozmente en su computadora portátil, enviándole un correo electrónico a Zúñiga.

—Debe ser lindo ser joven —dijo Moore, suspirando por sus propios años perdidos.

—Son bastante cachondos, ¿eh? —dijo Fitzpatrick—. Entonces, ¿qué tenemos en términos de seguridad? ¿Corrales y sus dos secuaces? ¿Eso es todo?

—Yo no veo a nadie más. Él va a permanecer cerca y va a dejar que los otros dos lo sigan. Tenemos que eliminarlos a ellos primero. Quiero a Corrales vivo y no voy a negociar con eso. Tenemos que atraparlo con vida.

—De acuerdo —Fitzpatrick alzó un dedo pulgar por encima del hombro hacia Torres y dijo en susurro—, ¿qué hay de él?

—Tranquilo. Él es la menor de nuestras preocupaciones en este momento...

El teléfono inteligente de Moore vibró con un mensaje de texto de Gloria Vega:

Encontramos a Sánchez y su novia afuera del club Monarch. Fueron masacrados. Gómez cree que los Sinaloa son responsables por el lugar donde se encontraron los cuerpos. ¿Puedes hacer seguimiento?

Tecleó una respuesta: yo me ocupo.

Luego compartió la noticia con Fitzpatrick, quien sacudió la cabeza.

—No puede ser. Estaríamos enterados de ese golpe.

—Voy a llamar a Zúñiga.

Torres se agitó y los miró.

—¿Por qué están levantados tan temprano pendejos?

Moore se echó a reír.

—Porque, gordo, estamos en una misión para hacer algo más que vomitar en una bolsa.

Torres hizo una mueca.

—Todavía me duele el estómago. Pero cuando me sienta mejor, me voy a sentar encima tuyo.

—Oye, amigo —llamó Fitzpatrick, captando la atención de Torres—, tenemos que movernos hoy. Dejemos que se instalen, se pongan cómodos, bajen la guardia y luego, *bam*. Así que es mejor que vayas andando.

—Exacto —dijo Moore—. Creo que lo haremos en su villa. Es un ambiente agradable y controlado. Los seguimos durante todo el día y luego, cuando vuelvan a casa cansados y listos para coger, tomamos a Miguel y a la chica... pero primero tenemos que encargarnos de Corrales y sus muchachos.

—Escúchame, gringo —dijo Torres—, yo estoy a cargo aquí. Pero me gusta tu plan. Sin embargo, una vez que tengamos al chico y su novia, vamos a matar a la chica delante de él. De esa manera él sabrá que estamos hablando en serio.

Moore miró a Fitzpatrick, quien dijo:

—Podríamos conseguir más dinero si los tenemos a ambos. Y podemos negociar con Rojas para que abra los túneles.

—Estamos aquí para matar a Rojas y a todos a su alrededor. El señor Zúñiga me lo dejó muy claro y yo se los estoy diciendo muy claro a ustedes...

Fitzpatrick lo fulminó con la mirada.

—No —dijo Moore—. Vamos a mantener a la chica como garantía adicional. Ahora ¿qué hay de los otros muchachos? ¿Van a venir?

Torres aclaró la garganta.

—Deberían estar en Guadalajara esta tarde.

—Bien.

Moore llamó a Zúñiga, pero la llamada fue directamente al correo de voz. «Llámame, señor».

—Ey, vamos a asearnos y salir a la calle —dijo Fitzpatrick—. Ellos podrían salir muy pronto.

• • •

Corrales estaba sentado a la mesa del desayuno con Raúl, Pablo, Miguel y Sonia, y no podía apartar los ojos de la mujer. Era la mujer más sexy que había visto jamás, mucho más que su María y, aunque sabía que mirarla así lo metería en problemas una vez más, ya no le importaba. Estaba claro que habían sido ruidosos para su beneficio y por eso no lo haría más fácil para ellos.

—Gracias por revisar que estuviéramos bien esta mañana —dijo Miguel, entre bocados de su cereal—. Es bueno saber que están proporcionando tanta seguridad.

—Gracias. Ese es nuestro trabajo.

—¿Es tu trabajo mirarle las tetas a mi novia?

—Miguel —dijo Sonia, y contuvo el aliento.

—Bueno, míralo. Está babeando como una maldita bestia.

Miguel se levantó, caminó alrededor de la mesa se acercó a Corrales por detrás y le gruñó al oído:

—Es mejor que mantengas tu distancia hoy. No quiero verte ni una sola vez. Ni una sola vez. Protégenos, eso está bien. Pero no quiero saber que estás ahí. ¿Me entiendes, maldito cerdo?

Corrales se puso tenso y se estremeció con el deseo de agarrar su pistola y volarle la cabeza a este pendejo malcriado. Pero se quedó sentado y se lo tragó.

—Sí, señor. No nos van a ver, pero vamos a estar allí...

—Te gusta tu trabajo, ¿verdad?

—Sí.

—Haz lo que digo y lo vas a conservar. Miguel regresó a su asiento.

—Lo siento mucho, Sonia. No quería que vieras eso.

—Está bien. Corrales —dijo Sonia, frunciendo los labios—, entiendo que está tratando de hacer su trabajo. Lo siento por todo esto.

Él le sonrió... una sonrisa de lobo.

Una hora después, estaban caminando por las calles de San Cristóbal, con Corrales ordenándole a Raúl y Pablo que se dispersaran y mantuvieran una media cuadra de distancia. Pablo llamó por su teléfono celular para decir:

—Esto no es bueno. Si pasa algo, estamos muy lejos de ellos.

—¿Sabes qué, Pablo? A estas alturas...

Corrales no terminó la frase. Le entró otra llamada de su amigo Hernando Chase, quien dirigía el club de striptease Monarch.

—Dante, tengo muy malas noticias. Johnny fue asesinado. Mataron a su novia también. Arrojaron los cadáveres afuera del club. Los deben de haber torturado, los cortaron en pedazos con una sierra. Dejaron una nota y yo la tomé antes de llamar a la policía.

—Zúñiga hijo de puta —dijo Corrales entre dientes.

—No, no creo que hayan sido los Sinaloa —dijo Hernando—. Pregunté por ahí.

—¿Qué dice la nota?

—Sólo dos palabras: *Buitres Justicieros*.

Corrales se puso tenso. Buitres Justicieros. Malditos guatemaltecos, se supone que trabajaban para el cártel de Juárez, no matando a sus aliados.

Sin embargo, Corrales sabía exactamente por qué habían matado a Johnny.

Y era su culpa.

Casa de seguridad de los talibanes
Cerca de San José
Costa Rica

Siguiendo las instrucciones de Rahmani, Samad había ordenado un Anza MK III (QW-2), que era

considerado el equivalente chino al misil FIM-92E Stinger estadounidense. Gracias a Alá, el envío también había sido gratuito, ¡incluso sin un cupón de descuento en línea! Sus lugartenientes habían apreciado la broma y, en realidad, no se alejaba demasiado de la realidad. Su compra de armas se había finalizado a través de una página web codificada y con pago electrónico y, además, sus aliados chinos habían sido capaces de contrabandear las armas a Costa Rica en un buque carguero sin incidentes.

Samad y su comitiva habían salido de Colombia a bordo de un pequeño avión de carga y habían sido trasladados por vía aérea a Costa Rica por un aliado que los había llevado a una casa de seguridad talibán en un cantón llamado Uruca, en las afueras de la capital del país. Fue allí, dentro de la pequeña casa de dos habitaciones que olía a naftalina y cloro, que recibieron los lanzadores portátiles de misiles tierra-aire, seis en total, embalados en baúles Anvil equipados con arneses estilo mochila para cargarlos más fácilmente. Y fue allí que Talwar y Niazi, una vez más, preguntaron sobre los detalles de su misión.

—¿Cuándo nos podrás decir qué va a pasar? —preguntó Niazi.

—Cuando lleguemos a los Estados Unidos.

—¿Cómo vamos a hacer eso sin la ayuda de los mexicanos? —preguntó Talwar.

—Cuando haces un plan, debes hacer otros tres planes, de manera que cuando uno falla sigues con el siguiente.

—¿Y cuándo te quedas sin planes? —preguntó Talwar. Samad enarcó las cejas.

—O tienes éxito o mueres.

—Entonces ¿cuál es tu plan para entrarnos a los Estados Unidos?

—Paciencia —le dijo Samad a Talwar—. En primer lugar, tenemos que llegar a México. Y cuando lleguemos allí, ya lo verás. Tenemos amigos que han estado manteniendo una estrecha vigilancia en la frontera. No estamos solos. El *mulá* Rahmani ha cuidado muy bien de nosotros.

—Samad, estoy preocupado por algunos de los otros. Son muy jóvenes e impresionables. Me temo que una vez que lleguemos a América, algunos se irán cuando vean el tipo de vida que pueden tener ahí: McDonald's y Burger King y Walmart.

—¿Cómo puedes dudar de su fe ahora?

Talwar se encogió de hombros.

—Una cosa es tener fe en el valle. Otra cosa es tener fe en el palacio. Yo estoy aquí como un guerrero, pero estoy preocupado.

Samad puso una mano sobre el hombro de su lugarteniente.

—Vamos a dispararle a cualquier hombre que nos abandone. ¿Entiendes?

Talwar y Niazi asintieron.

—Entonces no tenemos nada más que discutir. Contamos con los misiles y los lanzadores. Vamos a cargar los camiones y volver al aeropuerto.

Saldrían de Costa Rica y volarían a un aeropuerto privado con una pista de tierra a unas mil millas al sur de Mexicali y, literalmente, en medio de la nada. Ya había camiones y conductores esperando por ellos para completar la última etapa del viaje hacia el norte, hacia la frontera.

El entusiasmo de Samad estaba empezando a crecer. Si solo lograban cruzar la frontera, el resto de su misión se desarrollaría con la misma precisión con que el *mulá* Rahmani se la había descrito.

Los años de planificación y dedicación de muchos guerreros de Alá llegarían a buen término.

Samad no podía sentirse más orgulloso. Llevaba la voluntad de Alá en su corazón y el fuego de la yihad en sus manos. Era todo lo que necesitaba.

San Cristóbal de las Casas
Chiapas, México

No fue sino hasta ahora que Moore pudo conseguir unas fotos digitales de los tres «guardaespaldas» que estaban siguiendo a Miguel y su novia. Y cuando le había enviado las fotos a Towers, los resultados habían sido impresionantes. No solo era Corrales un objetivo de alto valor, sino también Pablo Gutiérrez, que había matado a un agente del FBI en Calexico. De hecho, el agente Ansara de la propia fuerza especial de Moore había seguido algunas pistas sobre Pablo que lo habían llevado al Parque Nacional de las Secuoyas. En consecuencia, ahora podían, como Towers lo había puesto, matar dos tremendos cabrones de un tiro.

—Tres —Moore lo había corregido—. No se le olvide el gran jefe, Rojas...

—Confíe en mí. No me he olvidado de él —había dicho Towers—. Pero seamos pacientes.

Seguir a Miguel, su novia y sus tres guardaespaldas era un desafío más grande del que Moore había pensado. Por supuesto, habían traído ropa para parecer turistas, con cámaras que colgaban de sus cuellos, pero Torres tenía un físico y una cara que no se olvidan fácilmente y Moore lo había interrogado a fondo:

—¿Corrales sabrá quién eres si te ve?

—No, no lo hará —había dicho el hombre gordo. Ni él ni Fitzpatrick habían tenido ningún contacto directo con el hombre, pero eso no significaba que Corrales no hubiera visto fotos de ellos. Los observadores de Corrales parecían estar en todas partes en Juárez.

Con esto en mente, Moore abogó por que Fitzpatrick y Torres se mantuvieran aún más atrás y no corrieran ningún riesgo. Torres había protestado, diciendo que Corrales probablemente había visto imágenes de Moore, ya que se había quedado en el hotel. Si bien eso podía ser cierto, Moore podría mezclarse mucho más fácilmente que los demás. Llevaba una camisa floreada, un chaleco de fotógrafo y una sonrisa de asombro en el rostro: el clásico turista idiota. El chaleco hacía un buen trabajo ocultando su par de Glock con silenciador. Fitzpatrick y Torres eliminarían a los dos secuaces de Corrales, pero Moore tenía la intención de pescar él mismo a Corrales. Una vez que se hubieran echo cargo de esos tres, se encargarían del hijo de Rojas y su novia, y todos ellos irían a una casa de seguridad en Guadalajara. A partir de ahí, Zúñiga se haría cargo de las negociaciones con Rojas. Torres había querido asesinar a la joven, pero Moore le había dicho que los inocentes quedarían fuera de la ecuación. Punto. Torres lo había pensado bien y calculado que un rehén adicional no era una mala idea.

Con sus dos cómplices colándose a través de la multitud en la calle mucho más atrás, Moore seguía de cerca a Miguel y Sonia. Se habían detenido en una de las docenas de improvisadas casetas creadas por mujeres indígenas para vender sus productos: cinturones y vestidos de colores brillantes y muñecas de madera para niños. Algunas de las muñecas sorprendieron a Moore, ya que habían sido arregladas para parecer soldados con armas de fuego y pasamontañas de lana. Ese era un mensaje interesante para darle a los niños en esta ciudad: tus héroes usan máscaras y llevan armas...

Más adelante en la calle estaban las casetas más llenas del mercado, donde había una gran variedad de frutas y verduras frescas ordenadas en forma de pirámides dentro de cestas de mimbre, desde donde eran vendidas. Había más puestos donde se vendía arroz y pescado, y otros que ofrecían carne de res y de pollo, e incluso había uno con una gran pancarta que publicitaba granos de café cultivados localmente, ya que el valle era una de las principales áreas para el cultivo de café de México.

Moore se movió a pocos pies de la novia de Miguel, que estaba sosteniendo un vestido a la luz, estudiando su rico estampado de flores de color amarillo y rojo. Era delgada y atlética, y llevaba un par de anteojos de sol de gran tamaño.

—¿Qué te parece? —le preguntó a su novio.

Miguel levantó la vista de su teléfono inteligente.

—Oh, Sonia, es demasiado chillón para ti. Sigue buscando.

Ella se encogió de hombros y le devolvió el vestido a la anciana dueña de la caseta.

—Los hombres no saben cómo vestir a una mujer —dijo la anciana—. Este es perfecto para usted. Él no sabe de lo que está hablando.

Sonia (a Moore le gustaba ese nombre) sonrió.

—Estoy de acuerdo, pero es un hombre muy terco.

En ese momento, Moore frunció el ceño. Él le habría dicho a Sonia que el vestido era hermoso y que ella olía tan dulce, y que era tan fresca y joven y sexy que era fácil olvidar que sus amigos querían matarla.

Bueno, le habría dicho algo de eso.

—Vamos, Sonia, sigamos adelante —dijo Miguel.

Moore simulaba estar mirando una billetera en una mesa cercana. Cuando estaban a punto de salir, miró hacia arriba, sobre la montura de sus anteojos de sol, y ahí estaba él, el hijo de puta, Dante Corrales, de pie al otro lado de la calle en el hueco de la entrada de un pequeño edificio, observándolos con los brazos cruzados sobre el pecho.

Vigilando al hijo del jefe, ¿eh, amigo? No puedo esperar a que tú y yo nos sentemos a tomar un café... estoy esperando que tengas mucho de qué hablar.

Moore apenas había terminado ese pensamiento, cuando una mano se envolvió alrededor de la boca de Corrales y de repente dos hombres estaban sobre él, arrastrándolo hacia el interior del edificio. Moore inmediatamente tomó su teléfono celular y llamó a Fitzpatrick:

—Un grupo de tipos acaban de agarrar a Corrales.

—No me digas. Nosotros acabamos de perder a los otros dos muchachos. ¿Qué mierda está pasando?

—Ven aquí. Lo metieron en el edificio de color rosa a mi izquierda. Yo me quedaré con Miguel y la chica.

Pero cuando Moore se dio la vuelta, el joven y su encantadora acompañante ya no estaban.

24

EL QUE MUERE PAGA TODAS LAS DEUDAS

San Cristóbal de las Casas
Chiapas, México

Moore se dio vuelta para todos lados, examinando con su mirada las multitudes de turistas, barriendo de izquierda a derecha, y luego más adelante en la calle hacia el mercado aún más concurrido.

Entre todos los colores usados por los vendedores y el desplazamiento de los peatones, Moore se dio cuenta de que en el mero instante que había quitado los ojos de Miguel y Sonia para mirar a Corrales había perdido a la pareja. Así de rápido. En un par de latidos. Deben haber sido abordados por hombres armados y llevados lejos en silencio.

No era exactamente pánico, sino una especie de electricidad lo que corría por las venas de Moore, murmurando en sintonía con el rápido latido de su corazón.

El motor de un automóvil se encendió, el sonido venía de la esquina. Moore se movió a toda velocidad, abriéndose paso a través de los compradores y llegando a la esquina, donde al pie de una empinada colina, Miguel y Sonia iban corriendo por la calle hacia el próximo callejón. Estaban siendo perseguidos por dos hombres bajos vestidos como campesinos locales, que por casualidad llevaban pistolas. Tal vez los habían agarrado, pero habían logrado escapar.

El tipo que llevaba la delantera disparó dos tiros hacia la pareja, pero las balas eran claramente disparos de advertencia que se metían en las paredes pintadas de blanco detrás de ellos, mientras desaparecían en el callejón. El tipo podría haberlos matado fácilmente. Así que estos hombres, quienesquiera que fuesen, también querían prisioneros.

No eran miembros del cártel de Sinaloa. La cuestión era, ¿a cuántos otros grupos habían hecho enojar Corrales y sus compinches? Qué diablos, probablemente estaban haciendo fila para dispararle al matón del todo poderoso cártel de Juárez, y Moore maldijo en voz baja. La misión era bastante difícil sin competencia.

Fue detrás de ellos, pero tratando de mantener una distancia segura, suficiente para evitar ser descubierto. Moore corrió hacia el callejón estrecho y el segundo hombre debió de haber escuchado sus pasos, porque echó una mirada hacia atrás, luego desaceleró el paso, dándose vuelta para disparar.

Tirándose hacia la pared y echando mano a su pistola, Moore evadió la primera bala por quizás un metro antes de liberar su pistola de la funda y disparar dos balas silenciadas, el sonido como de pistola de fogueo haciendo eco en las paredes.

El hombre hizo lo mismo, tirándose hacia la pared.

El primer disparo de Moore no le dio a la cabeza del hombre por unas pulgadas, pero el segundo lo alcanzó en el hombro y con un grito medio ahogado cayó duro al suelo.

Deseando tener tiempo para llamar a Fitzpatrick y Torres, Moore avanzó más allá del hombre caído, pateando su arma lejos, dobló a la derecha al final del callejón y se encontró en otro empinado camino de adoquines, con autos estacionados a ambos lados.

Miguel y Sonia estaban en la acera y corriendo colina arriba, con el otro individuo aún detrás de ellos. Su perseguidor disparó una nueva bala de advertencia que rompió la ventana trasera de una pequeña camioneta pickup junto a ellos. Luego les gritó para que dejaran de correr.

Moore saltó hacia adelante al tiempo que el motor de un auto rugía detrás de él. Estiró el cuello para ver el sedán de color azul oscuro a medida que avanzaba junto a él (un auto alquilado, sin duda); las ventanas estaban bajas, había dos hombres en los asientos delanteros y el brazo del acompañante colgaba sobre la puerta con una pistola en la mano. Dios, ¿cuántos de ellos había? Moore se metió detrás de dos autos en tanto el acompañante abría fuego contra él y esos no eran disparos de advertencia.

Mientras el auto subía por la colina, Moore se levantó y disparó otro par de balas, la primera perforando la ventana trasera y dándole a la cabeza del acompañante, la segunda desviándose en tanto el conductor giraba bruscamente el volante, lejos de la bala de Moore.

Miguel y Sonia se metieron en el hueco de entrada de un edificio y desaparecieron una vez más.

El tipo que quedaba a pie fue hacia el mismo hueco mientras el auto se detenía.

Mala movida, chicos, pensó Moore, porque el chico y su novia se estaban metiendo en un hotel de tres pisos y probablemente se verían atrapados en su interior.

Miguel siguió maldiciendo y tratando de seguirle el paso a Sonia, que pasó corriendo junto a la recepción del hotel, dejando boquiabierta a la mujer de edad avanzada que trabaja allí. La dejaron ahí gritándoles y siguieron a toda velocidad hacia la escalera.

—¿A dónde vamos? —gritó él.

—¡Sigue adelante!

¿De dónde sacaba el coraje? Se suponía que él debía ser el hombre y protegerla, pero ella había visto cuando Corrales era secuestrado, había notado a los otros dos hombres acercándose y los había sacado de ahí antes de que esos idiotas pudieran secuestrarlos. Pero todavía había al menos un hijo de puta siguiéndolos (quién sabía lo que había pasado con el otro), sin embargo, parecía que Sonia tenía un plan.

—No podemos ir a la azotea —gritó él—. ¡Quedaríamos atrapados ahí arriba!

—No vamos a la azotea —dijo ella, cuando llegaban al siguiente descanso. Abrió la puerta que daba a la segunda planta y le hizo señas a él para que se metieran ahí. Luego esperaron, jadeando, respirando el aire viciado mientras escuchaban los pasos del hombre que los perseguía. Llegó al descanso del segundo piso, pero siguió su camino hacia el tercero.

Miguel lanzó el suspiro de alivio más profundo de su vida. Miró a Sonia, aún luchando por recuperar el aliento. Miró hacia abajo y en su mano había un pequeño cuchillo cuya hoja se curvaba

en forma de gancho.

—¿De dónde sacaste eso?

—De mi bolso. Mi padre me lo dio. En realidad es un amuleto de buena suerte, pero mi padre me enseñó a usarlo.

—Fernando es muy estricto respecto a que portemos armas.

—Lo sé. No quería decirte, pero me dejó conservarlo. Tengo que protegerme a mí misma.

Miguel frunció el ceño.

En ese momento se abrió la puerta.

—No se muevan —dijo el hombre que los había estado persiguiendo, con su arma apuntando a Miguel—. Todo lo que tienen que hacer es venir conmigo. Hay un auto afuera.

Miguel pensó que estaba soñando cuando Sonia gritó, se echó hacia atrás y le abrió la garganta al hombre de un cuchillazo, la sangre brotando a borbotones a través de la pared.

—¡Toma su pistola! —gritó ella.

Él se quedó ahí, aturdido. ¿Quién era esta chica de la que se había enamorado? Era notable.

Con su teléfono vibrando y otro automóvil llegando afuera del hotel y al menos otros tres tipos corriendo al interior, Moore pensó que si entraba allí, sería capturado o simplemente le dispararían por estar en el lugar equivocado en el momento equivocado. Se agachó detrás de un auto y sacó el teléfono: el número de Fitzpatrick había aparecido mientras acababa de perder una llamada de Towers. Contestó la llamada de Fitzpatrick.

—¿Dónde estás? Todavía no podemos encontrar a los otros dos tipos y no hay señales de Corrales.

—Maldita sea, tenemos que encontrarlos —dijo Moore—. Pero sí, estoy cerca de este hotel un par de cuadras más adelante. El camino es realmente empinado. El chico y la chica están adentro, pero están llegando otros tipos a secuestrarlos.

—¿Quién mierda son?

—No lo sé todavía. Pero te aseguro que lo vamos a averiguar. ¡Ve a buscar el auto y encuéntrame aquí!

—Amigo, ¿cómo demonios se salió de curso tan rápido todo esto?

—No lo sé. Solo ven aquí.

El hecho de que hubieran llegado por su espalda y conseguido arrastrarlo al interior del edificio era muy decepcionante para Corrales. Se enorgullecía de estar muy en sintonía con sus sentidos, con su entorno, siempre atento a cualquier peligro, con una percepción extrasensorial, como si pudiera leer los pensamientos de sus enemigos antes de que se acercaran, sentir su calor corporal a metros de distancia y saber de antemano cuáles eran las oscuras intenciones en sus corazones.

Pero eso era mentira y la había cagado, porque había bajado la guardia y olvidado que en este negocio había gente que te quería matar todos los días.

Así que estos hijos de puta de paso ligero se las habían arreglado para arrastrarlo al interior del

establecimiento, que resultó ser una vieja tienda de ropa que estaba en plena renovación y había materiales de construcción por todos lados.

Si bien habían logrado desarmar a Corrales, no habían sido capaces de sujetarlo con firmeza; se había deslizado como una serpiente para soltarse del primer tipo, se había dado vuelta y recibido un disparo a quemarropa en el hombro antes de lograr arrebatarle la pistola al tipo que se la había quitado.

Antes de que ninguno de los dos tipos pudiera reaccionar, Corrales les puso una bala en el corazón a cada uno.

Y luego cayó al suelo, sin aliento, la sangre brotando de su hombro. Maldijo y maldijo otra vez. Le habían disparado antes, pero solo heridas superficiales de menor importancia, nada como esto.

Buscó a tientas su teléfono celular, llamó a Miguel y esperó. No hubo respuesta. Llamó a Pablo. Nada. Se quedó allí sentado, sangrando. Llamó a Raúl. Correo de voz. Se oían las sirenas de la policía en la distancia y detrás de las ventanas cubiertas de polvo de la tienda, los turistas volvían las cabezas mientras una patrulla de policía pasaba a toda velocidad junto a ellos.

Esos hijos de puta sin duda capturarían a Miguel y a Sonia. ¿Cómo iba a explicarle esto a su jefe, Castillo? Ese idiota con un solo ojo estaría furioso y el fracaso de Corrales resultaría en su ejecución a menos que fuera capaz de conectarse de nuevo con el hijo del jefe y la chica.

Castillo le preguntaría: «¿Por qué te atacaron los guatemaltecos? Te dije que los contrataras y llevaran a cabo algunos ataques contra los Sinaloa».

Sin embargo, Corrales no podría contestar. No podría decirle a Castillo que el dinero que le había dado para pagarle a los guatemaltecos y usarlos como asesinos lo había utilizado para ayudar a financiar la restauración de su hotel y que le había mentido a los guatemaltecos sobre el pago. Les había dado veinte por ciento menos, ellos había completado media docena de asesinatos, pero luego Corrales los había estafado y nos les había dado su dinero. Estaban, por decirlo con delicadeza, encabronados. Habían matado a Johnny y habían seguido a Corrales hasta aquí. No se había dado cuenta de lo implacables que eran los malditos hijos de puta y ahora todo se estaba viniendo abajo.

Maldita sea, tenía que llegar a un hospital.

Miguel tomó la pistola y sacudió la cabeza con incredulidad ante Sonia. Su brazo estaba cubierto de sangre, pero ella ni se inmutaba. Su casi secuestrador estaba en el suelo aún con un chorro de sangre saliendo como un geiser en erupción de su cuello.

Ella abrió la puerta de un tirón, pero el sonido de hombres corriendo por las escaleras los envió de vuelta hacia adentro y por el pasillo.

—¡Por acá! —gritó.

Doblaron bruscamente a la izquierda y encontraron otra salida a una escalera. Esta vez él tiró de la puerta para abrirla.

Otros tipos venían subiendo.

—¿Cuántos hay? —preguntó, estupefacto.

—Demasiados —respondió ella.

—Nos van a atrapar —dijo él.

Ella se mordió el labio, se dio vuelta y luego fue corriendo hacia la puerta de la habitación más cercana y le dio una fuerte patada con la parte inferior de su pie descalzo. Maldijo de dolor. La puerta no cedió.

—Échate hacia atrás —exclamó él y luego disparó dos balas en la jamba de la puerta, rompiendo parte de la madera. Tiró la puerta hacia atrás y la abrió de una patada. Luego se metieron dentro de la habitación.

La pequeña habitación apestaba a productos de limpieza, la cama estaba perfectamente hecha. No había maletas. *Una habitación vacía, Bien.*

—Van a ver la puerta —dijo ella, corriendo hacia la ventana.

—Sonia, eres increíble. No estás histérica.

—Lo estoy. Simplemente lo estoy ocultando —dijo ella, tratando de recuperar el aliento—. Vamos, tenemos que salir.

—Mataste a un hombre allá atrás —dijo.

—Oh, Dios mío, lo sé.

Ella tiró de las largas cortinas hacia atrás, abrió el pestillo de la ventana y luego cortó el mosquitero con el cuchillo. Miraron hacia el callejón más abajo, una caída de unos cinco metros.

—¡Ata las sábanas! —gritó ella—. ¡Vamos! Ata las sábanas.

—No vamos a salir por ahí —dijo él—. Tengo un arma, vamos.

—Olvídalo. Son demasiados. Tenemos que seguir avanzando —dijo ella.

Él negó con la cabeza.

Y justo cuando ella se precipitaba hacia la cama para tirar lejos la colcha, la puerta se abrió.

Miguel le disparó al primer hombre que entró, dándole en el estómago, pero el segundo tipo se movió muy rápido y apuntó con su pistola a Sonia.

—Dispara otra vez, señor. Y ella muere.

Los disparos provenientes del interior del hotel y las sirenas de no una, ni dos, sino por lo menos tres patrullas de la policía, llevaron a Moore a moverse más lejos del hotel y hacia la esquina, donde se acurrucó detrás de un viejo Volkswagen Escarabajo y le contestó la llamada telefónica a Towers.

Después de que Moore dio al hombre un resumen de diez segundos de lo que estaba pasando, Towers maldijo entre dientes y dijo:

—Le tengo malas noticias, amigo. Muy malas noticias...

Eso era exactamente lo que el compañero SEAL de Moore, Carmichael, le había dicho sólo unos segundos después de que las luces de la plataforma se hubieran apagado. Había gritado:

—¡Nos vieron! —y después había añadido— ¡Muy malas noticias! ¡Nos vieron!

Carmichael había llevado a sus tres otros SEAL hacia arriba y hacia la plataforma para intentar desactivar los explosivos que las tropas de la Guardia Revolucionaria había instalado allí. Los hombres de Moore estaban colgando por debajo de los pilotes y Moore sabía que necesitaba mandar lejos a los muchachos que ya estaban en el agua. Les ordenó tomar el SDV e irse, lo que hicieron con renuencia. Luego llamó a su comandante de la unidad operacional para conseguir que le enviaran un bote inflable de casco rígido desde el bote patrullero iraquí, que en verdad estaba siendo operado

por los SEAL. El Zodiac los sacaría de allí mucho más rápido que el SDV. El único problema era que necesitaban de una distracción para mantener ocupadas a las tropas que estaban en la plataforma mientras ellos salían de ahí.

—Mako dos, ¡lleva a tu equipo al agua! ¡Láncense!

—¡Entendido! —gritó Carmichael, con el ruido de disparos estallando entre sus palabras.

Moore observó y esperó mientras un hombre caía en las olas, luego otro.

¿Dónde estaban los otros?

—Mako Dos, solo vi dos hombres.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! Le dieron a Seis. ¡Tengo que sacarlo!

Se escucharon muchas voces por la radio y luego más disparos, como estática interrumpiendo el temor expresado por sus hombres, y después, por un momento que pareció tan largo como todos los años que pasó lamentándose, solo se sintió el sonido de la respiración de Moore. Y luego...

Towers aún estaba hablando con él.

—Moore, ¿está ahí?

—Aquí estoy.

—Escúcheme, y escúcheme bien. Parece que su agencia siempre ha tenido un gran interés por el Sr. Jorge Rojas... a tal punto que han tenido un agente trabajando de encubierto por más de un año. Es un clásico caso de cuando la mano derecha no sabe lo que está haciendo la mano izquierda.

—Espere un minuto. ¿Qué diablos está diciendo?

—Estoy diciendo que es la novia del chico, amigo. Ella es de la CIA. Fue reclutada en Europa hace mucho tiempo. Es placa azul como usted. ¿Y ahora me está diciendo que acaba de perderla contra otros tipos?

Moore apretó los dientes.

—Qué mierda. Pero no, no, no. No los hemos perdido. Me pondré en contacto con usted pronto.

¿Sorprendido? Moore no lo estaba. ¿Molesto? ¿Frustrado más allá de lo posible? ¿Listo para matar a alguien que estaba sentado detrás de un escritorio y había olvidado avisarle a sus jefes de esto? Por supuesto. El expediente de la misión de la Fuerza Especial Juárez había sido ignorado o no había sido entregado al escritorio correcto para permitir un esfuerzo coordinado y concertado en beneficio de todos los agentes que estaban trabajando en el caso. No era la primera vez que la llegada tarde o fragmentada de información daba lugar a un quiebre comunicacional en una de las operaciones de Moore, y ciertamente no sería la última. Los quiebres entre las agencias como el FBI y la CIA eran mucho más comunes, lo que hacía esta revelación aún más agravante.

Colgó en tanto Fitzpatrick y Torres daban la vuelta a la esquina en su pequeño auto alquilado blanco. Se subió al asiento trasero.

—¿Ven ese auto azul allá arriba? Manténganse atrás. Si no están muertos, van a estar saliendo por esa puerta de ahí.

Dicho y hecho, Miguel y Sonia salieron escoltados por un par de hombres sosteniéndolos a punta de pistola. Se subieron al sedán y el auto salió a toda velocidad.

—Voy a esperar unos segundos y luego los seguimos —dijo Fitzpatrick.

—Mantén tu distancia —le advirtió Moore.

—Corrales tiene un montón de enemigos —dijo Torres—. Sus enemigos deberían ser nuestros

amigos, pero no lo son. ¡Nos han robado nuestra gallina de los huevos de oro!

—Sí, eso es mala suerte —dijo Moore.

—No tenemos nada —escupió Torres—. ¿Qué diablos le voy a decir al jefe?

—Tranquilo, muchachote. Te dije que el grupo para el que trabajo es muy poderoso, mucho más poderoso que un montón de pandilleros de mierda con pistolas.

Moore miró a Fitzpatrick, quien casi esbozó una sonrisa.

—Si los perdemos, alguien tendrá que pagar por esto — advirtió Torres—. Y no seré yo.

Moore lanzó un bufido.

—Si no te callas, te voy a sacar a patadas de este auto, gordo y te voy a hacer caminar... *machote*.

Torres puso una sonrisita y se inclinó hacia delante.

—Simplemente no los pierdas —le dijo a Fitzpatrick.

Exijo saber a dónde nos llevan—dijo Miguel—. Si esto es un simple secuestro, mi padre pagará el dinero y vamos a haber terminado con esto para el final del día, ¿ok?

El conductor, cuyo rostro de tez oscura era difícil de leer mientras pasaban entre las sombras de los edificios más altos, miró hacia atrás y sonrió.

—Está bien, jefe, lo que usted diga.

—¿Quiénes son ustedes y hacia dónde vamos?

—Si sigues hablando, te vamos a poner una mordaza en la boca —le dijo el conductor.

Sonia puso una mano sobre la de Miguel, mientras el hombre en él asiento del acompañante mantenía su pistola apuntándola a ella. Otro automóvil lleno de hombres se les había unido y venía detrás de ellos.

—Miguel, está bien —dijo Sonia—. No nos van a decir nada, así que no gastes tus energías. Concentrémonos en mantener la calma. Todo va a estar bien.

—¿Cómo sabes? —dijo él con lágrimas en los ojos—. Nos van a torturar y a asesinar. *¡A* la mierda con esto! *¡A* la mierda! ¡Tenemos que salir de aquí!

—No —dijo, apretándole la mano—. No hagas nada estúpido. Vamos a estar bien. Ellos solo quieren dinero. Esto es justamente lo que tu padre temía. Solo me habría gustado que Corrales hubiera hecho un mejor trabajo.

—Voy a matarlo cuando lo vea.

Ella se encogió de hombros.

—Es posible que ya esté muerto.

Corrales había logrado llamar al hotel y había contestado Ignacio. Ignacio, a su vez, había salido corriendo de la recepción y había ido a buscar a María. Corrales le balbuceó algo incoherente, le dijo que necesitaba que ella y algunos muchachos fueran allá a recogerlo. Le dijo que iba a buscar un hospital, que había recibido un balazo.

Se había tambaleado fuera del edificio, caminado una cuadra, luego no recordaba nada más.

—Eso es, Dante. Eso es —dijo Pablo.

Parpadeó para abrir los ojos, se dio cuenta de que estaba de vuelta en su habitación de hotel y había un hombre que no reconocía al lado de Pablo. El hombre tenía el pelo largo gris, una barba rala y gruesos anteojos.

—Esto va a ser muy caro —dijo el hombre.

—Dante, él es médico y te va a sacar la bala del hombro... sin hacer preguntas.

—¿Cómo escapaste?

Pablo respiró profundamente.

—Le di a uno de ellos. No sé qué pasó con Raúl. Luego te encontré en la calle, justo a tiempo, pero no te preocupes por eso ahora. Él te va a dar algunos medicamentos para dormirte. Después, te sentirás mejor. Hablé con María y algunos de los muchachos. Están volando hacia acá para recogernos como lo pediste.

—No podemos irnos. ¡Hemos perdido al hijo del jefe!

—Tranquilo, tranquilo. Los vamos a encontrar.

—No, no lo haremos. ¡Los tienen los guatemaltecos de mierda!

Pablo retrocedió.

—¿Por qué?

—Porque no les pagué, y ahora tengo que decirle a Castillo lo que ha pasado. Me va a mandar a matar.

—No, no le digas nada. Yo me ocuparé de él. Ahora descansa tranquilo, amigo. Todo va a estar bien.

Pero no lo estaría, y mientras el viejo ponía una máscara sobre el rostro de Corrales, Corrales vio los fuegos de su juventud arder una vez más y a sus padres, con sus rostros quemándose, la piel derritiéndose, saliendo de su antiguo hotel, y a su padre levantando un dedo y diciendo: «Te dije que nunca te unieras al cártel. Nos mataron. Y ahora te van a matar a ti».

25

SI RETROCEDO, MÁTAME

San Juan Chamula
Chiapas, México

Moore, Fitzpatrick, y Torres siguieron el auto azul y la furgoneta verde y blanca que parecía estar dirigiendo al coche, fuera de San Cristóbal de las Casas y hacia las colinas, hacia el pequeño pueblo de San Juan Chamula, a unos diez kilómetros de distancia. Era allí, Moore había leído, que los indígenas mayas tzotziles se estaban preparando para un carnaval de principios del verano que atraía a los turistas. Bailes, cantos, música en vivo, fuegos artificiales y un largo desfile por el pueblo no solo entretendría a los visitantes, sino que traería ingresos muy necesarios al pueblo, que era muy pobre.

Torres le ordenó en repetidas ocasiones a Fitzpatrick que se acercara más y Moore revocó sus órdenes, diciendo que si los veían, los rehenes podrían ser asesinados... y no habría ninguna gallina de los huevos de oro para el señor Zúñiga, ni ninguna negociación para abrir los túneles en la frontera para que los Sinaloa los usaran.

Lo que ni Torres ni Fitzpatrick sabían era que la novia de Miguel, una tal Sonia Batista (cuyo verdadero nombre era Olivia Montello), tenía un chip incrustado en su hombro que le permitiría a la Agencia hacer un seguimiento de su posición. Moore necesitaba encontrar un momento lejos de Torres para poder poner al tanto a Fitzpatrick de lo que estaba sucediendo; por ahora, todo lo que estos dos tipos necesitaban saber era que debían mantener su distancia. Mientras tanto, Towers y el resto de la Agencia estaban haciendo todo lo posible para identificar a los hombres, sin embargo, Moore y Towers coincidían en que lo más probable era que fueran Buitres Vengadores, el escuadrón de la muerte guatemalteco que había, por alguna razón, traicionado al cártel de Juárez. Moore y los otros estaban, después de todo, a solo unos cientos de kilómetros de la frontera con Guatemala, y la relación entre los guatemaltecos y el cártel de Juárez estaba bien documentada. Qué había provocado que la relación entre los grupos se agriara, Moore no lo sabía, pero estos tipos no eran los típicos matones jóvenes y tontos. En la primera reunión informativa, Towers había dicho que estos tipos hacían que los sicarios parecieran mansos. Muchos de ellos eran ex militares y/o habían sido miembros de un grupo de las Fuerzas Especiales de Guatemala conocido como los Kaibiles, cuyo lema era: *Si avanzo, sígueme. Si me detengo, aprémiame. Si retrocedo, mátame.*

Aún más notable era su capacidad para actuar con gran reserva. Se vestían de civil, solo llevaban pistolas y habían mantenido una operación simple hasta ahora. Pero eso no iba a durar, asumió Moore. No ahora, cuando estaban listos para negociar y esperando represalias. Ese pensamiento le produjo un escalofrío a Moore al pensar en Sonia siendo tocada, abusada y torturada por ellos. Se estremeció.

Moore sacó su .teléfono inteligente y en un minuto estaba estudiando una imagen satelital de la ciudad que estaba marcada con el GPS de Sonia como un punto azul que doblaba lentamente sobrepuesto sobre la carretera.

—¿Ahora estás mirando mapas? —le preguntó Torres, inclinándose sobre el hombro de Moore.

—No, porno.

—¿Por qué tienes que ser tan sabelotodo?

Moore lanzó un bufido.

—No me obligues a responder eso.

El hombre gordo ya le estaba colmando la paciencia.

Otra pantalla de datos sobre el pueblo indicaba que Chamula tenía su propia policía local y que a ninguna fuerza militar o policial externa se le permitía entrar; por otra parte, a los turistas, en su mayor parte, se les estaba prohibido tomar fotografías durante su visita. Reglas muy estrictas, de hecho, pero ¿qué tal si los Buitres tenían un acuerdo con la policía local? ¿Qué tal si habían planeado este secuestro durante un tiempo y ahora tenían un refugio perfecto para poder llevar a cabo sus negociaciones de secuestro? El que no se estuvieran dirigiendo hacia Guatemala hacía que eso fuera aún más probable.

Fitzpatrick los llevó por un camino mal asfaltado que serpenteaba hacia arriba cerca de la iglesia de San Juan, una modesta estructura de polvorientas paredes blancas, parapetos verdes y un arco ornamentado de azulejos. Moore le dijo a Fitzpatrick que se estacionara a lo largo de una fila de autos de turismo y taxis al otro lado de donde había cincuenta o más puestos a la sombra de quitasoles de colores. Sobre sus cabezas se batían largas colas de pendones que descendían desde los campanarios de la iglesia. Este era el mercado y había varios cientos de personas abriéndose paso a través del laberinto de mesas. Aquí, gran parte de la fruta estaba apilada sobre mantas repartidas por todo el campo cubierto de pasto, con pilas de cítricos puestos en fila como bolos.

—No podemos estacionarnos ahora —gritó Torres, señalando a los autos dándose a la fuga.

—¡Los vamos a perder!

—Estoy siguiendo el auto, imbécil —dijo Moore, mostrándole el teléfono inteligente—. Con un dispositivo GPS. Yo se lo coloqué.

—¿Cuándo hiciste eso?

—Antes de que ustedes llegaran donde yo estaba —mintió Moore—. Ahora cállate. Salgamos. Hay un cementerio detrás de la iglesia. Vamos a las colinas de atrás.

Moore usó su pulgar y dedo índice para hacer un acercamiento en la pantalla táctil. Los secuestradores se habían detenido afuera de un pequeño grupo de casas al oeste del cementerio. Las colinas serían un puesto de observación perfecto.

—Oye, ¿por qué lo obedeces así de fácil? —le preguntó a Fitzpatrick.

—Porque es bueno en lo que hace. Fue capaz de seguirlos. ¿Acaso tú lo hiciste? Sin él, ya los habríamos perdido.

Torres murmuró una serie de epítetos, luego salió del auto. Levantó su cámara, pensando que iban a simular ser turistas, cuando Moore le pegó en las manos.

—¿Qué carajo?

—No se puede sacar fotos aquí, te lo dije. No les gusta. Vamos.

Del maletero sacaron tres pesadas mochilas llenas de equipo, incluyendo tres rifles de francotirador desmontados y guardados en sus cajas.

Caminaron por un estrecho sendero rocoso, con profundos surcos de las lluvias de verano. Torres tropezó dos veces con los surcos, mientras entraban en el cementerio con sus cruces de madera blancas, azules y negras, rodeado por larguiruchos pinos y los postes de luz y líneas telefónicas en forma de T. Abajo estaban las ruinas de la Iglesia de San Sebastián, cuyos chapiteles hacía rato habían desaparecido, y cuyas amarillentas y desmoronadas paredes estaban atravesadas por profundas grietas, como venas. Los bordes superiores cerca de los tejados estaban cubiertos de musgo y moho.

Una vez que llegaron a la cima de la colina más alta, Moore los llevó hacia un grupo de pinos, donde se pusieron en cuclillas. Activó la cámara de su teléfono inteligente y pulsó la aplicación SRA (Sistema de realidad aumentada) que convertiría al teléfono en un dispositivo de imágenes mejoradas computacionalmente mediante la superposición de *wireframes* sobre las imágenes y desplegando cuadros de datos que indicaban él tamaño y alcance de diversas estructuras y objetivos dentro de su campo de visión. Además, el sistema tenía acceso al flujo de datos en tiempo real de la casa donde habían llevado a Sonia y a Miguel. Moore sabía que los *geeks* allá en casa estaban todos concentrados en esa casa también y dentro de treinta segundos tendría esas imágenes. Se puso un receptor de Bluetooth en la oreja y lo encendió.

—Torres, ¿ves esa casa azul, allá abajo, la que está justo al lado de la más alta de color beige? —preguntó Moore.

—Sí.

—Ahí es donde tienen a Miguel y Sonia. Parece que están tratando de hacer lo mismo que habíamos planeado hacer nosotros, así que no tenemos mucho tiempo. Pueden estar al teléfono con Rojas en estos momentos.

—Entonces se acabó. ¿Cómo podemos decir que hemos secuestrado a su hijo cuando estos tipos ya lo hicieron?

Moore sonrió torcido.

—Creo que no debemos preocuparnos por eso hasta que no rescatemos a los rehenes, para poder secuestrarlos nosotros mismos.

—¿Por qué simplemente no esperamos a que aparezca Rojas? —preguntó Fitzpatrick.

—Porque no hay garantía de que lo hará. Nuestras negociaciones dependen de que él aparezca en persona, pero quién sabe lo que estos tipos quieren —señaló Moore—. Podrían solo querer el dinero y no importarles quién lo traiga. Miró a Torres.

—¿Tienes los binoculares en la mochila? Solo mantén un ojo puesto en esa casa por ahora. ¿Flexxx?

Fitzpatrick alzó las cejas al oír el sonido de su apodo.

—Quiero que te sitúes en el lado este allí para que puedas vigilar la pequeña estación de policía. Te mostraré un buen lugar.

Moore le hizo una seña al hombre y ambos caminaron entre los árboles durante un minuto hasta que estuvieron fuera del alcance del oído de Torres.

En un informe rápido, Moore le contó todo al agente de la DEA.

—Mierda —dijo Fitzpatrick en un grito ahogado de asombro.

—Mis palabras exactamente.

—Esta *realmente es* una operación de rescate.

Moore asintió con la cabeza.

—Y ahora no estoy seguro de qué hacer con Torres.

—Él podría ser un problema enorme... sin querer ser irónico —dijo Fitzpatrick.

Moore lanzó un pequeño bufido con la broma.

—Bueno, creo que ahora lo necesitamos. Solo estoy preocupado de que mate a Sonia. Ya lo ha dicho. Piensa que eso desmoralizará al chico. Podría terminar disparándole cuando entremos a la casa.

Fitzpatrick se encogió de hombros:

—Vamos a insistir en ese punto por ahora, a menos que quieras que se vea atrapado en medio de algún fuego cruzado...

—O lo enviamos en una misión suicida»

—Sí —dijo Fitzpatrick, sus ojos iluminándose con la idea—. Simplemente hacemos que el gordo piense que es un héroe.

—Las grandes mentes piensan igual, hermano.

Fitzpatrick asintió con la cabeza.

—No te preocupes. He pensado en eliminar al gordo bastardo muchas veces, así que ya se nos ocurrirá algo.

Moore se detuvo y se quedó mirando el mercado parcialmente oscurecido por las ruinas.

—El carnaval comienza al atardecer. Disparos, fuegos artificiales, todos suenan igual, y ese es el único pedacito de suerte que hemos tenido hasta ahora.

—Me gusta. Y si logramos recuperar a Miguel y la muchacha, ¿qué hacemos con ellos?

Moore se echó a reír.

—¿Sabes qué? Ni siquiera pregunté...

—Quiero decir, si ya tenemos un agente encubierto, metido a fondo cerca de Rojas y la familia, ¿aún así tenemos que mantenerlos como rehenes? Tal vez el plan original se ha ido a la mierda. El equipo con el que ella está trabajando en la misión encubierta tiene que empezar a hablar con nosotros.

La pregunta quedó en el aire en tanto Moore llamaba a Towers, lo informaba y obtenía las órdenes oficiales de la Agencia: rescatar a Sonia Batista, pero de ninguna manera interferir con su misión, lo cual Moore y Towers interpretaban como que había que dejarlos ir.

Al gordo Torres no le gustaría eso. No, a él no le gustaría eso en absoluto.

De hecho, hablando del diablo, Torres estaba llamado a Moore.

—¿Qué? —preguntó Moore.

—Se detuvo otro auto. Tienen a uno de los hombres de Corrales. Lo están metiendo a la casa ahora.

—¿Cuál de los hombres es? —preguntó Moore—. ¿Raúl o Pablo?

—Creo que es Raúl.

—¿Estás seguro de que solo tienen a uno?

—Positivo.

—Estaré ahí en un momento.

Miguel hizo una mueca ante la cuerda para colgar ropa que habían usado para atarle las manos detrás de la espalda. Más del mismo cordel grueso y curtido había sido utilizado para amarrar sus piernas y lo habían obligado a sentarse en el viejo suelo de madera en un rincón cerca de la ventana trasera. Sonia, que también había sido atada, estaba sentada en el suelo frente a él, inclinándose hacia adelante, con la mirada perdida en el espacio. Había seis de ellos en total y ninguno respondía a sus preguntas. Tanto él como Sonia habían dejado de hablar hacía unos diez minutos y escuchaban cómo el más alto del grupo, un hombre de pelo gris con corte militar y ojos estrechos a quien los demás se dirigían como capitán Salou, hablaba en murmullos en su teléfono celular, su acento y su rápida pronunciación haciendo muy difícil discernir nada.

La depresión hacía muy difícil la respiración y había hecho un nudo en el estómago de Miguel. Le había fallado a su novia y a su padre, y había deshonrado la memoria de su querida madre. Había dejado que lo utilizaran como un peón y era bastante evidente que si estos hombres no conseguían lo que querían, Sonia y él serían asesinados. Lo único por lo que podía rezar en este momento era por una muerte rápida.

Pero a juzgar por las miradas lascivas en sus rostros, estos hombres no querían saber nada de eso. Sonia era la cena.

¿Cómo diablos había sucedido esto? Porque su padre había contratado a un montón de imbéciles como hombres de seguridad. Luego, ¿debía culpar a su padre por esto? Tal vez Fernando había contratado a estos hombres. Tal vez él tenía la culpa. Su incompetencia había llevado a esto...

Sonia lo miró, sus ojos arrugándose de dolor.

—No te preocupes —dijo él, apenas capaz de hablar, su boca se había secado—. Mi padre se ocupará de estos perros. Él se ocupará de ellos rápidamente.

Ella lo miró, luego miró hacia la ventana, y luego hacia la pequeña mesa y sillas de madera, donde estaban sentados los dos hombres, bebiendo botellas de Coca-Cola. Un tercer hombre entró en la habitación llevando varias mochilas verde olivo con insignias con la imagen de una espada en llamas. Dejó caer la mochila al suelo y dijo:

—Todo el mundo debe llevar una radio ahora. Órdenes del capitán.

La puerta principal se abrió y entraron tres hombres más a la habitación arrastrando los pies. Los ojos de Miguel se abrieron cuando vio a uno de los secuaces de Corrales, Raúl, quien también había sido atrapado. Raúl ya había sido atado y amordazado, y Salou se volvió hacia ellos y preguntó:

—¿Él es tu empleado?

—Sí —respondió Miguel—. Mi guardaespaldas. Hizo un excelente trabajo, ¿no?

Salou y los demás se echaron a reír y luego, mientras metían a Raúl en la sala de estar, la expresión de Salou se puso seria.

—Todo lo que queremos es nuestro dinero.

—No sé de lo que estás hablando. ¿Quién eres?

Salou volvió a mirar a los demás, como si buscara alguna aprobación. Arrugó su nariz fina, como

si no le gustara el hedor procedente de Raúl y luego dijo:

—Somos soldados de la justicia. Y queremos que tú y tu linda acompañante entiendan eso. Queremos que sepan que somos hombres de palabra. Y te lo demostraré.

Dos hombres empujaron a Raúl al suelo, boca abajo, entre Miguel y Sonia. Un hombre se sentó sobre Raúl, otro sostuvo sus piernas contra el suelo, mientras que un tercero tomaba la cabeza de Raúl por el pelo y le quitaba la mordaza. Raúl gritó:

—¡No tienen que hacer esto! ¡El cártel les pagará lo que sea!

Miguel estiró el cuello mientras uno de los hombres de la mesa desaparecía hacia la cocina, solo para regresar con una larga hacha.

—No, espere un segundo, no tienen que hacer esto —dijo Miguel—. Mi padre tiene dinero. ¿Quieren dinero? Se los daremos. ¡No hay necesidad de nada de esto!

Salou aceptó el hacha y probó el filo con el pulgar.

—Le creemos —dijo Sonia—. Creemos que nos va a matar. No tiene que demostrarnos nada. Ya lo sabemos.

—Esto no es solo para ustedes —dijo Salou—. Es para todos los hombres que nos han engañado y utilizado.

Miró sobre su hombro a otro de sus hombres que había sacado una pequeña cámara de video HD de una de las mochilas, la luz de grabación LED parpadeaba constantemente.

Raúl comenzó a gritar contra su mordaza y a retorcerse a la izquierda y a la derecha para liberarse. Pero no sirvió de nada. Los tres hombres lo sostuvieron en el suelo mientras Salou se acercaba y comenzaba a practicar movimientos con el hacha.

—No mires —dijo Sonia—. Simplemente no mires.

Miguel cerró los ojos, pero luego no pudo soportarlo más tiempo, y en el momento en que los abrió, Salou dejó caer el hacha en un gran arco.

Oh, mierda, lo mataron —dijo Torres, bajando sus binoculares.

Moore tomó los binoculares y observó a través de la ventana cómo el hombre con el hacha, que parecía ser el líder y el más viejo del grupo, se agachaba y levantaba algo. Fue entonces cuando Moore se dio cuenta de lo que era y retrocedió.

Una agente estaba a un hachazo de la muerte, y él y estos dos muchachos eran lo único que se interponía en el camino. El peso de esa responsabilidad se sentía asfixiante y familiar, y no quería creer que la historia se estaba repitiendo, pero lo estaba, y lo haría de nuevo, porque el universo tenía un sentido del humor muy oscuro y él siempre se llevaba la peor parte.

Cerró los ojos y escuchó las voces sin cuerpo en su cabeza:

—¡El Zodiac está en camino! Treinta segundos. Sacando a dos de inmediato. ¡Mako Uno, te necesitamos arriba, ahora!

—En camino. Mako Dos, ¡vamos!

—Negativo, negativo. Aún no puedo llegar a Seis.

—Mako Uno, aquí Raptor. Me están disparando. No puedo sostener esta nave durante mucho más tiempo. Saca a tu gente del agua y fuera de la plataforma AHORA.

Otra voz ahora, femenina, suave, tranquila:

—Pero usted entiende que lo que pasó no se puede cambiar, no importa cuántas veces lo recuerde. Usted entiende que su memoria no va a cambiar el resultado. No puede reinventar lo que pasó.

—Lo sé.

—Pero eso es lo que está pasando. Está recordándolo una y otra vez porque en el fondo usted todavía cree que puede cambiar algo. Pero no puede.

—Nadie se deja atrás.

—¿Sabe quién ha quedado atrás? Usted. El mundo le está pasando por al lado porque usted no logra aceptarlo. Así que está viviendo en el Purgatorio y piensa que no merece ser feliz por lo que sucedió.

—¿Cómo puedo ser feliz? ¿Cómo puedo disfrutar de esta vida? Usted es la psiquiatra. Usted tiene todas las respuestas. ¡Dígame cómo se supone que puedo ser feliz después de lo que hice! ¡Después de lo que hice, maldita sea!

Moore abrió los ojos en tanto Torres le quitaba los binoculares de las manos y una vez más se quedaba mirando por la ventana.

—Veo unas mochilas militares en el interior. Esto es mucho peor de lo que pensaba.

Después de un respiro profundo, Moore apretó los dientes.

—Vamos a sacar a ese chico y a su novia de allí. No vamos a perderlos.

—Hasta ahora hay siete tipos. Acabo de ver a dos más irse. Quién sabe cuántos más tienen de vuelta en San Cristóbal.

Moore consideró eso.

—Los vi agarrar a Corrales. Podría estar muerto, ya que no lo trajeron aquí.

—Tal vez se escapó. Es un resbaladizo hijo de puta.

Moore se levantó y se alejó de Torres. Llamó a Towers, le dijo que mantuvieran los ojos en el cielo puestos en el pueblo para ver si localizaban a Corrales y a Pablo. Luego le contó a Towers acerca de la ejecución y las mochilas militares.

—Bueno, ahí lo tiene. Buitres Vengadores traicionando al cártel de Juárez y nosotros estamos atrapados en medio.

—Escuche, necesito mucho de usted, y lo necesito rápido —dijo Moore.

—Dígame.

—Parece que van a empezar a comunicarse por radio. Necesito un micrófono ahí adentro y que me manden la información traducida de vuelta.

—No es fácil.

—No me diga.

—¿Qué más?

—¿Podemos intervenir las comunicaciones de Rojas?

—El equipo trabajando en la misión encubierta dice que han estado tratando de hacer eso durante meses, pero tiene contramedidas electrónicas y hackers que no hacen nada más que hacer barrido en busca de filtraciones, por lo que nuestros muchachos no han tenido suerte.

—¿Qué hay con los teléfonos de Corrales?

—Si hubiéramos recogido algo bueno de él, lo habría mencionado hace mucho tiempo. La verdad es que hemos interceptado sus llamadas desde el principio, pero él es muy bueno decidiendo a quién llama y lo que dice... sabe que lo estamos escuchando.

—Bueno, vea si se puede confirmar si todavía está vivo. Y Pablo también.

—¿Algo más?

—Sí —dijo Moore y gruñó—. Un equipo SEAL no estaría mal.

—Voy a echarles una llamada.

Moore apagó el teléfono y regresó al lado de Torres.

—¿Qué está pasando ahora?

—Era asqueroso, amigo. Le echaron sangre por toda la cara a la chica.

—Pero no le hicieron daño.

—Todavía no.

—¿Cuántos tenemos?

—Seis o siete. Parece que hay cuatro hombres apostados afuera. Tienen a un quinto tipo sentado en la furgoneta que está más adelante en la calle. No estoy seguro de cuántos más hay en el interior.

—Muy bien, Luis. Si vamos a hacer que esto suceda, necesito que hagas el trabajo más duro de todos.

—Mírame —dijo Torres, con la voz llenándose de valentía—. ¿Crees que esos malditos pendejos me dan miedo?

Moore hizo una mueca.

—Está bien. Escucha.

26

INTENTOS

Apartamentos La Estancia
Ciudad Juárez, México

Gloria Vega se había enterado por Towers de que los Sinaloa no eran responsables del asesinato de Johnny Sánchez y su novia. Towers le había confirmado a través de Moore, que estaba ahora en el sureste de México, que miembros del escuadrón de la muerte guatemalteco los Buitres Vengadores habían matado al periodista.

Cuando Vega le había mencionado al inspector Gómez que pensaba que los guatemaltecos podían ser responsables del asesinato, él había descartado la idea con un flagrante gesto de la mano.

—Johnny estaba informando sobre los cárteles y pagó el precio. Los Sinaloa hicieron esto. No hay nada más que eso.

Pero el rostro del hombre mayor se había vuelto pálido, y le había dado una mirada larga y preocupada antes de decirle que se iba a casa y que ella debería hacer lo mismo.

Después de los disturbios afuera de la estación, Vega le había dicho a Gómez que iba a confiar en él, que tenía miedo de que todo el mundo a su alrededor fuera corrupto y que lo único que quería hacer era lo correcto.

—¿Qué pasa si lo correcto es mirar hacia otro lado? —le había preguntado él—. ¿Y si te das cuenta de que nada de lo que hagamos va a cambiar nada y que a veces tenemos que combatir el fuego con fuego?

Ella solo lo había mirado fijamente.

Él le había tomado las manos.

—Has visto lo que yo he visto. Y ahora sabes lo que yo sé.

Y entonces él había hecho algo que la sorprendió. Le soltó las manos y le dio un fuerte abrazo. Cuando hubo terminado, se retiró con lágrimas en los ojos.

—Siento que hayas llegado a ver la verdad de esto. Es una amarga verdad, pero hay que aceptarla.

Ella metió la llave en la puerta de su apartamento, pero algo no estaba bien. La llave no entró en la cerradura tan fácilmente como de costumbre. Esto era algo que la persona promedio habría descartado como un molesto inconveniente, pero Vega estaba muy consciente de su entorno, sobre todo ahora, en Ciudad Juárez, y no darse cuenta del más mínimo detalle podría matarla. Respiró hondo y se preguntó si alguien había intentado forzar la cerradura.

Sacando su arma, abrió la puerta y entró. Un ruido de pasos, y luego...

Llegó a ella por la espalda, una voz masculina en forma de un profundo gemido mientras el hombre trataba de poner el alambre alrededor de su cuello, pero su mano ya estaba allí, había subido

por reflejo antes de que el cable pudiera tocar su garganta. Le cortaba la palma de la mano mientras ella se daba vuelta, arrastrando al hombre con ella.

El vestíbulo aún estaba oscuro y ella no podía volverse para verlo, sólo podía estirar su brazo por su costado y disparar una vez, dos veces, hasta que el cable se aflojó y ella gritó y se apresuró a darse media vuelta y disparar de nuevo.

Un rayo de luz llegó desde la ventana de la sala y lo vio, apenas de su altura, vestido con pantalón de mezclilla y una sudadera gris, y con un pasamontañas en el rostro. Se quedó allí tirado con heridas de bala en el pecho.

A pesar de su acelerada respiración, el hedor de la pólvora y la saliva llenándole la boca, pudo detectar movimiento viniendo de la habitación. ¿Un segundo hombre? Allí estaba: el pestillo de la ventana abriéndose, algo tratando de salir.

—¡*No* te muevas! —gritó ella, y corrió a la habitación a tiempo para ver a otro hombre vestido de manera similar al primero intentando escapar por la ventana. Había sido el hombre de apoyo, pero se había acobardado y Vega estaba tan sobrexcitada con la adrenalina y tan asustada de que se diera vuelta con un arma que vació el resto de su cargador en el vándalo, quien cayó hacia el interior del dormitorio. En un acto reflejo, expulsó el cargador vacío, puso uno nuevo y luego cargó una bala, todo en cuestión de segundos.

Corrió hacia el interruptor de la luz, la encendió y luego recorrió el resto del apartamento, el vestidor, el baño. *Despejado,* Habían enviado a dos tipos, pensando que eliminar a una mujer policía sería un trabajo fácil. Se quedó ahí, solo respirando.

Y luego maldijo. Debido a que en ese momento, cuando trataba de recuperar el aliento, se puso a llorar.

Tomó su teléfono celular y llamó a Towers.

—Quiero que me saquen de este caso de mierda. Quiero salir de aquí. Ahora mismo.

—Espera, espera, espera, más despacio. Háblame.

Ella colgó el teléfono, esperó un momento y luego marcó el número de la policía. *Yo no me rindo así de fácil,* se dijo. *No importa lo que salga de mi boca.*

Hizo el informe policial al tiempo que llamaban a su puerta, probablemente el propietario o un vecino preocupado.

Sonó su teléfono: Towers la estaba llamando de vuelta. Ella contestó.

—Dos tipos me acaban de atacar en mi apartamento. Los maté a ambos.

—Entonces vamos a sacarte de ahí.

—No.

—Pero acabas de decir...

—Yo sé lo que dije. Voy a terminar esto. Voy a arrestar a Gómez yo misma.

—Muy bien, aguanta ahí. Haré que pongan algunos sensores en el apartamento. Esto no volverá a suceder.

—No lo sé. Gómez envió a estos hijos de puta a matarme. Él sabe...

—Tienes que resistir por ahora, porque cuando lo detengamos, el resto le seguirá. Un arresto grande, al igual que en Puerto Rico, pero no podemos apresurarnos, no todavía...

—Solo espero vivir lo suficiente —lanzó ella—. Ahora, tengo que irme. Están golpeando a mi

puerta y hay un par de unidades en camino...

San Cristóbal de las Casas
Chiapas, México

La imagen de su padre, a contraluz del hotel en llamas, aún atormentaba a Dante Corrales mientras yacía en la cama, con el hombro vendado y su brazo izquierdo en un cabestrillo. Marcó el número y escuchó el timbre sin respuesta. No había correo de voz, solo el interminable zumbido.

—¿Todavía no contesta? —preguntó Pablo, sentado en una silla cerca de las puertas que daban a la terraza.

—¿Qué pasa si están tratando de llamar a Miguel? ¿Qué pasa si ya saben que algo anda mal?

—Si llamas a Castillo y le dices la verdad, ya sabes lo que va a decir...

—Él esperará que yo a corra. Me perseguirán y me matarán. No puedo hacer eso.

—Dante, ¿por qué estás tan asustado? Nunca te he visto así. Vamos. Podemos ganarle a esto.

—¿Por qué tengo miedo? ¿Tienes alguna puta idea de lo que va a pasar ahora?

—No.

Maldijo en su cabeza, luego en voz alta.

—Qué mierda. Debería simplemente haberle pagado a ese cabrón de Salou, pero es un descuidado hijo de puta y tiene suerte de siquiera haber recibido el pago inicial.

—¿Tienes el dinero?

Corrales negó con la cabeza.

—Hace rato que no.

—¿No pensaste que vendrían tras de ti por el resto?

Corrales casi sonrió.

—Sabía que lo harían, pero pensé que para entonces tendría unos cuantos dólares extra de los envíos. Pero nos jodieron ahí también...

El teléfono de Corrales sonó; un número desconocido.

—¿Bueno?

—Corrales, amigo mío, me di cuenta de que has estado tratando de llamarme. Estoy tan feliz de por fin tener tu atención.

Se puso rígido. Era Salou y el hijo de puta estaba prácticamente cantando con bravuconería.

—Ten cuidado con lo que dices —le dijo Corrales—. Un consejo de amigo.

—Estoy decepcionado.

—Lo sé. Déjame compensarte.

—Tres veces mi presupuesto original.

—Hecho. Y tú sabes lo que quiero.

—Por supuesto.

—¿Dónde estás?

—Oh, Corrales, tú sabes que eso es imposible. Dime dónde estás y enviaré un carro.

—Esto llevará tiempo. Veinticuatro horas, por lo menos.

—Lo siento, Corrales, pero ¿se supone que ahora debo confiar en ti, después de lo que hiciste? Así que no, no tengo veinticuatro horas. Tienes hasta la medianoche, ¿entendido?

—No puedo hacer eso.

—Claro que puedes. Podemos hacer esto vía electrónica. Tengo toda la información que necesitas.

Pero esa no era la manera en que Corrales le quería pagar al hombre. Él quería conseguir efectivo para poder enterrar el dinero, esconderlo de Castillo. Esa cantidad de dinero lo obligaba a sacar de una de las cuentas de las operaciones del cártel y Castillo notaría un retiro de esa magnitud.

—Voy a llevar el dinero en efectivo —dijo Corrales—. A medianoche.

—No, como te dije, vamos a enviar un hombre a recogerte cuando estés listo. No más juegos, Corrales.

—Entiendo.

—Espero que sí. Esta es tu última oportunidad. Yo sé que estás muy apenado por tu error y estoy dispuesto a ayudarte una vez más, porque voy a sacar provecho de ello. De lo contrario, que Dios te ayude... que Dios te ayude...

Corrales colgó y miró a Pablo.

—Necesitamos una gran cantidad de efectivo tan rápido como puedas. Ponte en contacto con Héctor y dile a La Familia que necesitamos un préstamo.

—¿Ahora le vamos a pedir dinero prestado a otro cártel? —preguntó Pablo.

—¡*No* me cuestiones! ¡Solo hazlo! —Corrales hizo una mueca en tanto el dolor punzante en su hombro se sintió como una cuchillada.

Instituto Médico Jorge Rojas
Ciudad de México

Una multitud de cerca de doscientas personas se había reunido en el estacionamiento de un nuevo complejo de oficinas de cinco pisos. Jorge Rojas enderezó los hombros en el atril y le sonrió una vez más a la junta directiva, los administradores de alto nivel y las docenas y docenas de empleados administrativos que habían sido contratados para ayudar a dirigir este ambicioso proyecto. Un puñado de medios de comunicación locales también habían llegado para cubrir la histórica ceremonia de inauguración.

Rojas había hecho una visita sorpresa a la ceremonia (originalmente se había excusado de no poder asistir, debido a sus planes de viaje}, había regresado antes de lo planeado de Colombia y había decidido a último momento aceptar el riesgo en términos de seguridad y hablar en el evento.

Había llegado en un convoy de seis camionetas blindadas y su equipo de veinte hombres, discretamente vestidos con trajes de Somoza y bien armados, habían asegurado el perímetro. Estaba a punto de terminar su discurso: «Y como he dicho, el actual modelo médico es deficiente. Es nuestra esperanza concentrarnos en la medicina preventiva mediante la promoción y un mayor acceso a los servicios. Este es un enfoque centrado en el paciente en lugar de un enfoque centrado en el sistema de salud. Esperamos alentar a todos los ciudadanos de México, y a todos en América Latina, a tomar un papel más activo en el cuidado de su salud. Haremos esto ayudando a otras organizaciones sin fines de lucro y entregando becas para estudiantes, profesores, investigadores y otros profesionales de la salud. Fundé este instituto con un solo propósito en mente: ayudar a las personas a vivir más y mejor. Y ahora, ¿podemos cortar esta cinta? Porque por allá, ¡creo que tienen churros y café para todos!».

El público se rió mientras Rojas bajaba del podio, aceptaba el par de enormes tijeras y hacía los honores entre fuertes aplausos. Deseó poder volverse a mirar los ojos brillantes de su esposa, pero en vez, ahí estaba Alexsi, siempre imponente en su vestido de diseñador y joyas, pero como un maniquí y ni remotamente tan conversadora como lo había sido su esposa. Junto a ella estaba Castillo, poniendo una mano sobre su receptor Bluetooth y hablando en voz baja con el resto de su equipo de seguridad.

Antes de que Rojas pudiera apartarse para que pudieran escuchar unas palabras del director del nuevo instituto, una periodista de XEW-TV, Inés Ortega, una mujer de mediana edad que había entrevistado a Rojas varias veces antes y cuyas preguntas le molestaron en repetidas ocasiones, se abrió camino hasta el frente del grupo y empujó un micrófono en su cara.

—Señor Rojas, usted es uno de los hombres más ricos del mundo y su influencia se ve en todas partes. Yo puedo hablar por mi teléfono celular operado por una de sus empresas mientras hago las compras en un supermercado que usted posee con el dinero que tengo en uno de sus bancos. Cuando haya terminado, podré ir a comprar una taza de café en un restaurante de su propiedad. Usted es difícil de evitar.

—Estoy feliz de ayudar a la gente —dijo, agitando la mano hacia ella—. Si no tiene una pregunta...

—En realidad, la tengo. ¿Cómo le responde usted a las personas que lo llaman codicioso? Gran parte de la nación se muere de hambre y usted se hace cada vez más rico, porque sus empresas nunca parecen fallar...

—Yo respondo así —dijo, señalando de nuevo al complejo médico—. Estamos haciendo todo lo posible por devolver algo a la comunidad. Siempre habrá críticos, pero los hechos hablan por sí mismos. Si usted quiere hablar acerca de la riqueza, entonces creo que debe ser protegida en beneficio de las generaciones futuras... por eso es importante que mis negocios anden bien. No estoy aquí para hacerme más rico. Estoy aquí para ayudar a nuestra gente y a nuestro presidente a enfrentar las necesidades de este país... y si la gente quiere llamar a eso ser codicioso, entonces esa es una mala interpretación de lo que está en mi corazón.

Un estallido, no mucho más fuerte que un petardo, resonó desde la parte posterior del grupo y casi de inmediato un ruido sordo como un puñetazo golpeó a Rojas en el pecho y lo hizo perder el equilibrio. Extendió la mano hacia la barandilla de la escalera detrás de él, pero no la alcanzó y se derrumbó sobre los escalones, golpeándose el codo fuertemente en el concreto.

Se desató el caos entre la multitud, los gritos llegando en oleadas, en tanto algunos huyeron hacia los autos estacionados y otros simplemente se tiraban al suelo, todos buscando refugio, excepto Fernando Castillo, quien vio al pistolero solitario en la parte de atrás de la multitud y se lanzó a perseguirlo mientras el resto del equipo de seguridad comenzó a moverse alrededor de su presa.

Por el rabillo del ojo, Rojas vio cómo Castillo corría menos de veinte pasos antes de abrir fuego y herir al hombre, que cayó antes de que pudiera llegar a una camioneta pickup estacionada en la parte posterior de la plaza de estacionamientos debajo de dos grandes robles. Castillo corrió hacia el tirador caído y le metió dos balas más en la cabeza, muy a pesar de Rojas. Podría haber sido útil interrogar al hombre, pero bueno, una figura pública tan prominente como él tenía muchos enemigos. Este podría haber sido un ciudadano con problemas que sólo se volvió loco un día y decidió matar a

alguien del que había leído o visto en la televisión.

Tanto Alexsi como la periodista, Inés, se encontraban junto a Rojas cuando cavó en el bolsillo interior de su chaqueta y removió la bala que se había alojado en la placa flexible. La levantó y se la mostró a las dos mujeres.

—Gracias a Dios por la protección —dijo.

—Tendrás que llamar a Felipe en Colombia y contarle —dijo Alexsi.

Lo ayudaron a ponerse de pie en tanto más personas, incluyendo su junta directiva, se acercaban y le preguntaban si estaba bien.

Él volvió al atril, mientras el sonido de las sirenas aumentaba en la distancia.

—No estoy muerto —exclamó—. ¡Y tampoco lo está el sueño que hemos construido aquí!

Con esto, la multitud comenzó a vitorear.

Después, en el asiento trasero de su Mercedes blindado, Rojas vio las imágenes de televisión capturadas por el equipo de noticias. La historia estaba siendo recogida por todas las grandes cadenas y agencias de noticias: *Associated Press, BBC World News, Reuters* y *United Press International*. Cada red noticiosa importante en México y los Estados Unidos estaba cubriendo o a punto de cubrir la noticia, Rojas lo sabía.

Intentó una vez más llamar a Miguel. No hubo respuesta. Correo de voz.

—No he sabido nada de mi hijo. Nada de Sonia —le dijo a Castillo.

—No he sabido nada de Dante tampoco, pero deles un poco de tiempo —dijo Castillo—. Tal vez haya problemas con las torres, eso explicaría por qué ninguno de ellos está contestando.

—Tienes razón. No debería preocuparme, pero si Miguel ve la noticia de lo ocurrido, se va a preocupar, lo sé.

—Él lo llamará —le aseguró Castillo—. Ahora, señor, ¿está seguro de que no quiere ir al hospital?

—Solo llévame a casa.

Alexsi puso su mano sobre la de él y dijo:

—Todo está bien, mi amor. Gracias a Dios eres tan cuidadoso. No me volveré a quejar de que vayas a Colombia.

Él sonrió débilmente y trató de calmarse. Ella frunció el ceño.

—¿Por qué crees que ese loco quiso matarte? ¿Solo por celos? ¿Después de todo lo que haces por el país? No puedo creer que haya tanto odio en el mundo.

—Créelo —dijo Rojas, volviendo la atención hacia la oscura ventana polarizada. Se estaban metiendo de nuevo en la carretera, en dirección a Cuernavaca y su mansión en los suburbios. De repente gritó:

—¡Quiero saber quién era ese hombre!

—Por supuesto —dijo Castillo—. Ya estoy trabajando en eso. Los detectives me llamarán tan pronto como lo sepan.

—Muy bien, excelente —dijo, recuperando el aliento. Y luego soltó un profundo suspiro de alivio: un mensaje de texto de Miguel.

Pulsó en el mensaje, que no tenía texto, solo un video adjunto. Pulsó dos veces sobre el icono de video, giró su teléfono en posición horizontal y vio en pantalla ancha cómo la cámara se movía, mostrando a Sonia... y luego a Miguel...

Rojas comenzó a perder el aliento.

—¡Fernando! ¡Detente! ¡Detente!

Apareció un hombre llevando un hacha.

—No mires —decía Sonia—. Simplemente no mires.

Y las manos de Rojas comenzaron a temblar.

—¡No!

Pista de aterrizaje privada
Aproximadamente 1.000 millas al sur de Mexicali, México

Era casi el anochecer para cuando terminaron de trasladar todo su equipo y personal a los camiones, ambas furgonetas de reparto, una perteneciente a un plomero cuyo logotipo estaba estampado a un costado del vehículo. La otra era un vehículo de reparto de productos de mar cuya plataforma trasera apestaba a pescado y cangrejos. Samad y sus hombres solo podían hacer una mueca y subir a bordo. Estos camiones eran todo lo que tenían y él estaba, a pesar de su encierro, agradecido a Alá por ellos.

Samad estimaba que les tomaría alrededor de dieciocho horas de viaje, a un promedio de cincuenta y cinco millas por hora, por lo que les había advertido a sus hombres que en los próximos dos días el camino sería largo y difícil. Talwar y Niazi, que se encontraban en la otra furgoneta, dijeron que harían todo lo posible por mantener a los hombres en calma y les recordarían que los puntos de abastecimiento de gasolina eran su única oportunidad de utilizar el baño. Con un grupo tan grande como el suyo, esa sería una consideración seria.

No habían recorrido veinte millas de viaje cuando el otro camión se hizo a un lado de la carretera con un neumático desinflado y esto hizo que Samad lanzara sus manos al aire con frustración. Sí, tenían un repuesto, sí, podían arreglarlo, pero muchos, muchos otros ya estaban en los Estados Unidos esperando por ellos y el retraso hizo que se le anudara el estómago y empuñara las manos. Los conductores, ambos mexicanos, se gritaban el uno al otro en español mientras arreglaban la rueda y Samad estaba empezando a darse cuenta de que el conductor de su camión podría estar teniendo dudas. Se movió hacia el hombre, se agachó y le dijo:

—Confiamos en ustedes para llevarnos a nuestro destino. Eso es todo lo que tienen que hacer. Para recibir el pago. Para mantenerse con vida. ¿Me entiende?

El hombre tragó saliva y asintió.

Un avión comercial atravesó el cielo a la distancia. Samad levantó la vista hacia el avión y lo vio desaparecer en un cúmulo de nubes rosadas.

27

AL RESCATE

San Juan Chamula
Chiapas, México

Habían caído sombras oscuras sobre el cementerio y las hileras de cruces ahora dibujaban siluetas contra las paredes mohosas de la iglesia abandonada. Más abajo, más allá de la iglesia y el mercado, Moore, que estaba acostado sobre su vientre, escaneaba las grandes multitudes de lugareños y turistas reunidos a ambos lados de las calles del camino principal, donde el desfile y el espectáculo de fuegos artificiales anunciaban que el Carnaval estaba pronto a comenzar. Comparsas de bailarines ya estaban girando y saltando a través de lechos de brasas ardientes cuyas chispas se levantaban a su alrededor.

Moore miró hacia la derecha con su mira de visión nocturna y de vuelta a la casa donde todavía estaban estacionados el pequeño auto de color azul y la van. Torres había traído su auto alquilado y lo había puesto detrás del par de casas más pequeñas en la parte inferior del camino. Había dejado el auto allí, con las llaves debajo del tapete.

Después de otro largo respiro, Moore ajustó la empuñadura del arma en sus manos, uno de los Mark 11 Model 0, que se había ganado el apodo de «asesino de piratas», debido a que los SEAL de la Armada lo utilizaban para rescatar a los marineros capturados por piratas somalíes. Fitzpatrick había fingido sorpresa de que Moore los portara y Torres lo había interrogado sin parar acerca de cómo había adquirido esas poderosas armas militares.

—Como dije —les había dicho Moore—, las personas con las que trabajo están muy bien conectadas.

En efecto.

El Mark 11 era un rifle semiautomático de veinte balas equipado con un bípode. El cargador del rifle contiene veinte balas OTAN de 7,62 × 5 milímetros y a Moore le gustaba bromear con que si necesitas veinte balas para darle a tu objetivo, entonces sería mejor que te metieras en política y salieras de la milicia. Cuando Moore disparara el Mark 11, la bala saldría más rápido que la velocidad del sonido, creando un pequeño estruendo sónico que se disiparía en tanto la bala redujera la velocidad a niveles subsónicos. A unos seiscientos metros de distancia en lugares como las montañas de Afganistán, un francotirador podía disparar y permanecer en silencio ante su objetivo; sin embargo, en entornos más urbanos como San Juan Chamula, Moore y Fitzpatrick, quien también estaba acostado sobre su vientre al otro lado de la colina, necesitaban silenciadores KAC para ayudar a ocultar y confundir la fuente de su artillería. Si Moore fuera a disparar a más de ochocientos metros, podría disparar a su antojo sin que el enemigo jamás detectara su ubicación. Por supuesto, gracias a la Ley de Murphy, las matemáticas en este caso no estaban a su favor.

La distancia a la casa y los cuatro guardias que estaban apostados ahí era de solo 527 metros. El viento actual era NNE a nueve millas por hora. La elevación era de 7.410 pies y estaban aproximadamente 29 pies más arriba que su objetivo, con una gradiente de nueve por ciento subiendo hacia las colinas. Entre el viento, los cálculos de la caída de la bala y sus actuales posiciones, el tiro sería difícil pero no imposible. Ciertamente los oirían y la única cosa que los ayudaría a tapar el ruido serían los fuegos artificiales haciendo eco desde la ciudad. Como Moore había señalado anteriormente, ese era su único pedazo de suerte, y necesitarían mucho más que suerte, porque la verdadera prueba vendría después de que eliminaran a los guardias...

Moore llamó a Towers, que estaba monitoreando el canal de radio de los Buitres Vengadores.

—¿Tiene algo?

—Aún estamos revisando las llamadas de teléfonos celulares. Eso va a tardar un rato. Solo hemos captado la charla trivial habitual en la radio. Hay un tipo al que llaman capitán Salou y revisé lo que tenemos sobre él: Fuerzas Especiales guatemaltecas, veinte años de trayectoria antes de que se retirara y se volviera mercenario. En términos técnicos, es un desgraciado hijo de puta.

—Y muy hábil con un hacha —agregó Moore.

—Está sucediendo algo más, sin embargo, en San Cristóbal. La policía local se encuentra en alerta máxima y por lo que podemos ver, están en busca de personas desaparecidas.

—No es una sorpresa. Tal vez papá se enteró de que su pequeño hijo ha sido secuestrado e hizo algunas llamadas.

—Bueno, si lo hizo, entonces tienen que sacarlos y salir de ahí antes de que llegue el equipo de Rojas.

—Lo sé. Sólo estoy esperando que empiece la fiesta...

Moore cerró los ojos, tratando de purgar todos los pensamientos extraños y simplemente concentrarse en los disparos, en el momento. Pero su conciencia no estaba cooperando, debido a la similitud de este momento con el pasado. Contra su voluntad volvió atrás de nuevo, a la playa de Coronado y se quedó ahí parado, observando la marea, viendo como allá en el mar oscuro una mano se elevaba por encima de las olas... y una voz, que era en realidad la suya propia, llegaba en un bramido:

—¡No me dejes! ¡No me dejes!.

—¡Tenemos que volver!

—¡Se está yendo! ¡No podemos!

—¡No hagas esto, Max! ¡No lo hagas!

—¡No hay opción! ¡Cierra la puta boca! ¡Nos vamos!

Moore se estremeció violentamente con esas voces.

Y luego otra: *«Ustedes son la clase 198. Ustedes son los guerreros que han sobrevivido debido a su trabajo en equipo».*

Ya no. Había engañado a la Armada haciéndolos pensar que valía la pena, pero él nunca debería haberse convertido en un SEAL. Había roto la regla más básica y debería haber sido castigado por sus acciones, y porque no lo había sido, pensaba que debía asumir esa tarea él mismo. No se merecía una vida real después de lo que había hecho. No, no la merecía.

En los momentos en que se sentía más deprimido, había tratado de levantarse el ánimo,

literalmente, lanzándose por el aire, pero no en paracaídas, no. Había hablado con unos amigos y encontrado algo mucho más exótico en el valle de Romsdal en Noruega. A dos días de su llegada, tenía puesto un traje aéreo y estaba volando por los aires a 150 millas por hora. Se lanzó hacia el valle, aprovechando los vientos favorables durante el solsticio de verano. El traje aéreo le permitía volar como un pájaro, con la tela como abanico por debajo de los brazos y las piernas como una telaraña. No era caída libre pero era una forma muy rápida, muy peligrosa de vuelo sin motor. Todo lo que Moore tenía que hacer era inclinarse a la izquierda o a la derecha para dirigirse a sí mismo a un metro de las paredes de los acantilados junto a los cuales volaba a toda velocidad.

Pasó volando muy cerca de una esquina, lo suficientemente cerca como para estirarse y agarrar la roca, y luego giró hacia la izquierda y se fue en picada en un ángulo de cuarenta y cinco grados, con el viento rugiendo a través de él. La muerte estaba muy cerca, susurrando en su oído, y empezó a encontrar la paz consigo mismo, con el viento, el valle, y durante unos segundos sólo cerró los ojos, sabiendo que debía tirar de su cordón de apertura, pero esperando ver cuánto tiempo iba a aguantar, cuánto tiempo, sólo unos segundos más, la euforia aumentando mientras se imaginaba la cara moteada de la roca por debajo.

Tiró del cordón. *Bum,* El paracaídas se abrió; tiró de las cuerdas. Todo había terminado.

El grupo rugió desde algún lugar detrás de él.

De las quince personas en su grupo de deporte extremo que habían venido de todas partes del mundo para hacer esto, el vuelo de Moore había sido el más rápido, el más largo, sin lugar a dudas el más peligroso de todos, como algo sacado de una película de acción y no de un viaje de turistas. No se había dado cuenta de lo que había hecho hasta que los demás lo miraron con asombro, como si sus sienes se hubieran encanecido y hubiera visto al creador.

Más tarde, su guía noruego, Bjoernolf, los llevó a todos a almorzar y mientras comían *smørrebrød* cubierto con salmón ahumado y tomaban café oscuro, apartó a Moore a un lado, y en su inglés con fuerte acento, simplemente le preguntó:

—¿Por qué quiere a morir?

—¿Perdón? —respondió Moore, bajando la taza de café.

—He hecho esto miles de veces con muchos, muchos clientes. Nunca nadie ha volado así. Ni siquiera *yo*. ¿Y usted voló tan solo tres sesiones de práctica y luego hizo eso?

—Le dije que estaba en la Armada.

Él negó con la cabeza.

—No importa. Llegó demasiado cerca de la montaña. Esperó demasiado tiempo para tirar del cordón. Lo siento, pero yo no lo llevaré allá de nuevo.

—¿Está bromeando? Ya he pagado por dos días más.

—Lo siento, señor Moore. Yo sólo puedo trabajar con gente que quiere volver. No sé cuál es su problema, pero no voy a permitir que se convierta en el mío. Voy a devolverle su dinero.

—No lo puedo creer.

—Mire, usted no es el primero que viene aquí en busca de algo más de lo que puedo ofrecer. Busque ayuda. Lo que sea que le está molestando, creo que puede superarlo. Este no es el camino. Lo siento.

Moore pensó en ponerse de pie de un salto y darle su merecido al maldito engreído de pelo largo,

pero no había más que preocupación en los ojos del hombre... y el tipo no era un chico tampoco, probablemente tenía la edad de Moore, y probablemente había visto su cuota de individuos dañados emocionalmente amantes de la adrenalina también tratando de castigarse a sí mismos.

—¿Cómo aprender a perdonarte a ti mismo? —preguntó Moore, dándose cuenta de que le estaba hablando a una ladera en San Juan Chamula y no a un noruego temerario.

«Cuando esté listo para hablar, vuelva a verme. Quiero escuchar su historia. Soy un hombre viejo. Soy un buen oyente».

Tal vez el viejo Wazir, bien escondido en su recinto en las tierras tribales, tenía una respuesta...

Los primeros estallidos de los fuegos artificiales fueron recibidos por una multitud rugiente, el ruido crepitante explotando como el maíz, y entonces, en ese preciso momento, sonó el teléfono celular de Moore.

—Estoy listo cuando tú lo estés, jefe —dijo Fitzpatrick.

—Ey, ey, ey, espera —dijo Moore, moviendo el rifle ligeramente hacia la derecha y viendo cómo la puerta principal se abría y el hombre mayor que Moore asumió era Salou se aventuraba a salir.

—Tal vez quiere ver el espectáculo —dijo Fitzpatrick—. Tiene que cerrar esa puerta, de lo contrario, estamos jodidos.

Salou se quedó ahí parado, metió la mano en su bolsillo y sacó un paquete de cigarrillos. Encendió uno, dio una larga calada, luego se quedó ahí, mirando las luces del desfile más allá.

—Vamos, vamos —dijo Moore, mientras otra salva de petardos explotaba y hacía eco de la ladera. Un par de disparos de rifles silenciados fácilmente se perderían en el barullo, pero este idiota estaba haciéndolos perder el momento.

—Oh, mierda. ¿Lo ves? ¿Ves a Torres? ¿Qué diablos está haciendo? —preguntó Fitzpatrick.

Torres había preparado los dos automóviles para que explotaran y se suponía que debía detonar los explosivos poco después de que Moore y Fitzpatrick eliminaran a los guardias con sus rifles. Pero ahora el loco estaba caminando hacia la puerta principal de la casa. Un curioso Salou le dio una última calada a su cigarrillo y luego bajó de la terraza.

—¿Qué demonios cree que está haciendo? —preguntó Moore.

—Espera un minuto —dijo Fitzpatrick, en tanto Torres se daba la mano con Salou—. Hijo de puta. ¡Creo que Torres conoce a este tipo! Hijo de la gran puta. ¡Creo que esta podría ser una trampa!

—A la mierda, entonces, ¡dispara, dispara! —exclamó Moore, al momento que Salou echaba un brazo sobre los hombros de Torres y lo llevaba al interior de la casa. Ese gordo bastardo los había engañado a todos y ahora iba a alertar a los guatemaltecos. Tal vez él, Zúñiga y Salou habían llegado a un acuerdo, dejando al grupo de Moore fuera de las negociaciones.

Pero, luego, ¿sería Torres tan estúpido como para actuar amigablemente cuando sabía que Moore y Fitzpatrick lo estaban viendo? Tal vez ya no le importaba.

Pues bien, Moore nunca lo sabría...

Porque el hombre gordo fue su primer blanco y la bala le dio en la parte de atrás de la cabeza y lo hizo girar como un tambor de petróleo cayendo de un buque de carga. Se estrelló contra el suelo y se perdió en la oscuridad.

Moore cambió el objetivo hacia el primer guardia, que ya estaba en movimiento, corriendo desde un árbol en el lado norte y escaneando las colinas. Moore tuvo que seguirle la pista, volver a ajustar

su objetivo y, finalmente, disparar, con la esperanza de que el hombre, literalmente, se encontrara con su disparo. *Bingo,* La bala le dio directamente en el pecho, salpicando sangre mientras caía sobre su espalda, todo en el lapso de un latido.

Mientras tanto, el rifle de Fitzpatrick estallaba a pesar del silenciador y luego sonó una vez más. Era mejor que la puntería del agente de la DEA fuera certera, porque no iban a perder Sonia.

No lo harían.

Moore moriría antes de que eso sucediera. La decisión había sido tomada.

Cierto, no conocía a la mujer, pero no podía soportar lo que su pérdida representaba. Llegó a la conclusión, tal vez ilógica, de que si la salvaba, estaba salvando una parte de sí mismo. Si fracasaba, no estaba seguro de lo que podría ser salvado.

Aún conteniendo el aliento, encontró al segundo guardia y le disparó dos veces mientras corría al lado de la casa, de regreso hacia la puerta principal.

Justo en ese momento, y sin ninguna explicación, ya que Torres había sido el que tenía los detonadores remotos para los dos autos, estos explotaron en sucesión, sus partes delanteras elevándose a un metro del suelo, las bolas de fuego levantándose como hongos hacia la noche y cubriendo la casa con un parpadeante resplandor como de otro mundo.

Si Torres se había mantenido con vida el tiempo suficiente para volar los autos o si los había programado con un temporizador a distancia, Moore no estaba seguro. Él no creía que el hombre gordo fuera lo suficientemente inteligente como para manejar un temporizador y le había mostrado sólo la más rudimentaria de las configuraciones, C-4 aquí, cable, control remoto aquí. *Toma tu gordo pulgar y pulsa este botón. ¿Lo tienes, cabeza hueca?*

En cualquier caso, necesitaban volar esos dos autos y el trabajo estaba hecho.

—¡Vamos! —gritó Moore a través de la ladera, sacando su par de pistolas Glock y echándose a correr colina abajo, con Fitzpatrick siguiéndolo a su lado.

Se habían cambiado a pantalones y camisas de manga larga negros de trabajo, y ahora llevaban pasamontañas y chalecos antibalas de Kevlar, el último de los cuales Torres había rechazado porque no había sido capaz de ponerse la protección por encima de sus enormes pechos.

Cuando Moore llegó a la parte inferior de la colina, vio a Salou salir corriendo fuera con un rifle en la mano. Detrás de él estaban Sonia y Miguel, cuyas piernas habían sido liberadas, pero cuyos brazos aún estaban atados detrás de sus espaldas. Cada uno era arrastrado por un par de hombres, todos armados con pistolas. Sin transporte y con los autos ardiendo y desviando la atención del desfile más abajo, Moore pensó que el guatemalteco tenía una sola vía de escape: por el estrecho camino que iba directamente hacia el este y lejos del mercado.

De hecho, el grupo se volvió en esa dirección mientras Salou miraba por encima del hombro, veía a Moore y les gritaba a sus hombres.

Pero Moore ya estaba en el aire, saltando hacia un montículo de tierra por delante y disparando con sus dos pistolas, el olor de la pólvora era familiar y bienvenido y le provocó hacer una mueca. Salou se había separado del grupo, lo que fue su error final. Mientras el veterano de las Fuerzas Especiales apuntaba su AK-47 hacia Moore, recibió dos balas en el pecho, una en el cuello y una final en el muslo que lo hizo caer de rodillas, su rifle se torció hacia un lado y sus balas golpearon el suelo diez metros por delante de Moore.

Si había más hombres dentro de la casa, Moore no estaba seguro, pero necesitaban saberlo.

—¡Ve a la casa! —le dijo a Fitzpatrick, mientras los dos hombres sosteniendo a Miguel lo empujaban hacia Sonia, se separaban y se lanzaban a la terraza para poder devolver el fuego.

Los disparos hicieron que Moore se metiera más detrás del montículo antes de poder rodar hacia su derecha y disparar de vuelta. Falló en sus tres primeros tiros. *Mierda*. Eso es lo que pasaba por disparar con una mano, a pesar de que su primer ataque a Salou había sido mortalmente preciso. Se incorporó un poco más, apuntó y le dio al tipo de la derecha, cuya posición había sido revelada por el estallido de su pistola; pero él también alcanzó a disparar un tiro, que golpeó apenas seis pulgadas más abajo de Moore.

La música del desfile subía desde el valle, tambores y guitarras y trompetas en medio de los estallidos de los fuegos artificiales, y durante unos segundos, Moore no estuvo seguro de si los tipos delante de él seguían disparando.

De cualquier manera, se levantó del suelo de un salto y comenzó a correr hacia la casa, agachándose detrás de Fitzpatrick, sus botas pisando fuerte sobre la tierra, su respiración irregular y con un estruendo en los oídos.

Miguel, Sonia y los tres tipos que quedaban iban subiendo apurados por el camino trasero, como Moore había previsto. Salió corriendo alrededor de la casa, mientras Fitzpatrick se precipitaba al interior.

Se escuchó un tiroteo y vidrios romperse. *Maldita sea*, Salou había dejado algunos hombres en la casa. Fitzpatrick estaba por su cuenta ahora. Moore se puso a correr camino arriba, donde el grupo estaba yendo hacia otra casa cerca de la cima de la colina. Había dos automóviles viejos estacionados en la calle y cuando Moore iba llegando, corriendo a lo largo de un viejo cerco podrido, escuchó que Sonia empezaba a gritar y a maldecir los hombres. Los autos bloqueaban la vista de Moore.

Eso fue todo. Todo lo que necesitaba oír. No podía cambiar lo que había sucedido esa noche en la plataforma petrolera, pero tal vez podría evitar que ocurriera lo mismo de nuevo. No iba a dejar que Sonia muriera.

Poniéndose tenso con una ira que había estado latente desde aquella noche fatídica y con el corazón henchido de rabia por su incapacidad para perdonarse a sí mismo, Moore corrió a toda velocidad colina arriba, hacia los gritos, con el aliento de un fantasma a sus espaldas.

Al pasar alrededor de los autos, se dio cuenta de que Sonia se había soltado de un hombre y estaba siendo sostenida sólo por un individuo, que vio a Moore y puso la pistola directamente en la cabeza de Sonia.

Los otros dos tipos tenían sus armas apuntando al pecho de Miguel y el joven estaba llorando y suplicando por su vida.

Esto no sería una confrontación, una negociación, un momento en el que convencería a los hombres para que se rindieran porque su jefe estaba muerto y ya no tenían nada que ganar. No, el momento de negociación había pasado, las apuestas habían sido retiradas.

Con la adrenalina bombeando en sus venas como lava y los años de entrenamiento y experiencia que había ganado tanto como SEAL de la Armada y como agente de la CIA (las cientos de horas dedicadas a escuchar a los instructores gritarle y dirigirlo y recompensarlo) Moore asimiló toda la

situación en menos de un segundo y reaccionó como el hombre que era: un combatiente con la memoria muscular para matar.

Apretando los dientes, arremetiendo contra la culpa ahora personificada en tres miembros de un escuadrón asesino guatemalteco, miró al chico que sostenía a Sonia y le gritó: «¡Ey!».

El hombre abrió los ojos.

¡Bang! Moore le disparó en la cabeza.

Que los otros dos tipos probablemente mataran a Miguel no le preocupaba. Se trataba de Sonia.

Que los guatemaltecos decidieran atacar a Moore en lugar de matar al chico fue la buena fortuna del joven.

Moore disparó sus pistolas, pegándole un tiro a cada uno en el pecho. Se tambalearon lejos del chico y Moore estuvo a punto de tropezar hacia atrás. Recuperó el equilibrio lo suficiente para inclinarse hacia adelante, dar un paso hacia los dos matones y acabar con ellos poniéndoles otra bala a cada uno. Cuando sus Glock estuvieron en silencio, se oyeron sirenas de la policía junto con las trompetas del Carnaval y por tan solo unos segundos Moore hizo una pausa, la cabeza le daba vueltas, la adrenalina ahora haciéndole sentir como si su pecho fuera a explotar.

—¿Quién eres? —exclamó Miguel.

Moore le respondió:

—Trabajo para tu padre.

Metió la mano en el bolsillo de la cadera para coger un karambit, un cuchillo con la forma del pico de un halcón cuyo borde era curvo como una rodaja de melón. Se apresuró a cortar las amarras de Sonia y luego las de Miguel, luego les hizo un gesto para que se acercaran.

—Tengo un auto más abajo. Las llaves están bajo el tapete. Está justo ahí abajo. Tómenlas. Llévenselo. Salgan de aquí y no miren atrás. Vayan al aeropuerto. Vuelen fuera de aquí. ¡Ahora!

—Vamos! —le gritó Sonia a Miguel, luego se lo llevó fuera.

Moore se quedó ahí durante unos segundos para recuperar el aliento y luego enfundó sus pistolas y corrió hacia la casa, saltando sobre el cuerpo de Torres para entrar en la sala de estar, donde encontró a Fitzpatrick en el suelo con dos heridas de bala en la cabeza.

—Oh, mierda... amigo, no puede ser...

Cayó de rodillas, pero estaba claro que el agente de la DEA estaba muerto. Se quitó el pasamontañas y sólo se quedó ahí.

Un teléfono sonaba en algún lugar afuera. Moore se levantó, fue hasta el cuerpo de Torres y sacó su celular del bolsillo de la cadera del hombre gordo. Era Zúñiga que llamaba.

—¿Hola?

—Luis, ¿eres tú?

—No, señor Zúñiga, es el señor Howard. Tengo muy malas noticias. Luis y Flexxx están muertos. El hijo de Rojas y su novia se escaparon...

—¿Qué significa esto? —gritó Zúñiga—. ¡Usted me dijo que su grupo era muy poderoso!

—Voy a regresar a Ciudad Juárez. Tengo que reunirme con usted.

—Si es inteligente, no lo hará, señor Howard. No va a sobrevivir esa reunión.

—Escúcheme. Aún no hemos terminado. Lo llamaré cuando esté de vuelta allá.

Moore colgó, se metió el teléfono de Torres en el bolsillo, luego corrió hasta el cuerpo de Salou

y cogió su teléfono también. Mientras se dirigía de vuelta a la casa, llamó a Towers y le contó a su jefe lo que había sucedido.

—Tengo que salir de aquí con el cuerpo de Fitzpatrick.

—Suba a los cerros, hacia el norte. Tengo un equipo de extracción en camino.

Suspiró.

—Gracias.

Moore se agachó, recogió el cuerpo de Fitzpatrick y se lo echó alrededor de los hombros. Sus ojos comenzaron a arder.

—Aguanta —susurró—. Te voy a sacar de aquí.

Salió y se movió alrededor de la casa mientras las malditas sirenas aceleraban el paso. Un auto se acercó rugiendo y dos adolescentes saltaron fuera, mirando los cuerpos.

—¡Necesito ayuda! —exclamó Moore, y luego metió la mano en su funda y sacó su Glock—. Lo que significa que me voy a llevar su auto.

Levantaron las manos y se apartaron. Moore abrió la puerta trasera del sedán y puso a Fitzpatrick en el asiento. Los muchachos podrían haberle saltado encima entonces, pero fueron lo suficientemente sabios como para leer su futuro en su expresión.

—No se preocupen —les aseguró—. Van a recuperar su auto.

Se metió de un salto adentro y aceleró, el pequeño motor gimiendo y luchando para lograr subir por el camino de la ladera.

28

INSOMNIO

Villas Casa Morada
San Cristóbal de las Casas
Chiapas, México

La policía local había revisado a fondo el hotel en busca de Miguel y Sonia. Habían recibido fotografías digitales de los dos, las habían impreso y habían estado interrogando al personal del hotel y los huéspedes. Dante Corrales los había observado desde un auto al otro lado de la calle y había enviado a uno de los cuatro hombres que habían venido con María al hotel para averiguar más.

—¿Has visto a esos turistas desaparecidos? —le habían preguntado.

—No —había mentido el hombre de Corrales.

Pablo estaba sentado a su izquierda, María a su derecha, y aún sentía un dolor palpitante en su brazo y hombro cuando le ordenó al conductor alejarse.

—Dante, si no vas a hablar con Fernando, entonces no estoy seguro de qué hacer. Me van a buscar y matar a mí también, junto con esos hombres.

—Voy a hablar con él —mintió Corrales—. No te preocupes.

Fernando nunca ha tenido contacto con ellos, así que yo me encargaré de todo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó María.

—Como ya dije. Vamos a conseguir el dinero de La Familia y luego vamos a llamar a Salou. Él los tiene. Los vamos a recuperar y todo estará bien.

—¿Cómo le vas a explicar esto a Castillo?

—Estoy pensando en eso, pero estoy seguro de que está ocupado tratando de averiguar cómo metió la pata y dejó que un tirador se acercara tanto al jefe.

De repente, el conductor, que había estado escuchando una emisora de noticias de la mañana, se volvió y dijo:

—Hubo un gran tiroteo en San Juan Chamula. Hay un montón de cuerpos allá.

—¿Crees que son ellos? —preguntó Pablo.

El corazón de Corrales dio un vuelco. Miró su reloj.

—Tenemos tiempo para averiguarlo —luego le gritó al conductor—, llévanos allá. ¡Ahora!

La situación no podía ser más confusa. Cuando Corrales y su gente llegaron al pequeño pueblo, envió a otro de los hombres a averiguar qué estaba pasando y regresó con el siguiente informe: al parecer, un grupo de militares rebeldes había sido asesinado. La policía había acordonado la zona.

—Busqué a Raúl, como usted dijo —informó el hombre—. Sacaron un cuerpo decapitado y los

pantalones eran de color caqui, como usted había dicho. Creo que era Raúl.

Corrales apretó los dientes y apagó su teléfono con el dedo. Salou no estaba contestando y bien podría estar entre los muertos. ¿Habían llegado los hombres de Castillo y atacado a Salou? Si era así, ¿por qué no había llamado a Corrales?

Ahora era posible que Corrales tuviera que volver a llamar a La Familia y decirles que ya no necesitaba el préstamo, lo que los enojaría aún más que su llamada original. Realmente tenía que llamar a Castillo, por lo menos para conseguir un cierre de la situación.

Pero no ahora. Todavía no. Todavía no había pensado en lo que le diría...

—Ellos esperan que nosotros vayamos al aeropuerto —finalmente le dijo al grupo—. Salgamos de aquí. No me importa si conducimos toda la noche. Dirígete hacia el norte, hacia Villa-hermosa. Hay otro aeropuerto que hemos utilizado en el pasado.

—Tengo miedo, Dante —dijo María—. Estoy muy asustada. Solo quiero volver a casa.

Envolvió su brazo sano alrededor de ella y le susurró:

—Lo sé, pero ya te dije, esto ya va a pasar.

El teléfono de Corrales sonó. Llamada entrante de Castillo. Debería tomarla, averiguar la verdad y responder a las preguntas de Castillo con mentiras: ellos nos atacaron y no sé por qué. En vez, escondió la pantalla de María e ignoró la llamada.

Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás en el asiento. Esos autos en llamas afuera de la casa en Chamula le había tocado una fibra sensible, pero ahora todo lo que Corrales quería hacer era dormir, dormir lejos de todos sus problemas.

El teléfono volvió a sonar. Era Castillo. Lo apagó.

Así que allí estaban, todo por culpa de un grave error: Corrales había asumido que Salou se sentiría demasiado intimidado como para enfrentarse al todopoderosa cártel de Juárez. Salou permitiría que lo estafaran y no tomaría represalias por temor a una respuesta. Pero Corrales no era veterano y no había contado con la determinación de los militares, una determinación con la que ahora estaba terriblemente familiarizado.

Durante el viaje de regreso de Chamula, Miguel había discutido con Sonia respecto de que deberían ir directamente a la policía, pero a ella le preocupaba que esos oficiales estuvieran involucrados con los hombres que los habían secuestrado. Ella había dicho que debían hacer lo que el soldado de su padre les había indicado e ir directo al aeropuerto. Sus teléfonos celulares habían sido confiscados por sus secuestradores y Miguel pensó que al menos deberían hacer una parada para que él pudiera llamar a su padre.

Pero Sonia no quiso saber nada de eso. Ella estaba detrás del volante, conduciendo a toda velocidad por la estrecha calle, las luces delanteras apenas alumbrando el camino hasta que la pequeña señal amarilla a un lado de la carretera finalmente indicó un giro a la izquierda hacia el aeropuerto de San Cristóbal de las Casas.

Una vez que llegaron a la modesta terminal principal, solo entonces Sonia se estacionó y dijo:

—Okey, vamos a llamar a tu padre. Creo que ahora estamos bien...

Miguel se pasó los dedos por el pelo y se frotó los ojos cansados, mientras entraban a la terminal

y encontraban un teléfono público que aceptaba solo tarjetas telefónicas. Maldijeron y corrieron hacia una pequeña tienda, donde fueron capaces de comprar una tarjeta por treinta pesos.

Con una mano temblorosa se comunicó con el correo de voz personalizado de su padre. Por supuesto, el hombre no contestaría la llamada; no habría reconocido el número.

El mensaje que dejó fue frenético, fragmentado, lo suficiente para que su padre supiera que todavía estaba vivo y que él y Sonia resultaron ilesos. No tenía idea de lo que había sucedido con Corrales y los otros dos, pero estaba agradecido de que los hombres de su padre hubieran llegado, aunque no estaba seguro de por qué los habían dejado escapar por su cuenta y no los habían escoltado.

Cuando colgó, miró a Sonia a los ojos y sacudió la cabeza con incredulidad.

—Tú eres la mujer más fuerte que conozco. Más fuerte de lo que era mi madre... y eso es decir mucho.

—¿Quieres decir que no puedes creer lo fuerte que soy... a pesar de que soy mujer? —dijo ella levantando una ceja.

Él sonrió.

—No, lo que quiero decir es... gracias —se inclinó y la besó.

—De nada —dijo ella.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila? Pensé que me iba a desmayar.

—No pensé que nos iban a matar. Éramos demasiado valiosos para ellos, así que decidí ser fuerte... por ti.

—Pero aún así...

—Bueno, a veces simplemente me pongo más loca que asustada.

—Espero que algún día me puedas enseñar cómo hacerlo. Quiero aprender de ti.

Respiró hondo y miró hacia otro lado, con el labio tembloroso, como si estuviera a punto de llorar.

—¿Qué pasa?

—Nada.

Miguel levantó la vista hacia un televisor de pantalla plana, donde las noticias mostraban una multitud dispersándose y la nota al pie decía: INTENTO DE ASESINATO A JORGE ROJAS.

Se quedó sin aliento.

Mansión Rojas
Cuernavaca, México
56 millas al sur de Ciudad de México

Jorge Rojas había construido su casa principal en un centro para el estudio del español de renombre mundial. Cuernavaca era igualmente famosa por sus exuberantes parques y jardines, su encantadora plaza central, con arquitectura colonial histórica y numerosos restaurantes y cafés, y su universidad, que atraía a artistas e intelectuales de todo el mundo. La mansión de Rojas, 7.800 pies cuadrados de diseño arquitectónico del siglo XVI, tenía vista a la ciudad y estaba decorada aún mejor y más audazmente que su residencia de vacaciones en Acapulco, con biblioteca, cine, sala de juegos, gimnasio y todas las otras comodidades que uno esperaría en una residencia propiedad de un

hombre de su estatus. Su esposa la había apodado «La casa de la eterna primavera» y la había decorado junto con un equipo de diseñadores. Después de que ella hubo fallecido, él no había cambiado ni una sola cosa. Este lugar era su refugio, su Shangri-la que añoraba cada vez que viajaba. En Cuernavaca estaba rodeado por su familia y los recuerdos de su querida esposa, y había habido meses en el pasado en los que había trabajado desde casa y rara vez había salido de sus límites. La casa de vacaciones en Punta de Mita era un lugar estupendo para fiestas y recaudación de fondos, pero nunca lo hacía sentirse tan a gusto.

En la actualidad, estaba de pie en la biblioteca, cerca de una de las escaleras correderas frente a un muro de más de dos mil libros. Llevaba su bata de seda y tenía el teléfono celular al oído, escuchando el mensaje de su hijo. Había estado paseando por la habitación durante la última hora, dibujando una profunda huella en la alfombra color burdeos, y había estado haciendo llamadas casi el doble de tiempo. Se dio vuelta hacia Castillo y casi se desmayó al escuchar su correo de voz. Había entrado una llamada de un número que no había reconocido, al mismo tiempo que había estado hablando con uno de sus pilotos que había llamado con respecto a un problema de mantenimiento con uno de sus aviones.

—Están bien, gracias a Dios. Fueron rescatados por nuestros hombres.

—Eso no es posible —dijo el hombre de un solo ojo—. Nuestro equipo acaba de llegar allí.

Rojas echó hacia atrás la cabeza y frunció el ceño.

—Tal vez mi hijo está confundido, pero eso no importa. Gracias a Dios que está a salvo. Manda al equipo al aeropuerto de inmediato. Lo estoy llamando de vuelta ahora.

—Sí, señor.

Pero Castillo no se movió. Sólo frunció el ceño profundamente, tratando de resolver algo.

—¿Qué te pasa, Fernando?

—He perdido contacto con Dante y su equipo. Me pregunto si tal vez ellos fueron capaces de ayudar.

—No, creo que mi hijo lo hubiera mencionado. Dijo que no habían visto a Dante y su equipo desde que estaban en la ciudad, cuando todo empezó.

—Entonces algo no está bien aquí, señor. Miguel es un hombre inteligente. No creo que estuviera confundido.

—Bueno, te dejo a ti la tarea de averiguar lo que pasó. Solo trae de vuelta a mi hijo y su novia.

Rojas volvió la cabeza cuando Alexsi apareció en la puerta, sin aliento.

—¿Los encontraron?

Él asintió con la cabeza.

Ella corrió hacia él y cayó en sus brazos.

—Gracias a Dios...

Oficina de Control de Desvíos de la DEA
San Diego, California
Dos días más tarde

Moore, Towers y el agente del FBI Michael Ansara estaban sentados alrededor de la mesa de conferencias. Vega todavía estaba trabajando en campo, manteniéndose cerca del inspector Gómez y

no querían correr el riesgo de arruinar su misión encubierta. La muerte de Fitzpatrick fue cuidadosamente ocultada de los medios de comunicación y su cuerpo ya estaba en un vuelo camino a casa, a Chicago, para su entierro. El agente de la ATF, Whittaker, aún estaba en Minnesota, pero haciendo seguimiento de una información muy inquietante: un cargamento de armas militares de los Estados Unidos había sido supuestamente contrabandeado fuera de Afganistán y vendido a compradores del cártel fuera de Minneapolis. Algunas de las pruebas iniciales indicaban que el cargamento había sido trasladado y vendido por (Moore lanzó un grito ahogado) un SEAL de la Armada de los Estados Unidos. Él no quería creerlo, se negaba a reconocer que uno de sus hermanos podría ser corrompido de esa manera. Ansara se había encogido de hombros y dicho:

—Si a esos tipos les pagaran lo que realmente valen, no se verían tentados a hacer algo así.

—No se trata de la paga —dijo Moore.

Ansara asintió con la cabeza.

—Un comentario nomás...

—Pues no comentes. No lo puedo creer.

Towers se encogió de hombros.

—Entonces, ¿dónde estamos, jefe? —dijo Moore, con la esperanza de cambiar el tema.

Towers levantó la vista de su computadora portátil.

—Nuestro chico Corrales aún no ha aparecido. Y después de casi ser asesinado, Rojas regresó a su mansión en Cuernavaca. Tenemos hombres en el campo y ojos en el cielo vigilando el lugar.

—¿Sabemos algo del tirador? —preguntó Moore.

—Nada todavía, pero por la manera en que se llevó a cabo... dudo que fuera obra de un cártel rival. Sólo un imbécil cualquiera tratando de matar a un hombre rico.

—¿Qué pasó con el hijo y nuestra chica?

—Sonia y Miguel fueron llevados allí por vía aérea por algunos de los guardias de seguridad de Rojas y todos están ahí todavía, no ha habido cambio.

—¿Tenemos alguna novedad de ella?

—Todavía no. Los guatemaltecos tomaron su reloj de vigilancia y su teléfono, pero ella sabe dónde se hacen los intercambios de información secretos y cómo avisar para cubrir sus huellas. Lo hará.

—Entonces, ¿esperamos algo de ella? —preguntó Moore—. ¿O qué?

Towers negó con la cabeza.

—Tenemos algunos observadores en el parque de las Secuoyas. El cártel se está preparando para mover una de sus más grandes cosechas. Ustedes van a ir allá y van a rastrear la distribución y el dinero, lo que los debería llevar de vuelta a México. Quiero que sigan ese rastro hasta llegar a sus sicarios haciendo los depósitos en los bancos y/o lavando el dinero a través de las empresas de Rojas. Esta es la oportunidad perfecta para que hagamos eso.

—Me encantaría encontrar algunos testigos creíbles a lo largo del camino que definitivamente puedan, sin lugar a dudas, conectar todo esto con Rojas.

Towers hizo una mueca.

—Siga soñando, amigo. Mientras tanto, tenemos que atacar a este bastardo desde todos los ángulos: con Sonia, con los Sinaloa, con sus vínculos con la Policía Federal y haciéndole

seguimiento al dinero. Y hablando de los Sinaloa...

Moore resopló y no lo dejó terminar.

—Le prometí a Zúñiga que íbamos a hacer algo, pero sólo me gritó a todo pulmón, me dijo que yo iba a pagar por la muerte de sus hombres y que me iba a perseguir hasta el día de su muerte.

—Eso suena bien —dijo Towers, con una sonrisa—. Pero necesitamos mantenernos en contacto con él.

—Creo que va a seguir tomando mis llamadas, probablemente más por curiosidad que por otra cosa.

La voz de Moore comenzó a resquebrajarse. No había podido dormir durante las últimas dos noches en tanto una cara conocida había aparecido, una vez más, en su mente.

—Quiero que sepan que Fitzpatrick fue un as. Un maldito as. Yo no estaría sentado aquí si no fuera por él.

El aire de la habitación pareció escapar. Y tanto Towers como Ansara se tomaron un segundo o dos para reflexionar sobre eso. Ellos siempre mueren. Siempre lo harán. No había manera fácil de asumirlo o superarlo. Moore debía simplemente reconocer ese hecho y seguir adelante. Por la misión. Por su país. Había hecho la promesa, el juramento.

—Su familia sabía lo peligroso que era su trabajo —dijo Towers—. No lo tomaron bien, pero no estaban sorprendidos tampoco —cerró su computadora portátil de un golpe y se levantó—. Muy bien, entonces, señores. Deben dirigirse al norte, lo antes posible.

—Esto te va a encantar, Moore —dijo Ansara—. Tienen todo el lugar atestado de trampas y vigilancia electrónica. Va a ser una bonita fiesta.

Le guiñó un ojo. Moore lanzó un suspiro.

—¿No podemos simplemente hacer una cata de vinos y listo?

—Un desvío hacia Napa, ¿eh? —preguntó Ansara—. No lo creo.

Casa de seguridad de los talibanes
Casa de la Fortuna
Mexicali, México

—Todo lo que hemos reunido hasta el momento se encuentra en esta unidad de memoria —le dijo el hombre a Samad, entregándole el dispositivo USB con cordón.

Su nombre era Felipe. Tenía cincuenta años y había sido contratado, según él, hacía dos años para convertirse en observador para el mulá Omar Rahmani. Felipe era muy bien pagado, había establecido una casa de seguridad en Mexicali y había sido informado de que Samad y su grupo iban a venir. Él trabajaba con un equipo de otros cinco hombres, todos eran leales y habían jurado guardar el secreto, y decía que la inteligencia que habían reunido sería muy útil. Debido a que les pagaban muy bien, habían sido capaces de evitar la tentación de unirse a uno de los cárteles. De hecho, cuando se encontraban con sicarios, muchos asumían que eran parte de algún otro grupo y no, como Felipe se refería a sus hombres, «contratistas independientes».

—Gracias por esto y por toda su otra ayuda —dijo Samad, recibiendo la unidad de memoria y conectándola a la computadora portátil que estaba en la pequeña barra de la cocina. Se subió al taburete y se sentó allí, abriendo los archivos, que contenían cientos de fotografías.

Felipe asintió con la cabeza y dijo:

—Señor, sabemos lo que planea hacer.

—¿En serio?

—He estado en los Estados Unidos tres veces en mi vida. Se me ha prohibido volver a entrar ahí durante cinco años por intentar contrabandear dinero fuera del país. No he visto a mi esposa e hijas en todo ese tiempo. Sé que usted va a cruzar. Le pagaré lo que sea si me lleva.

Samad lo pensó. Sería muy útil disponer de un guía local, alguien prescindible también.

—Usted ya ha hecho bastante. Lo llevaré. Pero sólo a usted.

—¿Va a hablar con el mulá Rahmani por mí también?

—Por supuesto.

Se quedó sin aliento y gritó:

—¡Gracias, señor! ¡Gracias!

Samad asintió con la cabeza y volvió a concentrar su atención en la pantalla de la computadora.

Por fin había llegado a Mexicali, a pesar de la rueda pinchada y sus conductores nada agradables. Sus hombres habían quedado maravillados con lo densamente poblada que era la ciudad y les había parecido irónico que hubiera, de hecho, un pequeño pero bullicioso barrio chino. De hecho, uno de los hombres de Felipe, Zhen, habían nacido y crecido en Mexicali y era descendiente de inmigrantes chinos que habían venido a trabajar para la Colorado River Land Company, que se había instalado en la zona en el siglo XX para construir un sistema de riego en el valle. Samad sabía esto porque Felipe era un hombre al que le encantaba hablar, hasta el punto de ser una absoluta molestia.

Samad continuó revisando las fotografías y los informes, mientras que el resto de sus hombres comía, se cambiaba y cantaba dentro de la pequeña casa de tres dormitorios. Sí, estaban hacinados como pescados en conserva en la casa y Samad determinó que no iban a pasar más de unos pocos días ahí. Felipe ya le había informado sobre lo que había averiguado su grupo: estaban seguros de que el cártel de Juárez estaba involucrado en una importante operación de construcción de un túnel en el sitio de construcción de una nueva planta de producción de Z-Cells. Las fotografías mostraban cinco edificios en distintas etapas de construcción y un pequeño depósito dentro del sitio que ya había sido terminado. Curiosamente, grandes cantidades de tierra habían sido sacadas de la bodega y cargadas en camiones volquete. Además, Samad tomó nota de la presencia de equipos de trabajo yendo y viniendo a intervalos regulares y en turnos que mantenían a los equipos trabajando veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Y Samad sabía que donde había una operación de construcción de un túnel importante, siempre había un capataz y/o ingeniero controlando la operación. De todos los hombres que habían sido fotografiados, uno en particular se destacaba porque era mayor y estaba mejor vestido que la mayoría de los hombres y porque, según Felipe, llegaba en la mañana y se iba en la noche, aunque su horario había cambiado recientemente, adelantando su hora de llegada a las primeras horas de la mañana. Nunca lo habían seguido hasta su casa, por lo que Samad hizo de eso una prioridad.

Una hora después, Samad, Talwar y Felipe estaban sentados en un destartalado Honda Civic

conducido por Felipe. Esperaron hasta que el primer grupo de trabajadores hubo salido del depósito. Su hombre aún no se iba. Esperaron hasta el atardecer y luego, finalmente, Samad lo vio, subiendo en un Kia negro tan viejo y maltratado como el de ellos. Lo siguieron fuera del sitio, hacia el sur, más allá de la ciudad y hacia los suburbios a lo largo del corredor sureste.

A los veinte minutos habían localizado la casa del hombre y lo observaron estacionarse, y luego, con una llamada de Felipe, pusieron a un hombre a montar guardia frente a la residencia para alertarlos cuando pensara que todo el mundo se había ido por la mañana.

—Él nos ayudará a cruzar la frontera. No lo sabe todavía, pero es un siervo de Alá —dijo Samad.

Talwar, quien había estado trabajando en su teléfono inteligente, levantó la vista y dijo:

—Si la información aún es correcta, esta casa pertenece a Pedro Romero. Lo busqué en Google y era ingeniero, pero la compañía para la que trabajaba cerró.

—La construcción ha estado muy mal por aquí —dijo Felipe—. Conozco a muchos hombres buenos que no tienen trabajo.

—Bueno, él encontró un buen trabajo, ¿no? —dijo Samad—. Él es nuestro hombre. Pero tenemos que movernos con mucho cuidado. Tenemos que asegurarnos de que sea muy cooperativo, por lo que necesitamos saber todo lo relacionado con el señor Pedro Romero.

Mansión Rojas
Cuernavaca, México
56 millas al sur de Ciudad de México

Rojas estaba tendido en su cama, mirando la moldura que se extendía por la pared del fondo, largas líneas de costosa madera que se extendían hacia las sombras. El ventilador de techo zumbaba, sus palas giraban lentamente y la luz de la luna entraba por la ventana a través de las palas, formando una sombra vacilante sobre su colcha y la mejilla de Alexsi. Ella dormía profundamente a su lado y Rojas cerró los ojos una vez más, luego los abrió de un golpe y miró el reloj: eran las 2:07 a.m.

Sus emociones habían causado estragos en él durante las últimas veinticuatro horas. Un intento de asesinato, un intento de secuestro de Miguel y su novia... decidió que necesitaba unas vacaciones inmediatas de su vida real.

Con un estremecimiento se levantó, se puso la bata y, utilizando su teléfono celular como linterna se aventuró a bajar por las escaleras en la fría oscuridad. Entró en la cocina, encendió una luz y se acercó a uno de los tres refrigeradores de acero inoxidable para sacar un poco de leche, que tenía prevista para calentar y beber lentamente, un régimen que a menudo lo ayudaba a conciliar el sueño.

Para cuando tuvo la olla en la cocina a gas y hubo echado la leche, sintió un hilo de voz detrás de él.

—¿Señor Rojas?

Se dio media vuelta para encontrar a Sonia ahí de pie, con su negligé negro cubierto mayormente por su propia bata de seda. Tuvo que parpadear porque pensó que la estaba imaginado.

—Señor Rojas, ¿está bien?

—Oh, lo siento, Sonia, todavía estoy medio dormido, supongo. ¿Qué estás haciendo levantada?

—Escuché a alguien aquí abajo. Miguel tomó las pastillas como usted dijo y está durmiendo muy

bien. A mí no me gusta tomar medicamentos y ahora no puedo dormir. Sigo viendo lo que le hicieron a ese hombre una y otra vez.

—Lo siento mucho. Mañana voy a hacer algunas llamadas y te vamos a ayudar con un poco de terapia.

—Gracias, señor. No sé si hay alguna manera de olvidarlo. Esparcieron su sangre en mi cara.

El asintió, frunció los labios y luego dijo:

—¿Quieres un poco de leche? La estoy calentando.

—Eso estaría bien. Gracias —entró a la cocina y se sentó sin esfuerzo en uno de los taburetes—. Supongo que usted tampoco podía dormir después de lo que le pasó.

—He estado esperando algo así durante muchos años. Es por eso que he tomado tantas precauciones, pero no puedes saber cómo vas a reaccionar cuando llegue ese día. Nunca se puede planear todo.

—Eso es muy cierto.

—Sonia, quiero mucho a mi hijo. Él es todo lo que me queda en este mundo y no puedo agradecerte lo suficiente. Me ha dicho lo fuerte que fuiste. No lo podía creer. Pero, ¿sabes una cosa? Yo sí. Cuando te conocí, pude ver algo poderoso en tus ojos, esa misma luz que vi en mi esposa. Fuiste muy valiente.

Ella bajó la cabeza y se sonrojó.

Él había ido demasiado lejos, lo sabía, y su tono era un poco demasiado seductor.

—Sólo quería darte las gracias —añadió de repente.

—Creo que la leche está hirviendo —dijo ella, señalando la cocina con la barbilla.

Se dio la vuelta y bajó el calor, pero la espuma de la leche se derramó sobre la olla, y él maldijo y la sacó de la llama, con la leche silbando y salpicando.

—Señor Rojas, ¿puedo hacerle una pregunta muy personal? —dijo ella, después de que él hubiera tenido la leche bajo control y sacado dos tazones de un armario.

—Claro, ¿por qué no?

—¿Es usted completamente honesto con su hijo?

—¿Qué quieres decir?

—¿Sabe todo acerca de usted y sus empresas? Quiero decir, ¿sería capaz de ocupar su lugar si algo llegara a suceder?

—Esa es una pregunta bastante mórbida.

—Si seguimos juntos, y decidimos casarnos, él tendría que saberlo todo.

—Por supuesto.

Entonces a ella se le hizo difícil mirarlo a los ojos.

—Simplemente parece bastante ingenuo sobre algunos aspectos en estos momentos.

—Y con buena razón —dijo Rojas, poniéndose un poco sospechoso de su curiosidad—. Algunos de mis negocios son demasiado insignificantes para que él se preocupe por ellos. Tengo gente manejándolos y presentándome informes semanales o mensuales. Cuando esté listo, le enseñaré todo.

—¿Me enseñará todo a mí también?

Él vaciló. Era, de hecho una mujer poderosa, tal vez demasiado poderosa, y él nunca había permitido que su querida esposa supiera siquiera un cinco por ciento de lo que exactamente hacía.

—Por supuesto que lo haré —mintió, y le entregó un tazón de leche humeante—. Yo esperaría que tú y Miguel fueran los herederos... si estuvieran casados.

—No quiero sonar como una caza fortunas, señor. Solo estoy preocupada por Miguel. Sé que usted quiere que trabaje en el banco este verano, pero me preocupa que él vaya a odiar eso. Y si él es infeliz, los dos somos infelices.

—¿Qué sugieres?

—Enséñele acerca de cómo operan sus negocios. Que sea su mano derecha. Él es su hijo, después de todo.

Rojas se quedó pensando en eso. Ella estaba en lo cierto. Miguel era el heredero de su imperio y el muchacho sabía tan poco. Rojas podría haber sido asesinado y Miguel difícilmente comprendería la enormidad del mundo de su padre. Pero Rojas nunca le revelaría la fea verdad del cártel, ni a Miguel ni a nadie, nunca...

De repente, Alexsi apareció en la puerta.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó, mirando acusadoramente a Sonia.

—¿Quieres un poco de leche caliente? —le preguntó Rojas, haciendo caso omiso de su pregunta —. Tengo un poco más.

—Está bien.

—No podía dormir. No después de lo que ha ocurrido —dijo Sonia—. Escuché bajar al señor Rojas, así que pensé en unírmele.

La expresión de Alexsi se suavizó.

—Entiendo.

Rojas se quedó mirando a Alexsi. Si ella pudiera leer su mente, sus maletas estarían hechas en una hora.

Y si Sonia pudiera leer su mente, ella se uniría a Alexsi en un taxi que las llevaría muy lejos de su mundo.

29

EL ÚNICO DÍA FÁCIL

Terminal de petróleo de Basora
Golfo Pérsico, Irak
19 de marzo de 2003

Moore se impulsó y se subió al Zodiac negro para unirse a los otros dos SEAL que habían saltado desde la plataforma. Todavía estaban esperando a Carmichael y a uno de sus muchachos, Mako Seis, que había sido herido. Moore se quitó su máscara y tomó un largo respiro de aire salado. Hacia el oeste, a través de las olas de color carbón y debajo de un manto de nubes, el helicóptero CH-47 Chinook estaba sostenido en el aire, con su rampa trasera baja y el piloto sentado precariamente por sobre el agua. Los rotores en tándem creaban una estela que se levantaba muy alto en la noche y dibujaba un torbellino blanco pálido sobre el golfo, mientras que los motores turboeje del helicóptero rugían. Moore sabía que ese piloto estaba luchando ferozmente contra el viento.

Una arremetida de disparos de armas pequeñas surgió desde la plataforma, la mayor parte dirigida al helicóptero, mientras que Moore hablaba por radio, tratando de pedir apoyo del bote patrullero; sin embargo, la petición fue denegada y se le ordenó salir de ahí inmediatamente.

El piloto del helicóptero hizo eco de esas órdenes:

—Mako Uno, aquí Seabird, ¡nos están disparando, nos están disparando! ¡Necesitamos sacarte de ahí AHORA, cambio!

—Entendido, Seabird. ¡Entendido!

El fuselaje del Chinook cobró vida con los destellos de las balas rebotando y perdiéndose rápidamente en la niebla. Moore se volvió hacia la plataforma y vio a Carmichael en la barandilla con el técnico eléctrico primero Billy Hartogg, Mako Seis.

—Frank, ¡se nos está acabando el tiempo, amigo! —le recordó Moore a su amigo.

Pero Frank Carmichael entendía que ni en la vida ni en la muerte ningún hombre debe ser dejado atrás. Él y Moore habían aprendido de primera mano que ese no era un cliché patriotero de las películas de guerra. Era verdad, y las acciones de Carmichael reflejaban la madera de la que estaba hecho y la calidad de su carácter. Cogió el cuerpo sin vida del técnico eléctrico primero Hartogg y estaba decidido a llevar al SEAL a casa.

Un SEAL como Carmichael no tomaba el camino más fácil, ni durante el INDOC, ni durante el BUD/S, ni en cualquier otro momento. El único día fácil había sido ayer. Sin embargo, antes de que Carmichael pudiera llegar al borde, una ola de disparos atravesó la barandilla, golpeando y chispeando, haciéndolo retroceder hacia atrás y lejos.

Y luego más salvas perforaron el agua entre el Zodiac y la plataforma, y Moore se encontró a sí mismo mirando a los ojos de dos guardias, apuntando sus rifles hacia él.

Un tiroteo resonó detrás de él al momento que sus hombres levantaban sus propios rifles y les disparaban a los dos iraquíes, quienes cayeron hacia atrás y fuera de la vista en la plataforma.

Un fuerte chapoteo captó la atención de Moore. Carmichael y su compañero habían caído diez metros desde la plataforma y estaban en las olas...

Pero del otro lado, cerca de uno de los pilares más grandes, a unos veinte metros.

Una mano se levantó por encima de las olas... y una voz que estaba solo en la mente de Moore hizo eco: *«¡No me dejes! ¡No me dejes!»*.

—¡Tenemos que volver! —gritó Gary Brand, el suboficial principal del pelotón, sentado al lado de Moore en el Zodiac.

Moore miró a Carmichael, luego de vuelta al helicóptero.

—¡Mako Uno, aquí Seabird! ¡No puedo esperar más tiempo!

Moore maldijo y negó con la cabeza.

—¡Esperen por mí! ¡Van a esperar!

—¡Maldita sea, Mako Uno! —exclamó el piloto—. ¡Treinta segundos!

El motor fuera de borda que había estado gorgoteando en reposo rugió en tanto Moore salió a toda velocidad a buscar a Carmichael, diciéndole a sus hombres que estuvieran listos en la cuerda.

Moore tomó un respiro profundo y contuvo el aire.

Todo lo que Carmichael tenía que hacer era coger la cuerda y deslizar el lazo sobre su brazo. Lo arrastrarían hacia el Zodiac así fuera la última cosa que hiciera.

Los condujo cerca de Carmichael, quien estaba tratando de sujetar el cuerpo de Hartogg. Navegaron hasta llegar a su lado.

Lanzaron la cuerda.

Carmichael tenía solo un brazo libre para atraparla.

No lo logró. *¡Mierda!*

Moore giró el bote con tanta firmeza que se sintió como si estuviera sobre rieles. Pensó que tenía tiempo para otra pasada. Luego volvió a mirar al Chinook.

Seabird comenzaba a alejarse.

Y de repente un segundo se hizo un año. No había más ruido que el latido del corazón de Moore, ninguna sensación a excepción del agua salada en su boca.

Carmichael cabeceaba arriba y abajo, cerca del pilar.

La rampa del helicóptero lanzó una cascada de agua de vuelta al golfo mientras el piloto aceleraba el motor al máximo.

«¿No recuerdas la cita que nos dijeron?», le había preguntado Carmichael. *«Solo podemos ser derrotados de dos formas: o morimos o nos damos por vencidos. Y no vamos a darnos por vencidos»*.

Una nueva ola de disparos sacó a Moore de su aturdimiento y envió su mirada hacia el helicóptero.

—¡Está despegando! ¡Tenemos que irnos!

No estaba seguro de quién respondió, la voz distorsionada por el viento, los disparos, la estela del rotor, pero oyó lo suficiente:

—¡No hagas esto, Max! ¡No lo hagas!

Pero se dio cuenta en ese momento de que no podía salvarlos a todos. No a todos ellos. No a Carmichael.

—No hay opción. ¡Nos vamos!

Cuando volvió a mirar hacia la plataforma, Carmichael todavía estaba allí, agitando su mano no para pedir ayuda, sino para indicarles que se fueran.

Sálvense ustedes.

Estallaron disparos por el lado del Zodiac y eso fue todo. Moore giró el barco una vez más y aceleró el motor fuera de borda, haciéndolos saltar a través de las crestas de las olas hacia el helicóptero.

—Seabird, aquí Mako uno. ¡Vamos en camino!

—Entendido, Mako uno. ¡Muévete!

El Chinook descendió y su rampa se inundó una vez más.

«¡No me dejes!».

Pero Carmichael nunca había gritado eso. Él les había instado que se fueran. Sabía que debía quedarse atrás.

Moore llevó el bote a toda velocidad hacia el Chinook, cuyo piloto ahora estaba descendiendo unos pies más, con la rampa perfectamente alineada y el fuego enemigo golpeando en todo su alrededor, hasta que...

El Zodiac, bajo la dirección determinada de Moore, subió a toda velocidad por la rampa y se arrastró y chocó hasta detenerse en el interior del helicóptero.

Antes de que Moore incluso pudiera desacelerar, el piloto del Chinook elevó el helicóptero y se alejaron a toda velocidad de la plataforma, dejando las olas y los disparos atrás.

Después de apagar el motor, Moore se quedó sentado allí. Cuando levantó la mirada, se encontró con los ojos de sus compañeros SEAL, todos lo miraban fijo, como esperando una excusa, algo a lo que pudieran aferrarse para justificar lo que había sucedido recién. Dejamos a un hombre en el agua para que muriera.

Pero todo lo que Moore pudo hacer fue cerrar los ojos, mirar hacia otro lado, y ponerse tenso para no desmoronarse.

Y entonces sus hombres volvieron a su trabajo, quitándose el equipo, de vuelta a lo suyo, como si nada hubiera pasado. El entrenamiento había empezado a hacer efecto, las innumerables horas de entrenamiento, de rutina, de ni siquiera recordar que habían terminado la misión y habían empacado el equipo y de alguna manera habían logrado llegar al bar y ya estaban en su tercera ronda. El borrón. La niebla. La intensidad cegadora del combate minando los sentidos que regresarían con el tiempo.

A las dos horas se había puesto en marcha la operación más grande en la historia de los SEAL de la Armada de los Estados Unidos. Para frustración de Moore, su equipo había sido mantenido en reserva.

Los SEAL, junto con los Royal Marines, habían atacado los bloques de bombeo de cada terminal y plataforma; sin embargo, la información de inteligencia no había podido detectar el alambre concertina que rodeaba esos bloques, por lo que los SEAL se enredaron en ese obstáculo y recibieron fuego de la guarnición en la plataforma hasta que pudieron asegurar el área. No mucho después, recibieron fuego de un vehículo blindado iraquí, pero su Controlador de Combate de la

Fuerza Aérea integrado había sido capaz de llamar un A-10 Warthog de la Fuerza Aérea, cuyo Oficial de Armas rápidamente identificó y destruyó el vehículo con un misil aire-superficie 670-libras AGM-65 Maverick.

Aún más ataques fueron lanzados por los SEAL sobre la refinería y el puerto en la península de Al-Faw, mientras que infantes de Marina de los Estados Unidos del 5º Regimiento de Infantería de la 1ª Fuerza Expedicionaria de Marina atacaron objetivos más al norte en los campos petrolíferos de Rumaila. Moore había escuchado a su comandante quejarse de que el suelo ahí parecía inestable, demasiado inestable para sus vehículos de patrullaje para el desierto (DPV)[30] estándar de tracción trasera. Los temores de los SEAL fueron confirmados cuando llegaron y sus DPV quedaron atrapados en la arena del desierto y empapados de aceite. Se habían visto obligados a desplazarse a pie para hacer frente a más de trescientos soldados iraquíes atrincherados y vehículos blindados. Con la ayuda de apoyo aéreo cercano llamado por sus controladores de combate, los equipos SEAL batallaron a través de las posiciones enemigas hasta la madrugada, matando a varios cientos de iraquíes, capturando a casi cien más y destruyendo la totalidad de sus vehículos blindados hasta que fueron relevados por el Comando 42 de los Royal Marines británicos.

Tras la operación, el cuerpo de Carmichael fue recuperado. Había recibido los disparos de los iraquíes en la plataforma y mordido por las serpientes de mar de vientre amarillo que habían sido levantadas por la estela del motor fuera de borda. Las serpientes eran comunes en el golfo y su veneno era más tóxico que el de la cobra o la krait, paralizando el sistema respiratorio de la víctima. El cuerpo de Hartogg también había sido recuperado, a pesar de que se había desplazado casi un cuarto de milla lejos de la plataforma.

En el funeral de Carmichael en San Diego, Moore, junto con más de treinta otros SEAL que conocían a Carmichael y habían servido con él, se alinearon a ambos lados del paso de los portadores del féretro, con el ataúd saliendo de la carroza fúnebre y siendo llevado entre ellos. Mientras el ataúd pasaba junto a cada SEAL, estos se quitaban el Tridente dorado, también conocido como «Budweiser», del uniforme. Con el grueso alfiler del Tridente sobresaliendo de la parte inferior, golpeaban el alfiler contra el ataúd, incrustándolo en la madera. Uno por uno, mientras los portadores del féretro esperaban, los SEAL hundieron sus Tridentes en el ataúd de Carmichael, de modo que para cuando llegó a la tumba, dos líneas de incrustaciones doradas se habían dibujado a lo largo de cada lado. Eso era lo menos que Moore y sus colegas podían hacer: un último homenaje a uno de sus hermanos.

Moore, siendo el mejor amigo y el más unido a Carmichael, fue el último en poner su alfiler y eso había sido demasiado. Se había derrumbado por apenas unos pocos segundos, pero las caras estoicas nacidas de la extrema disciplina de sus compañeros lo motivaron a aguantar. Superaría esto. Miró a la joven esposa de Frank, Laney, ahora viuda, sollozando en su pañuelo, su rímel negro, tan oscuro como su vestido, corriendo por sus mejillas. Decirle que lo lamentaba era una broma, una broma terriblemente mala. Ella había perdido a su marido por su culpa. La frustración de no poder ayudar era enloquecedora y apretó los puños.

Unas horas más tarde, en el velatorio, que se celebró en un gran restaurante italiano llamado Anthony s, Moore había llevado a Laney a un lado y tratado de explicarle lo que había sucedido. A ella solo le había dado un recuento muy vago del incidente y en ninguna parte en el informe decía que

Moore había tomado la decisión de dejar a Carmichael y llevar al resto del equipo de vuelta al helicóptero, solo que los SEAL habían recibido una ola de disparos y Carmichael había sido asesinado.

—La verdad, Laney, es que fue culpa mía.

Ella sacudió la cabeza y lo apartó.

—No quiero oírlo. No quiero saber. No cambiará nada. No soy estúpida, Max. Yo sabía que esta era una posibilidad, así que no pienses que soy una pobre viuda en estado de shock ni trates de darme a alguien a quien culpar. Puedes pedirme disculpas si eso te hace sentir mejor, pero no tienes que hacerlo. Yo asumí la responsabilidad de casarme con un SEAL de la Armada y sería una maldita tonta si no hubiera pensado que este día iba a llegar. ¿Sabes qué es lo raro? Cuando ustedes fueron desplegados la última vez, tuve esta sensación... yo sabía...

—No sé qué decir.

—Frank murió haciendo lo que amaba. Y los adoraba a ustedes chicos. Era su vida. Así es como lo vamos a recordar.

—Pero él no tenía que morir. Y yo sólo... yo incluso no estaría aquí si...

—Ya te dije, sin disculpas.

—Lo sé, pero...

—Entonces olvídalo.

—Laney, no espero que me perdones —Moore se quedó sin habla—. Yo sólo... no había... él trató de decirme que me fuera...

—Ya está bien. No digas nada más.

—Pero tengo que hacerlo.

Le puso un dedo sobre los labios.

—No. No tienes que hacerlo.

Moore bruscamente se dio media vuelta y salió corriendo del restaurante, sintiendo las miradas de todos los demás SEAL clavarse en la parte posterior de su cabeza.

Zona de la Cueva Crystal
Parque Nacional de las Secuoyas
California

—Sólo cinco —susurró Ansara mientras miraba a través de sus binoculares. Estaba tumbado sobre su vientre, hombro con hombro junto a Moore, quien confirmó lo mismo detrás de sus propios binoculares.

En un claro unos quince metros más abajo, cinco hombres hispanos estaban cargando un camión sin identificación de catorce pies de largo con ladrillo tras ladrillo de marihuana seca. Ansara ya le había dado a Moore un recorrido por el lugar que él llamaba «el jardín», donde debajo de la amplia cobertura de los pinos de azúcar el cártel había establecido una sofisticada operación de cultivo cuyo extenso e inteligente sistema de riego dejó a Moore sorprendido. Había visto las tiendas de campaña de los productores y las otras tiendas mucho más grandes y largas en donde las plantas cosechadas colgaban de cordeles y eran cuidadosamente secadas por un período de tres a cuatro días, y a los productores revisando con mucho cuidado cada planta para asegurarse de que no

hubieran contraído ningún moho. Una vez secos, los paquetes de plantas eran trasladados a otra tienda, donde un equipo de dieciséis mujeres (Moore las había contado y algunas no parecían tener más de quince o dieciséis años) las pesaban, agrupaban y sellaban cada ladrillo. Habían dejado las portezuelas laterales de la tienda abiertas y a través de esas aberturas Moore había podido fotografiar toda la operación, que a su vez estaba bajo la vigilancia de un conjunto de cámaras a batería montadas dentro y alrededor de las tiendas de campaña. Ansara, que ya había realizado un excelente reconocimiento de la operación, conocía cada puesto de guardia y cada sección débil en el sistema de defensa de la plantación.

—Yo quería arrestar a estos tipos la última vez que estuve aquí, pero la Oficina no quiso —le había dicho a Moore—. Probablemente fue la decisión correcta.

—Sí, porque en una semana habrían montado otra operación. Tenemos que cerrar su operación en México y romper la cadena de mando.

—¿Por qué es que todos ustedes ex-militares hablan acerca de tácticas, técnicas y procedimientos y se refieren a un grupo de traficantes de drogas diciendo que tienen una «cadena de mando»?

—Porque no somos ex militar. Siempre somos militares. Y porque eso es exactamente lo que es.

—Sólo te estoy rompiendo las pelotas.

Moore sonrió al recordar la conversación y luego miró hacia el cable trampa láser que habían marcado con un pequeño trozo de cinta adhesiva en cada árbol. Esas eran las zonas por las que no podían pasar y Ansara había evitado dos veces que Moore tropezara y atravesara un rayo. Había tomado un poco de talco para bebés entre sus dedos para mostrarle a Moore exactamente por donde atravesaba el láser, espolvoreando el talco muy suavemente sobre el rayo.

Una cámara montada en la parte superior de la tienda desde la cual los hombres estaban moviendo los ladrillos hizo un paneo hacia la colina, luego hacia arriba, hacia Moore y Ansara, quienes se enterraron aún más profundo detrás del tronco que estaban utilizando para cubrirse. En ese preciso momento, sintieron pisadas y el crujir de las hojas detrás de ellos, desde al sureste. Guardias patrullando. Voces. Español. Algo acerca de huellas de oso.

¿Osos? Eso no era bueno.

Ansara le hizo un gesto. *Espera. Van a pasar.*

Los hombres que estaban más abajo terminaron de cargar y solo tres de ellos se subieron a la cabina del camión y el conductor encendió el motor.

Moore y Ansara necesitaban bajar de vuelta al valle, donde recogerían sus bicicletas de montaña de doble suspensión y andarían sin hacer ruido hasta los caminos principales donde estaba su camioneta pickup 4 × 4. El camión del cártel tendría una ventaja considerable sobre ellos, pero sería seguido por satélite y la información sería enviada directamente al teléfono inteligente de Moore. En algún momento Moore tendría que acercarse para plantar un rastreador GPS en el vehículo, el que proporcionaría datos más precisos sobre la ubicación del camión. La información obtenida por el satélite a menudo se veía interrumpida por el clima y el terreno, y este era un camión que *no* querían perder.

Una vez que las voces de los guardias empezaron a alejarse, Ansara abrió el camino a través de nudos de pinos y sobre camas de agujas crujiendo bajo sus botas. Eran las 11:35 a.m.

Para cuando llegaron a sus bicicletas, escucharon el pesado camión avanzando lentamente por el camino de tierra, un angosto sendero que había sido despejado por los trabajadores del cártel y estaba unos veinte metros al este de su ubicación. Ansara se montó en su bicicleta y partió. Era un experimentado ciclista después de haber entrenado mucho con su amigo Dave Ameno, quien le había enseñado a andar por algunos de los senderos más técnicos de Florida Central. Las habilidades de Ansara fastidiaban a Moore, que apenas podía mantenerse sobre sus ruedas mientras daba brincos sobre raíces y se desplazaba a los saltos. Ansara sabía exactamente cuándo levantarse del asiento y cuándo lanzar su peso hacia atrás, mientras que Moore se sacudía arriba de la bicicleta como una muñeca de trapo cuyas manos habían sido pegadas con cinta adhesiva al manubrio.

Que Moore hubiera caído sólo dos veces antes de llegar a su camioneta había sido pura suerte. El hecho de que no se hubiera roto nada o sangrado era el milagro que necesitaban. Tiraron sus bicicletas en la parte trasera de la camioneta y partieron en dirección suroeste por Sierra Drive, mientras Moore estudiaba el mapa y el punto azul superpuesto que representaba el camión.

—¿Qué tan lejos están? —preguntó Ansara.

—Tres-punto-cuatro-cinco millas.

El agente del FBI asintió con la cabeza.

—Recuérdame cuando todo esto termine que te enseñe a montar en bicicleta de montaña. Pude ver que eso no formó parte de tu amplio entrenamiento.

—Ey, lo logré.

—Sí, pero te veías muy indeciso a través de esos saltos. Te dije que te relajaras y dejaras que la bicicleta te dijera a dónde quería ir.

—No hablo el idioma de las bicicletas.

—Obviamente.

—La bicicleta quería ir hacia los árboles.

—Debes ser uno con la máquina, pequeño saltamontes.

—Sí, qué me importa.

Ansara se echó a reír.

—Oye, ¿tienes novia?

Le sonrió torcidamente al hombre.

—¿Siempre te gusta hablar tanto?

—Ey, estamos siguiendo un camión.

—Exacto. Así que concentrémonos en eso. La señal aún es buena. ¿Alguna especulación sobre su primera parada?

—Bueno, si se meten a la 198, entonces pienso que será Porterville. Ha habido algo de tráfico a través de allí antes. La DEA anotó en grande hace un par de años, creo.

Moore estaba a punto de ampliar su visión del mapa cuando se volvió hacia Ansara y dijo:

—Y para responder a tu pregunta, no tengo novia. Estaba con una señorita muy agradable en Afganistán, pero no estoy seguro de cuándo volveré allá.

—¿Una lugareña?

—Oh, eso sí que funcionaría, ¿eh? Me habrían colgado por mis ya-sabes-qué, así que no, estadounidense. Trabaja para la embajada de los Estados Unidos.

—¿Es sexy?

Moore sonrió.

—No.

—Una lástima.

Sonó teléfono celular de Ansara.

—Oh, esta es una llamada que tengo que contestar.

—¿Quién es?

—Rueben. El niño que recluté. ¿Qué tienes para mí, muchacho?

Moore captó sólo fragmentos de la voz del chico en el otro extremo, pero la reacción de Ansara llenó los espacios en blanco: el cártel había completado una especie de extenso túnel entre Mexicali y Calexico. Rueben era uno de los cerca de diez jóvenes que iban a empezar a hacer grandes envíos a través de los túneles, probablemente cocaína de Colombia y opio de Afganistán. Esta era una vía de acceso completamente nueva para el cártel y después de la llamada Ansara dijo que las mulas ya habían hecho varias carreras de prueba. Ahora se sentían seguros de que el corredor estaba despejado y no había sido detectado, por lo que el producto real empezaría a moverse hacia el norte, mientras que el dinero y las armas fluirían hacia el sur.

El camión del cártel se movía a no más de cuarenta y cinco millas por hora a través de los sinuosos caminos y Ansara había estado en lo cierto. Habían conducido directamente al pequeño pueblo de Porterville, California, con una población de cerca de cincuenta mil habitantes, y habían ido derecho al Holiday Inn Express, donde se estacionaron en un espacio detrás del edificio de tres pisos.

Moore y Ansara los observaban desde el estacionamiento del Burger King al otro lado de la calle. Los tres hombres permanecieron en la cabina, arruinando el plan de Moore de poner su rastreador GPS en la parte inferior del vehículo. No se atrevieron a acercarse más.

—¿Quieres una hamburguesa con queso? —preguntó Ansara. Moore lo miró con fingido asco.

—Bueno, In-N-Out Burger vende la mejor hamburguesa en la costa oeste, en mi humilde opinión, porque es cien por ciento pura carne vacuna. Y las papas fritas las cocinan en un aceite vegetal cien por ciento puro y libre de colesterol.

—¿Estás bromeando? ¿Quieres una hamburguesa o no?

—Tráeme dos.

Para cuando Ansara regresó con la comida, otro vehículo se había detenido al lado del camión del cártel. Este segundo automóvil era una furgoneta de carga blanca con vidrios polarizados.

Mirando a través del largo lente de su cámara digital de vigilancia, Moore casi se atraganta con su hamburguesa con queso al observar a los hombres trasladar por lo menos cuarenta bloques del tamaño de un ladrillo del camión del cártel a la furgoneta... a plena luz del día.

El conductor de la furgoneta, otro hombre hispano con una chaqueta de mezclilla y anteojos de sol, le entregó a los hombres del cártel una mochila, presumiblemente repleta de dinero en efectivo.

—No puedo creer que sean tan audaces.

—Créelo —respondió Ansara—. Hola. Aquí están sus drogas. Gracias por el dinero. Que tengan un buen día.

La furgoneta se fue y si bien la Agencia la seguiría vía satélite y las fotografías de Moore de su número de matrícula, si la interceptaban ellos podrían llamar a los tipos del camión del cártel, que entrarían en pánico y no completarían su distribución, por lo que la dejarían en paz. El camión salió del estacionamiento y se dirigió al oeste, de vuelta hacia la 65. Ansara se mantuvo muy por detrás y para cuando se metieron a la autopista, en dirección al sur, el camión del cártel tenía una ventaja de dos millas.

—Así que, esta novia tuya —dijo Ansara de la nada—. ¿Aún hablas con ella?

—¿Por qué lo preguntas?

—Yo no tengo mucha suerte con las mujeres.

—A causa de esto.

—¿El trabajo? Claro que sí...

—Bueno, soy el hombre equivocado para pedirle consejo. Ansara esbozó una sonrisa.

—Tal vez un día encuentre a un tipo que sepa cómo hacerlo. Se me había olvidado que eras un SEAL, lo cual más o menos te condena.

—Ey, conocí a un par de tipos con familias.

—Son la excepción y no la regla. Las mujeres hoy en día quieren demasiado. Creo que algunas piensan que somos egoístas por pasar tanto tiempo lejos. Cuando estaba en Afganistán, no conocí a nadie en ninguno de los equipos ODA[31] que no fuera soltero, divorciado o estuviera en medio de un divorcio. Era más bien patético.

—Me había olvidado que estuviste en las Fuerzas Especiales. Pensé que solo eras un ex ciclista de montaña en busca de fama y fortuna.

—Sí, es por eso que me uní al FBI, para poder trabajar a horarios ridículos y ser mal pagado, mientras gente trata de matarme...

—Te encanta.

—Cada minuto.

Moore miró el mapa.

—Oye, hermano. Se detuvieron. En una gasolinera. Cerca de Delano.

—Podría ser solo para abastecerse de combustible... pero si es otro intercambio, necesitamos movernos rápido, de lo contrario podríamos perderlos.

Moore estaba a punto de hacer un acercamiento en la imagen cuando la imagen del satélite se congeló.

—Mierda. Perdí la señal.

30

QUERIDA SEÑORITA

Hotel Bonita Real
Ciudad Juárez, México

Gloria Vega estaba sentada en el sedán particular al otro lado de la calle del hotel. El inspector Gómez estaba al volante. A petición de Gómez, estaban vestidos de civil, pero llevaban puestos sus chalecos de Kevlar. El recepcionista del hotel, un hombre llamado Ignacio Hernández, había sido encontrado muerto la noche anterior de un disparo en la frente, al estilo ejecución. El propietario del hotel, el Sr. Dante Corrales, no había podido ser localizado y tampoco su novia. Gómez había contactado a varios otros empleados del hotel, además de obreros de la construcción que estaban trabajando en un proyecto de renovación, y él y Vega los iban a entrevistar hoy.

—Los ve ahí arriba —dijo Gómez, refiriéndose a los dos hombres sentados en la azotea del hotel —. Son observadores, pero no los de siempre. No había visto a estos hombres antes.

—Tal vez Corrales mató a su recepcionista y se fue —dijo Vega.

—¿Por qué haría eso?

Ella se encogió de hombros.

—Le estaba robando.

—No. Es mucho más complicado que eso.

—¿Cómo lo sabe?

La miró otra vez y bruscamente le dijo.

—Porque he estado haciendo esto durante la mayor parte de mi vida. Espere aquí hasta que yo regrese por usted.

Con un pequeño bufido, el hombre mayor salió del auto, cerró la puerta de un golpe y cruzó la calle, hacia la entrada principal del hotel. Vega vio cómo los observadores seguían cada uno de sus movimientos.

¿Cuándo caería el martillo? Todo tenía que ser cuidadosamente programado y planificado, le decía una y otra vez Towers. El hecho es que a ella se le estaba acabando el tiempo y ahora era mucho más difícil ser cuidadosa. ¿Podría sobrevivir otro atentado contra su vida? ¿Valía la pena siquiera todo esto?

Miró hacia el hotel.

Los observadores estaban concentrados en otra cosa.

Primero oyó el motor. Luego, apareció un sedán azul oscuro doblando a toda velocidad por la esquina con dos hombres colgando de las ventanas del lado del acompañante. Llevaban camisetas, pantalones de mezclilla y pasamontañas en sus rostros.

Vega salió corriendo del auto al tiempo que sus escopetas giraban hacia ella. Ella ya estaba

respondiendo al fuego cuando empezaron a dispararle, sus armas tronando y los perdigones destrozando el auto.

Pero sus disparos fueron acompañados por dos más y su mirada giró hacia la azotea del hotel, donde los dos observadores ahora estaban sosteniendo sus rifles y disparando contra ella.

Un respiro más tarde, sintió un dolor punzante en el cuello y luego dos agujas más atravesando sus hombros en tanto la sangre comenzó a brotar sobre el pavimento. Se llevó la mano instintivamente al cuello, que ahora estaba bañado en sangre. Se estremeció, quería gritar, abrió la boca, pero sus cuerdas vocales ya no funcionaban. Se derrumbó detrás del auto en tanto el otro vehículo paraba en seco y Vega apenas volvió la cabeza en esa dirección mientras uno de los hombres se le acercaba, levantaba su escopeta y le disparaba a quemarropa en la cara, que ya estaba adormecida.

Pudieron haber pasado un minuto o dos, o tan solo unos segundos, no estaba segura, pero levantó la mirada con un ojo bueno y a través de una nube de sangre y vio a Gómez inclinado sobre ella.

Ya debería haber muerto. Lo sabía. Pero su cuerpo era tan testarudo como su espíritu.

—Lo siento, mi querida señorita —dijo Gómez—. Lo siento mucho...

Se metió la mano en el bolsillo y sacó su teléfono celular.

—He estado haciendo esto durante demasiado tiempo como para dejar que me atrapen. Lo sabe. Y yo sé que la mandaron aquí a buscar una rata. Es un negocio terrible. Terrible, terrible, terrible.

Él se levantó y se volvió hacia otro hombre.

—¿Pablo? ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Dónde está Dante?

—Está a salvo. Tuvimos algunos problemas con los guatemaltecos.

—¿Qué puedo hacer?

—Dante me ha enviado con un mensaje: deje a Zúñiga en paz. No lo toque.

—¿Zúñiga? ¿Estás loco? Es a él al que tenemos que matar.

Vega trató de escuchar, deseó poder ponerse en contacto con Towers y entonces sus pensamientos se separaron de su estrecha órbita y se alejaron flotando hacia sus padres muertos. Ella quería verlos, ver la luz, pero por el momento, sólo había una oscuridad paralizante.

Y de ese vacío vino un intercambio final de voces.

—Dante está cometiendo un terrible error. Dile que quiero hablar con él antes de que haga algo.

—Lo haré, señor. Lo haré.

Y entonces vino el frío, empujando atrás la sensación de adormecimiento. Se estremeció violentamente. Allí estaba ahora, un pinchazo al principio y luego un rayo de luz glorioso tan caliente y cálido como el sol del verano. No era Dios, argumentaban algunos, solo una reacción del cerebro. Pero Vega sabía la verdad. Ella sabía...

Estación de Gasolina Chevron
Delano, California

A pesar de haber perdido la señal del satélite, Moore y Ansara se dirigieron a la última ubicación conocida del camión en la gasolinera y para cuando llegaron allí, Moore ya había recobrado la señal del satélite y confirmado que el camión no se había movido. A veces tenían un poco de suerte en sus viajes, no la mayoría de las veces.

Una sorpresiva llamada telefónica del agente de la ATF, Whittaker, cuando se acercaban a la estación de gasolina dejó a Moore sin aliento.

—Debes buscar una furgoneta Honda Odyssey plateada —le dijo el hombre—. Debería estar llegando a tu ubicación muy pronto. Van a llegar por detrás del lavado de autos, creo. Towers dice que los dejemos hacer el intercambio.

—Entendido —dijo Moore—. ¿Y estás seguro de que son las mismas armas que el SEAL contrabandeó fuera de Afganistán?

—Oh, estoy seguro.

—Jesús...

—Sí, bueno, él va a caer, porque esa es sólo una parte del cargamento en esa furgoneta. El resto aún está en Minnesota y esa es la evidencia que yo voy a recoger. Me alegro de que no fueran lo suficientemente estúpidos como para intentar pasar de contrabando todo en un solo envío. Su intento de ser inteligentes ha sido a mi favor. Deberíamos tenerlo a él y las armas esta noche.

—Bueno, gracias por el aviso —dijo Moore, mientras Ansara se estacionaba en un taller mecánico al lado de la estación, Tenían una visión clara y sin obstrucciones del camión, que se había estacionado, de hecho, detrás del lavado de autos.

Moore abrió uno de los informes de Whittaker en su teléfono inteligente y revisó la lista de inventario de artículos supuestamente robados y contrabandeados por el SEAL de la Armada:

14 rifles M4A1 con paquete de accesorios SOPMOD
11 rifles M14 de francotirador (7,62 mm)
9 armas de francotirador MK11 Mod 0
2 metralletas HK MP5
6 escopetas Benelli M4 Super 90
14 lanzagranadas M203

Moore le dio a Ansara una descripción de la Honda y las palabras apenas habían salido de su boca cuando la furgoneta llegó a la estación, con su parte trasera ligeramente caída por el peso de su carga.

—Sabes, al menos en Afganistán los malos trataban de actuar como malos —dijo Moore—. Contrabandeaban opio y armas durante la noche. Usaban las cuevas. Trataban de mantenerse fuera de la vista de otros... pero estos tipos... diablos...

Ansara asintió y levantó su cámara.

—Actúa como si no estuvieras haciendo nada malo y nadie pensará que estás haciendo nada malo. La cosa es que ellos saben que los estamos buscando en la noche. Saben que vamos a allanar sus casas en la madrugada, cuando se supone que todo el mundo debería estar durmiendo, así que muchos de ellos hacen negocios a la madrugada, duermen toda .la tarde y luego están despiertos toda la noche.

Moore asintió con la cabeza.

—Has visto la lista de inventario, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces sabes que no podemos dejar que esas armas vayan a parar a México.

—Ey, ey, ey, espera un segundo, amigo. El rastro del dinero es más importante que las armas, lo sabes.

—Lo sé, pero no puedo soportar la idea de que un arma que alguna vez perteneció a un SEAL caiga en manos de algún cabrón de un cártel.

—Tal vez son armas nuevas —dijo Ansara.

Moore resopló y comenzó él mismo a tomar fotos mientras una colección de baúles Anvil negros era sacada de la furgoneta y trasladada a la parte trasera del camión. El conductor del camión del cártel le entregó una bolsa de papel marrón al conductor de la furgoneta, un hombre alto, enjuto, con pelo negro ralo que le llegaba hasta los hombros. Parecía un indio americano más que un mexicano.

El intercambio no tardó más de cinco minutos, los hombres realizaron sus operaciones de carga sin problemas, incluso de manera rutinaria. La furgoneta se alejó. Los tipos del cártel se subieron a la cabina del camión, pero esperaron unos instantes. Moore hizo un acercamiento con su cámara. El conductor estaba hablando por teléfono.

El propio teléfono de Moore empezó a vibrar. Towers. Solo tres palabras para hacer que a Moore se le contrajera el corazón:

—Vega está muerta.

—¿Cómo?

Towers le explicó. Luego agregó:

—Acabo de enterarme. Después de que le dispararon, colocaron en su cuerpo C-4. Cuando llegaron los servicios médicos de emergencia y la policía local, detonaron las cargas. ¿Puede creerlo?

—¿Quién le puso los explosivos? ¿Gómez o el cártel?

—No estoy seguro. Tenemos retroalimentación en el área, pero perdimos la señal cuando cambiamos de un satélite a otro. . Moore habló con los dientes apretados:

—Apuesto a que fue ese hijo de puta Gómez. Él hizo que la mataran y lo arregló para que pareciera que fue el cártel.

—Ella era nuestro mejor vínculo con él. Tengo un par de observadores nuestros allá afuera y algunos informantes civiles bastante buenos, pero esto sigue siendo un importante revés.

Moore cerró los ojos.

—Ella no murió en vano. Nos aseguraremos de ello.

Después de hablar por teléfono con Towers, él y Ansara se quedaron sentados en silencio, observando cómo el camión del cártel salía de la estación de gasolina y volvía a la carretera. Ellos los siguieron poco después, dejando pasar a varios autos al frente y continuaron con una buena señal del satélite. Un mensaje de Langley indicaba que habían identificado el teléfono celular del conductor del camión del cártel y habían conseguido entrar en su sistema operativo para activar su señal GPS, por lo que ahora estaban siguiendo al camión a través de las imágenes de un satélite y mediante la señal GPS emitida por el teléfono celular del conductor. Según el mensaje, no deberían volver a tener ninguna interrupción de la señal. Moore no estaba convencido y estaba buscando alguna posibilidad para poder plantar un tradicional rastreador en el camión, al que le podrían hacer seguimiento localmente.

—Y de los cinco ahora son tres —dijo Moore, rompiendo el silencio.

—Sí —respondió Ansara—. Yo sólo he perdido a dos amigos cercanos en los últimos años. Incluso después de todo el tiempo que pasé en el extranjero. Solo dos. Los dos agentes del FBI. Todos mis amigos cercanos en el Ejército están vivos... por lo menos hasta ahora. ¿Y tú?

—No quiero hablar de eso.

—Muchos, ¿eh?

—No es un juego de números.

—Sé que estabas allí con Fitzpatrick. Y estoy de acuerdo. Él era un as. Espero que no te estés culpando.

Moore suspiró.

—Uno piensa en que podría haber hecho las cosas de manera diferente y tu compañero todavía podría estar vivo. Lo mandé a la casa para revisar que estuviera despejada. Fue emboscado y asesinado. Puedo librarme de toda culpa o puedo asumir la responsabilidad de las órdenes que le di.

—Amigo, si vas así por la vida, serás un infeliz.

—Sí. Lo sé...

Durante unos segundos Moore cerró los ojos y se sentó en una mesa con Frank Carmichael a la cabeza. Junto a él estaban Rana, el coronel Khodai y Fitzpatrick. Vega entró en el restaurante, que resultó ser el sitio italiano donde había sido el velorio de Carmichael. La determinada mujer lanzó un *chst* despectivo, como para decir que eran unos tontos por dejarse matar. Luego se enfrentó a Moore.

—Sabes lo que tienes que hacer.

Él asintió con la cabeza.

Una hora más tarde llegaron a Bakersfield, donde condujeron por unos minutos a través de la ciudad y notaron que el camión se había detenido en el callejón detrás de José Taco, un restaurante mexicano muy conocido, de acuerdo a las reseñas en línea. A un lado del callejón había una hilera de negocios, incluyendo el restaurante, y al otro había un largo muro de ladrillos que acordonaba la zona comercial de los edificios de seis pisos de un complejo de apartamentos de bajo alquiler.

—Mierda, esto no será fácil —dijo Ansara, pasando por el callejón y siguiendo más allá por la calle transversal.

—Tenemos que salir —dijo Moore, señalando una línea de espacios para estacionar vacíos a su derecha.

Ansara estuvo de acuerdo, se estacionó en uno de los espacios y los dos se bajaron de la camioneta y salieron corriendo hacia los apartamentos.

—Por aquí —dijo Moore, corriendo detrás del primer edificio y hacia un grupo de arbustos bajos plantados a lo largo del muro de ladrillo.

Doblaron la esquina y justo delante, a no más de treinta metros, estaba el camión con su puerta trasera abierta y los hombres cargando bloques de marihuana. Moore advirtió que si se acercaban más, siguiendo detrás de los arbustos, podrían alcanzar los dos contenedores de basura a la izquierda, cuya tapas de plástico negro estaban abiertas. Detrás de ellos tendrían una mejor vista del intercambio.

Encorvados y con Moore a la cabeza, avanzaron hasta los contenedores de basura, donde se

deslizaron por el costado y allí, en cuclillas a la sombra de unas palmeras detrás de ellos, Moore comenzó a tomar fotografías mientras Ansara hacía lo mismo desde la otra esquina. El olor agrio que emanaba de la basura provocó que hiciera una mueca de asco.

El otro vehículo era un BMW 650i negro deportivo de dos puertas cuyo maletero estaba siendo llenado de ladrillos. El conductor era un hombre hispano de cabello gris vestido con un traje de aspecto costoso y gemelos de oro. A juicio de Moore, una vez que te metías en el mundo de los gemelos, podías estar gastando una importante cantidad de dinero en ropa. El marco alrededor de la matrícula del BMW indicaba que el vehículo había sido comprado a un concesionario en Santa Mónica y había pocas dudas en cuanto al destino de su preciosa carga recién adquirida. No había venido en un gran camión para recoger sus drogas, sino que había traído su costosa máquina para hacer negocios y conduciría cuidadosamente al límite de velocidad todo el camino de regreso a La-La Land, para que su cargamento pudiera ser distribuido con guante blanco entre la élite de Hollywood, que contaba con los medios, el acceso y el deseo de volar más alto que las colinas sobre las que habían construido sus mansiones.

El conductor se dio la mano con los tipos del cártel, le entregó dos gruesos sobres al conductor, y luego se subió a su auto y salió runruneando. Moore y Ansara estaban listos para irse cuando otro auto apareció con un estruendo en el callejón, haciendo que se acuclillaran aún más contra los contenedores de basura. El vehículo era una camioneta pickup Toyota Tacoma, un modelo viejo, con cubierta retráctil y los vidrios polarizados. Se bajaron dos hombres vestidos como aspirantes a mañosos mexicanos, con pantalones anchos y sus billeteras enganchadas a cadenas que colgaban de sus caderas. Un tipo, el conductor y el más gordo de los dos, se dio la mano con los tipos del cártel y, de nuevo, se cargaron más ladrillos en la parte trasera de su camioneta.

Cuando terminaron, los tipos del cártel se metieron en su camión y se fueron. Moore y Ansara estaban esperando que los dos tipos de la Toyota se fueran, pero se quedaron ahí en su vehículo. Entonces uno se bajó, golpeó la puerta trasera del restaurante y gritó algo acerca de que su comida se estaba tardando mucho tiempo. Moore casi se rió. Había pedido comida para llevar como parte de su operación de compra de droga.

El hombre que abrió la puerta no era mexicano, sino chino, a pesar de que llevaba un delantal de José Taco. Le gritó al tipo en un mal inglés, le dijo que fuera paciente y luego le cerró la puerta en la cara.

Cuando el matón regresaba a su camioneta, miró hacia los contenedores de basura.

Moore se quedó helado.

—Mierda —susurró Ansara.

El matón frunció el ceño, dio otro paso hacia ellos. De repente corrió hacia un lado, los vio.

Tenía los ojos desorbitados.

Se dio la vuelta, gritándole al tipo en la Toyota.

Moore ya había metido su cámara en un bolsillo y sacado su Glock silenciada.

Se había puesto de pie cuando el hombre miró sobre su hombro y vio a Moore corriendo hacia él, con Ansara justo detrás. El matón metió la mano en la cintura de su pantalón y sacó la pistola que había guardado allí. Apuntó el arma hacia Moore, quien disparó dos balas en el pecho del tipo antes de que éste pudiera disparar.

El tipo de la camioneta, al ver lo que pasaba fuera, debió haberse deslizado al asiento del conductor. El motor rugió y la camioneta comenzó a alejarse.

Sonaron disparos detrás de Moore. Era Ansara, disparándole a las ruedas traseras de la camioneta, con una puntería de precisión milimétrica. El neumático izquierdo explotó y se desinfló, seguido por el derecho, y el caucho ahora golpeaba fuerte contra el asfalto. La camioneta desaceleró lo suficiente como para que Moore alcanzara la parte posterior y diera un salto al parachoques trasero. Agarró la puerta trasera con una mano y se sujetó firme mientras el conductor trataba de salir del callejón con dos ruedas pinchadas.

Moore se inclinó hacia un lado y disparó dos balas hacia la ventana del lado del conductor, rompiéndola. Aún no conseguía tener en la mira al conductor. En el espejo, vio al hombre llevándose su teléfono celular a la oreja.

Con una maldición, Moore disparó una tercera bala a la ventana de atrás, pero no le dio al hombre, que sólo se agachó y siguió conduciendo.

Entonces Moore se asomó aún más hacia su izquierda, consiguiendo el ángulo que necesitaba. Disparó una vez más, un tiro en la cabeza directo, y la camioneta viró a la derecha y se estrelló contra el muro de ladrillo, al tiempo que Moore saltaba, caía al suelo y trataba de mantener el equilibrio. Sin aliento y con Ansara detrás pisándole los talones, corrió hasta la cabina y abrió la puerta de un tirón. El conductor se ladeó y cayó de la camioneta. Allí, en la consola central, había un montón de cocaína, un par cigarrillos de marihuana, uno de ellos aún ardiendo en el cenicero, y unas cuantas bolsas más de coca dentro de la guantera abierta.

Moore se agachó y agarró el teléfono celular del hombre para revisar si había hecho esa llamada. No, no había alcanzado a hacer la llamada. *Gracias a Dios*.

No se dio cuenta de que estaba ahí de pie, mirando todas las drogas, hasta que Ansara lo echó a un lado de un codazo y le dijo:

—Vaya, mira eso. Pero bueno, ¡vamos! Tenemos que reportar esto. Tengo el celular del otro tipo. ¿Moore? ¿Estás escuchando?

Se volvió hacia Ansara, miró a través de él como si el hombre estuviera en una pantalla de cine, luego parpadeó y dijo:

—Sí, ¡vamos!

Corrieron por el callejón y para cuando doblaron la esquina y Moore echó una mirada hacia atrás sobre su hombro, el hombre chino con el delantal de José Taco venía saliendo con dos bolsas de comida para llevar.

A los cinco minutos se encontraban en la camioneta pickup, en la carretera y de nuevo en marcha, siguiendo el camión de cártel, que Ansara predijo que se dirigía a Palmdale. Moore le informó a Towers sobre lo ocurrido, quien no estaba feliz, pero al menos los matones no habían alertado a los tipos del cártel. La policía local ya iba camino a la escena.

31

INICIACIONES

Mansión Rojas
Cuernavaca, México
56 *millas al sur de Ciudad de México*

Miguel nadó hasta las parte más honda de la piscina y se quedó allí, pensando cómo se sentiría contener la respiración hasta perder el conocimiento. El que estuviera teniendo pensamientos mórbidos como ese se debía en parte a no haber podido actuar con más valentía durante su secuestro. Sonia había sido la fuerte y si bien la amaba profundamente, estaba encontrando cada vez más difícil aceptar lo aterrado que había estado y cómo había fallado en proteger a su mujer, como todo buen hombre debía hacerlo. En un momento dado, incluso había empezado a llorar y había sido Sonia quien lo había consolado. Se maldijo por eso.

Su padre había tocado el tema durante el desayuno e incluso había sugerido que Miguel volviera a practicar las artes marciales que había estudiado durante sus años de pre-adolescencia. Incluso había dicho que Fernando podía mostrarle algunos nuevos movimientos e incluso pagaría por un viaje a Tailandia para que Miguel pudiera estudiar con algunos maestros tailandeses de Muay. Miguel había rechazado la propuesta educadamente. Y luego se había excusado y se había ido a la piscina, donde había permanecido durante la mayor parte del día, con Sonia en su bikini tendida en una tumbona, leyendo una revista española de telenovelas.

No había discutido con ella lo que había dicho Raúl y se preguntó si ella siquiera lo había notado. De hecho, él mismo había tratado de reprimirlo, pero seguía escuchando en su cabeza las palabras del pobre hombre, su súplica a los guatemaltecos diciendo que «el cártel les pagará lo que sea» y que «Dante hará todo lo que le pidan».

A través de los años, Miguel había escuchado por casualidad muchas conversaciones entre su padre y los socios de su padre, y las palabras *cártel, traficantes de drogas* y *sicarios* habían sido utilizadas a menudo por ellos. Su padre siempre había hecho hincapié en que él estaba tratando de manejar negocios legítimos frente al crimen organizado y la corrupción policial. Los cárteles eran los enemigos mortales del imperio Rojas y al principio Miguel había asumido que Raúl podría haber sido un ex miembro del cártel empleado por su padre. Eso tampoco era raro. A través de los años, Fernando había reclutado y rescatado a muchos jóvenes de los barrios pobres de México y los había convertido en personal de seguridad y guardaespaldas. Dante Corrales era un claro ejemplo de eso y se había convertido en la mano derecha de Fernando.

¿Por qué, entonces, Raúl, un hombre que respondía directamente a Corrales, recurriría a la ayuda del «cártel», y por qué, entonces, Corrales haría «todo lo que le pidan»? ¿Por qué el cártel estaría dispuesto a pagar el rescate de Raúl si él no era uno de ellos? Y si lo fuera, entonces ¿Estaban

Fernando y su padre conscientes de ello? ¿Estaba Corrales involucrado también? ¿Cómo habían sabido los secuestradores dónde estarían? Miguel había asumido que solo miembros cercanos de la familia y guardaespaldas sabían de sus vacaciones. Definitivamente había un soplón en la organización, y Miguel asumió que su padre y Fernando estaban tratando de eliminarlo.

Miguel no quería creerlo, pero siempre había sentido, muy en el fondo, la sospecha de que algo no era exactamente veraz acerca de los negocios de su padre. No iría tan lejos como para decir que su padre tenía vínculos directos con ninguno de los cárteles, pero quizás se pagaban sobornos, se les compraba el silencio a matones, para que las operaciones pudieran continuar. Eso era comprensible y no hacían de su padre un criminal. Así eran los negocios en el México moderno. Pero ¿y qué tal si él estaba equivocado acerca de todo? ¿Qué tal si su padre estaba involucrado con todos ellos? ¿Qué tal si el hombre que había intentado matar a su padre no era un simple loco en plan de venganza? ¿Qué tal si hubiera sido un asesino a sueldo contratado por un cártel de droga?

Miguel nadó hacia la superficie y explotó fuera del agua, meneó la cabeza y nadó hasta la orilla de la piscina.

—Estuviste allí abajo por un largo tiempo —dijo Sonia, mirándolo por encima del borde de sus anteojos de sol.

—Hay lugares en esta casa a los que no se nos permite ir —dijo.

—¿Qué?

—Puertas cerradas con llave que conducen al sótano. A nadie se le permite entrar ahí.

—¿En eso estabas pensando?

—Mi padre tiene secretos.

—Todos los hombres los tienen.

—¿Y las mujeres no?

Ella fingió inocencia.

—Por supuesto que no.

—Él dice que lo único que hay allá abajo son las bóvedas. Dice que tiene piezas de arte y otros objetos de colección, y no quiere que nadie los dañe.

—Suena como si no le creyeras.

—No le creo.

—¿Por qué no? ¿Qué crees que está escondiendo?

Miguel comenzó a sentirse desconsolado.

—No sé.

—¿Por qué no le pedimos ir allá abajo a ver las cosas? Puede venir con nosotros...

—No va a acceder.

—¿Por qué?

—No sé.

—¿Quieres que yo le pregunte? —sonrió coquetamente—. Estoy segura de que le agrado.

Miguel suspiró.

—Por supuesto que le agradas, pero eso no importa.

Ella arqueó las cejas como una niña pequeña.

—¿Quieres que vayamos a escondidas allá?

Miguel soltó una risita.

—Tiene un guardia en la puerta las veinticuatro horas del día.

—A lo mejor tiene algunas joyas allí también. Cosas más caras que realmente le preocupan y por eso tiene un guardia. Yo no veo por qué nada de esto es tan extraño para ti. Estos son tiempos peligrosos y uno tiene que proteger sus posesiones.

—Quiero decirte algo, pero me da miedo.

Ella se levantó y se acercó a él, se sentó en el borde de la piscina y sumergió las piernas en el agua. Él se puso al lado de ella y ella puso una mano en su mejilla.

—Me puedes decir lo que quieras.

—¿Recuerdas lo que dijo Raúl antes de que lo mataran?

Ella hizo una mueca.

—¿Tenemos que hablar de eso?

—Por favor...

Ella suspiró profundamente.

—No recuerdo lo que dijo. Solo recuerdo los gritos. Y... toda la sangre...

Puso una mano en su propia mejilla, recordando claramente la forma en que habían esparcido la sangre de Raúl por su cara.

—Él dijo que el cártel pagaría lo que fuera. Déjame decirlo de nuevo. Él dijo que *el cártel* pagaría. ¿Por qué dijo eso?

—Tal vez estaba trabajando para un cártel al mismo tiempo y nunca le dijo a Fernando. ¿Quién sabe? Tal vez por eso nos metimos en problemas en primer lugar. ¿Por qué te está molestando eso?

—Es solo... nada.

—Dijiste que hay un guardia en la puerta del sótano. Yo no lo he visto.

—No hemos estado en ese lado de la casa.

—Tal vez podamos sobornarlo.

—No funcionará.

—No lo sabremos hasta que no lo intentemos. Vamos. Va a ser divertido. Va a despejar tu mente de todo esto.

Ella se levantó y se volvió hacia Fernando, quien había llegado a la terraza de la piscina y estaba bajando su teléfono celular de su oreja.

—Será mejor que se bañen y se vistan —dijo—. Vamos a reunimos con el señor Rojas para la cena pronto...

—Queríamos ir al sótano primero.

Él frunció el ceño y miró a Miguel.

—Lo siento, pero sólo al señor Rojas se le está permitido ir allí.

Sonia suavizó su tono y se le acercó, sacando el pecho.

—Vamos, Fernando. Llévenos a hacer un pequeño recorrido.

—Eso no es posible.

Ella hizo un puchero como una colegiala.

—Ok, está bien. Vamos a ir a prepararnos para la cena. Vamos, Miguel. Me estoy quemando, de todos modos...

Ella lo ayudó a salir de la piscina y él aceptó una toalla de ella, y se quedó ahí, siendo estudiado detenidamente por Castillo.

—Fernando, ¿pasa algo?

—No, señor.

La sospecha pesaba en el tono del guardaespaldas.

Residencia privada
121 South Broad Street
Palmdale, California

El camión del cártel se metió en reversa por la entrada de una casa particular de dos pisos en un barrio residencial al sureste de Palmdale. El camión se quedó ahí en el camino de entrada, esperando, con Ansara y Moore estacionados a unas quince casas de distancia, por la misma calle, entre otros dos autos. Palmdale era una ciudad en el desierto, separada de Los Ángeles por la sierra de San Gabriel y muy calurosa en el verano. Era una comunidad bien planificada de suburbios, con los tejados de miles de casas formando cordones terracota a través de las grises montañas. Más de 150.000 personas llamaban a Palmdale su hogar y sus senderos para bicicletas, parques, teatros y un nuevo centro médico regional atraían a familias jóvenes que consideraban la ciudad un buen lugar para criar niños. Moore había estado allí antes, visitando a los padres de un amigo SEAL que trabajaban para el empleador más grande en la zona, Lockheed Martin. El lado sórdido de Palmdale y su ciudad vecina, Lancaster, era más evidente en los hoteles y moteles que habían brotado a lo largo de la autopista, donde la prostitución y el tráfico de drogas eran desenfrenados.

Mientras esperaban, Moore contactó a Towers, que tenía más noticias para compartir. Habían restablecido contacto con Sonia, quien había llegado a uno de los muchos puntos de intercambio de información que la Agencia había establecido para ella en los alrededores de la mansión de Rojas en caso de que se metiera en problemas. En cada punto había una pistola y un teléfono satelital ocultos. El punto que ella había sido utilizado era un restaurante no muy lejos de la mansión de Rojas. Mientras Miguel esperaba, ella había ido al baño de damas y, una vez que el cuarto estuvo vacío, había recogido el teléfono de una pequeña caja escondida muy bien debajo del lavatorio de más a la derecha y hecho la llamada codificada a su controlador. Había exigido saber quién la había salvado y tratado de averiguar por qué una fuerza especial conjunta había sido asignada a su caso sin su conocimiento.

—¿Le dijo que nosotros nos hicimos la misma pregunta? —preguntó Moore, riéndose sarcásticamente.

—¿Está bromeando? No puedo hablar con ella directamente. Esto me llega a mí de sus jefes.

—Bueno, dígales que yo digo que ella me debe una taza de café.

—Sí, claro, voy a hacer eso. Ella sí nos trajo algunas noticias. Dante Corrales está desaparecido. Fuera del radar. Su novia con él. Vega confirmó eso antes de que la mataran. Asesinaron al empleado de la recepción del hotel de Corrales. Eso me dice que están buscando a Corrales.

—Tal vez estafó a los guatemaltecos y ahora está escapando de ellos y de su propio cártel.

—Eso es lo que he estado pensando.

—Ey, yo sé adónde fue.

—¿En serio?

—Sí. Espere. Lo llamaré de vuelta.

Moore levantó su cámara e hizo un acercamiento.

Dos motocicletas se detuvieron y se estacionaron al otro lado de la calle donde estaba el camión. Un hombre alto se bajó de la primera y otro algo más bajo se deslizó de la segunda. Vestían pantalones de mezclilla, chaquetas de cuero y costosas zapatillas de baloncesto. Ambos tenían físicos deportivos y cuando se quitaron las cascos, quedó claro que ninguno de los dos tenía más de treinta y cinco años. Moore sacó algunas buenas fotos de sus rostros y de inmediato las cargó en la red del satélite para que en Langley pudieran empezar de inmediato a tratar de identificarlos.

Cruzaron la calle y se pusieron a conversar con el conductor del camión, que no salió del vehículo, como tampoco lo hicieron sus dos cómplices. Después de dos minutos de eso, uno de los hombres abrió la puerta de la cochera con un control remoto y los hombres en el interior del camión se bajaron y se pusieron a trabajar. Lo que parecía ser la carga final de ladrillos de marihuana fue trasladada a la cochera y puesta en cajas de cartón. Las armas quedaron a bordo del camión.

Para cuando los hombres del cártel terminaron de descargar y los dos hombres se disponían a irse en sus motos, Towers ya había llamado para confirmar que los motociclistas era agentes del alguacil local. Moore se limitó a menear la cabeza. Los oficiales americanos eran tan susceptibles a la tentación como las autoridades mexicanas locales y federales. Cuando había tanto dinero en juego, a hombres que apenas ganaban cincuenta mil dólares al año, hombres que podrían ganar esa cantidad en un fin de semana haciendo los encargos del cártel, les resultaba terriblemente difícil permanecer honestos. Si bien Moore no estaba de acuerdo con eso, lo entendía. Y lo odiaba.

—Vamos a agarrar a estos hijos de puta ahora mismo —murmuró—. Hicieron un juramento... y luego se cagan en él.

—Me encantaría —dijo Ansara—. Pero aún no ha terminado. Ahí van.

El camión salió de la entrada y siguió por la calle. Towers había enviado más información sobre el registro del vehículo, que Moore ya había revisado. El camión estaba registrado a nombre de Roberto Guzmán, con dirección en Avenida Archwood número 14.818, Van Nuys, California. Guzmán era dueño de una empresa de distribución de productos en Los Ángeles. Ya había sido llevado a la comisaría para ser interrogado y había dicho que no sabía nada acerca de que su camión fuera utilizado para recoger, transportar y distribuir marihuana. Según él, el conductor del vehículo trabajaba para él y se había llevado el camión a casa por el fin de semana para hacerle algunas reparaciones menores con el fin de «ahorrarle algo de dinero al jefe». Eso era basura, por supuesto. Guzmán había sido comprado, había prestado su camión y ahora estaba en grandes apuros por ayudar al cártel.

Condujeron otra hora, siempre en dirección sur, cuando el camión salió de la carretera y se detuvo en una estación de gasolina. Los tres hombres se bajaron. Entraron a la tienda, donde dos de ellos fueron por un pasillo hacia atrás, probablemente para usar el baño, y el tercero, el conductor, se acercó a donde estaban los refrescos y las cervezas.

Moore le dijo a Ansara que se estacionara en la bomba detrás del camión y en un plazo de dos minutos había puesto el transpondedor GPS debajo del parachoques y estaba de vuelta echándole gasolina a su propia camioneta. Bajó aún más sobre su cara la gorra de béisbol que se había puesto

antes de salir y mantuvo la cabeza baja, en tanto los hombres volvieron, se subieron al camión y se fueron.

Ahora tenían sistemas de vigilancia redundantes y Moore se sentía muy seguro de que no iban a perder al camión de nuevo. Los estaban siguiendo a través del video en tiempo real desde el satélite, el teléfono celular del conductor y ahora el transpondedor GPS de Moore. Si estos tipos escapaban, Moore se retiraría en el acto. Por otra parte, era mejor que no hiciera esa promesa. Le habían sucedido cosas aún más extrañas.

—Compraron unas Corona y limas —dijo Ansara—. Ya están celebrando.

Antes de que Moore pudiera responder, Ansara tomó su teléfono celular, que estaba vibrando.

—¿Sí? ¿En serio? Muy bien. Vamos a estar pendientes. Gracias, muchacho...

Miró a Moore.

—Mi mula dice que van a hacer una carrera a través del nuevo túnel esta noche y después le han dicho que se quede para mover algo más pesado.

—Mira, qué conveniente —dijo Moore.

—Estos tipos van a Calexico. Apostaría cualquier cosa que es así.

—Si tienes razón, va a ser de noche para cuando lleguemos ahí. Vamos a toparnos con algo de tráfico cuando pasemos por San Bernardino.

—¿Solo ahí? —preguntó Ansara—. Vamos a estar estancados en tráfico durante la mayor parte de la ruta.

Moore suspiró y miró por la ventana a los autos que pasaban junto a ellos, a otra camioneta pickup con un par de motos cross en la parte de atrás. Sonrió para sí mismo. Si trataba de montar una de esas, sin duda se mataría.

Residencia Romero
Mexicali, México

Pedro Romero había intentado dos veces llamar a su esposa, Cecilia, pero ella no había contestado su teléfono celular. Luego, había intentado ubicar a Blanca, su hija de dieciséis años, pero ella tampoco había contestado su celular. María, de doce años, no tenía teléfono celular, pero le gustaba pensar que el teléfono fijo de la casa era suyo. Y no, ella tampoco contestó y el contestador automático no se activó. ¿Tal vez habían ido de compras? ¿La red de telefonía móvil estaba caída? Romero las había llamado solo para decir que iba a llegar tarde y ahora estaba empezando a preocuparse.

Sin embargo, cuando se estacionó en la entrada, el Corolla de su esposa estaba estacionado en la calle y había luces encendidas en el interior de la casa. Esto era muy extraño, sin duda.

Abrió la puerta y entró a la casa, al vestíbulo. Llamó a su esposa. No hubo respuesta. Se movió más adelante por el pasillo hacia la sala de estar.

Lo que vio lo hizo sentir como si le hubieran enterrado un cuchillo curvo profundamente en su espina dorsal estremeciéndolo con un dolor candente. No podía hablar. No podía respirar. Solo podía permanecer allí en estado de shock, de miedo repentino, y en el siguiente segundo se estremeció y abrió los ojos.

Blanca y María estaban sentadas en el sofá, con las manos atadas detrás de sus espaldas y sus

bocas cubiertas con cinta de embalaje plateada. Sus ojos estaban rojos, sus cabellos despeinados. Su esposa estaba sentada junto a ellas, también amordazada y con cinta adhesiva en la boca. Y a cada lado de ellas había dos hombres de piel aceitunada y vestidos con pantalones de mezclilla y camisas de franela, como trabajadores migrantes, aunque no eran nada por el estilo. Tenían largas barbas y estaban apuntando con pistolas a su familia.

Otro hombre salió de la cocina, tomando una taza de té, el cordelito de la bolsa colgando de su taza. Estaba vestido como los demás, también tenía barba, pero era un poco más viejo. Miró a Pedro frunciendo el ceño y le habló en español con acento.

—Hemos estado esperando mucho tiempo por usted, Sr. Romero. ¿Era usted el que estaba tratando de llamar para decir que llegaría tarde?

Romero comenzó a jadear de miedo e ira. Más de miedo.

—¿Quién es usted?

—Entendemos que usted está construyendo algo ¿un túnel, tal vez?

Como ingeniero, como hombre que había sido entrenado para construir y desensamblar situaciones la mayor parte de su vida, supo de inmediato lo que estaba sucediendo. Estos hombres eran árabes. Probablemente terroristas. Querían un paso seguro a los Estados Unidos y matarían a su familia si no él accedía a ayudarlos. No era necesario decir más.

—Entiendo —dijo Romero.

El hombre alto abrió los ojos.

—¿En serio?

—Por supuesto. Puedo hacer una llamada y avisarles que vamos. Los puedo hacer pasar. Y usted liberará a mi familia.

—Señor Romero, usted es un hombre muy valiente e inteligente. Usted hace lo que le pedimos y todo estará bien.

—¿Son solo ustedes tres?

El hombre negó con la cabeza.

—No, tenemos catorce más. Somos diecisiete en total.

—¿Diecisiete? —dijo Romero y lanzó un grito ahogado.

—¿Por qué está tan preocupado? No vamos a hacerle daño a su familia.

—Pero los hombres para los que trabajo lo harán... si se enteran de que le he permitido pasar a tantos de ustedes.

—No se van a enterar.

—Eso va a ser difícil. Voy a tener que evacuar el túnel antes de que ustedes lleguen y apagar las cámaras. ¿Tendrán a alguien que los recoja al otro lado?

—Yo me ocuparé de eso. Necesitaré la dirección.

Se escuchó la cadena del inodoro en la otra habitación y luego apareció un hombre mexicano, como de la edad de Romero. Él le frunció el ceño a Romero, luego se encogió de hombros, como diciendo *lo siento*.

—Este es Felipe. Él permanecerá aquí para asegurarse de que lleguemos al otro lado. Si lo llamo y le digo eso, su familia será liberada. Si no recibe la llamada, él tiene instrucciones de matarlos.

Romero le habló rápidamente a Felipe, esperando que la velocidad de sus palabras confundiera a

los árabes. Él podía ver que estaban traduciendo en sus cabezas mientras hablaba.

—Señor, ¿por qué *se metió en la cama* con estos terroristas? Ellos quieren matar a los americanos, que son los mejores clientes del cártel. Si eso sucede, ambos estaremos muertos. Está jugando con fuego, amigo.

Felipe hizo una mueca.

—Ellos pagan mejor que el cártel.

La mochila se elevaba por encima de su cabeza y se extendía hasta más abajo de su trasero. Pesaba una tonelada y Rueben Everson ya debería haber estado de vuelta en su casa, haciendo su tarea de matemáticas. En vez, estaba a punto de entrar en un túnel de tres mil pies de largo con cerca de veinticinco kilos de cocaína atados a su espalda. Él, junto con otros diez chicos de distintas edades, algunos mexicanos, algunos estadounidenses, habían llegado a la bodega y habían sido cargados por un equipo del cártel.

Se suponía que debían entregar sus mochilas en un cuarto dentro de la casa al otro lado. Una vez allí, tendrían que esperar que llegara otra entrega y llevarían ese segundo cargamento de vuelta por el túnel. Esta era la carga pesada que habían mencionado los sicarios. Después de eso, él y el resto de las mulas serían transportados desde el depósito en furgonetas. Rueben tenía sus dudas de que lo llevaran hasta su casa, pero tomó el dinero por adelantado y pensó que podría usar un poco de los mil dólares que le habían dado para pagar un taxi.

La entrada del túnel en el interior del depósito había sido cuidadosamente ocultada dentro de un estrecho cuarto de mantenimiento eléctrico. Había un agujero de cuatro pies por cuatro pies en el concreto con una escalera de madera que conducía al suelo de tierra. Rueben bajó la escalera con cuidado, siguiendo al hombre fornido frente a él y luego dobló a la derecha, adentrándose en el hueco que parecía interminable. Tenía casi seis pies de altura y su mochila ni siquiera se rozaba con los costados del túnel, que él creía estaban por lo menos a tres pies de distancia. Había luces LED colgando del techo, como si el cártel hubiera decorado el lugar para las fiestas. Rueben también notó tubos de ventilación y cables eléctricos, junto con un tubo de PVC que corría por el lado derecho del suelo. A medida que se adentraban más al interior del túnel, las paredes y el techo estaban cubiertos de extraños paneles blancos y escuchó a uno de los chicos detrás de él decir que eran utilizados para absorber el sonido.

El Bluetooth en la oreja de Rueben empezó a picar. Los tipos del FBI que estaban escuchando cada uno de sus movimientos estaban perdiendo su señal e incluso su transpondedor GPS estaba fallando, lo sabía.

Se empezó a sentir claustrofóbico y trató de echar un vistazo hacia atrás en tanto los paneles en las paredes parecían cerrarse sobre él. La larga fila de hombres seguía llegando y la brecha entre él y el hombre gordo frente a él se estaba ampliando.

—¡Vamos, muévete! —gritó el hombre detrás de él.

Rueben apuró el paso, alcanzó al hombre y comenzó a respirar profundamente, tratando de calmarse. Incluso si la policía estuviera esperándolos al otro lado para arrestarlos a todos, no importaba. Quedaría libre. Ya lo habían convertido, había hecho su pacto con el diablo y no había

vuelta atrás. Esto era lo que significaba ser un hombre, asumir la responsabilidad por sus acciones, y lo odiaba.

El hombre detrás de él gruñó y dijo: «Bienvenidos a los Estados Unidos», porque alguien había pintado una línea en el techo y escrito *USA* en un lado y *México* en el otro, demarcando la frontera. Rueben se encogió de hombros y siguió adelante. En un túnel secundario que iba hacia la derecha, notó que había un pequeño santuario con velas encendidas. Le hubiera gustado tener tiempo para rezar una oración por él y su familia. Deseaba que todo hubiera sido diferente. Pensó en el chico sin dedos de los pies... y se estremeció.

32

PEONES EN EL REINO DE LOS CIELOS

En ruta al sitio del túnel fronterizo
Mexicali, México

Pedro Romero escuchó a uno de los árabes llamar al hombre alto «Samad», así que él comenzó a referirse al hombre de esa manera, solo para ponerlo nervioso. *Yo sé su nombre*. Era una muestra de poder insignificante, pero era todo lo que Romero tenía por el momento; se estaba tomando su tiempo porque no se había rendido realmente. Todavía no. Había una chispa de esperanza.

Había telefoneado a los sicarios a cargo del cargamento de cocaína y el nuevo teniente, José, un chico que solía trabajar para Corrales y que ahora quería que lo llamaran El Jefe, aunque apenas tenía veintidós años, había empezado a gritarle a Romero que no podía sacar a todos del túnel.

—Estas órdenes vienen de Corrales mismo.

—¿Dónde está Corrales? ¿Dónde ha estado? Nadie lo ha visto u oído de él. Es por eso que me pusieron a cargo de este cargamento. Esta es mi operación.

—Cállate y escúchame. Quiero que todos los hombres estén fuera del túnel y de la casa en diez minutos. Si no lo haces, Corrales va a venir por ti.

—No te creo.

—Si quieres arriesgarte, está bien. Pero vas a morir, jovencito. Definitivamente vas a morir.

El chico maldijo, dudó y finalmente accedió.

Tres vehículos habían sido utilizados para trasladar a Romero, Samad, sus dos hombres y los otros catorce árabes al sitio del túnel. Romero iba conduciendo su propio auto, con Samad sentado junto a él y los dos lugartenientes en el asiento trasero. Detrás de ellos, en el auto de su mujer, había cinco hombres y detrás de ellos, hacinados en una vieja furgoneta Tropic Traveler, estaban los otros nueve, además de seis grandes bolsas de viaje cuya forma larga y rectangular dejó a Romero sacudiendo la cabeza. ¿Rifles? ¿Misiles? ¿Lanzacohetes? Se podía asumir con bastante seguridad que no llevaban equipo de campamento.

Al acercarse al sitio, Romero consideró lo que podría suceder cuando los árabes llegaran al final del túnel. Le pidió a Dios por su salvación y oró para que su familia se mantuviera a salvo. Estos hombres no querían testigos y lo matarían cuando consiguieran lo que querían de él. Ya no podía negarlo. Había estado alrededor de hombres malvados el tiempo suficiente como para comprender cómo razonaban.

También se preguntó qué harían cuando llegaran a los Estados Unidos, cuántas personas matarían, cuántas propiedades destruirían. Los odiaba tanto como los estadounidenses y ellos pensaban que él era impotente frente a ellos.

Sin embargo, como lo había señalado, la esperanza no estaba perdida del todo.

Lo que Samad y sus fanáticos seguidores no sabían era que el túnel había sido equipado con cargas explosivas de C-4 que podían ser detonadas en cualquier momento, incluso ser programadas de tal manera que enterraran a cualquiera en su interior. Esto se le había indicado muy claramente a Romero durante las primeras etapas de la construcción. Corrales le había dicho que sus jefes temían que el túnel pudiera ser utilizado por sus enemigos o incluso terroristas algún día y por lo tanto había que instalar un mecanismo de seguridad. Dentro de un remolque de construcción al otro lado del sitio había tres sicarios cuya misión era monitorear las cámaras de seguridad del túnel. Había nueve hombres en total que trabajaban en tres turnos. También estaban en posesión de los detonadores eléctricos inalámbricos principales, aunque no volarían el túnel sin órdenes directas de Corrales o uno de los otros jefes. Las copias de repuesto de los detonadores estaban en el estante superior de un armario en la sala de mantenimiento. Romero sólo tenía que tomar una de ellas antes de llevar a los árabes dentro del túnel.

Y entonces él haría su movida.

Rueben se sacó su pesada mochila y la dejó caer al suelo, y los otros hombres hicieron lo mismo. Antes de que pudieran sentarse y esperar a que llegara el cargamento con destino a México, el sicario que se hacía llamar El Jefe había venido desde el túnel y les había dicho que tenían que salir de inmediato. Habían recibido la orden.

—¿Qué pasa con el otro cargamento? —preguntó Rueben—. Pensé que necesitaban nuestra ayuda. Dijeron que nos iban a dar un bono.

—Olvídalo. Ándale.

Rueben frunció el ceño.

—¿Qué pasa con las mochilas? ¿Quién va a venir a buscarlas?

—No sé.

—¿Pasa algo?

—Mira, tengo que evacuar este lugar ¡ahora! Esas son mis órdenes. Eso es lo que está pasando.

—Entonces voy a volver a través del túnel con usted —dijo Rueben—. La persona que me va a llevar a mi casa me está esperando ahí afuera.

El Jefe meneó la cabeza.

—¡Lárgate! Ya se te ocurrirá como volver a tu casa.

Una de las mulas, probablemente la de más edad, con un mechón de pelo gris cerca de la sien izquierda, alzó la voz:

—No podemos salir todos al mismo tiempo. Llamará demasiado la atención. Nos dijeron eso.

—¿A no? ¡Por supuesto que sí! ¡Ándale!

Los otros hombres empezaron a caminar en fila, pasando a Rueben, en dirección a la puerta principal. El mayor de ellos los contuvo.

El Jefe se precipitó hacia la mula y puso su pistola en la frente del hombre.

—¡Váyanse!

El hombre le echó una mirada de odio al joven por unos segundos, luego asintió lentamente con la cabeza y se volvió hacia la puerta. Las mulas comenzaron a avanzar en fila detrás de él hacia la

salida.

—Bueno, yo me voy a echar un meada antes —dijo Rueben, cruzando al baño. Entró, cerró la puerta y esperó. La casa quedó en silencio. Abrió el grifo y llamó a Ansara, que había sido puesto al tanto y sabía lo que estaba sucediendo.

—¿Qué hago ahora?

—Vuelve al túnel. Ve si puedes averiguar lo que está pasando.

—¿Estás loco?

—Diles que no puedes encontrar tu teléfono. Simplemente regresa allí. Evacuaron el lugar por una razón. El gran cargamento está a solo una media hora de distancia. Haz lo que digo. Recuerda lo que te dije.

Rueben salió del baño y se encontró al Jefe esperando por él.

—¿Con quién estabas hablando?

—Mi vuelta a casa.

—Anda.

Rueben se encogió de hombros, salió afuera y luego hizo un rápido giro a la izquierda y se lanzó a los arbustos al lado de la casa. Permaneció ahí durante unos minutos, luego se movió cuidadosamente hacia una de las ventanas. *Maldición, las persianas están cerradas*. Se movió alrededor de la casa hasta la puerta principal y apoyó su oreja. Nada. Agarró la manija, abrió la puerta y luego fue al fondo de la habitación, donde se encontraba la entrada al túnel en el interior del armario principal. El Jefe y sus compinches ya habían bajado y se dirigían al depósito. Rueben se retorció las manos, caminó de un lado a otro delante del oscuro hueco cuadrado en el piso y la escalera que conducía abajo. Debería simplemente irse, considerarlo demasiado peligroso. Pero, ¿realmente le harían daño si volvía para buscar un teléfono perdido?

Espera un minuto. ¿Cómo podría usar esa excusa? El Jefe lo había oído hablar por su celular. *Mierda*. Necesitaba otra historia. Podría decir que le había parecido que la policía estaba afuera y que había corrido asustado de vuelta al túnel. Eso era. Eso desviaría la atención de su persona. Bajó la escalera, se volvió y corrió a través de la tierra húmeda, siguiendo el cordón de luces LED. Y ahora realmente tenía que usar el baño.

Mientras conducía hacia el túnel, Romero le había explicado a Samad que los tres sicarios en el remolque estarían observando a través de cámaras de seguridad a batería instaladas alrededor de la bodega y el túnel. Habían probado con cámaras inalámbricas, pero la señal era demasiado débil para ser leída en la superficie. Dos cosas tenían que suceder a la vez: era necesario cortar la energía que alimentaba los monitores de las cámaras y los sicarios tendrían que ser «separados de sus teléfonos», como había dicho Romero.

Romero tenía las llaves y el acceso a las terminales eléctricas y podría cortar la energía, en tanto los hombres de Samad se hicieran cargo de los sicarios. Estacionaron sus vehículos en el lado sur del sitio, protegidos por grandes excavadoras y máquinas de construcción, y salieron. Samad envió a seis hombres a hacerse cargo de los tipos haciendo vigilancia, mientras que él y sus dos lugartenientes acompañaron a Romero a una terminal eléctrica ubicada detrás de la bodega. Si bien

él era ingeniero en construcción, había trabajado estrechamente con los ingenieros eléctricos en el sitio y le habían mostrado los procedimientos de emergencia para cortar la electricidad.

Cuando se acercaban a la terminal, se vieron obligados a refugiarse detrás de unos tubos de desagüe al ver a tres sicarios jóvenes salir por la puerta principal del depósito y subirse a una camioneta. Romero reconoció que uno de ellos era El Jefe. *Buen chico*. Aún no lo sabía, pero acababa de salvar su propia vida por haber seguido instrucciones.

Cuando los dos grupos estuvieron en posición, Romero abrió los paneles de acceso con su llave y tiró hacia abajo el interruptor principal, que dio un golpazo, y algunas de las luces del estacionamiento se apagaron. Al mismo tiempo, Samad dio la orden de eliminar a los hombres en el interior del remolque. Entonces miró a Romero.

—Vamos.

Romero llevó a los árabes al interior guiándose con la luz de sus teléfonos celulares, luego hizo una pausa frente a la sala de mantenimiento y se volvió hacia el grupo.

—Esperen aquí.

—¿Por qué? —preguntó Samad.

—Porque necesito tomar el control remoto.

—¿Por qué?

—Para desactivar las baterías de seguridad para las cámaras y las grabadoras; de lo contrario van a revisar las descargas y verán que estuvimos aquí.

—Muy bien —dijo Samad—. Pero yo voy con usted.

Romero se encogió de hombros.

—Está bien.

Llevó al hombre dentro de la habitación y lo condujo más allá de la pesadas bombas que habían estado usando para extraer agua del túnel y hacia el conjunto de casilleros. Mientras tanto, sonó el teléfono de Samad, él habló con sus hombres rápidamente, y luego anunció:

—Muy bien. Los hombres en el remolque han sido eliminados. No se hicieron llamadas telefónicas.

Romero utilizó una de las llaves de su pesado anillo para abrir el casillero y luego se acercó y sacó el detonador inalámbrico antes de que Samad pudiera echarle un vistazo de cerca. El detonador era aproximadamente del tamaño de un *walkie-talkie*, con una antena de goma. Muy simple, tradicional y eficaz. Fingió pulsar varios botones y luego se lo metió en el bolsillo. Sacó un par de linternas del casillero, tomó una y le entregó otra a Samad.

—Está bien, ya podemos entrar al túnel. Espero que cumpla su promesa. Cuando esté al otro lado, llamará a Felipe y le dirá que suelte a mi familia.

Samad sonrió.

—Por supuesto.

Llegaron el resto de los árabes y Romero los condujo hacia abajo por la escalera, cuya madera cubierta de suciedad crujía. Samad estaba justo detrás de él, con una pistola en la mano. Caminaron unos quinientos pies, hicieron los dos primeros giros de noventa grados (uno a la izquierda seguido de uno a la derecha) y luego, mucho más adelante, apareció una pequeña luz en la distancia. A medida que la luz se hizo más grande, apareció una silueta detrás de ella. La figura venía

directamente hacia ellos.

—Pare. ¿Quién está ahí? —preguntó Samad, haciendo que el grupo completo se detuviera.

—No sé —dijo Romero—. El túnel iba a ser desalojado. Podría ser una de las mulas.

—¿Quién anda ahí? —dijo levantando la voz.

—Eh, lo siento, soy yo, ¡Rueben! Creo que los policías están afuera. Tuve que volver aquí.

Romero avanzó y llegó a donde estaba el chico.

—¿Estás seguro de que estaba la policía?

—En realidad no.

—¿Por qué tiemblas?

Rueben levantó su teléfono celular, apuntando la luz sobre los hombres detrás de Romero. Eran de piel oscura y tenían barba, pero definitivamente no eran mexicanos. Un hombre en la parte de atrás le ladró algo a los demás detrás de él. Eso no era español y Rueben había matado a suficientes terroristas «digitales» en juegos de video para saber que estos tipos eran de Medio Oriente, incluso tal vez ellos mismos eran terroristas.

—*Yala*, vamos —dijo el hombre en la parte de atrás.

Rueben conocía esa palabra, *yala*. Eso era árabe.

Con un profundo suspiro, Romero se mordió el labio, luego se volvió hacia Samad.

—Es una de las mulas del cártel. Se asustó, creyó ver algo afuera. Tal vez la policía, pero no está seguro...

—No creo que haya visto a la policía —dijo Samad, sonando extrañamente seguro de lo que estaba diciendo—. Déjeme hablar con él.

Romero se hizo a un lado y dejó pasar a Samad. En un momento Samad le estaba hablando suavemente al muchacho, sus palabras eran casi inaudibles, y al siguiente Rueben estaba sacudiéndose ante la cara y cuello de Samad en tanto el hombre se deslizaba detrás de él y clavaba un cuchillo en el pecho del muchacho. Rueben cayó a la tierra, con el rostro contraído de dolor, la sangre brotando de su pecho y luego tosió y extendió la mano para agarrar la herida.

—¡Era solo un niño! —gritó Romero.

—Y usted es solo un hombre que va a reunirse con él.

—Lo siento —dijo Rueben y jadeó—. Yo no quería hacer nada malo. No quiero morir. No me dejen aquí. Oh, Dios mío... Oh, Dios mío... —comenzó a sollozar.

Romero no pudo evitarlo. Se arrodilló al lado del joven y le tomó la mano.

—Señor Jesús, llévalo a tu seno y protégelo de todo mal.

—Vamos, movámonos —dijo Samad entre dientes mientras le entregaba el teléfono celular del chico a uno de sus hombres.

—Pedro, lidere el camino —dijo retrocediendo a donde estaba Romero y poniendo la pistola en la base de su cuello.

Tragando saliva, Romero soltó la mano de Rueben, luego se levantó y pasó sobre el chico

moribundo para seguir, con los ojos ardiendo. Le había dicho al muchacho que se saliera. Lo había intentado.

Llegaron al pequeño santuario, donde Samad negó con la cabeza ante las velas encendidas y los crucifijos y las fotos de las familias de las mulas y los excavadores.

Romero echó otro vistazo por encima de su hombro. Samad y sus árabes eran monstruos y ahora Romero sabía que había llegado el momento. Se detuvo y buscó el detonador en su bolsillo. Y luego contuvo la respiración.

• • •

Mientras Rueben yacía tendido allí, desangrándose, algo brilló en el suelo cerca de su mano. Pensó que podría ser un ángel que había cobrado vida desde la tierra para levantarse y salvarlo. Extendió la mano hacia la chispa diminuta y la atrapó entre sus dedos. Estaba demasiado oscuro para ver el objeto con claridad, pero se sentía como un colgante, con curvas suaves y un asa grande. Recordó haber sentido una cadena romperse entre sus dedos mientras luchaba para soltarse del árabe. Apretó fuertemente el colgante en la palma de su mano, cerró los ojos y pidió a Dios que lo salvara.

En ruta a la casa del túnel fronterizo
Calexico, California

El camión del cártel estaba a unos cinco o seis autos por delante y Moore estimaba que estaban a unos veinte minutos de la casa. Towers acababa de llamar para decir que había perdido contacto con la mula de Ansara. El chico podría estar muerto. Towers tenía a cinco observadores vigilando la casa desde todos los ángulos y habían informado de la salida de un equipo de mulas, pero no había visto al chico. Se suponía que la Policía Federal mexicana tenía a más observadores vigilando el depósito en Mexicali, pero hasta ahora no habían respondido a ninguna de las llamadas de Towers y su cooperación de pronto era nula. Towers tenía a varios observadores civiles en la zona que habían informado de la llegada de varios autos y más hombres que parecían ser mulas, y que al parecer se había cortado la electricidad en el sitio de la construcción. Por desgracia, los observadores civiles no estaban apostados lo suficientemente cerca como para identificar positivamente a ninguna de las mulas.

De cualquier forma, otro grupo definitivamente se estaba moviendo a través del túnel y Moore asumió que eran mulas adicionales para ayudar a transportar las armas.

Ansara estaba visiblemente conmovido por la noticia, apretaba los dientes y maldecía en voz baja.

—No pensé que llegaría a esto —dijo finalmente, con la voz quebrada—. Tenía la esperanza de cambiarlo, de ponerlo de vuelta en el buen camino. El chico prometía bastante.

—Todavía no sabemos lo que pasó.

—Debió haberse ahogado.

—No llevaba un micrófono, ¿no?

—Solo llevaba Bluetooth. Nada que pudieran detectar. Puede que haya entrado en pánico y pudo

haber dicho algo. Aún no lo sé. Towers estaba en otra llamada cuando sucedió.

—Solo aclara tu mente, amigo, ¿de acuerdo? —dijo Moore—. Esto se va a poner peligroso muy pronto.

Sitio del túnel fronterizo
Mexicali, México

—Quiero que llame a Felipe ahora mismo y le diga que está a salvo al otro lado. Dígale que suelte a mi familia.

Romero comenzó a hiperventilarse y luchó para evitar que sus manos temblaran. Su pulgar descansaba suavemente sobre el botón principal del detonador y una pequeña luz que indicaba el estatus brillaba de color verde. La luz roja se encendería el momento en que pulsara el botón. Y unos dos segundos después, la venganza sería suya.

—Pedro, ¿qué está haciendo? —preguntas Samad, su mirada concentrada en el detonador.

—Estoy salvando a mi familia.

—¿Y cree que este es el camino?

—Sé que es el camino.

—No le creo.

—¿Cree que el cártel construiría un túnel de este tipo sin una manera de destruirlo? Ellos no quieren que sus enemigos se aprovechen de su duro trabajo. Déjeme demostrárselo —Romero se movió hacia la pared y retiró uno de los paneles acústicos para revelar varios ladrillos de explosivos C-4—. Hay catorce cargas. Yo mismo supervisé su instalación. Se detonarán en sucesión, sellando el túnel completo. Si no morimos con en la explosión, entonces seremos enterrados vivos y nos asfixiaremos antes de que nos rescaten.

Los ojos de Samad se abrieron como platos.

—¿Quiere morir? ¿Está listo para encontrarse con su Dios?

La voz de Romero se armó de valor.

—Estoy listo... pero sé que usted no, es por eso que liberará a mi familia.

—Pensé que sería mucho más sensato que esto. Usted es un hombre inteligente, un ingeniero.

—Llame a Felipe.

—Los hubiera liberado a todos ustedes de todos modos, ¿sabía eso?

Romero levantó el detonador.

—Estoy listo para hacer esto.

Samad suspiró profundamente.

—Debería haber confiado en nosotros. Todo lo que queríamos era un paso seguro a los Estados Unidos —bajó la pistola y sacó su teléfono celular de su bolsillo. Marcó un número—. Aló, ¿Felipe? Sí, espera. Quiero que hables con el señor Romero y le digas que estás liberando a su familia. Déjalo hablar con ellas si él quisiera...

Samad le ofreció el teléfono a Romero y él lo aceptó.

—Felipe, por favor, suelte a mi familia.

—Está bien, señor. Muy bien. Esas son mis órdenes.

Romero respiró un par de veces, luego oyó la voz de su esposa y sus hombros se encogieron de

alivio. Mantuvo el teléfono en su oído.

Samad señaló el detonador y le indicó a Romero que se lo entregara.

Romero lo miró.

—¿Qué va a hacer cuando llegue a los Estados Unidos?

Samad se echó a reír.

—Vamos a comer hamburguesas con queso y papas fritas.

—Tal vez no debería dejarlos ir.

—¿Cree usted que Felipe es la única persona que he dejado atrás en la casa? Una vez más, usted tiene que considerar la complejidad de lo que estoy haciendo. Ahora deje de perder mi tiempo. Entréguemelo.

Romero pensó por unos segundos más y luego se lo entregó. Samad encontró el interruptor de encendido, lo apagó, y luego lo metió en su bolsillo y les hizo señas a los demás para que continuaran. Romero se quedó en el teléfono con Felipe y oyó las voces de sus hijas también. Estaban bien, pero lloraban, pidiéndole que regresara a casa.

Su esposa se puso en la línea.

—¿Pedro? ¿Estás ahí?

—Estaré en casa pronto. Déjame hablar con Felipe. Una vez que el hombre estuvo en el otro extremo, Romero le dijo:

—Váyase de mi casa ahora. *¡Váyase!* y llévese a cualquier otro que esté ahí con usted.

—Si Samad está de acuerdo con eso.

—Está de acuerdo —dijo Romero, alzando la voz—. ¡Ahora váyase!

—Muy bien.

—Mi teléfono—dijo Samad levantando la pistola a la cabeza de Romero.

Romero le regresó el teléfono y siguió caminando.

Llegaron al final del túnel y Romero subió por la escalera y salió al interior del armario del dormitorio principal. Ahí, se hizo a un lado y esperó a que los árabes salieran del túnel, uno por uno, en el dormitorio.

Romero estaba a punto de decirle a Samad que se iba cuando de repente una mano le tapó la boca y una voz muy baja se acercó a su oído:

—Shhh, shhh shhh...

No se dio cuenta de que un cuchillo le había atravesado el corazón hasta que fue demasiado tarde: un golpe rápido y el fuerte dolor punzante no tardó en llegar, irradiándose desde su pecho.

—Shhh, shhh shhh...

Fue puesto en el suelo y liberado. Se quedó mirando el techo oscuro hasta que Samad se inclinó sobre él.

—Usted ha hecho la obra de Alá y será recompensado por ello. *¡Allahu Akbar!*

Romero cerró los ojos. No quería que lo último que viera en este mundo fuera la cara de un monstruo. Se imaginó a su bella esposa y sus hijas, sabiendo que su hija enferma recibiría todo lo que necesitaba, que había suficiente dinero y que había proporcionado una vida mejor para ellas. Lloró por dentro por tener que dejarlas y por el dolor que su muerte les causaría. Eran mujeres fuertes y seguirían luchando en esta vida, como él lo había hecho. Ahora él se construiría una nueva

casa, utilizando haces de luz en el Reino de los Cielos. Y desde ahí esperaría por ellas.

Samad se apartó del mexicano moribundo y se volvió hacia su grupo, haciendo un gesto hacia el suelo al tiempo que su teléfono empezó a vibrar.

—Estas mochilas vienen con nosotros, pero por ahora déjenlas en el suelo con los lanzadores.

Niazi y Talwar empezaron a ayudar a los hombres a quitarse las mochilas que contenían los lanzadores. El hombre en el otro extremo de la línea era un aliado de Afganistán que sólo dijo dos palabras en pashto:

—Dos minutos.

—Estamos listos.

Samad había dejado a uno de sus hombres en el túnel para asegurarse de que no los estaban siguiendo. El hombre llamó para decir que todo estaba despejado por el momento.

Su grupo estaba parado en una línea, con las manos por la espalda. Estaban inquietos, pero Samad tenía fe en su entrenamiento y determinación.

Las sirenas se hicieron más fuertes y Samad se acercó a la ventana y, finalmente, vio las dos patrullas de la policía de Calexico, seguidas por un par de furgonetas policiales, con las luces brillando intermitentes a medida que se acercaban, y ocho oficiales, armas en mano, se bajaron e irrumpieron en la casa.

—Está bien, todo el mundo —dijo con calma—. Estamos todos bajo arresto en el nombre de Alá.

La puerta principal se abrió de golpe y entraron dos oficiales, con sus barbas muy cortas y la piel tan oscura como Samad.

—Está bien, escuchen —dijo el policía, en pashto—. Vamos a esperar un minuto más. Luego saldremos afuera con las manos entrelazadas detrás de la espalda, como si estuvieran esposados. Nosotros nos llevaremos las bolsas.

—Excelente —dijo Samad. Estaban montando un buen espectáculo para cualquiera de los observadores del cártel, que con toda seguridad estaban vigilando la casa. Por supuesto, podría haber otros: enemigos del cártel que incluían rivales y las autoridades federales de ambos países.

—Ahora nos vamos a mover a las furgonetas —dijo el oficial después de que dos más de sus compañeros hubieran entrado en la casa por la puerta trasera.

Samad asintió con la cabeza, llamó a su hombre que aún estaba en el túnel, y luego él y los otros salieron con las manos sujetas con fuerza detrás de la espalda. Fueron escoltados a punta de pistola a través de la calle y ayudados a subir a las furgonetas que los estaban esperando. Su mirada escaneó los techos de las casas vecinas y los arbustos, y varias personas se quedaron paradas en las puertas de sus casas sacudiendo la cabeza ante el «tremendo arresto» que estaba sucediendo en su calle.

Después vinieron las mochilas llenas de drogas y luego los seis lanzadores. En tres minutos, ya se estaban alejando de la casa a toda velocidad y Samad cerró sus ojos y empuñó las manos. Lo habían logrado. La yihad había regresado a los Estados Unidos.

33

ÉL NUNCA DEBE SABER SOBRE EL CÁRTEL

Casa del túnel fronterizo
Calexico, California

Moore y Ansara estacionaron su camioneta pickup en la esquina de la casa del túnel. Antes de salir, Moore recibió una llamada de Towers.

—Hubo un gran arresto de la policía local de Calexico en la casa. Se llevaron a las mulas, junto con lo que los observadores dicen era un enorme cargamento de drogas. Esto confirma los informes de Rueben. Seguimos averiguando, pero la policía local niega cualquier participación. Tratamos de rastrear los vehículos, pero han desaparecido. O la policía de Calexico está involucrada con el cártel, o esto es una mierda muy bien elaborada para hacerse de las drogas.

—No sé qué decirle —dijo Moore—. Pero vamos a entrar después de estos chicos. Sólo mantenga a todo el mundo alejado de este lugar. Yo lo volveré a llamar.

Él y Ansara se abrieron camino alrededor de las hileras de arbustos y llegaron a la casa que estaba cruzando la calle de la casa objetivo. Se agacharon detrás de dos palmeras. El camión del cártel se había metido en reversa por el camino de entrada de la casa y un hombre permanecía en la cabina, mientras que los otros dos supuestamente habían entrado.

Tendrían que entrar a la casa por la parte posterior para evitar que el hombre en el camión los viera. Por ahora, Moore le indicó a Ansara que esperarían. Continuamente se recordó a sí mismo que su trabajo era seguir a los tipos, seguir el rastro del dinero, no interceptarlos, a pesar de que él y Ansara no veían la hora de hacerlo, Ansara aún más debido a que había perdido contacto con su informante.

Esperaron cinco minutos más antes de que la puerta de la cochera por fin se abriera y los dos hombres aparecieron en la tenue luz de una sola bombilla. El tipo que Moore reconoció como el conductor abrió la cerradura de la puerta trasera del camión. El hombre en la cabina salió y se unió a los otros dos para trasladar los baúles Anvil a la cochera. Una vez que el camión estuvo descargado, cerraron la puerta.

¿Cuánto tiempo debían esperar? Esos tipos no podían mover todas esas armas en un solo viaje. ¿Cinco minutos? ¿Diez? Parecía como si las persianas se hubieran cerrado en las ventanas.

Ansara le hizo una seña a Moore. *Vamos a entrar*. Moore dudó, y finalmente asintió.

Mansión Rojas
Cuernavaca, México
56 millas al sur de Ciudad de México

Fernando Castillo entró en el despacho del señor Rojas, un monumento intimidante al hombre y su influencia, que se extendía sobre México como el clima. La gente... el gobierno... lo único que realmente podían hacer era adaptarse a él y sus decisiones, como lo había hecho Castillo, a pesar de que sentía un fuerte sentido de lealtad hacia el hombre que lo había rescatado de la pobreza, le había dado una vida de riqueza inimaginable y lo trataba con más respeto y dignidad que su propia familia.

Castillo le echó un vistazo a las estanterías de más de veinticinco pies de altura que se extendían sobre los cuarenta pies de largo de la pared de atrás. A su sombra estaba el gigantesco escritorio de caoba de Rojas, sobre el cual había nada menos que cuatro computadoras cuyas pantallas planas de veintisiete pulgadas formaban un semicírculo. El escritorio era, en efecto, una cabina de información que fluía frente al hombre, quien estaba recostado en el fino sillón de cuero que había comprado en París y tomaba un vaso de Montrachet. A lo largo del lado izquierdo de la habitación había un grupo de televisores LED transmitiendo de forma permanente canales financieros de todo el mundo. Castillo había supervisado recientemente la instalación de esas pantallas y aunque eso no era parte de su trabajo como jefe de seguridad, en los últimos años Rojas le había confiado muchas de sus tareas y decisiones personales, especialmente las relacionadas a Miguel.

Rojas se pasó los dedos por el pelo y finalmente alzó la vista de una de sus pantallas.

—¿Qué puedo hacer por ti, Fernando?

—Siento molestarlo, señor, pero quería hablar de esto con usted en persona. El cuerpo de Dante aún no ha sido encontrado y el asesinato en el hotel no logró hacerlo salir a la luz. Y si usted recuerda, Pablo también está desaparecido, al igual que la novia de Dante, María.

—Sí, ya sé, ya sé, ¿qué es lo te preocupa? ¿Y por qué me molestas con estos detalles triviales? Te pago muy bien para que te encargues de estas cosas. Encuéntralo. Él sabe que falló en su misión de proteger a mi hijo. Él sabe las consecuencias.

—Sí, señor, pero esto es importante y usted debe saberlo. Hemos tenido problemas en el túnel nuevo. Otro cargamento ha sido robado.

Rojas echó hacia atrás la cabeza y frunció el ceño.

—¿Perdimos otro? ¿Estás bromeando?

—Lo perdimos todo. Las mulas, las patrullas de la policía, todo el cargamento.

—A ver, más despacio. ¿Patrullas de la policía? ¿De qué estás hablando?

—Nuestros observadores me dicen que parecía una redada de la policía en la casa de Calexico, pero nadie vio las furgonetas policiales llegar a la estación. Desaparecieron en el trayecto.

—Eso es ridículo. Cambiaron los autos. ¿Quién estaba a cargo de seguirlos? Lo quiero muerto.

Castillo lanzó un suspiro.

—Se pone peor. Pedro Romero, nuestro ingeniero jefe del proyecto. Su familia fue asesinada y lo encontramos muerto dentro de la casa, además de una mula asesinada en el túnel. El cargamento de armas de Minnesota llegó ahí y fue ese equipo el que los encontró. Están llevando las armas a través del túnel en este momento, pero la electricidad fue cortada.

Rojas se frotó las esquinas de sus ojos, maldijo entre dientes y luego preguntó:

—¿Qué piensas?

Castillo cerró los ojos y tomó un respiro profundo.

—Cuando regresó de Colombia, usted me habló de su encuentro con Samad y lo que quería.

—No, eso no es posible —dijo Rojas rápidamente—. Les advertí y serían unos tontos si nos pusieran a prueba. Dante o Zúñiga nos robaron.

—Señor, es muy posible que este Samad haya utilizado nuestro túnel para entrar a los Estados Unidos.

—No lo creo.

Castillo fue más enfático.

—Cuando la policía se llevó las mochilas, los observadores contaron seis bolsas adicionales. Los observadores están seguros de que no eran los paquetes habituales... y yo estoy seguro de que esos paquetes no fueron guardados en la casa por nadie más. Tuvieron que venir a través del túnel.

—Voy a llamar a Samad ahora mismo.

—Si es él, no va a responder.

—Entonces Rahmani debe responder por esto.

—¿Y si lo niega todo?

Rojas se levantó de un salto de su silla y levantando la voz dijo:

—Entonces todo lo que hemos construido juntos está en peligro.

Castillo retrocedió y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Rojas hizo una mueca.

—Fernando, perdona que haya gritado. Es solo... tú sabes que he pensado en poner fin a todo esto. Alejarme de todo... y si lo que dices es cierto...

—Entiendo, señor. Llamaré a Rahmani para hacerle saber que tiene que pagar si Samad ha entrado a los Estados Unidos. Cualquier amenaza para el cártel debe ser neutralizada.

Rojas se quedó ahí, con la mirada distante, como si estuviera imaginando hongos nucleares elevándose sobre cada ciudad importante de los Estados Unidos.

—Nuestros informantes en Calexico están bien pagados. Apóyate en ellos. Encuentra a los conductores de esas patrullas de la policía. Quiero estar seguro antes de actuar. ¿Está claro?

—Como siempre, señor.

Castillo salió de la oficina. Tenía planeado compartir otra noticia con él, pero el hombre ya tenía bastante en su cabeza. Miguel estaba investigando alrededor de la casa y en Internet, y por supuesto no era la primera vez que trataba de espiar a su padre. De vez en cuando salía una noticia tratando de vincular al señor Rojas con fraudes financieros o estafas inmobiliarias o incluso manipulación de votos durante varias elecciones, y si bien Miguel abiertamente siempre apoyaba a su padre, Castillo sabía que el joven todavía tenía sus dudas. El reciente atentado contra la vida de su padre probablemente había reavivado su curiosidad. Castillo tendría una larga conversación con Miguel para disipar sus sospechas. En este punto, el señor Rojas había sido inflexible.

Él nunca debe saber sobre el cártel.

Casa del túnel fronterizo
Calexico, California

Los sentidos de Moore ya estaban entrando a la casa cuando abrió la puerta trasera tan silenciosamente como pudo y se metió en un pequeño baño. Más allá había un estrecho pasillo con dos puertas que daban a dormitorios y una tercera puerta más adelante. Ansara avanzó, pistola en mano, y giró a la izquierda hacia otro pasillo, donde debía estar la puerta de la cochera. Mientras

tanto, Moore buscó en las dos primeras habitaciones la entrada al túnel. Sólo había un par de muebles para armar baratos de Walmart y colchones viejos de pie sobre la alfombra manchada. Ansara se encontró con él en el pasillo para decirle:

—Solo han movido la mitad de las cajas hasta ahora. Van a volver por el resto.

Apenas había terminado cuando sintieron el sonido de pisadas viniendo del dormitorio principal.

Se metieron en una de las habitaciones más pequeñas y se quedaron ahí, detrás de la puerta, sin atreverse a respirar, mientras los hombres pasaban por el pasillo y se dirigían hacia la puerta de la cochera.

Moore estaba de vuelta en un estado de calma, de pie detrás de la puerta, sólo mirando a Ansara, que había renunciado a contener su propio aliento. El pecho del hombre subía y bajaba, su aliento cada vez más fuerte. Moore levantó una mano, como diciendo, *tómalo con calma.*

Ansara asintió con la cabeza rápidamente.

Los hombres volvieron desde la cochera con el resto de las cajas y cruzaron hacia el dormitorio. El sonido de pies arrastrándose y metal doblándose hizo que Moore frunciera aún más el ceño.

Levantó un dedo. Espera... espera... levantó su teléfono inteligente y le envió un mensaje de texto a Towers: En la casa, a punto de entrar en el túnel. Armas moviéndose. En espera...

Con un guiño le dijo a Ansara que era hora de irse. Se desplazaron con cuidado fuera de la habitación y cruzaron hasta el dormitorio principal, donde, cerca de la puerta del armario, hallaron a un hombre tendido de espaldas, con la camisa empapada en sangre. Ansara se inclinó sobre él y luego echó hacia atrás la cabeza y susurró:

—Conozco a ese tipo. Quiero decir, sé quién es. Pedro Romero. Él era el ingeniero de este proyecto. Tuvo contacto con mi mula —la expresión de Ansara se hizo más oscura—. Amigo, algo muy extraño está sucediendo aquí. Sinaloa... quién sabe...

Por qué habían matado al ingeniero estaba por verse. Mientras Ansara tomaba fotos del hombre muerto y se las enviaba a Towers, Moore inspeccionó la entrada al túnel instalada en el armario. El acceso era a través de una escalera de aluminio que alguien había comprado en el Home Depot por $89,99 más impuestos (el adhesivo con el precio aún estaba pegado en la parte superior).

Ansara le indicó que él iría primero. La escalera rechinó y Moore hizo una mueca de dolor. Bajó unos ocho pies hasta llegar al suelo. Moore lo siguió y juntos comenzaron a avanzar por el túnel. A pesar de la precaria entrada, el túnel mismo era una maravilla de ingeniería. Utilizando pequeñas linternas que habían extraído de sus bolsillos del pecho y manteniendo sus pistolas en alto, apuraron el paso. Moore golpeó con los nudillos uno de los paneles acústicos y quedó aún más impresionado. Habían colgado una línea de luces LED del techo, que ahora estaban apagadas, tubos de ventilación y de cableado eléctrico, y lo que podría ser un tubo de desagüe corría por el suelo, que era de tierra, pero estaba barrido y nivelado con gran precisión. El túnel era, Moore especulaba, una de las operaciones de contrabando más complejas y audaces que hubiera sido construida por un cártel.

Una luz parpadeaba por delante y por unos segundos Ansara se quedó inmóvil, creyendo que la luz se dirigía hacia ellos, pero luego siguieron avanzando y doblaron a la izquierda para encontrar lo que Moore interpretó como una capilla improvisada construida dentro de un túnel de menor profundidad que terminaba en una pared de vigas de madera* unidas por correas de aluminio. Las velas, crucifijos y fotografías le robaron la atención del suelo, donde Ansara fue el primero en

descubrir el cuerpo.

—Es el chico —dijo con un grito ahogado, al tiempo que Moore notó un par de surcos en la tierra causados por los talones del chico, que había sido arrastrado por la espalda.

Ansara cayó de rodillas y dirigió la luz de su linterna a los ojos del niño. Maldita sea, la mula era joven. Había sido apuñalado. Su vida se apagó en un instante.

De repente, Ansara puso su oreja sobre la boca del chico.

—¡Mierda, todavía está respirando!

—Sí, pero amigo, no podemos quedarnos —insistió Moore—. Ellos podrían haberse ido ya. Y todo lo que tenemos es el celular de un tipo para hacerles seguimiento. Si él apaga ese teléfono, estamos jodidos.

Ansara asintió, luego se volvió hacia Rueben.

—Lo sé, lo sé, pero mira, está tratando de decir algo. ¿Quién te hizo esto, Rueben? ¿Quién hizo esto?

Moore se movió al lado de Ansara y vio cómo el chico, con sus ojos casi completamente cerrados, movía su boca, pero no podía pronunciar las palabras.

—Aguanta ahí, muchacho —dijo Moore—. Vamos a volver por ti, te lo prometo.

El chico estiró la mano y agarró la muñeca de Moore.

—Relájate, no te esfuerces —dijo Ansara—. No te preocupes.

Moore se soltó y se puso en marcha. Una mirada hacia atrás le dijo que Ansara lo seguía, aunque tenía los ojos vidriosos y su respiración era fatigosa. Ansara llevaba la culpa en el rostro y Moore sabía exactamente cómo se sentía.

Rueben estaba gritando en su mente, pero no tenía la fuerza para convertir esos pensamientos en sonidos que el agente del FBI pudiera entender: *Chantajearon a Pedro. ¡Vinieron árabes a través del túnel! ¡Terroristas! ¡Y me apuñalaron! ¡Me apuñalaron! Ahora están en los Estados Unidos. Lo lograron. No me dejes aquí. Me voy a morir.*

Los pensamientos eran demasiado rápidos, demasiado desorganizados, demasiado erráticos, para que él pudiera seguir dándoles vueltas. Escuchó a Ansara diciéndole a su madre que lo habían matado.

«Siento mucho lo de su hijo».

Su muerte ya sería un golpe lo suficiente duro, pero ¿añadirle a eso su participación en un cártel de droga y el FBI? No estaba seguro de que su madre pudiera sobrevivir la noticia.

Y eso era en todo lo que podía pensar ahora, sin siquiera darse cuenta de que ya no estaba respirando y de que la luz de las velas se habían apagado.

• • •

El hombre no se había identificado en el teléfono, pero José entendía lo que estaba pasando y la repentina llegada de cuatro vehículos y por lo menos una docena de sicarios más le dijo que quien sea que fuera este tipo, tenía conexiones y era mejor que José escuchara sus órdenes.

—Pero recuerda —le dijo José—. Yo soy El Jefe. Corrales ya no está.

—Sí, está bien, chico, está bien. Ahora haz exactamente lo que te pido. Estás en el interior del tráiler, ¿verdad? ¿Ves la caja fuerte debajo del escritorio?

—Sí, la veo.

—Agáchate ahí. Pulsa el botón de encendido. Digita 43678009 y luego presiona la tecla numeral. ¿Lo tienes?

José hizo lo que le dijeron, digitó mal el número, tuvo que pedir que se lo repitieran y finalmente lo hizo bien y oyó un clic. La caja fuerte se abrió y se quedó sin aliento cuando la luz de su teléfono reveló su contenido. La repisa superior estaba llena de fajos de dólares estadounidenses en billetes de veinte y cincuenta. Comenzó a meterlos en los bolsillos de su chaqueta larga de cuero, la que había comprado después de ver lo *cool* que Corrales se veía en ella.

—¿Terminaste de robarte el dinero?

José se estremeció.

—No he tocado el dinero.

—Está bien, te creo —dijo el hombre con un resoplido—. ¿Ves el *walkie-talkie* ahí dentro?

—Sí.

—No es un *walkie-talkie*. Una vez que el equipo que trae las armas las haya pasado, envíalos de vuelta al interior del túnel y luego vas a volarlo mientras estén todavía adentro. Basta con encenderlo y pulsar el botón rojo grande. ¿Puedes hacer eso por mí, José? ¿Eres lo suficientemente inteligente? Porque si lo eres, te puedes quedar todo el dinero.

—Lo haré. Pero, ¿quién eres?

—Soy Fernando. Soy tu jefe. Trabajo para Los Caballeros. Y tú eres caballero como yo. Eso es todo.

Había una escalera construida con tablones de madera de dos por cuatro pulgadas y contrachapado en el otro extremo del túnel, donde se acababan los paneles de amortiguación de sonido y el suelo se levantaba unos dos pies. Una tenue luz parpadeaba desde arriba, ya fuera de linternas u otra cosa. A Moore le pareció oír voces, tenues, pero ahí estaban, y el sonido de una puerta de metal tintineando a un ritmo constante a medida que se abría enrollándose hacia arriba.

Conteniendo la respiración una vez más, con Ansara aún detrás de él, subió lentamente las escaleras, miró hacia arriba más allá de la cornisa, que era en realidad el suelo, y se dio cuenta de que la entrada había sido instalada en algún tipo de sala de mantenimiento/eléctrica/plomería llena de bombas y casilleros y otros equipos de construcción y limpieza. La puerta por delante estaba abierta, lo que le permitió mirar más allá dentro del gran depósito con un techo de al menos veinte pies de altura. Había paletas de materiales de construcción (bloques de hormigón, bolsas de cemento, montones de varillas de acero) alineadas en largas filas a la derecha y a la izquierda, pero justo al frente había un grupo de hombres y los baúles Anvil que contenían las armas, que estaban siendo cargados en la parte trasera de una Ford Explorer.

Moore se volvió hacia Ansara, abrió ampliamente los ojos y le hizo un gesto para que esperara.

Y cuando Moore se dio vuelta, levantando la cabeza un poco más alto para tener una mejor vista,

un matón con una barba de chivo y patillas que formaban una barba de candado de pronto entró en la sala...

—Oye, ¿qué carajo? —gritó, mirando a Moore—. ¿Quién eres tú?

—Estamos con esos tipos —respondió Moore rápidamente.

—¡Mentira! —El hombre se dio vuelta hacia los demás—. ¡José!

Justo en ese momento el teléfono de Moore comenzó a vibrar y Ansara gritó:

—Llamó Towers. ¡Tienen un grupo numeroso afuera!

Moore le metió dos balas en la espalda al gritón y luego se volvió hacia Ansara.

—¡Corre!

José se separó del grupo en tanto su hombre, Tito, se derrumbaba sobre su vientre. Más allá de él estaba la entrada al túnel y no podía ver quién le había disparado a su hombre, pero adivinó que había sido alguien que había venido desde el túnel.

Echándose a correr, le gritó a los tres hombres que habían traído las armas y luego irrumpió en la sala de mantenimiento, buscando detrás de las bombas hasta que encontró la entrada del túnel y los otros llegaron sin aliento detrás de él.

José les hizo un gesto con su pistola.

—Vayan allá abajo. Despejen el lugar. Quiero al hijo de puta que hizo esto.

Los tres estaban armados con sus *mata policía* y comenzaron a bajar por las escaleras.

Con el corazón acelerado, José corrió de vuelta hacia los demás y les gritó para que se dieran prisa en cargar las armas y dijo que se reuniría con ellos en un minuto.

Recupera el aliento, se ordenó a sí mismo mientras se alejaba de la camioneta y le daba la espalda al grupo. Sacó el detonador de su bolsillo y lo encendió. La luz verde brilló en su rostro y por unos segundos se quedó ahí mirándola, hipnotizado con la luz.

Y entonces, imaginando que el equipo que había traído las armas estaría unos mil pies en el interior del túnel, se echó a reír, embriagado con el poder en sus manos.

Mansión Rojas
Cuernavaca, México
56 millas al sur de Ciudad de México

Sonia esperó en la puerta, mientras Miguel entraba en la oficina y se aclaraba la garganta. Su padre levantó la vista del escritorio y dijo:

—Miguel, lo siento, estaré trabajando hasta tarde esta noche y ahora estoy muy ocupado. ¿Pasa algo?

—Quiero ver las bóvedas del sótano —lanzó.

—¿Qué?

—Llévame al sótano ahora mismo. Muéstrame lo que tienes en las bóvedas ahí abajo.

Su padre finalmente levantó la mirada de las pantallas de sus computadoras y frunció el ceño.

—¿Por qué?

Miguel no era capaz de decirle la verdad.

—Yo sólo... yo nunca he estado allí. Pensé en mostrárselo a Sonia. Pero tienes un guardia ahí, todo el tiempo.

—Bien, entonces. Vamos ahora.

—¿En serio? Siempre dices que no. ¿Cuántas veces te he preguntado? ¿Por lo menos veinte veces en los últimos años?

—Bueno, ahora te las voy a mostrar.

Se paró de un salto de su silla y pasó como un vendaval junto a Miguel, abrió bruscamente la puerta y sorprendió a Sonia, que le estaba enviando un mensaje de texto a su padre en su teléfono inteligente.

—¿Tú también quieres el recorrido? —dijo bruscamente el padre.

—Lo siento, señor. No era nuestra intención molestar.

Rojas levantó una mano y salió a paso acelerado por el pasillo.

Miguel le dio una mirada de preocupación a Sonia y luego siguió apurado al hombre. Llegaron a las puertas dobles que conducían a la amplia escalera y su padre le ordenó al guardia abrir las puertas y permitirles pasar.

—Desactiva las alarmas también —le dijo.

Le echó una mirada a Miguel.

—Sé de qué se trata esto. Y estoy decepcionado.

Miguel se mordió el labio y apartó la mirada. Su padre entró por la puerta que el guardia estaba sosteniendo abierta, y Miguel y Sonia avanzaron detrás de él.

La escalera estaba muy bien alfombrada de un profundo color burdeos y se separaba en dos descansillos antes de llegar a la parte inferior. Las luces instaladas en el techo controladas a través de sensores de movimiento se encendían automáticamente en la medida que avanzaban por el piso adornado de azulejos. Detrás de ellos había una cochera que Miguel nunca había visto. Había por lo menos diez automóviles antiguos y un elevador para transportarlos hasta una rampa que conducía afuera. A Miguel le pareció divertido y nada sorprendente que el sótano de su casa estuviera decorado tan bien como el resto de la mansión.

Había dos bóvedas como las que se encuentran en los bancos, una junto a la otra, en el otro extremo de la sala. Ambas puertas estaban cerradas. Su padre se acercó a un panel de control al lado derecho de una bóveda. Digitó un código y apoyó su mano sobre una pieza de vidrio oscuro. Una luz brilló sobre sus ojos; luego movió su mano a otro dispositivo, donde insertó su dedo índice. Una voz de computadora dijo: «Tomando muestra». Retiró el dedo, ahora manchado de sangre y lo lamió.

La puerta de la bóveda dio varios golpecitos y luego se abrió con un silbido, como si estuviera propulsada por aire.

—Vayan. Echen un vistazo mientras abro la otra —dijo su padre.

Miguel le hizo una seña a Sonia y avanzaron más allá de la puerta gigante y al interior de la bóveda, que tenía por lo menos veinte metros de largo y lo mismo de ancho. Cientos de piezas de arte estaban puestas en fila en el suelo o sobre caballetes, mientras que en la esquina había por lo menos veinte, incluso treinta, piezas de muebles hechos a mano, escritorios, cajoneras y armarios que Miguel recordaba haber visto a su padre comprar pero que había olvidado. Sobre dos largas mesas,

había más armas como las que tenía en la casa de vacaciones, mientras que otras estaban guardadas en sus cajas bien apiladas en el suelo junto a ellas. De una serie de largas barras justo a su izquierda colgaban veinte o más alfombras exóticas que su padre sin duda había comprado en Asia, y la documentación de cada una estaba aún clavada en las esquinas. Otra serie de cajas de vidrio con control de humedad albergaban las colecciones más raras de literatura de su padre, anteriores al 1900, primeras ediciones que Miguel sabía que valían una fortuna. Sonia miró con asombro los artículos, mientras Miguel se volvió hacia la puerta, donde había aparecido su padre.

El tono de su padre se volvió acusador.

—¿Qué esperabas?

—No sé.

—Ya no confías en mí, ¿verdad?

—Eh, si quieren que me vaya, ¿puedo entrar en la otra bóveda? —preguntó Sonia, desplazando su peso incómodamente de lado a lado.

—No, está bien, quédate —dijo Miguel, endureciendo su tono de voz un poco—. Creo que tal vez el problema es que tú no confías en mí. Si no tienes nada que ocultar, ¿por qué no me mostraste este lugar años atrás?

—Porque quería que confiaras en mí. No tienes idea de lo importante que es eso. No lo desestimes. ¿Quieres ver la otra bóveda?

—Es más de lo mismo, ¿eh?

—Necesito otra casa para exhibir todo esto. Tu madre siempre decía que mis ojos eran demasiado grandes para mi estómago y eso se aplica a mis compras también.

En ese momento Miguel se dio cuenta de que había estado perdiendo el tiempo. Si su padre quería ocultar algo de él, no lo habría hecho de manera tan obvia, diciendo *no, no puedes ver lo que hay en las bóvedas*. Es más, sólo había incitado al hombre. Sin embargo, todavía tenía sus dudas.

—Lo siento.

—Miguel, solo quiero lo mejor para ti. No hay nada ilegal en lo que hago. Los periódicos publicarán cualquier cosa para vender ejemplares y publicidad. Me han llamado criminal durante años, pero has visto lo que he tratado de hacer en nuestro país, lo mucho que he tratado de devolver. Soy sincero al respecto. Tu madre me enseñó más de lo que sabes acerca de cómo abrir el corazón.

Miguel miró a Sonia, que estaba frunciendo los labios y asintiendo con la cabeza.

—Entonces tengo que preguntarte algo. Antes de que mataran a Raúl, él les suplicó, les dijo que el cártel pagaría lo que fuera. Si él trabajaba para nosotros, entonces ¿por qué habría dicho que el cártel iba a pagar?

Su padre se encogió de hombros.

—No lo sé. Fernando contrata a muchas de esas personas él mismo. No tengo ninguna duda de que algunos pueden haber pertenecido alguna vez al cártel y los salvamos de esa vida.

Miguel respiró hondo.

—Si te pregunto algo, ¿prometes decirme la verdad? Su padre asintió con la cabeza.

—¿Estás haciendo negocios con los cárteles de droga?

Su padre sonrió débilmente y miró hacia otro lado.

—No, por supuesto.

—Muy bien, entonces. Lo siento.

Su padre comenzó a quedarse sin habla. Se movió repentinamente hacia Miguel y lo abrazó fuertemente.

—Eres mi único hijo. Eres mi mundo. Tienes que creer en mí.

La mentira provocó que un dolor profundo y terrible despertara en el corazón de Rojas, y ese dolor lo llevó a un lugar donde su hermano asesinado lo miraba fijamente con una reflexión extraña en sus ojos y su esposa yacía inmóvil en su ataúd, con su piel hermosa ahora como alabastro y sin vida. La mentira era la muerte misma.

Mientras abrazaba a su hijo, luchó por salir de ese lugar, trató de convencerse a sí mismo de que no estaba, en cierto sentido, asesinándolos a ambos por mantener el secreto, que era todo por el bien del chico.

Pero el dolor era tan grande que deseaba poder llevar a Miguel y a Sonia a la parte posterior de la bóveda, abrir las bien disfrazadas puertas de panel allí, y mostrarle a su hijo la segunda bóveda, la bóveda dentro de la bóveda, donde millones de dólares estadounidenses estaban esperando para ser blanqueados...

Él debería ser el que confesara sus pecados. Miguel no debía enterarse de segunda fuente.

Pero otra parte de Rojas estaba firmemente en contra de eso. Todo debía ser como siempre. Su mujer nunca se había enterado de la horrible verdad y tampoco debería hacerlo su hijo.

Rojas soltó a su hijo y miró profundamente en los ojos del chico mientras un escalofrío recorría sus hombros.

Sí, la mentira era la muerte.

34

LA MANO DE FÁTIMA

Túnel fronterizo
Calexico —Mexicali

No era que Moore lamentara su decisión de correr de vuelta al túnel. Después de todo, había recibido dos piezas simultáneas de información y había reaccionado en un instante: (1) habían sido descubiertos y (2) un grupo numeroso de hombres estaba dentro del depósito. Luchar o huir.

Lo que más lo frustraba era que la misión de seguir el dinero estaba acabada. El seguimiento había terminado en el segundo en que el matón los había visto. Trató de convencerse a sí mismo de que no había nada que pudieran haber hecho de manera diferente. Era simplemente una cuestión de tiempos (tuvo un *flash-back* a Somalia y aquel fiasco, a donde lo enviaron demasiado tarde). Claro, él y Ansara le contarían a Towers sobre la Ford Explorer y le harían seguimiento al vehículo con los satélites y los informantes civiles de Towers, tal vez incluso obtendrían permiso para interceptarlo e incautar las armas e incluso confiscar el dinero en efectivo, pero Moore había contado con identificar un vínculo más definitivo entre el cártel y Jorge Rojas, a través de al menos uno de los negocios de Rojas.

Ansara iba corriendo por el túnel, aumentando la brecha entre ellos, pero Moore estaba empezando a disminuir la velocidad al oír el estruendo de las botas de hombres bajando la escalera detrás de ellos. Se detuvo, dio media vuelta y se dejó caer sobre su vientre, iluminado por la luz parpadeante de la entrada del túnel, una figura se precipitó hacia delante, con el brazo extendido. Por tan solo un fragmento de segundo Moore vislumbró el rostro de su agresor: el conductor del camión del cártel.

Ahora apoyado en sus codos, Moore disparó una bala contra el pecho del hombre que lo empujó hacia los lados, contra los paneles, antes de que cayera sobre su espalda.

Por detrás de él llegaron dos hombres más, el resto del equipo que había trasportado las armas, disparando sus pistolas de fabricación belga *mata policía*, las balas resonando a través del túnel en tanto una de 5,7 × 28 milímetros golpeó la tubería cerca del codo de Moore.

Las bocas de sus pistolas parpadeando revelaron sus posiciones y hurgando profundamente en décadas de experiencia (y su rabia) le apuntó al primer hombre, metiéndole un par de tiros en el pecho; luego se movió ligeramente a la derecha y descargó su cargador en el segundo tipo, que se tambaleó hacia atrás, como si hubiera sido electrocutado.

Moore expulsó su cargador y se puso de pie, y cuando se disponía a dar la vuelta hacia Ansara, el otro extremo del túnel se desvaneció.

Así de simple.

• • •

Ese tenue rayo de luz parpadeante que caía en la escalera de madera se había extinguido en un nano-segundo, siendo reemplazado por un enorme muro de tierra y polvo, acompañado de una explosión que se originó en ambos lados de la pared, lanzando una onda explosiva de tierra y piedras y piezas de vigas de soporte a través del hueco del túnel.

Moore estaba íntimamente familiarizado con el sonido del ciclotrimetileno-trinitramina o explosivos plásticos C-4, y mientras los escombros empezaban a caer sobre él hubo una segunda explosión a su espalda, esta vez mucho más cerca, haciendo que la tierra retumbara más violentamente; y luego una tercera explosión estalló a través de las dos primeras, esta aún más cerca, en tanto él se daba media vuelta y corría, haciendo eco de su primera advertencia a Ansara:

—¡Corre! —ese grito fue puro reflejo y reacción; Ansara no necesitaba más motivación.

Aunque continuaba moviéndose rápidamente a través de las curvas, creyendo que cada ángulo de noventa grados lo protegería mejor, más detonaciones hicieron pedazos el túnel, programadas para estallar en sucesión y cada vez más cerca. Más adelante, a su derecha, estaba el pequeño santuario iluminado con la luz parpadeante de las velas. Al pasar, vio a Ansara tratando de levantar a Rueben para cargarlo a través de sus hombros. Moore maldijo, pero siguió corriendo.

—¡Olvídate de él! ¡Tenemos que irnos!

—¡Todavía no ha muerto!

La siguiente explosión se produjo tan cerca que Moore creyó que se le habían reventado los tímpanos. Las nubes de polvo y la onda de escombros llenaron el túnel, apagando las velas y cortando a Ansara mientras imploraba por un segundo más.

Cegado y jadeando, Moore avanzó, sin saber si su compañero estaba detrás de él. Se estrelló directo contra la escalera al tiempo que una explosión cerca de donde terminaban los paneles acústicos aflojó un muro de tierra que se derrumbó alrededor de él, la tierra húmeda siseando como un coro de serpientes y enterrándolo hasta la cintura mientras las nubes de polvo le cubrían la cara.

Tomó aliento, paladeó la tierra arenosa, tosió fuertemente y luego trató de volver a respirar, parpadeando rápidamente para aliviar el ardor en sus ojos. Trató de darse vuelta, pero sus piernas estaban inmovilizadas por la tierra. Gritó el nombre de Ansara, pero había fácilmente miles de libras de escombros entre él y su compañero. Volvió a gritar, golpeando sus puños contra los montones de tierra fresca sabiendo que Ansara y el chico se estaban ahogando y no había una maldita cosa que pudiera hacer al respecto. Cavó más allá de la tierra y hasta su bolsillo, apenas notando la sangre que corría por su brazo. Logró agarrar su teléfono inteligente, pero su mano temblaba tanto que lo dejó caer. Luchando por respirar y tosiendo de nuevo, cogió de nuevo el teléfono y llamó Towers.

—Hicieron explotar el maldito túnel. Ansara está enterrado. Estoy atrapado aquí también. ¿Me oye? Volaron el túnel...

—Lo escucho. Un equipo va en camino.

—Maldición. Nos vieron.

—¿Se fueron con las armas?

—Creo que sí. Ford Explorer negra. Probablemente estén saliendo de la bodega. Averigüe con sus observadores.

—Lo tengo. Ahora, Moore, aguante. Va ayuda en camino. Y yo mismo voy para allá.

Le llevó otros cinco minutos liberar una de sus piernas y para cuando fue capaz de levantar esa

pierna en un intento por salir del agujero, oyó a un grupo moviéndose en el dormitorio y una voz que no reconoció gritando su nombre.

—*¡Aquí* abajo! —gritó.

Una linterna lo cegó por un segundo hasta que el hombre que la sostenía la apagó.

Moore levantó la mirada hacia los ojos de un tipo con el casco negro y el uniforme negro de una fuerza especial del FBI. El tipo se puso el rifle al hombro.

—¡Santo Dios!

Moore se limitó a mirarlo.

—Apúrate. Mi compañero está aquí abajo con un chico. Están enterrados. No pueden respirar.

—Oh, Jesús...

A los diez minutos Moore estaba libre y subiendo la escalera, gimiendo por el dolor en su brazo mientras trataba de aferrarse a los peldaños. Fragmentos de metal de una de las vigas habían atravesado su camisa y se habían enterrado en su bíceps. La herida no era nada. No podía dejar de pensar en Ansara y mientras estaba ahí parado en el dormitorio, paseándose de un lado a otro, queriendo volver abajo y excavar a través de la arena con sus propias manos, uno de los miembros de la fuerza especial apareció subiendo por la escalera y dijo:

—Vamos a necesitar una maldita excavadora para sacarlos. Moore se recostó en la pared del dormitorio, maldiciendo y haciendo muecas por la tierra en su boca. Contuvo la respiración y se imaginó de nuevo el interior del túnel a través de la tierra y en una pequeña depresión en donde estaba tendido Ansara, dando sus últimos respiros. Moore se estremeció. Quería gritar. Luego, simplemente salió de la casa, cerrando de un golpe la puerta detrás de él.

Tal vez simplemente estaba maldito. Eso era. Si andabas con él el tiempo suficiente, acabarías muerto. ¿Cuánto más de esto podría soportar? ¿Cuántos fantasmas podrían poblar su mente?

Encontró a Towers saliendo de un auto particular al otro lado de la calle.

—Vamos a sacarlo a usted de aquí.

Moore miró atrás, hacia la casa.

—No hasta que lo saquen.

—Muy bien, sólo tómelo con calma.

Moore dio media vuelta y se dirigió hacia la casa. Otras unidades venían llegando y toda la calle sería acordonada. Bienvenidos al circo, a la gran carpa de la policía y el equipo de primera respuesta dirigido por los observadores del FBI y de los cárteles de droga, junto con los vecinos curiosos, niños corriendo en pañales y un montón de gatos y perros callejeros.

Moore y Towers regresaron al dormitorio, donde abajo en el túnel varios agentes estaban despejando los escombros con sus manos y las culatas de sus rifles mientras esperaban que llegara un equipo de excavación.

—Me iba a enseñar a andar en bicicleta de montaña, ¿sabe? —le dijo Moore a Towers—. Me dijo que andaba realmente mal.

Towers negó con la cabeza.

—No lo haga, amigo. No se torture.

—Se está muriendo allí adentro en estos momentos.

El tono de Towers se endureció.

—¿Me está escuchando?

• • •

El equipo de excavación no llegó a donde estaban Ansara y Rueben hasta cerca de la una de la tarde del día siguiente, y si bien Towers había obligado a Moore a retirarse de la escena y había ido a un hotel para darse una ducha y ponerse ropa limpia, había regresado y esperado hasta que su colega y el joven fueron sacados del túnel y tendidos en el suelo del dormitorio. La cara de Ansara y la mayor parte del lado izquierdo de su cuerpo estaban salpicados de metralla, por lo que había una buena probabilidad de que hubiera muerto con la explosión. Rueben, por su parte, probablemente había sido protegido por Ansara y sólo tenía su herida donde lo habían apuñalado.

Una de las manos del chico estaba apretada fuertemente en un puño cerrado, mientras que la otra estaba muy suelta, lo que a Moore le pareció un poco raro. Se puso de rodillas y con delicadeza abrió la mano del chico para encontrar un colgante de oro cubierto de tierra.

Moore lanzó otra maldición porque sabía exactamente lo que estaba mirando: un Hamsa de oro de dieciocho quilates, un símbolo de Medio Oriente también llamado la Mano de Fátima, nombre de la hija del profeta Mahoma. El colgante tenía la forma de la parte posterior de una mano humana e incluía delicados trabajos de filigrana que parecían encaje. Era usado por los musulmanes para protegerse del mal de ojo.

El túnel había estado oscuro. Moore y Ansara nunca habían notado la otra mano de Rueben. Había agarrado a Moore y había intentado desesperadamente decirle algo, tal vez darle algo.

Moore cerró los ojos y apretó con fuerza el colgante entre sus dedos.

Farmacias Nacional
Avenida Benito Juárez, cerca del puente de Santa Fe
Ciudad Juárez, México

Pablo Gutiérrez había asesinado a un agente del FBI en Calexico durante una misión para ayudar a Pedro Romero a encontrar viviendas para los trabajadores del proyecto del nuevo túnel del cártel de Juárez. El agente se había enfrentado a ellos, fingiendo ser un sicario, pero no sabía que ya había sido descubierto y que Pablo sabía exactamente quién era. Mientras Romero observaba, Pablo había amarrado al hombre a una silla con cinta de embalar dentro de una de las casas propiedad del cártel cerca de la valla fronteriza.

El agente había mostrado gran valentía y fingido no trabajar para el gobierno de los Estados Unidos, incluso después de que Pablo le hubiera sacado sus dos meñiques con un par de tijeras de podar que había encontrado en la cochera. Las hojas de la tijera estaban cubiertas de óxido y embotadas. Después de que le cortaran dos dedos más de su mano derecha, el agente federal había comenzado a balbucear como un niño pequeño, confesando todo lo que sabía acerca de las operaciones del cártel en la zona... o al menos su historia había sonado lo suficientemente buena. En cualquier caso, a Pablo no le importaba. Su trabajo, según Corrales, era matar, no interrogar, al

hombre, pero él había querido divertirse un poco antes de hacerlo. Pablo le había dado las gracias al agente, luego había levantado un hacha sobre el cuello del hombre y hecho un par de movimientos de práctica mientras Romero se daba media vuelta y se tapaba el rostro con una mano.

El agente había lanzado un grito escalofriante mientras Pablo levantaba el hacha y le decía que estuviera quieto.

Había tenido que darle cinco sólidos golpes antes de que su cabeza cayera en el suelo. Pablo nunca había visto tanta sangre antes y un olor extraño, como de mariscos crudos, salía del cuerpo.

Le había ordenado a Romero que lo ayudara a llevar la silla y el cuerpo a la acera como si estuvieran sacando la basura y los materiales reciclables. Con un alfiler Pablo había puesto una nota sobre el cuerpo sin cabeza: *Agentes del FBI váyanse de Calexico ahora.*

Había enviado la cabeza por correo al edificio J. Edgar Hoover en Washington, D.C., la sede del FBI, pero no habría de llegar hasta dentro de tres a cinco días. Sin embargo, menos de una hora más tarde, los vecinos que regresaban a sus casas del trabajo se habían encontrado con el espantoso espectáculo en la acera y unos minutos después de que Pablo se hubiera ido, habían llegado unidades policiales a la escena.

Esa noche, Pablo se había reído a carcajadas viendo la noticia en CNN, con la barra de noticias mostrando declaraciones ridículamente obvias, como: «Tendencias: Guerra del narcotráfico mexicano cruza la frontera hacia los Estados Unidos». ¿Pensaban que nunca sucedería? ¿En qué clase de tierra de fantasía vivían los estadounidenses? *Malditos tontos.*

Esa fue la noche en que Pablo se había convertido en un hombre buscado en los Estados Unidos debido a que un adolescente lo había fotografiado cerca de la casa y le había entregado la imagen a las autoridades estadounidenses (Pablo también había matado al chico}. Ahora se daba cuenta de que esas eran las buenas épocas y que su involucramiento con Corrales y Los Caballeros y el cártel lo tironeaban desde ambos lados.

Había agonizado tratando de descubrir dónde debería estar su lealtad: con Corrales, su jefe inmediato, el hombre que le había enseñado todo y lo había convertido en su mano derecha, rescatándolo de una vida de jardinero cuando era un joven inmigrante ilegal de dieciocho años en Las Vegas... o con Fernando Castillo, el hombre cuya identidad Pablo sólo había conocido recientemente y que había estado llamando a Pablo repetidas veces. El que finalmente hubiera decidido responder una de las llamadas era un secreto que tenía bien guardado de Corrales, que los había encerrado a todos en un par de apartamentos encima de las Farmacias Nacional.

Corrales había dicho que el cártel no los iba a encontrar porque no sabían de su amistad con el dueño del apartamento y Pablo le creyó. El propietario de la farmacia, también amigo de Corrales, manejaba una operación de contrabando de medicamentos con receta para frustrar las regulaciones aduaneras estadounidenses que establecían que una persona sólo podía ingresar la cantidad de una receta médica para uso personal a los Estados Unidos y debía tener una copiar de la receta. El farmaceuta se había asociado con un médico, y juntos escribían y vendían miles de dólares en recetas falsificadas que se movían a través de la frontera. Eran contrabandistas de poca monta, pero estaban orgullosos de su negocio y hasta ahora ni una de sus mulas había sido atrapada, un récord notable. Corrales se había reído de ellos, porque lo que el cártel contrabandeaba valía millones.

Sin embargo, Dante Corrales no se reiría por mucho más tiempo.

—¿Adónde vas? —preguntó el hombre, sentado en el sofá vestido con una camiseta sin mangas y pantalón de mezclilla, y con una botella de Pacífico apoyada sobre su rodilla. Había estado en ese sofá durante los últimos días, viendo telenovelas, entrando en ataques de ira y luego calmándose. Su brazo izquierdo aún estaba en un cabestrillo y los vendajes en su hombro eran cambiados a diario.

—Voy a conseguir algo de comer —le dijo Pablo.

—Compra lo suficiente para todos nosotros, ¿ok?

—Está bien.

Pablo se estremeció y se dirigió hacia el pasillo. Entró en el hueco de la escalera, llegó al primer piso y cuando abrió la puerta trasera que daba al callejón detrás de la farmacia, los hombres de Fernando Castillo ya lo estaban esperando. Tres de ellos. Llevaban chaquetas largas para ocultar sus armas.

—¿Está allá arriba? —preguntó uno de ellos, un joven llamado José que una vez había desafiado a Corrales durante una operación de contrabando en Nogales y que Castillo había dicho que ahora se haría cargo de la pandilla.

Pablo asintió.

—Hay dos cámaras. Búsquenlas. Y que Dios me perdone.

—Dios no tiene nada que ver con esto —dijo José—. Nada en absoluto...

Pablo se alejó y marcó el número.

—Soy yo.

—¿Están subiendo? —preguntó Castillo.

—Sí.

—Bueno. Recuerda. Quiero ver una imagen del cuerpo.

—¿Ni siquiera quiere hablar con él?

—¿De qué serviría eso?

—Tal vez está arrepentido. Tal vez le devuelva el dinero.

—Oh, nos va a pagar. Con intereses. En este mismo momento.

• • •

Corrales se levantó y fue al dormitorio, donde María aún estaba tendida atravesada sobre la cama, todavía en su negligé, leyendo una de sus revistas de moda. Tenía los calzones metidos en el culo y por un segundo o dos, Corrales pensó en saltar sobre ella, pero ella iba a luchar para liberarse de él, reclamar y gemir como la perra deprimida en la que se había convertido, y él le diría una vez más que fuera paciente, que Zúñiga recapacitaría, los tomaría como aliados y, finalmente, se convencería de que él podía ayudarlos. Tenían suficiente dinero para vivir por ahora, pero no se atreverían a acercarse al hotel para sacar más de la caja fuerte que había allí. Esos hijos de puta habían matado a Ignacio y Castillo estaba vigilando el lugar las veinticuatro horas del día esperando el retorno de Corrales.

Corrales no veía otra forma de sobrevivir que no fuera uniéndose al cártel rival. Necesitaba protección porque Fernando tenía la mano de obra y el dinero para darle caza, sin importar qué lugar del mundo eligiera para ocultarse. Muy en el fondo sabía que algún día le daría la espalda al cártel que había asesinado a sus padres. Lo había usado para todo lo que valía la pena. Su imprudente

decisión de usar el dinero del cártel para financiar la restauración de su hotel en vez de pagarle a los guatemaltecos probablemente había nacido en su subconsciente. Quería que lo atraparan. Quería que las cosas salieran mal para verse obligado a salir del cártel. Es por eso que se había preparado para este día pasándose los últimos años recopilando información crucial: las identidades de proveedores y traficantes en todo el mundo, incluidos sus principales contactos, Ballesteros en Colombia y Rahmani en Waziristán; números de cuentas bancarias y recibos de depósito; grabaciones de llamadas telefónicas y copias de los mensajes de correo electrónico que podrían incriminar a Castillo y al mismo Rojas. Corrales le ofrecería a Zúñiga información privilegiada sobre el funcionamiento del cártel de Juárez para poder ayudar al hombre que una vez odió a hacerse cargo de las operaciones en la ciudad.

Sin embargo, Zúñiga hasta ahora no había respondido ninguna de sus llamadas. Corrales incluso había enviado a Pablo a su casa y el hombre había mandado a sus matones a decirle a Pablo que se fuera o sufriera las consecuencias.

Corrales había instalado dos cámaras de vigilancia inalámbricas a batería alrededor del apartamento y la farmacia: una en el pasillo afuera de la puerta del apartamento y la otra en la escalera principal que conducía arriba desde la puerta que daba al callejón atrás de la farmacia. El pequeño monitor que estaba sobre el bar cerca del lavaplatos de la cocina estaba mostrando estática y Corrales captó esa pantalla con el rabillo del ojo. Maldijo y se levantó del sofá para investigar cuál era el problema.

El que su pistola FN 5.7 estuviera sobre el mostrador junto al monitor fue la única razón por la que no lo mataron inmediatamente.

Un ruido de pies afuera de la puerta principal le llamó la atención. Alargó la mano para agarrar la pistola.

José, la pequeña rata que Corrales había entrenado, abrió de una patada la puerta y apuntó a Corrales con su pistola, que ya estaba levantando la propia.

Hubo medio segundo de reconocimiento y en los ojos de José apareció un brillo casi de culpa antes de que gritara el nombre de Corrales.

Corrales disparó una vez, un tiro a la cabeza rápido como un rayo, en tanto otros dos bastardos entraban corriendo detrás de José, pero Corrales ya se estaba agachando detrás del bar, para cubrirse. José cayó al suelo con una herida abierta encima de su ojo izquierdo.

María gritó desde el dormitorio y uno de los tipos se separó de los demás y corrió por el pasillo.

Corrales gritó su nombre, atrayendo los disparos del otro tipo, que se había metido a la sala de estar y arrojado detrás del sofá. Corrales salió de un salto de atrás del bar y con un profundo grito que venía de sus entrañas, se movió alrededor del sofá y se encontró cara a cara con el pandillero, que le echó una mirada y levantó su arma en señal de rendición.

Tenía dieciséis años, con suerte. Corrales le disparó dos veces en la cara. María gritó su nombre.

Se escucharon dos disparos. Corrales corrió al dormitorio al tiempo que el último sicario, un hombre tatuado entero con una gran barriga a quien Corrales nunca antes había visto, se volvía hacia él.

Le tomó sólo una fracción de segundo ver a María tendida a lo ancho de la cama con sangre filtrándose a través de su negligé. Ella pronunciaba su nombre.

Entonces, dos cosas sucedieron a la vez.

El hombre gritó:

—¡Vete a la chingada, vato! —y levantó la pistola.

Corrales abrió la boca, sacudido por la visión de su mujer tendida ahí, muriéndose, al tiempo que jalaba el gatillo de su pistola mientras corría hacia el hombre, clavándole el arma en el pecho como si fuera una espada, las dos últimas balas silenciadas mientras se enterraban en su carne, la boca de la pistola incluso quemando la camisa del tipo mientras éste disparaba dos tiros hacia el techo. El hombre se estrelló de espaldas contra la televisión de pantalla plana, botándola al suelo, él mismo cayendo y aterrizando boca abajo sobre la alfombra. El hedor a pólvora y a tela y carne quemada fue suficiente para que Corrales tuviera arcadas.

Se escucharon gritos provenientes del pasillo de afuera; Paco, el farmacéutico, junto con su esposa, estaban gritándole a sus dos hijos para que salieran del apartamento de al lado.

Corrales se quedó ahí, con el pecho subiendo y bajando, el acto mismo de la respiración casi demasiado doloroso de soportar. Se le hizo un nudo en la garganta y las lágrimas que había reprimido durante años, finalmente tiñeron sus mejillas mientras se subía a la cama y ponía su mano en el rostro de María. Se estaba estremeciendo, los labios le temblaban, sus pensamientos giraban en un torbellino de ira mientras le echaba un vistazo al sicario muerto y disparaba tres veces más, pero su pistola hizo clic en vano. ¿Y ahora qué? Otro cargador. Podría haber más de ellos afuera. Se sacó el cabestrillo y con un dolor sordo en el hombro, corrió a la cocina, recargó su arma y luego regresó para tomar a María en sus brazos y llevarla fuera del apartamento, con el hombro ardiendo de dolor y la pistola apretada en su mano.

El farmacéutico le gritaba mientras bajaba por la escalera y salía hacia el exterior, pero cuando se volvió hacia donde usualmente estacionaba su auto en el callejón, se encontró con Pablo, apoyado en el capó.

—¡Nos acaban de atacar! —gritó—. ¡Métete en el auto! ¡Tenemos que irnos ahora!

Pero Pablo se limitó a mirarlo, atónito, luego metió la mano en la pretina de su pantalón y sacó su pistola.

No, Corrales no había visto venir esto y la traición lo dejó sin aliento. Se volteó, dirigiéndose hacia la puerta trasera, mientras intentaba levantar su brazo lo suficientemente alto como para poder dispararle al joven a quien había considerado un amigo de confianza.

Pablo disparó la primera bala, pero golpeó a María; luego Corrales disparó dos tiros mientras Pablo corría alrededor del auto, tratando de agacharse detrás del maletero. Una bala lo alcanzó en el abdomen y la otra en el brazo. Se dejó caer al suelo, gimiendo, levantando su pistola de nuevo, y Corrales disparó dos tiros más que se hundieron en el pecho de Pablo. Se tambaleó hasta el auto, llegó allí, puso a María en el suelo, y, llorando una vez más, abrió la puerta de atrás y con esfuerzo arrastró a su novia muerta hasta el asiento trasero. Una vez que la hubo subido al auto, se metió en el asiento del conductor y encendió el motor. Las sirenas sonaban en la distancia cuando salió a toda velocidad dejando caucho en el pavimento y echando una nube de humo de escape sobre el cuerpo de Pablo.

Casa del rancho de Zúñiga
Ciudad Juárez, México

Los observadores del cártel de Juárez estaban viendo a Corrales ir por el camino de tierra hacia la casa de Zúñiga y no había nada que pudiera hacer al respecto. Los dos hombres se habían apostado en el pequeño complejo de apartamentos donde empezaba el desvío hacia el camino de tierra y él los vio en la azotea. Ellos, a su vez, estaban siendo vigilados por los hombres de Zúñiga, que sin duda estaban apostados a lo largo del cerco perimetral, en un estacionamiento de suelo de tierra junto a un cobertizo separado en el lado norte de la casa.

Con una estela de polvo claramente marcando su camino, Corrales condujo a toda velocidad hasta las rejas de la puerta de entrada recién reparada de Zúñiga, las que él había volado aquella noche para enviarle un mensaje a su rival. Salió corriendo del auto, agarró a María y la llevó hacia las rejas, mirando a la cámara de seguridad y gritando,

—¡Zúñiga! ¡Mataron a mi mujer! ¡La mataron! Tiene que hablar conmigo. ¡Por favor! ¡Tiene que hablar conmigo!

Cayó de rodillas y comenzó a llorar en el pecho ensangrentado de María.

Y entonces se escuchó un suave golpecito y unos motores empezaron a chirrear. Miró hacia arriba a través de las lágrimas mientras las rejas de hierro forjado se separaban y más adelante, mucho más allá en el largo camino pavimentado, apareció el mismo Zúñiga, flanqueado por dos guardias.

35

REVELACIONES Y RESERVA

Oficina de Control de Desvíos de la DEA
San Diego, California

Moore estaba sentado en un cubículo que había tomado prestado de uno de los investigadores de desvíos que se encontraba en una reunión. Moore nunca había estado en esta área del edificio, donde los agentes especiales, químicos, farmacólogos y analistas del programa habían montado toda una operación. Su misión era amplia: coordinar las operaciones con el Departamento de Seguridad Nacional y el propio Centro de Inteligencia de El Paso de la DEA. Hacían seguimiento y monitoreo computarizado de la distribución de sustancias controladas en un esfuerzo por proporcionar información de inteligencia táctica a sus colegas. Incluso redactaban y proponían proyectos de ley al Congreso desde esta ubicación. Era una impresionante colección de expertos; una oficina que estaba en actividad constante, porque, como Moore le había escuchado decir a un analista, «los cárteles nunca duermen».

Y tampoco los talibanes.

El colgante que Moore había tomado de la mano de Rueben ya había sido entregado a uno de los laboratorios móviles de la Agencia, que había llegado media hora antes. Los técnicos dentro de la furgoneta de reparto estaban utilizando una nueva y rápida plataforma de análisis de ADN totalmente automatizada; había sido desarrollada por el Centro de NanoBiociencia Aplicada y Medicina de la Escuela de Medicina de la Universidad de Arizona. Los técnicos estaban comparando las muestras en múltiples bases de datos nacionales, incluida la de la DEA y la del FBI, así como en las listas internacionales como la de Interpol (cuyos miembros incluían a Pakistán y Afganistán), por lo que dentro de unas pocas horas deberían tener resultados, en lugar de las semanas o meses que se requerían en el pasado. Un nuevo consorcio de seguridad establecido a través del Séptimo Programa Marco de la Comisión Europea (el que, entre muchas otras cosas, reunía toda la investigación relacionada con iniciativas de la UE) estaba ayudando a financiar el proyecto, que podría, a su vez, conducir a la creación de una base de datos de criminales aún más precisa y completa.

Y ahí estaba el problema. El análisis de ADN revelaría sus huellas, las de Rueben, pero dudaba que alguno de los presuntos terroristas que habían pasado a través del túnel estuvieran en las bases de datos. Los técnicos habían dicho que podían ejecutar «pruebas de ascendencia» (desarrolladas por DNAPrint Genomics en Sarasota, Florida) que examinarían pequeños marcadores genéticos en la molécula de ADN que a menudo eran comunes entre las personas de ciertos grupos. Si tenían una buena muestra, habían dicho, podían descubrir si la herencia genética de un sospechoso era indio americano, del sudeste asiático, de África subsahariana, Europa, o incluso una mezcla de ellas. Rasgos como la pigmentación de la piel, el color de ojos, el color de pelo, la geometría facial y la

altura podían predecirse a través del análisis de secuencias de ADN.

Moore había discutido con Towers, quien le había dicho que el colgante por sí solo no era prueba suficiente de que los terroristas habían pasado por el túnel y que Rueben tal vez se lo había comprado a alguien y lo había estado usando como un amuleto de buena suerte. Había sido apuñalado y tal vez había sostenido el colgante en su mano para tratar de evitar la muerte. Towers había llegado a señalar que muchos jóvenes mexicanos (y jóvenes estadounidenses a lo largo de la frontera, para el caso) tenían una fascinación con los terroristas y el terrorismo. Algunas mulas incluso habían llegado a la cárcel con tatuajes en farsi en sus antebrazos, aunque las investigaciones para tratar de vincularlos de manera definitiva a organizaciones terroristas como Hezbolá y otras en repetidas ocasiones no habían dado ningún resultado positivo. No eran más que niños que se habían cambiado de *Cara cortada* a un «héroe» aún más despiadado.

Moore le había dicho que si Ansara todavía estuviera vivo, él estaría de acuerdo con que los terroristas habían pasado a través del túnel. Ansara conocía al muchacho. No tenía ninguna fascinación con matones de Medio Oriente. De alguna manera el chico había conseguido el colgante, cuya asa tenía unos rasguños, como si hubiera colgado de una cadena y hubiera sido arrancado del cuello de alguien. Eso era lo que creía Moore y llamó al subdirector O'Hara en la División de Actividades Especiales para compartirle lo que pensaba. O'Hara le dijo que llevaría la información hasta el presidente si Moore estaba tan seguro, pero como mínimo los cuatro mega-centros de Seguridad Nacional en Michigan, Colorado, Pensilvania y Maryland (cuyos analistas ya estaban monitoreando las actividades de la Fuerza Especial Conjunta) habían sido alertados de la posible infiltración. El nivel de amenaza para todos los vuelos nacionales e internacionales ya estaba en naranja/alto y O'Hara solicitaría que el nivel de amenaza nacional también fuera aumentado de amarillo/elevado a naranja también.

Los equipos de búsqueda, tanto del FBI como de la CIA, ya habían sido desplegados para encontrar los autos y furgonetas de la policía. Mientras tanto, Moore dijo que llamaría a su mejor contacto en las tierras tribales para ver qué sabía el anciano en Waziristán del Norte.

Estaba a punto de hacerlo cuando recibió un mensaje de texto de Leslie. Quería saber por qué no había respondido a varios de sus mensajes. Él se limitó a suspirar. Si hablaba con ella ahora, su depresión se notaría y prefería no tener contacto a tener un mal contacto en este momento. Abrió su libreta de direcciones para encontrar el número de Nek Wazir, que había ingresado con el código nw33. El anciano contestó después del tercer timbre.

—Moore, que bueno escuchar su voz. Y esta es una coincidencia, porque lo iba a llamar mañana.

—Bueno, pues, le gané en llamarlo primero. Y me alegro de que esté todavía despierto. Es un gusto oír su voz, también.

De hecho, lo era. Algo había pasado entre ellos. Wazir no era otro informante pagado más que le había presentado a Rana, sino que ahora compartían algo, el mutuo dolor por el asesinato de Rana y una pregunta que Moore aún tenía que contestar: *«¿Cuál es la cosa más difícil que ha hecho en su vida?»*.

Wazir vaciló un momento y luego dijo:

—Me gustaría poder traer buenas noticias.

Moore se puso tenso.

—¿Qué pasó?

—He recibido información acerca de su hombre Gallagher, el que dijo que estaba desaparecido.

—¿Está muerto?

—No.

—Entonces lo tienen prisionero. ¿Cuánto quieren?

—No, Moore, usted no entiende.

—Supongo que no.

—Le enviaré algunas fotos que recibí ayer. Fueron tomadas hace una semana. Muestran a su amigo Gallagher cerca de la frontera. Estaba reunido con Rahmani.

—Voy a chequear eso. Podría estar trabajando de encubierto.

—No lo creo, Moore. No tengo pruebas. Solo tengo la palabra de los hombres a los que les pago, pero me dicen que escucharon que el americano, Gallagher, es el que mató a Rana. Repito, no tengo pruebas. Solo rumores. Pero si eso es cierto, entonces no es su amigo y me preocupa el daño que pudiera hacerle a usted y la ira que podría traer sobre este país.

—Entiendo. ¿Dónde está Gallagher ahora?

—No lo sé.

—¿Puede encontrarlo por mí?

—Voy a presionar más a mi gente.

—Gracias. Voy a estar esperando las fotos.

—Por supuesto. ¿Hay algo más?

—En realidad, lo hay. Lo estaba llamando porque creo que hemos tenido una infiltración. Los talibanes podrían haberse movido a través de un túnel de México a los Estados Unidos; vinieron de una ciudad llamada Mexicali a California, a una ciudad que se llama Calexico.

—Estoy familiarizado con esas ciudades.

—Creo que uno de ellos llevaba un colgante, la Mano de Fátima. Le mandaré una foto. Sé que esto puede no significar nada, pero ¿podría revisar la información de inteligencia que tiene para ver si alguno de los talibanes en sus fotografías lleva el mismo colgante?

Wazir se rió por lo bajo.

—No mire ahora, mi amigo, pero está mostrando sus prejuicios. ¿Y qué tal si fuera un grupo de judíos llegando tarde a un *bris*?

—¿Qué se me está escapando?

—La comunidad judía sefardí llama a ese mismo colgante la mano de Miriam.

—Ah, mierda. ¿Es esto demasiado para mí?

—No en tanto tenga un musulmán *educado* como amigo. Probablemente, sus primeros instintos sean correctos. Voy a averiguar sobre esto. Y le voy a enviar esas fotos de Gallagher ahora.

—Yo me ocuparé de la compensación.

—Gracias, Moore. Trate de mantenerse a salvo. Lo llamaré tan pronto como sepa algo.

Moore cortó la conexión e inmediatamente cargó la foto del colgante que había tomado con su teléfono inteligente. Se quedó ahí sentado en el cubículo, estremecido con las noticias acerca de Gallagher. Esperaba el mensaje de Wazir que contenía las imágenes de... un posible traidor.

Towers llegó muy acelerado a su lado.

—¡Encontramos los vehículos de la policía!

Al mismo tiempo, sonó el teléfono de Moore.

Retrocedió al ver el número: Zúñiga. Le hizo un gesto a Towers para que se quedara, le mostró el número en la pantalla a su jefe, quien asintió con la cabeza y esperó, con los ojos muy abiertos.

—Hola, señor Zúñiga —dijo Moore.

—Hola, señor Howard—contestó él, usando el nombre de encubierto de Moore—. Por mucho que lo quiera matar por lo que me ha hecho, por las pérdidas en las que he incurrido por su culpa, tengo una propuesta muy lucrativa para usted.

El teléfono de Moore sonó con un mensaje entrante: el correo electrónico de Wazir. Hizo una mueca y dijo:

—Dígame, señor.

—Sentado en la sala de mi casa ahora mismo está el señor Dante Corrales. Él me dice que el cártel asesinó a su mujer y que se me quiere unir. Dice que posee secretos sobre el cártel. Dice que me puede ayudar a desbaratar el cártel y derribar a Rojas. Él dice que tiene pruebas para hacerlo.

—Entonces es un activo muy valioso... para ambos.

—Ah, aún más para usted. Se lo entregaré bajo dos condiciones. En esta economía, creo que él vale aproximadamente un millón de dólares. Y quiero que me asegure que no me tocarán ni a mí ni a mi gente u organización.

Moore contuvo su sonrisa. De ninguna maldita manera el gobierno estadounidense le iba a entregar un millón de dólares a un cártel de drogas mexicano. Moore determinaría si Corrales valía algo y si así fuera, entonces se harían otros arreglos para extraerlo de Zúñiga, un matón al que ya se le había pagado lo suficiente.

—Señor, eso es mucho dinero y nosotros no sabemos realmente qué tan útil será Corrales, así que esto es lo que le propongo: que nos reunamos los tres. Necesitamos que Corrales demuestre su valor para nosotros y yo tengo varios métodos que podemos utilizar para examinarlo mejor. Si todo va bien, voy a arreglar el pago y tomar posesión del hombre. Si ambos estamos de acuerdo en que no es tan valioso como pensamos, entonces podríamos entregarlo a las autoridades y considerar nuevos planes para acabar con el cártel de Juárez. Lo que ocurrió en San Cristóbal no fue algo que pudiéramos anticipar. Tiene que creer eso.

—Yo decidiré lo que tengo que creer. Y quiero recordarle que no podemos entregar a Corrales a la Policía Federal. Tiene demasiados aliados ahí.

—Vamos a entregarlo a la Armada de México. He oído que son los únicos en los que se puede confiar.

Zúñiga se rió entre dientes.

—He escuchado eso, también. ¿Qué tan pronto puede estar aquí?

—Esta noche. Digamos a las ocho. Lo encontraré en el lugar habitual para la transferencia. Sus observadores todavía nos estarán vigilando.

—Muy bien, señor. Voy a hacer que mi gente se encuentre con usted allí.

Moore cortó el teléfono.

—Corrales fue donde Zúñiga. Puede ser que tengamos un trato y un testigo clave.

—Excelente.

—Déjeme terminar antes de que me cuente sobre los vehículos. Mejor aún, déjeme enseñarle algo.

Moore abrió el mensaje y amplió una de las fotografías tomadas con un lente de largo alcance y que mostraba claramente a Gallagher sentado al lado de Rahmani afuera de una tienda de campaña en las colinas de Waziristán. La gente de Wazir efectivamente había reunido notable inteligencia y la imagen le dio escalofríos a Moore, que conocía a Gallagher desde hacía años e incluso había llevado a cabo un par de operaciones conjuntas con él, incluyendo la misión de tomar al coronel Khodai bajo su protección. Wazir había dicho que la gente de Rahmani había sido responsable por el asesinato del coronel y, por consiguiente, era posible que Moore hubiera sido engañado desde el principio por su «amigo» Gallagher.

—El hombre de la izquierda es un colega mío. Tengo que enviarle esto a O'Hara. Este hombre puede ser corrupto, y si ese es el caso, tiene acceso a nuestra información de inteligencia. No estoy seguro de cuánto les está dando, pero esto es... —Moore quedó sin aliento cuando finalmente comprendió la enormidad de la situación—. Esto es jodidamente enorme.

Towers mismo maldijo, incrédulo.

—Mande esas fotos por el tubo, luego hablaremos acerca de su reunión con Zúñiga.

—¿Los vehículos?

—Creemos que se separaron después de salir de la casa, pero todos terminaron yendo en dirección sur, se metieron a Second Street y luego se dirigieron al aeropuerto. Encontramos los cuatro vehículos en el interior de un hangar en el lado sureste. No están registrado a nombre de la policía de Calexico. Todos fueron robados y pintados profesionalmente para parecer vehículos de la policía. La pintura todavía estaba fresca en un par de ellos. Los empleados no tienen idea de cómo los vehículos llegaron allí y no vieron a nadie. Vamos a allanar todos los talleres de carrocería y pintura en la zona.

—¿Y los registros de salida de vuelos?

—Vamos a conseguirlos, pero la FAA[32] solo tiene registro de dos tercios de todos los aviones pequeños... y usted sabe que si nuestros muchachos salieron volando de allí, iban en un avión cuyo registro no podemos seguir.

—Correcto...

—Quiero creer que está equivocado. Que este es un grupo de mulas con un buen plan de escape. Se robaron la droga y están tratando de venderla. No es nada más que eso.

—Vamos a ver qué dice el ADN.

—Espero que sea negativo.

Moore lanzó un bufido.

—De lo contrario, dejamos a un grupo de terroristas pasar por delante de nosotros y ahora están en los Estados Unidos, lo que, en mi humilde opinión, es un problema un poco más grande que acabar con Jorge Rojas.

Towers se acercó más a Moore.

—Le recuerdo que usted es el experto en contraterrorismo. Así que quiero saber quién demonios son esos hijos de puta y lo que están haciendo ahora mismo.

—Estoy en eso. Y tal vez nuestro chico Corrales sabe algo.

Sonó el teléfono de Towers. Moore intentó escuchar y oyó lo suficiente: gran tiroteo en una farmacia en Juárez. La policía local identificó uno de los cuerpos como Pablo Gutiérrez, el cabrón que había asesinado al agente del FBI que era amigo de Ansara.

—Así que mataron a Pablo —dijo Moore—. ¿Quién cree que lo hizo?

—Creo que fue su propia gente. Están tras Corrales y Pablo estaba con esa banda de sicarios.

—Bueno, ¿sabe cómo averiguarlo? —preguntó Moore—. Todo el mundo alrededor de Corrales muere cuando se acercan a su objetivo.

• • •

A los treinta minutos Moore tuvo una videoconferencia con el jefe Slater y el subdirector O'Hara respecto a las fotos de Gallagher, quien ellos confirmaron no estaba trabajando en una operación encubierta y había, con toda intención y propósito, traicionado a su país y ahora operaba por su cuenta. Si estaba en la nómina de los talibanes, del cártel o incluso del Ejército de Pakistán estaba por verse, pero los agentes allá habían recibido órdenes de capturarlo o matarlo. Todos sus códigos de acceso a las bases de datos de la Agencia habían sido borrados dentro de las primeras veinticuatro horas de su desaparición, pero Gallagher era un hacker consumado, que no solo conocía bien el sistema computacional y de comunicaciones de la Agencia, sino que, como Slater había especulado, podría no haber estado trabajando solo.

Habían llegado los resultados de ADN y habían identificado a Moore y Rueben, pero también habían detectado el ADN de un tercer sujeto, posiblemente de Medio Oriente o del África subsahariana. De pie en el interior de la furgoneta de reparto, Moore le mostró a uno de los técnicos algunas de las imágenes que Wazir le había enviado.

—Probablemente este tipo —dijo el técnico, indicando con el dedo la foto del mulá Abdul Samad—. Él encajaría bastante bien.

Moore se quedó mirando fijamente la imagen buscando alguna señal de un collar o colgante, aunque el collar podría haber estado escondido debajo de la camisa de Samad.

Se volvió hacia Towers.

—¿Aun no se lo cree?

—Está bien, me lo creo. Y ahora discúlpeme mientras voy a vomitar.

Moore suspiró y dijo:

—¿Le importa si lo acompaño?

Salieron de la furgoneta y se dirigieron de vuelta al edificio de oficinas, donde el agente de la ATF, Whittaker, los estaba esperando.

—Estoy de vuelta de Minnesota con buenas noticias —comenzó a decir—. La otra parte del cargamento de armas fue incautada.

—Excelente —dijo Towers; luego, leyó algo en su teléfono inteligente—. Y yo acabo de recibir información de inteligencia. La policía de Juárez incautó el segundo cargamento de la Ford Explorer, y arrestaron a tres sicarios y mataron a dos.

—¿Recuperaron el dinero? —preguntó Whittaker.

—No estoy seguro. Dos chicos huyeron a pie. El dinero podría estar con ellos. Todavía están buscándolos.

—¿Cree que si la policía de Juárez los agarra con el dinero lo vamos a recuperar? —preguntó Moore.

Whittaker lanzó un suspiro de resignación.

—Buen punto. Esto no es Kansas, y no es Minnesota.

Estación de Policía de Delicias
Ciudad Juárez, México

Eran las cinco de la tarde y el inspector Alberto Gómez acababa de salir de la estación. Iba caminando hacia su sedán en el estacionamiento de tierra en la parte de atrás. Acababa de recibir una llamada de Dante Corrales en su segundo teléfono, quien le había dicho que estaba en el rancho de Zúñiga, que el cártel sabía que estaba allí y que temía un ataque. Quería que las tropas federales de Gómez fueran hasta allá para ayudar al equipo de seguridad de Zúñiga. A Gómez lo había desgarrado la decisión, pero había decidido enviar dos unidades al perímetro, cuatro hombres en total.

La pared de bloques de cemento a su izquierda, pintada la semana pasada para cubrir unos *graffiti*, había sido manchada una vez más por los jóvenes delincuentes con sus latas de aerosol. Sacudió la cabeza con disgusto, abrió la puerta del auto y se subió.

Se agachó para meter la llave en el contacto, cuando sintió un duro golpe en el vidrio. Miró y vio una pistola, una Glock con silenciador, apuntándole a la cara.

—Abre la ventana —le ordenó el hombre que estaba afuera, vestido con pantalón de mezclilla negro, camisa negra y una chaqueta de cuero larga. Gómez aún no podía ver su rostro.

Metió la llave en el contacto, pensó en poner en marcha el auto y salir a toda velocidad de allí, pero una chispa de curiosidad lo detuvo... eso, y el temor de recibir un disparo en la cabeza. Pulsó el botón y la ventana empezó a bajar, permitiéndole a su agresor presionar el arma en su cabeza.

—Sabes que esta es una estación de policía, ¿verdad?

—Lo sé. Pero lo que tengo delante de mí difícilmente es un policía. Difícilmente. Tu arma.

Gómez levantó un poco más su mirada. El hombre tenía unos cuarenta y tantos años, la piel ligeramente oscura, estaba sin afeitar, tenía el pelo negro y espeso recogido en una cola de caballo. Su español era bueno, pero no era mexicano. Una extraña luz ardía en sus ojos.

—Eso es —dijo el hombre—. Muy lentamente sácala y entrégamela.

Gómez obedeció y el hombre se metió la pistola en la cintura.

—Abre la puerta de atrás.

Una vez más, Gómez obedeció y el hombre se subió al asiento trasero y cerró la puerta.

—Conduce.

—¿Puedo preguntar a dónde vamos?

—Solo sal del estacionamiento y ponte en el camino.

—¿Y si me niego?

La voz del hombre se volvió oscura.

—Entonces te voy a volar los sesos en el interior de este auto y no lo voy a pensar dos veces. ¿Entiendes?

—Sí.

Gómez salió del estacionamiento y se dirigió hacia la calle, donde había muy poco tráfico.

—Voy a hacerte una pregunta simple: ¿ordenaste su muerte?

—¿La muerte de quién?

—Gloria.

—No te voy a decir nada.

—Lo harás. Para salvar a tu familia.

Gómez se puso tenso.

—¿Quién eres?

—Solo dime que ordenaste su muerte y tu familia vive. Es tan simple como eso. Es demasiado tarde para ti, pero a ellos los dejaré vivir. Te has pasado toda tu vida manteniéndolos, protegiéndolos, fingiendo ser un ciudadano modelo, cuando has estado involucrado con el cártel de Juárez desde hace muchos, muchos años.

Gómez no pudo evitarlo. Gritó:

—¡¿Quién chingados eres?!

—¿ORDENASTE SU MUERTE?

—¡Eso no importa!

El hombre disparó su pistola justo por encima del hombro de Gómez y la bala perforó un agujero perfecto en el parabrisas, con un ruido lo suficientemente fuerte como para que Gómez hiciera una mueca de dolor y su oído quedara zumbando de dolor.

—¿ORDENASTE SU MUERTE?

—Si lo admito, ¿dejarás a mi familia en paz?

—Te lo prometo.

—Entonces, bien, yo ordené su muerte. Fui yo —Gómez empezó a perder el aliento.

—Detén el auto.

Lo hizo y una cosa blanca destelló en su espejo retrovisor. Una furgoneta. Hombres en uniformes y cascos negros y con rifles de alto poder ya estaban flanqueando el auto, apuntándole con sus armas. No eran de la Policía Federal. No tenían insignias de ningún tipo.

—¿Quién eres? —preguntó Gómez de nuevo.

—Soy un amigo de la señorita que mataste. Ella era una agente de inteligencia de los Estados Unidos de América.

Gómez cerró los ojos y dejó caer los hombros. Levantó las manos en el aire.

—Esto es mucho peor de lo que pensaba.

—Oh, sí —dijo el hombre—. Mucho peor.

Moore salió del auto, mientras los hombres detrás de él esposaban a Gómez y lo escoltaban hacia la furgoneta. Towers lo estaba esperando, barriendo con la mirada los tejados para detectar observadores. Moore sacó la grabadora digital de su bolsillo interior y se la entregó a su jefe.

—Esto, junto con la evidencia que Gloria había reunido, debería ser más que suficiente. ¿A cuántos cree que nos pueda entregar?

—Creo que es un hablador —dijo Towers—. Creo que nos va a ser de mucha ayuda. Y le agradezco que haya ejercido tanta reserva. Yo mismo le habría disparado al hijo de puta.

—Mire esto —dijo Moore, levantando su mano temblorosa—. Este soy yo todavía queriendo matarlo.

Towers le dio una palmada en el hombro.

—Hoy necesitábamos buenas noticias. Ahora puede ir a comerse algo antes de su gran reunión —miró su reloj—. Maldita sea, tenemos que movernos.

Cárcel de Cereso
Ciudad Juárez, México

El director de la cárcel, Salvador Quiñones, no oyó la llamada telefónica de Fernando Castillo porque estaba abajo en el patio asegurándose de que ninguno de sus guardias le disparara a alguno de los reos amotinados allí. En lo que a riñas se refería, esta había sido pequeña, con solo una docena de reclusos implicados, uno de los cuales había asesinado a Félix, el vendedor de helados, un hombre de cincuenta y nueve años, padre de tres hijos, que no había hecho más que hacer feliz que los desgraciados presos con dulces helados. Uno de los nuevos vándalos lo había apuñalado. Era una maldita vergüenza.

Cuando se trata de albergar a tres mil hombres en un lugar capaz de albergar solo a mil quinientos, los ánimos están encendidos diariamente. Para hacer frente a eso, y a la reputación de la institución por sus violentos levantamientos, Quiñones les había permitido a sus presos comprar un poco de comodidad. Podían alquilar celdas con sus propias letrinas y duchas, comprar pequeños refrigeradores, cocinas, ventiladores y televisores, e incluso tener televisión por cable mediante el pago de una cuota mensual. Unas pocas celdas estaban equipadas con aire acondicionado. Los presos tenían visitas conyugales en celdas especiales que podían alquilar por $10 por noche. De hecho, Quiñones había ayudado a construir una pequeña economía de prisión en la que participaban tiendas privadas y los presos sin fondos podían ganar dinero haciendo trabajos esporádicos o trabajando en las tiendas. Él trataba de hacer hincapié en los factores de humanización de sus instalaciones, pero al final, sabía que sus esfuerzos bien podrían ser olvidados o para nada valorados. Además, su sueldo como director de toda la cárcel, que se levantaba del concreto como un monstruo de alabastro acordonado por una valla y alambre de púas, no era suficiente para pagarle la universidad en los Estados Unidos a sus dos hijos.

Y por eso, cuando Fernando Castillo le había ofrecido un particular «arreglo» y había lanzado números que habían dejado a Quiñones con la boca abierta, él había aprovechado la oportunidad.

—Hola, Fernando. Lo siento, no vi su llamada.

—Está bien. Necesito seis hombres para que vayan a la casa de Zúñiga y maten a Dante Corrales. Él está allá ahora mismo.

—Me ocuparé de él.

—Por favor hágalo. Envié a mis propios hombres para hacer el trabajo y Dante los mató a todos. Espero que sus chicos tengan más suerte.

—Oh, no se preocupe, Fernando, cuando Dante vea quién viene tras él ahora, se va a mear encima.

Los seis hombres que Quiñones ya tenía en mente para el trabajo eran miembros de la pandilla de los Aztecas y en diez minutos todos ellos estaban de pie en su oficina, con los brazos cubiertos de

tatuajes, la cabeza rapada, el ceño cada vez más fruncido, en tanto sospechaban que algo malo estaba pasando en la cárcel.

—No, en absoluto —les dijo—. Tengo un trabajo para ustedes. El sueldo es más que lo que cualquiera de ustedes ganaría en un año. Yo los voy a proveer de armas y automóviles. Solo tienen que hacer el trabajo y luego volver a la cárcel.

—¿Nos está dejando ir? —preguntó el más bajo, a quien los demás simplemente llamaban Amigo.

—Todos ustedes están cumpliendo condena por asesinato. Qué diferencia hace uno más ¿verdad?

—¿Y si no regresamos? —preguntó Amigo.

—Entonces no se les paga. Y le vamos a contar a sus amigos que traicionaron al grupo aquí dentro. Vendrán por ustedes en la noche. Y ya saben lo que sucederá. A fin de cuentas, todos ustedes tienen una buena operación funcionando aquí y algunos gozan de las mejores condiciones de vida. Los he cuidado muy bien. Ahora es el momento para que ustedes hagan algo por mí.

36

ZONA DE GUERRA

Camino a la casa del rancho de Zúñiga
Ciudad Juárez, México

El edificio comercial de una planta que albergaba a Border Plus, una compañía de suministro eléctrico propiedad de Zúñiga, tenía un muelle de carga trasero y un foso para dar cabida a camiones con remolque, y al lado del muelle había una entrada secundaria con una rampa de hormigón lo suficientemente grande como para permitir que pasara un auto. Uno de los sicarios de Zúñiga ya estaba esperando a Moore mientras conducía por la rampa hacia arriba. La puerta enrollable estaba abierta y el muchacho, un chico flaco con cara demacrada, un penacho bajo el labio y una sudadera gris con capucha, que tenía puesta sobre su cabeza, le hizo un gesto para que entrara. Adentro, Moore estacionó su auto, fue revisado en busca de armas por otro sicario con el correspondiente arte corporal y *piercing*, y luego se metió en el asiento trasero del mismo Range Rover que el gordo Luis Torres había conducido una vez. El auto le dio escalofríos a Moore al recordarle la muerte de Torres en San Juan Chamula. Las ventanas del Rover habían sido polarizadas recientemente y en su interior había tres hombres más que no reconoció. El hombre junto a él lo apuntó con su pistola y le dijo: «Hola». Sonrió, como si esta fuera su primera gran misión y estuviera disfrutando a más no poder el tener a Moore a punta de pistola.

A Zúñiga le gustaba usar las instalaciones como punto de transferencia e intercambio para mantener en la duda a los observadores del cártel de Juárez. Verían el Range Rover entrar al interior y nunca sabrían realmente cuántas personas saldrían o cuántos había en el vehículo. A veces los intercambios involucraban hasta cuatro vehículos. Era un método básico pero generalmente eficaz para ocultar quiénes visitaban el rancho de Zúñiga y la cantidad de producto que era trasladado dentro y fuera.

Moore asumió que el Rover era bien conocido por el cártel de Juárez y probablemente todavía estaba siendo utilizado como principal vehículo de transferencia para hacer creer a los observadores que Zúñiga y su gente no estaban conscientes de su presencia. En cualquier caso, Moore se echó hacia atrás en el asiento para disfrutar del paseo.

Le habían permitido mantener su teléfono inteligente, que sin que los matones lo supieran le permitía a Towers escuchar todos sus movimientos. Eso, junto con el dispositivo GPS incrustado en su hombro, se suponía debía hacerlo sentir más seguro. Claro, uno podía bajar a un pozo lleno de serpientes con una botella de suero antiofídico en el bolsillo, pero la picadura dolería de todos modos.

Miró al sicario que sostenía el arma sobre él. El chico tenía dieciocho años con suerte, y un pendiente de calavera en su lóbulo derecho.

—¿Qué hay de nuevo, hermano?

El chico se echó a reír.

—Me agradas. Espero que te deje vivir.

Moore alzó las cejas.

—Es un hombre muy inteligente.

—Siempre está triste.

Moore lanzó un bufido.

—Si tus enemigos hubieran asesinado a tu esposa y tus hijos, tú también estarías triste todo el tiempo.

—¿Asesinaron a su familia?

—Veo que eres nuevo.

—Cuéntame qué pasó —exigió el chico

Moore le dio una sonrisa torcida y lo dejó ahí.

A los quince minutos habían llegado a la reja de la casa de Zúñiga y condujeron por el camino de entrada hasta una cochera para cuatro autos. Moore fue llevado a la sala de estar, que Zúñiga había decorado profesionalmente al estilo *southwest*. Cruces, aljabas de flechas, lagartijas multicolores y obras de arte de piedra arenisca colgadas cerca de una chimenea de gas impresionante cuyas llamas iluminaban la repisa de granito. A través de la amplia sala había alfombras con motivos Navajo y muebles tapizados de piel de cerdo dispuestos alrededor de la chimenea.

Dante Corrales estaba sentado en un sofá, vestido con una camisa de seda negra y con el brazo en un cabestrillo. Sus ojos estaban inyectados en sangre y tuvo problemas para levantarse cuando Moore se acercó.

Zúñiga se paseaba detrás del sofá, con una cerveza en la mano. Suspiró profundamente y dijo:

—Señor Howard, acabo de tener una gran cena y ya estoy empezando a quedarme dormido. Así que vamos al grano.

—¿Quién es este tipo? —preguntó Corrales.

—Es un socio —replicó Zúñiga.

Corrales frunció más el ceño.

—No, no, no. Le dije por qué estoy aquí y lo que vamos a hacer juntos, sólo nosotros dos, nadie más.

—Dante, si eres tan valioso como dices, entonces te voy a vender a él.

Zúñiga comenzó a reír.

—¿Venderme? ¿Qué diablos?

Moore levantó una mano.

—Relájate. Todos estamos aquí para ayudarnos mutuamente.

El teléfono inteligente de Moore comenzó a vibrar. Hizo una mueca y decidió ignorar la llamada.

Y luego, antes de que nadie pudiera hablar, estallaron disparos desde algún lugar en el exterior, haciendo que sus miradas se voltearan hacia los ventanales a lo largo del frente de la casa.

Dollar Tree
Sherman Way
Hollywood Norte, California

Samad, Talwar y Niazi tenían una cesta en la mano cada uno mientras paseaban por los pasillos de la tienda, tratando de mantener sus reacciones bajo control. Los otros compradores en el Dollar Tree no les estaban prestando mucha atención. Estaban vestidos como trabajadores migrantes mexicanos, con pantalones de mezclilla, camisas de franela y gorras de béisbol. Se hablaban en español mutuamente y en repetidas ocasiones Talwar se acercó a Samad y le expresó su incredulidad ante los precios:

—¿Un dólar? ¿Todo? ¿Solo un dólar?

Tomó un envase de queso con jalapeño para untar, junto con una bolsa de anillos de cebolla de Burger King.

Niazi resopló y luego lo miró enfáticamente.

—Un dólar—hizo un gesto con su bolsa de charqui, que incluía «el 50% gratis», y dijo: —¿Ves? Un dólar. Y más gratis.

Talwar se quedó ahí parado en el pasillo, con los ojos llenos de lágrimas.

—Todo en los Estados Unidos es increíble. Todo el mundo tiene tanto. Se pueden comprar estas cosas tan baratas. Ellos no saben lo que es para nosotros. Incluso el agua es un lujo. No tienen ni idea. ¿Por qué se les han dado estos dones y a nosotros no?

Samad entrecerró los ojos y respiró profundamente. Él sabía que sus hombres reaccionarían de esta manera porque nunca habían estado fuera de su país. Lo que habían visto de México no era muy distinto a los barrios pobres de Medio Oriente. Pero esta parte de América era radicalmente diferente. Durante el trayecto a través de Los Ángeles, habían pasado por Rodeo Drive, con sus tiendas de diseñadores (Chanel, Christian Dior, Gucci, Jimmy Choo y Valentino, entre otras) y habían presenciado una cultura de codicia que para sus hombres debía haber sido alucinante. Habían mirado con la boca abierta las mansiones (palacios, en realidad) y Samad había apreciado la ironía de cómo aquellos que tenían dinero residían en las tierras altas, mientras que los menos afortunados vivían abajo, en el valle. Los autos, la ropa, la comida rápida y la publicidad eran muy atractivos para ellos, en tanto él encontraba todo completamente repulsivo, porque ya lo había visto antes en Dubai durante sus épocas de estudiante universitario y entendía que bajo la apariencia de riqueza había personas que, la mayoría de las veces, estaban moralmente en bancarrota.

La riqueza no era algo que los buenos musulmanes debieran amar, sino que deberían amar a Alá y administrar su riqueza de acuerdo a los mandatos de Alá y utilizar su riqueza como un medio para adorarlo.

Samad endureció el tono de su voz.

—Talwar, no pongas tu valor en las cosas materiales. Esto no es lo que Alá tiene preparado para nosotros. Estamos aquí con un propósito. Nosotros somos los instrumentos de la voluntad de Alá. Todo esto es solo una distracción.

Después de un momento de considerar eso, Talwar asintió con la cabeza.

—No puedo dejar de envidiarlos. El haber nacido en medio de esto... el nacer y no tener que luchar toda tu vida.

—Esto es lo que los ha hecho débiles, lo que ha matado a su dios y envenenado sus corazones y mentes... y estómagos, para el caso. Pero por ahora, si quieres probar su comida chatarra y beber sus refrescos, adelante. ¿Por qué no? No va a corromper nuestras almas. Pero no perderás de vista nuestra misión y no envidiarás a estas personas. Sus almas son negras.

Sus hombres asintieron con la cabeza y continuaron por los pasillos. Samad se detuvo frente a unas bolsas de plástico con figuritas de acción, de cuarenta y ocho piezas, con soldados marrones, verdes y negros en diferentes poses. Se maravilló con la manera en que los estadounidenses representaban a sus fuerzas militares ante sus hijos, inmortalizándolas en plástico. Un soldado sostenía un lanzador de cohetes sobre su hombro y Samad no pudo más que burlarse de la ironía. Decidió comprarlos. Un dólar.

Cuando sus cestas estuvieron llenas de comida chatarra y productos de baño y cualquier otra cosa que se les hubiera antojado, se metieron en su Hyundai Accent y se dirigieron hacia Studio City, donde habían sido instalados en un apartamento en un segundo piso en Laurel Canyon Boulevard. El equipo de Rahmani aquí en Los Ángeles (cuatro hombres que habían estado en los Estados Unidos durante los últimos cinco años) los había recibido con los brazos abiertos. Se habían reído y comido y discutido la fuga del grupo desde México en su primera noche en la ciudad. El amigo estadounidense de Rahmani, Gallagher, el que había reclutado de la CIA, había sido quien había organizado que los recogieran en Calexico y había dispuesto que los vehículos fueran pintados y que el equipo de escape se vistiera como policía local. Había sido una maniobra sofisticada que les había proporcionado un paso seguro hacia el aeropuerto de Calexico. Ahí, dijeron sus adioses al resto del grupo. Y fue entonces cuando Samad había comenzado a informar a sus lugartenientes sobre el plan más grande, cada vez más cómodo con el hecho de que en este punto probablemente ya no serían capturados e interrogados. Rahmani había sido tajante respecto a decirle a los equipos solo en el último minuto exactamente lo que estaba sucediendo, en caso de que alguno de ellos fuera capturado. Recibirían instrucciones de no ser capturados vivos...

Se suponía que debían ser dieciocho en total, seis equipos de tres hombres cada uno. Pero ese tonto de Ahmad Leghari no había llegado más allá de París, dejándolos con un equipo de solo dos miembros. Leghari sería reemplazado tan pronto como el par llegara a su ciudad de destino, San Antonio.

Seis equipos. Seis lanzadores de misiles.

—¿Cuáles son los objetivos? —Talwar había preguntado repetidas veces, ya que él era quien había recibido un amplio entrenamiento en cómo operar y disparar MPADS[33] (sistemas de defensa aérea portátiles). Había sido tomado bajo el ala del ejército paquistaní, junto con otros cinco hombres, y llevado a la región semidesértica cerca de Muzaffargarh, donde había pasado dos semanas lanzando misiles de práctica contra objetivos fijos. Rahmani le había pagado generosamente al Ejército por su entrenamiento.

—Entonces, ¿vamos a disparar contra edificios federales? ¿Escuelas? —agregó Talwar.

Mientras se subían a un avión Cessna de una sola hélice, a punto de volar hacia Palm Springs con un piloto que, por supuesto, estaba trabajando para Rahmani, Samad había sonreído y dicho:

—Oh, Talwar, nuestro plan es un poco más ambicioso que eso.

Ahora, mientras conducían hacia el apartamento en Studio City, Samad repasó los detalles en su

cabeza. Había memorizado el calendario y su pulso se volvió errático en tanto más pensaba en los días venideros...

Casa del rancho de Zúñiga
Ciudad Juárez, México

Moore se precipitó a la ventana del frente y abrió las persianas. Zúñiga tenía poderosos reflectores activados por movimiento montados afuera de la casa y en todo ese fulgor que iluminaba la penumbra aparecieron dos camionetas pickup blancas yendo a toda velocidad hacia la reja de entrada. Las camionetas estaban pintadas con los colores distintivos y logotipos de la policía de Juárez, pero el par de hombres sentados en las partes de atrás de las camionetas estaban vestidos de civil y un hombre en cada vehículo llevaba un arma que dejó a Moore sin aliento: una ametralladora M249 capaz de disparar entre 750 y 1.000 balas por minuto. Esas M249, a las que todavía muchos se referían como Armas Automáticas de Pelotón (SAW) [34], estaban reservadas para operaciones militares. Cómo habían adquirido estos «policías» esas armas fue una pregunta que Moore sumariamente desestimó, porque estaban dirigiendo el fuego hacia otras dos camionetas negras que les estaban dando caza, y esos vehículos pertenecían a la Policía Federal mexicana. ¿Por qué demonios estaban disparando los policías locales contra los federales?

La respuesta llegó en los próximos segundos.

Moore habría apostado su vida a que los policías locales no eran en verdad policías y cuando se estrellaron contra las rejas, estuvo aún más seguro. Todos tenían la cabeza rapada y los brazos llenos de tatuajes. O bien habían robado los vehículos o se los habían dado algunos oficiales corruptos.

El equipo de seguridad de Zúñiga, unos seis tipos apostados a lo largo del perímetro de la reja y dos tipos arriba en el techo, abrieron fuego contra todas las camionetas, y el estallido y el ruido retumbante de todas esas armas hizo que el pulso de Moore se acelerara.

Corrales llegó al lado de Moore y gritó:

—¡Los federales están tratando de protegerme!

—¿Por qué harían eso? —preguntó Moore con sarcasmo—. ¿Porque tu amigo el inspector Gómez los envió?

—¿Qué mierda? ¿Cómo lo conoces?

Moore tomó a Corrales por el cuello.

—Si vienes conmigo, te ofreceré inmunidad absoluta. No irás a la cárcel. Nada. ¿Quieres acabar con el cártel de Juárez? Yo también.

Corrales era un hombre joven que, cuando se enfrentaba a una muerte segura, no hacía problemas por nimiedades.

—Está bien, lo que sea. ¡Vámonos a la chingada de aquí!

La camioneta llegó rebotando hacia delante, hacia los ventanales, y el conductor no mostraba la menor intención de parar. Al tiempo que Moore y Corrales escapaban, la camioneta se estrelló contra la parte delantera de la casa, lanzando una explosión de bloques de hormigón y paneles de yeso y vidrio hacia adentro, en tanto el motor rugía y los tipos en la parte de atrás gritaban y se agachaban para protegerse de la lluvia de escombros.

Un par de hombres de Zúñiga que habían estado en el interior y en otra parte de la casa se

precipitaron hacia la camioneta, que ahora estaba al ralentí en la sala de estar. Las nuevas tropas de Zúñiga intercambiaron disparos con los tipos en la parte de atrás de la camioneta. Moore echó una mirada hacia atrás justo cuando el conductor abrió la puerta y sacó un AK-47. Disparó al azar pero se las arregló para darle a uno de los hombres de Zúñiga en el hombro.

Moore y Corrales continuaron corriendo hacia Zúñiga, que ya estaba en la cocina, sacando una pistola Beretta del mesón.

Afuera y visible a través del agujero en la pared, la segunda camioneta de la policía dobló a la izquierda, siguiendo por el lado de la casa, hacia la cochera, con las dos camionetas de la Policía Federal tras ella.

—¡Si bloquean las puertas allá atrás, no podremos salir! —gritó Moore; su teléfono, una vez más, estaba vibrando. Ese probablemente era Towers llamándolo para advertirle sobre el ataque, una advertencia que, estaba bastante seguro, ya no era necesaria.

Los hombres de Zúñiga en la sala de estar (uno bien, el otro herido pero aún agarrando firmemente un rifle) comenzaron a dispararle al conductor de la camioneta, que estaba respondiendo al fuego, junto con los tipos en la parte de atrás, destrozando las paredes con los disparos.

Y en el segundo en que se desató esa lucha de ametralladoras, las balas destrozando la chimenea de piedra, Moore, Corrales y Zúñiga corrieron por un pasillo en dirección a la parte de atrás de la casa. Moore maldijo. No necesitabas más motivación que eso.

Entre los disparos tronando en la sala de estar y los disparos estallando afuera, Moore tuvo un *flash-back* a la Base de Operaciones Pharaoh en Afganistán, donde los dioses del trueno y el relámpago habían hecho la guerra durante toda la noche. Los medios de comunicación habían estado llamando a Ciudad Juárez una zona de guerra durante años, pero Moore no había apreciado plenamente esa calificación hasta ahora.

—¡Dame una maldita pistola! —gritó Corrales—. ¡Quiero una puta pistola ahora mismo!

Zúñiga no le hizo caso y siguieron corriendo hacia el dormitorio principal, que tenía una cama con dosel del tamaño de una piscina. Aquí las paredes estaban adornadas con las siluetas de mujeres desnudas enmarcadas y fantásticas piezas *art decó* de paisajes de Sudamérica que le debían haber costado una fortuna a Zúñiga. Moore tuvo unos dos segundos para apreciar las piezas antes de ver otra pistola, esta, la infaltable *mata policía* de fabricación belga, encima de una cómoda. La agarró, sacó el seguro y se dio vuelta hacia el sonido de fuertes pisadas en el pasillo. Uno de los tipos de la camioneta pickup había escapado de los hombres de Zúñiga y venía corriendo directamente hacia ellos, con ambos brazos levantados y pistolas en sus puños.

Moore disparó dos tiros, alcanzando al tipo en el seno izquierdo y en la ingle antes de rodar fuera del fuego enemigo, que debía haber golpeado el techo de la habitación, ya que cayó polvo en sus ojos.

—¡A la mierda! —gritó Corrales, observando con los ojos muy abiertos la puntería de Moore.

—¡Muévete! —le ordenó Moore.

Zúñiga les estaba haciendo señas para que fueran al baño principal, donde había un armario a su izquierda que se abría hacia un ropero enorme de por lo menos treinta pies de ancho, con un tocador en el centro. Metió una llave en la cerradura de un par de altas puertas de un armario de madera, las abrió y agarró un rifle, que lanzó a las manos de Corrales. Luego sacó otro y se lo dio a Moore, quien

maldijo sorprendido.

—¿De dónde demonios sacó esto? —exclamó Moore.

—eBay, gringo. ¡Ahora vámonos!

Moore sólo podía mover la cabeza con asombro mientras ajustaba la empuñadura del Colt M16A2 con cargador de treinta balas, un modelo estándar de la Infantería de Marina de los Estados Unidos y simplemente una versión más grande y más pesada de las carabinas M4A1 que había utilizado como agente SEAL.

¿Qué es lo que Zúñiga les iba a mostrar a continuación? ¿Un tanque de combate MI Al Abrams estacionado en una chochera subterránea secreta?

Moore pulsó la palanca selectora del rifle, que incluía el seguro y las opciones semiautomáticas, así como una opción de ráfaga de tres balas que ahorraba municiones. Seleccionó la posición semiautomática, luego se inclinó hacia Corrales.

—Aquí, idiota, el seguro está aquí —tiró de la palanca y sarcásticamente le dio una señal de aprobación con el pulgar hacia arriba.

El tipo le devolvió el gesto con el dedo medio.

Y en ese instante, Moore levantó su rifle, pasando el rostro de Corrales, y le disparó al hombre corpulento que acababa de aparecer en la puerta, sosteniendo una pistola con ambas manos.

Corrales gritó, maldijo, y luego se dio vuelta y vio cómo el hombre se desplomaba en un montón sangriento.

—¿Qué mierda? —dijo Corrales con un grito ahogado. Corrió hacia el hombre y se agachó, examinando un tatuaje en el bíceps del individuo: la imagen circular de un guerrero azteca con su lengua perforada extendida.

—No son los usuales hombres de Fernando —dijo Corrales—. Es Azteca. De la prisión. Un escuadrón asesino.

—¿Contratado por tu antiguo jefe? —preguntó Moore.

—¡No hay tiempo! —exclamó Zúñiga—. ¡Vamos!

Corrales se levantó y se dirigió hacia Moore.

—Estamos muertos, cabrón. Estamos *muertos*.

—No lo creo.

Siguieron a Zúñiga hacia el otro lado del armario, donde jugó nerviosamente con una llave y, finalmente, abrió otra puerta. Extendió la mano y jaló el interruptor de la luz.

—¿Y ahora a dónde? —preguntó Corrales.

—Arriba —respondió Zúñiga.

—¿Arriba? ¿Estás bromeando? ¡Qué carajo, viejo! ¡Cómo vamos a salir!

—¡Cállate! —Zúñiga se volteó hacia Moore—. Ahora, ¿señor Howard? ¡Cierre con llave la puerta detrás de nosotros!

Moore lo hizo.

Zúñiga los condujo por un estrecho pasillo, con sus hombros rozando las paredes hasta llegar a una escalera de metal con una docena de escalones hasta otra puerta. Moore entonces entendió. Estaban yendo a la azotea que estaba encima de la cochera donde podrían cubrirse detrás del parapeto y los tubos de desagüe que había alrededor. *Astuto hijo de puta*. Zúñiga debe saberse bien

El arte de la guerra de Sun Tzu: «Nunca lanzar un ataque con un enemigo en tierras altas; ni enfrentarse al enemigo cuando hay cerros detrás de él; ni pisarle los talones en la persecución cuando pretende huir».

La puerta se abrió de golpe y al otro lado de la azotea estaban los dos hombres del equipo de seguridad de Zúñiga agachados a lo largo del parapeto e intercambiando disparos con los hombres de abajo. La segunda camioneta pickup blanca se había estacionado frente a las puertas de la cochera, en un intento por bloquear al menos dos de ellas, mientras que las dos camionetas de la Policía Federal se habían detenido unas treinta yardas más atrás, y los policías estaban allí agachados detrás de sus camionetas y lanzando descargas de disparos cada vez que podían para mantener inmovilizados a los demás. Desde algún lugar a la distancia llegó el zumbido rítmico de los rotores de un helicóptero acercándose.

Corrales corrió hasta el borde del parapeto y sosteniendo con una mano su M16 disparó una descarga hacia la camioneta de abajo, donde el hombre con la ametralladora se había colocado detrás de la rueda trasera.

Moore extendió el brazo por debajo de la barbilla Corrales, ahogándolo y empujándolo hacia atrás, lejos del borde, al tiempo que el hombre con la ametralladora llenaba de balas el parapeto y el fantasma de Corrales.

—¡Mantente atrás, maldita sea! —le gritó Moore. El estúpido conseguiría que lo mataran antes de tener la oportunidad de hablar. Y eso, Moore sabía, era su clásica suerte.

Zúñiga le gritó a sus hombres para que lo cubrieran mientras corría hacia el otro lado del parapeto, que daba hacia la parte trasera de la casa, donde el tubo de desagüe bajaba por la pared hasta el suelo.

—¡Aquí! —gritó—. ¡Podemos bajar por aquí! Moore asintió con la cabeza y estaba a punto de volverse hacia Corrales...

Cuando la puerta que conducía a la azotea se abrió y uno de los Aztecas, con la mitad de su rostro en penumbra, levantó un rifle AK-47 y soltó una feroz ráfaga de disparos que se incrustaron en el pecho de Zúñiga y lo enviaron tambaleando hacia atrás, al parapeto.

Moore reaccionó sólo medio segundo después, pero no pudo salvar al hombre. Le metió a lo menos diez balas al Azteca, lanzando al tipo hacia atrás, hacia la puerta, donde se desplomó, dejando un rastro de sangre por encima de él.

Y para cuando Moore se dio vuelta, Zúñiga ya no estaba, habiéndose tropezado por encima del parapeto y desaparecido tras el borde.

Moore corrió hasta allá y se asomó por el borde. Zúñiga estaba tendido ahí abajo, crucificado contra la tierra, con la camisa todavía llenándose de sangre.

«¿Alguna vez ha perdido a alguien cercano, un hombre joven como usted? ¿Sabe lo que es sentir verdadero dolor?»

Zúñiga le había preguntado a Moore eso cuando estaban en la iglesia del Sagrado Corazón. Los dos conocían el verdadero dolor y ahora uno de ellos por fin había encontrado alivio.

Corrales se unió a Moore, le echó un vistazo a Zúñiga, luego maldijo a los tipos de abajo y corrió hacia el borde frontal. Allí, abrió fuego con su rifle antes de que Moore pudiera detenerlo. Se había quitado el cabestrillo, pero aún estaba favoreciendo su brazo derecho y moviendo el arma

salvajemente.

Apretando los dientes, Moore se levantó y corrió hacia el idiota, que seguía disparando y atrayendo los disparos de todo el mundo abajo. Tacleó a Corrales, le arrancó el rifle, y luego lo dio vuelta y le dio una patada giratoria de lleno en la mandíbula.

—¡Te voy a hacer pedazos si haces eso otra vez! ¿Me escuchas?

Corrales lo miraba extrañado.

Y Moore se dio cuenta de que había gritado en inglés.

—¡*Eres* un maldito gringo! ¿Quién eres?

El ruido del helicóptero acercándose, junto con sus luces, captó su atención y la de los hombres armados que estaban abajo, que abrieron fuego contra la aeronave tronando sobre sus cabezas, que estaba haciendo un barrido a través de la casa con su foco de búsqueda. El piloto dio la vuelta y descendió hacia el patio trasero, donde tenía una franja de tierra lo suficientemente amplia y nivelada como para aterrizar. No había duda respecto a la insignia de la aeronave: las palabras POLICÍA FEDERAL se iluminaban con las balas que pegaban y lanzaban chispas contra el fuselaje.

¿Pero eran estos aliados de Corrales que habían venido a recogerlo? Si era así, Moore no estaba seguro de que fuera bienvenido a acompañarlo. Sacó su teléfono inteligente, revisó el mensaje más reciente de Towers: Estoy en el helicóptero. Llegue hasta él.

Eso funcionará, pensó Moore.

—Oh, mierda, mira eso —dijo Corrales, moviendo su cabeza hacia el helicóptero—. Se acabó. Nos vamos todos a la cárcel.

—No, esos son mis muchachos —le dijo Moore.

—¿Eres un gringo que trabaja para la Policía Federal?

—Solo les pedimos prestado el transporte. Quédate conmigo. Mi trato contigo es mucho mejor que el que tenías con él. Ya lo verás.

Moore se levantó y les gritó a los tipos en el techo para que los cubrieran una vez más, pero los tipos le dijeron que se fuera a la mierda y salieron corriendo por la puerta de la azotea y hacia la casa.

Mientras Moore ayudaba a Corrales a ponerse de pie e ir hacia el borde y donde estaba el tubo de desagüe, se oyó el ruido sordo de disparos provenientes del interior de la casa. Los hombres de Zúñiga se habían encontrado con más Aztecas, sin duda, y se podía asumir con seguridad que habían perdido la batalla y que los Aztecas venían subiendo.

—No puedo bajar por eso —exclamó Corrales, mientras la estela del rotor les azotaba los rostros ahora que el helicóptero estaba a unos segundos de tocar tierra.

—¡BAJA POR ESE TUBO! —le gritó Moore, con un tono feroz del pasado, haciendo eco de uno de sus propios instructores del BUD/S. Repitió la orden dos veces más.

Temblando, Corrales trepó por encima del parapeto y puso su zapato en la primera abrazadera de soporte. Las abrazaderas servirían como los peldaños de una escalera hacia abajo, pero lo cierto era que Moore no estaba seguro de que Corrales, con su brazo/ hombro malo, fuera capaz de lograrlo.

—No, de ninguna manera —dijo Corrales, tratando de bajar al siguiente escalón.

Moore le gritó de nuevo. La puerta de la azotea se abrió de golpe.

—¡MUÉVETE! —le gritó Moore, girando la cabeza hacia el la puerta.

Aparecieron dos Aztecas, uno armado con un rifle y el otro con una ametralladora.

En un primer momento no vieron a Moore, porque la estela que había levantado del rotor los había obligado a entrecerrar los ojos y Moore se había agachado y estaba sentado sobre su trasero, con la espalda pegada contra el parapeto, manteniéndose bajo, con la culata del M16 apoyada en su hombro. Realmente era una hermosa pieza de acero y se sentía perfecta en sus manos. Por tan solo unos segundos, estaba de vuelta en los SEAL y Frank Carmichael todavía estaba vivo.

Entonces, ya sea por nerviosismo o instinto, se echó hacia atrás, puso el selector en posición de ráfaga de tres balas y movió su objetivo hacia el tipo con la ametralladora.

El primer triplete de disparos golpeó al bastardo hacia los lados, lejos de su compañero, que giró hacia el sonido del arma de Moore. Que el Azteca se haya dado vuelta fue su error final, ya que entonces Moore lo tuvo claramente en la mira. Las tres rondas atravesaron el pecho izquierdo del tipo. Si aún le quedaba algún latido en el corazón al caer al suelo, sería atribuible a un milagro.

Cuando Moore se volvió para ver cómo iba Corrales, el chico idiota se apoyó en la siguiente abrazadera de soporte, perdió el control, y cayó los restantes diez pies hasta el suelo. Aterrizó de pie muy fuerte y luego cayó hacia atrás, al otro lado de Zúñiga, dejando escapar un grito. Luego gimió de dolor.

Bien. El idiota aún estaba vivo.

Desde el helicóptero, dos oficiales de la Policía Federal ya estaban corriendo hacia él en completo traje de combate, dejando que sus metralletas Heckler & Koch MP5 de 9 milímetros abrieran el camino. Moore le gritó a Corrales:

—¡Ve con ellos! ¡Ve con ellos!

No estaba seguro de si el tipo no lo oía o se había golpeado hasta quedar inconsciente, pero no se movía.

Los dos policías se echaron al suelo ante disparos provenientes de la esquina, de por lo menos dos armas. Moore se levantó y corrió a lo largo del parapeto hacia la esquina del borde del techo, mirando directamente hacia abajo a los dos Aztecas que habían inmovilizado a los policías. Nunca supieron qué les pasó... al menos no hasta que estuvieron tirados en charcos de su propia sangre y mirando directamente al centinela, que se alejaba del borde del techo. Sería la última imagen que verían jamás.

—Ya está despejado, ¡muévanse! —les gritó Moore a los policías. Luego corrió una vez más a lo largo del borde opuesto del techo, hacia las puertas de la cochera, donde vio tres autos más de la Policía Federal andando a toda velocidad por el camino de entrada de tierra, con luces y sirenas.

—¡Alto ahí! ¡No se mueva! —dijo una voz detrás de él.

Pensó en volver la cabeza un poco para identificar a su agresor, pero ya sabía quién era. Los Aztecas no estaban tomando prisioneros, así que no le habrían ordenado un alto. Y esa voz... ¿familiar?

—Señor, soy de la Policía Federal, igual que usted —le dijo Moore al hombre.

El rifle fue retirado de las manos de Moore, al igual que la pistola de su cintura. Moore no levantó las manos. Sólo se dio vuelta, sorprendiendo al hombre, porque nadie en su sano juicio haría un movimiento repentino como ese, no cuando le estaban apuntando con un arma. El tipo no era ni de la Policía Federal, ni un Azteca.

Era el chico joven del Range Rover, el que le había dicho que esperaba que Zúñiga lo dejara vivir, el chico con el pendiente de calavera en su lóbulo derecho.

—Tú provocaste esto —exclamó el niño—. Lo vi ahí abajo. ¡Mi jefe está muerto por tu culpa!

En un movimiento fluido, Moore golpeó la base de la palma de su mano contra la nariz del muchacho. Un viejo mito decía que se podía matar a un hombre de esta manera. Tonterías. Moore solo había querido aturdir al chico. Además, su cara era demasiado bonita de todos modos. En tanto el chico se movía hacia atrás, a punto de gritar, Moore le arrancó de vuelta el rifle y luego lo golpeó con la culata en la cabeza, y el joven se desplomó sobre la azotea. Un sicario más fuera de combate.

Moore se apresuró a regresar al tubo de desagüe, se colgó el rifle al hombro por la correa, luego trepó por encima del parapeto. Estaba a mitad de camino bajando por el tubo cuando las abrazaderas de seguridad se soltaron bajo su peso y el maldito tubo se apartó de la pared. Fue una caída de solo seis pies, pero suficiente como para producir un espasmo en sus piernas al caer al suelo. Sin embargo, no había tiempo para retrasos, en tanto llegaban más agentes federales por el camino de entrada. Se dio la vuelta, se levantó y con agujas de dolor aún subiendo y bajando por sus muslos, corrió hacia el helicóptero, llegó a la puerta y fue arrastrado hacia el interior por Towers. Corrales ya estaba allí, con los ojos entrecerrados de dolor. Uno de los oficiales cerró la puerta y la nariz del helicóptero se inclinó hacia delante y despegaron.

Towers puso la mano alrededor de la oreja de Moore y le dijo:

—Todo lo que puedo decir es que será mejor que este chico esté cargado de secretos.

Moore asintió con la cabeza. Con Zúñiga muerto, las operaciones del cártel de Sinaloa se verían afectadas, al menos por un tiempo, y serían vulnerables a nuevos ataques del cártel de Juárez y a que este tomara el control. Si eso ocurriera, entonces la misión de la fuerza especial conjunta de desmantelar el cártel de Juárez no solo habría fracasado, sino que habría causado que el imperio criminal de Rojas se hiciera aún más fuerte.

37

DOS DESTINOS

Oficina de Control de Desvíos de la DEA
San Diego, California

Eran casi las once de la noche cuando llegaron de vuelta a la oficina de control de desvíos y llevaron a Corrales a la sala de conferencias. Ya había recibido atención médica de un doctor a bordo del helicóptero, que repetidamente le había asegurado que no se había roto las dos piernas y que sólo se había torcido el tobillo derecho. Todavía tenía total capacidad de movimiento. Moore y Towers le habían dicho que lo llevarían a un hospital si insistía, pero que tenía que hablar primero. Corrales se había negado.

Y así, habían decidido simplemente llevarlo de regreso a la oficina para persuadirlo un poco. Durante el viaje hacia allá, Moore le había dado a Corrales la mala noticia. Él y Towers eran gringos, claro que sí, unos gringos cabrones del gobierno de los Estados Unidos. Corrales había exigido saber de qué agencia.

Moore había sonreído misteriosamente.

—De todas.

Ahora, mientras Corrales aceptaba un vaso de café espumante de Towers, se inclinó hacia delante sobre la mesa y se frotó los ojos. Lanzó una serie de maldiciones, y luego dijo:

—Lo quiero por escrito, que tengo inmunidad absoluta. Y quiero un abogado.

—No necesitas un abogado —dijo Moore.

—Estoy bajo arresto, ¿verdad?

Moore sacudió la cabeza y su tono se volvió grave.

—Estás aquí por lo que le sucedió a María. Encontramos el cuerpo en la casa de Zúñiga. ¿Qué pasó? ¿La mató Pablo?

—No, los otros hijos de puta lo hicieron. Mataron a mi mujer. No van a sobrevivir eso.

—¿Quién es tu jefe? —preguntó Moore.

—Fernando Castillo.

Towers asintió con la cabeza enfáticamente.

—El tipo de seguridad de Rojas. Tiene un parche. Tiene un solo ojo.

—A todos les gusta simular que no son parte del cártel. Los Caballeros. ¡Eso es basura!

—Entonces, ¿qué le estabas ofreciendo a Zúñiga?

—Tengo los nombres y ubicaciones de los proveedores y transportistas en todo el mundo. La gente en Colombia, Pakistán... tengo mierda que ustedes policías estúpidos no se creerían. Tengo números de cuentas bancadas, recibos, registros de llamadas telefónicas, correos electrónicos, lo tengo todo...

—Bueno, nosotros también tenemos todo sobre ti, Corrales. Sabemos lo que pasó con tus padres y cuándo te uniste a los sicarios —dijo Towers—. Así que no se trata solo de María. Se trata de una venganza por lo que les pasó a ellos, también, ¿eh?

Corrales tomó otro sorbo de su café, su respiración se hizo cada vez más rápida y luego dio un puñetazo sobre la mesa y gritó:

—¡Todos van a caer! ¡Todos ellos! ¡Todos y cada uno!

—También mataron a Ignacio en el hotel —dijo Moore—. Era un buen tipo. Me agradaba.

—Espera un minuto. Eres tú —dijo Corrales, con los ojos cada vez más abiertos—. Tú eres el tipo que perdieron mis muchachos. Tu nombre es Howard.

Moore se encogió de hombros.

—El mundo es muy pequeño.

Corrales maldijo y dijo:

—Paneles solares, ni qué carajo...

—Entonces, ¿dónde está toda esa información que dices tener? —preguntó Towers.

—Todo está en una unidad de memoria. Y yo tengo dos copias más en cajas de seguridad. No soy idiota, así que dejen de hablarme como si lo fuera.

Moore trató de contener una sonrisa.

—Entonces tenemos que ir al banco, ¿eh?

Corrales negó con la cabeza y metió la mano en la camisa de seda negra. Sacó una delgada unidad flash que colgaba de una gruesa cadena de oro. La unidad de memoria en sí estaba bañada en oro, fabricada por Super Talent, de 64 GB.

—Está todo aquí.

Aeropuerto Internacional de Los Ángeles (LAX)
Estacionamiento de espera
9011 Airport Boulevard

Samad y Niazi estaban en el Hyundai Accent e iban siguiendo a Talwar, quien conducía una furgoneta de DirecTV que les habían dado los hombres de Rahmani en Los Ángeles. Siguieron las señales de color azul y entraron en el estacionamiento de setenta y nueve espacios, que se encontraba ubicado a cinco minutos de la Terminal Central y accesible desde el norte y el este a través de los bulevares La Tijera, Sepúlveda, Manchester y Century. Habían considerado usar la sección C de estacionamientos de largo plazo que estaba directamente al sur y aún dentro de su radio de lanzamiento, pero se habían enterado de que al menos dos agentes del Departamento de Policía de Los Ángeles en motocicletas revisaban los vehículos diariamente con la intención de encontrar automóviles sin matrículas frontales para poder multarlos. La única seguridad en el estacionamiento de espera de pasajeros era el control canino del aeropuerto, como les había dicho uno de los hombres de Rahmani. Esos tipos solo revisaban los vehículos no atendidos. Ahí no había de qué preocuparse, amigos.

También habían discutido la posibilidad de estacionarse en Inglewood o Huntington Park, al noreste del aeropuerto, para no correr riesgos de seguridad adicionales, pero Samad había insistido en el estacionamiento de espera, que le daría más tiempo al equipo para familiarizarse con su

objetivo, ya que el avión despegaría, se dirigiría al Pacífico en un «Loop Five»[35] como parte de los procedimientos de reducción de ruido del aeropuerto y luego volvería y sería dirigido a lo largo de V-264, pasando por encima de sus cabezas hacia Inglewood y Huntington Park. Estaba claro para Rahmani, e incluso para las autoridades estadounidenses, que era absolutamente imposible proteger el suelo que estaba por debajo de los vuelos de avión, por lo que los equipos tenían rienda suelta para elegir las mejores ubicaciones posibles.

A Samad le daba escalofríos cada vez que pensaba en ello. La brillantez y la audacia absoluta de la yihad el 11 de septiembre de 2001 volvería a suelo estadounidense como se había prometido, solo que esta vez la ira de Alá caería sobre Los Ángeles, San Diego, Phoenix, Tucson, El Paso y San Antonio.

Seis aviones. Seis aeropuertos. Seis de junio.

Aunque algunos de sus colegas musulmanes no estaban de acuerdo, Samad creía firmemente que el 666 era el Corán. Era Alá. No era Satanás o el número de la bestia, como muchos cristianos creían. Era el número perfecto.

Y así, también, debía ser la misión: ejecutada a la perfección, en tiempos precisos, los aviones cuidadosamente seleccionados después de meses de investigación y observación de operadores durmientes talibanes y de Al Qaeda trabajando en el interior y alrededor de cada aeropuerto, todo coordinado por el propio Rahmani, que había pasado cientos de horas descargando documentos a través de Internet, todos de fácil acceso: los diseños de la FAA de los aeropuertos, las rutas de salida de los aviones, todo accesible libre y fácilmente por cualquier persona con conexión a la red. Había reclutado la ayuda de varios ingenieros informáticos, que habían creado modelos tridimensionales para simular cada uno de los seis ataques, modelos que le habían permitido ingresar varias coordenadas de lanzamiento y determinar los radios de lanzamiento.

Con esos datos, y con el poder de Alá alimentando sus corazones y mentes, la destrucción que causarían sería simultánea y completa.

El objetivo en Los Ángeles era el avión de Delta Air Lines número 2965, con salida el domingo 6 de junio, a las 5:40 p.m., con destino al aeropuerto JFK de Nueva York. Equipo: avión de pasajeros Boeing 757, dos motores, uno en cada ala. Avión grande de fuselaje ancho; 202 pasajeros, además del piloto, el copiloto y los auxiliares de vuelo. El vuelo del domingo por la noche tendía a estar completo, con muchas personas de negocios y turistas que regresaban al este para estar listos para ir al trabajo el lunes en la mañana.

Las capacidades del arma habían sido la primera consideración y habían dictado tanto la selección de sus objetivos como la ubicación. El sistema de orientación de los misiles MK III era un buscador infrarrojo de doble banda, un sistema «dispara y olvida» que permitía que el operador lanzara el misil incluso si no estaba apuntando al objetivo. Sin embargo, el MK III hacía más que perseguir el objetivo; se trataba de un misil inteligente que elegiría el camino más corto, volando a seiscientos metros por segundo. Su cabeza contenía una carga explosiva de fragmentación de 1,42 kg de alto explosivo que destruiría completamente el motor del avión, que estaba montado en un pilón bajo el ala, pero situado muy cerca del fuselaje. También podría producirse daño residual en las tuberías hidráulicas, sistemas eléctricos, superficies de control y tanques de combustible, y eso podría resultar en una falla catastrófica.

En noviembre de 2003, un DHL A300 fue alcanzado por un misil en el ala mientras despegaba en Bagdad. El piloto fue capaz hacer que el avión regresara tambaleándose al aeropuerto, ya que solo había sido golpeada el ala. Samad estaba seguro de que nadie en su equipo fallaría de esa manera, ya que los MK III ciertamente encontrarían la fuente de calor más intensa mientras el 757 ascendiera lentamente a toda potencia y con los tanques de combustible llenos. Los aviones comerciales no solo eran más vulnerables en ese momento, sino que una vez golpeados, caerían sobre áreas densamente pobladas, permitiendo que miles de litros de combustible ardieran, causando el máximo daño y la mayor cantidad de pérdida de vidas.

Si bien el alcance del MK III era de 5.000 metros, o 16.400 pies, la meta era estar en la ubicación para el lanzamiento cuando el objetivo estuviera todavía por debajo de los 10.000 pies. Esto no solo aumentaba la probabilidad de un buen golpe, sino que disminuía el tiempo que la tripulación tenía para salvar el avión, el que se voltearía desde el costado no averiado hacia el lado dañado. En el mejor de los casos el motor explotaría y destrozaría toda el ala, en cuyo caso el avión y su tripulación estarían condenados desde ese preciso segundo.

De hecho, todos estos escenarios asumían que se lanzaría un solo misil, cuando Samad y sus equipos tenían dos MK III, y tenía toda la intención de lanzar ambos misiles.

Un conductor. Un tirador. Un asistente para ayudar a recargar el arma. El tiempo total para lanzar los dos misiles y salir de allí: treinta segundos. Si alguien intentaba detenerlos después del primer lanzamiento, el asistente estaba armado con dos pistolas Makarov semiautomáticas, un rifle AK-47 y seis granadas de fragmentación. El conductor estaba armado de manera similar. Un segundo auto con un conductor de reserva estaría estacionado justo delante de ellos.

¿Cómo podría detenerlos cualquiera de los ciudadanos esperando en el estacionamiento? La mayoría probablemente estaba armada solo con teléfonos celulares y un mal carácter. Tal vez un par de pandilleros de South Central estarían allí, esperando para recoger a uno de sus matones llegando de Oakland o Chicago, pero aún así, se echarían rápidamente al suelo de asfalto ante una cortina de fuego.

Samad y sus hombres podían agradecer al gobierno de los Estados Unidos y las compañías aéreas por no hacer nada para frustrar sus planes. Dotar a todos los aviones comerciales con contramedidas de tipo militar, tales como bengalas incandescentes (*chaff* o reflectores antirradar) y/o bloqueadores de señales infrarrojos, láseres de alta potencia para quemar las cabezas buscadoras de los misiles, o utilizar aviones de combate para escoltar aviones dentro y fuera de zonas de más alto riesgo, era extremada y prohibitivamente costoso en vista de lo que los funcionarios del gobierno llamaban una «falta de inteligencia procesable». La Administración Federal de Aviación (FAA) sí indicaba que el gobierno proporcionaba ciertos seguros por «riesgo de guerra» a las líneas aéreas, pero no tenían claro si el programa cubría ataques con misiles superficie-aire. Samad no podía más que reírse para sus adentros. Mientras niños de cinco años de edad estaban siendo sometidos a un cacheo en los puntos de control de seguridad del aeropuerto, no se estaba haciendo nada, absolutamente nada, para proteger a los aviones contra ataques con misiles.

¡Allahu Akbar!

Los israelíes no se habían permitido quedar atrapados en el atolladero jurídico y político sobre este tema, en parte porque sabían que siempre tendrían objetivos en sus espaldas. Ellos habían

equipado sus aviones de El Al con sofisticados sistemas antimisiles que ya habían probado su efectividad en un caso notable de un 757-300 logrando evadir no uno sino dos misiles. El gobierno israelí negó que el avión estuviera equipado con contramedidas, a pesar de que era el mismo que el primer ministro israelí utilizaba con frecuencia.

Se dirigieron hacia el extremo noreste del estacionamiento de espera de pasajeros. Su Hyundai tenía un maletero lo suficientemente ancho como para dar cabida tanto el lanzador como a los misiles si se acomodaban en el ángulo correcto. Se detuvieron en un espacio donde justo por delante, hacia el noroeste, estaban las canchas de fútbol y béisbol del Cari E. Nielsen Youth Park. A su derecha había un barrio residencial que lindaba con el parque. Samad se bajó y se quedó allí, tomando el aire frío de la noche.

Talwar estacionó la furgoneta un par de espacios más adelante, salió y se unió a ellos.

—El viaje hasta aquí fue mucho más difícil de lo que será la misión —dijo Niazi.

Samad sonrió.

—Mira a tu alrededor. Estas personas ni siquiera van a reaccionar. Se quedarán en sus autos y simularán que están viendo todo esto por televisión.

—Alguien nos grabará con una cámara de teléfono durante el segundo lanzamiento —dijo Talwar —. Y entonces estaremos en CNN. Y lo verán todo de nuevo.

Apareció un auto (seguridad del aeropuerto) y Samad rápidamente levantó su teléfono celular y simuló hablar.

El auto se detuvo delante de ellos y bajó la ventana.

—Tienen que volver a sus vehículos —dijo un hombre negro con tono aburrido.

Samad asintió, sonrió, saludó con la mano y se dirigieron de vuelta a sus vehículos.

Regresarían mañana por la noche para un verdadero simulacro y luego, la noche siguiente, se harían las llamadas telefónicas, los equipos tomarían sus posiciones y sus destinos se desplegarían ante ellos.

Oficina de Control de Desvíos de la DEA
San Diego, California

Towers le entregó la unidad de memoria a los analistas en la oficina y estaba ansioso por quedarse con ellos para estudiar la supuesta evidencia de Corrales contra el cártel. Moore le dijo al hombre que su espíritu estaba dispuesto pero a su carne le habían disparado un poco demasiado, y estaba feliz de volver al hotel para dormir un poco. No se durmió hasta cerca de las dos de la madrugada y cuando lo hizo, se encontró de nuevo en el techo de Zúñiga, viendo cómo las balas acribillaban el pecho de Frank Carmichael y él caía en la tierra. Sonia le decía una y otra vez a Moore que dejara de llorar y que tenía una misión y que le había salvado la vida y que eso tenía que valer algo. No todo el mundo a su alrededor moría. No todos.

Ella era una mujer despampanante y se sentía culpable por sentirse de esa manera, como si estuviera traicionando a Leslie. Pero Leslie estaba tan lejos y ambos sabían en lo más profundo de sus corazones que lo que tenían no era más que una aventura, dos personas desesperadas tratando de encontrar la felicidad en una tierra llena de miseria y muerte. Él podría fácilmente enamorarse de Sonia, su juventud tan atractiva para un hombre de su edad, y no se' había dado cuenta hasta ahora

que el salvarle la vida en realidad significaba mucho más que completar el objetivo de una misión.

Towers lo llamó a las 7:30 a.m.

—¿Cómo está?

—Estoy.

—Necesito que venga aquí.

—Suena agotado.

—He estado aquí toda la noche.

—Oiga, usted sabe, se lo agradezco.

—Solo venga aquí.

Moore se levantó de la cama, se puso ropa y se subió en el auto alquilado.

La chica en el mostrador de Starbucks le preguntó si estaba
bien.

—Solo tuve que enfrentarme a un montón de gente tratando de matarme anoche —bromeó.

—Mi novio hace eso todo el tiempo —dijo—. Se queda toda la noche jugando *Call of Duty* y luego anda de mal humor todo el día...

Moore recibió su café y le entregó su tarjeta de crédito.

—Gracias por el dato. Voy a tratar de no andar de mal humor hoy.

Le guiñó un ojo y salió corriendo.

En la oficina, se encontró con Towers, que parecía muerto en vida, sentado con un grupo de analistas. Se levantó, metió una carpeta bajo su brazo, luego le hizo un gesto para que fueran a la sala de conferencias. Una vez allí, Moore le preguntó sobre Corrales.

—Lo pusimos en el mismo hotel, tenemos un par de personas de seguridad ahí. También creemos que tenemos un par de observadores de Juárez vigilando este lugar en este momento.

—No es ninguna sorpresa.

—Tengo noticias sobre esos autos y furgonetas de la policía en Calexico. Encontraron al chico que los pintó. Uno de sus muchachos Moore, estaba allí para interrogarlo. Identificó a su compañero Gallagher.

—¿Qué está haciendo Gallagher? ¿Trabajando para el cártel, los talibanes o ambos?

—Ya lo averiguará. Por ahora, ustedes muchachos tienen una seria brecha de seguridad.

—Yo sólo... me dijeron que podía confiar en el tipo, que era un buen tipo, fue oficial de caso por muchos años. ¿Qué pasó?

—Dinero —dijo Towers secamente.

—Espero que le estén pagando una fortuna. La necesitará para ocultarse de nosotros. Ahora, ¿qué hay de Rojas?

—No sé por dónde empezar —Towers se frotó los ojos y miró hacia otro lado—. La situación es... complicada.

—¿Qué pasa? ¿Corrales no nos dio nada?

—Oh, no, él tiene muy buen material. Hemos identificado al principal proveedor del cártel en Bogotá, un tipo llamado Ballesteros. Ya estamos trabajando con el gobierno colombiano para encerrarlo, pero el tiempo es crucial. Corrales incluso tiene algo de información sobre la ubicación de Rahmani en Waziristán.

—Genial.

—Estamos haciendo seguimiento de eso también.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Towers frunció los labios y volvió a vacilar.

—Déjeme empezar por el principio. Jorge Rojas es uno de los hombres más ricos del mundo y uno de los hombres más famosos de México. Ha hecho más por el pueblo de México que el gobierno. Es una celebridad, un santo.

—Y ha financiado todo con dinero del narcotráfico. Sus empresas se mantienen a flote con dinero del narcotráfico. Miles de personas han muerto a causa de él y de su dinero del narcotráfico.

Towers hizo caso omiso de los argumentos.

—¿Sabe quién es el cuñado de Rojas? Arturo González, el gobernador de Chihuahua.

—Vamos al punto.

—Rojas también tiene una estrecha conexión con el Presidente de la Corte Suprema de México. Se ha ido de vacaciones con el fiscal general y es el padrino del hijo mayor del hombre.

—¿Y qué? Estoy seguro de que pasa los fines de semana con el presidente de México. Sigue siendo un maldito traficante de drogas.

Towers abrió la carpeta que había tomado y hojeó unos documentos.

—Bueno, les pedí que hicieran algunas averiguaciones por mí en el gobierno mexicano, ya que soy lego en la materia. Escuche esto: de acuerdo con la Constitución de 1917, los estados y la federación son libres y soberanos y tienen sus propios congresos y constituciones, mientras que el Distrito Federal tiene una autonomía limitada, con un congreso local y su propio gobierno.

—Así que los estados tienen mucho más poder. ¿Por qué tendría que importarnos?

—Porque hay suficiente aquí para que Rojas ni siquiera llegue a los tribunales. El gobernador de Chihuahua, el cuñado de Rojas, tiene poder soberano y nunca lo entregará al sistema judicial federal. E incluso si lo hiciera, con el presidente de la Corte Suprema y el fiscal general en el bolsillo, Rojas saldría libre. Además de eso, la pena capital fue abolida en 1930, a excepción de los delitos contra la seguridad nacional, por lo que nunca le darían la pena de muerte.

—Déjeme entender esto. Después de perder a tres buenas personas, ¿no hay absolutamente nada que podamos hacer? Corrales tiene las pruebas. Entreguémoselas a nuestro sistema judicial. Consigamos que Rojas sea acusado con cargos federales por tráfico de drogas y conspiración.

Towers levantó la palma de la mano.

—Tranquilo. Piense en su brecha de seguridad con Gallagher. Él está hablando con Rahmani y Rahmani está hablando con Rojas. Tomará dos a tres semanas procesar esta evidencia y entonces tenemos la esperanza de que el juez encuentre creíble a Corrales, a pesar de que claramente anda en busca de venganza, lo cual no ayuda a nuestro caso. Y durante todo ese tiempo, tenemos que esperar que su amigo Gallagher no pase el dato de que estamos tratando de acusar a Rojas, porque si lo ponen sobre aviso, desaparecerá. Apuesto a que tiene propiedades en todo el mundo que nadie sabe siquiera que existen. Desaparecerá del radar y tomará años encontrarlo, si alguna vez lo hacemos.

—Tenemos a Sonia adentro. Él no puede pasar a la clandestinidad.

—No hay garantía de que Rojas la lleve con él. Ha mantenido en secreto su participación en el cártel de su propio hijo. Eso ha hecho extremadamente difícil la operación de Sonia. Ella ha

intentado varias veces reunir pruebas, meterse en sus computadoras, pero siempre se ha quedado corta. Tiene detectores electrónicos en toda la casa, por lo que ni siquiera podemos instalar micrófonos sin que él lo sepa. Moore, cuando nos metimos en esto no teníamos idea de que todo nos conduciría a un tipo como Rojas. Quiero decir, mire a Zúñiga. Él es mucho más típico y fácil de acusar.

—Como aquel tipo Niebla en Chicago. Lo retuvimos en México durante once meses y luego nos dieron su extradición.

—Sí, porque el gobierno mexicano pensaba que era un mal tipo. No tenía amigos allí. Estaba trabajando con Zúñiga, por lo que obviamente Rojas se apoyó en sus amigos para deshacerse del tipo. Pero Rojas... Jesús... él tiene el mundo por los huevos. Es el santo de México y todos lo aman.

Moore levantó las manos en el aire.

—¿Así que todo fue por nada?

—Mire, tengo catorce agencias diferentes trabajando en esto. Podemos entregarle la evidencia a nuestra gente y esperar lo mejor.

Moore cerró los ojos, pensó un momento y luego dijo:

—No, no vamos a hacer eso. De ninguna manera. Tenemos que actuar ahora y no podemos esperar por Rojas. Ese intento de asesinato lo ha mantenido escondido. Si empezamos a arrestar a sus contrabandistas y proveedores, se dará cuenta de lo que está pasando. Tenemos que agarrarlo a él primero.

—¿Cómo podemos hacer eso y mantener la negabilidad?

—Déjeme hacer una llamada. Déme unos minutos.

—¿Quiere café?

Moore hizo un gesto a la taza en su mano. Towers dio un resoplido.

—Ni siquiera lo noté. Estoy *muy* cansado. Ya vuelvo.

Después de hacer marcado rápido de un número, Moore consiguió pasar del asistente del jefe Slater y, finalmente, tuvo al hombre mismo en la línea.

—Señor, tengo entendido que usted era infante de marina de las Fuerzas de Reconocimiento.

—Usted dice eso en tiempo pasado.

—*Hooyah*, señor. Una vez que se es infante de marina, lo sé. Tenemos una situación terrible aquí y apreciaría que usted pensara en esto más como un soldado que un espía, si entiende lo que quiero decir.

Moore pasó a explicarle los detalles y para cuando terminó, el propio Slater estaba maldiciendo.

—Así que, señor, creo que sabe lo que estoy pidiendo.

—Tenemos que ser muy inteligentes respecto a esto. Muy inteligentes. Sería más fácil si pudiéramos usar a los Sinaloa o a los guatemaltecos, pero no podemos confiar en esos hijos de puta.

—No se puede confiar en nadie en México, a excepción de la Armada... por eso necesito que haga esa llamada.

—Yo sé que entrenaste con esos muchachos, yo también lo hice. Son buena gente. Hay al menos dos comandos allí que me deben en grande... si todavía están en servicio activo. Voy a hacer la llamada.

—Gracias, señor —Moore cortó la llamada y dejó el café. Cerró los ojos y le pidió al universo

que le concediera una molécula de justicia.

Towers regresó, todavía de cara larga e inhalando el vapor de su café.

—Buenas noticias —dijo Moore, captando el interés de Towers—. Slater está cobrando un par de favores de la Armada de México.

—Entonces, ¿qué tiene en mente? Moore respiró profundo.

—Obviamente, no podemos involucrar al gobierno estadounidense o mexicano en nada de esto. Nuestro presidente necesita negabilidad y Rojas se enterará si intentamos negociar formalmente con su gobierno. Sin embargo, podríamos hacer algo con los muchachos de las fuerzas especiales de la Armada de México. Básicamente, contratamos un pelotón o dos que no pondrán sobre aviso a su gobierno. Esos tipos son tremendamente entusiastas y nada les gustaría más que acabar con una escoria de traficante de drogas. Se unirán al plan para que, cuando esto salga a la luz, parezca que la Armada de México hizo el trabajo. Nuestro presidente podrá pararse frente al podio y decir que no tuvimos nada que ver. Towers sonrió.

—Acabamos de convertir a sus hombres de las Fuerzas Especiales en mercenarios.

—Le digo que lo harán. Dirán que tuvieron que actuar por su cuenta debido a la corrupción en su gobierno. Por lo tanto, vamos allí invitados por estos muchachos, hacemos una redada en la mansión de Rojas, y agarramos al cabrón. Dejamos que Slater le pague a la Armada y los dejamos confiscar todo lo demás.

—Tiene que conseguir que Sonia salga de ahí antes.

—Absolutamente.

—¿Qué hay de Rojas? ¿Qué hacemos con él si realmente lo capturamos?

—¿Qué quiere decir con *capturamos*? Towers levantó la palma de la mano.

—Eh, despacio. Él es el único que sabe cómo encajan entre sí todas las piezas.

—Déjeme preguntarle algo, ¿está obteniendo lo suficiente de Corrales como para acabar con el cártel?

Towers entrecerró los ojos para procesar eso.

—El pequeño mequetrefe sabe mucho más de lo que yo pensaba. Tenemos lo suficiente como para causar grandes daños.

—Entonces a la mierda con Rojas. No me interesa capturarlo. Mi plan es eliminarlo.

—Él es más valioso vivo, pero voy a admitir que mantenerlo con vida sería una amenaza para la seguridad y una pesadilla logística. Si se lo entregamos a la Armada, van a tener que eliminarlo de todos modos, de lo contrario, saldrá libre.

—No lo piense demasiado.

Cinco minutos más tarde, sonó el teléfono de Moore. Era Slater.

—Buenas noticias —dijo—. Acabamos de contratar un par de Fuerzas Especiales de la Armada de México. *Hooyah.*

38

SÓLO POR INVITACIÓN

Mansión Rojas
Cuernavaca, México
56 millas al sur de Ciudad de México

Todas las noticias financieras que llegaron al escritorio de Jorge Rojas esa mañana deberían haberle levantado el ánimo. El Dow Jones, el NASDAQ y el S&P 500 estaban en alza, y el IPC de la Bolsa Mexicana de Valores, que representaba treinta y cinco acciones y era el indicador más amplio del desempeño total de la BMV, se veía excelente. El IPC era especialmente importante, ya que las empresas de Rojas representaban el cuarenta y tres por ciento de esa cifra. En efecto, sus inversiones estaban dando sólidos retornos y sus empresas estaban reportando mayores ganancias para el trimestre.

¿Por qué, entonces, Rojas estaba mirando con amargura su taza de café?

Debido a tantas cosas... a causa de la mentira que le había estado diciendo a su hijo... por la pérdida de su esposa que le dolía todos los días... debido a esta nueva amenaza para el negocio que él tanto amaba y odiaba...

¿Qué le había pasado? No había construido su imperio con lágrimas, sino con sudor. No había aplastado a sus rivales llorando cuando lo golpeaban. Él siempre devolvía el golpe diez veces más fuerte.

Tenía el dinero. Tenía las armas. Pero no, él no era ni mejor ni diferente a ellos, a los cabrones que vendían drogas en los patios de recreo, a los mañosos que le robaban a sus abuelas para alimentar sus adicciones. Él ya era un cadáver en un traje a prueba de balas, sentado en una mansión y sintiendo lástima por la pérdida de su alma. Si bien nunca compartió sus secretos con Alexsi, ella veía su dolor y con frecuencia le sugería que buscara ayuda profesional. Rojas no quería saber nada de eso. Tenía que levantar el pecho y seguir adelante, como siempre lo hacía, incluso después de mirar fijamente a los ojos sin vida de su hermano.

Miró su teléfono inteligente una vez más. Nada. Rojas había estado tratando de ponerse en contacto con el mulá Rahmani, pero el hombre no había devuelto sus llamadas. El número de Samad había sido desconectado. Castillo le había dicho a Rojas que los vehículos de la policía en Calexico habían sido conducidos por árabes y que un muchacho de la zona había sido contratado para pintar los vehículos. Rojas ya había concluido que Samad y su séquito habían asesinado a Pedro Romero y tenido acceso al túnel. Después de ordenarle a sus hombres que destruyeran el paso subterráneo, había dicho Castillo, la familia de Romero había sido encontrada muerta en su casa, todos con disparos en la parte posterior de la cabeza, estilo ejecución. Corrales todavía estaba desaparecido, aunque Fernando creía que se había ido a casa del rancho de Zúñiga. Un tiroteo ahí había terminado

con Zúñiga muerto. Los observadores reportaron que el cuerpo de una mujer había sido sacado de la casa. Podría haber sido la novia de Corrales, María, pero ninguno de los observadores había identificado Corrales. Agentes federales que podrían haber estado actuando como espías habían huido en un helicóptero. Los observadores no habían podido verlos bien. Rojas temía que Corrales hubiera ido a las autoridades, ya fueran mexicanas o estadounidenses. Y lo peor, Fernando le había informado que su mejor contacto con la Policía Federal, el inspector Alberto Gómez, había desaparecido.

Ya era hora de empezar a cerrar cuentas, transferir dinero, vaciar cajones y cambiar las cerraduras. Se había convertido en un experto en ocultar sus vínculos con el cártel a través de negocios legítimos y empleados ferozmente leales que nunca jamás habían amenazado con delatarlo. Todo era diferente ahora.

Sonó su teléfono y el número lo hizo sobresaltarse en su silla.

—¿Bueno?

—Hola, señor Rojas —el hombre hablaba en español, pero Rojas hizo una mueca por el acento.

—Rahmani, ¿por qué no ha devuelto mis llamadas?

—He estado viajando y la señal de teléfono celular no ha sido buena.

—No le creo. ¿Dónde está ahora?

—De vuelta en casa.

—Ahora, antes de decir otra palabra, escúcheme con mucha atención. Samad vino a mí en Bogotá con una larga y triste historia sobre un imán enfermo. Estaba buscando un paso seguro a los Estados Unidos. Trató de sobornarme con artefactos explosivos improvisados y pistolas.

—Que, si no me equivoco, usted tomó.

—Por supuesto, pero usted sabe dónde trazo la línea... no hay que despertar al perro que duerme.

—Señor, por favor, acepte mis disculpas. Samad se ha rebelado y he perdido la comunicación con él. Honestamente, no estoy seguro de si está en los Estados Unidos o no. Le dije expresamente que se mantuviera alejado y no pusiera en peligro nuestra relación, pero él es un joven impetuoso y voy a tener que hacerlo pagar por sus errores.

—Si está en los Estados Unidos, entonces usted y yo hemos terminado. No solo dejaré de importar y mover su producto, sino que me aseguraré de que no pueda moverlo en mi país nunca más. Lo cortaré de raíz. Se lo advertí a Samad y traté de advertirle a usted antes, cuando estaba en Bogotá, pero nunca respondió a mis llamadas. ¿Me entiende?

—Sí, pero no se preocupe. Yo haré lo que me sea posible para eliminar los problemas que pueda plantear Samad para usted o su negocio.

El tono de Rojas se volvió más duro, sus palabras claramente una amenaza.

—Espero oír de usted muy pronto.

—Lo hará. Ah, y una cosa más. Tenemos un valioso activo de inteligencia que puede ser de su interés, un agente de la CIA que ahora trabaja para nosotros. Estaré encantado de proporcionarle toda la información que él recoja que pueda afectar nuestros negocios. Mientras tanto, le suplico que mantenga el flujo del producto. No haga nada precipitado. El perro, como usted dice, sigue durmiendo, y vamos a mantenerlo de esa manera.

—Encuentre a Samad. Luego llámeme —con eso, Rojas cortó el teléfono y miró hacia la puerta,

donde esperaba Fernando Castillo.

—Buenos días. J.C. tiene listo el desayuno.

—Gracias, Fernando. No me di cuenta de que eras el mayordomo de la casa también.

—No, señor. De hecho, vine por otra cosa... dos cosas, de hecho... —tomó un profundo respiro y bajó la mirada hacia la alfombra.

—¿Qué?

—Hubo una explosión en San Martín Texmelucan.

—¿El oleoducto?

Asintió con la cabeza.

—Murieron alrededor de cincuenta personas. Los Zetas hicieron caso omiso de nuestras advertencias de nuevo y todavía están robando.

La pandilla de sicarios del cártel del Golfo, Los Zetas, se había dedicado a aprovechar y robar petróleo de Pemex, la empresa petrolera de propiedad y administración estatal. El presidente de México había recurrido a Rojas para obtener su asesoramiento y ayuda, y si bien Rojas negó tener contacto directo con el cártel, había donado dinero para ayudar a reforzar la fuerza policial local y la seguridad de Pemex en las zonas más vulnerables. Mientras tanto, Rojas hizo que Castillo contactara a los Zetas y les advirtiera sobre seguir robando petróleo. En el presente año solamente, habían robado más de nueve mil barriles, suficiente para llenar más de cuarenta camiones cisterna. Vendían el combustible a través de sus propias estaciones de servicio y empresas de transporte por carretera, que habían establecido para lavar dinero, así como su venta en el mercado negro internacional. Gran parte del combustible terminaba en los Estados Unidos. A veces mezclaban el combustible robado con producto legítimamente adquirido para obtener más ganancias. Castillo a menudo había hablado de apoderarse de la operación de los Zetas y disfrutar de un flujo de efectivo importante. Si bien era cierto que Rojas le daba al gobierno con una mano y le robaba con la otra, poner en peligro la estabilidad financiera del principal proveedor de petróleo del país era imprudente e insensato. Por otra parte, la operación era demasiado arriesgada y se manejaba de manera descuidada. La explosión sólo acrecentó sus reservas.

Rojas maldijo y miró hacia otro lado pensativo.

—Llama a tu amigo. Dile que si los Zetas no paran de robar petróleo, vamos a ir a proteger el oleoducto en nombre del gobierno.

—Lo haré —dijo Castillo.

—Ahora, ¿qué pasa con el túnel que perdimos?

—Vamos a rellenar el agujero desde nuestro lado, negar haber tenido conocimiento de que estaba en el depósito y hacer que la culpa recaiga en uno de los subcontratistas. Ya estoy en busca de un nuevo ingeniero y un nuevo sitio para un túnel, pero perdimos mucho dinero allí. Espero que entienda que destruirlo era lo correcto.

—Por supuesto, Fernando. Nunca me has defraudado.

Castillo sonrió suavemente, luego se acercó al escritorio de Rojas y deslizó una pequeña grabadora de voz digital desde detrás de una de las muchas fotos enmarcadas allí.

—He recibido una alerta sobre un dispositivo no autorizado en su oficina. Esta es la otra razón por la que estoy aquí.

—¿Miguel?

Castillo asintió con la cabeza.

Rojas reflexionó sobre lo que debía hacer y luego exclamó:

—Solo bórrala. Y déjala ahí...

Con una sensación de vacío en el estómago, Rojas salió de la oficina y caminó en su túnica hacia la cocina, donde al menos una cosa le trajo felicidad: el dulce aroma de los huevos rancheros.

Sonia estaba mirando hacia fuera por la ventana de la habitación, a través de las piedras del camino de entrada de la mansión y hacia la calle de abajo. Miguel se le acercó por detrás y deslizó sus brazos alrededor de su cintura.

—Qué bien hueles —dijo.

—Tú también. ¿Vamos a la cascada hoy?

—No estoy seguro.

—Me lo prometiste. Y estaba pensando en ese resort y spa del que me hablaste, Misión del Sol. Podríamos hacernos un masaje y yo quiero hacerme la pedicura. Luego podríamos pasar la noche ahí, hacer algo realmente romántico. Creo que lo necesitamos.

Miguel sintió la tensión subir hasta sus hombros, como si alguien le hubiera puesto gruesas correas de cuero alrededor y estuviera apretándolas lentamente, un agujero a la vez.

—No me siento muy bien.

Ella se soltó de las manos de él para darle la cara. Estudió sus ojos, le puso su mano en la frente y lo miró haciendo un puchero con los labios, como una niña triste.

—No tienes fiebre.

—No es eso. Mira esto —sacó el dispositivo del bolsillo de su cadera.

—¿Un nuevo teléfono?

—Es una grabadora de voz digital. La puse en la oficina de mi padre anoche y recién fui allí y la saqué. Él siempre hace un montón de llamadas en las mañanas. Sabes, había pensado hacerlo durante años. Él me mintió cuando estábamos en la bóveda. Me mintió. Lo sé. Y no quiere que yo sepa porque tiene miedo de lo que pensaré de él.

—¿Ya la has escuchado?

—No. Me da miedo.

Ella fue hasta la puerta de la habitación y la cerró.

—Está bien. ¿Quieres que esté contigo?

—Sí.

Se sentaron en la cama y él tomó un respiro profundo. Luego apretó el botón de reproducción. Nada.

—¿Está rota?

—No. Y funcionó. Sé que lo hizo.

—Tal vez la encontró.

—Sí, y si había algo ahí, lo borró, porque no quiere confrontarme respecto a esto.

—Lo siento.

La respiración de Miguel se aceleró.

—Tiene que estar escondiendo algo. Sonia hizo una mueca.

—Tu padre no es traficante de drogas. Se te olvida todo lo que ha hecho por México. Si tiene que hacerle frente a los cárteles de droga, ya sabes, manipularlos, moverse alrededor de ellos, entonces debes entender eso.

—No creo que él esté manipulando los cárteles de droga. Creo que él *es* los cárteles.

—No me estás escuchando. Mi padre tiene que hacer cosas muy similares en su negocio. Hay distribuidores y fabricantes que siempre están dándole problemas. Ciclistas que toman drogas y son arrestados por ello, patrocinios que mi padre tiene que cancelar. Este es el mundo de los negocios y debes aceptar que a veces hay cosas que tienen que hacerse... porque un día heredarás mucho más que el dinero. Vas a heredar el compromiso y eso, estoy segura, es lo que quiere tu padre. Tal vez él está tratando de protegerte del lado sucio de las cosas, pero los negocios hoy en día no son limpios. No lo son.

—Estás hablando mucho hoy.

—Solo porque me importa.

—No tienes que decirme eso.

—¿Y qué si tienes razón? ¿Qué pasa si tu padre *es* el cártel? Y luego lo arrestan. ¿Qué vas a hacer?

—Matarme.

—Esa no es la respuesta, ya lo sabes. Vas a seguir adelante porque eres un hombre mucho más fuerte de lo que crees.

Miguel tomó la grabadora digital, abrió un cajón de la cómoda y la arrojó en su interior.

—No sé lo que soy.

Ella puso los ojos en blanco ante su tono sombrío y su comentario, desvió la mirada, y luego lo encaró una vez más.

—Entonces la próxima semana empezarás tu trabajo de verano en Banorte. Eso sacará tu mente de todo esto.

Él suspiro. ,

—No lo sé. Tal vez.

—Vamos, simplemente hazlo. Nos mudaremos juntos a California en el otoño y todo será perfecto.

—Ahora tú suenas casi triste por eso.

Ella apretó los labios.

—Voy a extrañar a mi familia.

—Vamos a visitarlos lo más que podamos... —le dijo atrayéndola hacia su pecho.

El teléfono de Miguel empezó a vibrar.

—Es un texto de la cocina. J.C. dice que los huevos se están enfriando. ¿Tienes hambre?

—La verdad, no.

—Ni yo. Vayámonos ahora. Podemos tomar un café en el camino. No tengo ganas de ver a mi padre en este momento.

Gulfstream III

En ruta a Ciudad de México

Moore y Towers estaban sentados a bordo del avión de dos motores, revisando el archivo PDF que contenía los planos de la planta de la mansión de Rojas en Cuernavaca. La casa tenía casi ocho mil pies cuadrados, con dos plantas, una cochera de varios niveles, un sótano completo y trabajo en piedra para hacerla parecer un castillo del siglo XVI de cuento de hadas construido sobre una colina con vista a la ciudad. La residencia había sido destacada en el artículo de una revista, para lo que la difunta esposa de Rojas, Sofía (cuyo nombre era asombrosamente similar al de Sonia, su agente) le había dado a los editores un gran recorrido por la casa y los jardines. Ella había apodado el lugar «La casa de la eterna primavera».

La Agencia había estado haciendo reconocimiento de la casa con observadores humanos ya que el perímetro estaba equipado con detectores de micrófonos y, de hecho, Towers y Moore tenían un informe detallado sobre el número de personal de seguridad de Rojas, sus posiciones y un análisis más detallado del sistema de vigilancia electrónica y el equipo de seguridad de la casa. Rojas era dueño de varias empresas de seguridad en México y en los Estados Unidos, por lo que era seguro asumir que él protegía su casa con lo mejor que el dinero pudiera comprar: cámaras ocultas que operaban con baterías de emergencia y cuyo programa computacional podía ser «entrenado» para activar alarmas basándose en el análisis electrónico de objetos «interesantes», como siluetas de personas, animales o cualquier cosa que se le enseñara a detectar al sistema. También tenía sensores de movimiento y sonido, láseres, detectores de micrófonos interiores y exteriores, todo parte de un catálogo virtual de equipos de detección controlados por un guardia sentado en un bunker bien protegido del sótano. El artículo incluía fotos de muebles antiguos y las colecciones de libros de Rojas, las que el autor decía eran protegidas cuidadosamente en bóvedas dentro de la casa. Moore llegó a la conclusión de que las bóvedas se encontraban en el sótano.

Towers ya había elegido una terraza abierta trasera que estaba en el segundo piso en la esquina suroeste de la casa. La entrada perfecta hacia el segundo piso. Pulsó dos veces en ese punto en la pantalla de su iPad y colocó un icono de una chincheta azul allí.

—Tiene una salida aquí desde la entrada principal —dijo Moore, apuntando a la pantalla—. Y si se desespera, puede salir a través de la rampa en la cochera y tratar de estrellarse contra la pared de ladrillo para derribarla aquí... y aquí... hay una cochera secundaria aquí. Podríamos tener un vehículo esperando ahí.

Towers miró Moore.

—Si logra salir, entonces ambos deberíamos retirarnos.

—Digo nomás.

—No diga. Eso no va a pasar mientras yo esté al mando. Moore sonrió.

—Y bueno, nunca me dijo... ¿cómo consiguió permiso para venir?

—No lo hice. Piensan que estoy de regreso en San Diego.

—¿Me está jodiendo?

Él sonrió.

—Claro que sí. Tengo un buen jefe. Y él respeta lo que hago. Nunca he perdido a tanta gente en una sola operación. Voy a ver que esto llegue a su final. Slater me apoyó también. No quería que usted viniera solo. Al parecer, le agrada.

—Estoy sorprendido.

Towers levantó una ceja.

—Yo también lo estaba. Y, por cierto, la lista que nos dio Gómez fue confirmada. Mencionó a diez jugadores clave dentro de los federales, además del asistente del fiscal general, y el minuto que hayamos terminado con esta operación, le voy a disparar a ese desgraciado. No me importa si tenemos que detener a toda la fuerza policial en Juárez. Todos van a caer.

—Estoy con usted, jefe. Por lo menos ahora nos pondremos a trabajar con operadores realmente expertos. Estos tipos de las FES son impresionantes y saben dar una gran fiesta. Estoy muy contento de que nos hayan invitado.

Moore no hablaba en serio, por supuesto. Slater se había apoyado en sus propios contactos y la experiencia de Moore como SEAL de la Armada para contratar a las Fuerzas Especiales (FES), una unidad de operaciones especiales de la Armada de México establecida a finales de 2001. Moore los consideraba la versión mexicana de los SEAL y, de hecho, había pasado cuatro semanas entrenando con ellos en Coronado no mucho tiempo después de que el grupo se hubiera formado. Su lema era simple: *«Fuerza, espíritu, sabiduría*». El grupo de cerca de quinientos hombres surgió del Batallón Aerotransportado de la Marina de la década de 1990. Aunque su tarea principal era llevar a cabo operaciones anfibias especiales, estaban bien entrenados para llevar a cabo de manera independiente enfrentamientos bélicos no convencionales en el aire, mar y tierra por todos los medios disponibles. Eran buzos y paracaidistas experimentados, y estaban bien versados en descenso vertical, combate urbano y tiro. Como todos los buenos comandos navales, también tenían un interés saludable en cosas que explotaban. El grupo estaba dividido en unidades del Pacífico y del Golfo y participaban en un programa de entrenamiento de cincuenta y tres semanas que dejaba en pie solo a los hombres más fuertes. Ya habían hecho significativas contribuciones a la guerra del gobierno mexicano contra los narcotraficantes a través de sus bien planificadas y altamente agresivas tácticas, técnicas y procedimientos —los viejos TTP, como las conocía Moore.

Una de las operaciones más notables de las FES se produjo el 16 de julio de 2008, cuando operaban en la costa suroeste de Oaxaca, México. Equipos FES rapelearon desde un helicóptero sobre la cubierta de un narco-submarino de treinta y tres pies de largo. Arrestaron a cuatro hombres e incautaron 5,8 toneladas de cocaína colombiana.

En un famoso cable filtrado por diplomáticos estadounidenses, el ejército mexicano fue descrito como cerrado de mente, con aversión al riesgo y demasiado territorial después de que agencias como la DEA y la CIA trataran de trabajar con él para luchar contra los traficantes de drogas; en cambio, oficiales de la Armada de México habían estado trabajando con sus contrapartes de los Estados Unidos desde hacía años y ya se habían ganado su confianza. El nivel de cooperación entre la Armada y las agencias estadounidense era incomparable. Era comprensible que la DEA siempre hubiera sido aprensiva respecto a trabajar con cualquier fuerza mexicana después del famoso secuestro de uno de sus agentes más exitosos, Enrique Camarena, quien en 1985 fue secuestrado por policías corruptos, torturado y luego brutalmente asesinado.

El capitán Omar Luis Soto era el contacto de Moore en las FES y ese no era ningún accidente, ya que se conocían de Coronado. Soto tenía unos treinta y tantos años, una sonrisa fácil, hombros anchos y una nariz a la que se refería como «arquitectura maya». Si bien su estatura no era nada intimidante,

su puntería lo había convertido en el hombre más memorable del grupo mexicano. Cuando se le preguntaba cómo era capaz de hacer tantos tiros asesinos con tantas armas diferentes, él sólo sonreía y decía: «Quiero vivir». Moore luego se había enterado de que la pasión de Soto era el tiro al blanco y que había estado perfeccionando sus habilidades desde la infancia.

Moore pensó que sería genial ver al hombre de nuevo, aunque ojalá hubiera sido en otras circunstancias. Y para ser claro, como había dicho Slater, los Estados Unidos no tenían nada que ver con la redada a la mansión de Jorge Rojas. Por su parte, las FES estaban siendo muy bien pagadas para mantener toda la operación en secreto para que el gobierno mexicano no se diera cuenta.

Slater se había enterado, tal como Moore había sospechado, de que el equipo de Soto estaba temblando con el deseo de hacer una redada y emocionados de trabajar junto a dos estadounidenses con buena información de inteligencia.

Campo Militar 1
Ciudad de México

Moore y Towers aterrizaron en Ciudad de México a mediados de la tarde, alquilaron un auto y condujeron a una instalación militar entre las avenidas Conscripto y Zapadores y el Anillo Periférico. Era la única base militar con muros de color rosa y cerco de hierro forjado negro que Moore había visto jamás. Le mostraron sus documentos de identidad al guardia en la entrada principal, que hizo una llamada y verificó sus nombres de una lista, y luego los dejó pasar. Llegaron a un edificio administrativo de un solo piso en el que les habían dicho que se reunirían con Soto y el resto de su equipo. Los administradores del campo le habían prestado la sala de conferencias a la Armada y Soto se había disculpado de antemano por el tráfico y el alojamiento nada estelar.

Unos segundos después de que Moore los condujera a un espacio de estacionamiento, las puertas dobles se abrieron y apareció Soto, vestido con pantalón de mezclilla y una sudadera. Sonrió y estrechó con fuerza la mano de Moore.

—¡Me alegra volver a verte, Max!

—A mí también—Moore le presentó a Towers y rápidamente siguieron a Soto al interior del edificio. Llegaron a una sala de conferencias después de caminar por tres pasillos que no habían visto un trapero en algún tiempo. Entraron a la habitación, donde alrededor de doce hombres, todos vestidos de civil como Soto, se habían agrupado en torno a una larga mesa. Para sorpresa de Moore, había un equipo de proyección en la parte trasera de la sala donde podían conectar sus computadoras y iPads para mostrar imágenes. Había pedido el equipo, pero no estaba seguro de que las FES lograran conseguirlo.

Soto se tomó su tiempo para presentarles a todos y cada uno de los agentes, todos personal experimentado de la Armada que se habían convertido en agentes de las Fuerzas Especiales. Dos de los hombres eran pilotos. Una vez que las presentaciones hubieron terminaron, Towers inició la sesión informativa, se aclaró la garganta y dijo:

—Muy bien, señores, lo que vamos a hacer estará en los titulares. Jorge Rojas no es solo uno de los hombres más ricos del mundo. Es uno de los líderes de cárteles de drogas más importantes de la historia y esta noche vamos a derribarlo y desmantelar su cártel.

—Señor Towers, nuestro grupo está acostumbrado a hacer historia —dijo Soto, mirando a su

equipo con una buena dosis de admiración—. Así que puede contar con nosotros.

Moore miró a su alrededor. Los hombres brillaban de ansiedad y al ver eso, el pulso de Moore se aceleró.

Pensó una vez más en Khodai, Rana, Fitzpatrick, Vega y Ansara, y cómo esta noche se aseguraría de que ninguno de ellos hubiera muerto en vano.

Towers alzó la voz.

—Señores, tenemos los planos de la mansión de Rojas y los vamos a revisar con mucho cuidado, pero tenemos que asumir que no todo está aquí. Después de eso vamos a analizar todo el vecindario y afinar nuestro plan de ataque. Una vez más, tengo que recalcar que toda esta operación es altamente clasificada. No podemos, bajo ninguna circunstancia, permitir que el gobierno sepa que esta operación se está llevando a cabo.

Soto asintió con la cabeza.

—Entendemos, Señor Towers. Ya se han hecho todos los arreglos...

39

EL FUEGO EN SUS MANOS

Aeropuerto Internacional de Los Ángeles (LAX)
Estacionamiento de espera 9011
Airport Boulevard

En tiempos de guerra, hay preparativos que tienen que hacerse. Algunos hombres deben ser sacrificados. Y la sabiduría de Alá no debe ser cuestionada. Cuando Samad era niño, en Sangsar, un pequeño pueblo en las afueras de Kandahar, en el sur de Afganistán, miraba hacia arriba, hacia los picos cubiertos de nieve y veía cómo los aviones cruzaban a través de ellos. Se imagina a los pilotos haciendo cerrados virajes y aterrizando sus aviones directamente en la parte superior de los picos para que los pasajeros pudieran salir al exterior y tomar fotos. Samad y sus amigos se reunirían con ellos allá arriba y les venderían tarjetas postales de recuerdo y joyas para conmemorar su extraordinario viaje. Samad nunca había resuelto exactamente cómo él y sus amigos subirían a la cima de las montañas, pero eso no era importante. A veces se imaginaba volando a bordo de uno de esos aviones a un lugar donde tenían dulces; chocolate, para ser más preciso. Soñaba con chocolate... todos los días... por años. Blanco, de leche, dulce, semidulce y amargo, todos eran sus favoritos. Se había aprendido algunos nombres de los fabricantes también: Hershey, Cadbury, Godiva e incluso había visto una copia pirata de video de la película *Charlie y la fábrica de chocolate* en la televisión en la parte posterior de la caseta de un vendedor de alfombras en su bazar local.

Mientras estaba sentado ahí en la furgoneta, con Niazi en el asiento del acompañante y Talwar con el lanzador de misiles al hombro en la parte trasera del vehículo, se metió la mano al bolsillo y sacó una foto de su padre, con esa sonrisa de dientes rotos, su barba como lana de acero y el rostro difuminado por el plástico amarillento. Metió la mano en su otro bolsillo y sacó un chocolate Kisses de Hershey; había comprado un paquete en el Dollar Tree. Le sacó el envoltorio al chocolate y lo puso en su boca, dejando que se derritiera en su lengua.

No soy un hombre malvado, le había dicho a su padre. *Los infieles se lo han buscado y yo soy instrumento de Alá. Tienes que creer eso, padre. No puedes dudarlo por un segundo. Por favor...*

Miró su reloj, guardó la foto, y luego le dijo a Niazi y a Talwar que esperaran mientras salía de la furgoneta.

Ya habían empezado a llegar los mensajes de texto de su equipo que estaba en el interior del aeropuerto:

Desde 8185557865: El vuelo se está moviendo.
Desde 8185556599: En rodaje a la pista.
Desde 8185554590: Despegando.

Cada equipo de tres hombres afuera del aeropuerto era apoyado por otro equipo de tres hombres en el interior; estos equipos que estaban adentro eran células durmientes que se habían instalado en el país en años anteriores. Trabajaban en mantenimiento o como encargados de equipaje o en cualquiera de las decenas de empresas situadas dentro de las terminales. Eran simples observadores con buena información de inteligencia que apoyaban los datos de vuelo que Samad podía ver en su computadora. Su trabajo era observar, informar y, sobre todo, no ser identificados o capturados.

Se paró cerca del capó de la furgoneta y pulsó en su iPhone para abrir la aplicación Airplane Identifier para identificar aviones que había descargado de iTunes por $4,99. Apuntó al avión que estaba volando sobre ellos, el que había despegado antes que su objetivo, y la aplicación identificó correctamente la aerolínea, el número de vuelo, la velocidad, el destino, la distancia de Samad y mucho más. Si bien el software no siempre era preciso, y si bien Samad estaba seguro de que el próximo vuelo sería el suyo, les había dado instrucciones a todos los otros equipos de estar doblemente seguros de que tenían el vuelo correcto. Rahmani había sido muy específico acerca de eso, porque a la hora indicada, un agente durmiente a bordo de cada avión (un hombre que iba a martirizarse) les leería una declaración a los pasajeros. Estos hombres no tenían que ocultar explosivos líquidos en el interior de contenedores del tamaño permitido para viajes tratando de cumplir con la regla 3-1-1 para líquidos. Podían abordar el avión completamente desnudos y aún así comunicar su mensaje. La Administración de Seguridad en el Transporte (TSA)[36] del Departamento de Seguridad Nacional no podía detenerlos mientras ellos tuvieran la voluntad de Alá de su lado. Más aún, los agentes durmientes les ordenarían a los pasajeros que encendieran sus teléfonos celulares equipados con cámara y grabaran lo que estaba sucediendo. Ese video se transmitiría al público estadounidense, ya fuera a través de correo electrónico, transmitido directamente a la red o después de ser recuperado de los escombros.

Samad miró a lo lejos, oyó el profundo sonido barítono de los motores a reacción acercándose, luego golpeó dos veces en el capó de la furgoneta. Las puertas traseras se abrieron y salió Talwar, aunque el lanzador de misiles todavía estaba en el interior del vehículo. Talwar levantó su teléfono celular, como si estuviera hablando, pero en verdad estaba poniéndose en su posición de lanzamiento. Las luces parpadeantes del avión aparecieron en la distancia y, finalmente, el fuselaje se hizo visible y pasó por delante de ellos mientras Talwar giraba hacia él.

—Tres, dos, uno, fuego —susurró Samad.

—Y tres, dos, uno, recargar —respondió Talwar.

Niazi pasó al lado de su amigo y asintió con la cabeza.

—Recargando en tres, dos, uno. Listo para disparar.

—Listo para disparar. Tres, dos, uno, fuego —dijo Talwar.

Samad contó otros cinco segundos para sí mismo y luego dijo:

—Vamos.

Le echó un último vistazo al avión y luego consultó la aplicación del iPhone, que correctamente identificó el vuelo de Delta número 2965. Se subió a la furgoneta y luego miró a los otros conductores a su alrededor. Ni una sola persona había levantado las vista de su teléfono celular. ¿No sería irónico que Talwar se hubiera equivocado? Tal vez estos estadounidenses estaban tan hipnotizado por su tecnología que ni siquiera el lanzamiento de un misil de hombro a su lado sería

suficiente para sacar su atención de sus aplicaciones y juegos y videos de YouTube y redes sociales. Después de todo, se paseaban por los centros comerciales como zombis, con la mirada perdida en las pequeñas pantallas en sus manos, sin levantar la mirada jamás, sin considerar jamás que el fuego que quemaría sus almas para siempre ya estaba en sus manos.

—No veo ningún problema —dijo Talwar, volviendo a inspeccionar el lanzador Anza en la parte trasera de la furgoneta—. La batería todavía está completamente cargada.

Samad asintió con la cabeza. *Allahu Akbar*.

Los hombres hicieron eco de sus palabras. Y mientras se alejaban en el vehículo, Samad recordó una pregunta que le había hecho Talwar. «¿Qué vamos a hacer cuando todo haya terminado? ¿A dónde iremos? ¿De vuelta a casa?».

Samad había sacudido la cabeza. «Nunca podremos ir a casa».

Mansión Rojas
Cuernavaca, México
56 millas al sur de Ciudad de México

El reloj marcaba la 1:21 a.m. y Jorge Rojas soltó un gruñido, puso un brazo sobre su frente y cerró los ojos. Otra vez. Alexsi yacía a su lado, durmiendo tranquilamente. En algún lugar a la distancia, a Rojas le pareció oír el sonido de un helicóptero; otra persecución policial, seguro. Aclaró su mente y se adentró más en la oscuridad.

Misión del Sol
Resort y Spa
Cuernavaca, México

Miguel se dio vuelta y descubrió que Sonia no estaba, pero un fino rayo de luz salía de la puerta que daba al cuarto de baño de la lujosa villa que habían reservado por esa noche. Cogió su teléfono para ver qué hora era, pero no estaba en la mesita de noche donde creía haberlo dejado. Hmmm. Entonces probablemente aún estaba en el bolsillo de su pantalón. La luz del baño parpadeó, vio sombras moviéndose. Tal vez ella no se sentía bien. Habían tenido un buen día juntos, a pesar de que él todavía estaba deprimido y ella parecía distante. Ninguno de los dos había estado de ánimo para el sexo, por lo que solo habían conversado por un rato sobre el restaurante y la cascada, y luego habían regresado al hotel, recorrido los magníficos jardines tan llenos de vida con la fragancia de las flores tropicales, y luego habían entrado a la casa para sus masajes y un postre. Había llamado a su padre para decirle dónde estaban, fingiendo que no se había percatado de los dos guardaespaldas de su padre que los habían seguido.

La luz del baño se apagó. La oyó caminando hacia la cama y fingió que dormía. Ella se deslizó junto a él y se acurrucó cerca de su espalda.

—¿Estás bien? —le susurró él.

—Sí. Solo tengo un poco de dolor de estómago. Volvamos a dormir...

Mansión Rojas

Cuernavaca, México
56 millas al sur de Ciudad de México

Fernando Castillo siempre mantenía tres cosas en su mesita de noche: su teléfono, su parche para el ojo y la Beretta que su padre le había dado cuando había cumplido veintiún años. En la empuñadura de la Beretta había un vaquero dorado que se parecía a su padre, un ranchero, y Castillo había disparado el arma sólo una o dos veces al año para asegurarse de que funcionaba bien.

No estaba seguro qué lo había despertado primero: el golpeteo del helicóptero, su teléfono vibrando o el tenue silbido en algún lugar afuera. Con un escalofrío, se paró muy erguido y contestó el teléfono, una llamada de su guardia que monitoreaba las cámaras en el sótano.

Mientras escuchaba el informe, fue hasta su armario, donde en la parte trasera había una gran caja fuerte de armas, lo suficientemente grande como para guardar docenas de rifles o armas aún más poderosas.

UH-60 Black Hawk de la Armada de México
En ruta a la Mansión Rojas
01:31 horas, hora local

Dada la suposición de que Rojas tenía las más complejas medidas de seguridad redundantes que pudieran encontrarse en el mundo, y teniendo en cuenta el hecho de que acordonar la casa y sus alrededores era una prioridad y se haría antes de que se iniciara la redada, la decisión había sido entrar en equipo y con toda la fuerza, sin necesidad de cortar la electricidad en todo el vecindario, cosa que originalmente habían considerado. Intentar pasar cada medida de seguridad para que un agente pudiera deslizarse al interior de la casa y localizar a Rojas tomaría demasiado tiempo y pondría a un hombre contra un número desconocido de combatientes adentro. Necesitaban minimizar el riesgo, maximizar las posibilidades de atrapar a Rojas y crear una oportunidad para capturar o matar a cualquiera de su gente (tenientes, sicarios) que también pudiera estar adentro. Este no era el momento ni el lugar para el heroísmo individual o para hacer cualquier cosa que los ocupantes de la casa pudieran ver como fuera de lo normal, como un corte de energía.

Moore, un hombre que alguna vez había creído sólo en sí mismo, pero que había aprendido el trabajo en equipo de Frank Carmichael y los SEAL de la Armada, estaba plenamente de acuerdo con esa evaluación.

Sí, atacarían en la madrugada como equipo y lo harían ahora, mientras el hombre estaba en casa, Sonia les había asegurado. Cada vez que ella llamaba a su padre en España, la llamada se desviaba a Langley, y sus dos informes más recientes indicaban que Rojas estaba muy intranquilo y podría estar planeando viajar pronto.

La labor de neutralizar a los veintidós guardias que Rojas tenía apostados alrededor de la casa, a través de los dos acres de jardines y a lo largo de los muros de ladrillo que rodeaban los terrenos ya estaba en marcha.

Una camioneta «mini-comando» Ford F-250 se había detenido cruzando la calle de la reja de entrada de Rojas, una armazón de hierro de diez pies con motivos de hojas ornamentales adosada a un par de columnas de piedra de por lo menos quince pies de altura. El camión estaba tripulado por

tres de los hombres de Soto, quienes de inmediato se pusieron a trabajar antes de que los equipos de seguridad de Rojas pudieran reaccionar. Montado sobre la barandilla fija a la parte trasera de la camioneta había un lanzagranadas automático de 40 milímetros CIS (Chartered Industries of Singapore) capaz de disparar de 350 a 500 disparos por minuto, con una velocidad en boca de cañón de 242 metros por segundo. El lanzador venía equipado con una mira plegable y su sistema de alimentación era una cinta acoplada de granadas de 40 × 53 milímetros que no eran fragmentarias, sino que llevaban una versión modificada y nada letal de Kolokol-1, un agente opiáceo incapacitante desarrollado en un centro de investigación militar cerca de Leningrado durante la década de 1970. La droga tendría efecto dentro de solo unos pocos segundos, dejando a la fuerza de seguridad exterior de Rojas inconsciente por unas dos a seis horas. Según fuentes de inteligencia, las tropas Spetsnaz habían empleado una versión más inestable del gas durante la crisis del teatro de Moscú en octubre de 2002, lo que provocó la muerte de al menos 129 rehenes. Aunque Moore, Towers y el resto de las fuerzas de la FES no estaban particularmente preocupados por el hecho de que uno de los hombres de seguridad de Rojas accidentalmente pudiera sucumbir, la idea era limitar el número de víctimas mortales dentro del personal de Rojas (empleadas domésticas, cocineros, etc.), algo que los mexicanos estaban de acuerdo les daría aún más gloria.

Y así, en tanto uno de los hombres de Soto comenzaba a lanzar las granadas de gas cilíndricas hacia la propiedad de Rojas, los silbantes artefactos volando en un arco sobre la reja y aterrizando en lugares estratégicamente situados lo más cerca de los guardias como fuera posible (y dentro de los 2.200 metros de alcance del arma), otro agente armado con una ametralladora M240 estaba parado en la plataforma trasera, protegiéndolo de cualquier ataque desde afuera de la reja. Un conductor estaba al volante, listo para salir a toda velocidad tan pronto se vieran bajo fuego más intenso.

Mientras tanto, siguiendo el plan de Soto, una fuerza mucho más grande de casi un centenar de agentes estaba acordonando todas las calles que conducían al barrio. Para este trabajo estaban empleando más camionetas comando y varios vehículos blindados de ocho ruedas de fabricación rusa BTR-60 y −70, cuya presencia inmediatamente infundiría miedo en los corazones de los residentes del área, si no en cualquiera de las fuerzas de Rojas que los vieran.

Moore estaba junto a Towers en el interior del UH-60 Black Hawk con la palabra MARINA pintada en el fuselaje del helicóptero y en la parte inferior entre el tren de aterrizaje. El piloto, el copiloto y dos jefes de equipo/artilleros a cargo de las ametralladoras *minigun* de 7,62 milímetros con cañones rotatorios estilo Gatling estaban esperando la señal de «adelante» del teniente de Soto desde tierra.

Soto, sentado junto a Moore, estaba en estrecho contacto con su equipo en tierra. El tiempo de la misión era las 01:34 horas. Informaron que algunos de los guardias huían hacia la casa antes de sucumbir con el gas. Eso no era algo inesperado y el equipo de asalto los mantendría ocupados una vez que irrumpieran por las entradas del primer piso. El equipo planeaba entrar a través de una puerta de la cocina, una puerta que daba al dormitorio principal, las puertas de vidrio corredizas de la sala, las puertas de la cochera y las puertas de la entrada principal. Explosivos y arietes se harían cargo de esos obstáculos.

—Está bien, está bien, ¡estamos listos para movernos! —exclamó Soto por el intercomunicador. Se quitó el casco y se puso su máscara de gas, como ya habían hecho los otros.

El Black Hawk se ladeó bruscamente, haciendo que Moore se aferrara más al borde de su estrecho asiento. Los tres soldados de las FES sentados justo frente a él, con sus rodillas casi golpeando contra las de Moore, abrieron los ojos. Además de sus máscaras de aspecto alienígena, llevaban cascos negros de combate y uniformes a juego, con pesados chalecos de Kevlar debajo de sus camisetas y la red de equipo táctico que cubría sus pechos con bolsillos para cuchillos, municiones de repuesto, granadas, esposas de plástico, linternas, una brújula y cantimploras, y por debajo de eso llevaban sus pesados cinturones para pistola. Moore estaba vestido de manera similar, con insignias en los hombros, la espalda y el pecho que lo identificaban como «Marina». Sus dos Glocks de confianza estaban metidas en un par de fundas TAC SERPA en sus caderas, aunque les había sacado los silenciadores. También le habían dado a elegir entre un AK-103, un M16A2 o una carabina M4. ¿Era necesario preguntar? Por supuesto, él eligió el M4A1 con paquete SOPMOD, incluyendo un sistema de rieles RIS, una mira trasera plegable y una mira Trijicon ACOG 4x. La sigla SOPMOD[37] significaba Modificación Peculiar de Operaciones Especiales y Moore se consideraba un tipo peculiar, muy adecuado para ese tipo de armas. Además, el rifle era exactamente el tipo que a menudo había usado en las misiones SEAL y, si bien el M16 que había disparado en la azotea de Zúñiga se había sentido muy bien en sus manos, el M4 se sentía como un millón de dólares. Ahora, con el arma entre sus piernas y respirando fuerte a través de la máscara, esperó a que giraran una vez más y comenzaran a descender, con los motor del helicóptero a altas revoluciones.

En el extremo sur de los jardines y más alto en la colina había un edificio más pequeño, una cochera aparte para dos autos que servía para almacenar equipo de jardinería y de mantenimiento y un arsenal para los guardias.

Algunos de ellos estaban corriendo hacia el edificio cuando el piloto volvió a elevar la aeronave y le mostró los objetivos a los jefes de equipo, quienes desataron un infierno, con sus cañones rodando, las armas estallando, los trazadores arremetiendo como láseres rojos contra el edificio, que empezó a hacerse pedazos con la descarga de fuego de 7,62 milímetros. El artillero de babor giró su rifle hacia la izquierda y liquidó a tres guardias. Se estaban acercando a la cochera cuando las luces activadas por movimiento encima de las puertas hicieron clic para mostrar sus cuerpos, ensangrentados y retorciéndose aún.

Antes de que Moore pudiera asimilar plenamente esa escena, el piloto descendió bruscamente una vez más, llevándolos sobre la terraza abierta en el segundo piso en la esquina suroeste de la casa.

El jefe de equipo en el lado de estribor deslizó su brazo por debajo de la primera de dos sogas rápidas unidas a un soporte que se extendía desde la puerta lateral abierta del helicóptero. Cada soga había sido creada a partir de una trenza redonda de cuatro filamentos que reducía las retorceduras, creaba un patrón exterior que era mucho más fácil de agarrar que cualquier soga lisa y le permitía a los agentes controlar mejor la velocidad de su descenso a través de un movimiento como el de escurrir una toalla mientras se deslizaban hacia abajo. Cada soga había sido enrollada en un aro del diámetro de un neumático de camión y el jefe de equipo envió la primera volando sobre el costado, seguida por la segunda.

Moore no era solo un poco experimentado en descenso por soga rápida desde un helicóptero. Había pasado fines de semana completos haciéndolo una y otra y otra vez hasta el punto que hacía

soga rápida en sus sueños. Cuando la Armada te dejaba caer en alguna parte, nunca había tiempo para largas despedidas o para dar las gracias por la hospitalidad. Te botaban de una patada del helicóptero y hacia abajo te ibas. Como muchas veces le había aconsejado un jefe de equipo: *Estate listo.*

—Sogas fuera —gritó el jefe y luego miró por el costado—. Cuerdas en la terraza. Cuerdas despejadas y listas. ¡Muévanse, muévanse, muévanse!

Señaló a Moore y a Towers, quienes se quitaron sus arneses de seguridad y se pusieron de pie. Moore deslizó la M4 sobre su espalda, asegurándose de que la correa táctica de un solo punto estaba segura, luego se movió hacia la cuerda en el lado derecho, mientras que Towers tomó la que estaba a su izquierda.

—Revisemos la radio una vez más —dijo Towers.

—J-Uno, aquí J-Dos, te tengo —respondió Moore. Un micrófono tan fino como un mondadientes corría por el lado de su mejilla y estaba conectado a un audífono incluso más pequeño que los auriculares Bluetooth de teléfono celular promedio.

—Aquí Marina-Uno, también te escucho —agregó Soto a través del canal.

—Está bien, aquí J-Uno. ¡Estamos listos!

Moore se preparó, asegurándose de que sus guantes bien acolchados se sintieran firmes en la soga. Se inclinó hacia delante, luego se balanceó fuera del helicóptero, iniciando su descenso, con la soga firmemente guiada entre sus botas. Miró hacia el lado y vio a Towers en su soga, un metro más arriba. Dejándose deslizar un poco más rápido, Moore estiró el cuello hacia abajo para evaluar mejor su velocidad y su aproximación.

Y fue entonces cuando algo golpeó el helicóptero con un ruido sordo, seguido de una explosión ensordecedora que hizo que Towers y Moore se deslizaran violentamente por las sogas.

Moore apenas podía ver lo que estaba pasando por encima de él, pero sintió una oleada de calor y de repente la soga lo estaba arrastrando lejos de la terraza y hacia el pasto.

Cuando levantó la vista, solo vio humo y llamas.

• • •

Fernando Castillo bajó el lanzador de granadas propulsadas por cohetes de su hombro y luego corrió de regreso a la casa, a través de las puertas de vidrio corredizas del patio. Empezó a toser y a sentirse mal, porque había respirado un poco de gas antes de ponerse la máscara de gas e ir a buscar el lanzacohetes.

Como mano derecha de Jorge Rojas y jefe de seguridad, Castillo había hecho un plan para todos los escenarios que su imaginación fuera capaz de crear y un ataque con gases lacrimógenos, o cual fuera el tipo de agente químico que la Armada estaba usando contra ellos, no era muy creativo.

Él ya había llamado a su jefe, le había ordenado que fuera a su propio armario de armas, se armara a sí mismo y se pusiera su propia máscara de gas. Iría hasta el sótano, donde pasaría a través de la bóveda dentro de la bóveda y por un túnel que conducía hasta la cochera para dos autos que estaba en la colina, en cuyo interior se encontraba estacionado el Mercedes blindado de Castillo. Castillo trataría de mantener a raya a los atacantes durante el tiempo que pudiera.

Más allá de las puertas, el helicóptero se desplomó en una gran conflagración, estrellándose en la

ladera al lado de la cochera y los rotores se desprendieron como si estuvieran hechos de plástico; la explosión secundaria y la quema de combustibles se extendieron a través de la pendiente creando muros de llamas.

Castillo no tuvo más que un segundo para darse vuelta, dejar caer el lanzacohetes y levantar su rifle. Una ola de disparos atravesó la ventana y al tiempo que se echaba al suelo y se agachaba detrás de un sofá, estalló otra descarga, seguida por las fuertes pisadas de soldados que se acercaban.

• • •

Después de escuchar los disparos, el silbido del gas y el zumbido mucho más fuerte del helicóptero, Jorge Rojas había ido a la ventana y había visto el camión al otro lado de la calle con el soldado lanzando granadas hacia su propiedad. Luego, Castillo había llamado.

Dios, al parecer, había venido por Rojas. Y Rojas deseó tener el coraje de su hermano para simplemente ir allí y hacer frente a sus atacantes, enfrentarlos cara a cara, pero tuvo que escapar. Eso fue todo.

Así que se puso el abrigo a prueba de balas sobre sus pijamas de seda, fue hasta su caja fuerte de armas a buscar un AK-47 y un cargador de repuesto, además de las máscaras de gas que Castillo había insistido que usaran y luego le dijo a Alexsi que se reuniera con él en el sótano. Ella estaba aterrada, por supuesto, y dos veces le había tenido que gritar:

—¡Ve al sótano!

Ella se puso la máscara y se fue disparada.

Rojas tomó su teléfono y llamó a Miguel. Su hijo no contestó y la llamada fue directamente al correo de voz.

Entonces un ruido que sonó como un gran trueno vino desde el patio trasero, haciendo vibrar las paredes y a Rojas perder el equilibrio.

Moore y Towers habían caído unos tres metros sobre el césped, estrellándose contra el pasto y rodando mientras que el helicóptero había girado erráticamente detrás de ellos. Enterraron sus cabezas cuando el helicóptero cayó al suelo y la explosión estalló a través de los jardines; las llamas salían de los tanques de combustible del helicóptero, el calor ondulante llegaba en grandes olas y los motores de la aeronave aún gemían mientras el fuego comenzaba a devorar el helicóptero.

—Oh, Dios mío —dijo Towers por la radio, y gimió—. Soto y el resto.

Un tiroteo resonó desde el interior de la casa, eran varias armas, los hombres de Soto y un AK-47, al menos uno.

Moore maldijo.

—¡Tenemos que movernos!

Se puso de pie de un salto y trajo el rifle en su espalda al frente.

—¡Ahora!

Towers siguió detrás de él, con el rifle en mano y listo. Todavía tratando de recuperar el aliento, corrieron hacia las puertas corredizas de vidrio, que ya habían sido voladas en pedazos por el primer

equipo de asalto, cuyo trabajo era asegurar el primer piso.

Moore no lo vio al principio, sólo escuchó el martilleo del rifle y cuando se dio vuelta en esa dirección, vio la figura con el torso desnudo y una máscara de gas, sosteniendo la culata de un rifle AK-47 en su hombro. Moore no estaba seguro, pero le pareció ver un parche en el ojo, y si era así, entonces ese era Fernando Castillo, el jefe de seguridad de Rojas.

En ese instante, cuando Moore estaba a punto de devolver los disparos, Towers lanzó un grito y cayó a la alfombra cerca de las botas de Moore.

Reprimiendo el deseo de mirar hacia abajo, hacia su jefe caído, Moore disparó, sus balas penetrando el aire donde había estado su agresor.

Saltando por encima de una mesa de café y luego arrojándose hacia el sofá, Moore abrió fuego de nuevo, creyendo que el hombre se había agachado detrás del sofá, pero al llegar a la alfombra allí, vio que el tipo ya iba corriendo por el pasillo contiguo.

—Max —llamó Towers por la radio—. Max...

Como si hubieran estado sincronizadas, el estallido de armas automáticas resonó fuertemente en toda la casa, procedente de la parte delantera. Se oyó el estallido de vidrio. Se alzaron voces desconocidas, mezclando el ruido de las balas con maldiciones en español.

Mientras Rojas corría hacia el sótano, respirando de manera constante a través de la máscara de gas, vio a un soldado inclinado sobre su compañero caído en la sala de estar. Y luego, más allá de ellos, más allá de las puertas traseras que habían sido voladas en pedazos, vio a más hombres armados corriendo hacia la casa. ¿Quiénes eran esos hijos de puta? ¿Y por qué nadie lo había llamado para advertirle? Iban a rodar cabezas.

40

CAMBIO DE PLANES

Mansión Rojas
Cuernavaca, México
56 millas al sur de Ciudad de México

Towers había recibido un disparo en el bíceps derecho y otra bala en el hombro que había atravesado su chaleco de Kevlar. El tiro en el brazo lo había rozado, pero la bala que había atravesado su hombro había dejado una herida muy fea.

—Si escapa ahora, lo perderemos para siempre —dijo Towers—. ¡Muévase!

—No antes de conseguirle un médico —Moore estiró la mano hacia su cinturón y pulsó el control de la radio—. Marina-Dos, aquí J-Dos, cambio.

El auricular de Moore chirrió con estática, luego se oyó una voz:

—¿J-Uno, J-Dos? Aquí Marina-Dos. Perdí contacto con Marina-Uno. ¿Estás ahí, cambio?

Era el teniente de Soto en tierra, un tipo de apellido Morales.

—Marina-Dos, es Moore. Necesito un médico en la sala para Towers. Perdimos a Soto en el accidente, cambio.

—Entendido, J-Dos. Médico en camino.

Moore suspiró de alivio en tanto por el rabillo del ojo vio movimiento cerca de un par de puertas al otro lado de la sala de estar. Una puerta estaba completamente abierta, revelando una amplia escalera más allá. Una figura que llevaba una máscara de gas y un abrigo largo corrió hacia la escalera, poniendo los pies de Moore en movimiento. No estaba seguro, pero la altura, el pelo y la contextura eran similares a las de Rojas.

En algún lugar en el segundo piso, los hombres de Soto intercambiaban disparos con al menos dos más de los guardias de Rojas en tanto Moore llegaba a la escalera y corría hacia abajo a través de una gruesa alfombra, con su M4 en mano y lista.

Las luces se encendían a medida que Rojas corría a través del suelo de azulejos y no más de dos segundos más tarde, una explosión desde atrás lanzó paneles de yeso, vigas y hormigón hacia la cochera subterránea donde guardaba sus autos antiguos. Le tomó una sola mirada para entender lo que estaba sucediendo: sus atacantes habían abierto un agujero en el techo y apareció una cuerda. Venían hacia abajo.

Rojas corrió hacia la bóveda en el lado izquierdo del sótano y se puso a trabajar en el panel de acceso, luchando por recobrar el aliento. Digitó el código, hizo el análisis de huellas dactilares, luego se dio cuenta de que tenía que quitarse la máscara para al análisis de la retina. Respiró hondo,

contuvo el aire, se sacó la máscara y puso su ojo en el lugar correcto. El láser brilló. Luego metió el dedo en el tubo para la muestra de sangre.

Cuando apareció el primer soldado en la cuerda, Rojas sacó una pistola del bolsillo de su abrigo y disparó, haciendo que el soldado se echara al suelo y buscara refugio detrás de la Ferrari 166 Inter antigua de Rojas.

Un segundo soldado empezó a descender y Rojas se alejó del panel y esperó a que la puerta de la bóveda emitiera un golpecito y se abriera con un silbido. Se metió a la bóveda y luego tomó un respiro, pensando que el aire del interior estaría limpio. Lo estaba. Pero no podía cerrar la puerta; un mecanismo a prueba de fallos le impedía estar encerrado en el interior.

Corrió a través de los cientos de obras de arte, las filas de muebles, las cajas de libros y las cajas y vitrinas de armas, junto con una colección de discos de vinilo de unas 10.000 unidades que tenía cada álbum almacenado en su propia caja de plástico. A Sofía le había encantado esa colección y a veces había pasado horas hojeándola. Llegó a la pared del fondo, donde había dos bastidores de gran tamaño de los que colgaban varias de sus alfombras turcas, junto con una pieza de seda persa del siglo XVI que había comprado en Christie's por 4,45 millones de dólares estadounidenses, convirtiéndola en una de las alfombras más caras del mundo.

Movió los bastidores a un lado para revelar una puerta de metal empotrada en la pared con una cerradura de combinación. Hizo girar el dial. La combinación era la fecha de su aniversario de boda. La cerradura emitió un golpecito y Rojas levantó el pequeño mango, tirando la puerta hacia él.

Estaba empezando a entrar en pánico, a imaginarse a sí mismo siendo atrapado y teniendo que explicarle todo a Miguel. Él nunca le había contado a Miguel cómo su hermano, Esteban, había sido asesinado, cómo se había sentido esa escopeta en sus manos y cómo él había querido vengarse desesperadamente; nunca le había dicho lo mucho que había luchado por construir sus negocios, cuántos riesgos había tomado, nunca le habló de las muchas noches de insomnio que había sufrido para poder darle al chico todo lo que soñaba, todo. Pero no importaría. Todo el tiempo del mundo, toda explicación y todas las disculpas no cambiarían el hecho de que la mentira era la muerte.

Y una parte de Jorge Rojas iba a morir esta noche.

Un tiroteo afuera de la bóveda lo trajo con un escalofrío de vuelta a la realidad.

Entonces cayó en cuenta: ¿Dónde estaba Alexsi? ¿Ya la habían capturado?

Las luces se encendían a medida que Rojas avanzaba hacia la sala rectangular, de no más de tres metros de ancho y unos quince metros de largo. A ambos lados había estanterías de acero sin tornillos cediendo ante el peso del dinero en efectivo, dólares estadounidenses, millones y millones de dólares, quizás quinientos millones o más, Rojas mismo no estaba seguro.

Ver esa cantidad de dinero en un solo lugar era suficiente para afectar hasta a una persona inerte, el dinero en fajos y apilado hacia arriba para formar sólidos muros de color verde jaspeado. Rojas una vez había imaginado que los billetes eran las páginas de algún relato espectacularmente largo narrando su vida y que no, *no* estaban manchados con sangre. En el fondo de la bóveda había más estantes llenos de cajas de armas y más municiones, no antigüedades o armas de colección como las que estaban en las bóvedas exteriores, sino *mata policía* y artefactos explosivos improvisados que le había dado la gente de Samad, que habían sido traídos de contrabando desde Colombia. Había un arco de concreto justo al fondo y más allá estaba el túnel que conducía a la cochera en la colina. Las

paredes del túnel habían sido reforzadas con madera tratada a presión, luego rellenadas con bloques de cemento, varillas de acero y concreto. Era el tipo de conducto que Rojas deseaba poder construir entre Juárez y los Estados Unidos, aún más sofisticado que el que Castillo se había visto obligado a destruir.

Se encaminó hacia el arco y el túnel más adelante.

Pero en el otro extremo de la habitación detrás de él, apareció un soldado apuntándole con su rifle.

Apartamentos Valley View
Laurel Canyon Boulevard
Studio City, California

Samad estaba sentado en la cama, el suave resplandor de su teléfono móvil proyectando largas sombras en el techo. Talwar, Niazi y el resto del equipo de Los Ángeles estaban durmiendo en las otras habitaciones. Se suponía que Rahmani lo llamaría en cualquier momento para que él pudiera informarle sobre su ensayo y Samad deseaba que el anciano hiciera esa llamada porque se sentía totalmente agotado, sus ojos estaban casi completamente cerrados. Lo que estaban a punto de hacer, la complejidad y la audacia de todo, la pura voluntad que requería, fue mucho que aguantar. Él nunca admitiría abiertamente sentir ninguna culpa, pero cuanto más se acercaban a ese momento fatídico, más agudas y profundas eran sus reservas.

Su padre era el problema. Esa vieja foto le hablaba, le decía que esto no era lo que Alá quería, que matar a personas inocentes no era la voluntad de Alá y que a los infieles se les debía enseñar el error de sus acciones, no asesinarlos a causa de ellas. Esa vieja foto le recordaba a Samad el día en que su padre le había regalado una bolsa llena de chocolates. *«¿Dónde la conseguiste?*», le había preguntado Samad. *«De un misionero estadounidense. Los estadounidenses nos quieren ayudar».*

Samad cerró fuertemente los ojos, y apretó los puños, clavándose las uñas profundamente en la piel, como si pudiera purgar la culpa de su cuerpo, sudarla como una fiebre. Tenía que meditar, orar más intensamente a Alá y pedirle su paz. Miró su Corán:

Oh, Mensajero, despierta a los creyentes a la lucha. Si hay veinte entre vosotros, pacientes y perseverantes, ellos vencerán a doscientos: si hay cien, vencerán a mil de los infieles: pues estos son un pueblo sin entendimiento.

El teléfono vibró, haciéndolo sobresaltarse.

—Sí, mulá Rahmani, aquí estoy.

—¿Todo está bien?

—Alá es grande. Nuestro ensayo salió a la perfección y supe de los otros equipos. No hay problemas.

—Excelente. Tengo otra noticia que pensé en compartirte. Hice un trato con el cártel de Sinaloa. A pesar de que Zúñiga fue asesinado, su sucesor, quien también es su cuñado, me ha prometido el mismo acuerdo que teníamos con Rojas, pero aún mejor, porque él nos ha puesto en contacto con el cártel del Golfo con el fin de duplicar nuestros envíos. Ya no necesitamos el cártel de Juárez. Nunca

me gustó la actitud del señor Rojas.

—No era muy agradable cuando hablé con él.

—Ya no importa. Hablaré contigo mañana, Samad. Descansa tranquilo, descansa bien. *Allahu Akbar*.

Mansión Rojas
Cuernavaca, México
56 millas al sur de Ciudad de México

Moore había perseguido a la figura por las escaleras hacia abajo, a través del sótano y hacia el par de bóvedas. Pero luego había recibido disparos de alguien detrás de él y eso lo había dejado atrapado justo detrás de la puerta abierta de la bóveda, sin una forma clara de dar la vuelta y meterse al interior de la bóveda.

Se arriesgó a echar un vistazo hacia fuera y espió al hombre al otro lado del sótano, agachado cerca de uno de los autos. Cuando el hombre levantó la cabeza, revelando el parche negro en el ojo debajo de su máscara de gas, Moore abrió fuego sobre él, una ráfaga de tres balas que lo obligó a buscar una mejor cobertura.

Con la oportunidad de moverse, Moore se levantó de las cuclillas, a punto de dar un salto hacia la bóveda. Tres de los hombres de Soto se encontraban en el sótano con él, como lo demostraron los disparos que intercambiaron con Castillo, y Moore llamó a Marina-Dos para que esos hombres centraran toda su atención en aquel hombre.

—Asegúrese de que sepan que estoy en la bóveda —agregó.

Mientras los hombres de Soto enviaban una descarga de fuego en la dirección de Castillo, Moore dio \& vuelta y se precipitó hacia adelante, barriendo con la mirada las esquinas, las grietas, cada lugar cerca o alrededor de un mueble o detrás de una alfombra donde uno pudiera esconderse. Era una bóveda. ¿Hasta dónde podría ir? Pero entonces, allí estaba, justo por delante, más allá de los bastidores de alfombras, otra puerta con una cerradura de combinación ligeramente entreabierta.

Su corazón se aceleró. Al diablo. Se quitó la máscara de gas, necesitaba todos sus sentidos ahora. El aire era bueno, o al menos eso le parecía por ahora. Había entrenado mucho con diversos tipos de gases, desde el campamento de entrenamiento dentro de la Cámara de Confianza y continuando con el entrenamiento SEAL. Había estado expuesto tanto con y sin máscara. Ojos rojos y vómitos eran a menudo el resultado de una evolución exitosa. Al menos su mayor capacidad pulmonar le daba una ventaja. Respiró hondo, contuvo el aire y...

Abrió la puerta y la bordeó hacia adentro. Se deslizó hacia el interior, escaneando el lugar con la mirada.

Todo lo golpeó a la vez: los estantes, las pilas de dinero, las armas y las cajas de municiones en el otro extremo, y la entrada de concreto a un túnel...

Luego otra imagen lo golpeó como una corriente eléctrica que lo hizo soltar un grito ahogado: Rojas blandiendo un rifle AK-47.

Reaccionando mucho más rápido de lo que Moore había previsto, Rojas se tiró al suelo al lado de una de las estanterías de armas y disparó una salva automática completa.

Dos balas se clavaron en el pecho izquierdo de Moore, tirándolo hacia uno de los estantes de

dinero, sin respiración, y sus disparos salieron desviados, destrozando la pared de dinero en efectivo hasta que pudo cesar el fuego.

Rojas cayó al suelo, golpeándose fuertemente un codo, y perdió el control del rifle.

Moore recuperó el equilibrio y se agachó para mirar hacia delante, donde Rojas estaba a punto de levantar su AK-47, pero se detuvo, dándose cuenta de que Moore lo tenía; no había tiempo, no había posibilidad. Levantó una palma de una mano, luego la otra.

—¡Levántate! —le ordenó Moore.

Rojas se levantó, dejando su rifle en el suelo. Con las manos aún en alto, arrastró los pies descalzos hacia Moore.

Así que este era el hombre más rico de todo México, rodeado de los despojos de la guerra que él había desatado en México, en los Estados Unidos y en el resto del mundo. Construía hospitales y escuelas, mientras el cáncer de su imperio se extendía a través de esos mismos patios de escuela. Era un santo, sí, seguro, con sus ropas blancas ahora manchadas con sangre y sus bolsillos llenos con las penas de millones de personas. Y, por supuesto, estaba tan absorto en sí mismo que no tenía idea de cuántas personas habían muerto a causa de él.

Pero Moore conocía a algunos de ellos, sus fantasmas ahora estaban mirando sobre sus hombros, sus muertes habrían sido en vano, si no fuera por este momento, esta noche.

Rojas comenzó a sacudir la cabeza y lo miró furioso.

—¿Tu redada patética? ¿Todo esto? ¿Crees que significa algo? Me arrestarán y saldré libre.

—Lo sé —dijo Moore, soltando su rifle y sacando una de sus Glock, con una bala ya en la recámara. Levantó la pistola a la cabeza de Rojas—. No estoy aquí para arrestarte.

Castillo estaba tirado, apoyado contra uno de los autos antiguos de Rojas, el Corvette 1963 para ser precisos, muriendo por una herida de bala en el cuello, cuando escuchó un disparo estallar dentro de la bóveda. Se quitó la máscara y el parche del ojo y empezó a rezarle a Dios para que se llevara su alma. Había sido una buena vida y había sospechado que el final iba a ser así. Si vives a punta de pistola, entonces debes morir de un disparo. Él sólo deseaba saber si el señor Rojas había escapado. Si pudiera morir sabiendo que eso era cierto, entonces dejaría esta tierra con una sonrisa después de tomar su último aliento. Le debía todo a Jorge Rojas.

Durante la redada, los hombres de Soto habían capturado con éxito al chef, a varios otros sirvientes y a una mujer identificada como Alexsi, la novia de Rojas. Una vez que la casa fue asegurada, Towers, que llevaba un cabestrillo, se reunió con Moore cuando subían a uno de los autos particulares que habían dejado estacionados a la vuelta de la esquina para su escape.

—Es una lástima que haya tenido que dispararle...

Towers levantó la ceja, pidiendo más detalles.

Moore desvió la mirada y se metió en el asiento del conductor.

—Vámonos antes de que llegue el circo. Tenemos que recoger a Sonia y llegar al aeropuerto.

Misión del Sol
Resort y Spa
Cuernavaca, México

Miguel oyó los golpes en la puerta y cuando levantó la vista, Sonia, vestida con su bata, ya estaba respondiendo. Dejó entrar a dos hombres vestidos con pantalones y chaquetas oscuras, luego encendió una luz. El miró con los ojos entrecerrados hacia el resplandor.

—Sonia, ¿qué diablos? ¿quiénes son estos tipos?

Se acercó a la cama y levantó las palmas de las manos.

—Relájate. Estos tipos son parte de mi equipo.

—¿Tu equipo?

Ella respiró hondo, con la mirada errante como si estuviera buscando a tientas las palabras. De hecho, lo estaba.

—Mira, todo esto es acerca de tu padre. Siempre lo ha sido.

Se paró de un salto de la cama, se dirigió hacia ella, pero uno de los hombres se acercó y lo fulminó con la mirada.

—Sonia, ¿qué es esto?

—Esta soy yo diciendo adiós. Y que lo siento. Sigues siendo un hombre joven con un gran futuro, a pesar de todo lo que tu padre ha hecho. Debes saber eso.

Él comenzó a temblar, a perder el aliento.

—¿Quién eres?

La voz de ella se volvió fría, acerada, extrañamente profesional.

—Obviamente, no soy quien crees que soy. Y tampoco lo es tu padre. Tenías razón acerca de él.

—¿La tenía?

—Me tengo que ir. No me verás nunca más —dijo arrojando su teléfono celular—. Cuídate, Miguel.

—¿Sonia?

Ella se dirigió hacia la puerta con los dos hombres.

—Sonia, ¿qué mierda es esto? Ella no miró para atrás.

—SONIA, ¡NO TE VAYAS! ¡NO TE PUEDES IR!

Uno de los hombres se dio vuelta y lo apuntó con un dedo.

—Quédate aquí —le advirtió—, hasta que nos hayamos ido.

Cerró la puerta tras él, dejando a Miguel de pie, en estado de shock, con su mente rebobinando a través de todo lo que Sonia le había dicho alguna vez, a través de las millones de mentiras.

41

IMPACTO

Gulfstream III En ruta a San Diego, California
02.30 hora local

La agencia quería a Moore y Sonia fuera de ahí inmediatamente, y Towers recibió la misma instrucción de sus administradores de alto nivel de BORTAC. Si bien la operación había sido un éxito, Soto, junto con siete de sus hombres, habían muerto. También habían perdido a los pilotos y los jefes de equipo en el Black Hawk. Era una terrible noticia, pero estos eran hombres que conocían los riesgos y los habían aceptado.

Sonia estaba un poco conmocionada cuando la habían recogido en el hotel, pero a los cinco minutos estaba hablando con rapidez y dándole la gracias a Moore por haberla salvado en San Juan Chamula.

—Y sí —le dijo— te debo un café.

—Te lo voy a cobrar —dijo él con un guiño.

Una vez en el avión, ella cruzó los brazos sobre su pecho y se enterró en su asiento, abstrayéndose en su teléfono inteligente. Moore apreciaba los sacrificios que había hecho, dándose por entero a Miguel con el fin de acercarse a Rojas, un hombre que se había protegido tan bien a sí mismo que su misión se había hecho casi imposible. Era joven, aunque muy profesional, habiendo entendido las consecuencias de lo que estaba haciendo y el costo que tendría en sus emociones. Su nivel de compromiso nunca había flaqueado y desde el principio había visto que su misión podría dar lugar a daños familiares colaterales: Rojas había condenado a su hijo a años de investigaciones. ¿Quién iba a creer que Miguel Rojas no sabía lo que su padre estaba haciendo? Sonia no podía ir en su ayuda. No había manera de que la CIA se comprometiera a sí misma y le permitiera testificar en un tribunal, abierto o cerrado. Tal vez podría prestar declaración en una sesión «cerrada» ante un comité de inteligencia del Congreso, pero eso no ayudaría a Miguel. Ella lo sabía, estaba consciente del peso de su traición. Su fuerza tenía muy impresionado a Moore.

Towers había permitido que los médicos mexicanos lo vendaran, y habían detenido el sangrado, pero tan pronto como él y Moore llegaran a San Diego iría al hospital para recibir algún tipo de atención adicional. Necesitaba sacarse radiografías, una resonancia magnética y que le suturaran la herida, ya que el agujero en el hombro no era nada atractivo, pero él había insistido en que le hicieran todo eso de vuelta en San Diego. Y por lo tanto estaba descansando tranquilamente junto a Moore.

Por su parte, Moore sólo tenía algunas contusiones en el pecho, nuevas adiciones a una colección que había estado creciendo desde el inicio de la operación. Con su computadora sobre su regazo, vio la cobertura noticiosa mexicana de la redada en la mansión de Rojas y se rió para sí sobre cómo los

medios de comunicación la presentaban como el «sorprendente descubrimiento de la vida secreta de uno de los hombres más ricos del mundo». Tal como lo habían planeado, la Armada de México recibió todo el crédito por la redada, sin mención de ninguna ayuda estadounidense. Moore no lo podía creer, pero las autoridades mexicanas ya le habían permitido a los medios de comunicación obtener imágenes de las bóvedas. Los muros de dinero habían desaparecido hacía tiempo, ya que las tropas de las FES se «habían hecho cargo» de ellas. El gobierno mexicano estaba sin duda dividido entre estar agradecido y furioso por una misión clandestina de las FES que no había recibido el visto bueno de nadie, pero que se había convertido en un hallazgo notable y una gran historia de relaciones públicas acerca de la guerra del presidente de México contra el narcotráfico.

Mientras tanto, *Associated Press* había recogido otra historia, de una redada del gobierno en la bodega de la selva de Juan Ramón Ballesteros, supuesto líder de uno de los cárteles de cocaína más productivos y rentables de Colombia, que tenía vínculos directos con el cártel de Juárez de México (según lo que Dante Corrales les había revelado antes). Para su gran sorpresa, Ballesteros había sido capturado vivo y Moore accedió a un informe de la CIA para enterarse de que colegas agentes habían sido los líderes en el ataque contra el campamento de Ballesteros. *Hooyah*. Otra pequeña batalla ganada.

Fiel a su palabra, Towers entregó el nombre de cada agente de la Policía Federal corrupto que Gómez les había dado, veintidós nombres en total, incluyendo una sorprendente, si no deprimente, revelación: el secretario de Seguridad Pública en el gabinete federal también estaba en la nómina de pago de Rojas. Los nombres no solo se entregaron a la Policía Federal, sino que fueron deliberadamente filtrados a los medios de comunicación y enviados por correo electrónico al presidente de México mismo. Pronto habría disturbios como el que Gloria Vega había descrito afuera de la estación de Delicias en todo Juárez y en ciudades a lo largo de México, en tanto los funcionarios locales exigirían la destitución de sus jefes corruptos. Towers había dicho que quería imponer el tema, y, oh, sí que lo estaban imponiendo. Gómez, quien creía que llegaría a un acuerdo, sería extraditado a Estados Unidos para hacer frente a cargos de conspiración de homicidio y a todo lo demás de que los abogados pudieran acusarlo. Pequeña batalla número dos, ganada...

El sicario renegado Dante Corrales iba a ser puesto en el programa de protección de testigos mientras seguía dando nombres y ayudando a desmantelar el cártel. Su información de inteligencia respecto a las conexiones del cártel en Afganistán y Pakistán, sin embargo, era obsoleta, y las pistas que les había dado sobre el paradero de Rahmani eran noticias de ayer, según los colegas de Moore que operaban en la región. Moore ya le había enviado un mensaje de texto a Wazir, para ver si había averiguado algo más acerca del colgante de la Mano de Fátima y el grupo de talibanes que Moore tan firmemente creía que había entrado a los Estados Unidos. La Agencia aún no tenía pistas sobre el paradero de Gallagher (era obvio que se había hecho extirpar quirúrgicamente el dispositivo GPS del hombro), aunque había sido identificado como el hombre que había contratado al chico que pintó los vehículos de la policía. Como agente de campo, Gallagher había sido entrenado para encontrar a personas que no quieren ser encontradas y de igual forma era un experto en desaparecer del radar él mismo. Con los años, había estudiado los diferentes métodos utilizados por las personas para ocultarse, y sabía cuáles habían funcionado y cuáles no. Encontrarlo costaría dinero, tiempo, recursos y, Moore sostenía, una obsesión febril.

Algún tiempo después, Moore se quedó dormido y fue despertado por la única auxiliar de vuelo, quien le pidió que se sentara y ajustara su cinturón de seguridad.

San Diego, California
04:05, hora local

Una vez en tierra, Sonia dijo que iba a tomar otro vuelo de regreso a Langley, donde debía rendir informe a su gente.

—Hiciste un gran trabajo —le dijo Moore—. Lo digo en serio.

Ella sonrió forzadamente.

—Gracias.

Moore llevó a Towers al Sharp Memorial Hospital, un centro de urgencias de primer nivel. Cuando las enfermeras se enteraron de que Towers era un oficial, lo trataron como un rey y a los diez minutos fue visto por un médico. Le dijeron a Moore que habían llegado a una hora afortunada. En unas pocas horas, todas las víctimas de accidentes automovilísticos empezarían a llegar por montones; otro día normal en un centro de urgencias en una gran ciudad.

Mientras estaba sentado en la sala de espera, Moore leyó un correo electrónico del asistente de Slater, que decía que esperaba que pudieran hacer una video conferencia durante el día. Moore ya había hablado largo y tendido con sus jefes durante el viaje de regreso en avión.

Cuando estaba a punto de dormirse de nuevo, un disparo hizo eco como a través de montañas. Moore maldijo y se despertó con un estremecimiento. No era un disparo, pero su teléfono estaba vibrando: una llamada de Wazir. Moore se levantó y salió de la sala de espera hacia el pasillo.

—¿Cómo está, amigo mío?

—Sé que es temprano por allá, pero tenía que llamar. Pensaba dejarle un mensaje.

—¿Qué pasa?

—Algunos de los informantes que sus hombres reclutaron han traído problemas. Otro avión no tripulado lanzó misiles ayer, matando a uno de mis mejores fuentes de información. Tienes que detener esto.

—Voy a hacer una llamada tan pronto como hayamos terminado.

—No puedo ayudarle si no me ayuda. Su agencia está dirigiendo los ataques hacia las personas que más necesito.

—Wazir, lo entiendo.

—Bien.

—¿Tiene algo para mí?

—Malas noticias. Un grupo de diecisiete hombres entró a los Estados Unidos a través de un túnel entre Mexicali y Calexico, tal y como lo temía. Samad, el hombre que es la mano derecha de Rahmani, está con ellos, junto con dos de sus lugartenientes, Talwar y Niazi. Samad ha sido conocido por usar la mano de Fátima.

Moore apretó su mano en un puño y retuvo las maldiciones.

—Necesito todo lo que pueda conseguir sobre esos hombres, los diecisiete. Y necesito saber dónde están Samad y Rahmani... en estos momentos.

—Ya estoy trabajando en eso. Rahmani está aquí, pero está constantemente moviéndose y, como

he dicho, se está haciendo muy peligroso para mí. Pare los ataques con aviones no tripulados. Dígale a su gente que se mantenga al margen, para que yo pueda trabajar para usted.

—Lo haré.

Moore inmediatamente llamó a Slater, quien iba camino a su oficina. Moore le transmitió lo que Wazir había dicho y añadió:

—Necesito que detenga los ataques con aviones no tripulados. Déjelos hacer reconocimiento, pero no bombardeos. No ahora.

—Necesito inteligencia procesable.

—No la conseguirá si mata a mis fuentes. Acabo de recibir la confirmación. Samad ya está aquí. Tiene un equipo con él. Gallagher lo ayudó.

—Voy a hablar con el DHS[38] para ver si están dispuestos a intensificar algunas operaciones y elevar el estado de alerta terrorista.

Las actividades específicas del gobierno relacionadas con niveles de amenaza específicos no eran plenamente reveladas al público y con frecuencia la Agencia no estaba en conocimiento de las actividades de todos los otros departamentos (vaya sorpresa), ya que operaciones encubiertas como la de Sonia no eran dadas a conocer al resto de la Agencia. Algunas medidas ya habían sido impugnadas en los tribunales como ilegales y los tribunales todavía tenían que tomar una decisión respecto a muchos de esos temas, aún cuando el sistema actual era acusado de ser manipulado políticamente (los niveles de amenaza se elevaban antes de las elecciones, etcétera).

Moore agradeció a Slater y agregó:

—Es imperativo que por ahora paremos el fuego, ¿de acuerdo? Mi contacto Wazir es un hombre bueno, el mejor hombre que tengo. Él nos ayudará a encontrar a estos cabrones. Solo detenga el fuego.

Slater dudó un instante y luego dijo:

—Mantenme informado sobre cómo evoluciona Tower. Tengo un día muy ocupado hoy, pero hablaré contigo más tarde.

Tienda 7-Eleven
Cerca del Aeropuerto Internacional de San Diego

Kashif Aslam, un inmigrante paquistaní de cuarenta y un años, soñaba con un día ser dueño de su propia tienda 7-Eleven, pero por ahora administraba la de Reynard Way, a apenas una milla del aeropuerto. Por demanda popular de un pequeño grupo de paquistaníes que vivían en las inmediaciones, Aslam empezó a vender *pakoras,* un tentempié paquistaní a base de papa o cebolla o coliflor frita en una pasta de garbanzos. Cada mañana, su esposa se levantaba temprano para hacer la masa, alternando entre papa, cebolla y coliflor, y Aslam llevaba las *pakoras* al trabajo y completaba el proceso en la freidora de la tienda. Los tentempié tuvieron tal éxito que el dueño comenzó a pagarle a Aslam por todos los suministros y el trabajo de su esposa.

Después de seis años administrando la misma tienda, Aslam estaba muy familiarizado con todos sus clientes locales, especialmente sus compañeros paquistaníes. Poco antes del mediodía, tres extranjeros de veintitantos años habían entrado y se habían regocijado con las frituras. Todos eran compatriotas, que habían hablado en urdu y le había comprado hasta la última de las *pakoras*. Por

supuesto que habían despertado su curiosidad. Aslam les había preguntado cómo habían oído hablar de él y sus tentempiés, y ellos le habían dicho que tenían un amigo que trabajaba en el aeropuerto, pero extrañamente no habían sido capaces de darle un nombre, diciendo que otro amigo los había puesto en contacto. Eso podría muy bien ser cierto, pero había algo preocupante acerca de estos hombres, su reacción nerviosa cuando él les había preguntado, su falta de voluntad para discutir cuánto tiempo habían estado en el país y exactamente de qué parte de Pakistán eran. Aslam decidió espiar su conversación afuera de la tienda, donde se habían parado a comer ganosamente. Él había simulado sacar la basura, caminando hacia la parte de atrás de la tienda donde estaba el gran contenedor de basura, cuando había oído a uno de ellos hablando de números de vuelo y patrones de vuelo.

Aslam era un verdadero creyente de los Estados Unidos; el país había sido muy bueno con él, su esposa y sus seis hijas. No quería tener problemas y, más aún, no quería que nada interfiera con su nueva vida y un futuro prometedor.

Aunque no podía probar nada, Aslam pensó que los hombres podían ser criminales, traficantes quizás, o estaban en el país ilegalmente y no quería que las autoridades lo asociaran de ninguna manera a él o a la tienda con ellos. No quería que regresaran. Estaban conduciendo un auto compacto Nissan de color rojo oscuro y Aslam había tenido la precaución de anotar su número de matrícula. Después de que se hubieron ido, había llamado a la policía y denunciado el incidente a uno de los dos oficiales que había venido a tomar su declaración. Luego, treinta minutos más tarde, un hombre que se había identificado como Peter Zarick, un agente del FBI, llegó a hacerle una entrevista. Él le había dicho que harían seguimiento del número de matrícula y le aseguró que no lo iban a asociar con ellos de ninguna manera.

—¿Qué va a pasar ahora? —le preguntó al hombre antes de que se fuera

—Mi jefe pasará esta información a todas las demás agencias.

—Eso está muy bien —dijo Aslam—. Porque yo no quiero problemas para nadie.

El agente del FBI Peter Zarick subió a su auto y se alejó del 7-Eleven. Cuando regresó a la oficina de campo, le entregó su informe 302 a Meyers, el agente especial a cargo, quien lo enviaría por fax a Virginia, el Centro Nacional Antiterrorista (NCTC)[39]. Diariamente, el NCTC organizaba tres videoconferencias telefónicas seguras (SVTC)[40] y mantenía contacto de voz y electrónico constante con elementos clave de la comunidad de inteligencia y contraterrorismo y aliados extranjeros.

Desde que se había dado aquella alerta BOLO[41], para estar al acecho de terroristas en Calexico y la oficina de campo se había enterado de que un colega agente, Michael Ansara, había sido asesinado, Zarick había estado trabajando como una bestia, sondeando la zona en busca de cualquier pista, y esta era la primera buena que conseguían. Apenas podía contenerse cuando llegó a la Oficina del Grupo de Inteligencia de Campo en Aero Drive. Saltó fuera de su auto y salió corriendo.

Oficina de Control de Desvíos de la DEA
San Diego, California

Para las dos de la tarde, Moore y Towers ya se habían ido del hospital y regresado a la sala de conferencias. Towers se sentía muy bien después de haber recibido tratamiento en su hombro y brazo. La herida de bala había parecido mucho peor de lo que realmente era y el médico se había pasado algún tiempo diciéndole a Towers lo afortunado que había sido, que podría haber tenido un pulmón colapsado y más. Quisieron darle un cabestrillo, pero él se había negado. Moore había estado alrededor de muchos agentes que habían recibido un disparo ya veces incluso los más duros se convertían en unos niños llorones cuando se lesionaban, pero Towers obviamente era un tipo fuerte y de cuero duro. No había querido ninguna compasión o tratamiento especial, solo un sandwich de pollo con papas fritas, por lo que habían pasado por el *drive-thru* de un KFC. Moore había ordenado lo mismo y mientras comían, miraban CNN para ver si estaban mostrando algo más de la historia de Rojas. Al mismo tiempo, Moore revisó la información de inteligencia reunida hasta el momento sobre la búsqueda de Samad y su grupo. El rastro terminaba abruptamente en el aeropuerto de Calexico. Habían revisado todos los registros de todos los vuelos desde todos los aeropuertos dentro del rango de una variedad de aviones. Era hora de buscar una aguja en un pajar y, como Towers había señalado, la FAA tenía registros de solo alrededor de dos tercios de todos los aviones pequeños. Los testigos eran pocos y esporádicos, e incluso si el grupo había sido avistado, Moore pensó que se disfrazarían de trabajadores migrantes, que era una imagen común y siempre en movimiento.

Parte de Moore quería creer que Samad y su grupo eran simples agentes durmientes, que su misión era vivir en secreto en los Estados Unidos por años hasta que fueran llamados a la acción, y eso le daría a él y a la Agencia el tiempo necesario para atraparlos... y eliminarlos. Podía tranquilizarse con eso, pero en el siguiente pensamiento se imaginaba lo que estaban acarreando en esos baúles rectangulares: rifles, granadas propulsadas por cohetes, lanzamisiles y, Dios no lo quisiera, ¿bombas nucleares? Por supuesto, los analistas de la Agencia, en conjunto con más de una docena de otras agencias, incluyendo el DHS, el NEST[42] (Equipo de Apoyo de Emergencia Nuclear), el FBI y la Interpol, estaban recorriendo el planeta en busca de evidencia de recientes ventas de armas, especialmente entre los talibanes en Waziristán y el Ejército de Pakistán. Después de docenas de pistas falsas, el rastro no había llegado a nada y de pronto Moore maldijo en voz alta.

—Tranquilo, amigo —dijo Towers. Metió la mano en el bolsillo de su camisa y sacó una botella de plástico de medicamentos con receta—. ¿Quiere un analgésico?

Moore sólo le echó una mirada.

A eso de las 4:45 p.m., Moore recibió un correo electrónico que lo sorprendió. Maqsud Kayani, el comandante del barco patrulla de Pakistán y sobrino del fallecido coronel Saadat Khodai, le había escrito para compartir cierta información importante que le había dado un agente de la ISI que había sido amigo de su tío. La ISI recientemente había interrogado a un grupo de simpatizantes de los talibanes en Waziristán, uno de los cuales había revelado que su hermano estaba en algún tipo de misión en los Estados Unidos. La parte más irónica, o tal vez fatídica, del correo electrónico era la siguiente:

El hermano estaba en San Diego.

Quiero que sepas que mi tío era un hombre valiente que entendía exactamente lo que estaba haciendo y espero que esta información te ayude a atrapar a los hombres que lo mataron.

Moore compartió el correo electrónico con Towers, que casi se cayó de su silla cuando vio algo en su propia pantalla de la computadora.

—Tenemos una buena pista de la Oficina, aquí mismo, en el 302. Tres tipos en un 7-Eleven, todos de Pakistán. El tipo que los denunció también es de Pakistán. Consiguió el número de matrícula del vehículo.

—¿La revisaron?

—Sí, es de un lugar de alquiler de autos cerca del aeropuerto. El tipo que lo recogió encaja con la descripción de cualquiera de los tipos del 7-Eleven. Pero parece que su identificación era falsa, al igual que su dirección... epa, epa, epa, un momento. Oh, mierda.

—¿Qué? —le exigió Moore.

—Seguridad del aeropuerto acaba de llamar. Vieron el auto en el estacionamiento de espera en North Harbor. Tienen órdenes de no acercarse.

Moore se levantó de un salto.

—¡Vamos!

Salieron por la puerta en cuestión de segundos, casi saltando al interior de su camioneta, con Moore al volante y Towers en su teléfono celular, hablando con un tipo de apellido Meyers en la Oficina que ya tenía a su unidad SWAT (Equipo de Armas y Tácticas Especiales) en camino.

—¡Dígales que esperen! —gritó Towers—. No queremos que salgan corriendo. ¡Manténgalos en su lugar!

Moore tenía el aeropuerto programado en el GPS montado en el parabrisas, por lo que la unidad comenzó a mostrar y anunciar los giros: hacia el oeste en Viewridge hacia Balboa, mantenerse a la izquierda, entrar en la 1-15 y luego fusionarse con la 1-8. Cuando conducía en autopistas quedaba con los nervios de punta tratando de abrirse camino entre los vehículos que iban más lento. El aeropuerto estaba a unas catorce millas de distancia, una ruta de veinte minutos sin tráfico, pero una vez que llegaron a la autopista de San Diego hacia el sur, las hileras de luces de freno y capós brillando bajo el sol se extendían hasta el horizonte.

Y ahí fue cuando Moore se metió al arcén y aceleró a toda velocidad, dejando una nube de escombros a su paso. Avanzaron con un estruendo todo lo que pudieron sobre desechos de comida rápida y pedazos de neumáticos de tractor-remolque hasta que se vieron obligados a volver a meterse en el tráfico para tomar su próxima salida.

Aeropuerto Internacional de Los Ángeles (LAX)
Estacionamiento de espera
9011 Airport Boulevard

La boca de Samad se había secado para cuando entraron en el estacionamiento. Miró su reloj: 5:29 p.m. hora local. Miró a Niazi, sentado en el asiento del acompañante de la furgoneta. Los ojos del joven se abrieron más y se lamió los labios como un leopardo de las nieves antes de la matanza. Samad estiró la cabeza hacia atrás hacia Talwar, quien tenía el Anza apoyado en el hombro y estaba

rezando en voz baja. El motor de la furgoneta vibraba y Samad pulsó un botón, bajando la ventana para respirar el aire frío de la noche.

Metió la mano en su bolsillo y le sacó el envoltorio a un trozo de chocolate. Lo examinó como si fuera una piedra preciosa antes de metérselo a la boca.

El trozo de papel sobre su regazo, el que Rahmani llamaba el informe de objetivos, tenía números de teléfonos celulares escritos a mano al lado de cada una de las ciudades:

Los Ángeles (LAX)
Vuelo #: Delta Air Lines 2965
Destino: Nueva York, NY (JFK)
Salida: 6 de junio, 5:40 p.m. Hora del Pacífico
Boeing 757, bimotor a reacción
202 pasajeros, 8 tripulantes

San Diego (SAN)
Vuelo #: Southwest Airlines SWA1378
Destino: Houston, TX (HOU)
Salida: 6 de junio, 5:41 p.m. Hora del Pacífico
Boeing 737-700, bimotor a reacción
149 pasajeros, 6 tripulantes

Phoenix (PHX)
Vuelo #: US Airways 155
Destino: Minneapolis, MN (MSP)
Salida: 6 de junio, 6:44 p.m. Hora de la Montaña
Boeing 767-400ER
304 pasajeros, 10 tripulantes

Tucson (TUS)
Vuelo #: Southwest Airlines SWA694
Destino: Chicago, IL (MDW)
Salida: 6 de junio, 6:45 p.m. Hora de la Montaña
Boeing 737-300, bimotor a reacción
150 pasajeros, 8 tripulantes

El Paso (ELP)
Vuelo #: Continental 545 Destino: Boston, MA (BOS)
Salida: 6 de junio, Hora 7:41 p.m. Hora del Centro
Boeing 737-300
150 pasajeros, 8 tripulantes

San Antonio (SAT)
Vuelo #: SkyWest Airlines 005429
Destino: Los Ángeles, CA (LAX)
Salida: 06 de junio, 7:40 p.m. Hora del Centro
CRJ900LR canadiense, bimotor (cola)
76 pasajeros, 4 tripulantes

Los aviones despegarían con una diferencia de minutos uno del otro y todos los equipos de Samad se habían reportado para decir que sus equipos estaban listos y que todos los vuelos estaban en hora, a pesar de que más temprano habían tenido ciertas preocupaciones por posibles tormentas de verano. Samad ya no tenía dudas. Se había dado cuenta de que incluso si se daba por vencido y se alejaba, guiado por el sentimiento de culpa que le imponía la memoria de su difunto padre, Talwar y Niazi continuarían sin él, que los demás continuarían sin él. No había manera de detener la yihad. Moriría como un tonto y un cobarde. Y por eso, antes de partir a la misión había encendido un fósforo y quemado la foto de su padre, dejando las cenizas en el lavatorio del baño. Habían dicho su oración de la tarde y luego había salido de la casa con los ojos entrecerrados y un puño apretado.

Una patrulla de la policía del aeropuerto pasó a través del estacionamiento, con los oficiales buscando vehículos no atendidos. Samad levantó su teléfono celular y simuló hablar. Como había observado antes, los otros conductores estaban sumergidos totalmente en sus dispositivos electrónicos y había una extraña calma a través del estacionamiento, que fue interrumpida momentáneamente por el siguiente vuelo que pasó tronando por encima.

5:36 p.m.

Samad abrió la aplicación para el iPhone como fuente secundaria de identificación de su avión objetivo. Había descubierto que había un retraso de treinta segundos en la información que le daba la aplicación, pero eso no importaba. Todo lo que Talwar tenía que hacer era poner el objetivo en la mira y el misil haría el resto.

5:37 p.m.

Los segundos eran minutos, los minutos, horas, mientras su pulso comenzaba a acelerarse. El cielo se había vuelto de un amarillo azulado, surcado por los rayos del sol poniente, con solo unas pocas nubes hacia el este. Tendrían una vista espectacular y sin obstáculos del lanzamiento.

Su teléfono vibró. Y ahí estaban: los informes vía mensaje de texto de su equipo en el interior del aeropuerto.

US Airways, vuelo 155
Phoenix a Minneapolis
6:42 p.m. Hora de la Montaña

A la edad de dieciséis años, Dan Burleson había volado solo un Cessna 150 sobre Modesto, California. Había estado volando aviones antes de tener licencia de conducir. Había ahorrado todo el dinero que había ganado cortando pasto durante dos años para tomar lecciones de vuelo. Se había criado en el Valle de Salinas y había quedado hipnotizado con los pilotos de aviones fumigadores descendiendo para entregar su carga. Sabía que eso era lo que quería hacer. Durante las próximas

tres décadas se había dedicado a ejercer su pasión por volar, rociando los campos de algodón en Georgia, trabajando como reportero de tránsito aéreo en Florida, y transportando por aire carga bancaria y muestras médicas desde el sudeste. Había piloteado aviones monomotores Cessna 210 Centurión y aviones de carga bimotores Beechcraft Barón 58. Había experimentado todas las fallas concebibles en los equipos posibles de imaginar, volando con un solo motor y casi estrellándose cuando su avión se dio vuelta durante una tormenta. Pudo oír los remaches que saltaban y estuvo seguro de que iba a morir.

Con lo cual se infiere que el señor Dan Burleson no era el pasajero promedio de un vuelo comercial. Tenía un gran interés por lo que estaba ocurriendo en la cabina y podía decir cuándo los pilotos estaban pasando el mando a la computadora de vuelo para literalmente tomar control del avión durante el ascenso. El piloto ingresaría giros y direcciones de altitud en un teclado o girando un dial hacia la dirección deseada. Por ejemplo, el control de tránsito aéreo (ATC)[43] podría dar la orden «Delta 1234, girar a la derecha 180 grados». El piloto giraría un dial en el Sistema de Gestión de Vuelo (FMS)[44] a 180 y el avión comenzaría a girar en esa dirección para cumplir con la instrucción recibida del ATC mientras el avión estaba siendo controlado por la computadora del FMS. Cada vez que volaba, Dan se imaginaba lo que estaba ocurriendo en la cabina. Llámenlo la fuerza de la costumbre.

Esta noche en particular, estaba sentado en el asiento 21J, la fila de salida de emergencia, con la ventana en su hombro derecho. Con más de seis pies y cinco pulgadas de alto y trescientas libras de peso, nunca tenía demasiadas opciones en la selección de asiento. La fila de salida de emergencia era lo suyo. Se dirigía a Minneapolis para hacer un viaje de pesca de una semana con dos compañeros de la escuela secundaria que le habían prometido unos sábalos de boca chica de un tamaño para ganarse un trofeo. Su mujer le había dado a Dan el visto bueno y su hijo mayor, que había sido invitado, se había visto obligado a trabajar en vez.

Estaban rodando hacia la pista y Dan se echó hacia atrás y miró hacia el otro lado del pasillo: una chica de edad universitaria estaba leyendo un libro de texto con la palabra *Estética* en el título y junto a ella, un joven de piel oscura, tal vez de la India o de Medio Oriente, estaba sentado en silencio, con la cabeza gacha y los ojos cerrados. Parecía asustado. *Mariquita.*

—Por favor, coloque su bandeja en la posición vertical...

—Sí, sí —dijo Dan con un gemido.

Aeropuerto de San Diego (SAN)
Estacionamiento de espera
North Harbor Drive

El estacionamiento de espera de cincuenta espacios de San Park estaba ubicado cruzando un camino arbolado desde la entrada principal de la Estación de la Guardia Costera y sus hileras de edificios de techos de tejas. El estacionamiento era una franja rectangular de pavimento con una sola hilera de espacios de estacionamientos angulares dispuestos a lo largo de altas filas de arbustos y una alambrada, detrás de la cual había hangares y otras instalaciones de servicios aeroportuarios.

—Meyers dividió a su gente. Tiene seis al otro lado de la calle en la Estación de la Guardia Costera y tiene a otros cuatro subiendo a los techos de los hangares hacia el norte —dijo Towers—.

El Nissan rojo está estacionado en el extremo opuesto, en el lado sur. Nosotros somos el equipo que se moverá.

—No usted, sólo yo —dijo Moore, metiéndose en el estacionamiento y tomando el espacio más cercano a su derecha al lado de una furgoneta Park-n-Ride amarilla con vidrios polarizados.

—Estoy bien —argumentó Towers.

—Voy con usted.

Moore hizo una mueca.

—Usted es el jefe, jefe.

Se abrió la cremallera de la chaqueta para tener rápido acceso a su funda sobaquera, luego salió a toda prisa de la camioneta, manteniéndose cerca de los arbustos, con Towers justo detrás. Un par de operadores del equipo SWAT se arrastraban como gatos por la parte posterior de la Estación de la Guardia Costera hacia el techo. Moore notó movimiento arriba en los techos de los hangares a su derecha, y por un segundo vio una cabeza asomarse y luego desaparecer. Estos tipos de la unidad SWAT eran experimentados asaltantes, allanadores y francotiradores/observadores, equipados para la guerra con cascos de Kevlar, anteojos de protección, chalecos antibalas, MOLLE[45] (equipo de carga modular ligero) bien provistos con bolsillos para equipos y metralletas H&K MP5, el rifle estándar para todos, excepto los francotiradores, que llevaban armas de precisión, rifles de francotirador calibre 308. Uno de los compañeros del Equipo SEAL Ocho había dejado la Armada para convertirse en un miembro del equipo SWAT del FBI y le había enseñado a Moore sobre sus armas, tácticas, técnicas y procedimientos. Incluso había intentado reclutar a Moore, quien en ese momento estaba siendo fuertemente cortejado por la CIA. El punto era que Moore se sentía cómodo con el apoyo de estos operadores determinados y altamente capacitados.

El letrero en la entrada del estacionamiento advertía que había un plazo máximo de una hora y que los vehículos debían permanecer en marcha; esto, para desincentivar que la gente se estacionara por mucho rato o vagara por el área, y para crear un sentido de urgencia en los conductores que estaban pagando precios exorbitantes por el combustible.

Por consiguiente, a medida que Moore y Towers se acercaban al Nissan Versa rojo ladrillo, vio de inmediato que el auto estaba vacío y el motor apagado. Sus hombros se contrajeron. Los hombres avanzaron apresuradamente y, lleno de frustración, Moore golpeó el puño contra la ventana del lado del conductor.

Dos operadores del equipo SWAT, junto con un tercer hombre de mediana edad y con patillas grises, aparecieron a la vuelta de la esquina y corrieron hacia ellos. El único equipo táctico que llevaba este hombre mayor era un chaleco y un casco.

—¿Towers? ¿Moore? —les dijo—. Soy Meyers. ¿Está vacío?

Moore se dio vuelta, estudió el estacionamiento, barriendo con la mirada la larga fila de autos y espacios vacíos, como unos y ceros, bits y bytes. ¿Por qué estos tipos dejarían un auto en el estacionamiento de espera? ¿Volverían por él antes de que acabara la hora? ¿Estaban preocupados de que fuera remolcado? ¿Dónde estarían ahora?

Estaba mirando su reloj, eran las 5:42 p.m., cuando la puerta trasera de la furgoneta Park-n-Ride amarilla al lado de su camioneta se abrió de golpe y salió un hombre vestido con pantalón de mezclilla, una camisa a cuadros y un pasamontañas negro ocultando su rostro. Llevaba un

lanzamisiles al hombro.

Dos hombres más vestidos de manera similar salieron detrás de él llevando ametralladoras.

El tipo del lanzador se dirigió a toda prisa hacia Harbor Drive, colocándose entre la calle y un árbol a su izquierda. Levantó su arma hacia el aire...

Y ahí estaba, su objetivo, un avión bimotor de Southwest rugiendo hacia el cielo, su fuselaje azul y rojo brillando en tanto el tren de aterrizaje comenzaba a guardarse.

Moore observó esto en el lapso de dos respiros antes de gritar:

—¡*La* furgoneta!

Mientras corría hacia el grupo, los francotiradores al otro lado de la calle en la Estación de la Guardia Costera abrieron fuego, alcanzando a uno de los terroristas armados con una ametralladora mientras que su compañero se dio la vuelta y disparó hacia los techos que estaban cruzando la calle. La cabeza del primer tipo se sacudió a la derecha y una fuente de sangre, carne y trozos de cráneo saltaron en un arco hacia el aire.

Moore se concentró en el tipo del lanzador, corriendo y disparando, alcanzando al hombre en el brazo, el pecho, la pierna, mientras el terrorista perdía el equilibrio, giraba... y un candente destello salía de la boca del lanzador, que se había desviado hacia abajo, hacia las hileras de autos estacionados.

Con un grito ahogado, Moore se arrojó sobre el pasto que estaba inmediatamente a su derecha, en tanto el misil atravesaba el estacionamiento y se ladeaba bruscamente, encontrando la fuente de calor más cercana: el motor al ralentí de la furgoneta amarilla de los terroristas. La ojiva del misil contenía una carga explosiva de fragmentación y el alto explosivo se detonó en el impacto con el capó de la furgoneta a pesar de la secuencia de armado de mínima distancia. Piezas dentadas de acero, plástico y vidrio volaron en todas direcciones, en tanto la furgoneta se levantó seis pies del suelo; la onda expansiva hizo que la camioneta de Moore cayera hacia el costado e hizo lo mismo con el auto que estaba al otro lado de la furgoneta. Al mismo tiempo, el tanque de gasolina de la furgoneta se rompió, lanzando una ola de combustible ardiendo hacia el exterior mientras el vehículo se estrellaba de vuelta en el suelo con un retumbante golpe seco y el estallido de más vidrio. El hedor del combustible ardiendo y el humo negro elevándose en espesas nubes llamó la atención de los conductores en la carretera y mientras Moore se ponía de pie, un taxi se estrelló contra la parte trasera de una limusina, haciendo que los parachoques crujieran al aplastarse. Con un zumbido en los oídos y entrecerrando los ojos para protegerse del humo que le quemaba los ojos, Moore corrió hacia el tipo con el lanzador, que ahora yacía en el suelo, agarrándose las heridas, mientras que el lanzador Anza verde todavía caliente y humeante estaba abandonado cerca de su pierna.

Moore cayó de rodillas al lado del hombre. Lo agarró por el cuello de la camisa, le quitó el pasamontañas y habló a través de sus dientes en urdu:

—¿Dónde está Samad?

El tipo lo miró, sus ojos estaban llenos de venas rojas y su respiración era más dificultosa.

—¿DÓNDE ESTÁ? —gritó Moore.

Se oyeron gritos a su alrededor; era la unidad SWAT reuniéndose y tratando de rescatar a alguien desde el auto que había sido derribado.

Towers corrió a donde estaban los otros dos terroristas, uno boca arriba sobre el pavimento y el

otro de lado.

La mirada del tipo del lanzador se volvió vacía; luego su cabeza cayó inerte. Moore maldijo y lo empujó de vuelta al suelo. Gruñó mientras se ponía de pie.

—¡Este era solo un equipo! —le gritó a Towers—. ¡Solo uno! ¡Podría haber más!

Aeropuerto Internacional de Los Ángeles (LAX)
Estacionamiento de espera
9011 Airport Boulevard

Samad sonrió firmemente.

Todos los aeropuertos en el mundo entero estaban a punto de cerrarse, cerca de cincuenta mil de ellos.

Todos los pilotos en el cielo, hasta el último de ellos, estaban a punto de recibir la orden de aterrizar de inmediato...

Incluidos los fatídicos seis, que, por supuesto, serían incapaces de cumplir con dicha instrucción.

Los Ángeles, San Diego, Phoenix, Tucson, El Paso y San Antonio... todas importantes ciudades de los Estados Unidos, cuyos equipos de primera respuesta enfrentarían horrores como ninguno que hubieran experimentado antes, cuyo personal de la TSA estaba a punto de darse cuenta de que sus políticas de «capas de seguridad» habían sido ineficaces, que los equipos de Rahmani sabían exactamente cómo actuar para no alertar a los oficiales de detección de comportamiento. Con documentos impecables y nada sospechoso en su equipaje, se les había permitido abordar. Los equipos de seguridad del aeropuerto, la policía y las autoridades del orden locales recordarían que no podían proteger la tierra bajo las trayectorias de tantos vuelos.

Más que nada, el público estadounidense, los infieles que contaminaban las tierras santas, que apoyaban a los líderes de la injusticia y la opresión, y que rechazaban la verdad, volverían las cabezas hacia el cielo y darían testimonio del poder de Alá, lleno de vida ante sus ojos.

Samad abrió la puerta y salió del vehículo. Sostuvo el iPhone en dirección al avión a la distancia, que estaba volando a través del cielo con un estruendo profundo y que quitaba el aliento. Confirmación.

Regresó a la furgoneta, se puso el pasamontañas, recibió el AK-47 que le dio Niazi y luego gritó:

—*¡Yalla!* —y se dio vuelta y abrió con fuerza la puerta trasera de la furgoneta.

Talwar salió con el Anza sobre su hombro, mientras que Niazi se dio la vuelta, sosteniendo el segundo misil.

La mujer que estaba en el Nissan Pathfinder con la bandera de Puerto Rico colgando de su espejo retrovisor levantó la vista de su teléfono celular al tiempo que Samad levantó su rifle apuntándole y Talwar se volvió para poner al avión en la mira.

Estaban a segundos del lanzamiento y si bien otras personas en el estacionamiento empezaron a levantar la vista desde sus teléfonos, ni uno de ellos hizo un movimiento para salir de su auto. Se quedaron sentados allí, como ovejas, mientras Talwar contaba en voz alta:

—*¡Thalatha! ¡Ithnain! ¡Wahid!*

El MK III se separó del lanzamisiles, dejando una densa nube de gases de escape a su paso. Antes de que Samad pudiera tomar otro aliento, Talwar y Niazi estaban contado de nuevo y Niazi

estaba ayudando a su compañero a recargar el arma.

Dividido entre observar la trayectoria incandescente del misil y cubrir a sus hombres, Samad dio la vuelta alrededor de la furgoneta una vez más, blandiendo el arma violentamente hacia los autos en una demostración de fuerza. Las ovejas comenzaron a reaccionar: sus bocas se abrieron y un horror absoluto se asomó en sus ojos.

Samad miró hacia atrás, hacia el avión, el hilo de gases de escape atravesando el cielo y el motor al rojo vivo del misil un segundo antes del...

¡Impacto!

42

DEVASTACIÓN

Aeropuerto Internacional de Tucson (TUS)
Estacionamiento de espera
East Airport Drive
6:46 p.m. Hora de la Montaña

Joe Domínguez estaba en el aeropuerto para recoger a su primo, Ricky, que llegaba desde Orlando a pasar una semana de vacaciones. Domínguez tenía veinticuatro años, era un chico escuálido que compensaba su delgadez con un agudo ingenio y una naturaleza argumentativa. Era el único hijo de inmigrantes mexicanos que habían llegado legalmente a los Estados Unidos a finales de la década de 1970. Ambos padres se habían naturalizado. El padre de José era carpintero e instalador de paneles de yeso, tenía un equipo de diez personas y trabajaba para una media docena de constructores comerciales de viviendas en el área metropolitana de Tucson. Su madre había montado su propio servicio de limpieza cuando él era niño y ahora manejaba a más de cuarenta empleados que limpiaban tanto propiedades comerciales como residenciales; incluso tenían su propia flota de vehículos. Mientras tanto, Joe había terminado la escuela secundaria con pocas ganas de asistir a la universidad «tradicional» y en vez se había mudado temporalmente al sur de California, donde se había inscrito en el programa ASSET[46] de Ford Motor Company para obtener su título y convertirse en Técnico Automotriz certificado de Ford. Después de dos largos años tomando cursos en sistemas de control de motor, frenos, dirección/suspensión, transmisiones, y combustible y sistemas de control de emisiones, se había graduado con un promedio de 3.3 sobre un total de 4. Había regresado a su casa en Tucson, donde había sido contratado por Holmes Tuttle Ford Lincoln Mercury. Le encantaba ser mecánico y había ahorrado dinero suficiente para comprar el auto de sus sueños: una camioneta pickup Ford F-250 FX4 negra con kit de suspensión de seis pulgadas y neumáticos BFGoodrich Mud Terrain T/A KM2. Sus amigos se referían a la camioneta como la «Bestia Negra» y aquellos lo suficientemente valientes como para dar un paseo en ella se encontraban con que necesitaban ya sea una escalera o muy buena flexibilidad para subir a la cabina. Claro, la camioneta intimidaba a las chicas con las que salía, pero él no estaba buscando mujeres tímidas de todos modos. Quería una chica aventurera. Seguía buscando.

Mientras estaba sentado allí, con el motor diesel zumbando, el volumen de la radio bajo para poder escuchar la llamada de Ricky, le echó otro vistazo a los tres hombres saliendo de su furgoneta de transporte de Hampton Inn estacionada al otro lado del estacionamiento en la siguiente hilera de espacios diagonales. Iban vestidos como mexicanos, pero eran más altos y los tres llevaban pasamontañas negros. Mientras dos de los hombres discutían entre ellos, el tercero fue hasta la parte de atrás del vehículo para abrir las puertas traseras.

Los dos que estaban discutiendo pararon de hacerlo y uno apuntó al cielo, donde un avión de Southwest acababa de despegar.

Entonces el otro tipo se extendió más allá de la puerta lateral abierta de la furgoneta y le entregó a su compañero un rifle común cargador curvo, un AK-47.

Joe Domínguez parpadeó. Fuertemente.

Ahora ambos tipos tenían rifles y se reunieron con el tercer hombre, que levantó sobre su hombro un lanzamisiles verde, como los que Domínguez había visto en las películas de Schwarzenegger. El hombre con el lanzamisiles movió su arma en dirección al avión que se estaba elevando, mientras que los dos hombres con los rifles movían sus cañones a través de las filas de automóviles, cubriéndolo.

El estacionamiento de espera estaba lleno y echando un vistazo rápido a su izquierda vio que la mujer que esperaba en su pequeño sedán estaba señalando a los hombres y gritándole algo a la chica adolescente sentada a su lado.

Esto, Domínguez tuvo que recordarse a sí mismo, no era un sueño. ¡Esos *hijos de puta*, porque eso es lo que eran, pensaban derribar ese avión!

Su corazón se aceleró en tanto el instinto se apoderó de él. Puso la camioneta en marcha, metió la bota de piel de serpiente en el pedal del acelerador y aceleró la Bestia Negra hacia adelante con un gran estruendo y una nube de gases de escape diesel. Se dirigió directamente hacia al hombre con el lanzador, cubriendo la distancia entre ellos en tres segundos.

Los otros dos hijos de puta reaccionaron de inmediato disparando. Domínguez se escondió detrás del manubrio mientras las balas atravesaban su parabrisas. Primero hubo un golpe y luego un estruendo mucho más fuerte cuando se estrelló contra la parte trasera de la furgoneta de transporte. Levantó la cabeza para echar un vistazo...

Los otros dos, que se habían apartado del camino, dispararon una vez más hacia su camioneta, las balas impactando con un ruido metálico las puertas. Se agachó de nuevo y dejó escapar un grito.

Entonces... hubo más disparos desde fuera. Otras armas. Echó una mirada a través de la ventana de su lado y vio a dos hombres con pistolas, uno con un sombrero de vaquero negro, corriendo directamente hacia los terroristas y vaciando sus cargadores.

Domínguez, él mismo propietario de un arma registrada, finalmente recordó ese hecho y estiró la mano hacia la consola central de su camioneta. Sacó su Beretta, quitó el seguro, cargó una bala en la recámara y luego salió de un salto de su camioneta.

Se agachó junto a la rueda delantera y ahí, debajo de su motor, yacía el tipo del lanzamisiles. Se había roto la cabeza en el pavimento, pero aún estaba vivo, gimiendo suavemente.

Los disparos continuaron y en la refriega, Domínguez vio cómo el terrorista lo miraba y luego estiraba la mano hacia su cintura.

Domínguez maldijo y le disparó una sola bala en la cabeza.

—Despejado, despejado —gritó alguien detrás de él—. ¡Están todos caídos!

Estiró el cuello y el hombre con el sombrero de vaquero se cernía sobre él. Su barba gris estaba bien recortada y el pendiente de diamante en su oreja izquierda parecía hacer juego con el brillo en sus ojos. Su cuello estaba atado por una corbata de bolo cuyo broche lucía la cabeza de un novillo de cuerno largo con los ojos color turquesa.

—Vi lo que hiciste —dijo—. Captó mi atención. Simplemente no puedo creerlo.

El vaquero le estaba ofreciendo su mano y Domínguez la tomó. Se apartó de la camioneta y luego miró su objeto de orgullo.

Mierda. La Bestia Negra había sido acribillada a balazos. Se quedó sin aliento y empezó a sentir una sensación de incomodidad en su brazo izquierdo. Levantó la manga de su camisa y se dio cuenta de que tenía un corte a través de sus bíceps y un pedazo de piel colgando.

—¡Diablos, hijo, te rozó una bala! ¡Nunca había visto una tan cerca!

Domínguez no sabía lo que estaba pasando, pero cuando tocó la herida empezó a sentir náuseas y luego comprendió. Había estado a punto de morir. Se inclinó y vomitó...

—Oh, está bien chico, déjalo salir.

El sonido de las sirenas se escuchó en la distancia.

Y desde el interior de la camioneta, sonó su celular. Ricky...

US Airways, vuelo 155
Phoenix a Minneapolis

El señor Dan Burleson se había acomodado para disfrutar del increíble rugido y la impresionante vibración de los motores turbofán Pratt & Whitney cuando tres hechos ocurrieron sucesivamente.

En primer lugar, salieron de la pista sin incidentes y la señal de abrochar el cinturón de seguridad se mantuvo encendida.

En segundo lugar, el tipo asustado al lado de la muchacha universitaria repentinamente se quitó el cinturón de seguridad y, literalmente, trepó por encima de la chica, pisando fuerte en su regazo, para salir al pasillo.

En tercer lugar, mientras Dan pensaba *¿qué mierda?*, el hombre comenzó a gritarle a la gente para que encendieran sus dispositivos electrónicos y lo grabaran en video. Alzó la voz aún más, mientras algunos pasajeros conmocionados levantaban las cámaras de sus teléfonos celulares. Una luz ardiente apareció en sus ojos y habló en una cadencia extraña, las palabras con un fuerte acento pero lo suficientemente claras:

—Gente de América, este mensaje es para ustedes. La yihad ha regresado a su tierra, porque somos hombres libres que no dormimos bajo la opresión. Estamos aquí por la gracia de Alá para luchar contra ustedes, infieles, para purgarlos de nuestras Tierras Santas y para recordarles que los falsos profetas de la Casa Blanca que nos hacen la guerra para mantener ocupadas sus corporaciones son responsables de sus muertes. Esta es la recompensa para los incrédulos que atacan a Alá. Esta es la verdad. *¡Allahu Akbar!*

Mientras una de las auxiliares de vuelo que había estado sentada en la parte delantera de la aeronave se precipitaba por el pasillo, el hombre loco se volvió, buscó en su bolsillo y sacó su teléfono celular, el que sostuvo firmemente en una mano, con la parte inferior sobresaliendo de su puño como un cuchillo patético. Se echó hacia atrás y corrió hacia la auxiliar que se acercaba, una rubia esbelta de no más de cinco pies de altura que no pudo haber pesado más de 110 libras.

Bueno, a la mierda con esto, pensó Dan. Se quitó el cinturón de seguridad y salió de un salto hacia el pasillo, corriendo hacia el hombre, en tanto otras dos auxiliares de vuelo aparecían detrás de la primera.

Y entonces fue cuando el avión se sacudió violentamente, como si hubiera pasado por una poderosa corriente descendente. Un destello de luz entró por las ventanillas cerca del asiento de Dan y él echó una rápida mirada hacia atrás. Había humo y llamas saliendo por debajo del ala, y lo peor: la mayor parte del motor no estaba.

Mientras tanto, el terrorista en el pasillo estaba a solo unos segundos de atacar a la auxiliar de vuelo.

Aeropuerto Internacional de Los Angeles (LAX)
Estacionamiento de espera
9011 Airport Boulevard

Algunos de los autos que estaban más lejos de la furgoneta comenzaron a dar la vuelta y tratar de salir del estacionamiento, los neumáticos chillando un momento antes de que dos de ellos chocaran entre sí, bloqueando una salida.

Samad disparó una descarga de advertencia en el aire mientras un tipo hispano gordo, con una barba que parecía haber sido dibujada con marcador en su cara, le gritaba.

Detrás de Samad, Niazi estaba ayudando a Talwar a cargar el segundo misil y sin demora (el conteo iba exactamente como estaba previsto) Talwar disparó de nuevo.

El avión ya había recibido el primer golpe. Su motor había explotado y estaba arrojando una larga estela de humo mientras la aeronave rodaba hacia el lado dañado.

Tres, dos, uno y, alabado sea Alá, el segundo misil, que Samad pensaba le pegaría al otro motor, se dirigió hacia la fuente de calor más caliente, el primer motor aún en llamas.

Fue simplemente increíble ver el MK III cortar una ruta secundaria a través del rastro de humo del primer misil, un pequeño punto de luz haciéndose más débil por un segundo y luego un destello magnífico, igual que el primer impacto.

Debido a que el avión se había ladeado, este segundo golpe atravesó el motor en llamas, destruyendo el ala. Parte de ella quedó colgada por un segundo y luego se separó y voló lejos como un boomerang por debajo de fuentes de llamas y chispeantes restos del avión.

Samad estaba cautivado por la imagen, incapaz de moverse, hasta que el hombre que había estado gritándole recuperó su atención. El tipo había salido de su auto y sacado una pistola. En ese momento, Samad lanzó un grito ahogado y abrió fuego, totalmente automático, empujando a tiros al tipo de vuelta hacia su auto *lowrider*, la sangre salpicando a través del techo y las ventanas.

Y luego, tan pronto como había sucedido, todo había terminado. Samad saltó a la parte trasera de la furgoneta, donde Talwar cerró la puerta tras él. Niazi estaba al volante ahora y se alejó a toda velocidad, conduciendo a través del pasto a lo largo del perímetro del estacionamiento y luego saltando sobre la acera y rebotando hacia la calle. Fueron a toda velocidad hasta la primera curva y doblaron bruscamente. Una vez allí, redujeron la velocidad para mezclarse con el tráfico y que su vehículo no se diferenciara de ningún otro. Se dirigieron hacia el estacionamiento que quedaba a cinco minutos, donde el segundo auto y conductor estaban esperando.

Si tan solo tuvieran tiempo para ver el avión estrellarse, pero él le había asegurado a sus hombres que podrían verlo una y otra vez en la televisión, y que en los años venideros, los canales de cable harían documentales detallando el ingenio y la audacia de su ataque.

—Alabado sea Dios, ¿puedes creerlo? —exclamó Talwar, mirando a través del parabrisas, tratando de ver la trayectoria del avión mientras empezaba a caer invertido hacia el suelo en un ángulo de cuarenta y cinco grados.

—Hoy es un gran día —exclamó Niazi.

Samad estuvo de acuerdo, pero no podía dejar de desear no haber quemado la fotografía de su padre.

110 Harbor Freeway hacia el sur
Los Ángeles, California

Abe Fernández maldijo al tiempo que el hombre delante de él frenaba de golpe. Ya era demasiado tarde. Fernández chocó contra la parte posterior del vehículo del hombre, que conducía una porquería de Camry viejo. Pero entonces un imbécil se estrelló contra el parachoques trasero de la pequeña camioneta pickup de Fernández y todos empezaron a acumularse, uno tras otro. Gritó, bajó el volumen de la radio y movió su auto hacia el arcén, con su parachoques delantero todavía unido al auto del otro tipo.

El haberse criado en el centro de Los Ángeles le había permitido a Fernández ver mucho en su corta vida de diecinueve años: accidentes automovilísticos, tiroteos, tráfico de drogas, persecuciones a alta velocidad...

Pero nunca había visto nada como esto.

Se dio cuenta de por qué todo el mundo estaba parando, por qué todo el mundo estaba chocando, porque en el cielo hacia el oeste apareció un espectáculo surrealista.

Parpadeó fuertemente. No era un sueño. O una pesadilla.

Un gigante avión comercial de Delta Air Lines, con su aleta de la cola azul y su inmaculado fuselaje blanco, al que le faltaba gran parte de una de las alas, estaba bamboleándose fuera de control y yendo directamente hacia ellos. Lo que sonaba como si el metal estuviera en realidad gritando y el otro motor del avión uniéndose al chillido hizo que a Fernández quedara boquiabierto. En su próximo aliento olió el combustible del avión.

Como un acto reflejo, abrió la puerta y se echó a correr de vuelta a lo largo de la autopista, junto con docenas y docenas de otros conductores, el pánico llegando a sus bocas, los gritos de histeria haciendo que un escalofrío recorriera la espina dorsal de Fernández cuando sintió el calor de la aeronave acercándose.

Pasó corriendo a toda velocidad junto a un niño vestido con una camiseta de Abercrombie & Fitch que estaba grabando el avión en video con su iPhone, como si todo estuviera sucediendo en YouTube y no estuviera a punto de morir. El chico no se movió cuando Fernández le gritó, casi lo derribó, y cuando miró hacia atrás, el avión, dado vuelta, con líquidos oscuros fluyendo de su ala rota y su único motor tosiendo, golpeaba la autopista en un ángulo de más o menos treinta grados.

No había dónde ir. Fernández se detuvo, enfrentó la gigante nariz del avión y no podía creer que esta era la forma en que iba a morir.

El avión explotó a menos de cincuenta pies delante de él y el viento lo lanzó al asfalto antes de que el fuego llegaran rugiendo. Tomó aliento. No había aire. Y entonces el avión estaba sobre él.

Centro Comunitario Gilbert Lindsay
East 42nd Place
Los Ángeles, California

Barclay Jones tenía diez años y le encantaba ir al centro de recreación. Formaba parte del club después de la escuela y su mamá pagaba quince dólares al día para que pudiera jugar al béisbol con un grupo bastante bueno de chicos. También le daban bocadillos y lo ayudaban con sus tareas. Había un par de chicos matones en el centro que no le caían bien, pero a veces sus madres no podían permitirse el lujo de pagar el dinero y no iban.

Barclay avanzó hacia la caja de bateo y estaba listo para batear un jonrón como uno de sus jugadores favoritos en el Salón de la Fama, Cal Ripken, Jr., a quien solían llamar el «Hombre de Hierro» en los días en que aún jugaba.

Sin embargo, antes del primer lanzamiento, un sonido retumbó a la distancia. Frunció el ceño y bajó su bate mientras el lanzador se volvió hacia su izquierda y Barclay se volvió hacia su derecha. Ahora, el estruendo se escuchaba cada vez más fuerte y justo por encima de los árboles que formaban una hilera detrás del jardín derecho apareció una extraña línea de humo negro elevándose en el aire, como el humo de un viejo tren resoplando por las vías.

El estruendo era cada vez más fuerte y sonidos extraños, como de autos chocando y edificios derrumbándose todo al mismo tiempo, se hicieron tan fuertes que daba miedo y Barclay comenzó a jadear.

Algo se estrelló contra los árboles y no fue sino hasta el último segundo que supo lo que era, la sección de la cola de un avión gigante que parecía que se había caído y arrastrado por al suelo, recogiendo pedazos de edificios y árboles e incluso lo que podrían ser algunas personas a lo largo del camino.

Justo después de la cola llegó una ráfaga de fuego tan fuerte que Barclay se tapó los oídos y echó a correr hacia la línea de tercera base, al igual todos los otros jugadores en el campo. Barclay vio cómo la sección de la cola atravesaba el campo y uno a uno sus amigos desaparecían debajo del pedazo de acero gigante, en llamas. Gritó y llamó a su madre.

Aeropuerto de San Diego (SAN)
Estacionamiento de espera
North Harbor Drive

Moore y Towers estaban todavía en la escena en el estacionamiento de espera y las noticias que llegaban cambiaban en cuestión de segundos, muy rápido y fragmentadas. Reportes de misiles lanzados desde el suelo... testigos diciendo que habían filmado a un equipo en Los Ángeles saltar de una furgoneta y disparar contra un avión... más testigos diciendo que vieron algo muy similar en San Antonio.

Pánico. Caos. Moore observó un servicio de noticias en su teléfono inteligente donde la presentadora que estaba al aire tuvo que salir de su asiento porque comenzó a llorar...

La gente en Nueva York y Chicago informaba que creían haber visto misiles disparados contra aviones que habían despegado de sus aeropuertos...

Un oficial de policía en Phoenix dijo que fue testigo de un misil levantándose desde el suelo para estrellarse contra un avión que despegaba... había grabado un video con su teléfono y lo había enviado por correo electrónico a su estación de noticias local.

Y allí estaba, una raya candente en la pantalla del teléfono de Moore, levantándose como una luciérnaga para estrellarse contra la aeronave.

—¿Cómo logró captar una imagen tan buena de esto? —le preguntó quién presentaba las noticias —. Todo sucedió tan rápido.

—Mi hija quería que tomara unos videos de los aviones despegando y aterrizando para un proyecto escolar. Vine aquí cuando salí del trabajo. Es una coincidencia que me da náuseas.

US Airways, vuelo 155
Phoenix a Minneapolis

Antes de que el hombre gritando pudiera golpear a la diminuta auxiliar de vuelo con su teléfono celular, Dan Burleson se le acercó por detrás y envolvió uno de sus poderosos brazos por debajo de la barbilla del hombre al mismo tiempo que le agarraba el brazo y se lo doblaba hacia la espalda con tal fuerza que oyó el hombro desencajarse.

El hombre dejó escapar un grito ensordecedor mientras Dan lo arrastraba hacia atrás y lejos de la auxiliar, diciendo:

—¡*Lo* tengo! ¡*Lo* tengo! —si es que había un agente federal aéreo a bordo, Dan no lo vio...

Al mismo tiempo que Dan agarraba al tipo, el avión comenzó a bambolearse y Dan sabía que los pilotos tendrían que compensar la falta del motor. Dan se arrastró hacia atrás con el terrorista en mano hasta que llegó cerca de su asiento y se derrumbó en él, todavía agarrando al matón por la garganta. No fue una decisión consciente el aumentar la fuerza de su agarre. El hombre luchó contra él y Dan reaccionó. Apretó los dientes y luchó para permanecer en su asiento mientras el único motor tronaba y los pasajeros seguían llorando y gritando. Una mujer negra de edad avanzada dos puestos más delante que él se puso de pie y gritó:

—¡Cállense todos y dejen que Jesús haga su trabajo!

Y fue entonces cuando Dan se dio cuenta de que tal vez Jesús ya había comenzado a hacer su trabajo, porque el terrorista ya no se movía y los pilotos finalmente habían estabilizado la aeronave. Dan relajó su brazo alrededor del hombre y se quedó sentado allí, escuchando, mientras los pilotos aceleraban el motor a su máxima potencia. Sin duda ya habían cortado el suministro de combustible al motor dañado y habían girado los diales en el transpondedor para que leyera 7700, el código del Control de Tráfico Aéreo (ATC) para EMERGENCIA. Los controladores de vuelo habrían notado el brillo de la señal del avión en el radar en sus pantallas y estarían recibiendo alarmas sonoras de emergencia. No sería necesario ningún contacto de radio. Esos pilotos estaban muy ocupados atendiendo la aeronave para siquiera pensar hablar con el ATC.

La auxiliar de vuelo que estuvo a punto de ser atacada llegó tambaleándose hasta donde estaba él y miró al terrorista.

—¿Está muerto?

Dan se encogió de hombros, pero estaba bastante seguro de que había ahogado al hombre hasta su muerte.

Ella abrió mucho los ojos, empezó a decir algo, cambió de opinión y luego dijo:

—Tiene que abrocharse el cinturón! ¡Ahora!

Dan empujó al tipo hacia el asiento junto a él y luego se abrochó el cinturón de seguridad como le habían indicado.

La chica universitaria, cuyo rostro estaba ahora manchado de lágrimas, lo miró y asintió.

Aeropuerto de San Diego (SAN)
Estacionamiento de espera
North Harbor Drive

Moore y Towers se encontraban cerca de la puerta trasera abierta de una camioneta, observando un servicio de noticias en vivo en un ordenador portátil que les había dado el agente Meyers. Moore miró su mano, que estaba temblando.

Los incidentes parecían estar moviéndose de oeste a este. La prensa de la costa oeste estaba en plena euforia y su tiempo de reacción en poner al aire las noticias era mucho más rápido. Moore ya había visto imágenes capturadas por un helicóptero de noticias de KTLA del increíble y surrealista daño causado en Los Ángeles, la larga línea de destrucción a lo largo de la ciudad, ya que el avión se había estrellado contra la autopista y luego había caído para arrastrarse a través de la zona densamente poblada de las calles 41 y 42 Oeste, destruyendo casas, bares, tiendas de gangas, mercados de pescado y cualquier otra cosa en su camino. La sección de la cola se había separado fuera de la autopista a una velocidad aún mayor que el resto del avión y se había estrellado en un centro de recreación, donde, según los informes, habían muerto más de veinte niños.

—Moore —lo llamó Towers, bajando su teléfono—. Acaban de tratar de atacar Tucson, pero un grupo de civiles los liquidaron. Y acabo de escuchar que atacaron El Paso y San Antonio. Con eso son seis hasta el momento. Se trata de un completo ataque terrorista. Once de septiembre todo de nuevo.

Moore maldijo y miró los tres cuerpos de los terroristas que estaban siendo metidos en bolsas, mientras el equipo de bomberos continuaba lanzando espuma por la zona.

US Airways, vuelo 155
Phoenix a Minneapolis

Si Dan Burleson tuviera que apostar, diría que los pilotos estaban tratando de decidir si podrían iniciar un giro y regresar al aeropuerto. La situación más probable era que tuvieran que aterrizar en el mejor sitio posible fuera del aeropuerto. Todo dependía de si tenían o no el poder suficiente para mantener el nivel del avión. Si trataban de dar la vuelta sin el poder suficiente, perderían altitud muy rápidamente. Los pilotos de aviones monomotores eran instruidos para nunca, jamás, tratar de volver a la pista, porque perderían demasiada altura para efectuar la vuelta. Como ejemplo: el 15 de enero de 2009, el capitán Chesley Sullenberger estaba al mando del vuelo de US Airways número 1549 en ruta desde La Guardia a Charlotte. Había despegado y volado a través de una bandada de pájaros, lo que resultó en la pérdida de ambos motores. Él sabía que perdería altitud si empezaba a dar la vuelta sin motores que produjeran energía y determinó que su mejor curso de acción era aterrizar en el río.

Sus acciones salvaron las vidas de la tripulación y de todos los pasajeros a bordo.

Podrían culpar a los pájaros por aquel casi desastre, pero Dan estaba seguro de que el Sr. Allahu Akbar en el asiento de al lado, junto con sus compañeros, eran responsable de su actual dilema.

—Señoras y señores, este es el capitán Ethan Whitman. Como la mayoría de ustedes ya saben, hemos perdido un motor, pero planeamos dar la vuelta y volver al aeropuerto. Tenemos plena confianza en que seremos capaces de aterrizar la aeronave en la pista. Esos ruidos que acaban de escuchar era el tren de aterrizaje bajando y ahora estamos a punto de iniciar nuestro muy importante giro de regreso a Phoenix. A pesar de nuestra confianza respecto al aterrizaje, iniciaremos los procedimientos de aterrizaje de emergencia y quisiera insistir en que mantengan la calma y permitan a las auxiliares de vuelo hacer su trabajo. Escuchen lo que dicen y obedezcan de inmediato por su propia seguridad y la seguridad de quienes los rodean. Gracias.

No más de cinco segundos después, el avión comenzó a girar.

Llévennos a casa, chicos, pensó Dan. *Llévennos a casa.*

Estación de la Guardia Costera de los Estados Unidos
San Diego, California

Moore, Towers y algunos de los agentes del FBI de Meyers habían cruzado la calle e ido hablar con el comandante de la Estación de la Guardia Costera, John Dzamba, que ya había enviado una docena de su personal para ayudar a controlar la escena y mantener el tráfico en movimiento. Le pidieron prestada una sala de conferencias equipada con televisores de pantalla grande y ahí Moore se paseó de un lado al otro y miró las pantallas con una mezcla de horror e incredulidad, mientras Towers se metía a la red para ver qué información de inteligencia estaban reuniendo las otras agencias.

Casi todas las cadenas de televisión de los Estados Unidos de América estaban interrumpiendo su programación regular para transmitir noticias acerca de los múltiples ataques con misiles contra aviones rumbo al este desde la costa oeste. Los presentadores de las estaciones de noticias locales de San Diego comenzaron a especular sobre más ataques que podrían ocurrir en el centro-oeste y en los aeropuertos a lo largo de la costa este mientras los vuelos en todas partes estaban siendo dirigidos a tierra y los controladores aéreos estaban haciendo su mejor esfuerzo para mover esos aviones fuera de las zonas altamente volátiles como las refinerías de petróleo cerca de Newark, Nueva Jersey, y otras zonas densamente pobladas. De hecho, en Newark, los vuelos procedentes de Europa serían desviados a Nueva Escocia/Terranova, como lo habían sido el 11 de septiembre de 2001. Y del mismo modo en que había ocurrido el 11 de septiembre, los rumores e informes falsos siguieron apareciendo a rienda suelta.

Slater y O'Hara finalmente se conectaron por videoconferencia, la que Slater dijo no podría durar más de dos minutos porque estaban, comprensiblemente, inundados de trabajo.

—Los equipos nucleares ya están convergiendo en las grandes ciudades —dijo O'Hara.

—Y tenemos los equipos de vigilancia de la NSA monitoreando los teléfonos celulares para detectar palabras clave, como números de vuelo, acentos y frases de Medio Oriente. Tu hombre Samad podría tratar de darle un informe a su jefe Rahmani, y si lo hace, entonces trabajaremos en la triangulación de su ubicación.

—Estos tipos son demasiado inteligentes para eso. La única manera de atraparlo es con HUMINT —dijo Moore—. Hombres en el campo. Personas que sepan adónde va Samad. Tiene ayuda. Agentes durmientes en todas partes, casas de seguridad. Saben cómo ocultarse... y si todavía tienen la ayuda de Gallagher, entonces él les enseñó todos nuestros TTP.

—Tenemos un equipo buscándolo —dijo Slater—. Y lo encontrarán.

O'Hara intervino:

—Towers, tenemos el visto bueno para mantenerte en esto porque tu Fuerza Especial Conjunta ya está configurada para operaciones interinstitucionales. Vas a formar un equipo con algunos nuevos agentes del FBI, la DEA y tengo un tipo de la TSA que tenemos que subir a bordo. ¿Asumo que estás lo suficientemente bien como para seguir trabajando?

—Sí, señor —dijo Towers.

Moore comenzó a sacudir la cabeza.

—Las respuestas no están aquí. Están allá. En las montañas. En Waziristán. ¿Detuvo los ataques aéreos?

—Seguimos trabajando en ello —dijo Slater.

Moore contuvo una maldición.

—Por favor, trabaje más duro. *Señor*.

Después de la llamada, Moore fue al baño. Tenía náuseas y colgó la cabeza en el inodoro durante unos minutos. Cuando regresó a la sala de conferencias, se encontró con una taza de café fresco esperando por él.

Towers le dio una mirada comprensiva.

—Ey, hombre, no había manera de que pudiéramos saber que sucedería esta mierda. Firmamos contrato para derribar un cártel. Nuestro *timing* fue pésimo. Punto. Pero aún así hicimos nuestro trabajo.

Ambos se dieron vuelta a mirar la pantalla plana, que ahora estaba mostrando un video en vivo del avión aterrizando en el aeropuerto de Phoenix, con un motor todavía humeando. El tren golpeó la pista en un aterrizaje perfecto.

Pero luego la emisión fue interrumpida una vez más por las imágenes en directo de un avión cayendo hacia la carretera interestatal 10 en las afueras de San Antonio.

—Oh, Dios mío —dijo Moore con un grito ahogado.

Ambos motores estaban averiados y eso era todo lo que el piloto podía hacer para mantener el nivel de la aeronave. El tren de aterrizaje estaba bajo, pero de repente perdió más altitud.

La carretera estaba atestada de tráfico y los conductores trataron de mover sus vehículos hacia el arcén, pero no había tiempo.

Doscientos pies. Cien. El tren de aterrizaje principal tocó el suelo, pero luego chocó con varios autos antes de que el tren delantero de repente se estrellara hacia abajo con tal fuerza que las ruedas simplemente se desprendieron, enviando al avión hacia adelante y a través de más autos, que fueron arrastrados fuera del camino y lanzados por el aire como si fueran juguetes Matchbox. El fuselaje se partió en dos, justo delante de las alas, y la primera sección se rompió y salió girando fuera de la carretera, mientras que el resto del avión comenzó a disminuir la velocidad a medida que continuaba estrellándose con más y más vehículos, levantando un denso humo negro a su paso.

Los reporteros de noticias estaban llorando al aire y Towers decía:

—Habrá sobrevivientes con seguridad. Algunas personas saldrán con vida de eso.

Moore se pasó los dedos por el cabello y luego sacó su teléfono inteligente y le envió un mensaje de texto a Wazir.

DEBEMOS HABLAR LO ANTES POSIBLE. URGENTE.

43

MIENTRAS MÁS CAMBIAN LAS COSAS

Oficina de Control de Desvíos de la DE
San Diego, California

Meyers y sus agentes llevaron a Moore y Towers hasta la oficina de la DEA. Un video tomado por una mujer que esperaba en el estacionamiento de espera en el aeropuerto LAX mostraba a tres terroristas de pie cerca de una furgoneta de DirecTV. Vestían pantalones de mezclilla y camisas de franela, como trabajadores migrantes, y llevaban pasamontañas que ocultaban sus rostros. Gigi Rasmussen era una estudiante de diecinueve años en el primer año de la USC (Universidad del Sur de California) que había iniciado su grabación con el lanzamiento del segundo misil, el asesinato de un civil que había desafiado a los terroristas y luego su partida, todo narrado por ella mientras jadeaba y en repetidas ocasiones gritaba «ohdiosmío» a lo largo de toda la secuencia. Le había vendido el video a CNN, pero la Agencia había logrado evitar su emisión por razones de seguridad nacional, aunque Moore sabía que, al final, se daría a conocer al público. El lanzamisiles fue identificado como un Anza, el misil presuntamente un MK III, del mismo tipo utilizado por los hombres en San Diego. La Agencia ahora podría centrar sus búsquedas de ventas de armas en esa munición específica, pero incluso un análisis superficial de las especificaciones del MANPADS le dijo a Moore lo suficiente: el lugar de origen del arma era Pakistán y los misiles MK III eran la versión china de la Stinger estadounidense. Estas eran el tipo de armas a las que los talibanes podían tener acceso y con las que podían entrenar en Waziristán.

Moore revisó cada foto que tenían en archivo del mulá Abdul Samad e hizo un acercamiento a los ojos del hombre en cada fotografía. Luego los comparó con los ojos en una imagen fija que había capturado del video. Golpeó con los nudillos la pantalla y le dijo Towers que lo viera él mismo.

—Maldita sea, podría ser él. Y oiga, encontraron lo que quedaba de la furgoneta en un Johnny Park en la calle 111. La quemaron. No había armas. No hay testigos. ¿Sabe por qué? Porque mataron a todos los empleados allí. Los amordazaron y los amarraron y luego los apuñalaron.

Moore sacudió la cabeza asqueado.

—Escuche lo que le digo, si encuentran cualquier rastro de ADN en absoluto, va a coincidir con lo que obtuvimos del colgante. Samad dirigió el equipo en Los Ángeles. Apuesto mi vida a ello.

Towers consideró eso, luego su expresión se volvió extraña.

—Hay una cosa más. Al parecer a estos cabrones les gusta el chocolate. Encontraron envoltorios por todas las alfombras del piso. El papel de aluminio sobrevivió el incendio.

—A lo mejor consiguen algunas buenas muestras de ellos, pero ¿sabe lo que me asusta ahora? La idea de la cantidad de agentes durmientes que los estuvieron ayudando... —Moore giró su mirada hacia la televisión.

Todos los aviones estaban en tierra ahora. Los equipos de FEMA estaban en camino. Se estaban estableciendo barricadas y puestos de control dentro de un radio de cien millas de los seis principales aeropuertos donde habían ocurrido los incidentes. Samad y sus hombres deben haberlos tenido en cuenta. ¿Habían escapado antes de que se establecieran los puestos de control? ¿O se mantendrían dentro de la zona asegurada por unos días o incluso unas pocas semanas?

Mientras tanto, todo el país estaba conteniendo el aliento de forma colectiva, esperando a ver qué más podía pasar (un ataque químico, biológico o nuclear) mientras las terribles imágenes, *terribles* imágenes continuaban parpadeando en las pantallas. La gente en Times Square se había reunido en las calles y estaban ahí como zombis, con el cuello estirado hacia las imponentes imágenes del paisaje carbonizado, cicatrices a través del suelo y el tejido de la nación.

Seis aviones habían sido blanco de ataques el 6 de junio. Dos aviones cuyos motores habían sido golpeados por los misiles habían logrado aterrizar: Phoenix y El Paso. El vuelo de Los Ángeles se había estrellado, matando a todos los pasajeros a bordo, la tripulación y cientos de civiles en tierra. El vuelo de Tucson transcurrió sin incidentes después de que un chico llamado Joe Domínguez pasara por encima de uno de los terroristas con su camioneta elevada. El de San Antonio se había estrellado al aterrizar y los sobrevivientes estaban siendo rescatados con vida del accidente. Las cifras de muertos iban en aumento.

A las nueve de la noche, el Presidente de los Estados Unidos se estaba dirigiendo a la nación y citando libremente del discurso de George W. Bush ese fatídico martes de septiembre de 2001:

—La búsqueda de aquellos detrás de estos actos malvados ya está en curso. He dirigido todos los recursos de nuestra inteligencia y de las comunidades de orden público para encontrar a los responsables y llevarlos ante la justicia. No haremos distinción entre los terroristas que cometieron estos actos y aquellos que los protegen.

—Si fuera Samad, ¿a dónde iría? —le preguntó Towers—. ¿Michigan? ¿Canadá? ¿O en la otra dirección... de regreso a México?

—Si cruza cualquiera de las fronteras todavía podemos legalmente perseguirlo —dijo Moore.

—¿Cree que ese es su plan?

—En realidad, creo que se va a mantener escondido. Tiene una casa de seguridad en algún lugar de Los Ángeles. Está ahí ahora mismo. Probablemente algún pequeño apartamento en el valle.

—Bueno, si no intenta cruzar una de las fronteras ahora, va a tener un infierno de dificultades después de esto.

—Sí, es una cosa o la otra. O está corriendo hacia la frontera en este momento, o simplemente se va a quedar tranquilo hasta que las cosas se calmen. Luego se va a mover a donde sea que se encuentre su destino final.

—¿De vuelta a Pakistán?

—No, es demasiado peligroso. No tenemos mucha información sobre él, pero sabemos que tiene amigos en Zahedán y Dubai. Necesitamos poner su cara allá fuera. Algún chico de barrio podría identificarlo.

—Quédese tranquilo. Una vez que tengamos el ADN de la furgoneta, creo que sus muchachos de Langley podrían estar dispuestos a hacerlo público.

—Será mejor que así sea. Bueno... no hay manera de que pueda dormir. Vamos a Los Ángeles.

Towers tomó un largo trago de su café, asintió con la cabeza, y dijo:

—Ha sido una noche infernal.

Aeropuerto Internacional Sky Harbor de Phoenix
Terminal 4, Explanada D

Dan Burleson entrecerró los ojos ante las luces cegadoras y las cámaras dirigidas a él y al resto de los pasajeros cuando entraron a la terminal, habiendo recién terminado la salida por el tobogán inflable desde el avión, como la que se hizo famosa por una auxiliar de vuelo de JetBlue que, después de haber sido acosada por un pasajero, había renunciado a su trabajo y, posteriormente, salido del avión por la misma vía, en lo que algunos llamaban la renuncia más épica que jamás se hubiera visto. Antes de salir del avión, a Dan y los demás les habían dicho que tendrían que ser puestos en cuarentena e interrogados brevemente por los investigadores federales. También habría médicos disponibles y se emitirían vales para compensar el vuelo. La auxiliar de vuelo que casi había sido atacada había agarrado la mano de Dan antes de que él saliera del avión y le había dicho: «Gracias». Él se había sonrojado.

A medida que avanzaban entre la multitud de medios de comunicación frenados por los guardias de seguridad del aeropuerto, la señora negra que le había dicho a todos que se callaran levantó su voz a la multitud:

—¡Jesús hizo su trabajo esta noche! ¡Y él nos dio este gran hombre aquí! ¡Este héroe que nos salvó del terrorista en el avión!

Señaló directamente a Dan, quien hizo una mueca y agitó la mano y trató de moverse tan rápido como pudo más allá de la multitud, en tanto las luces de la cámaras ahora destellaban como fuegos artificiales. Tenía la sensación de que por la mañana estaría sentado en numerosos estudios de TV y dando entrevistas sobre algo que a él nunca se le habría ocurrido considerar heroísmo. Quería creer que cualquiera en su lugar habría hecho lo mismo, que todavía quedaban buenos samaritanos en este mundo. Eso era todo.

Y, por desgracia, el sábalo de boca chica tendría que esperar.

University Medical Center
Tucson, Atizona

Joe Domínguez había sido examinado por el médico, le habían puesto puntos en el brazo y había sido interrogado por la policía local de Tucson y por dos tipos del FBI, que le debían haber hecho mil preguntas en solo una hora.

Sus padres llegaron al hospital y después de que fue puesto en libertad, dos policías le dijeron que lo «ayudarían» a llegar al auto de sus padres. No entendió lo que eso significaba hasta que las puertas automáticas se abrieron y salieron...

A una multitud de periodistas, probablemente diez o quince de ellos, con camarógrafos y luces... y la visión de las cámaras apoyadas sobre los hombros de los hombres le produjo a Domínguez un *flash-back* al momento, mientras las cámaras digitales comenzaban a parpadear. Una reportera de la prensa local que él reconoció le metió el micrófono en la cara y le dijo:

—Joe, sabemos que fuiste un héroe, derribando a los terroristas. ¿Puedes decirnos qué pasó?

—Eh, me gustaría poder hacerlo, pero me dijeron que no dijera nada en estos momentos.

—Pero es verdad que pasaste por encima de los tipos con tu camioneta y luego le disparaste a uno de ellos en la cabeza, ¿verdad? Hemos hablado con otros testigos que nos han dicho eso.

Domínguez volvió a mirar a su padre, quien negó con la cabeza enérgicamente: *¡No hables!*

—Eh, no puedo decir nada. Pero si me dicen que puedo, entonces, eh, te contaré todo.

—¿Qué se siente ser un héroe? —gritó otro reportero.

Antes de que pudiera responder, la policía obligó a los periodistas a retroceder y condujo a Joe y sus padres a través de la apertura entre la multitud. Para cuando llegaron a la camioneta blanca toda abollada de su padre, estaba agotado.

Y su padre estaba llorando.

—Papá, ¿qué pasa?

—Nada —dijo su padre, desviando la mirada, avergonzado—. Estoy tan orgulloso de ti.

Johnny Park Calle 111
Los Ángeles, California

Unas dos horas y media más tarde, Moore y Towers se encontraban en Los Ángeles, hablando con el comandante del incidente en el interior del estacionamiento.

Otro de los laboratorios móviles de la CIA había llegado para ayudar a los equipos forenses del FBI. Moore habló con los técnicos, quienes dijeron que estaban utilizando la nueva plataforma de análisis rápido de ADN, la misma que habían usado para el colgante en San Diego.

Por la mañana, tuvo su respuesta: el ADN que habían encontrado en las envolturas de aluminio que habían encontrado coincidía con el del colgante.

Embajada de los Estados Unidos
Islamabad, Pakistán
Una semana más tarde

Las fotografías de Samad, Talwar, Niazi y Rahmani habían sido dadas a conocer al mundo. La Agencia había negado cualquier conocimiento de cómo exactamente los terroristas habían pasado al país y los «expertos» estaban en toda su gloria, con cientos de horas de programación televisiva que llenaban fácilmente con sus especulaciones y argumentos acerca de la necesidad de proteger mejor las fronteras de los Estados Unidos y de cómo el Departamento de Seguridad Nacional, a pesar de los aumentos presupuestarios y mejoras mensurables, le había fallado a la nación. Los inspectores de la TSA eran más hábiles en descubrir travestís e implantes mamarios que posibles terroristas, decían los expertos. El Contralor General de los Estados Unidos, el jefe de la GAO[47] (Oficina de Responsabilidad del Gobierno), estaba siendo interrogado acerca de una reciente auditoría de desempeño del DHS, en la que afirmó que el DHS no estaba haciendo sus operaciones lo suficientemente transparentes como para que el Congreso pudiera estar seguro de que el departamento estaba trabajando con eficacia, eficiencia y económicamente, en vista de su gigante presupuesto anual. La GAO ejercería una vez más su amplio derecho legal a los expedientes del

departamento, en un intento por localizar dónde se habían producido las fallas. Moore sólo podía esperar que la presión del público no llevara la investigación a la CIA, a Calexico, a un túnel fronterizo que había sido controlado por el cártel de Juárez y explotado por terroristas, a un hombre asignado a desbaratar ese cártel.

Una vez más, las banderas estadounidenses se alzaban en los hogares de todo el país y los que habían sido en gran medida apáticos acerca de su patriotismo de repente lo encontraron de nuevo. Gritos en el Congreso para dar una respuesta militar como la que se había visto después del 11 de septiembre enfurecieron a los ciudadanos, quienes salieron a protestar por una respuesta abrumadora. Miles se reunieron en el Capitolio. Las ventas de armas se multiplicaron por diez. Las mezquitas fueron atacadas y saqueadas.

Luego, en el séptimo día después del ataque terrorista, se reportó una victoria en las tierras tribales de Pakistán: el mulá Omar Rahmani había sido, de acuerdo a los colegas de Moore, asesinado por un misil Hellfire lanzado desde un avión no tripulado Predator de la CIA. Su muerte fue la única buena noticia que llegó al pueblo estadounidense desde el ataque. La búsqueda de los otros terroristas estaba en curso y hasta ahora no había sido exitosa, a pesar de miles horas-hombre y decenas de miles de pistas.

El presidente dio una conferencia de prensa para confirmar que el «cerebro» detrás de los ataques a los aviones había sido asesinado y las estrellas de la música country ya estaban lanzando nuevas canciones acerca de cómo los Estados Unidos habían vencido.

Moore no pudo celebrar el deceso de Rahmani. No había recibido noticias de Wazir y el silencio del anciano le preocupaba profundamente y le robaba todo placer a la buena noticia. Le dijo a Slater y O'Hara que él mismo viajaría a Pakistán para identificar el cuerpo de Rahmani; era algo que tenía que hacer. Al mismo tiempo, trataría de restablecer contacto con Wazir. También les recordó a sus jefes que el haber matado a Rahmani podría haber hecho que fuera imposible encontrar a los otros. Aunque no le gustaba, Moore entendía por qué su solicitud de detener los ataques de los aviones no tripulados había sido negada. El pueblo estadounidense quería sangre y la Agencia había estado bajo una presión extrema para dársela. Los días del Coliseo estaban de vuelta.

Moore había volado a Islamabad y pensado en ir primero que nada a la embajada para sorprender a Leslie. Se había enterado por un amigo común que había sido trasladada desde la embajada en Kabul de regreso a la de Islamabad, donde se habían conocido por primera vez.

La encontró en el estacionamiento mientras ella se dirigía a almorzar.

—Oh, Dios mío —dijo ella, y luego bajó sus anteojos para mirarlo fijamente por encima del borde—. ¿Estoy soñando?

—No, yo lo estoy.

Ella lo golpeó en el hombro.

—Eso es muy cursi, y, eh, te ves bastante bien. Te arreglaste bien. Me gusta el corte de pelo. Me recuerda que debemos hacer más para fortalecer nuestra relación bilateral.

—¿Quieres decir que debería haber algo fuerte entre nosotros?

—Eso es inapropiado.

—Me gustaría ser inapropiado contigo.

Ella respiró hondo y apartó la vista.

—¿Qué?

—¿Qué quieres decir con «¿Qué?». ¿Qué esperabas? Ya les di mi aviso de renuncia. Me voy a finales de la semana, vuelvo a los Estados Unidos.

Él levantó las manos, sabiendo todo el esfuerzo que ella había puesto en su carrera.

—¿Por qué?

—Porque esto no es para mí. Pensé que trasladarme de regreso a Islamabad haría una diferencia, pero no la hizo. Lo único que lo hacía divertido y emocionante eras tú.

—No, no, no. Más despacio. Vamos al Club 21 como en los viejos tiempos. Todavía tienen la mejor cerveza de esta ciudad.

—La única cerveza de esta ciudad.

Él se movió hacia ella y puso su mano debajo de su barbilla.

—Te debo una verdadera despedida, no esa torpe... lo que sea que fue por teléfono, y por eso he vuelto. Si esto lo hace peor, entonces soy un idiota, pero no quería dejarlo así. Me sentí muy mal al respecto.

—¿En serio?

Él asintió con la cabeza y dos rondas de cervezas más tarde, la dejó en la embajada y hubo un momento en que él le sujetó la mano, la apretó con fuerza y le dijo:

—Vas a tener una gran vida.

Miran Shah
Waziristán del Norte
Cerca de la frontera con Afganistán

Antes de conducir a Waziristán del Norte, Moore se detuvo en la Base de Operaciones Chapman, una de las instalaciones clave de la CIA en Afganistán, que se encuentra cerca de la ciudad oriental de Khost. Chapman fue donde ocurrió el infame atentado suicida que, el 30 de diciembre de 2009, mató a siete agentes de la CIA, incluido el jefe de la base. La misión principal de la Agencia en ese momento había sido reunir HUMINT para los ataques con aviones no tripulados contra objetivos situados en las tierras tribales y esos ataques habían provocado represalias por parte de los talibanes operando en la frontera. El ataque fue uno de los más letales llevado a cabo contra la CIA. Moore conocía a tres de los fallecidos y había hablado por teléfono con todos los demás. Había dado vueltas como aturdido durante aproximadamente una semana después del ataque. Había sido, para todos, una pérdida devastadora.

El cuerpo de Rahmani (o lo que quedaba de él) había sido trasladado allí y si bien el torso había sido destrozado por las bombas, su cara había quedado casi intacta. Moore probablemente lo estaba imaginando, pero casi parecía que había muerto con una sonrisa sardónica en el rostro.

Moore llegó a Miran Shah en la tarde. El polvo y la miseria y las anticuadas influencias de la cultura occidental lo sorprendieron una vez más. Esta vez, sin embargo, sin Rana como su chofer, fue detenido agresivamente por cuatro guardias, miembros del Ejército que estaban encantados de

enseñarle los cañones de sus AK-47. Frunciendo el ceño, uno de ellos se puso el arma al hombro y le meneó el dedo a Moore.

—Me acuerdo de ti.

—Yo también me acuerdo de ti —mintió Moore—. Me dirijo a ver a Wazir.

Los guardias se miraron extrañados unos a otros y entonces el que lo recordaba dijo:

—Identificación, por favor.

Moore esperó a que el hombre inspeccionara el documento.

—Está bien —dijo, devolviéndole la identificación—. ¿Dónde está tu joven amigo?

Moore desvió la mirada. No había ninguna razón para mentir ahora.

—Murió.

—Lo siento.

Los guardias bajaron sus rifles y le hicieron una seña para que avanzara. Moore siguió por el camino de tierra, recordando la vuelta a la derecha y el ascenso a través de las colinas. Se detuvo cerca de las dos casas de ladrillo con antenas parabólicas en los techos y la colección de tiendas de campaña levantadas detrás de ellas. Las cabras y las vacas se estaban moviendo en sus corrales detrás y en el valle más abajo había decenas de agricultores trabajando los campos. Nunca había olido un aire tan limpio.

Un anciano salió, dejando la puerta abierta detrás de él y Moore le echó una segunda mirada. Este hombre llevaba una túnica negra y un chaleco a juego, pero su barba era mucho más corta que la de Wazir. Aparecieron otros dos hombres: soldados con rifles apuntando a Moore. Apagó el motor y se bajó.

—¿Quién es usted? —preguntó el anciano.

—Mi nombre es Khattak. He venido a ver Wazir.

—¿Wazir? —el anciano se dio vuelta para mirar a sus guardias, luego les hizo un gesto para que regresaran a la casa.

—¿Pasa algo? —preguntó Moore.

El anciano hizo una mueca.

—Le llevaré a verlo —caminó alrededor de la casa y pasando las tiendas, abriéndose camino a lo largo de los corrales de animales y a través de un camino serpenteante hacia la ladera más allá. Moore lo siguió en silencio.

—¿Usted es un amigo? —preguntó al fin el anciano, mientras subían por la colina.

—Sí. ¿Y usted?

—Oh, sí. Wazir y yo luchamos contra los soviéticos juntos. Moore tomó un respiro profundo y esperó contra el destino que sus sospechas estuvieran equivocadas.

—¿Cuál es su nombre?

—Abdullah Yusuff Rana.

Moore se detuvo y se volvió hacia el valle. Este era el abuelo de Rana y la razón por la que el joven había conocido a Wazir toda su vida. Moore tenía muchas ganas de decirle al anciano que él había conocido a su nieto, que el muchacho había trabajado con valentía para él, que había dado su vida por lo que creía y que Moore le debía todo.

—¿Ve algo? —preguntó el anciano.

Moore sacudió la cabeza.

—Simplemente es hermoso aquí arriba.

El anciano Rana se encogió de hombros y lo llevó más arriba por la colina, donde cerca de la cima había un cráter profundo con piedra pulverizada extendiéndose en curiosas líneas y en todas las direcciones. A la izquierda había un montículo rectangular a la sombra de tres altos árboles. Una tumba.

Rana señaló.

—¿Quiere que lo deje solo?

Moore trató de respirar. Trató.

—¿Qué pasó?

—Creí que lo sabía.

Moore negó con la cabeza vigorosamente. Rana miró hacia el cielo.

—A Wazir le gustaba venir aquí a leer y meditar. El avión no tripulado voló por encima y dejó caer la bomba sobre él. En lo que a nosotros respecta, fue un mártir, fue enterrado con la ropa con que murió, acostado sobre su lado y mirando a la Meca, y fue la voluntad de Alá que muriera en su lugar favorito —Rana cerró los ojos y añadió en árabe—: *Inna Lillahi wa Inna ileyhi Raj'oon.*

Verdaderamente pertenecemos a Alá y verdaderamente hemos de volver a él.

—Lo dejaré solo —dijo Rana, regresando por donde habían venido.

Moore se acercó a la tumba. Había planeado aceptar la oferta de Wazir:

«Cuando esté listo para hablar, vuelva a verme, Quiero escuchar su historia, Soy un hombre viejo, Soy un buen oyente».

Lo siento, Wazir, Usted hizo todo lo que pudo por mí y yo hice que lo mataran, Vine aquí en busca de respuestas, Ahora no tendré ninguna, Quería hablarle de lo más difícil que he tenido que hacer en mi vida, ¿Sabe usted qué es? *Tratar de perdonarme a mí mismo, No sé cómo.*

Moore se frotó las esquinas de los ojos y luego se echó a andar por la ladera hacia abajo. La brisa le sopló el pelo y pensó poder oír la voz del anciano en su oído, pero solo era el susurro de las hojas.

Samad y el resto de esos hijos de puta escaparían a causa de las grandes burocracias y la impaciencia y la inteligencia procesable que excusaba el asesinato. Mientras más cambiaban las cosas, más se mantenían igual.

Cuando llegó al frente de la casa, Rana lo estaba esperando y le dijo:

—Por favor, quédese para la cena.

Sería grosero de parte de Moore declinar la invitación, pero estaba demasiado deprimido como para hacer mucho más que irse.

Sintió un tirón en su manga. Era el niño que le había ayudado a Wazir a servir el estofado. Era el bisnieto de Wazir, recordó Moore, tenía unos ocho años de edad. Entre su pulgar y su índice tenía un pedazo de papel amarillo con renglones doblado por la mitad.

—Mi bisabuelo dijo que le diera esto si usted venía cuando él no estuviera en casa.

44

TRAS EL RASTRO

Casa de Seguridad de la CIA
Pueblo de Saidpur
Islamabad, Pakistán

Todos los activos de inteligencia y las fuerzas de orden público del mundo estaban buscando a Samad y sus hombres, y a Moore le habían dado una dirección en un trozo de papel que bien podría ser la pista más importante que nadie tenía. Sin embargo, esa información le dio que pensar. Si él se la entregaba a la Agencia, que a su vez la pasaría a todas las agencias en todo el mundo, el híper-alerta Samad, con contactos en todas partes, desaparecería antes de que llegaran.

Así que con el papel bien escondido en el bolsillo, Moore había ido a la vieja casa de seguridad. Fue un regreso agridulce. Reflexionó sobre las muchas conversaciones que había tenido con Rana, sentados en el balcón, entre las colinas de Margalla y las luces parpadeantes de Islamabad en la distancia. Casi podía escuchar la voz del chico: *«¿Qué pasa, Money? Te ves muy tenso».*

Y lo estaba, mientras esperaba con impaciencia que todos se conectaran a la videoconferencia que había organizado, Slater, O'Hara y Towers.

Una vez que todo el mundo estuvo en línea, abandonó todas las cortesías y les comunicó de inmediato la noticia.

—Tengo una pista creíble sobre Samad. Viene de Wazir y confío en ella. Voy a volar de regreso esta noche.

—¿Sabes dónde está Samad? —preguntó O'Hara.

—Es posible.

—Entonces formemos un equipo —dijo Slater—. ¿Cuántos hombres necesitas? ¿Diez? ¿Doce?

Moore sacudió la cabeza.

—Miren, si está en fuga, está viajando con sus dos lugartenientes. Eso es todo. Tal vez Gallagher los está ayudando, no sé. El punto es, Towers y yo nos encargaremos de esto.

—¿Estás sugiriendo una misión de dos hombres? ¿Estás bromeando? —preguntó O'Hara, alzando la voz.

—No, señor. No lo estoy.

O'Hara se inclinó hacia la cámara.

—Tenemos que capturar a este hombre con vida, porque se dice que va a asumir el cargo de Rahmani y eso significa que ya tiene una cantidad de inteligencia operacional considerable. También asumimos que sabe dónde está el resto de los equipos de los misiles y ni uno de esos tipos ha sido capturado. No nos equivoquemos: Samad es el Objetivo de Mayor Valor en el mundo en este momento.

—Señor, con todo respeto, la importancia del objetivo no determina necesariamente el tamaño y el alcance de la operación. Si mi pista es sólida, nuestro objetivo ya está fuera de los Estados Unidos, y si me manda con un equipo allá, seremos más difíciles de mover, más difíciles de ocultar y haremos mucho más ruido. Si la operación sale mal, usted tendrá una mayor probabilidad de testigos, cuerpos, y todo lo que usted ya sabe. Towers y yo apenas haremos un murmullo. Si vamos allí con grandes armas, nuestro hombre ya se habrá ido. O'Hara suspiró.

—Así que quieres ir allá. Exactamente ¿dónde está eso?

—Tengo una dirección en México, y teniendo en cuenta lo que acaba de decir, no solo es imperativo que atrapemos a Samad con vida, sino que seamos capaces de interrogarlo sin interferencias políticas.

Slater se aclaró la garganta e intervino.

—Moore, si usted y Towers consiguen atrapar a este hijo de puta, no quiero que ninguna otra agencia esté involucrada. No quiero que la administración se involucre, nadie, eso es, hasta haber tenido nuestro tiempo con él.

—Estamos en la misma sintonía. Entonces estamos hablando de una rendición.

—Señores, ey, ey, ey. Esperen —dijo O'Hara—. No puedo confirmar ni negar que he oído nada de esto y voy a tener que salir en este momento.

Se levantó, dándoles una mirada dura y un pulgar hacia arriba.

—Lo entendemos —dijo Slater.

Después del 11 de septiembre, aproximadamente tres mil prisioneros sospechosos de terrorismo fueron capturados y encarcelados por la CIA, un acto conocido como «rendición extraordinaria». Estos detenidos fueron trasladados alrededor del mundo a centros de detención ultra secretos conocidos como *«sitios negros»*, muchos de ellos en Europa. El Consejo de Europa y la mayoría del parlamento de la Unión Europea afirma que esos prisioneros fueron torturados y que tanto el gobierno de los Estados Unidos como el de Gran Bretaña tenían pleno conocimiento de toda la operación. Una Orden Ejecutiva más reciente firmada por el Presidente de los Estados Unidos se oponía a la tortura de rendición.

En consecuencia, O'Hara estaba excusándose porque necesitaba negabilidad. No le pediría a sabiendas a Moore que capturara a Samad y luego lo trasladara a un centro de detención secreto para torturarlo. El gobierno de los Estados Unidos no participaba en actos de tortura, no trasladaba a personas a lugares donde los funcionarios sabían que serían torturados y los centros de detención secretos ya no existían.

Por otro lado, Slater estaba agradecido de seguir viviendo en el pasado. Alzó la voz:

—Captura a ese hijo de puta y trabajaré contigo hasta el final.

—Entonces, este es el trato —dijo Moore—. No habrá equipos ni otras fuerzas estadounidenses involucradas. Mantendremos la administración limpia. Solo seremos Towers y yo. No habrá testigos. Usted nos deja atrapar a Samad a nuestro modo, y entonces usted tendrá su rendición, y vamos a conseguir lo que necesitemos de ese pedazo de mierda miserable, no importa lo que cueste. De otro modo, Washington se involucrará, será trasladado a la jurisdicción militar... e incluso si Samad nunca llega a ver el interior de un tribunal y se pudre en Guantánamo, nunca estará en posición de decirnos lo que queremos. Lo atrapamos, conseguimos lo que necesitamos, luego montamos una

captura falsa y se lo entregamos a la administración y los dejamos jugar con él... después de haberle escurrido hasta la última gota de sangre. Mi punto es, si no tenemos todo esto planeado primero, entonces capturarlo es una pérdida de tiempo. Su inteligencia vale más que su vida.

—Guau —dijo Towers con un jadeo—. Guau.

—Señor Towers, ¿Está seguro que desea ser parte de esto? —preguntó Slater—. Esto podría ponerse feo, feo a tal punto de terminar con su carrera.

Towers resopló y miró su reloj.

—Lo siento, señor, no tengo tiempo para hablar. Tengo que tomar un avión.

—Llámeme cuando vaya en camino al aeropuerto —dijo Moore. Towers cortó su conexión, dejando a Moore y a Slater solos.

—Le pregunté a él y le voy a preguntar a usted —dijo Slater—. ¿Está seguro de que quiere hacer esto?

—Sí. Solo trabaje conmigo y no cambie de opinión. No ceda ante la presión. Y no se olvide de toda la sangre, sudor y lágrimas que hemos derramado tratando de eliminar a estos hijos de puta. Si Samad nos puede ayudar a interrumpir las operaciones de esta gente, entonces vale la pena —la mirada de Moore fue distante—. Solía sentarme aquí en este balcón a hablar con Rana de hacer precisamente eso. Así que vamos a terminar lo que empezamos.

Puerto Peñasco
Sonora, México

La comunidad Las Conchas frente al mar, de acceso controlado y con patrullas de seguridad, estaba en la costa continental oeste de México, mirando al Golfo de California, y a unas cuatrocientas millas al oeste de Ciudad Juárez. La dirección que Wazir le había dado a su bisnieto era para una propiedad que constaba de tres espacios habitables separados, con tres cocinas, once dormitorios y doce baños. La casa estaba en el mercado por $2,7 millones y de acuerdo con el sitio de bienes raíces que Moore había consultado, ofrecía vistas al mar de 180 grados. La casa pertenecía al señor David Almonte Borja.

E investigando un poco más, Moore se había enterado de que Borja era, de hecho, el cuñado de Ernesto Zúñiga y, según Dante Corrales, el heredero más probable del cártel de Sinaloa.

Pero aquí estaba el problema: tan solo cuarenta y ocho horas antes, Borja había sido detenido por los inspectores de la Policía Federal y se encontraba detenido en Ciudad de México por homicidio, conspiración para cometer homicidio y cargos de contrabando de drogas. El momento de su detención no era una mera coincidencia; el inspector de la Policía Federal Alberto Gómez había revelados los nombres de dos colegas que habían, a su vez, entregado muchos más detalles sobre Borja y su relación con el cártel.

El que Las Conchas tuviera su propia fuerza de seguridad hizo que el acceso a la comunidad fuera aún más fácil. Moore y Towers se reunieron con el dueño de la empresa de seguridad, que entendía el alfabeto inglés muy bien: CIA.

El propietario dijo que de acuerdo a sus guardias, nadie había estado en la casa desde que Borja había sido detenido. ¿Le había mostrado la propiedad a alguien el agente de bienes raíces? No lo creían. Las casas multimillonarias rara vez atraían una gran cantidad de gente y se mostraban solo a

través de una cita después de que el potencial comprador hubiera precalificado.

—Dele a sus guardias la noche libre con goce de sueldo —le dijo Moore al hombre.—Nosotros nos encargaremos.

—Está bien.

Lo dejaron y fueron a ver al agente de bienes raíces, una mujer elegante de unos cincuenta y tantos años que tenía un asombroso parecido con la estrella de cine Sofía Loren. Ella fue igual de cooperativa y estaba un poco deprimida porque se había enterado de la detención de Borja y perdería una importante comisión. Les dio el código para el candado de seguridad en la puerta principal y el código para desactivar el sistema de seguridad. A Moore no le hubiera importado forzar la cerradura; había pocas empresas en el planeta que podían elaborar sus partes para que tuvieran una tolerancia a fallos casi perfecta y aún ganar dinero, lo que por supuesto mantenía ocupados a los cerrajeros, ladrones y espías.

Con los satélites de la Agencia concentrados en la casa, Moore y Towers, vestidos con uniformes de guardias de seguridad, condujeron su carrito de golf por la entrada a las cinco de la tarde, hora local. Towers dio la vuelta al costado de la casa para revisar la electricidad: todavía estaba funcionando.

Moore ingresó el código en el candado de seguridad, retiró la llave y trabajó con la cerradura. El edificio principal tenía tres teclados de seguridad: uno en el vestíbulo de la entrada, uno en la cochera y otro en el dormitorio principal. La puerta se abrió. No hubo un tono de advertencia para indicar que la alarma estaba a punto de activarse o pitidos para indicar que la puerta simplemente había sido abierta. No hubo ningún ruido en absoluto, como si la alarma no solo se hubiera apagado, sino como si hubiera sido desactivada. Moore tenía razón. La luz de estado de la alarma en el teclado estaba apagada. Los cables habían sido cortados. *Raro.*

Se movieron silenciosamente hacia el interior, a través de mosaicos que formaban una rueda del zodiaco en el centro del gran vestíbulo. Esta casa principal estaba completamente amueblada en una fusión de diseño contemporáneo y estilo *southwest*, lo que en otras palabras era decir que a Moore todo le parecía tremendamente costoso. Desde algún lugar se escuchó el débil sonido de un televisor.

Moore le hizo una señal con la mano a Towers. Towers asintió con la cabeza y se mantuvo atrás. Se estaba recuperando bien de sus heridas en el hombro y en el brazo, pero pasaría un año antes de que participara en su próxima competencia Ironman. Moore agarró su Glock silenciada con ambas manos y tomó la delantera.

Había un pasillo más adelante. Un espejo en la pared, imágenes de la televisión reflejándose en ese espejo. Dio dos pasos más. La puerta del dormitorio a la izquierda estaba abierta. Olía a comida... ¿Carne? ¿Pollo? No estaba seguro. Miró a su derecha, de nuevo en el espejo, y se congeló. Miró de nuevo a Towers, enfático: *¡No se mueva!* Luego enfrentó el espejo una vez más, calculando las distancias, su propio tiempo de reacción, lo rápido que podría moverse su adversario. Había recurrido a la memoria muscular y la agresión pura perfeccionada por años de trabajo en campo.

Terminó de planear su avance, lo ensayó en su mente y sabía que si lo pensaba más, se pondría a temblar. Era hora de moverse.

Se escuchó la cadena de un inodoro. El baño principal se encontraba justo dentro de la habitación y una voz de mujer vino desde adentro:

—¡Estoy tan borracha!

Moore echó una mirada atrás a Towers, y señaló y pronunció la siguiente orden: *Hágase cargo de ella.*

Y luego Moore entró de un salto en el dormitorio, donde en el otro lado de la amplia habitación estaba sentado un hombre muy familiar en calzoncillos y con una bolsa de frituras de maíz sobre su regazo.

Bashir Wassouf, también conocido como Bobby Gallagher, sin duda uno de los traidores más despiadados en la historia de los Estados Unidos de América, quedó asombrado con el hombre que estaba de pie en su dormitorio.

Gallagher tenía una Beretta sobre la mesa al lado de su sillón reclinable. Moore ya la había visto y había anticipado qué mano podría utilizar el traidor para agarrarla. La mera presencia de Gallagher sugirió que él no sabía que Borja había sido arrestado... un grave error de su parte.

Ya estaba echando mano a su pistola cuando Moore gritó:

—¡Alto!

Casi al mismo tiempo, la chica gritó y maldijo a sus espaldas. Towers le gritó que se quedara quieta.

En el siguiente segundo, Gallagher ignoró la orden de Moore y agarró su arma.

Esperando a que le disparara, Moore disparó primero, dándole a Gallagher en el hombro, luego metiéndole una segunda bala en la pierna, pero ya era demasiado tarde.

Gallagher tenía la Beretta en su boca.

—*¡No,* no, no, no! —gritó Moore, lanzándose hacia el hombre al tiempo que estallaba el disparo.

Dentro de la siguiente hora, llegó la policía local, la mujer (una prostituta) fue puesta bajo custodia, y Moore y Towers destrozaron toda la propiedad.

Encima de una mesita de noche en una de las habitaciones traseras había once envoltorios de chocolates Kisses de Hershey enrollados en once bolitas de aluminio.

Jefatura de la Policía Federal Ministerial
Ciudad de México

Seis horas más tarde, Moore y Towers estaban sentados en su auto alquilado en el estacionamiento, a punto de entrar a interrogar a Borja. No tenían nada que perder. Gallagher se había llevado la ubicación de Samad a la tumba. Los únicos otros testigos vivos eran tres de los seis terroristas que habían abordado los aviones y todos ellos habían repetido la misma historia: solo conocían su misión, nada más, y Moore tendía a creer eso, porque los talibanes con frecuencia usaban células compartimentadas. Un terrorista había sido sacado de los escombros del vuelo de San Antonio con la cara y el cuello tan quemados que no podría haber hablado, incluso si lo hubiera querido.

Pero Borja... él tenía que saber algo. Estaba involucrado con Gallagher. Samad había dejado esos envoltorios de Kisses de Hershey en su casa. La conexión estaba allí. No podía negarlo.

Moore habló con Slater, quien estuvo de acuerdo. Tenía que negociarse un acuerdo.

Borja era mucho más joven de lo esperado, de unos treinta y tantos años tal vez, tenía la cabeza rapada y suficientes tatuajes como para ganarse la admiración de la mayoría de los sicarios. Pero cuando había abierto la boca, la cadencia, la dicción y las inflexiones eran las de un hombre de negocios bien educado, y eso era auspicioso, porque estaban a punto de ponerse a hacer negocios en serio.

La sala de interrogatorios olía a lejía. Al parecer, la última persona que había sido interrogada había sido, según la policía, «desprolija».

Moore le dio una mirada dura a Borja y comenzó a hablar abruptamente:

—Gallagher está muerto. Se suicidó en tu casa en Las Conchas.

Borja cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Quién?

—Está bien, te voy a explicar esto con mucho cuidado. Vas a pasar el resto de tu vida en la cárcel. Estoy dispuesto a ayudar a mediar un acuerdo entre nuestros dos gobiernos. Si sabes algo acerca del paradero de Samad, dímelo. Y si dices la verdad, te conseguiré amnistía total. Borrón y cuenta nueva. Sales libre. Déjame decirlo de nuevo muy lentamente... *sales... libre.*

—¿Quién es Samad?

Towers interrumpió a Moore deslizando su computadora portátil hacia él para que Moore pudiera ver la pantalla. Sus colegas en Fort Meade lo habían logrado de nuevo: llamadas de teléfonos celulares entre Borja y Rahmani recogidas por los satélites de la NSA, la evidencia había sido recopilada y confirmada solo unas horas atrás.

—Estuviste hablando con Rahmani también, ¿eh? —le preguntó Moore—. No tiene sentido que mientas. Ya lo sabemos.

Borja puso los ojos en blanco.

—¿Lo estabas ayudando a Samad a escapar?

Borja se inclinó hacia delante en su silla.

—Si me vas a conseguir amnistía total, lo quiero por escrito por parte del gobierno. Quiero que mis abogados lo revisen para asegurarse de que es legítimo.

—Está bien, pero eso va a tomar tiempo. Y estoy seguro de que nuestro amigo está en movimiento. Te lo prometo, si me das lo que quiero y atrapamos a Samad, eres libre.

—Yo no le voy a creer a un puto gringo.

Moore se levantó.

—Es tu elección —se volvió hacia Towers—. Vamos... empecemos los papeles de extradición. Vamos a lidiar con este imbécil en los Estados Unidos.

Se dirigieron hacia la puerta.

Borja deslizó su silla hacia atrás y se levantó, todavía con las manos esposadas atrás de la espalda.

—¡Esperen!

Gulfstream III
En ruta al Aeropuerto Internacional de Goldson
Belice

Borja, al igual que cualquier buen heredero de un cártel de drogas mexicano, temía ser extraditado a los Estados Unidos más que la ira de su propio gobierno, y así, había bajado los hombros y había abierto la boca para contarles cómo Rahmani le había encargado formar una nueva alianza de contrabando y cómo había sido el encargado de ayudar a Samad y dos de sus lugartenientes a llegar a una casa de seguridad en San José, Costa Rica. Samad y sus hombres se habían escondido en la casa de vacaciones de Borja, donde habían permanecido hasta justo la noche anterior. Habían sido llevados en uno de los aviones privados de Borja hasta el aeropuerto internacional de Goldson, luego trasladados en vehículo al interior de la selva hasta una casa de seguridad en la laguna New River, en Belice. Borja dijo que la casa era utilizada por las mulas que movían cocaína colombiana hacia las zonas de vacaciones de Cozumel y Cancún, donde la coca se vendía principalmente a estudiantes universitarios estadounidenses. Qué lindo. Borja había contratado a un piloto guatemalteco con un helicóptero monomotor R44 Raven para que los recogiera y los llevara a Costa Rica, con una parada de reabastecimiento de combustible en Nicaragua.

Moore le preguntó al hombre todos los detalles, incluyendo el tipo de helicóptero utilizado, el nombre del piloto, el número de teléfono del piloto, todo.

Por una vez, los tiempos jugaban a su favor. Estaba programado que Samad y sus hombres fueran recogidos a medianoche, hora local, y el helicóptero iba a aterrizar en uno de los claros cerca de las ruinas de Lamanai (una palabra que significa «cocodrilo sumergido» en la lengua maya). El Templo de los Mascarones, el Templo Alto y el Templo de las Máscaras de Jaguar eran frecuentados por turistas durante el día, pero estaban cerrados en la noche. La casa de seguridad estaba a unas nueve millas al sur por el río, y Samad y sus hombres tenían que tomar uno de los varios Zodiac hasta el punto de encuentro. Borja le había dado a Samad dos guardaespaldas, por lo que Moore y Towers estaban esperando un grupo de cinco.

Se moverían a la casa de seguridad como un equipo de dos personas, pero Slater ya estaba trabajando en conseguir algunas creativas fuerzas de seguridad de refuerzo, en caso de que las necesitaran. Ya había organizado las armas y el transporte.

El reloj de Moore marcaba las 9:12 p.m. hora local cuando aterrizaron en el Aeropuerto Internacional de Goldson, justo al norte de la ciudad de Belice. El avión fue recibido por dos vehículos: un Jeep Wrangler de tracción en las cuatro ruedas y un taxi local.

—Bienvenido a lo peor del Caribe —dijo Towers, levantando su camisa ante la humedad sofocante.

Moore lanzó un bufido.

—Ha estado aquí antes.

Un joven de no más de veintidós años, con el pelo bien corto y vestido con una camiseta negra y pantalones caqui, se apresuró a salir del taxi, abrió el maletero y arrojó un gran bolso de lona en la parte trasera del Wrangler, mientras el conductor del jeep, un hombre que podría haber sido el hermano del primer hombre, salía del vehículo y se apresuraba hacia la parte trasera del taxi. Moore se acercó.

—Está todo listo, señor —dijo el chico, con un inconfundible acento británico—. Hay gafas de visión nocturna en el asiento delantero. El GPS Garmin ha sido programado. Solo escuche a la amable señorita con voz sexy y ella le dirá cómo llegar allí.

Moore le estrechó la mano al chico.

—Gracias.

—Esto no ha terminado todavía, ¿verdad? —puso un teléfono satelital en la mano de Moore.

Moore asintió y se subió al jeep, en tanto Towers se metió por el otro lado.

—El servicio es estupendo por aquí —dijo.

Moore puso el jeep en marcha.

—Yo sólo estaba tratando de impresionarlo, jefe.

—Estoy impresionado.

Towers tocó un par de botones en el GPS y la señorita de voz sexy con acento británico les dijo que había 30,41 millas hasta su destino.

—Ahora bien —dijo Towers—, sólo tengo una pregunta más: ¿qué pasa si Borja mintió?

—¿Quiere decir qué pasa si llegamos a la casa de seguridad y no hay nadie? ¿Si ya se fueron o si nunca estuvieron allí?

—Sí.

—Lo verifiqué antes de que nos bajáramos del avión. La Oficina Nacional de Reconocimiento (NRO) ha tenido los ojos puestos en la casa desde que les dimos aviso. La NASA y un grupo de universidades siempre están usando satélites para trazar el mapa de las ruinas aquí, así que la NRO tuvo acceso a un buen número de fuentes. Ya vieron a dos individuos afuera en el muelle. Están ahí. Y recuerde: Borja sabe que no le vamos a dar una mierda si no nos entrega a Samad. Ese desgraciado en la cárcel es nuestro fan número uno.

La señorita de voz sexy del GPS les dijo que tomaran el desvío a la izquierda en la carretera, lo que Moore hizo, y rebotaron sobre varios baches y continuaron, con las luces delanteras abriendo camino hacia el estrecho pasaje entre los insectos dando vueltas y los postes de electricidad asemejando las lápidas en San Juan Chamula. La densa selva de vez en cuando cobraba vida con los ojos brillantes de las tropas de babuinos que los observaban desde los árboles. Tuvieron que pasar por un control de la policía, pero los oficiales ya habían sido informados de su presencia por sus contactos británicos y les hicieron señas para que continuaran.

Cuando llegaron a la señal del Howler Monkey Resort, Moore se puso las gafas de visión nocturna y apagó las luces del jeep para las últimas ocho millas hasta la casa. Después de pasar por la casa principal del hotel y las cabañas, el camino se hizo un poco más desigual y lleno de baches, y Moore dos veces tuvo que esquivar tortugas muertas atropelladas por otros automovilistas, a pesar de que aún no había visto otro vehículo.

Si bien se sentía como si él y Towers estuvieran solos, a miles de millas de casa y adentrándose cada vez más al interior de la selva de Belice, Slater, junto con analistas en los centros de contraterrorismo y contrainteligencia, estaba en ese mismo momento monitoreándolos, siguiendo todos sus movimientos, y a la expectativa.

Él y Towers condujeron en silencio, cada uno preparándose mentalmente para la incursión que estaba por venir. Moore se preguntó si Towers era un hombre religioso, o si tal vez atribuía todo a la suerte o a un universo sin piedad. Por su parte, Moore lo pensaba en términos más simples: ya era hora de dar las gracias a todas las personas que habían hecho el máximo sacrificio. Ya era hora de capturar a este bastardo de Samad y hacerlo por ellos, en su nombre.

Y sí, el rastro finalmente se había vuelto caliente. Muy caliente.

A una milla de la casa de seguridad, Moore se salió del camino, puso el jeep en posición de estacionamiento y apagó el motor. Él y Towers se miraron, chocaron los puños y luego se bajaron del vehículo.

Le tomó unos segundos a Moore darse cuenta de que su jefe estaba tarareando una conocida canción de rock-and-roll: *«Welcome to the Jungle»* de Guns N' Roses. Moore esbozó una débil sonrisa mientras abría la puerta trasera del jeep y se ponían a trabajar.

45

EL AGUA ERA SU HOGAR

Laguna del río Nuevo
Belice central

Después de que Moore y Towers hubieran revisado el contenido del bolso de lona, se hubieran cambiado de ropa a camisas y pantalones cargo negros, y se hubieran puesto sus chalecos antibalas de Kevlar, arnés táctico y pasamontañas, Towers examinó las armas que les habían provisto. El inventario incluía dos rifles de francotirador de cerrojo (L115A3 (calibre .338), con miras Schmidt y Bender y cargador de cinco balas), un par de pistolas semiautomáticas Browning de 9 × 19 milímetros Parabellum, un par de binoculares Steiner 395 y dos cuchillos de combate Fairbairn-Sykes de doble filo y empuñadura anillada. Towers levantó el cuchillo.

—Estos Royal Marines tienen algunos juguetes muy lindos. Moore estuvo de acuerdo, y era una suerte que el 45° Comando, una unidad de los Royal Marines del tamaño de un batallón, a menudo tuviera pelotones entrenando en la zona. Slater había arreglado que pudieran usarlos como fuerza de apoyo. Todos lo que los británicos sabían era que Towers y Moore eran agentes de la CIA que estaban tras unos traficantes de drogas y podía ser que necesitaran un poco de ayuda. Los británicos estarían feliz de hacerlo.

Moore levantó el teléfono satelital.

—Esos tipos están a solo una llamada telefónica de distancia.

—Esperemos que no los necesitemos —dijo Towers.

Se pusieron sus mochilas y luego comenzaron a caminar, ambos usando gafas de visión nocturna para guiarse a través de la absoluta oscuridad. Los gruñidos, gorjeos, crujidos y ruidos provenientes de la selva a su lado no eran los sonidos más tranquilizadores, y si fueran acosados por, digamos, un babuino, un mono aullador, o algo, ejem, aún peor, Moore no le temía tanto el animal como al ruido que produciría tal encuentro.

En consecuencia, se mantuvieron al borde de la selva, cerca del camino, pero no demasiado lejos, agradecidos de que los británicos hubieran incluido repelente contra mosquitos, tábanos y ácaros rojos. Los nuevos agentes llamarían débiles a sus experimentados colegas por preocuparse por los insectos, pero Moore había aprendido tanto con los SEAL como con la CIA que una molesta picazón podía causar una distracción y eso te podía costar la vida.

Su frente ya estaba empapada de sudor y probó el gusto de la sal en sus labios para cuando llegaron a la orilla del agua, donde el suelo se volvió fangoso e inestable y las raíces salían a la superficie como venas varicosas. Guió a Towers hasta un grupo de yarumos, donde se pusieron de cuclillas. Le advirtió a Towers que evitara tocar los árboles, porque eran el hogar de unas hormigas que se asemejaban a las avispas llamadas pseudomyrmex. Las hormigas sentían las vibraciones y se

enjambraban para atacar a los invasores con dolorosas picaduras.

Unos treinta metros al norte estaba la casa, de no más de mil pies cuadrados construidos sobre pilotes de dos metros de altura, con un pequeño porche bajo un techo inclinado de hojalata y ventanas cubiertas por pesadas persianas de madera para tener absoluta privacidad. No había vehículos a la vista. El muelle de madera tenía apenas diez metros de largo y había un par de Zodiac atados en la parte norte. Cada barco con tubos inflables alrededor de los lados estaba equipado con un motor fuera de borda y podía llevar de tres a cinco pasajeros. Un sendero que el difunto Michael Ansara habría descrito como un «excelente sendero individual» para el ciclismo de montaña que zigzageaba desde el camino detrás de ellos y hasta a la casa. Otro camino lo suficientemente ancho como para un vehículo de cuatro ruedas se extendía a través de la selva hacia el norte y se conectaba con el camino principal. Si estuvieran en los Estados Unidos, una casa como esta sería confundida con un campamento de pesca, no una estación de paso de contrabando de droga.

El reloj de Moore marcaba las 10:44 p.m.

Se sacó las gafas de visión nocturna y el pasamontañas para limpiar más sudor de su cara. Towers maldijo e hizo lo mismo, luego tomó los binoculares y examinó el muelle. Miró a Moore con una expresión de urgencia y le entregó los binoculares.

Un hombre había salido al muelle con una pequeña lámpara de queroseno. Llevaba un bidón plástico de gasolina de cinco galones. Podía ser uno de los sicarios que Borja había puesto a disposición de Samad. Diablos, podía ser el mismo Samad. Moore no podía estar seguro, incluso después de hacer un acercamiento.

El hombre, con el torso desnudo y vistiendo un pantalón corto, se subió con cuidado a uno de los Zodiac y procedió a llenar el tanque de combustible externo fuera de borda que estaba justo debajo del motor.

O'Hara se había mostrado inflexible: atrapa a Samad con vida.

Así que habían puesto granadas de gas en su lista y los Royal Marines habían incluido una docena, junto con dos máscaras de gas que habían metido en sus mochilas. Patear la puerta, tirar las granadas, dormirlos con el gas, esperar y capturarlos.

Sin embargo, Moore veía ahora una oportunidad demasiado buena como para ignorarla.

—Voy a agarrar a este tipo, luego nos encontramos en la parte de atrás. Ahora nos vamos a mover mucho más rápido.

—¿Está seguro?

Moore asintió con la cabeza.

Con la ayuda de Towers, se despojó rápidamente de su equipo y el chaleco, y en treinta segundos quedó en ropa interior y con la funda de cintura. En lugar de tomar una de las pistolas que los británicos les habían dado, eligió su Glock 17, que había embalado apenas se había enterado que estarían en la selva. La pistola estaba equipada con resortes marítimos para uso en ambientes con agua. Los resortes iban dentro del conjunto de percutor para asegurar que el agua pasara por el percutor dentro del canal del percutor. Esto impedía que se formara una fuerza hidráulica que podría frenar el percutor y causar que los disparos carecieran de fuerza. La munición de especificaciones de la OTAN utilizada por Moore tenía detonadores sellados y casquillos a prueba de agua, lo que por supuesto aumentaba la fiabilidad del arma.

Con la Glock enfundada en su costado, tomó el cuchillo de combate y se deslizó como un depredador más, bajo el agua negra como la tinta.

El río se sentía tibio y denso en las palmas de sus manos; la vegetación que crecía desde el fondo (lo que podría haber sido hydrilla, no estaba seguro) raspaba sus pies descalzos. Estimó que en esa sección el río tendría una profundidad de solo ocho o nueve pies. Nadó en silencio, guiado por la luz de la linterna de queroseno brillando sobre las olas por delante. Sí, esto era estar en casa. Aquí era donde Carmichael vivía para siempre...

Fue sólo cuando ya se acercaba al muelle que se acordó de los cocodrilos.

Se estremeció y salió a la superficie por debajo del segundo Zodiac, en silencio, soltando la respiración lentamente. Su hombre estaba en el primer bote, que estaba más alejado en el muelle. Moore se asomó furtivamente alrededor del casco del bote. El tipo era uno de los sicarios de Borja, de veintitantos años, larguirucho, con algunos tatuajes tribales a través de sus omóplatos. Samad y sus hombres no tendrían tatuajes, les estaba prohibido en el Islam.

Luego de que su recipiente produjera un traqueteo más fuerte, el sicario dejó de llenar el tanque, revisó el nivel de combustible y luego levantó el recipiente de plástico, una vez más.

Moore miró hacia atrás, hacia a la casa: todo estaba tranquilo, salvo por el zumbido casi eléctrico de miles de insectos.

Se sumergió y volvió a nadar alrededor del Zodiac, poniéndose en posición.

El plan, reformulado, era eliminar a este tipo y luego ir a la casa. Él y Towers tendrían un hombre menos de que preocuparse y todavía podían dormirlos con gas. Sin embargo, como le había advertido a Towers, tenían que ser rápidos para que no echaran de menos al tipo de la gasolina.

Moore tomó el cuchillo de combate con un agarre inverso, con la hoja sobresaliendo de la parte inferior de su puño. Tres, dos, uno, pataleó fuerte y salió del agua, deslizó un brazo alrededor de la cintura del hombre, mientras hundía el cuchillo en su pecho y lo arrastraba por la borda... y todo tuvo que suceder antes de que el hombre gritara, porque Moore no podía alcanzar su boca.

Había tomado todas las consideraciones. La punta del cuchillo estaba afilada y tenía buenos filos cortantes. Moore había descubierto por las malas que si se corta una arteria con una hoja mal afilada, tiende a contraerse y detener el sangrado. Una arteria cortada limpiamente daba como resultado la pérdida de conciencia y la muerte. Más aún, si mantenía al hombre bajo el agua haría que su corazón se acelerara y la muerte sería todavía más rápida.

La manera en que había agarrado al hombre había sido perfecta, de libro de texto. Moore podría ir a Rhode Island y dar conferencias al respecto en la Escuela de Guerra Naval. El tipo había caído por la borda con solo un suspiro y un gemido apenas perceptible. Incluso la caída al agua no había hecho mucho ruido, ya que Moore lo había deslizado al agua en lugar de tirarlo.

Pero en ese instante, cuando el agua se precipitaba sobre la cara de Moore y él apretaba los dientes y contenía el aire, en ese preciso segundo, cuando cada músculo de su cuerpo se había contraído, vio por el rabillo del ojo que la puerta de atrás de la casa se abría y aparecía la silueta de una figura.

Esa persona había visto a un hombre levantarse del agua y arrastrar a su colega por la borda. Y todo lo que Moore podía hacer era sostener al hombre que luchaba bajo el agua mientras se estremecía ante el temor de que la alarma se hubiera activado.

Su corazón se puso en máxima alerta inmediatamente.

Quería gritar. ¡Estaban *jodiaos*!

Una tarea a la vez. Primero, se obligó a volver a un estado de calma mientras seguía ahogando al hombre, que abruptamente dejó de retorcerse.

Mientras soltaba al tipo, la primera descarga de disparos estalló en el río, las balas cayendo justo detrás de él mientras nadaba hacia abajo, hacia los pilotes del muelle y se aferraba bien a ellos, por el interior, debajo del muelle.

Luego vino otra descarga, y otra, los disparos incesantes de las armas automáticas dibujando una línea de 180 grados alrededor del muelle; el golpeteo sordo era dolorosamente familiar. Aún aferrado a los pilotes, Moore subió hasta que su boca salió a la superficie y tomó en un largo respiro. *Baja el ritmo cardíaco*. Y piensa...

El rifle de francotirador de Towers tronó desde la línea de árboles y un hombre en el muelle cayó sobre las tablas con un golpe doble, gimiendo en español. Había sido herido por una bala, seguro. Towers sabía lo que estaba haciendo, pero también había revelado su ubicación y sería más lento en responder al fuego con ese rifle de cerrojo.

Se sintieron más pisadas. Más fuertes. El muelle vibró. Se escucharon los disparos de AK-47 de nuevo, dos armas. El arma de Towers respondió con un gran estallido y luego se quedó en silencio frente a una avalancha devastadora de disparos.

Un tercer AK sumó su voz a los dos primeros.

Luego, un descanso...

—¿Talwar? ¿Niazi? *¡Al* bote, ahora!

Moore casi no podía contenerse. Ese era él, Samad, hablando en árabe y de pie en el muelle sobre su cabeza. Y allí estaba Moore, en el agua, armado con un cuchillo y una pistola. Tres contra uno. Si el objetivo fuera matar a Samad, se levantaría de debajo del muelle y haría un ataque sorpresa. Una vez más, se obligó a volver a un estado de calma. Su impaciencia ya le había costado demasiado. *Mantén la posición, Espera.*

El Zodiac se balanceaba arriba y abajo mientras los hombres subían a bordo, y uno de ellos hizo girar la llave en el motor fuera de borda. El motor arrancó inmediatamente.

Moore no podía desactivar el motor sin ser descubierto y que le dispararan a quemarropa, pero tal vez podría hundir el bote antes de que supieran lo que estaba sucediendo...

Si bien el Zodiac tenía un casco de fibra de vidrio rígido, también tenía tubos de caucho sintético montados en secciones separadas, seis o más cámaras, estimó. El caucho en realidad era un plastómero unido a una gruesa tela de poliéster y más resistente a los daños que el tradicional caucho, pero eso no significaba que Moore no lo intentaría.

Se apartó de los pilotes, se sumergió de nuevo y nadó hasta el costado del Zodiac mientras el motor todavía estaba al ralentí. Tomó el cuchillo y lo hundió en el primer compartimento. El aire silbó fuertemente y lanzó una ráfaga constante de burbujas en el río. Nadó por debajo del bote mientras los hombres reaccionaban y enterró el cuchillo una vez más, apuñalando otra sección.

El motor de cincuenta caballos de fuerza aceleró y Moore se hundió rápidamente para evitar ser golpeado por el talón de la quilla o destrozado por la hélice. Cuando el barco pasó por encima, giró, nadó fuerte hacia la superficie, salió y sacó su pistola, levantándola sobre las olas y apuntándola a

los tubos de atrás del barco, disparando una vez, dos veces, antes de que el hombre en el motor fuera de borda levantara una pistola y disparara dos tiros. Moore se echó hacia atrás bajo el agua, pataleando fuerte hacia el muelle.

Para cuando comenzó a levantarse sobre el muelle, Towers estaba corriendo hacia él, llevando todo su equipo.

—¿Qué diablos? —fue todo lo que gritó.

—¡El segundo Zodiac! —respondió Moore.

Towers lanzó las mochilas y los rifles dentro del bote y subió a bordo.

—¡Llaves! ¡No hay llaves!

El tipo al que Towers le había disparado todavía estaba sobre el muelle en un charco de sangre, agarrándose firmemente la cadera. Moore cayó de rodillas junto al hombre.

—¿Las llaves del bote?

El hombre se limitó a mirarlo en agonía.

Moore revisó sus bolsillos. Nada. *¿Tal vez en la casa*? *¿Debería ir a ver*? *No hay tiempo.*

Un momento, El hombre en el agua, Levantó la vista. El cuerpo estaba flotando boca abajo. Moore corrió hacia el borde del muelle y se lanzó al agua, nadando hacia el cadáver. Este tipo probable—mente había puesto las llaves en el primer fuera de borda. No había por qué no tener las llaves del segundo aún en el bolsillo.

Moore llegó hasta él, revisó sus bolsillos, encontró las llaves y las sacó. Nadó de vuelta al Zodiac y le lanzó las llaves a su compañero, quien logró a tientas ponerlas en el fuera de borda.

—¡Estamos listos! —anunció Towers.

Moore se impulsó hacia arriba y Towers lo ayudó a subir al Zodiac. Mientras Towers encendía el motor, Moore desataba la cuerda. El motor produjo un sonido vibrante y se alejaron del muelle a toda velocidad mientras Towers usaba una mano para ponerse sus gafas de visión nocturna.

—Tienen una buena ventaja sobre nosotros —dijo Towers, señalando hacia delante, mientras pasaban la estela del primer Zodiac—. Y los puedo ver bien... y ¡son *ellos*! Samad lleva una camiseta gris o marrón. Los otros tipos están vestidos de negro.

—Lo oí llamar a sus hombres —Moore estaba luchando por respirar, temblando mucho, inundado por la adrenalina mientras buscaba en su mochila y sacaba el teléfono satelital. Lo encendió y se desplazó al registro de llamadas. Solo había un contacto guardado ahí: BOOTNECK CINCO.

Pulsó el botón y esperó.

—Aquí Bootneck Cinco —dijo una voz claramente británica.

—Hola, aquí Equipo River —dijo Moore—. Nuestro paquete está en movimiento. Se dirigen hacia el norte en un Zodiac hacia el punto de encuentro. Estamos persiguiéndolo. Necesitamos su intercepción en el punto de encuentro.

—No hay problema, Equipo River. Estábamos esperando su llamada. Me pondré en contacto una vez que estemos en posición.

—Gracias, hermano.

—Nos agradecerás a todos más tarde con una pinta de cerveza, amigo.

—Será un placer —Moore volvió a guardar el teléfono en su mochila, luego se sentó y reajustó el agarre de la Glock, probando su posición de disparo desde su asiento. El viento azotaba sobre ellos

ahora y desde la costa llegaban puntos de luz que se convertían en formas más oscuras a medida que se acercaban.

—Oiga, ¿revisó el combustible? —preguntó Towers.

—Mierda, no —Moore se inclinó hacia abajo y golpeó con los nudillos el tanque plástico de gasolina. Hueco. Buscó en un pequeño bolsillo de su mochila y sacó una linterna, que dirigió hacia el plástico para poder ver la línea de sombra del combustible. *Oh, mierda... no son buenas noticias*. Y es por eso que el primer tipo había salido para llenar el tanque.

—¿Cree que lo lograremos? —preguntó Towers.

—A toda máquina. Sólo siga adelante —Moore estimaba que iban a una velocidad de cerca de treinta nudos, era todo lo que podían sacar del pequeño motor fuera de borda. Se agachó y se puso sus propias gafas de visión nocturna. El mundo se transformó de capas de azul, gris oscuro y negro a verde y blanco brillante. Centró su atención hacia adelante y allí, en la distancia, divisó el Zodiac, con tres listones de aguas blancas revoloteando por detrás.

Una bala rebotó en el lado de su fuera de borda.

—¡Al suelo! —ordenó Moore, arrojándose sobre su mochila.

Towers se agachó, pero tuvo que mantener su mano en el timón. Moore se quitó las gafas y agarró uno de los rifles de francotirador. Tres golpes más sonaron por encima del estruendo de los motores fuera de borda y se escuchó un silbido procedente de la parte delantera del lado de babor de su bote. Moore se arrastró hacia la proa, apoyó los codos en los tubos y se acomodó con el rifle. Veía la parte posterior del Zodiac, pero entre los saltos de su bote y los del blanco, un tiro certero era imposible. Si lo intentaba y el tiro salía desviado y golpeaba a Samad en la cabeza... maldijo y se volvió hacia Towers.

—No logro ponerlo en la mira. ¿Podemos acercarnos más?

—¡Estoy tratando!

Moore se inclinó, dejó el fusil y sacó su Glock. Samad probablemente había llamado por adelantado a su piloto para que los recogiera antes de lo planeado. El teléfono celular del piloto ya estaba siendo monitoreado por la NSA, por lo que el segundo en que recibiera esa llamada, la gente de Moore lo sabría. Una revisión rápida de su teléfono inteligente lo confirmó. Mensaje de texto de Slater: Llamada al helicóptero. Está en camino a las ruinas y el punto de encuentro.

Pero también lo estaba un helicóptero Sea King Mk4 llevando hasta veintisiete Royal Marines, que descenderían por soga rápida hasta el punto de encuentro y asegurarían la zona. Sin embargo, si Samad veía ese helicóptero, él y sus muchachos podrían abandonar el lugar y correr hacia el interior de la selva. El tonto podría hacerse matar si lo hacía.

Moore revisó su posición en el GPS de su teléfono inteligente, la señal de su dispositivo de hombro era recibida y enviada a los satélites de la Agencia y esa información era enviada de regreso a él para una posición precisa dentro de los tres metros. Estaban a unas cinco millas río arriba ahora y les quedaban otras cuatro millas más o menos por recorrer, lo que se traducía en menos de diez minutos de viaje en bote.

Primero oyeron el golpeteo de los rotores, seguido por los lejanos destellos de las luces del helicóptero. No, no era el piloto de Guatemala, eran los Royal Marines, llegando ruidosamente, como si fueran anunciados por trompetas, y si Samad no había visto la aeronave por delante,

entonces tenía la cabeza bajo el agua. *Mierda.*

Detrás de Moore, el motor fuera de borda farfulló, y luego lo sintió: la proa descendiendo hacia las olas a medida que desaceleraban, el tubo cada vez más suave, mientras más aire escapaba como un chorro.

El Zodiac de Samad estaba a menos de cincuenta metros de distancia. También habían reducido la velocidad, el piloto del bote se había distraído con el helicóptero que se aproximaba, el que, tal vez, lo confundió. Estaban esperando un helicóptero pequeño, pero estaban recibiendo uno grande. Moore no había considerado eso.

A medida que el motor fuera de borda traqueteaba aún más fuerte, ahora chupando humo, Moore maldijo de nuevo y volvió a mirar a Towers, quien dijo:

—Ahora depende de los Marines, supongo, ¿no? Tienen la orden de tomarlos vivos, ¿verdad?

—Esas órdenes no significan una mierda. Si son atacados, van a devolver el fuego. Yo sólo los quería como obstáculo.

Un golpeteo más agudo desde el noreste se unió a la profunda voz de barítono del helicóptero de los Marines y Moore levantó sus binoculares para ver el pequeño helicóptero R44, cuyo rotor de dos palas estaba encima de una plataforma similar a una aleta dorsal. Podía llevar a un piloto y tres pasajeros, y eso era exactamente lo que su piloto pretendía hacer.

Pero, ¿cómo reaccionaría el guatemalteco ante los soldados descendiendo por soga rápida a la zona prevista para su aterrizaje? Saldría corriendo de ahí. Y Samad vería eso también.

Moore bajó la vista con los binoculares y se centró en el Zodiac de Samad. El hombre estaba apuntando hacia el segundo helicóptero y luego gesticulándole frenéticamente a su hombre en el timón para que se acercara a la costa, del otro lado del río.

Cuando su hombre no reaccionó, Samad mismo agarró el timón y el Zodiac giró bruscamente a la derecha hacia el borde del río y fue ahí cuando el tubo de babor chocó con algo en el agua. El barco patinó repentinamente en tanto el motor fuera de borda fue golpeado y se levantó parcialmente fuera del agua. El violento impacto arrojó a Samad y a uno de sus hombres a través del Zodiac...

Y por la borda. Al agua. El tipo al timón, que se había mantenido aferrado al mango incluso después de que Samad había asumido el control, gritó y giró en un amplio arco, tratando de dar la vuelta. Entonces Moore lo vio: un árbol caído sumergido una pulgada o menos y casi invisible en la oscuridad. El piloto de Samad había navegado directo hacia él.

Moore echó una mirada hacia atrás. Su motor fuera de borda estaba reducido a un murmullo. Tomó el rifle de francotirador, al tiempo que Towers soltaba el timón y levantaba su propia arma, moviendo el cerrojo para prepararse para su siguiente tiro.

El motor se apagó. Ahora se estaban deslizando hacia el otro Zodiac y los hombres en el agua. Veinte metros. Desde el rabillo del ojo Moore vio movimiento a lo largo del borde del río. El ruido de algo metiéndose en el agua. Ojos brillando. El hombre en el Zodiac lo vio, sacó su pistola, pero no antes de que Moore le apuntara a la cabeza y disparara primero.

Se bien el piloto podría haber sido un valioso prisionero, el mantenerlo vivo disminuía las posibilidades de Moore de capturar a Samad. Necesitaban aislar el objetivo. La cabeza del hombre cayó hacia atrás y se desplomó cerca del motor fuera de borda. Sin piloto, el Zodiac ahora se dirigía directamente hacia la costa.

Samad y el otro tipo, ya fuera Talwar o Niazi, nadaron de regreso hacia el bote, ambos gritando y muy conscientes de que no estaban solos en el agua. Mientras Samad luchaba por avanzar, su compañero dejó escapar un grito horrible antes de desaparecer bajo las olas.

Towers tomó la culata de su rifle y la utilizó como remo, tratando de dirigirlos más cerca del otro bote. Ahora eran diez metros. El agua se movió otra vez.

Y Moore vio la primera sombra enorme detrás de Samad y disparó dos veces. La sombra giró bruscamente a la izquierda y desapareció.

Samad, un hombre que se había criado en las montañas y el desierto, no era un buen nadador, y con el pánico empezó a hiperventilarse y a hundirse.

Towers le disparó a otra sombra justo a la izquierda de Samad y Moore se dio cuenta de lo que tenía que hacer.

Dejó caer el rifle, se aseguró de que su Glock aún estuviera enfundada en su costado y luego se tiró en el agua.

Mientras tanto, Towers tomó las dos pistolas y comenzó a disparar alrededor de Samad, tratando de crear una pantalla a su alrededor. Luego amplió su fuego cuando Moore salió a la superficie y nadó a toda velocidad hacia el hombre.

—Solo cálmate —le dijo Moore a Samad en árabe—. Te voy a sacar.

Samad no contestó y siguió pataleando y tratando de respirar. Si Moore se acercaba demasiado, Samad podría golpearlo, por lo que se acercó lentamente, y luego, viendo la oportunidad, se lanzó más cerca y agarró una de las muñecas de Samad en tanto Towers se deslizaba hasta ellos en el Zodiac.

—Vamos, el bote está aquí —gritó Moore.

Tiró a Samad hacia adelante, más allá de donde estaba él, y luego lo empujó hacia el Zodiac, donde Towers tomó una de las manillas en el casco y usó la otra para traer a Samad a bordo. Mientras el hombre se derrumbaba sobre la cubierta, con el rostro bien afeitado y la cabeza reluciente de agua, Towers sacó su pistola y le dijo:

—*Allahu Akbar*.

Samad lo miró.

Moore lanzó el suspiro más grande de su vida. Lo había logrado. Se agarró del Zodiac con una mano y se quedó allí durante unos segundos, con lágrimas amenazando con caer de sus ojos. No estaba seguro de cómo se sentía: lleno de alegría un segundo, con ganas de matar a alguien el siguiente, y esas emociones contradictorias lo abrumaban. Por el momento, todo estaba bien en el mundo y deseó que Frank Carmichael estuviera ahí para verlo. El agua era su hogar, ya fuera un océano, un río o el fondo de una piscina.

Towers ya le había lanzado un par de esposas a Samad y le había ordenado atarse las muñecas atrás de la espalda, lo que hizo.

—Ey, no lo puedo ayudar a subir —le dijo a Moore—. Estoy haciéndome cargo de él.

—No hay problema, amigo. Estaré ahí en un momento.

El teléfono satelital comenzó a sonar.

Moore se dio vuelta hacia el Zodiac, levantando los brazos para subirse a la embarcación. El agua se movió de manera extraña. Y en el siguiente par de segundos, Moore liberó su Glock de la

funda, metió la pistola en el agua y jaló el gatillo.

Epílogo

CAFÉ NEGRO

Starbucks
McLean, Virginia
Dos semanas después

El Starbucks en el old Dominion Center, conocido como la tienda de Chesterbrook, era un edificio independiente con chimenea en el segundo piso. Era uno de los tres Starbucks cerca del Centro de Inteligencia Central George H. W. Bush, y las filas a veces salían hasta afuera en las horas pico de la mañana. Moore no era aficionado a esperar quince minutos por una taza de café de cinco dólares, por lo que le había dicho a ella que se reuniera con él allí a las cuatro de la tarde, cuando el ritmo era más lento, y las batidoras y máquinas de capuchino no zumbaban tan a menudo. Se sentó en una silla cerca de la entrada, creando perfiles de las personas que lo rodeaban y de aquellos haciendo pedidos en el mostrador. Resumió sus vidas enteras en cuestión de segundos, dónde se habían criado, donde habían ido a la escuela, si odiaban o no sus trabajos y la cantidad de dinero que ganaban. Les asignó orientación sexual, estado civil y afiliación política. Ser un buen observador era un pre-requisito en su línea de trabajo, pero el juego este momento no tenía nada que ver con eso y todo con su necesidad de calmarse.

Todavía le dolía cada parte de su cuerpo y le había mencionado eso a Towers, quien le había dicho que él sólo había recibido un disparo de unos matones contrabandistas de drogas, lo que era más o menos una cosa de rutina para un tipo BORTAC. Su último apretón de manos en el aeropuerto de San Diego había estado cargado con el corazón y el alma de toda la fuerza especial conjunta. Incluso a Towers se le había echo nudo en la garganta. Moore se comprometió a mantenerse en contacto con el hombre. Un buen hombre.

Con un gruñido, Moore revisó su teléfono de nuevo. Esto es lo que pasa por llegar quince minutos antes, tiempo extra para ponerse nervioso. Los SEAL nunca se retrasaban. Jamás. Bueno, no había ningún mensaje para cancelar y mandarlo al demonio. Ella vendría. La imaginó flotando a través de las puertas de vidrio con un vestido corto, zapatos de tacón y un delicado collar de diamantes. Tan Europea. Tan increíblemente sexy. Su voz como un instrumento musical de otro siglo.

—¿Señor Moore?

Miró hacia arriba, no a los ojos de una mujer hermosa, sino al ceño fruncido de un rostro sin afeitar, de rasgos oscuros, y pelo negro y rizado. El tipo tenía mas o menos la edad de Moore, era buenmozo, pero no de manera arrogante.

—¿Y usted quién es? —preguntó Moore.

—Dominic Caruso.

Moore lanzó un suspiro. Slater lo había llamado a principios de la semana para decir que este

tipo Caruso quería hablar con él, que era un «buen tipo» y que Moore debía «confiar en él». Slater no había querido decir nada más y Moore no había podido encontrar mucha información sobre el hombre, salvo por el hecho de que había estado en el FBI, pero se había salido. No había nada después de eso. Se suponía que Moore tenía que llamar a Caruso para fijar una reunión como un favor a Slater, pero a pesar de las garantías de Slater, Moore no confiaba en el extraño y bajo ninguna circunstancia le compartiría voluntariamente información acerca de cualquiera de sus operaciones.

Caruso le extendió su mano, pero Moore hizo caso omiso.

—¿Cree que podemos ir a algún lugar más privado para hablar? —le preguntó Caruso.

Moore intentó sin éxito ocultar su disgusto.

—¿Cómo me encontró?

—Usted le dijo a Slater que estaría aquí. Él me dijo cuál era su aspecto.

—Creo que él es uno de sus fans. Por desgracia, yo no lo soy.

—Lo será.

—Mire, este no es un buen momento. Yo, eh, se supone que me debo encontrar con alguien en este momento y ella es mucho más bonita que usted.

—Lo entiendo. Solo necesito un poco de información.

—¿Y qué planea hacer con ella?

Caruso sonrió con aire de culpabilidad.

—¿Para quién trabaja? —le preguntó Moore.

Caruso abrió la boca para decir algo, pareció pensarlo mejor, luego se apresuró a decir:

—Siento haberlo molestado. Estaremos en contacto otra vez —le dio un brusco gesto de afirmación con la cabeza a Moore y se fue.

¿Qué diablos fue eso? pensó Moore.

Estaba a punto de llamar a Slater cuando entró su cita, vestida con una sudadera arrugada, pantalón de mezclilla y zapatos deportivos. Sus hombros se relajaron, aunque fuera solo un poco. El pelo oscuro estaba amarrado atrás, revelando esos pómulos espectaculares.

Es sólo un café, se recordó.

Ella lo vio, lo saludó tentativamente con la mano, luego sonrió mientras se acercaba.

—Qué tal. Me alegro que finalmente me hayas dejado compensarte —su inglés era muy bueno, pero el acento la hacía sonar aún mejor, mayor, como si tuviera unos treinta años y fuera más cercana a su edad.

Se dieron las manos, la suya, una delicada pieza de seda, la de él, una garra curtida.

—Los tiempos se dieron bien —dijo él—. Lo cual no es un milagro menor.

Ella asintió con la cabeza y cruzaron hacia el mostrador y ordenaron. Él asumió que sería una chica *latte,* Ella pidió un café negro, *venti,* Quedó impresionado y ordenó lo mismo. Ella levantó su tarjeta de débito y pronunció la palabra *Gracias*.

—De nada. Hay una chimenea arriba.

—Todavía es verano.

—Sí, pero es una chimenea de gas y la mantienen encendida todo el año. Es muy agradable.

En el segundo piso, se dejaron caer en un sofá de cuero, pusieron sus tazas de café sobre la mesa,

luego se quedaron mirando durante un buen rato el fuego y el par de chicos universitarios de Marymount sentados a su alrededor, con las cabezas enterradas en sus computadoras, que apenas levantaban para tomar sus bebidas.

—¿Alguna vez fuiste así de serio? —su voz fue muy baja, para que nadie más pudiera oírla.

—No era serio hasta que entré a la Armada.

—Y ahora eres realmente intenso.

Él sonrió y tomó un sorbo de su café.

—Entonces, ¿qué tanto sabes?

—Más de lo que crees.

—Estoy hablando de Samad.

—Yo estaba hablando de ti.

—No, en serio, deberías haber visto la mirada en su rostro cuando vio el avión en Belice.

—¿Qué quieres decir?

—Tuvimos un poco de ayuda de los israelíes para sacarlo de ahí. Un avión de El Al. Con una gran estrella de David en la cola. Se volvió loco, como si le estuviéramos echando agua bendita encima.

—No tenemos un sitio negro en Israel, ¿o sí?

Él sonrió.

—¿Sitio negro? No sé de lo que estás hablando.

Ella sonrió.

—Entonces, ¿a dónde lo llevamos? No he encontrado nada y nadie está hablando. Quiero decir, ni siquiera lo han hecho público todavía. Es una locura.

—Para ser honesto, no tengo idea de dónde está ahora. Kogălniceanu en Rumania, Stare Kiejkuty en Polonia y Diego García definitivamente no. Hay demasiados ojos y oídos externos. Qué diablos, podrían tenerlo en un barco. Lo hemos hecho antes.

—El rumor es que la Fuerza de Operaciones Especiales del presidente ni siquiera fue notificada, es decir, solo hay alrededor de una docena de personas en el mundo que saben lo que pasó.

Moore estuvo de acuerdo y, por supuesto, no sería del todo sincero con ella tampoco.

—Con toda la mierda por la que tuvimos que pasar después del 11 de septiembre, quieren asegurarse de que se harán bien las cosas... no sea que los medios de comunicación empiecen a quejarse de que Samad fue trasladado a una prisión secreta de la CIA y torturado.

—Entonces, así como están las cosas, Samad está siendo interrogado en un lugar desconocido y algunas personas en el Capitolio nos quieren hacer creer que esto socava la confianza pública en nuestro sistema de justicia.

—¿Qué piensas tú?

—Creo que deberías haber matado al hijo de puta cuando tuviste la oportunidad.

—Guau.

—Me sorprende que no lo hicieras.

—Lo pensé, pero él tiene información de inteligencia que necesitamos.

—Y... ¿leíste mi expediente?

Él la miró y le arqueó una ceja.

—Si digo que no, me vas a acusar de mentir. Si digo que sí, vas a decir que soy un acosador.

Ella bebió un sorbo de café.

—No me importa si lo hiciste. Mis padres ya no me hablan por la elección que hice. Mi padre todavía cree que Rojas era un gran hombre. Sabes, nos demoramos dos años en montar todo eso.

—No pretendo saber cómo te sientes al respecto.

Ella asintió con la cabeza y sacó su teléfono celular, como si quisiera cambiar de tema.

—Hmmm, vamos a ver lo que tengo aquí sobre ti. Me sorprendió que te convencieran de dejar la DIA y renunciaras a tu cargo. Se suponía que te darían la Cruz de la Armada, y lo rebajaron a una Estrella de Plata.

—Yo no hablo de eso, excepto para decir que para entonces la Armada y yo estábamos listos para separarnos. Siempre voy a ser un SEAL, pero la política se estaba poniendo un poco demasiado complicada para mí. Tenía otras cosas en mano también.

—Sin embargo, te enviaron a The Point ¿eh? He solicitado entrenar ahí tres veces. Me lo han negado las tres veces. Lo cual, por supuesto, es una mierda.

El centro de entrenamiento Harvey Point[48] en Elizabeth City, Carolina del Norte, era una escuela poco conocida de la CIA dedicada al entrenamiento de operaciones paramilitares avanzadas. Esos muchachos en The Point pensaban que eran la gran cosa, pero Moore había pasado fácilmente por el entrenamiento y les había mostrado un par de cosas sobre cómo disparar, moverse y comunicarse, al estilo SEAL.

—No te conviene ir a The Point.

—¿Por qué no? ¿Porque soy una *chica*?

—Porque lo que haces con el grupo de acción política es mucho más inteligente y peligroso. Yo no podría hacerlo. Esos brutos allá no podrían hacerlo.

Su mirada pareció centrarse en el infinito.

—Me está resultando muy difícil... no sé si esto es...

—¿Cuál es la cosa más difícil que has hecho en tu vida?

—¿Estás loco? *Esto*...

—¿Estar sentada aquí conmigo?

Ella se acercó y le dio un suave puñetazo.

—Me refiero a todas las mentiras. Me refiero a bajar la guardia y realmente vivir la gran mentira. Empecé a soñar que su padre no era un criminal y a pensar realmente acerca de tener una vida con Miguel.

—Todos tenemos nuestros momentos de debilidad. Ella se mordió el labio.

—Nunca me perdonaré por lo que le hice. Era un hombre hermoso.

Ella se sonrojó y desvió la mirada, tratando de ocultar las lágrimas.

—Está bien. Duele ahora, pero con el tiempo el dolor va a desaparecer.

—¿De verdad lo crees?

Él alzó las cejas.

—Sí.

—¿Y tú? ¿Cuál es la cosa más difícil que has hecho?

Moore vaciló y luego se lo dijo con una voz neutra que al final se quebró. Y cuando aparecieron

las lágrimas, no estaba avergonzado porque, por primera vez, se sentían bien.

Ella se deslizó hacia él y apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Estas personas aquí? ¿Todo el mundo ahí fuera? No tienen idea de lo que hay que hacer para mantenerlos a salvo.

—No los resientas por eso.

—No puedo evitarlo.

—Solo necesitas unas vacaciones.

—Acabo de volver de vacaciones. Y todavía me siento fatal.

—Tal vez necesitas un nuevo novio.

Ella levantó la cabeza y lo miró.

—¿Ah, sí?

—Sí, ya sabes, para distraer tu mente.

Él puso su mejor mirada de colegial inocente.

—Ya veo. Entonces tengo una pregunta, ¿has estado en España alguna vez?

— oOo —

Notas a pie de página

1 Por su sigla en inglés (Operaciones Especiales).

2 Por su sigla en inglés (Special Service Group Navy).

3 Por su sigla en inglés (Inter-Services Intelligence).

4 Por su sigla en inglés (National Clandestine Service).

5 Money significa dinero en inglés.

6 Por su sigla en inglés (Special Activities División).

7 Por su sigla en inglés (Office of Strategic Services).

8 Fuerzas de Reconocimiento de la Infantería de Marina de los Estados Unidos.

9 Por su sigla en inglés (U.S. Customs and Border Protection).

10 Por su sigla en inglés (Federally Administered Tribal Areas).

11 Por su sigla en inglés (Frontier Crimes Regulation).

12 Por su sigla en inglés (Law Enforcement/Master-at-Arms). Se refiere al rango de la Armada relacionado a hacer cumplir la ley.

13 Por su sigla en inglés (Operational Detachment Alpha).

14 Tiempo Estimado de Llegada, por su sigla en inglés (Estimated Time of Arrival).

15 Se refiere al entrenamiento básico de Demolición Submarina de los equipos SEAL.

16 Curso de adoctrinamiento, por su acrónimo en inglés (Indoctrination).

17 Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales Jóvenes de Reserva, por su sigla en inglés (Júnior Reserve Officers' Training Corps).

18 Por su sigla en inglés (Inflatable Boat, Small).

19 Dirección de Control de Drogas, por su sigla en inglés (Drug Enforcement Administration).

20 Por su sigla en inglés (U.S. Border Patrol Tactical Unit).

21 Por su sigla en inglés (Department of Homeland Security).

22 Por su sigla en inglés (Bureau of Customs and Border Protection).

23 Por su sigla en inglés (Tactical Relief Operations).

24 Base de datos que contiene la identidad de presuntos terroristas.

25 Por su sigla en inglés (Transportation Security Administration).

26 Por su sigla en inglés (Joint Task Force).

27 Por su sigla en inglés (Ground-penetrating radar).

28 Artefacto explosivo improvisado, por su sigla en inglés (Improvised Explosive Device).

29 Por su sigla en inglés (Officer in Charge).

30 Por su sigla en inglés (Desert Patrol Vehicles).

31 Por su sigla en inglés (Operational Detachment-A).

32 Por su sigla en inglés (Federal Aviation Administration).

33 Por su sigla en inglés (Man-Portable Air Defense Systems).

34 Por su sigla en inglés (Squad Automatic Weapons).

35 El LOOP5 es un tipo de SID (Salida Instrumental Normalizada) en el aeropuerto internacional de Los Ángeles que recibe su nombre del hecho de ser la quinta revisión del procedimiento, y la ruta

simula un circuito en círculo: requiere que el avión despegue hacia el oeste, sobre el océano, y luego haga un giro de casi 180 grados de vuelta hacia el continente.

36 Por su sigla en inglés (Transportation Security Administration).

37 Por su sigla en inglés (Special Operations Peculiar Modification).

38 Departamento de Seguridad Nacional, por su sigla en inglés (Department of Homeland Security).

39 Por su sigla en inglés (National Counterterrorism Center).

40 Por su sigla en inglés (Secure video teleconferences).

41 Estar al acecho, por su sigla en inglés (Be On The Lookout).

42 Por su sigla en inglés (Nuclear Emergency Support Team).

43 Por su sigla en inglés (Air Traffic Control).

44 Por su sigla en inglés (Flight Management System).

45 Por su sigla en inglés (Modular Lightweight Load-carrying Equipment).

46 Entrenamiento Educativo para el Servicio de Estudiantes Automotrices, por su sigla en inglés.

47 Por su sigla en inglés (Government Accountability Office).

48 Harvey Point Defense Testing Activity.

Notas

1 Por su sigla en inglés (Operaciones Especiales).<<

2 Por su sigla en inglés (Special Service Group Navy).<<

3 Por su sigla en inglés (Inter-Services Intelligence).<<

4 Por su sigla en inglés (National Clandestine Service).<<

5 Money significa dinero en inglés.<<

6 Por su sigla en inglés (Special Activities División).<<

7 Por su sigla en inglés (Office of Strategic Services).<<

8 Fuerzas de Reconocimiento de la Infantería de Marina de los Estados Unidos.<<

9 Por su sigla en inglés (U.S. Customs and Border Protection).<<

10 Por su sigla en inglés (Federally Administered Tribal Areas).<<

11 Por su sigla en inglés (Frontier Crimes Regulation).<<

12 Por su sigla en inglés (Law Enforcement/Master-at-Arms). Se refiere al rango de la Armada relacionado a hacer cumplir la ley.<<

13 Por su sigla en inglés (Operational Detachment Alpha).<<

14 Tiempo Estimado de Llegada, por su sigla en inglés (Estimated Time of Arrival).<<

15 Se refiere al entrenamiento básico de Demolición Submarina de los equipos SEAL.<<

16 Curso de adoctrinamiento, por su acrónimo en inglés (Indoctrination).<<

17 Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales Jóvenes de Reserva, por su sigla en inglés (Júnior Reserve Officers' Training Corps).<<

18 Por su sigla en inglés (Inflatable Boat, Small).<<

19 Dirección de Control de Drogas, por su sigla en inglés (Drug Enforcement Administration).<<

20 Por su sigla en inglés (U.S. Border Patrol Tactical Unit).<<

21 Por su sigla en inglés (Department of Homeland Security).<<

22 Por su sigla en inglés (Bureau of Customs and Border Protection).<<

23 Por su sigla en inglés (Tactical Relief Operations).<<

24 Base de datos que contiene la identidad de presuntos terroristas.<<

25 Por su sigla en inglés (Transportation Security Administration).<<

26 Por su sigla en inglés (Joint Task Force).<<

27 Por su sigla en inglés (Ground-penetrating radar).<<

28 Artefacto explosivo improvisado, por su sigla en inglés (Improvised Explosive Device).<<

29 Por su sigla en inglés (Officer in Charge).<<

30 Por su sigla en inglés (Desert Patrol Vehicles).<<

31 Por su sigla en inglés (Operational Detachment-A).<<

32 Por su sigla en inglés (Federal Aviation Administration).<<

33 Por su sigla en inglés (Man-Portable Air Defense Systems).<<

34 Por su sigla en inglés (Squad Automatic Weapons).<<

35 El LOOP5 es un tipo de SID (Salida Instrumental Normalizada) en el aeropuerto internacional de Los Ángeles que recibe su nombre del hecho de ser la quinta revisión del procedimiento, y la ruta simula un circuito en círculo: requiere que el avión despegue hacia el oeste, sobre el océano, y luego haga un giro de casi 180 grados de vuelta hacia el continente.<<

36 Por su sigla en inglés (Transportation Security Administration).<<

37 Por su sigla en inglés (Special Operations Peculiar Modification).<<

38 Departamento de Seguridad Nacional, por su sigla en inglés (Department of Homeland Security).<<

39 Por su sigla en inglés (National Counterterrorism Center).<<

40 Por su sigla en inglés (Secure video teleconferences).<<

41 Estar al acecho, por su sigla en inglés (Be On The Lookout).<<

42 Por su sigla en inglés (Nuclear Emergency Support Team).<<

43 Por su sigla en inglés (Air Traffic Control).<<

44 Por su sigla en inglés (Flight Management System).<<

45 Por su sigla en inglés (Modular Lightweight Load-carrying Equipment).<<

46 Entrenamiento Educativo para el Servicio de Estudiantes Automotrices, por su sigla en inglés.<<

47 Por su sigla en inglés (Government Accountability Office).<<

48 Harvey Point Defense Testing Activity.<<